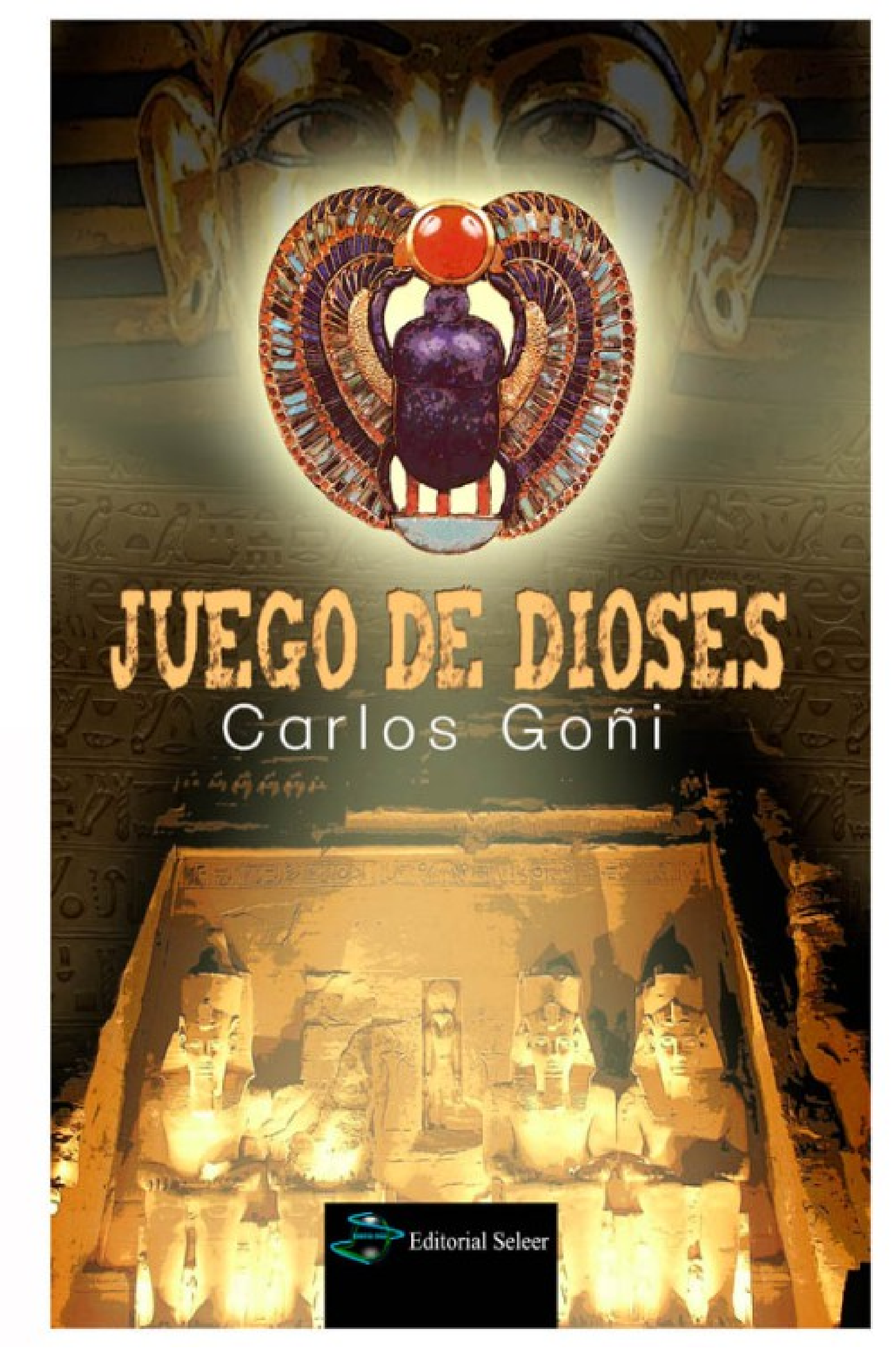

JUEGO DE DIOSES
Carlos Goñi
Editorial Seleer

Carlos Goñi

Juego de dioses

Editorial Seleer, 2012
www.editorialseleer.es
ISBN: 978-84-940100-4-0
Diseño de portada y maquetación: Borja Muñoz Romero
Depósito legal: MA 602-2012

A mi esposa Maite
y mis hijos Jennifer y David,
por estar ahí en todo momento

I

Me levanté y miré por la ventana, viendo ese brillo especial sobre las pequeñas charcas heladas de la calzada, que la gente sorteaba encogida en su cálida indumentaria, anhelando el calor de un local al abrigo de esa gélida noche. El cielo cristalino se cubría con un manto sembrado de estrellas plateadas que arropaban una tímida luna que apenas se dejaba entrever. Era una noche mustia, aburrida, una noche que tan solo cobraba vida en mi habitación cuando la luz que emitían los potentes faros de los coches, penetraba sin permiso por las rendijas de la persiana. Formaban luminosas líneas intermitentes sobre el techo. Líneas que dibujaban un hermoso dosel cargado de vida y movimiento, pero luego desaparecían y tenía que esperar a que otro coche llenara de belleza aquel blando techo, y esa vez, poderlas atrapar y jugar con ellas sin prisa mientras permanecían impresas en mi retina.

Como no tenía sueño, encendí la vieja lámpara de madera azulada que descansaba sobre la mesilla, y cogí un libro que mi padre me regaló el año anterior. Se trataba de *«E*: un voluminoso atlas ilustrado que desplegaba la historia de la civilización egipcia, recorriendo sus más de tres mil años bajo el mandato de faraones, visires, y otros personajes no menos importantes, que supieron plasmar de belleza una tierra tan orgullosa como atractiva.

Cuántas veces tumbado en la alfombra, absorbía cada imagen, cada mínima expresión del relato hasta convertirlo en mi gran

amigo imaginario, ese amigo al que conoces tanto, que antes de que hable, ya sabes lo que va a decir. Sus páginas eran mi cobijo en los momentos de hastío. «Qué regalo, qué preciado regalo», pensaba cuando tenía entre mis manos aquel grueso volumen encuadernado en cartón duro, y en cuya negra portada figuraba la máscara mortuoria del faraón niño Tutankamón, con su penetrante y dulce mirada, rodeada de extraños jeroglíficos dorados, que acariciaba con la yema de mis dedos para sentir su relieve e impregnarme de ese mágico y radiante misterio que encierra Egipto a ambas orillas del río Nilo. Río que ha sido el principal motor de la existencia de esa tierra donde los dioses plasmaron su morada de eternidad.

Había cumplido doce años, y a partir de ese día descubrí en mi ingenua pubertad con los ojos de un jovencito aventurero, la forma de vida de una civilización que se expresaba con dibujos de animales, personas, signos etc., y la construcción de grandes monumentos con piedras talladas por manos expertas; manos que cincelaron el espíritu de un fascinante pueblo, considerado la cuna de la sabiduría y la magia, rubricada con todos y cada uno de sus misterios.

Cada noche, tumbado en la cama, provocaba mis aventuras con un imaginario atuendo al más puro estilo de Indiana Jones, y vivía las más grandes hazañas a lo largo del Nilo, desde Nubia hasta Alejandría. Trepaba a lo más alto de la gran pirámide; la recorría por dentro entre los angostos pasadizos con el afán de hallar enigmáticos objetos del antiguo Egipto. Cruzaba el Nilo a nado con la destreza de un nadador experimentado en aguas agitadas y, montado sobre mi caballo, descubría maravillosos parajes con un misterioso encanto que en mi niñez adornaba con luces y mágicas sombras para dar mayor realismo a mis aventuras nocturnas.

«¡Doce años!» Aún siento el recuerdo de aquellas noches.

Esa emoción incita la transparente ansiedad que necesito para encontrar la inocencia de mi niñez, los ingenuos sentimientos que cohabitan conmigo y salen a la luz para nunca olvidar el niño que existe en mi interior.

Fue poco más tarde cuando me di cuenta, que todo aquello solo era la antesala de una necesidad que algún día tendría que hacer realidad de un modo irrefutable, ineludible.

En el preludio de la adolescencia, muchas eran las inquietudes

que rondaban por mi cabeza con respecto a tan exquisita aventura. Tenía que enfrentarme a ellas, manteniendo firme mi objetivo y las ideas bien claras. Sabía que tan peliagudo propósito no era en absoluto fácil, así que, visionando el futuro, me propuse ahorrar una pequeña cantidad de mi asignación semanal para algún día viajar a la tierra de los Faraones. La aportación a esa causa sabía que no era una gran empresa, pero me deleitaba orgulloso, viendo cómo crecía la esperanza de poder realizar ese viaje que culminaría con los anhelos de poder acariciar algún día la piedra de las pirámides, sentir bajo mis pies la arena del desierto, o ver con mis propios ojos las moradas del sueño eterno donde descansaron los grandes faraones de Egipto. Aún recuerdo el sonido de las monedas que caían por la ranura de una vieja lata, que un día encontré en el baúl de mi adorada abuela Fermina, arrinconado en el enorme ático de la casa que un día la vio nacer.

Esta sugestiva y hermosa mujer que sigue manteniendo un porte altivo y una magnética personalidad, la cual siempre he admirado por su forma de ver la vida, me dijo un día: «cada persona tiene su propio camino desde que nace. Recorrerlo, es toda una gran aventura. A veces tienes que retirar piedras para poder pasar, otras, coger atajos, cuestas que se hacen eternas, pero también hay lugares que puedes descansar a la sombra de un árbol, sintiendo cómo el aire acaricia tus mejillas y la luz de la vida reconforta tu espíritu».

En sus ojos siempre hay un brillo especial, que acompañado de su dulce y suave melodía al hablar, me hace sentir como si el tiempo se detuviera, como si me hipnotizara esa transmisión de cariño y ternura. Esa es mi abuela; joven a pesar de su edad, mostrando los encantadores pliegues que surcan un rostro vivido en llantos y sonrisas, muecas y guiños acompañados de un consejo, una carcajada, un sollozo, un lapso para despejarse la cara y refrescar sus brazos con agua fría en los bellos amaneceres de la montaña Navarra. Esa es mi abuela; una mujer que siempre he conocido con su plateado y brillante cabello corto que le confiere un aire moderno y desenfrenado.

Con esos pensamientos me acomodé en el asiento del tren, que había partido a las siete de la mañana de la estación de Pamplona, rumbo a Madrid. A mis famélicos veinticuatro años, pensé que ya era la hora de hacer realidad el viaje de mis sueños.

La noche anterior a mi partida, mis padres, junto a mis dos hermanas, los dos mejores amigos que tengo y por supuesto, mi abuela, me ofrecieron una cena de despedida, la cual hizo que me sintiera abrumado. Así lo hice saber, ya que no me iba para siempre, pero ya se sabe, una madre es una madre y ella es la que lo organizó todo, con ese mimo que encierra el bienestar para un hijo que aún trata como a un pequeño mozalbete con pantalones cortos, y de vez en cuando me golpea el brazo con la mano para llamarme la atención por una falta de educación. Para una madre, un hijo nunca crece más de lo que ella cree necesario. Así mantiene esa unión umbilical, ese insoldable vínculo materno, corazón con corazón.

Para mi sorpresa, me tomó del brazo, llevándome a la cocina. Intuí que me quería decir algo personal, algo que tan solo yo tenía que escuchar. Inconscientemente, hace mágicos esos momentos en los que quiere expresar un sentimiento, compartir un pensamiento o sencillamente sonsacar mis incertidumbres con sus sutiles dotes interrogatorios, a las cuales jamás me puedo negar, ya que utiliza las palabras, haciendo que sea más un dar, que un pedir. Con las dos manos apretadas contra su pecho, sujetaba un pequeño objeto como si se tratara de su propio corazón. Una agradable sonrisa con tilde picaresca, acompañaba ese momento envuelto en misterio y sorpresa que se mezclaba con una ingenua y natural timidez en su mirada.

—Quiero hacerte un regalo, pero ya sabes cómo soy; no me gusta ser el centro de atención y… —mientras hablaba, me entregó una cajita fabricada con hojas de papiro y envuelta en papel azul. Al abrirla, me brillaron los ojos al tiempo que la abrazaba.

Su timidez le profería un encanto especial.

—¡Un escarabeo!

Era un amuleto con forma de escarabajo que proporcionaba protección contra el mal, visible o invisible. Tallado en lapislázuli y engarzado en oro, pendía de un fleco de piel suave y resistente.

Vestida con un bonito pantalón de color negro y un suéter azul, mi joven madre plegaba nerviosa con sus manos el envoltorio del regalo hasta hacerlo cada vez más pequeño. La cristalina mirada, fusionada con la enorme sonrisa de sus labios, transmitía al igual que mi abuela, una calidez que podía sentir en lo profundo de mi

ser.

—¡Pero mamá...!

No me dio tiempo a acabar la frase, porque mientras su mano tapaba mis labios, comprendí que para ella era un regalo muy especial, sabiendo que me iba a gustar más que cualquier otra cosa.

—Lo tengo guardado desde hace mucho tiempo, como algo muy preciado —murmuró—. En realidad, es el regalo que tenía preparado para tu próximo cumpleaños...

No pudo continuar, ya que sus palabras se ahogaron en un llanto que quiso ocultar con un cariñoso abrazo. Un abrazo que encerraba mil palabras y un sentimiento, junto al latido de ese corazón que me hablaba ya en el seno materno, y que de niño solía apoyar mi cabeza en su pecho para escuchar con los ojos cerrados todo lo que me tenía que decir.

Como apenas pude dormir esa noche, me despertó la megafonía del tren, avisando de la llegada a la estación de Atocha, última parada del trayecto.

Una mujer de mediana edad, dejando caer el equipaje en el suelo, posó la mirada en un hombre que con paso acelerado se acercó hasta ella, uniendo sus labios en un cálido y esperado encuentro. La gente los sorteaba caminando por el andén, sin inmutarse de la tierna escena que dos enamorados regalaban a su paso.

Mi próximo transporte salía a las 10.30 horas de la mañana siguiente del aeropuerto de Barajas, así que, me dediqué a saborear el encanto del castizo Madrid. La plaza Mayor, Castellana, Cibeles, la Puerta de Alcalá; transportándome a otro mundo con el crepitar que bajo mis pies clamaba la escasa hojarasca de los árboles del Retiro, y las voces infantiles de esos incansables diminutos, protegidos por los perspicaces y protectores ojos de sus madres. El cansancio y un atrasado sueño llamaron mi atención, que a pierna suelta, en la habitación del hotel, pude reconfortar con un apacible y deseado descanso.

El vuelo se me hizo más corto de lo que me había imaginado, a no ser porque en el asiento de al lado iba una señora que, a la mínima alteración de movimiento del avión, se agarraba a mi brazo y no lo soltaba hasta sentir que todo estaba bien. Apenas fueron unas turbulencias que hicieron bailar la aeronave. Ofreciéndole mi

otro brazo, entre chistes, bromas y graciosas anécdotas, aterrizó el avión y escuché algunos aplausos como si de un espectáculo se tratara.

Al salir del aeropuerto, dirigiéndome a la zona de taxis, instintivamente me llevé la mano al colgante que mi madre me regaló y exclamé:

—Aquí estamos, por fin hemos llegado.

¿Por qué pluralicé? Quizás sería por la necesidad de compartir la alegría que llevaba dentro.

—¿Taxi,señor? Le llevaré donde quiera.

Giré la mirada hacia la derecha y vi un hombrecillo de mediana edad, mirándome con una amplia sonrisa.

—¿Habla mi idioma? —le dije con gran sorpresa mientras le daba la mano para saludarle.

—Sí señor. Usted dijo «por fin hemos llegado» ¿Tenemos que esperar a alguien?

—No, perdone, es una forma de hablar. Vengo solo.

El hombrecillo comenzó a reír. Tomó mi ligero equipaje y lo introdujo en el maletero de un viejo pero confortable Citroën «Tiburón».

—Por cierto, señor, me llamo Tarik y solo le cobraré un buen precio, para usted, y para mí.

Como lo daba por hecho y en el fondo me caía bien, no me pude resistir a su grata compañía y a tan buen comienzo en la andadura de mis ansiadas vacaciones.

Me acomodé en el asiento trasero, forrado con una bonita y bien cuidada tapicería de color azul. Aunque el vehículo tenía unos cuántos años, por dentro parecía recién salido de fábrica. Una postal de Ramsés II que sobresalía del salpicadero, y unos jeroglíficos en la guantera, daban la impresión de ser un reclamo para los turistas, o que el taxista sentía verdadera admiración por sus antepasados. Me quedé con la segunda opción.

—Me llamo Fernando —le dije, mientras salíamos del enorme y complejo aeropuerto Internacional, dirigiéndonos por una larga avenida hacia El Cairo. Para no perder conversación, nos dispusimos al típico regateo sobre sus servicios de guía y transporte, que por cierto, me pareció justo y asequible. Al llegar a un acuerdo, le pedí que me llevara a un céntrico hotel de la ciudad.

—¡Señor, hoy es su día de suerte!

Levantando una mano del volante, movió el espejo en el parabrisas para localizar mi rostro.

—¿Por qué? —pregunté, mientras mi mirada no se apartaba de la ventanilla del coche para no perderme ningún pormenor, ávido de querer capturar cualquier detalle curioso por pequeño que fuera. Cogió un móvil del asiento delantero. Después de marcar, me hizo una seña con la mano para que esperase a contestar mi pregunta. Habló alzando la voz, como si la persona a la que llamaba no le oyera bien. Lanzó risueñas carcajadas, y al terminar la conversación me miró a través del espejo.

—Primero, soy uno de los mejores guías del Cairo. Segundo, un conductor excelente, y por último, mi primo Abdellatif que acabo de hablar con él, tiene un sencillo pero acogedor hotel con unas preciosas vistas desde la orilla este del río Nilo, y ya estamos muy cerca, señor.

Recorrimos unos veinte kilómetros desde el aeropuerto, cuando vislumbré el acuoso brillo del río Sagrado. La emoción de ver el inmenso y milenario Nilo, me produjo una eléctrica sensación de bienestar que recorrió por todo mi cuerpo. Señalando hacia la derecha un edificio de unos treinta pisos de altura, anunció que se trataba del ministerio del exterior. No pasaron cinco minutos cuando vi la impecable fachada roja del museo arqueológico del Cairo, con esas pequeñas estatuas y esfinges que tantas veces había visto en fotografías.

A escasos metros, aparcó el coche en una amplia plaza, delante de un hotel cuyo nombre en grandes letras azules, citaba «Youssef».

Era un antiguo edificio, bien conservado y sobre todo muy limpio. Abdellatif nos estaba esperando con la misma sonrisa que su primo. Después de la pertinente presentación y efectuar el registro rutinario, fuimos hasta una habitación en el último piso, donde pude regodearme con unas magnificas vistas. La panorámica que tenía se perdía en el horizonte de un inmenso bosque de edificios, contrastando la singular mezcolanza de lo antiguo con lo moderno.

—Señor, esta habitación la reservo únicamente para los mejores clientes de Tarik. Espero que tenga una agradable estancia y disfrute de este país. Por cierto, le he pedido algo para comer; enseguida se lo subirán.

—¡No, no!... por favor. Prefiero estar en el comedor, y a ser posible, en compañía de Tarik. Deme quince minutos para asearme y bajo.

—Sin ningún problema, como usted prefiera.

Mientras saciábamos nuestro apetito, Tarik empezó a sugerirme ciertos lugares de interés en Egipto: Saqqara, Elefantina, Filas, Kom Ombo, Luxor, El Valle de los Reyes, etc., etc. No solamente lo catalogué como un experto en la geografía de su tierra, también era un erudito en lo referente a las diferentes dinastías del antiguo Egipto.

Un comensal, entrado en canas, ocupaba una pequeña mesa al fondo del comedor. Parecía absorto mientras pasaba las páginas de un periódico, meneando la cabeza como si no estuviera de acuerdo con los artículos que estaba leyendo. Su cigarrillo se consumía cerca del humeante vaso de té.

—Fernando —me dijo Tarik, acercándose con una picara sonrisa como si no quisiera que nadie más le oyese—, estoy convencido de que soy descendiente de uno de los cien hijos que tuvo Ramsés II, rey de reyes —vaya por Dios, pensé, paseando la vista por el local; me acabo de topar con uno de esos chiflados que necesitan un renombrado antecesor para dar un trivial significado a su vida—. Con tan solo diez años —continuó—, su padre, Seti I, quiso asegurar la sucesión en vida, designándole heredero y vinculándolo al poder en calidad de corregente, otorgándole entonces un palacio real y un importante harén. Con apenas dieciséis años fue asociado al trono imperial, continuando con su educación política. Se casó varias veces, pero la primera mujer y su favorita fue Nefertari. Con veinticinco años ascendió al trono como rey del Alto y Bajo Egipto y trasladó la capital de Tebas hasta Tanis, en el delta del Nilo, con el fin de situar la residencia real cerca del punto de mayor peligro para el imperio: la frontera de Asia. Fue un gran constructor y un buen estratega militar, consiguiendo el primer tratado de paz que se conoce en la historia con el rey del imperio hitita: Hattusilis III. ¡Noventa años, Fernando, vivió noventa años! —dijo mientras bebía un zumo de guayaba y azúcar de caña. Me quedé absorto, escuchando la magistral clase que me estaba dando Tarik de Ramsés II. Su mirada y sus manos se movían ensalzando el relato que lo interpretaba como si lo estuviera viviendo en compañía del gran

faraón—. Cada vez que veo por ahí algún monumento construido por Ramsés II, siento como un escalofrío que me recorre todo el cuerpo, y cuando me paro frente a alguna de sus estatuas, ¡hablo con él!, aunque parezca de locos, pero como soy su descendiente... hay que llevarse aunque sea por educación, bien con la familia ¿no te parece, amigo mío?

El hombrecillo sentado al fondo, seguía meneando la cabeza, pero esta vez sus ojos se posaron en nuestra mesa, inmerso en las palabras de Tarik.

—¡Por supuesto que sí! —Le seguí la corriente—. La fuerza de cada persona crece cuando cree y siente lo que es. Y la tuya es muy grande, te lo aseguro, Tarik.

Nos empezó a brotar una ruidosa carcajada que no pudimos contener, y sumándose la de Abdellatif que estaba atento a nuestra conversación, dábamos la impresión de ser tres chiquillos después de hacer una gamberrada.

Hacía rato que había entrado la noche, y de repente, caí en la cuenta que tras la larga y amena conversación, estábamos tuteándonos, cosa que agradecí.

Salimos a estirar las piernas por la plaza Tahrir, cerca del museo, y al llegar a la orilla del Nilo, pude contemplar el esplendor de la noche en una ciudad que parecía temer la oscuridad, iluminándose con los enormes edificios que reflejaban su luz en las serenas aguas del río. No sé si era por el hechizo de El Cairo, el cansancio, o la conversación que habíamos mantenido durante esa tarde, ya fuese del antiguo como del actual Egipto, Tarik ya no me parecía tan chiflado. Era inteligente y sabía de qué hablaba. En lo concerniente a su linaje, lo vi como un soñador que necesitaba arraigarse a los antepasados que llenaron de misticismo y grandeza, una tierra que no necesitaba proclamarse a los cuatro vientos para desentrañar su identidad

Apoyado en una barandilla, con la mano sujetándome el mentón, cerré los ojos, sintiendo la magia en el aire y escuchando el rítmico latir de esa misteriosa ciudad que se alzaba altanera para impactar con su belleza.

Percibí el embrujo de cuanto me rodeaba.

A la mañana siguiente, salí del hotel con una entrada para el museo arqueológico que me proporcionó Abdellatif, y sin necesitar

los servicios de Tarik, que ya habíamos quedado para el mediodía, me dirigí hacia el otro lado del río por un largo puente de unos 400 metros hasta un cuidado parque llamado «Ándalus», por donde paseé impaciente hasta la apertura del museo.

Allí estaba, dentro del admirable edificio de estilo neoclásico, construido en el año 1900 y preguntándome qué era lo más importante de ver, llegando a la conclusión de que todo merecía la pena verlo. Pararse y dedicar unos segundos a observar los milenarios objetos que se exponían sin timidez, era como honrar un homenaje a los artesanos de aquella época.

Dando un rápido vistazo por la árida sala de las momias, me estremecí por su aspecto tenebroso, debido a la escasa luz para evitar su deterioro. Corrí, más que decir que recorrí, prometiendo volver a ver otro día las diferentes salas dinásticas. Me centré en la galería de Tutankamón, impresionado por una colección que alcanzaba más de 1700 magnificas piezas, desde su dorada máscara mortuoria con incrustaciones de lapislázuli y cornalina, hasta los objetos más personales, como sus fabulosas joyas, jarras y vasos de alabastro, su cama, su trono etc.

Dejé por un momento de ver las piezas arquitectónicas para fijarme en los rostros de los visitantes, mientras abría una botella de agua para saciar mi sed. Interés, emoción, incredulidad, apatía, cansancio, admiración. Se podía percibir todo tipo de estados anímicos, pero como yo, la mayoría pretendía absorber el espíritu oculto de cada pieza, por pequeña que fuera.

De repente, el empujón de un despistado turista que me pasaba la cabeza, hizo que tropezando con mi propio pie, cayera y rodara por el suelo hasta topar con una estatua de piedra. Escuché la palabra perdón en un inglés que apenas entendí, y vi que me tendía la mano para ayudarme a levantar. Despejando la mente para volver a la realidad, mis ojos abiertos como platos se fijaron en una pequeña vitrina que portaba unas cuantas joyas ordenadas y utensilios de aseo. Todas las piezas guardaban un orden según su tamaño.

No me lo podía creer. En una esquina había un colgante exactamente igual al que mi madre me regaló. Pensé que el orfebre que hizo el mío, consiguió crear una réplica exacta, incluso en el tamaño. Eran como dos gotas de agua. Quedé impresionado, no por

ver el original en esa vitrina, sino porque el material de los dos escarabeo era exactamente igual. Una replica que bien merecía el aplauso de cualquier falsificador.

Al salir del museo, fue por primera vez que sentí ese fogonazo de calor del que había oído hablar. Era diferente y soportable, quizás por la escasa humedad del ambiente, aunque a primeros de septiembre aún el sol estaba en pleno apogeo y sus rayos castigaban con fuerza.

—¡Eh, Fernando! —Al oír mi nombre, giré la mirada y pude ver a Tarik a unos metros, agitando la mano para llamar mi atención—. ¿Qué tal ahí adentro? —preguntó, mientras me acercaba hasta él—. No hace falta que me contestes, porque aún se te nota la mirada perdida.

Con la satisfacción de ver cumplido uno de los deseos de mi estancia en Egipto, me froté las manos con cierto aire de orgullo y deleite.

—¡Qué pasada Tarik! —Fue la primera expresión que se me ocurrió—. Ves maravillas de 3000 ó 4000 años, y ahí están, casi intactas, esperando a que las admires.

Volví la vista hacia el edificio del museo, reteniendo en mi memoria esa fachada que tantas veces había visto en cientos de fotografías.

—No sé tú Tarik, pero tengo tanta hambre que...

—Vamos hacia el coche —propuso, riéndose—. Te voy a llevar a un rincón que te va a gustar, en pleno centro de la ciudad.

Me senté en la parte delantera. Había leído que si te sientas atrás, debido a la manera de conducir en El Cairo, parece que siempre te vas a chocar con el coche que tienes delante, así que, haciendo caso de esa práctica información, nos dirigimos hacia el barrio de Zamalek.

—Tariiik —le grité, mientras me sujetaba con las dos manos sobre el salpicadero, viendo cómo en un cruce estaba a punto de embestirnos un coche por la izquierda.

—Fernando, ya te dije que era buen conductor, no te preocupes... y eso que hoy parece que el tráfico está algo más tranquilo que lo habitual.

Percibiendo cómo sorteaba las incesantes embestidas, en más de una ocasión cerré los ojos, esperando oír el estrepitoso choque.

—¿Tranquilo? ¿Cómo es un día normal? —Le espeté mientras me acomodaba en el asiento, intentando relajarme a pesar de saber que nos estábamos jugando la vida. Para esta gente parecía no existir ni señales de tráfico, ni semáforos, ni nada, y si a eso se le sumaba la imparable música de claxon en sus diferentes tonos, se conseguía un torbellino de infracciones de tráfico que hacía que los guardias de circulación no es que no harían su trabajo, sino que prácticamente se escondían para que no se los llevaran por delante —. No tenemos ninguna prisa.

Zamalek, según Tarik, era el barrio de moda. Tiene un ligero aire occidental, sin olvidar las raíces egipcias. Era un distrito residencial y un abanderado de la modernidad que cuenta con numerosas instituciones culturales, museos y edificios de flamante arquitectura.

Paramos frente al restaurante «Abu Al-Sid» y fue en ese momento, antes de bajarme del coche, cuando tuve una pérdida de conciencia que duró unos segundos, pero lo más preocupante fue la alucinación que se mantuvo durante un breve lapso de tiempo, como un resbalón en mi memoria, en el cual pude ver con extrema nitidez la imagen del colgante que estaba en la vitrina del museo.

Intenté incorporarme, pero las fuerzas me habían abandonado.

II

—

Apoyé mi mano sobre su hombro. Respiré profundamente, una y otra vez hasta que en pocos segundos fui retomando el control sobre mi cuerpo.

—Tranquilo, será por tener el estomago vacío… o porque aún no estoy acostumbrado a este calor.

Una sonrisa asomó en sus labios, al tiempo que se frotaba las manos.

—Pues lo primero tiene rápida solución —comentó, señalando con la mano el restaurante.

Dirigiéndome hacia el lugar, di media vuelta; estaba caminando solo. Vi al pequeño egipcio que estaba apoyado en el coche con las manos a la espalda. Tenía la vista perdida en el trasiego de la gente que circulaba por la acera.

—¡Pero! ¿Qué haces ahí como un pasmarote?

—¡Esperar a que termines! —Dijo, sorprendido ante mi reacción —. Yo comeré un tentempié por aquí y luego nos iremos.

Me acerqué hacia él con paso lento, mirando hacia el suelo. Lo tomé del brazo, enarcando una ceja y pensando en las palabras que le podía decir para no herir sus sentimientos, ya que desconocía tanto su educación como las costumbres del país, la religión o la forma adecuada de cortesía. Al verme llegar se encogió de hombros, extendió los brazos y un mohín de incomprensión se desveló en su

rostro.

—La verdad... es que quiero comer con un hijo de Ramsés II —le dije mientras cruzaba la calle. Rodeé sus hombros con mi brazo, notando cómo se erguía ante el inesperado contacto—. No me gusta comer solo.

Sentí que la mejor manera de acercarme a él era ser yo mismo.

—Pero no puedo pagarme...

Sonreí, viendo la humildad que sus expresivos ojos reflejaban.

—Mira, eso es lo de menos ahora —repliqué—. Donde yo vaya tú vendrás conmigo, y para que no te sientas obligado, me das clases de egiptología y así en paz ¿te parece bien?

—Me parece que no merezco...

—Bueno, entonces trato hecho. —Casi le tenía que gritar por el molesto ruido que había en esos momentos en la calle.

Le noté hinchado de orgullo a ese humilde hombrecillo que había venido vestido con una bonita chilaba de color crema, haciendo que su tez morena, nariz aguileña, ojos grandes y almendrados, se caracterizaran de manera notable junto a sus finas pero fuertes manos de largos dedos, engalanados con dos anillos de oro, uno en cada mano.

Nos sentamos en una mesa redonda. Tarik se encargó de pedir y explicarme lo que íbamos a comer: mezzes, unos purés que se toman con unas tortas típicas de pan; tabouleh, una rica ensalada de cuscús, tomate, cebolla, hierbabuena fresca etc.; mashi, que se acompañaba con hojas de parra, tomates y berenjena, y para postre, el Om Ali, una pasta caliente con leche, nueces, coco y pasas. Para beber, Stella, una cerveza local. Después del desfile gastronómico, pedimos un café turco y, acomodándonos en los asientos, comencé a sentirme mejor.

—Escucha Tarik, yo... desde hace unos años guardo algo dentro de mí que no lo he comentado con nadie, y quizá el destino ha hecho que seas tú la persona a la que se lo tenga que confiar —le dije con una seria mirada, ávido de querer escucharme.

Por un momento me quedé pensando en lo que acababa de decir. Le iba a contar a una persona, prácticamente desconocida, un secreto que ni tan siquiera lo había compartido con mis mejores amigos. Pero sentí que lo tenía que hacer. Quería abrir y analizar ese recóndito pensamiento que solo yo albergaba. Supe que Tarik

era la persona idónea para escuchar ese pequeño secreto que para mí tenía una especial importancia. Había algo en su mirada que me transmitía confianza. Total, nada tenía que perder. Sentí la necesidad de hacerlo.

—Cada 15 de septiembre, día de mi cumpleaños, es la única noche del año que recuerdo mis sueños. ¿No te parece algo curioso? Son como luces y fotogramas tridimensionales, ni tan siquiera son imágenes en movimiento. ¡Eso sí!, todo está relacionado con el antiguo Egipto: edificios, algunos rostros, el Nilo, monumentos. No lo sé, tal vez sea por el interés que he puesto siempre en todo esto, o por las múltiples fotos que he visto a lo largo de mi vida. Pero lo más curioso, ¿por qué el día de mi cumpleaños?

Tarik se atusó el pelo con las dos manos, entrelazándoselas en la nuca. Se mordió el labio inferior mientras negaba con la cabeza, mirando la bandeja con los vasos de té.

—Mira Fernando, no es solo un tema curioso. Yo creo que hay algo más —guardó un momento de silencio, evitando mirarme a los ojos por si lo tachaba de loco—. Un relato como el tuyo no se oye todos los días, y yo, te creo. Es algo... extraordinario, fuera de lo normal que ni tú ni yo, de momento podemos ver, pero no te preocupes, aunque en principio parece un tema difícil de entender, en realidad argumentos más inverosímiles tienen una sencilla explicación. Tengo un buen amigo llamado Amer. Para que me entiendas, es como un chaman al estilo egipcio. Le apasiona todo lo exotérico y es el hombre más feliz del mundo ante cualquier nuevo reto.

Apoyé la cabeza en el respaldo, intentando no hacer una montaña de un grano de arena, y a la vez, esbozar una sonrisa para evitar que Tarik no me viera preocupado.

Por alguna sencilla razón que desconocía, me sentí liberado al compartir algo de tamaña importancia. No solo era una serie de sueños que a lo largo de mi vida guardaba en ese pequeño cofre mental de los recuerdos, teniendo una especial relevancia, sino por hacerlo con alguien que en cierta manera me infundía una total y respetuosa confianza.

Mientras pensaba, no pude retirar la mirada puesta sobre la camarera: una preciosa morena que contoneaba sus caderas con tal gracia y sensualidad, que la imaginé bailando la danza del vientre

en un pequeño escenario al fondo del local, con una falda de seda cargada de lentejuelas que acariciaba su tersa y tostada piel en cada movimiento, colmado de pasión.

Decidí posponer la visita que teníamos preparada al gran zoco, centrándome en lo que ese día había empezado un tanto peculiar. Tiempo tendría para regodearme con las maravillas que había ido a ver, pero de momento, una chispa de curiosidad se había cruzado en mi camino, y aunque solo fuera por la invitación de Tarik, tenía que ver de qué se trataba.

—Bueno, pequeño guía espiritual, vamos a ese amigo matasanos que tienes por ahí. Recuerda, solo como una visita de cortesía.

Asentía con la cabeza, como siguiendo el ritmo de alguna melodía. Se reía solo, con una chispa de alegría en sus grandes ojos que se escondían entre las pestañas.

Apoyado en el salpicadero, como ya empezaba a ser costumbre, recorrimos un corto espacio hasta detenernos en una estrecha y sombría callejuela. Después de un largo saludo con Tarik y la pertinente presentación, Amer se dirigió hacia mí rodeándome con un afectuoso abrazo que me pilló de improviso, sin poder articular palabra alguna.

Amer, de complexión fuerte y con un gracioso rostro redondo, que más bien me recordó a un oso de peluche con bigote, nos introdujo en un pequeño pero ordenado local con los cristales ocultos tras una cortina de color ocre claro, salpicada de pequeños jeroglíficos en las esquinas. El local estaba iluminado por lamparillas y repleto con multitud de objetos, sobre todo amuletos o polarizadores de energía, como él los llamaba. Todos, sometidos a rituales de consagración: ojos de Horus, escarabeos, papiros con antiguas fórmulas y ritos mágicos, ankh o llaves de la vida, cetros y reproducciones en miniatura de deidades, genios y criaturas del mundo mágico. Aquella lúgubre estancia se asemejaba a un museo etnográfico, incluyendo máscaras mortuorias que, sujetadas con cuerdas, pendían del techo como mariposas y hadas en una tienda de juguetes.

—Siéntate, Nafer —me comentó el oso de peluche, en un español que pude entender con cierta dificultad.

—¡Mi nombre es Fernando! —Recalqué, pensando en el problema que tenía con el idioma.

—No para mí, amigo Nafer —dijo muy serio, y a continuación soltó una carcajada, explicándome que para él era un pasatiempo el alterar los nombres y buscarle uno que se pueda asemejar lo más parecido con los del antiguo Egipto—. Fernando, Fernan, Nanfer, y por último, Nafer, ¿Qué te parece? ¿A que he conseguido un bonito y autentico nombre egipcio?

Se frotó la panza con cara de satisfacción. Su ruidosa y contagiosa carcajada me desconcertó, pero haciendo gala de la mejor cortesía, esforcé una sonrisa mientras recorría con la mirada las pequeñas maravillas expuestas por todo el local.

—No te preocupes por eso, a mi me llama Kahri —reconoció Tarik—, y lo asemeja a un visir de la decimonovena dinastía. En el fondo, Amer es como un niño grande.

Explayando sus mágicos y espirituales dotes, colocó unas extrañas figurillas encima de la mesa. Quemando unas pastillas de incienso con un agradable aroma, colocó sus rechonchas manos a corta distancia sobre de mi cabeza. Fue recorriéndolas muy lentamente por mi frente, mejillas, nuca, cuello, parte superior de la espalda y hombros. Finalmente las detuvo en mi pecho, momento que utilizó para coger un amuleto en forma de ojo de Horus y hacerlo girar sobre el plexo solar a la altura entre el ombligo y el corazón. Se detuvo y murmuró en un extraño dialecto; palabras entrecortadas que ni tan siquiera intenté entender. Eran sonidos guturales que mezclaba con graciosos chasquidos, como el chapoteo del agua cuando cae sobre el asfalto. Se notaba que su trabajo le apasionaba.

Dejó lentamente el amuleto en un pequeño círculo de figurillas y, apoyando su cuerpo sobre la mesa con las palmas de las manos hacia arriba, siguió murmurando hasta llegar al más absoluto silencio. De repente, cogió mis manos y, mirándome a los ojos, sentí la extraña sensación de que estaba adentrándose en lo más profundo de mis sueños y pensamientos, haciendo que me sintiera desnudo, emocional y psicológicamente.

—Que Isis sea venerada y glorificada por toda la eternidad —exclamó Amer con los ojos muy abiertos.

Acercándose a Tarik, estuvieron hablando en voz baja durante un largo rato, mientras yo, sentado en aquella pequeña butaca, me sentía confuso y ridículo en una situación que jamás había

experimentado.

El humo del incienso me parecía desmesurado, tanto, que inundó el pequeño antro hasta que apenas pude percibir los rostros de mis acompañantes.

—Nafer...Nafer...Nafer. —escuché una lejana voz infantil que pronunciaba ese nombre que, no me resultaba desconocido, pero tampoco me era familiar. Estaba en una cámara, rodeado de grandes piedras talladas con jeroglíficos y una extraña neblina que inundaba todo el recinto. Me sentí cómodo en su interior.

—¡Fernando, Fernando, despierta! ¿Estás bien?

«¿Por qué tenía que despertar si no estaba dormido?» Pensé, sintiendo una ligera brisa sobre mi cara. En ese instante, las piedras de la cámara se fueron tornando en estanterías, abalorios colgando del techo, y en los rostros de Tarik y Amer, pegados a mí, moviendo incesantemente unos abanicos de color azul turquesa.

—¿Dónde está el niño? —pregunté, incorporándome del suelo sin saber por qué estaba ahí.

Miré a mi alrededor, fijándome en la cara de asombro que el oso de peluche denotaba con extrañeza.

—¿A qué niño te refieres, Fernando? —matizó Tarik con una voz que revelaba preocupación, mientras me ayudaba a levantarme.

Me enojé a causa de mi somnoliento estado.

—¿Cómo que a qué niño? Al que pronunciaba repetidamente el nombre de Nafer, ese nombre que poco antes... Amer me ha llamado.

Me sentí alterado, en un estado de confusión que no llegaba a comprender lo qué pasaba. Recuerdo que levanté la voz, pero más por una confusión que desestabilizaba mi anárquica mente, que por arrebato.

—¿Qué está pasando aquí Tarik? ¿No será todo esto una broma de mal gusto, verdad?

Vi que estaba nervioso, pero intentaba disimularlo. Su frente se había perlado de un fino sudor.

—No, Fernando, no es ninguna broma. Por un momento te has quedado inconsciente y te has caído al suelo ¿te encuentras bien? Amer quiere decirte algo, fíate de él. Hazme caso. Es una buena persona y un gran amigo mío.

Noté que el oso de peluche estaba algo nervioso, no solo por mi

desmayo, sino porque no sabía cómo decirme lo que según él había presentido. Empecé a encontrarme mejor, relajándome física y emocionalmente.

—Escucha, Amer —le inquirí—, no te andes por las ramas y dime lo que tengas que decir, sea lo que sea y sin rodeos.

Frotándose las manos, agachó la cabeza a la vez que fruncía el ceño. Lo noté nervioso, pero ansioso por querer decirme con un toque de misticismo lo que percibió. Sonreí, casi de forma involuntaria.

—Cuando... he colocado el Ojo de Horus en tu pecho —puntualizó—, he sentido que manaba de él una vibración como nunca antes lo había hecho —me miró con una mezcla de incredulidad y temor—. También conocido como Ojo de Ra, este amuleto es un símbolo de protección que otorga el poder de observar las formas ocultas, de ver más allá de la propia realidad que nos rodea.

Creí por un momento estar en uno de esos programas de cámara oculta de la televisión, pero al ver las caras de admiración y preocupación de mis dos acompañantes, retiré la idea, dando paso a un nerviosismo que recorrió hasta la última célula de mi cuerpo.

—Lo siento Amer, pero nos vamos. Tarik...

Me levanté de forma enérgica. Sin querer faltar al respeto, le extendí la mano para dar por finalizada aquella pequeña reunión que estaba al margen de mi preciada visita al país de Egipto.

—Aún no te puedes ir, Nafer. Necesito...

—Déjale tranquilo —puntualizó Tarik.

En cierta manera me sentí aliviado. Tarik respetaba mis sentimientos, y no hizo el mínimo ademán para retenerme y escuchar lo que su amigo tenía que decirme.

—Pero ¿Cómo que no me puedo ir? —exclamé— Además, deja de llamarme ya por ese nombre. Me llamo Fernando.

—Bueno, a mí me gusta —balbuceó Amer, menguando el tono de su voz e inclinando ligeramente la cabeza hacia abajo—. Lo siento, Fernando..., no, no quería...

Me quedé mirándole con cara de indiferencia y decidí cambiar de aptitud para no tensar más el ambiente, pero a su vez sentí lastima por él ya que estaba disfrutando con todo aquello. De momento no tenía ninguna prisa, y no quise comenzar mis

vacaciones con actitud negativa.

—¡Venga, vale! Te voy a seguir el juego.

Me volví a sentar, extendí las palmas de las manos y lo miré con cara de interrogación.

—Supuestamente —rebeló Amer—, aunque lo he deducido, manipulando tu nombre, seguro que ha sido bajo la influencia de alguna fuerza Divina, porque cuando has perdido el conocimiento, has sido tú el que ha pronunciado el nombre de «Nafer», pero de forma distinta, con otro tono de voz. Tenía una fonética especial que jamás había oído. Posees un colgante con un amuleto que tiene algún tipo de característica extraordinaria que no sé descifrar, pero que contiene, a mi parecer, un poder... sobrenatural.

Meneé la cabeza, evitando decir la sarta de improperios que me venían a la mente. Me limité a sonreír con una mueca de desaprobación.

—¡Ya estamos otra vez! —increpé, deduciendo que el oso de peluche estaba engrandeciendo la situación para darle mayor realismo a su oficio de chaman o lo que fuera, con todo el encanto de lo oculto y parafernalia incluida.

—¿Te importa dejármelo para que lo examine a fondo? —murmuró, extendiendo el brazo con la palma de la mano abierta.

En un gesto de incredulidad, me lo quité y se lo puse en las manos, estando seguro de que mi madre lo había comprado en alguna joyería o en un puesto ambulante. Cogiendo unas pequeñas herramientas que parecían de relojero, logró con mucha precisión, separar del engarce el precioso escarabeo azul. Después de unos minutos que se me hicieron eternos, revisó dos viejos libros que sacó de un pequeño baúl de madera, comparó las inscripciones con otras figurillas, y se sumergió en la lectura de un papiro que guardaba con celo en una caja de seguridad. Cogió de nuevo el amuleto que había depositado sobre una bandeja dorada, colocándolo bajo una gran lupa con luz, y fue entonces cuando su rostro se inundó con una expresión de felicidad.

—Que Isis, madre de Horus, sea venerada por toda la eternidad —nos miró con unos ojos humedecidos por la emoción—. Gracias por haberos acercado hasta mí, Tarik, Nafer, ¡perdón, Fernando!

No pude por menos que esbozar una sonrisa, viendo cómo Amer se levantaba de la silla y empezaba a danzar con las manos en alto

para luego rodear nuestros cuellos con sus rechonchos brazos, besándonos en la frente sin que Tarik y yo nos pudiéramos mover. Me dejé llevar por las emociones que transmitía, percibiendo cómo un sencillo colgante podía causar semejante explosión de gozo en una persona.

—Vale, vale… tranquilo. Llámame como quieras —le comenté con un tono de pasividad y la mente algo más lúcida.

Me di cuenta de que Amer hablaba en español. Se esforzaba por encontrar las palabras para que yo pudiera entenderle, evitando utilizar a Tarik de traductor. Su empeño en el intento, me causó cierta admiración hacia él. Colocó las manos sobre la mesa, se acomodó en la silla y habló con cierta satisfacción en sus palabras:

—¡Amigos míos! —exclamó con un carisma arrollador—, he podido descifrar los jeroglíficos ocultos en la parte posterior del escarabeo, y dice:

«Tú, fiel hermano,
que la luz de Isis te guíe para darme tu vínculo, tu compañía, tu protección.
Hathor te recibe, Horus guarda la puerta,
luz de mi ascendiente Hatshepsut».

Justo en ese mismo instante, al terminar la frase, Amer, llevándose las manos a la cabeza y abriendo los ojos de par en par, salió corriendo como alma que lleva el diablo hacia la trastienda. Esta estaba separada de la tienda por una cortinilla que llevaba años sin oler a jabón. Regresó con una fotografía y un viejo libro en una mano, y el colgante en la otra.

—¡Son gemelos! Los colgantes son gemelos y pertenecen a la época de Tutankamón.

No podía ser. Tenía que haber una confusión. ¿Cómo iba a poseer una pieza de tan alto valor arqueológico, sin saberlo? No, estaba en un error.

—Imposible —me aventuré a decir—. Si el amuleto pertenece a la época del faraón Tutankamón ¿no crees que lo sabría? Estás confundido, Amer.

Miré a Tarik, que elevó los hombros en un gesto de no saber nada de lo que estaba hablando su amigo. Amer pareció pasar por alto mis palabras. Estaba totalmente centrado en el escarabeo.

—Pero eso no es todo —continuó—, resulta que tengo un buen

amigo trabajando en el equipo de limpieza y restauración de objetos del museo arqueológico y, hace escasamente un año, me entregó esta fotografía que hizo a uno de los múltiples objetos que se encuentran en la enorme sala de Tutankamón. Por lo que se ve, es una réplica exacta de tu colgante. Además, poseo una copia de las anotaciones de un escriba del faraón niño, diciendo, que este, tras el rito sagrado de purificación, imploró a los dioses un vínculo mágico, creando el duplicado de un escarabeo con la fuerza divina del Dios Amón y la influencia de Isis-abrió los ojos de par en par, colocó las manos sobre su rostro y, acercándose a nosotros, sus palabras se convirtieron en un susurro, creando un ambiente de misterio con pinceladas de ocultismo—. Solo se sabe que esa noche, Isis lanzó un rayo a través de su mirada que viajó desde *Ta Sejet Âat*, «la Gran Pradera», la montaña piramidal de la orilla occidental de Tebas, hasta el mismísimo templo donde se encontraba Tutankamón. Este amuleto también tiene su correspondiente texto en el reverso, y cita:

«Fiel hermano,
la llave de la luz ilumina
el octogésimo quinto Sothis.
Isis te ha traído hacia mí,
como a Osiris de la oscuridad.
Horus ha cumplido».

«¿A quién llamará hermano, Tutankamón, si era hijo único? ¿O tal vez no? No lo sé, porque en los cuantiosos textos que he leído no figura nada referente a ningún hermano. En todo caso hermanastras, por parte de padre, y es que el faraón Amenhotep IV que en su quinto año de reinado lo cambió por Akhenatón, tuvo con la gran esposa real Nefertiti, seis hijas. Y fue, según muchos historiadores y eruditos de la egiptología, Kiya, en papel de segunda esposa y merecedora de los títulos de «Favorita del Rey o Amada de Akhenatón», la que le dio el único hijo varón: Tutankamón».

Tarik y yo permanecimos petrificados. Estuvimos unos instantes mirándonos sin articular palabra, hasta que rompiendo el silencio, me incorporé con ganas de desaparecer de ese pequeño antro que por un momento empezó a asfixiarme.

—Señores, por hoy ya vale —me obligué a zanjar el tema, dando

unas palmadas—. Me gustaría cenar algo y retirarme al hotel a intentar digerir todo lo acontecido esta tarde.

Llegamos hasta barrio de Zamalek, donde pudimos cenar algo ligero. Después de tomar un té y charlar, pero de forma más tranquila y sin sobresaltos, dimos un relajante paseo por las calles y plazas de esa ciudad que ya me tenía completamente atrapado.

Por la noche, el Nilo tenía un sonido especial. Sus aguas murmuraban celosamente tras un largo peregrinaje, para descansar en el delta del mar. El caprichoso oleaje bailaba con una falúa que alzaba su triangular vela, y acompasaba el ritmo de dos parejas de enamorados que cogidos de la mano y robándose besos, yacían ocultos bajo el estrellado manto de una noche que los mimaba con su oscuridad.

Nada más llegar al hotel me tumbé en la cama, cogí el teléfono y llamé a mi madre.

Después de contarle los pormenores vividos hasta entonces en Egipto, pues ya había hablado con ella desde el aeropuerto para confirmarle mi llegada, no le di referencias en lo que concierne al colgante. Le pedí que me verificase su procedencia. Comentó que, lo que ella sabía, era que mi bisabuela viajo a Egipto con su padre y de ahí es de donde trajo el amuleto. Por eso era un regalo especial para ella; por saber que procedía de años atrás de mi familia y de la tierra que tanto amaba desde la niñez: Egipto. Me quedé algo más tranquilo, pero aún y todo no acabé de darme por satisfecho, advirtiendo que sus palabras se entrecortaban entre los perceptibles sollozos de una madre preocupada por la lejanía de un hijo.

Después del renovador sueño de toda una noche, me sentí enérgico y con ganas de empezar un nuevo día. El anterior había sido un tanto extraño en compañía de Amer, el simpático charlatán, que disfrutaba magnificando todo lo relacionado con su tierra y la magia que sus habitantes habían donado a las generaciones venideras. De hecho vivía de ello y lo comprendía, pero me pareció un tanto teatral y hasta gracioso.

Aun después de una fresca ducha, mi piel seguía desprendiendo el aroma a incienso de la pequeña tienda de Amer.

—Toma, Fernando. Es una vieja tradición egipcia. Los guías hacemos un obsequio de bienvenida a los turistas… —empezó a reírse al ver mi cara de interrogación y sorpresa—. Tranquilo, es una broma. Solo es un pequeño detalle personal para alegrarte el día, porque ayer a la tarde… no la pasaste muy bien que digamos, y por favor, no lo rechaces.

Y efectivamente no lo rechacé, porque para mi pequeño amigo podría ser una falta de confianza, de respeto o de cordialidad en las costumbre de su cultura, así que lo acepté con gusto.

Era una chilaba de color blanco con unas finas rayas en marrón y rojo. Casualmente de mi talla.

—Gracias, Tarik.

No me salían más palabras. Sonreí, ejecutando una leve inclinación de cabeza para luego subir las escaleras que me llevaban a la habitación, haciendo gala de gratitud y cambiarme el atuendo por completo. En el espejo que ocupaba una puerta del armario, mi propio reflejo me resultó extraño. Al bajar al vestíbulo, allí estaba el pequeño egipcio con el puño apretado y el pulgar hacia arriba a modo de aprobación, diciendo que la chilaba no es una prenda sin más, sino que es cómoda, ligera y además crea una cámara de aire entre la tela y el cuerpo, que hace más soportable el calor de Egipto.

Me sentía raro a la vez que cómodo. Después de un magnifico desayuno, nos dirigimos hacia el coche. A esas horas de la mañana, el calor ya comenzaba a despuntar.

Después de cruzar dos puentes, fuimos por una calle en la cual pude ver el zoológico y cerca la universidad de El Cairo, penetrando en una larga avenida que transcurría directamente hasta las pirámides de Giza. Conforme íbamos llegando, pude apreciar la magnitud de esas semejantes moles de piedra perfectamente alienadas, con una bella arquitectura que parecía increíble que hace 4500 años se pudieran realizar, si no era con la ayuda de los dioses. Siempre fui partidario de creer que había unas privilegiadas mentes, con una mano de obra inmejorable. Ajenas al paso del tiempo, se han ido suscitando miles de preguntas y millones de respuestas desde diferentes puntos de vista: arquitectónicas, científicas, enigmáticas. Todas ellas, intentando explicar desde las más atrevidas teorías, las múltiples incógnitas que se cernían con el mundo de lo oculto, del más allá.

Como siempre he sido una persona fácil a la hora de percibir un entusiasmo, allí estaba, disfrutando como un chiquillo cuando va de excursión. A escasos metros de la entrada al recinto de las pirámides, hice detener el coche a Tarik al lado de un pequeño y bien cuidado campo de golf, aprovechando para tomar un refresco y tener una perspectiva visual desde ángulos diferentes.

«Aquí las tienes, regodéate con ellas. Por fin. Date el placer de observar las pétreas moles que forman tan magnánimo rompecabezas. No le has dicho a Tarik que pare el coche para tomar un refresco. En el fondo, sabes que su forma piramidal te impone, te quieres acercar a ellas a paso lento, ignorándolas. No seas tonto, avanza con paso firme y la cabeza bien alta. Fúndete con ellas. Siempre te han impresionado, porque en el fondo te están esperando con los brazos abiertos; animo, siéntelas». Me recriminé una y otra vez, apretando los dientes por un estado anímico infantil, una rabieta que luchaba en mi interior por los nocturnos sueños que jamás pude comprender.

También estaba satisfecho, porque Tarik era como un pase VIP en un parque temático. Él se hacía cargo de todo lo referente a entradas, regateos y accesos que seguramente un turista normal no se podría permitir.

Seguía teniendo esas ganas locas de querer acaparar al máximo, en el menor tiempo posible. Pero en realidad no tenía prisa, así que intenté tomármelo con calma para disfrutar tal y como venía el día, minuto a minuto. Nos dirigimos hacia las pirámides, pero antes visitamos la barca del sol, perteneciente al faraón Keops. Estaba situada en la cara sur de su pirámide. Era digna de ver, no solo por sus cuarenta metros de longitud y una excelente conservación, sino porque cuando la encontraron estaba como un kit de montaje. Solo tuvieron que ensamblarla.

—¡Fernando! —gritó a lo lejos Tarik, haciendo señas con las manos para que me dirigiera hacia él mientras presenciaba absorto la altura del majestuoso monumento. Evitando el acoso de los vendedores de pirámides en miniatura y papiros, logré llegar hasta mi pequeño amigo que estaba en compañía de un guardia-guía de las pirámides—. Escucha, Fernando —comentó Tarik, mientras me cogía del hombro para acercarme a él—. Este es Omar, un viejo amigo y compañero de trabajo durante dos años. Estuve trabajando

con él en el recinto de las pirámides —mientras su antiguo compañero se giraba para ver a un descontrolado grupo de bulliciosos turistas, Tarik se acercó con una disimulada sonrisa y me susurró al oído—. Sinceramente te digo, para mí era un trabajo aburrido, y la verdad, mi cuerpo me pide un poco más de acción. Así que tienes el honor de estar solamente conmigo en el interior y, por supuesto, bastante más tiempo que un visitante normal. ¿Qué te parece?

—Que ¿Qué me parece? Genial —Respondí, palmeándole la espalda—. Semejante privilegio no se puede desaprovechar.

Su antiguo compañero se echó hacia atrás al ver que me abalanzaba para abrazar a Tarik.

Esperamos algo más de una hora para que finalizaran las visitas rutinarias, aprovechando ese tiempo para ver las pequeñas pirámides de las reinas, la esfinge y las múltiples «Mastabas», que eran un complejo arquitectónico funerario a modo de panteón para la alta nobleza egipcia, erigiéndose por todo el recinto y de todos los tamaños.

Un intrépido turista, posaba sentado a la entrada de la pirámide. Estaba sudoroso, con tez pálida, casi descompuesto. Se frotaba suavemente la frente con un pañuelo, avergonzado de sí mismo por el pánico que había sentido y los empujones que propinó al resto del grupo, intentando salir al exterior para ver la luz del sol.

Solo pudo recorrer veinte metros dentro de las arterias de piedra.

—Maldita claustrofobia —decía el aguerrido italiano, mirando de soslayo la puerta de entrada y retándola por no permitirle continuar.

Llegado el momento, nos introdujimos en el templo piramidal. Fuimos por un pasillo de piedra, que de repente se estrechaba y encogía, de forma que tuve que agacharme durante un buen tramo, llegando a la galería principal que me impactó por su enorme estructura triangular. Al llegar al final de esta ascendente galería, nos metimos agachados por un túnel de escasos veinte metros hasta llegar a la cámara funeraria, pero eso sí, vacía. Aun sabiéndolo, no dejé de llevarme una pequeña decepción e infantil rabieta porque aún no se ha encontrado la momia del faraón, bien sea por los saqueadores de tumbas, o según Heródoto, porque fue el mismo

faraón quien ordenó la construcción de cámaras subterráneas en la meseta de Giza, como único refugio de su última morada. Puede que algún día se sepa con certeza para qué fueron construidas las pirámides.

—Fernando, te voy a dejar un rato solo —anunció Tarik—. Es una buena manera para que puedas crear un vínculo con la gran pirámide.

Olvidándome del misterio que conllevaba este tipo de situaciones, me dejé absorber por cada piedra que veía a mi alrededor, sabiendo que no fueron colocadas por esclavos como se había pensado durante mucho tiempo, sino por trabajadores altamente cualificados y comandados por capataces de considerables conocimientos en la estereotomía: el arte de cortar la piedra con especial técnica para poder sacar el mayor provecho a la roca. También participaban expertos en geometría, astronomía carpintería, etc.

Sentía el agradable abrazo de la energía que rodeaba la estancia, a la vez que un abrumador mareo provocaba mi inconsciencia en forma de sueño. Tal era la relajación, que comparé mi peso semejante al de una pluma. Noté cómo mis pensamientos se limpiaban de impurezas, haciendo que cada uno de ellos navegara en mi interior con mayor fluidez.

Comprobé que los latidos de mi corazón descendieron de manera notable, pero el estado físico lo sentía en perfectas condiciones. Por un momento me sentí como Julio César, Napoleón o el mismísimo Alejandro Magno, cuando pernoctaron durante una noche en el mismo lugar donde yo me encontraba. No se sabe muy bien por qué, pero después de lo que me estaba ocurriendo, comprendí que por su alta responsabilidad en el mundo de la política, necesitaban regenerarse, o bien, adquirir poderes divinos para conquistar un mundo que se les quedaba pequeño.

Poco a poco, iba creciendo en mí la hipótesis de que las pirámides no eran la última morada del faraón, puesto que en ninguna de ellas se ha encontrado cuerpo alguno. Ni tan siquiera

lugar de oración al culto, sino más bien, después del breve tiempo que llevaba dentro y lo que me estaba aconteciendo, deduje que era un templo iniciático, quizás donde los faraones lo utilizaban para celebrar la festividad real *heb-sed* donde renovaban su juventud, fuerza y sabiduría, merced a ciertas ceremonias y ritos mágicos.

En fin, estaba dejando volar mi imaginación con fantasías místicas, pero si, estaba claro que este templo venía a ser como un «balneario» con piscinas de relajación y chorros de energía que lo dejan a uno como nuevo. Una limpieza para cualquier mente saturada de estrés; una etérea infusión con la sutil capacidad de relajar todos los sentidos.

Aproximadamente llevaba una hora tumbado en el suelo, cuando quise incorporarme y abrir los ojos. No pude. Me sentí imantado al piso y mis parpados pesaban kilos. No podía pestañear. Me forcé para abrirlos, pero nada. Respire hondo ante esa anomalía física que jamás me había ocurrido, depositando en ello todas las fuerzas que recorrían mi cuerpo. Por fin, y durante apenas unos segundos, logré alzarlos un par de milímetros, lo justo para quedar impactado cuando vi que de mi pecho salía un difuminado haz de luz que penetraba en el techo del habitáculo, como si quisiera perderse en el confín del universo. Sentí un suave calor, producido por mi colgante, el causante del haz de luz, al mismo tiempo que una ligera vibración sobre el pecho.

De repente me incorporé pletórico, tan lleno de vida, de fuerza. Pero, sobre todo, mi mente era como un lago de aguas tranquilas, un exuberante estado que jamás había experimentado y recorría todo mi ser. No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo allí, pero sabía perfectamente que aquello hacía perder la lógica a todo aquello que yo conocía.

—Amigo Fernando —escuché la suave voz de Tarik, que estaba en una esquina de la cámara, con las manos sobre sus mejillas a modo de sorpresa o preocupación—. ¡Lo has logrado! —exclamó con cierta alegría—. Has logrado vincularte con la Gran pirámide. Muy poca gente lo ha conseguido, por eso te digo que tienes un vínculo con esta tierra, con su pasado —estaba exaltado, alzando la voz como si en ello le fuera la vida. Guardó un momento de silencio, y comenzó a hablar en voz baja—. Yo mismo, fue aquí donde descubrí que era descendiente de Ramsés II. Fue como... un

sueño. ¿Has visto algo fuera de lo normal?

Fruncí los labios en una mueca de indiferencia.

—No lo sé —respondí—. Tal vez... una luz que manaba del escarabeo, quizá a causa del reflejo de este farolillo o de luz que entra por algún lugar. La verdad es que no lo sé —maticé para quitarle importancia al asunto, ya que en cierta manera me sentía confundido a la vez que no notaba ningún tipo de preocupación—. En realidad no tiene ninguna importancia —mentí.

Se volvió a frotar la cara con las manos, lentamente.

—¡No! —exclamó con un tono de voz diferente, más alegre, acompañado por una ingenua y sincera sonrisa—. No era reflejo alguno ni tampoco una alucinación y, como verás, aquí es imposible que la luz del exterior se filtre por algún lugar. Ha sido un precioso haz de luz que brotaba de tu amuleto —se acercó hasta mí casi a hurtadillas, como si no quisiera despertar al espíritu del faraón con el rechinar de sus pisadas. Estaba a mi lado, propinándome suaves golpes en el brazo—. No te preocupes, Fernando, esto no te va a perjudicar para nada, todo lo contrario, va a guiar tu vida de manera positiva y te va ayudar a solucionar difíciles situaciones. Te lo digo por experiencia. El día que me ocurrió algo parecido, y no me digas cómo, corroboró mi linaje de manera fehaciente, haciéndome sentir que verdaderamente pertenecía a esa casta faraónica de la que tanto presumo. Fue entonces cuando dejé mi trabajo de guarda en las pirámides y me dediqué a hacer un poco de esto y otro poco de aquello, que es realmente lo que me gusta.

Se acercó encogido con los brazos cruzados, como si con esa postura quisiera dar una muestra de respeto a los dioses.

Extendí los brazos.

—¡Venga ya, Tarik! —exclamé, separando esa aureola de misticismo que encubría lo acontecido—. No te digo que no acabo de vivir una experiencia algo rara, pero...

Extendió sus manos, apoyándolas sobre mis hombros.

—¡Escúchame! —Sentenció con una seria y profunda mirada—. No es nada fácil, asimilar lo que acabas de vivir, pero hazme caso, yo sería incapaz de mentirte y... solo pretendo ayudarte. Quiero que comprendas, que Egipto es una tierra muy antigua, siempre dedicada al bienestar, a la oración, al culto, a la magia y a los dioses que siempre han estado latentes en cualquier circunstancia,

ya sea en manos de la realeza o en las de un sencillo campesino.

Seguí pensativo, absorto entre la credulidad y la más pura fantasía.

—¡Pero...no me líes, Tarik! —mascullé—. Que si, que lo que dices es verdad y te creo, sin embargo... —no pude continuar. Me faltaban argumentos para ratificar mi estado de ánimo— Veras... he leído e indagado muchísimo sobre el antiguo Egipto; los dioses y diosecillos, divinidades de primera magnitud, la religión, los extraños ritos de purificación, funerarios, de celebración, la magia tan latente desde las primeras dinastías, pero...

—Perdóname —murmuró, mirándome a los ojos.

Sentí que a través de su mirada, quería expresarme todos sus conocimientos y creencias. En su «Perdóname», no solo había lo que propiamente dicho encierra la palabra; existía tal humildad que, las cuatro paredes que cobijaban esa cámara, parecían estrecharse hasta tal punto que me hicieron comprender que la había pronunciado desde lo más profundo de su corazón.

—No, perdóname tú, y comprende. Tal ha sido mi ansia por venir a esta tierra, para ver y conocer de cerca todas las maravillas que siempre he soñado con verlas, que esa era toda mi ilusión, verlas, Tarik, verlas y disfrutar de cada piedra, monumento y su historia. Solo pretendía conocer más de cerca cada rasgo de esta suculenta civilización. Compréndeme, amigo mío. Me están ocurriendo una serie de vivencias que no son muy normales que se digan y, aunque no tengo el mínimo temor, estarás conmigo en que todo esto llega a producir cierto nerviosismo. Te puedo asegurar que no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones.

Soltó una suave carcajada, rompiendo la seriedad que se había apoderado de la cámara. Yo me limité a sonreír.

—¡Esto es magia, Fernando! —comentó—. La magia de los antiguos, la que hace que el espíritu se impregne de pureza, la que pone cada elemento en su lugar, la que ilumina la oscuridad. Convéncete de que aquí no estás solo para visitar Egipto. Tu vínculo va creciendo poco a poco.

Por momentos lo comparé con un antiguo sacerdote de cualquier templo en los tiempos faraónicos, convencido de todo lo que decía.

—Sé que gracias a ti —puntualicé—, puedo encontrar respuesta a muchas preguntas y a vivir situaciones que solo no habría podido

hacerlo, eres un gran apoyo para mí, pero…

—Me siento —manifesté por fin, bromeando— como un aspirante a mago, a «los hijos de la luz», pasando una serie de pruebas de intuición y valor —eran las cualidades fundamentales para aquellos que pretendían llegar a ser iniciados, y sobre todo, la espiritualidad, que era la función básica que tenían que prodigar. Coloqué mis manos sobre sus hombros, y la sinceridad de su mirada me obligó a dejar de bromear—. Tarik, si todo esto no es una mera coincidencia o puro efecto de la casualidad, no tardaré en asimilarlo, te lo aseguro, pero tendrás que estar conmigo y no en virtud de chofer y guía, sino de amigo y mentor, aunque todo esto no…

—Es un gran placer —puntualizó—, aunque mis conocimientos sean poco más que básicos, estaré a tu entera disposición. Ya sabes que será así, sobre todo, sabiendo que eres todo un hijo destacado de la reina Maga Isis, la gran diosa madre.

Rompió a reír para quitarle importancia al asunto. Y no, no era básico lo que sabía. No solamente tenía conocimientos de los rasgos más importantes del mundo de la egiptológica, sino que profundizaba en curiosos aspectos de la personalidad de varios faraones y personajes influyentes que vivieron alrededor de ellos. En su interior, encerraba toda una biblioteca.

Fuimos visitando las diferentes cámaras y pasajes interiores. Muchas de las pirámides tenían tres cámaras y según algunos estudiosos de los fenómenos esotéricos, las habían identificado con los tres puntos vitales del ser humano: el corazón, el cerebro y los órganos reproductores. Recorrimos los angostos pasadizos, visitando la cámara de la Reina y la cámara del Caos, excavada en el subsuelo. Conforme fui recorriendo el interior de ese inmenso edificio, llegué a comprender por qué algunos estudiosos de temas enigmáticos, atribuyen esta perfección a la presencia de extraterrestres en nuestro planeta.

Otros, la vinculan a la existencia de una civilización muy avanzada en un periodo anterior a la edad antigua, pero la que a mí

más me convencía, es la que se indujo a pensar que podrían haberse construido para concentrar la supuesta energía renovadora: el alma del universo.

Al final de nuestra visita, fuimos recorriendo los pasadizos hasta la salida en la cara norte, eso sí, físicamente destrozado por los múltiples cambios de postura que el interior de la pirámide nos obligaba a hacer, desde agacharnos, hasta ir en cuclillas, a veces casi arrastrándonos por angostos corredores que parecían estar obstruidos.

Al llegar a la salida de la pirámide, un torrente de luz hizo que cerrara los ojos, e instintivamente, eché mano a la bandolera para coger mis oscuras gafas y poder ver cómo el sol estaba empezando a ocultarse tras el hermoso horizonte, dejando vislumbrar un espectacular ocaso, lleno de vivos tonos rojizos.

El corto y hermoso día, daba paso a un fulgurante y tibio anochecer, donde allí mismo, cerca del recinto, pudimos saciar nuestro voraz apetito con una suculenta cena y entornar un relajante paseo para terminar el día, regalando a mi vista con un espectáculo de luz y sonido en el recinto de las pirámides.

Todo, absolutamente todo lo que me rodeaba, tenía un sabor lleno de encanto, de una misteriosa aura que me atraía, entregándome por completo a cualquier tipo de estado: físico o mental, real o ficticio. Me daba igual. Cada momento lo absorbía y disfrutaba de ello. Para eso había ido al país que desde mi niñez se había apoderado de buena parte de mi vida.

No me costó conciliar el sueño. Después de todo lo ocurrido ese día, pensé que no iba a poder dormir. Demasiadas emociones, sin embargo, algo etéreo absorbió todas mis fuerzas cuando me dejé caer sobre la cama, algo similar a la energía que había en la cámara de la pirámide.

III

Al-hakim, una de las más bellas y valiosas de El Cairo. Desde su minarete se obtiene una vista impresionante de las callejuelas del norte de *Khan Al Khalili*, en pleno barrio islámico, el cual alberga un enorme y exótico zoco atiborrado de tiendas de artesanía, cristal, especias, telas etc. etc.

Absorto en mis pensamientos, no me había percatado que durante casi toda la jornada estuve serio y algo distante. Sin embargo, y en todo momento, Tarik no se separaba ni un instante de mi lado. Siempre, y con su agradable sonrisa, se limitaba de vez en cuando a poner su mano sobre mi hombro para que le sintiera y saber que no me encontraba solo.

—Perdona, Tarik —mascullé—. Sé que estoy algo distraído. Me siento como si estuviera pasando una etapa de transición mental. Anoche, cuando me fui a dormir, noté la misma y extraña sensación que sentí dentro de la cámara de la pirámide. Fue como una somnolencia casi anestésica, eso sí, he dormido como un bebé. He llagado a pensar que igual estoy sufriendo algún tipo de alucinación, debido a un cambio alimenticio o tal vez a un problema físico, pero me encuentro bien, quizá mejor que nunca y con una gran vitalidad.

Entre el trasiego de la muchedumbre que parecía deambular sin destino, pensé por un momento que iba a emitir una burlesca carcajada, pero no fue así, se limitó a mirarme con semblante

relajado, tirando de mi brazo para evitar que un viejo motocarro nos llevase por delante.

—Según mi experiencia —puntualizó Tarik—, lo que estás experimentando no es causa de trastorno físico alguno. Tienes que ir asimilando que tu linaje está en cierta manera ligado a Egipto. ¡No me digas cómo!, pero estoy seguro que no tardaras mucho en averiguarlo.

Lo dijo totalmente convencido, sin un ápice de broma en sus palabras.

—¿Cómo que mi linaje? —pregunté—. Ahora me dirás que yo también soy descendiente de algún faraón, no sé, tal vez… Seqenenre Taa II, que inicio la abolición de los Hicsos que dominaban Egipto, o Sesostris I, o quizá mi preferida, la que figura en el escarabeo de mi colgante, la reina Hatshepsut; esa poderosa mujer que comenzó un largo reinado de paz que duró alrededor de veinte años. ¿Quién, Tarik? Dímelo tú ¿quién te convence más para antepasado mío? —le dije en medio de una estrecha callejuela del gran zoco—. Mis dos hermanas y yo —puntualicé—, nacimos en Burlada, un municipio que limita al norte con la ciudad de Pamplona. Mis padres y abuelos, en diferentes pueblos del norte de Navarra. Por cierto, Tarik, un lugar de hermosos paisajes, de agradable y noble gente con una riqueza cultural e histórica que hace que me sienta orgulloso pertenecer a esa tierra, algo así como tú de la tuya. En fin, como te decía, el único contacto que mi familia tiene con Egipto, es mi tatarabuelo materno, que vino aquí con su hija, mi bisabuela, a la que nunca llegué a conocer, y es que no tengo ni la menor idea de por qué vinieron hasta aquí. Jamás me han contado nada al respecto, y eso me extraña, sabiendo la inclinación que yo siempre he tenido por esta tierra. Quizá aquel viaje no tuvo relevancia en los anales de mi familia, pero… —intenté buscar algún recuerdo al respecto, sin éxito— aunque sea una mínima mención.

Tarik se encogió de hombros.

—Seguro que todo esto tiene una explicación —matizó, sacándome de mi letargo pensamiento, mientras soplaba la boca de un vaso para enfriar un sabroso té de rosas—. A lo largo de mi venturosa vida he llegado a la conclusión de que la casualidad no existe, que todo lo que vivimos y desde el momento en que

nacemos, tiene un por qué. La vida de cada persona está predestinada a recorrer caminos, uno buenos, otros no tanto, pero todos tienen un fin, aquel para el cual hemos sido elegidos y sí, amigo Fernando, mientras los recorres puedes hacer muchos cambios, pero al final siempre encontrarás el tuyo, el que únicamente a ti te pertenece —me gustaba cuando filosofaba de esa manera. No solo estaba convencido de lo que decía, sino que lo expresaba de tal manera que se esforzaba por hacerme entender lo que él sentía—. Solamente tienes que mirar dentro de tu ser, ese maravilloso color que inunda tus pensamientos y un sonido que solamente tú puedes oír y sentir su vibración, haciendo que te fundas con el Ente más profundo que llevas dentro.

Permanecí unos instantes en silencio, asimilando lo que acababa de decir. Moví la cabeza al tiempo que una sonrisa casi irónica aparecía sorprendida en mis labios. Lo detuve en la acera, al lado de una pequeña tienda de aparatos eléctricos, donde el dueño y un cliente estaban enzarzados en un contencioso regateo por la compra de un pequeño reloj despertador.

—¡Me asombras! Cada día que paso contigo me sorprendes con algo diferente, ¿No serás el maestro o un súbdito de alguna de esas raras sectas que pululan por ahí, verdad? —Sentencié, riéndome a la vez que vi en su rostro un halo de incomprensión—. ¡He, tranquilo Tarik! —Le dije, mientras le cogía del brazo—, es una broma. Ya sabes que te creo todo lo que me dices, lo que ocurre es que por un momento me ha venido a la memoria unas palabras que también mi sabia abuela me dijo poco antes de venir aquí.

—¡Tarik! —exclamé de forma precipitada y levantado la voz, aun sabiendo que estaba cerca de mí— ¿Qué te parece hacer un largo viaje? Bueno perdona, no sé apenas de tu vida. Si estás casado, tienes hijos o alguien a tu cargo que te impida viajar, pero es que acabo de sentir la necesidad de ir a un lugar lejos de aquí, a unos 700 kilómetros más o menos.

Su rostro se iluminó.

—Sin problema —matizó, enseñando su blanca dentadura con

más alegría que nunca, como si llevaría tiempo esperando a que le propusiera, por pequeña que fuera, cualquier tipo de aventura lejos de la ciudad—, pero… yo no tengo dinero suficiente para viajar, y de verdad que lo siento, aunque algún día, cuando tenga lo suficiente para…

—Cállate ya, Tarik. Escucha: yo no soy rico ni provengo de una familia acaudalada, pero he ahorrado lo suficiente como para poder permitirme este viaje a Egipto y alguna que otra andanza, así que no se te ocurra hablar más del tema económico. Tú sigue mediando y regateando como sabes hacerlo, el resto, déjalo de mi cuenta ¿Queda claro?

—Como el agua purificante del Nilo —respondió, mientras me daba la mano, como si estuviéramos cerrando un importante negocio, pero que en realidad estábamos creando una sociedad—. Y por cierto, a mis casi cuarenta años sigo soltero, sin hijos, sin cargos. Solo ganas de vivir esta existencia con la mayor satisfacción. Gracias amigo. ¿Dónde nos vamos?

Comprendí que en «gracias amigo» había algo más que gratitud, algo más que avidez de aventura, algo más que la necesidad de la tierra seca por la lluvia. Quizá en su tranquilo rostro de satisfacción, se podía denotar el más profundo sentimiento de una persona que, aun teniendo muchos amigos, se sentía solo. Por un instante sentí lastima, imaginándolo a la búsqueda de su propio yo en un mundo imaginario. No era un loco chiflado, imaginándose ser descendiente de una casta faraónica que engrandeció Egipto, sino un soñador a la búsqueda de si propia identidad.

El fugaz pensamiento desapareció cuando Tarik me proyectó un brusco empujón para evitar que una pequeña bicicleta arremetiese contra nosotros. Llegué a ver al conductor. Era un chiquillo de unos diez años, que sin dejar de pedalear, serpenteaba entre los transeúntes con gran habilidad. Noté un ligero escozor en el cuello, giré la cabeza y, pude ver al que tal vez fuera su compinche, cómo portaba mi colgante en la mano izquierda y salía corriendo como alma que lleva el diablo. Sin más dilación, esprinté una alocada carrera con el firme propósito de por lo menos no perderlo de vista. Lo estaba consiguiendo, cuando después de tres o cuatro callejuelas que me parecieron enormes avenidas, mis escasas fuerzas flaquearon, jadeando por todos los poros de la piel. Pero cuál fue mi

sorpresa, cuando advertí que el chiquillo frenaba de golpe por culpa de un callejón sin salida, echando por tierra toda su hazaña.

Detrás de mí pude escuchar la fatigada risa de Tarik, mientras el chiquillo empezó a relajarse por la quijotesca escena que tenía delante.

—¿Qué está diciendo?

La reiterada frase del muchacho, hizo que alguna ventana del edificio que tenía enfrente se abrieran apenas unos centímetros, dejando entrever unas miradas que no querían problemas, solo sentir la curiosidad de ver lo que estaba ocurriendo. Al mirar hacia arriba, solo pude ver las arrugadas facciones de una desdentada viejecita que reía de forma sarcástica.

—Dice que no es su culpa. Le obligan y te pide que le perdones.

Sentí lastima por él. Cabizbajo, se notaba el rubor en sus mejillas y la cobardía de tener que robar a las órdenes de algún sinvergüenza, aunque también pensé que era parte de su puesta en escena para evitar males mayores. Seguro que no era la primera vez que estaba en una situación similar.

—¿Quién te obliga?-Hice un gesto a Tarik para que le tradujera, intentando ver hasta dónde llagaba para defenderse el pequeño ladronzuelo— ¿Quién es el mal nacido que ha hecho eso? —le susurré a Tarik, viendo el miedo en el inocente rostro del niño— Le están exigiendo una vida que no le corresponde. Este chiquillo tenía que estar ahora jugando y disfrutando de su niñez, ¡qué lástima, Dios mío! Qué lástima.

—Su padrastro —puntualizó Tarik, después de acercarse al pequeño raterillo y hablar con él mientras yo exhalaba improperios —. Desde que su madre se unió a ese desgraciado tras la muerte de su verdadero padre, le obliga a robar para sufragar sus borracheras, y si no roba nada, le maltrata.

Me enfurecí, recordando a un gran amigo de mi niñez. Su padre le obligaba a trabajar cuando salía de la escuela, llenando sacos de madera y carbón. Era el negocio de la familia, pero cuando él trabajaba, perdiendo parte de su infancia, su padre estaba en la

taberna, emborrachándose a costa de un niño de apenas ocho años. Solamente los domingos por la mañana lo veía sonreír cuando nos divertíamos jugando al fútbol, aun con el polvo del carbón entre sus uñas.

El chiquillo se acercó a mí, sin ninguna intención de querer salir corriendo. Con una inofensiva y temblorosa expresión en su rostro, depositó en mi mano el objeto de la discordia, hablándome con tal dulzura que casi hasta podía entender lo que me decía.

—Por ti, mi nombre es Abdel Rahîm —tradujo Tarik con una picara sonrisa, mientras el pequeño apretaba mis manos con fuerza.

—Tarik...no empieces que te conozco —le increpé, mirándolo de reojo.

—Relájate, Fernando. Lo que te está diciendo es que su nombre significa «sirviente del más compasivo», y así es como te ve, generoso y compasivo, y te dice que le pidas lo que quieras, que él te servirá. También repite que su madre es buena, muy buena, ignorando por completo lo que él hace para su padrastro. Le tiene miedo.

Por la calle que daba al callejón, pasó un grupo de turistas observando la escena, murmurando en un idioma que no logré entender.

—No, pequeño Abdel Rahîm —miré a Tarik para que tradujera mis palabras—. No tienes por qué servirme ¿me has escuchado? Tú dedícate a estudiar y obedece a tu madre. Ella te necesita y tú a ella también. Es tu madre.

Observé que al pronunciar la palabra madre, sus húmedos ojos se tupían como queriendo incitar un sueño de ternura. O el muchacho estaba ejecutando un papel a la perfección, o los sentimientos hacia su madre eran muy profundos.

—¿Tienes hambre? —pregunté al chiquillo, juntando las cinco yemas de los dedos y llevándomelos a la boca.

Cambiando su entristecido semblante, asintió, abriendo los ojos como platos sin dejar de agitar la cabeza para mirarnos indistintamente con cierta ansiedad. Llegamos a la zona donde abundaban los puestos de exquisitos manjares: buñuelos de carne, hamburguesas, frutas, llamativos dulces etc. Todo un festín del que los tres tomamos parte plácidamente, sobre todo Abdel, que no había probado bocado en todo el día.

—Grasias, senior —balbuceó ante mi sorpresa, el pequeño rufiancillo.

—Toma ya, lo que me faltaba por oír —expresé entre risas, pasmado por su agradecimiento en español—. ¡Tarik! ¿No me digas que habla...?

—No, solamente pequeñas frases. Ha comentado que las ha aprendido en casa. Su madre sí que habla español, y le enseña algunas palabras sueltas cuando puede. Aunque te parezca raro, en El Cairo hay bastante gente que habla español. Cuando estudié tu lengua —comentó con la mirada perdida, recordando aquella época —, en una escuela de idiomas del barrio *Dokki*, había una gran demanda. Por cierto, allí hice buenos amigos, entre ellos, Amer.

No dejaba de llevarme sorpresas. Jamás pensé que a 4000 kilómetros de distancia y en un país árabe, hablara tanta gente el español.

El Fishawi. Era un antiguo establecimiento alargado, con una exquisita decoración árabe. Entre sorbo y sorbo, aspirando el aroma de un rico té de menta, advertí en uno de sus múltiples espejos el rostro nostálgico que Tarik denotaba, inmerso seguramente en sus propios recuerdos.

Como en ese instante, podría permanecer horas. Abrir una pequeña hendidura en el espacio-tiempo y congelar ese preciso momento para determinar el rumbo de mi vida: si tras mi aventura vuelvo a mi querida Burlada, o me quedo en el soñado Egipto hasta agotar el último céntimo de mis ahorros. Decidí no preocuparme. Había venido para percibir la esencia vital de ese pueblo y dejarme navegar en un mar de acontecimientos previstos o imprevistos, sin marcarme límites.

Aproveché ese remanso de paz que me brindaba el café *El Fishawi* para hurgar en lo más profundo de mi ser, experimentando la metamorfosis de un nuevo yo. Empecé a sentir que mis ideas, pensamientos y emociones, no se estancaban, sino que tomaban su propio rumbo. No me permitían devanarme los sesos, enmarañando diferentes opciones para dudar o no, sobre cuál de ellas era la más

adecuada.

Quizá sería el clima, la magia de Egipto, el no tener que hacer nada por obligación. Qué sé yo, tal vez sería lo que tenía que ser. También pensaba en la enigmática pirámide, en las palabras de Tarik, en mi amuleto. Sentía que todo tenía una estrecha e invisible relación. Mi mente asimilaba ciertos hechos, reales o subjetivos, tal vez espirituales. Percibía algo fuera de lo común, algo que estaba descubriendo en cada paso que daba. Valoré una palabra que me dijo Amer: «iniciado», pero ¿en qué? Aún no estaba concienciado para responder a esa pregunta. Sabía que un paradigma me envolvía como… una perceptiva protección.

A mi lado, sorbiendo gota a gota, como queriendo que no se acabara, el pequeño Abdel Rahîm sujetaba una copa llena de zumo de frutas entre sus manos. En frente, Tarik, sosteniendo su propia mirada ante un espejo, como si de una pantalla de cine se tratara. Sus ojos seguramente proyectaban nostálgicas escenas que le dejaron huella. Allí, sentados los tres en unas relucientes sillas de madera, casi a pie de calle, se percibía un incesante fluir humano en ambas direcciones. Gente de diferentes etnias; unos ansiosos por querer percibir cualquier artículo por minúsculo que fuera, expuesto en los tenderetes, otros, como yo, observando y sonriendo a los múltiples rostros que de cada uno de ellos se podía escribir un poema.

—

—¡Que tienes que regatear los precios! —exclamó, viendo al comerciante cómo escenificaba un arduo cabreo con aspavientos incluidos.

Me acerqué a ellos sin poder reprimir una carcajada.

—Hola, soy Fernando, Tarik, y este es el pequeño Abdel Rahîm —nos presentamos, entablando una banal conversación como viajeros que se juntan en el camino. Era una feliz pareja de recién casados, rumbo a Nubia, haciendo una pequeña escala en la ciudad de El Cairo.

Mientras hablábamos, Tarik se encargó de minimizar el precio

de la estatuilla hasta el límite permitido, y tras despedirnos, reanudamos nuestro viaje callejero, dedicándome más a la arquitectura de los edificios que a los interminables comercios.

El infante Abdel no se separaba de nosotros, como si tuviera la necesidad de una compañía protectora, pero cogido de mi mano, el que se sentía protegido era yo, pues cualquier recoveco, pasaje, callejuela, lo conocía a la perfección. Con todo ese saber del entorno en el cual se movía como pez en el agua, concluí que solamente fue el miedo lo que cegó y encerró al pequeño Abdel en aquel maldito callejón sin salida, pero que gracias a ello, pudimos conocer a un tierno y avispado chiquillo con ganas de compañía.

Tirando de mí, parecía querer llevarnos a un destino que de los tres, solo él conocía. Tarik y yo, sonriendo, nos dejamos transportar por una mano inocente, pasando por uno de los múltiples pórticos árabes de las mil y una noches. Nos llevó cerca de los minaretes de *Bad Zuweila*, donde la llamada a la oración se convierte en un espiritual cántico destinado al regocijo, a la búsqueda del yo profundo, al vínculo con el Todopoderoso. Más que un canto para reunir a los fieles, parecía una omnipotente balada de amor que conectaba el sonido del alma con la esencia de Dios.

—¿A dónde nos llevas? —le preguntó Tarik, zigzagueando entre la muchedumbre.

El chiquillo extendió los brazos, encogiendo los hombros.

—A mi casa. Mi padrastro no está —contestó tranquilo el risueño Abdel.

Tarik me tradujo por si me oponía, pero al ver que me encogía de hombros, haciendo una mueca de indiferencia, lo dio por aprobado. Tampoco teníamos nada que hacer, así que continuamos con nuestro deambular entre las estrechas y pintorescas callejuelas, atiborradas de un incesante fluir de marea humana.

Nos detuvimos ante una vieja, aunque bien conservada casa de tres plantas. En una ventana asomaba el rostro de una mujer. Dirigimos la mirada hacia ella, porque el pequeño ladronzuelo la señalaba con la mano. Con los nudillos de los dedos, Tarik restregó sus ojos y volvió a mirar la ventana.

—¡Yasmin! —exhaló suavemente Tarik, con un tono de voz que apenas resultaba perceptible.

El nombre Yasmin se fundió con una lánguida y apasionada

mirada, como si traspasara los límites de la realidad. Denoté en sus ojos un ligero brillo de ternura, la pasión inconfundible que a través de todas sus células emana un hombre enamorado. ¿Un antiguo amor, acaso reciente, quizá olvidado o tal vez un amor imaginario? Pero ¿Qué estaba ocurriendo en la mente Tarik?

Seguía mirando a esa ventana, ahora vacía, como si fuera en extraño espejismo, cuando por la puerta salió fugaz la mujer que había estado viendo, fundiéndose con él en un cálido abrazo. Mantuvieron sus cuerpos unidos un instante, el tiempo necesario para hablarse sin palabras todo lo que se tenían que decir. Todo, en un abrazo.

Abdel y yo permanecimos silenciosos como estatuas ante la acogedora escena, emitiendo una picara y confundida sonrisa.

Separándose de aquella calidez, Tarik acaricio sus mejillas con ambas manos. Percibí en ella una ligera mueca de dolor físico al rozar su redondeado mentón.

—Estás... tan guapa como siempre —exclamó Tarik con toda su cortesía—. Este es Fernando, un amigo español, y este...

—Abdel Rahîm, mi hijo —rebeló Yasmin, dándole un beso en la mejilla— ¿le conoces?

—Bueno, es que... veras, lo hemos conocido hoy, por el zoco, de forma casual. Tienes un buen hijo, Yasmin —puntualizó Tarik, asombrado.

No, no fue una casualidad para mi amigo Tarik. Abdel estaba en su camino; tenía que estar ahí.

Yasmin, una robusta y hermosa mujer con proporciones físicas bien equilibradas, de facciones dulce y juvenil, poseía un encanto que la engrandecía al sonreír. Algo más pequeña que Tarik, infundía toda la gracia y alegría de las mujeres egipcias.

—¡Fernando!, así que eres español —miró de reojo a si hijo, sin saber por qué estaba con nosotros—. Me alegro de conocerte —dijo, cogiéndome el rostro con sus delicadas manos y dándome un beso en cada mejilla. Se giró, y miró a mi amigo con el ceño fruncido — Tarik, te conozco bien. Sé que tú no mientes ¿de qué conoces a mi hijo?

Ladeando la cabeza, miró a los ojos del pequeño Abdel. Este asintió, y Tarik, quitándole importancia al asunto, le contó lo sucedido. Mientras narraba, Abdel se colocó delante de mí dando la

cara a su madre, sabiendo que él no era responsable de lo ocurrido, que lo hacía con la obligación infundada por el miedo a su padrastro.

Ni tan siquiera era padrastro legal, porque Yasmin, al fallecer su marido, vivían en una pequeña casita de alquiler. Prácticamente se quedo arruinada, sin trabajo, sin ganancias, hasta que el supuesto «padrastro», amigo de la familia, se ofreció a mantenerlos, pero ¿a qué precio? Venia ebrio todos los días. Obligaba a Abdel a robar pequeñas cosas para costearse sus alcohólicos caprichos. Llevaban viviendo juntos casi un año, y Yasmin, sin poderse reprimir, rompió a llorar porque sentía que su vida tenía poco valor. Todo por lo que ella había luchado, se desmoronaba como un castillo de naipes...

—Lleva unos días diciendo que así no podemos vivir. El dinero que él gana no llega para todos, y no tiene ningún escrúpulo. Quiere... —agachó la cabeza, avergonzada para evitar que viéramos su humillado rostro.

—Yasmin —Tarik mostraba un estado de nerviosismo al ver a su amiga derrumbarse de esa manera—. ¿Qué ocurre?

La mujer retomó una compostura altiva, pero en su rostro se denotaba una humillación arrastrada desde tiempo atrás.

—Quiere... quiere que me prostituya —susurró para que su hijo Abdel no le oyera—. Se está volviendo muy agresivo, y me da miedo por los niños.

Se llevó la mano al dolorido mentón, recordando tal vez que no fue una caricia lo que ese hombre le dio.

—Perdona —me entrometí. La escena que estaba viendo, de alguna manera me hizo partícipe de su dolor, sacando de mí la aflicción por ver a una mujer así —, no te conozco, pero... tú así no puedes vivir con él. Es algo que no deseas, se te nota. Sé que no es asunto mío, pero tienes un hijo y...

Me acordé de Patricia, una amiga de mi madre que tras sufrir maltratos por parte de su marido, precisamente a causa del alcohol, se cobijó una temporada en nuestra casa hasta que su vida tomó un nuevo y esperanzador rumbo. Más que mi madre, mi abuela fue la que calmó la tempestad emocional que sufría desde hacía tiempo, pasando con ella largas horas hasta que estuvo preparada para enfrentarse a su nueva vida.

Volví a la realidad de mis pensamientos, cuando Yasmin colocó

su mano en mi antebrazo. Mientras pensaba, llevábamos unos segundos mirándonos a los ojos, sin decir nada. Quizá no tenía que haber hablado, pero no lo pude evitar. No la conocía como para opinar así de su vida. Le iba a pedir perdón, pero comenzó a hablar.

—Y una hija de seis años, Fernando —anunció con orgullo—. Por cierto, ahí está y su nombre es Zaina.

Apareció por la puerta una preciosa niña, frotándose los ojos y mostrando la más encantadora de las sonrisas. Ajena a lo ocurrido, fue corriendo a los brazos de su madre, que la acogió contra su pecho, evitando que pudiera ver cómo las lágrimas corrían por sus mejillas. Tarik estaba emocionado tras escuchar el patético y triste relato de una mujer a la que un día supuestamente amó. Sobraban las palabras para saber que mi amigo egipcio estaba disimulando un punzante dolor sentimental. Visiblemente, se emocionó.

—Deja que te ayude —habló Tarik con seriedad.

Hubo un momento de silencio.

—Ya no puedo aguantar más —se quejó Yasmin—. Mis hijos son lo único que tengo en la vida. Ellos me dan la energía que necesito, pero la vida me ha cambiado mucho, mi querido Tarik. No se parece a nuestra época de estudiantes, cuando nos conocimos en aquella escuela de idiomas. ¿Te acuerdas?

Yasmin rememoró con la vista perdida en la lejanía de la calle, aquellos momentos de los que guardaba buenos recuerdos.

—¿Cómo no me voy a acordar? —rebeló Tarik, mientras seguramente pensaba: «allí… allí me enamoré de ti».

Estaba de cuclillas, jugando con Abdel y Zaina, haciéndoles unos pequeños trucos de magia. Trucos que me encantaba hacer sobre todo a los niños, porque despertaba algo que solamente ellos podían entender; ese mundo mágico que rodea la niñez. Enseñarles las manos vacías, y de repente, aparecer una moneda para luego ir volando en ese mundo fantástico y volver a aparecer en el bolsillo de Abdel, o cortar un papel en pedacitos, hacerles participes con un soplido mágico sobre la mano cerrada, y mostrar de nuevo el papel íntegro. No hablaban, solo miraban las manos que bailaban en el aire para dar mayor realismo al juego de magia. Parecían entender con fluidez mis palabras, porque sus expresivos y asombrosos rostros así me lo decían. Tan solo con un papel y una moneda, esos dos asombrados niños, con una sonrisa que no se desdibujaba de su

rostro, se olvidaron por un momento del dolor que estaba viviendo su madre.

Con una impulsiva reacción me puse en pie, situándome a escasa distancia del agresor. Este, ante mi uno noventa de estatura y mi agresivo arrojo, soltó a Tarik y se quedó pasmado, solo el tiempo necesario para echar mano a su cintura y sacar una considerable navaja. La desplegó, se encorvó y extendió los brazos en posición de ataque.

Viendo claramente su estado de embriaguez y la falta de reflejos, me dio tiempo suficiente para agarrarle del brazo que sostenía el arma y propinarle un sordo puñetazo en la boca del estomago. Cayó al suelo, vomitando todo el alcohol ingerido. Fuera de combate y semiinconsciente por la borrachera, lo subimos a su casa. Casi nadie se percató del altercado.

El pequeño Abdel no se separaba ni un instante de mí. Sentados en un viejo sofá, me miraba y reía orgulloso. Se sentía protegido del animal de su padrastro. Apoyado en mi hombro, me hizo sentir el orgullo de un padre, ese protector que vela por su hijo día y noche ante cualquier adversidad. Un cosquilleo me recorrió el cuerpo al evocar la memoria de mi niñez, la intolerancia del más fuerte hacía el más débil.

Ya de niño, mi estatura superaba unos centímetros a los chicos de mi edad que, añadida a mi corpulencia, más bien atlética debido a la práctica del deporte, recordaba tantas y tantas veces mi intromisión en asuntos que seguramente no me concernían, pero en los que siempre había alguien que necesitaba ayuda. Ello me llevó en más de una ocasión a recibir algún que otro despistado golpe. Merecía la pena, ver la gratitud en los ojos llorosos de aquellos a los que ayudaba.

De mi recuerdo, brotaban muchos de esos rostros que con los años se convirtieron en grandes amigos.

Yasmin y Tarik continuaban hablando en una personal conversación, mientras yo me dediqué por entero a jugar con los chiquillos.

El que nunca quise conocer su nombre, despertó de su ebria somnolencia, avergonzado, intimidado, perdido. Vi que Tarik desbordaba toda su personalidad en una afable charla que mantuvo con él. A continuación, cogiendo las escasas pertenencias de Yasmin y de sus hijos, Tarik nos llevó a su casa, diciéndoles que aceptaran como la suya propia. El pequeño egipcio estaba hinchado de emoción y orgullo. No sé si alguna vez se habría sentido así, pero en mi interior agradecí haber podido vivir esa experiencia con él.

—Maravillosa —exclamé cuando abrió la puerta de su casa al norte en la isla de Zamalek. —Autentico, Tarik, eres autentico-estimé al ver la exquisita decoración que hasta el mismo Ramsés II alagaría con gusto.

Una casita de dos plantas con gruesos muros interiores. Una mezcla entre el actual y el antiguo Egipto, realmente acogedora. Tras la puerta de entrada, un amplio salón de estucadas paredes se imponía para regodeo de nuestra vista. En el tramo de pared más ancho, Tarik dibujó concienzudamente un enorme pilono, constituido por dos pirámides truncadas y una puerta de acceso en el centro, igual a los que flanquean la entrada principal de los templos del antiguo Egipto, con sus bajorrelieves incluidos. El bajorrelieve es una técnica escultórica que el antiguo egipcio dominaba con verdadera maestría. Consistía en rebajar el contorno del muro para tallar el interior de las figuras o jeroglíficos, sobresaliendo ligeramente del fondo, y en muchos casos pintarlos con vivos colores, consiguiendo así un efecto tridimensional. El escaso mobiliario hacía aún más agradable la estancia que daba acceso a una pequeña cocina y un baño, junto a una escalera que trepaba a un segundo piso, compuesto por dos habitaciones y una relajante terraza por sus exquisitas vistas al Nilo.

De regreso al hotel, Tarik me propuso que durante mi estancia en Egipto podía compartir su hogar; había espacio suficiente para los cinco. Era una forma de agradecimiento por haber sido participe en el camino de su destino, haciendo que se cruzara con el de Yasmin. Por el enclave de su casa y las maravillosas vistas al Nilo, la verdad que era una tentadora oferta, pero estaba a gusto en el hotel Youssef y quería respetar su intimidad, sobre todo, con la llegada de una buena amiga y sus hijos que iban a rellenar los silencios de su hogar.

—Buenos días ¿Qué tal habéis dormido? —pregunté al tiempo que los saludaba con un apretón de manos—. ¿Puedo desayunar con vosotros?

El local estaba inundado con el aroma a bollería recién hecha.

—Por supuesto, Nafer. De hecho te estábamos esperando —respondió Amer, mientras se sentaba mansamente con intención de devorar la plateada bandeja, repleta de deliciosa confitería.

Me acomodé al lado del desconocido comensal; un hombre de origen caucásico. Lo relacioné con un turista más que se alojaba en el hotel y compartía mesa para no desayunar solo.

—Este buen hombre —anunció Amer a la persona que se sentaba a mi derecha— se llama Don Ricardo Williams Heredia, de padre ingles y madre española. Vive a caballo entre Madrid y El Cairo, estudiando y profesando en diferentes universidades de...

—Bueno, bueno, ya vale de tanta cursilería —le increpó Ricardo —. Tan solo soy un profesor de Historia y científico amateur, apasionado por la arqueología egipcia, pero sobre todo, un estudioso de los misterios. Me apasiona, y Egipto reúne todo eso: ciencia, misterio, magia, fascinación. Todo porque desde niño me ha atraído esta seductora civilización. Es por ello que dedico casi todo mi tiempo libre a investigar cualquier tema u objeto, por insignificante o curioso que sea.

—Pues ya tenemos algo en común —añadí—. Mi pasión por Egipto también viene desde niño, y es que cuando sus garras te atrapan...

Se limitó a sonreír. Cogió un pequeño bollo y empapó la mitad en un vaso de café con leche. Llevándoselo a la boca a la vez que suspiraba, cerró los ojos como si su sabor le recordara un dulce y tierno momento de su vida.

—En fin —continuó—. El tema que nos lleva y concierne es el siguiente: soy amigo de Amer desde hace unos años y me ha comentado lo acontecido en vuestro anterior encuentro. Te diré que he podido estudiar minuciosamente el escarabeo de Tutankamón, expuesto en el museo arqueológico, y según Amer, tú posees otro de las mismas características. Me gustaría examinarlo en mi pequeño taller. ¿Tendrías algún inconveniente?

Ricardo, un hombre que rondaba los sesenta años, parecía tener la vitalidad de un joven de veinte. Alto y fibroso, el cabello cano se

mezclaba con el rubio dorado de su juventud. Pausado en la manera de hablar, realzaba sus palabras con gestos faciales y movimientos corporales. Poseía algo que le confería un personaje interesante y experimentado.

—Será un placer —contesté—. No tengo ningún problema. Es más, estoy interesado y me gustaría llegar al fondo de todo esto, si es que lo hay, claro está.

Dejando el vaso sobre el platillo, cogió una pequeña servilleta para limpiarse la comisura de sus labios y asintió repetidamente, enarcando sus pobladas pero bien cuidadas cejas doradas.

—¡Lo hay! —musitó Ricardo—, estoy seguro que lo hay. No estás aquí por casualidad, ni tú, ni tú colgante.

«Vaya, otro personajillo como Amer».

Nos miramos a los ojos, y me hizo sentir como el peón en un tablero de ajedrez. Había algo diferente en él. Al igual que Amer, parecía disfrutar con lo místico y lo arcano. Pero poseía una mirada que revelaba sinceridad en cada una de sus palabras. Sin quererlo, y esforzándome por olvidar mi reticencia ante el tema que se había expuesto esa mañana, dejé que me atraparan en su tela de araña y esperar los acontecimientos. Yo, que mi intención era visitar plácidamente la tierra de los faraones, de repente me vi inmerso en una serie de sucesos inesperados. Sentía que mi papel iba cambiando vertiginosamente desde el momento que puse los pies en el aeropuerto de El Cairo.

Tarik, a mi izquierda, apoyaba su mano encima de mi antebrazo reposado sobre la mesa. Su mirada me inspiraba paz, compañía y una amistad que se estaba fraguando en cada minuto que pasaba, algo que necesitaba sobremanera, más que cualquier otra cosa en esos momentos, ya que el día despuntaba con un halo de misterio para el que no estaba preparado. Tenerlo cerca me aportaba seguridad, ya que no se andaba con rodeos y parecía tener las ideas muy claras. En Egipto, y solo como estaba, era un incondicional apoyo ante los acontecimientos que estaban surgiendo en apenas unos días.

Amer y Ricardo, mientras yo terminaba de desayunar, dispusieron dar un corto paseo hasta el museo para hacer alguna gestión. Deseando estar a solas con Tarik, aproveché para preguntar por el estado de sus invitados. Su sonrisa, que no había

desaparecido en toda la mañana, se asomó con mayor frescura.

—Abdel Rahîm y Zaina —comentó Tarik, entusiasmado— han ido a la escuela, que por cierto les queda mucho más cerca que su anterior vivienda. Yasmin está bien; se le ve contenta. Creo que va soltando esa presión que la tenia oprimida. Pueden vivir conmigo todo lo que les apetezca, Fernando. Me hacen sentir... no sé, bien. Estoy experimentando una placidez a la que no estaba acostumbrado.

No se estaba volviendo a enamorar de ella, sino parecía que siempre lo había estado.

—Por favor, Fernando —comentó el profesor, tendiendo la mano para que le entregara el amuleto—, estoy ansioso. Si es lo que me ha dicho Amer, puede ser muy importante. Algo que va más allá de un enigma según los documentos que poseo, pero ¿Cómo ha llegado este escarabeo a tus manos?

Le expliqué que me enteré de su procedencia una vez llegado a Egipto, tras una conversación poco esclarecedora que mantuve con mi madre por teléfono.

Ricardo, interesado, asentía pausadamente al escuchar el breve relato. De repente, negando con la cabeza, me observó con una interrogante mirada.

—Alguien no te está diciendo toda la verdad. Te ocultan algo, jovencito, pero eso no es de mi incumbencia.

Quedé pensativo, ¿Qué razones tendría mi madre para ocultarme algo así? Cuestioné por un momento la confianza que me unía a ella, pero no, no podía hacerlo. Desde niño me habían educado en los valores de la honradez y la verdad, haciendo que sean en mi vida tan importantes como el aire que respiro. No podían defraudarme. Quizá mi madre no sabía nada de todo este asunto, sin embargo...

El científico desengarzó cuidadosamente el escarabeo, como si en ello le hubiera ido la vida, mirándolo primero con una lupa de mano, pasándolo a continuación por una serie de microscopios electrónicos y otros aparatos para calcular la densidad, desgaste,

procedencia del oro, etc.

A media mañana me quedé a solas con Ricardo. Amer se fue a hacer algún trabajo, y Tarik, aprovechando mi inactividad, decidió ir a ver si Yasmin y los niños necesitaban algo. Aprovecharía ese momento para comer con ellos, empezando a saborear la compañía de su hogar. Había adquirido una nueva responsabilidad, y eso se notaba en la alegría de su mirada.

Dejé que Ricardo haría su trabajo tranquilamente, pudiendo así, dedicarme con su permiso a ojear la inmensa documentación apilada en varias estanterías de madera; todas bien organizadas.

En la única vitrina que tenía cerrada con llave, se podía leer una inscripción pirograbada sobre la madera, que citaba: *Uetyeset-Heru*, «El lugar donde Horus es alabado».

Con la yema del dedo pulgar, Ricardo acariciaba constantemente la incrustación del «Ojo de Horus» que portaba un anillo de oro, colocado en su dedo índice. Con ese sencillo acto parecía querer absorber la esencia de sabiduría de los antiguos egipcios, ayudándole a concentrarse en un sinfín de documentos esparcidos por un largo tablero, acompañado de pequeñas estatuillas que le servían de pisapapeles.

Me invitó a comer cerca del taller, evitando cualquier conversación sobre el estudio del amuleto. Así lo quería, por lo menos hasta obtener algún resultado fehaciente sobre su hipótesis. En el tiempo que duró la comida me dio tiempo a conocer de primera mano los rasgos más importantes de su venturosa vida: aventurero, indagador, meticuloso, viajero y sin raros conceptos ni complejos. Reunía todos los conceptos para ser todo un «Indiana Jones».

En el restaurante no había parado de hablar de Edfú, el sagrado lugar donde Egipto rendía culto al dios Horus.

—Es el Sanctasanctórum de Egipto —rebeló con cierto aire de orgullo—. Allí pasé siete años de mi vida en la búsqueda de «La espada de Horus». La espada que cercenó la virilidad de Seth; la espada que hundió bajo tierra y nadie, en todos estos miles de años, ha podido encontrar. Y...

—Ricardo —le corté—, perdona, pero... ¿me estás hablando del mito osiriano, de Horus, el fruto divino y terrenal de la Gran Enéada que la constituyeron las nueve divinidades primordiales de

la cosmogonía heliopolitana? —extendí los brazos— Un mito es una narración imaginaria que quiere dar una explicación no racional a la realidad. No entiendo a donde quieres llegar.

Su sonrisa se ensanchó hasta casi quebrar las comisuras de los labios.

—Claro, ¿cómo ibas a saber algo así, mi joven amigo? Yo he pasado casi toda mi vida para reunir una ínfima documentación que ni tan siquiera se ha publicado. ¿Conoces algo de Narmer?

Había dejado de ser una sencilla comida y un paréntesis en el camino sobre la investigación del escarabeo, para convertirse en una clase de historia. Como todo buen profesor, disfrutaba transmitiendo sus conocimientos a alguien que, como yo, me regocijaba absorbiendo cada palabra que salía de su boca.

—Bueno… conocido también por Menes fue un rey del Alto Egipto, si no recuerdo mal, originario de Tinis, su capital, que reinó alrededor de sesenta años en la primera dinastía.

Ricardo asentía con una copa de vino en la mano.

—Bastante bien —balbuceó—. No obstante hay discrepancias entre si Narmer y Menes eran la misma persona, pero da igual, no viene al caso. Este rey fue sucesor del rey Ka o también llamado Horus Escorpión, un rey que perteneció a la dinastía cero —levantó la mano, llamando al camarero para que nos sirviera el postre—. Como verás, el nombre de Horus aparece acompañando a los principales personajes de esa época de la historia: Horus Escorpión, Horus Aha, Horus Narmer. En fin, que Horus era un nombre similar a poder, fuerza, valentía; incluso como un ser no terrenal, sino divino —se acercó hacia mí mirándome por encima de las gafas, mientras su voz se convirtió en un susurro—. Y estas, son las credenciales que nos muestra la historia. Hay importante documentación escrita sobre la época predinástica, pero también hallazgos que no han salido a la luz…

—Por lo que me estás diciendo —admití—, existió un personaje llamado Horus.

—En carne y hueso.

—Pero… ¿hablamos del hijo de Isis y Osiris?

—Exactamente.

Era obvio que estaba disfrutando con todo aquello, ya que la sonrisa no desaparecía de sus labios.

—Vamos a ver —objeté de manera suspicaz—. Según la cosmogonía egipcia, Atum fue el primer dios de la existencia de Egipto, aquel que dio origen a la colina primordial en la que pudo poner un pie para dar inicio a la creación.

Frunció los labios.

—Ya veo que te sabes la lección.

Apenas le escuché, ya que estaba intentando recordar el árbol genealógico de la Enéada heliopolitana.

—Atum dio vida a Shu y Tfenis, el aire y la humedad respectivamente. Entre esas dos divinidades engendraron a Gueb y Nut, tierra y cielo, de los que nacieron Osiris e Isis, la germinación y la fertilidad, y también Seth y Neftis, el desierto y la esterilidad, y a partir de ahí…

Ricardo empezó a aplaudir suavemente en el pequeño comedor del restaurante, ocasionándome un incontrolado rubor a causa de los risueños rostros del resto de comensales. Se estiró un poco y me golpeó el hombro.

—De manera sencilla y ecuánime —objetó tras saludar con la mano a un conocido que entraba en el comedor—, has creado la existencia egipcia con su Enéada bien ordenada, y sí, eso pertenece a la mitología. El resto…

Hubo un momento de silencio, casi de confusión.

—Por favor, Ricardo, explícate porque no sé a dónde quieres llegar.

Viendo mi interés por el tema, llamó al camarero para que nos trajera dos cafés.

—Llevo unos cuántos años buscando «La espada de Horus», no solamente in situ, donde se cree que tuvo lugar la batalla, sino en archivos a los cuales tengo acceso, y puedo asegurarte —se quitó las gafas lentamente, dejando ver que el azul de sus ojos era más intenso que con ellas, incluso su mirada tenía más fuerza—, que la espada existe.

—¿La espada de Horus?

Fue más un pensamiento que una pregunta. Jamás había escuchado hablar de tal espada ni tan siquiera en sentido mitológico.

—En realidad fueron dos espadas —aseguró, dando un sorbo al café.

Por el tipo de información o por el lugar donde me estaba revelando aquellas teorías, una risa tonta apenas perceptible salió de mi interior, ayudándome a liberar la tensión acumulada.

—Ahí me has pillado, Ricardo. Si fuera una… ¡pero dos!

Fue una simpleza de observación que utilicé para asimilar con calma algo que sobrepasaba los anales de la egiptología.

—Te explico —viendo que bromeaba porque estaba ya perdido, empezó a hacer lo que mejor se le daba a un profesor: enseñar—. Horus era un rey del Alto Egipto que ¡vivió! —puntualizó, dándole mayor énfasis a la pronunciación— en la época predinástica, o quizá en el periodo neolítico; no se sabe con exactitud. Su alta estatura impresionaba a todo aquel que lo veía, pero más, su don de gentes y enorme poder, tanto carismático como guerrero que poseía para gobernar el Alto Egipto —volvió a pedir otros dos cafés. Yo aún no había probado el primero, pero no se percató—. Tenía un hermano que dominaba los desiertos y las áridas montañas; lugares que proclamaba como la autentica morada de los dioses, atribuyendo ser el único y verdadero rey de todo Egipto.

—Seth, me imagino.

Frunció los labios y asintió.

—¡Sí señor! La mitología dice que Seth era el hermano de Osiris, o sea, tío de Horus, pero en realidad era el hermano de este. Su nombre era Sethén, pero siempre se le ha conocido como Seth. Era incluso más alto que Horus, motivo por el que en aquella época eran considerados como seres excepcionales, algo así como… semidioses.

«Sethén, Sethén». Pensaba mientras Ricardo hacía girar la cucharilla dentro del café. Cuánta similitud había entre las diferentes culturas para dar un nombre parecido al representante del mal. Sethén, Setén, Satán; ya sea del latín, Satâna; del arameo, Shatán; o del Hebreo, Ha-Sahtán, todas se relacionan con la bestia, con las tinieblas. El Sethén egipcio ya era muy anterior a las religiones abrahámicas, sin embargo se guardaba cierta analogía para designar a la encarnación suprema del mal.

—Vamos a ver —apostillé, bebiéndome el café de un trago—. El pueblo al que cada uno de esos titanes representaba, necesitaba una toma de conciencia de su propia identidad, y van, y los proclaman como los primeros dioses locales del antiguo Egipto. ¿No es así?

Volvió a reír y de nuevo a aplaudir, pero esta vez algo más comedido.

—Razón no te falta —declaró—, pero eso fue algo que ocurrió después, ya que en el predinástico tenían un planteamiento sumamente sencillo: si el hombre existe, igualmente debe existir una fuerza superior, creadora de todas las cosas. Dieron vida celestial a una diosa-madre que representaba la fertilidad. A esta diosa se la hizo acompañar de otros dioses, formando parejas divinas y dando fruto a los dioses locales. Así de sencillo.

—¿Por qué Horus no pertenecía a la Enéada, siendo el hermano de Seth?

Podía haber estado horas escuchando los relatos de ese viejo y joven profesor de historia. Viejo por su erudición en el conocimiento del antiguo Egipto, y joven por su vivacidad y ansiosa expresión. Se podía palpar la energía que transmitía.

—Porque crearon un nuevo concepto básico de la religión: las tríadas.

—Padre, Hijo, y Espíritu Santo —dije, poniendo voz a lo primero que se me ocurrió.

—Así es —asintió con lentitud—. En realidad es la misma... concepción, solo que unos miles de años anteriores al cristianismo —lo dijo como si las dos religiones tuvieran algún paralelismo—. La trinidad es la unión de tres entidades distintas para formar un único dios, mientras que la tríada la formaban tres dioses que de alguna manera se relacionaban entre sí.

—¿Con qué finalidad?

Se frotó la barbilla.

—Con la de asociarlas a centros de culto —contestó—, y así dar lugar a un complejo sistema de ritos en los cuales los antiguos egipcios se sentían protegidos, o se acorazaban, nombrando a un dios o diosa para esto y para aquello.

Me encogí de hombros, negando con la cabeza.

—El concepto lo tengo claro, pero Horus...

—Horus desapareció —rebeló enérgicamente— con su hermano Sethén.

Me incliné hacia atrás en la silla, ignorando por completo a qué se refería.

—Pero ¿cómo? —pregunté con avidez de querer saber la

transmutación de hombre a dios que les dieron a Seth y Horus.

Por un momento pensé que Ricardo alucinaba, cegado por querer dar vida a un mito, a un objeto del cual no se ha tenido conciencia en el ámbito de la egiptología. Lo imaginé como un caballero del Temple a la búsqueda y protección del Santo Grial, sin embargo, sus teorías parecían coherentes. Me desconcertaba, aunque bien visto ¿Cuántos secretos habrán estado y estarán ocultos al mundo por diferentes motivos, a los que solo unos cuantos privilegiados han tenido y tienen acceso? No, admití convencido. Ricardo parecía una persona cabal y muy dueño de sus palabras. Su búsqueda no era el capricho de un demente con la finalidad de dar motivo a su existencia, sino que era un anhelo basado en pruebas que según él, algún día le llevarían a estar más cerca de ese descubrimiento.

—Como bien sabrás —dijo, entrelazando las manos—, se libró una batalla entre los dos hermanos, fruto de la hegemonía que cada uno quería implantar. Un día, al amanecer, cerca de donde hoy se encuentra el templo de Edfú, los dos líderes se presentaron con más de tres mil soldados cada uno en una inmensa campa donde un pequeño promontorio los separaba del azul del Nilo. Pero Sethén, antes de la contienda y pletórico ante tanta furia que desbordaban los miles de soldados, atronando un infernal ruido con el chocar de sus armas, tomó una tajante y resoluta decisión: el combate se realizaría entre los dos hermanos, cuerpo a cuerpo, y el vencedor se levantaría como único rey de Egipto. Aun sabiendo que Horus era rival difícil de combatir, tenía la certeza de acabar con su existencia y alzarse como único rey de Egipto.

«¿De dónde habrá sacado toda esa información?».

—Así que existieron —balbuceé, asintiendo con un gesto de incredulidad.

Ricardo parecía disfrutar ante mi desconfianza.

—¡Claro que existieron, mi joven amigo! Eran como tú y como yo, dos efímeros mortales.

Sentí una cierta indignación en pensar que cuántos acontecimientos como ese estarían ocultos a la luz de un mundo tan fascinante como la egiptología.

—¿Y qué ocurrió?

—En aquella campa de la que tengo conocimiento de su

ubicación, los dos ejércitos flanquearon a sus líderes ante un ritual y atronador entrechocar de espadas contra los escudos, infundiendo de esa manera, valor y energía para animar el combate. Como ya sabrás lo del ojo de Horus y los testículos de Seth —hizo un rápido gesto con las manos para saltarse esa parte de la leyenda—, que cualquiera que se precie en tener básicos conocimientos sobre la egiptología lo sabe, pasaré a lo que verdaderamente ocurrió después —se atusó el cabello con las dos manos, plegó las varillas de las gafas, y la usó como si fuera la batuta de un director de orquesta, dirigiendo sus propias palabras—. Horus y Sethén estaban malheridos por causa de los múltiples cortes que emergían de sus cuerpos sangrantes y extenuados. El cielo azul se empezó a teñir de negras nubes que eclipsaron los rayos del sol, dando paso a un maremágnum de tinieblas que invadió los ánimos de los dos ejércitos. Sumergiéndolos en el caos, hizo que un silencio penetrante y temeroso irrumpiera en toda la campa.

Un coetáneo de Ricardo interrumpió el relato, acercándose hasta nuestra mesa. Intercambiaron unas palabras de cortesía y se despidió con una inclinación de cabeza y un apretón de manos.

—¿De dónde has sacado esa información? —le dije, aprovechando ese breve momento de interrupción.

—Aaaah, joven amigo. Ya te he dicho que hay grandes secretos en Egipto.

—Sí, pero esto debería de…

—Esto y muchos otros temas —rebeló, abriendo los ojos de par en par—, tendrían que salir a la luz, pero siempre hay algo que lo impide: intereses económicos, políticos…

—Por favor, continúa —rogué con un halo de atenuada resignación.

Golpeó suavemente la mesa, ejecutando un rítmico sonido con las uñas de sus dedos.

—En fin, sí. Será mejor olvidar a los que manejan los hilos de la sociedad —dio la impresión de haber tenido algún que otro altercado con temas burocráticos en el estrado político—. Como te decía, la oscuridad aplacó los ánimos de los dos ejércitos, pero no ocurrió lo mismo con los dos combatientes que continuaban eufóricos ante los envites que se propinaban sin cesar. Ciertamente parecían ser dioses inagotables en sus fuerzas. En el preciso

momento en que las tinieblas se cerraron casi por completo, Horus embistió con todo su poderío en el que fue el último contacto entre las dos espadas —el profesor parecía sujetar la empuñadura entre sus dos manos, interpretando una escena en la que él se sentía participe de aquella batalla—, y de repente, una lluvia de rayos fueron a parar a la unión de los metales entrechocados, haciendo desaparecer a los dos titanes de la faz de la tierra.

—Claro, y fue ahí donde comenzó la divinización —repuse, expectante ante su magnífico relato.

—Sí, en ese momento nacieron dos nuevos dioses, pero se dejaron algo: las espadas.

Intentaba rebatirle, pero me era imposible. Me faltaban argumentos para negar algo que él daba por hecho.

—Y a ciencia cierta, estás seguro de que están en algún lugar y no cejarás en tu empeño. ¿Acaso me equivoco?

Me miró con semblante serio mientras asentía, enarcando las cejas.

—Solo por un motivo no pararé —hizo una pausa para coger aliento, como si estuviera absorbiendo la propia existencia de su vida en una bocanada de aire—, por el de dar un sentido a mi alocada vida. A lo único que verdaderamente me hizo venir a esta tierra; la tierra de los faraones y los misterios.

Que grande eres, pensé, mientras Ricardo continuaba asintiendo ligeramente con la vista perdida. Sus palabras habían tomado un cariz de sencillez, pero cargadas de una fuerza que parecía ser el motor de su vida; el propósito por el cual había venido a este mundo.

—Y tanto empeño ¿Por qué? —pregunté, sin tan siquiera importarme la respuesta. Solo quería escuchar el sentimiento que ponía en sus palabras.

—Poder, joven amigo. Pero no el que estás pensando. Tan solo quisiera tener esa espada en mis manos durante unos minutos para fundirme con ella, para palpar el contacto de Horus en su empuñadura. Luego, la colocaría en un privilegiado lugar del museo para que todo el mundo pudiera maravillarse, observando el arma de la contienda que cambió el rumbo de Egipto.

—Poder —pensé en voz alta.

—Sí, sí, poder. Un gran poder tiene que poseer, amigo Fernando.

Grandes personajes de la historia han ido en su búsqueda, y por algo será.

Daba a entender que la espada de Horus era uno de esos objetos míticos por los que muchos poderosos iban en su búsqueda para potenciar aún más su poder, tales como: el Santo Grial, la lanza de Longinos, los clavos de la crucifixión de Cristo, etc. Todos ellos han sido codiciados, casi desde el mismo momento de su aparición.

—¿Quiénes eran?

Dentro de lo que aparentaba un hombre tranquilo, tenía latentes visos de nerviosismo al hablar de un tema que le apasionaba.

—Yo tengo conocimiento de tres —contestó—, pero seguro que ha habido muchos más.

Del viejo y suave maletín de cuero, sacó un dibujo que representaba a Alejandro Magno a lomos de un flamante caballo alazán, soportado sobre sus patas traseras, mientras las delanteras se alzaban al cielo, mostrando todo su poderío.

—Ya veo por tu asentimiento que conoces a este personaje —observó, apoyando el dedo índice sobre el dibujo—. Pues bien, Alejandro Magno, después de conquistar el Imperio Persa, Anatolia, Siria y Fenicia, llegó a Egipto, donde en el año 332 a.C. se proclamó «Hijo de Amón», título que en exclusividad estaba reservado para los faraones.

—Leí en cierta ocasión que el macedonio había visitado el Oráculo de Siwa —rebelé, inmerso en la conversación.

—Sí. Alejandro fue un gran creyente y adorador de los dioses. En la ciudad Aphytis de Macedonia, conoció la capilla de Zeus Amón, de ahí su devoción por el dios de Egipto. Se divaga en el ámbito de los historiadores, las motivaciones que le llevaron a dicho Oráculo, y no hace mucho, averigüe que nada más salir de hablar con el sacerdote se dirigió a uno de sus mejores generales, revelándole que para conquistar todas las tierras, solo tendría que buscar la Espada de Horus: El metal que le daría el poder absoluto sobre todos los reinos —Ricardo extendió las manos en un ademán de interrogación—. Pero... era joven, y como tal, impetuoso. Y ello le hizo desistir en la búsqueda, porque estaba desaprovechando demasiado tiempo en esa empresa de la que ya había perdido la confianza, dirigiéndose a nuevas conquistas que era lo que hacía circular la sangre por sus venas.

Era meritoria la admiración que empecé a mostrar por el profesor. Tenía una buena memoria y eso era evidente, pero lo que más me llamó la atención, era el ímpetu que prodigaba en la narración del relato.

—Luego llegó Julio César —continuó—, que en el año 48 a. C. mientras Cleopatra gestaba al hijo de ambos, Ptolomeo XV, se enteró de las andanzas de Alejandro, poniendo todo su empeño en el intento por dar con la espada. A falta de noticias positivas sobre la búsqueda, desistió el mismo día que nació su hijo.

—Una espada en un desierto es como una aguja en un pajar —aseguré, arqueando las cejas.

—No. Sabían que estaba en Edfú, donde se libró la última batalla, pero ¿dónde? Esa es la pregunta.

Me encontraba sentado ante un Howard Carter del siglo XXI. Un incansable aventurero que a sabiendas de un imposible, era el motor de su vida y no se replegaría ante nada ni ante nadie en su único propósito, en el de obtener cualquier tipo de información que revelara la existencia de las espadas. Era tenaz en el empeño y lo envidiaba.

—¿Y el tercer candidato?

—Imagínatelo. Pequeño de estatura, pero grande como una montaña y fiero como un león.

Ricardo metió su mano por la abertura que asomaba entre los botones de la camisa y estiró el cuello, dándose un porte altanero.

—Claro —sonreí—, no podía ser otro.

Sacó del viejo maletín unos dibujos que parecían acompañarle a todas partes: Los celebres personajes que de una manera u otra estaban implicados en la búsqueda de la espada de Horus. Aquellos que como él, tenían el convencimiento de un extraordinario poder sobre el metal que blandió el dios padre de todos los faraones.

—Napoleón —dijo, admirando los tres dibujos que colocó sobre la mesa—. Fue el año 1798. Año en el cual se descubrió la piedra *Rosetta* en su expedición para colonizar Egipto. Tengo constancia, que antes de partir rumbo a esta tierra, Bonaparte ya estaba al tanto de la espada, y parte de los 154 científicos que ignoraban su destino en el momento de salir de Francia, fueron los encargados de intentar descubrir donde estaba oculta. Pero fue con el asesinato del general Kleber que estaba al mando de las fuerzas francesas,

intentando contener a los británicos y turcos, cuando la misión se vio seriamente amenazada y sin protección. Así que recogieron todos los bártulos, y se fueron a casita con el rabo entre las piernas y sin la deseada espada de Horus —guardó un deseado momento de silencio para rubricar su relato—. Y ahora, ahora me toca a mí.

Lo había dicho como si fuera el primer día de la aventura en la búsqueda de las espadas, pero que en realidad llevaba más de media vida dedicado a tal menester.

—¿Crees que algún día...?

Pensé que iba a meditar la respuesta a esa pregunta que no me dio tiempo a formular, y que sin embargo, pareció que su orgullo se sentía herido por el mero hecho de pensarlo.

—¡No lo dudes, amigo mío!, y aunque en ello me vaya la vida, tengo el presentimiento de acariciar algún día ese magnífico metal. También... —miró de soslayo a ambos lados con cierto disimulo, acercándose hacia mí lentamente mientras recogía los dibujos que reposaban sobre la mesa—, también poseo cierta documentación que creo, está relacionada con todo este tema, aunque tal solo es una corazonada. Se trata de una incompleta información que viene descrita en unos papiros que pertenecen a una dinastía que no he podido descifrar. Están bastante deteriorados. Les falta algún fragmento y ello hace que a veces resulte una lectura un tanto incomprensible, aun así, presiento que tienen cierta similitud con lo que me acontece.

Tal era su empeño, que seguramente lucharía hasta el último día de su vida por conseguir cualquier información al respecto, por insignificante que fuera.

—¿Se cita algo de la espada?

Negó, frotándose los ojos con los dedos.

—No exactamente. Se refiere a algún poderoso metal con un extraño poder sobre la raza humana. Sé que no tiene lógica, pero en cierto modo también a las espadas de la lucha entre Horus y sethén se les atribuye un gran poder, el poder de los dioses, el símbolo de una unidad religiosa y, quieras o no, estos han tenido una gran influencia sobre casi todo el país de Egipto —se quedó mirándome fijo a los ojos. Tal vez pensaba que yo era ateo o agnóstico, pero asentí haciéndole ver que tenía ciertas creencias. Una de ellas por parte de la educación fundada desde mi niñez, y otra, un tanto

personal que había crecido conmigo desde que me sumergí en el mundo del antiguo Egipto—. Puede que también se refiera a que ese metal posea un alto índice de radioactividad y afecte de una manera u otra a los seres humanos que viven alrededor, aunque cuando se refiere a la raza humana, tal vez quiera decir a un envenenamiento de todo el país de Egipto, producido por el mayor suministro que posee: el Nilo. Aunque habla de un metal, no del agua —por momentos parecía estar hablando solo, como si se hallara en su taller, intentando encontrar una hipótesis coherente a los descritos en esos papiros—. No, la verdad que no tiene lógica. Por cierto, hablando de cosas que no tienen lógica, también se menciona algo de una pirámide horizontal ¿te lo puedes creer? Si, algo que implica a buena parte de la humanidad, pero ¿qué demonios querrán decir? La verdad, parece que cuanto más aprendo menos entiendo, y es que estos antiguos eruditos eran unos maestros en el arte de complicar la sencillez para darle ese toque misterioso, a la vez que incomprensible, pero todo se andará.

—Me gustaría ver esos papiros.

Siempre había sentido una especial predilección por los papiros, contra más antiguos, mejor. Era esa parte de la historia que había quedado reflejada normalmente de manos de los escribas, y que gracias a ello se tenía constancia de una milenaria riqueza cultural a todos los niveles, tanto política, religiosa, como la vida del más humilde ciudadano.

—Oh, sí. Faltaría más.

Parecía abstraído, como si la conversación lo hubiera adentrado en plena investigación y estuviera atando cabos que le llevarían a esclarecer cualquier tipo de indicio, por mínimo que fuera. Abrió el viejo maletín de cuero y comenzó a rebuscar entre la apelotonada documentación que poseía.

—No me digas que también llevas ahí...

—No, no, sería casi un sacrilegio. Ahora mismo, mi colega y amigo el doctor Luewe, está inmerso en una nueva técnica para sacar a la luz lo que el tiempo ha ido desgastando. Es un fanático de las nuevas tecnologías, y la verdad que está haciendo grandes progresos con estos papiros —continuó removiendo la documentación en el maletín—. Él lo llama *visión espectral* —por fin sacó unas fotografías realizadas con una Polaroid—. Mira, fíjate

aquí —señaló con el dedo, diferentes puntos de todas las fotografías —. Se puede apreciar con total claridad el deterioro que muestran los papiros, pero no solo las pequeñas partes que faltan, que en realidad es el menor de los problemas, sino todos estos jeroglíficos que son ilegibles al ojo humano.

—¿Qué utilizáis, productos químicos o algo por el estilo?

No tenía mucha idea al respecto, pero sabía que con ciertos pergaminos se habían utilizado productos para hacer visible la tinta que con el paso de los siglos se había hecho prácticamente invisible a la vista.

—No, mi joven amigo. No digo que no sería efectivo, pero lo único que conseguiríamos sería alterar la composición química de la tinta, sin estar seguros al cien por cien de su efectividad, y yo jamás hago algo que pudiera llegar a perjudicar estos valiosísimos tesoros —hizo una pequeña pausa—. Se trata de una potente cámara de fotos, por llamarlo así, que va fotografiando bajo filtros especiales lo que nuestros ojos no aprecian. Es sencillo. El principio es el siguiente: nuestro ojo percibe las longitudes de onda de la luz como colores, pero no puede distinguir claramente entre las diferentes frecuencias. Cuando el papiro y los restos de tinta blanqueados reflejan la luz en frecuencias muy semejantes, aunque diferentes, se nos aparecen ambos como de color gris sucio. Pues bien, a través de la cámara de visión espectral, se fotografía el objeto con unos filtros especiales que hacen perceptibles a nuestra vista las distintas longitudes de onda. De esta manera, se destaca claramente la tinta de la superficie del papiro.

Observé con detenimiento las fotografías. Parte de los jeroglíficos eran totalmente indescifrables, teniendo en cuenta que las imágenes menguaban el tamaño con el original, aun así, pude apreciar unos caracteres que no había visto jamás y que parecían mezclarse con los jeroglíficos como si formaran un mismo lenguaje. No se trataba de escritura cuneiforme, ni se parecía al alfabeto rúnico o la escritura protoaria del valle del Indo. Eran hermosos y extraños signos que realzaban cada uno de los jeroglíficos, aportando seguramente una segunda interpretación, o bien pudiera tratarse de una traducción de esos bellos y arcaicos caracteres. Por supuesto, no quise hacer ningún comentario al respecto y Ricardo tampoco me comentó nada. Tal vez se trataba del mismo deterioro

del papiro que hacía crear una imagen falsa a mi retina.

Se frotó las manos al tiempo que me guiñaba un ojo, como queriendo decir que fuera lo que fuese, tan solo sería un acertijo para él, y que de una manera u otra lo resolvería. Sabía que no iba a ser una barrera que le impidiese el paso, y menos si tenía que ver con la espada de Horus.

No me dejó pagar la comida, aduciendo que cuando fuera a Pamplona, sería un gran placer que le pudiera invitar a comer después de una visita a la ciudad, pero que en su tierra no se podía permitir tal descortesía. En el fondo, era más egipcio que muchos de los que habían nacido allí.

—Ya siento dejaros prácticamente solos —comenzó a hablar—, pero cuando estoy inmerso en un trabajo, sobre todo de este calibre, me gusta centrarme de tal manera que pierdo la noción del tiempo y de la compañía. Os informo: He hecho exhaustivamente las mismas pruebas que hice al escarabeo expuesto en el museo. He repasado los textos que Amer me ha facilitado sobre este tema, de los cuales ya tenía conocimiento, y el resultado en lo que a mí respecta está ya concluido.

El silencio se hizo ensordecedor en mis oídos; las paredes de la sala repelían el eco de nuestra jadeante respiración. Controlando el ritmo cardiaco, continué escuchando el hipnotizador susurro que brotaba de Ricardo.

—El oro es nubio —puntualizó—. Procede del sur de Egipto, en el desierto de Nubia. El lapislázuli provenía como casi todo este material, de las canteras situadas en las montañas de Afganistán, y simbolizaba la luz espiritual, la búsqueda de lo oculto, de lo sobrenatural, pero... —cogió el colgante, una lupa con luz y lo volvió a examinar con detenimiento mientras asentía con la cabeza—, el material de los dos amuletos parecen provenir de la misma veta, y no solo eso, sino que muestran un minúsculo moteado dorado que parece darle vida a la piedra en ese azul tan intenso —nos pasó la lupa y el lapislázuli para que viéramos lo que estaba diciendo—. Jamás había visto algo igual, incluso cuando examiné el

colgante de Tutankamón, intenté buscar en todo lo que tenía de gemología, geoquímica, o mineralogía, pero nada, no había nada que se pareciera a esto. Parece una aleación de lazurita, silicato cálcico y oro, o algún otro metal semejante. En fin —dijo, acariciándose el lóbulo de la oreja—. Los dos escarabeos, digo los dos, tanto el del museo como el tuyo, pertenecen a la decimoctava dinastía, y para ser más exacto, al reinado de Hatshepsut. No tengo ninguna duda al respecto, porque en este también dejó impreso su sello. Míralo, aquí —señaló en el borde de la piedra, y ahí estaba el sello de la reina, utilizando la titulatura de *La primera de las nobles damas, unida a Amón*. Lo acaricié, intentando sentir la minúscula herramienta que habían utilizado para imprimir ese sello—. Tienen un claro paralelismo. No son un edicto sino un mensaje clarísimo, pero no oficial. Son de carácter personal.

Deseé más que nada en ese momento, algo imposible, estar con mi bisabuela cara a cara y absorber sus recuerdos, impregnarme en su memoria y poder ver el momento en el que el escarabeo llegaba a sus manos. Jamás he sabido su cometido en Egipto, ni con qué edad se presentó con su padre. No sabía nada de nada y eso me irritaba sobremanera. Me dejaba fuera de lugar en un ambiente ávido de respuestas. Rápidamente pensé en el descubrimiento de la tumba de Tutankamón que Howard Carter realizó en el Valle de los Reyes. Fue en noviembre de 1922. La fecha concordaba con la edad de mi bisabuela. Quizá ella acompañó a su padre en alguna tarea relacionada con el hallazgo. Si así fue y mi imaginación no dejaba de sobrevolar las diferentes hipótesis ¿Cual fue tal propósito? ¿Y si no lo hubo, estarían por casualidad? ¿Habrían adquirido el susodicho colgante de manos de un empleado de Howard Carter con la intención de sacarse un sobresueldo? Puede ser posible, claro que lo puede ser, pensé, pero también aunque no imposible, extraño y algo difícil, porque todas las piezas pertenecientes al hallazgo fueron registradas, documentadas, y fotografiadas. Fue una labor exhaustiva, aunque...

Disuadí estos pensamientos con la imagen de mi madre. Ahora con más fuerza, pensaba, ¿Qué me oculta? No puede estar al margen de algo tan trascendental. Está claro que en su transparencia atesora un secreto, pero... no podía imaginármela, disfrazando unos sentimientos durante tantos años y no haber

advertido nada, aunque el día que me lo entregó, noté que estaba haciendo algo de suma importancia para ella. ¿Sabría algo? No, indudablemente estaba regalándome algo a sabiendas de que me iba a encantar. Eso era todo y así lo quise creer. Se trataba de un regalo que llegó a manos de mi tatarabuelo y que había ido pasando generaciones hasta llegar a mí. Por eso tenía el valor que mi madre le daba, por ser algo que pertenecía a mi familia desde hace tantos años y se había atesorado cautelosamente como un bien patrimonial, dándole mayor valor a aquel pequeño objeto.

Podía llegar a entenderlo con una sencilla explicación, paro sabiendo mi afinidad con esta cultura y las horas que he invertido para impregnarme de todos los acontecimientos de la antigua civilización egipcia, nadie de mi familia se ha molestado en decirme que antepasados míos estuvieron aquí, donde yo me encontraba ahora. Bien pudieron ser unas pequeñas y olvidadas vacaciones de un padre con su hija, quedándose casi en el olvido, sin dejar una huella perdurable a través de los años en la memoria familiar. Apenas un souvenir, un pequeño objeto que habrían adquirido quién sabe dónde.

Dejé de pensar en la hipotética cuestión que estaba creando, consiguiendo con ello que mis pensamientos se turbasen más de lo que ya estaban.

—¿A qué te refieres con un mensaje de carácter personal? —pregunté.

—Te explico —continuó diciendo, mientras de un viejo maletín de cuero extraía las fotocopias de unos papiros pertenecientes a dicha época—: hoy en día tenemos una ciencia que estudia la personalidad humana a partir de la escritura, se llama grafología. Mediante impulsos nerviosos que parten del córtex cerebral y llegan a las fibras musculares, ya sean en la boca, dedos de los pies y de las manos, plasmamos en el papel nuestros propios estímulos nerviosos. Pues bien, al escribir, mostramos nuestra forma de ser, incluso reflejamos el estado emocional. En los jeroglíficos y bajo mi criterio, ocurría exactamente lo mismo, pero provocado. Fíjate bien —señaló con el índice las diferentes hojas expuestas sobre la mesa—, aquí tenemos papiros escritos por el mismo escriba, unos son de carácter oficial y otros personal. ¿Puedes percibir la diferencia? —me preguntó, mientras señalaba iguales caracteres jeroglíficos de

diferentes hojas—. Estos son los oficiales. Fíjate en sus formas, son más rectas, sobrias, incluso se aprecia la seriedad y firmeza en cada carácter y, todos, son exactamente iguales. Sin embargo, en las misivas personales, cada mismo carácter está impreso de diferente manera: unos más redondeados, otros más o menos cursivos, tanto a derecha como a izquierda, y otros sin llegar a terminar el carácter, pero de forma entendible. En resumidas cuentas, las diferentes formas de escritura de las misivas personales tenían un sentimiento, un mensaje personalizado, y este, indica que es —señaló la fotografía que le entregó Amer del colgante ubicado en el museo— de bienvenida o tal vez una forma de agradecimiento, y el tuyo, se refiere a una petición o quizá a una invitación.

Ricardo disfrutaba explicando su investigación. Se sentía orgulloso, altanero. Movía sus manos, haciendo figuras en el aire como si se tratara de una conversación suplementaria, con el fin de hacernos entender todo lo que quería expresar.

—En cuanto al texto —continuó—, la luz de Isis está relacionada con el más allá, con lo no visible. Horus tiene un vínculo con Isis, es su hijo, pero no es un mensaje de Isis, sino del propio Tutankamón, que requiere una compañía entre divina y humana. Horus, según la mitología egipcia, es la representación carnal entre los Dioses y la tierra. La familia continúa con Hathor, diosa del amor y la bondad. Primero fue nodriza de Horus y posteriormente se convirtió en su esposa, pero a este vínculo no se refiere el escarabeo. En cuanto al octogésimo quinto Sothis, bueno, a Amer —articuló, moviendo la cabeza y haciendo aspavientos con los brazos— le gusta magnificar el sentido de las palabras y poner nombres poco usuales. Para mí sin más, es ochenta y cinco días a partir del día en que aparece la estrella Sothis, nombre que pertenece a una estrella también llamada Sirio. Como puedes ver —me señaló el escarabeo a través de la lupa—, ochenta y cinco en números egipcios se escribía con ocho úes invertidas y cinco palos verticales. Sencillo y fácil —asentí a su explicación y continuó hablando—. El calendario oficial egipcio contaba con doce meses de treinta días cada uno. Se sumaban cinco días más, llegando así a conseguir el ciclo solar de 365 días. A estos cinco últimos se les llamaban epagómenos y estaban dedicados a los nacimientos de Osiris, Horus, Seth, Isis y Neftis. Cuando la estrella Sothis aparecía por el horizonte,

comenzaba el año egipcio, que se producía en torno al inicio de la inundación del Nilo en la estación *Ajet*, estableciendo la fecha al veinte de junio. Si trasladamos ochenta y cinco días desde la aparición de la estrella y, contando con que los meses egipcios tenían treinta días, nos da una fecha en concreto: el quince de septiembre.

Con la mirada sobre la mesa sin levantar la cabeza, sentí cómo la sala en la que nos encontrábamos menguaba de tamaño y la voz de Ricardo adquiría un poder casi divino. Una electrizante sensación me recorrió el cuerpo, enmudeciendo mis labios sin poder articular palabra alguna. Esas tres últimas palabras que sonaron en el taller, paralizaron todos mis sentidos sensoriales, dejando cada vez más claro la no casualidad de mi estancia en una tierra cada día más afín. ¡Quince de septiembre! El día de mi cumpleaños.

Nadie se percató de mi tenso estado excepto Tarik que, mirándome de soslayo, elevó una fugaz sonrisa. Se llevó los dedos índice y pulgar al lóbulo de la oreja, para hacerme saber que en mi laberinto emocional no estaba solo. Palmeé su antebrazo, expresando gratitud en un momento como ese.

—Bien, hasta aquí no he descubierto nada nuevo —prosiguió el profesor con entusiasmo—. En lo referente a «Fiel hermano», si lo hubo, no hay constancia. En caso de que lo tuviera, una de dos, o hizo algo que no agradó a los sacerdotes o al palacio real, y fue borrado de todos los escritos, o se refiere a alguien tan importante para él que lo consideraba como un hermano: un preceptor, escriba, consejero, o sin más una persona muy influyente en su vida.

—Pudo tener un hermano —observó Tarik—, y por motivos políticos no salir a la luz.

Ricardo hizo un gesto de asentimiento, apretando los labios para aceptar la posible teoría de Tarik, pero no se le vio muy convencido y prosiguió:

—«luz de mi ascendiente Hatshepsut», ha estado rondando mi cabeza todo el día. No lo podía ligar al resto del escrito, pero, sin embargo, es la pieza clave que une los dos escarabeos —hizo una pausa para dirigirse a la estantería que según él, recopilaba única y exclusivamente fotografías. Catalogadas en archivos, se apreciaba un exhaustivo y elaborado trabajo que clasificaba por un lado en fotografías de hallazgos arqueológicos, y por otro, lugares que

relacionaba meticulosamente con las diferentes dinastías y los faraones que las componían—. Algún día tendré que escanearlas todas e introducirlas al ordenador —murmuró, acercándose a la mesa—.Como he dicho, es un mensaje clarísimo, pero… nos está indicando un lugar en concreto, este —esparció con la mano varias fotografías sobre la mesa—: el templo de Hatshepsut.

—¡Fernando! ¿Qué te ocurre? preguntó Tarik

—Nada —contesté, abriendo los ojos a la pregunta que me pilló de improviso—, ¿Por qué dices eso?

Esperó un tiempo antes de contestar.

—Estás… llorando.

—Imposible, jamás lloro —puntualicé al tiempo que sentí cómo una lágrima recorría la mejilla, posándose en la comisura de mis labios.

Qué extraño, pensé. Siempre había imaginado que mis conductos lagrimales estaban obstruidos por algún defecto físico, tal vez por un trauma infantil, ya que en más de una ocasión había querido romper a llorar para aliviar momentos de tensión acumulada o frustrar una rabia incontrolada ¿Por qué ahora? ¿Cuál ha sido el detonante? Quizá ¿una palabra? ¿Una imagen? Tal vez, pero de pronto posé la mirada en una fotografía. Correspondía exactamente a la imagen de uno de los sueños que se producen el día de mi cumpleaños, apenas una fugaz y estática visión: El templo de Hatshepsut. Ese templo que desde niño había tenido una especial relevancia en el ambiente de mis nocturnas aventuras. Una maravillosa obra del arquitecto de la reina que supo plasmar toda la belleza en un entorno árido, sin vida.

En la misma montaña que alberga las majestuosas tumbas del Valle de los Reyes, Hatshepsut la impregnó de armonía con un templo funerario, una recatada obra arquitectónica que desde mi niñez siempre vi como un palacio real.

Quizá serian lágrimas de alegría, pues eso es lo que sentía al escuchar a Ricardo, el destino que el azar había elegido para nuestro siguiente avatar. Todo, y de manera extraña, estaba tomando forma. Sentía cómo la intangible magia movía los hilos del destino, jugando con los eslabones que unían la cadena de mi vida.

—Tranquilo, Tarik —quise disimular, golpeándome con el dedo índice la frente—. Llora la emoción que desborda el niño que hay

en mí. Siempre lo llevo conmigo.

De repente, en la sala se produjo un silencio que duró varios segundos. Vi a mis acompañantes con la mirada perdida y una sonrisa en los labios, como si de alguna manera hubieran conectado también ellos con su niñez, con la inocencia perdida.

Con Tarik, apenas hacían falta las palabras. Con su ansiosa mirada y pícara risilla, me estaba preguntando ¿cuándo nos vamos?

Parecía que el profesor había leído mis pensamientos. El templo de la reina Hatshepsut en Luxor era el siguiente destino en mi itinerario. El día anterior, la necesidad de ir allí se apoderó de mí, invitando a Tarik que me acompañara en esa nueva aventura.

—Es una pena que no pueda ir —se lamentó Ricardo—. Tengo en estos momentos demasiadas obligaciones que me lo impide, pero cuando vayáis, por favor, tomároslo con tranquilidad, pues la relación de los dos amuletos está estrechamente ligada a la capilla de Hathor, situada aquí exactamente —señaló una fotografía—. Tenéis que subir la primera rampa, y al fondo a la izquierda del gran patio, se encuentra la capilla. Tiene que haber alguna conexión que concuerde con los mensajes —se frotó las manos, sintiéndose orgulloso de su trabajo—. Os voy a preparar un resumen de lo que hemos estado hablando para que os sea más fácil encontrar el significado de la pista —con una sonrisilla se nos quedó mirando por encima de las gafas, queriendo mostrar un halo de misterio— y, de paso, redactaré un documento sellado por el museo arqueológico para que podáis estar todo el tiempo que os haga falta, ya que es un lugar que tiene sus horarios y está vigilado.

Ricardo ya daba por hecho nuestro viaje a Luxor. En realidad era una pena que no pudiera venir con nosotros, pues sus preciados conocimientos hubieran sido una clase de egiptología que cualquier ávido aprendiz hubiera deseado.

Tras una relajada cena, quedamos al día siguiente para la entrega de los documentos que nos había apalabrado, agradeciendo la desinteresada colaboración que habían mostrado desde el primer momento, tanto él como Amer.

—Ricardo —exclamé con admiración, mientras le estrechaba efusivamente la mano—. El día de mañana me gustaría tener la vitalidad que tú tienes.

Se frotó las manos.

—Eso tiene solución —puntualizó—. Escucha: yo soy demasiado viejo para ser joven y demasiado joven para ser viejo. Te voy a dar un consejo —musitó, mirándome fijamente y cogiéndome las manos con fuerza—. Vive cada día de tu vida como si fuera el más importante, y haz siempre lo que dicte tu corazón. Acuérdate cada mañana cuando te levantes, de esa manera, amigo mío, jamás envejecerás.

Mientras nos dirigíamos al coche, quedé pensativo con las palabras de Ricardo. Tenía una forma de ver la vida, sencilla, natural, sin complicaciones, pero sobre todo, me llevé parte de su pasión transmitida en torno a la mesa de un sencillo restaurante, disfrutando cada minuto de la compañía de ese viejo loco que tenía el alma en su mirada, y el corazón lleno de energía.

Le pedí a Tarik que me llevara a su casa para saludar a Yasmin y a los niños, y disfrutar de un exquisito té en la terraza con sencillas decoraciones que evocaban al antiguo Egipto.

—

—Una palabra, Tarik —musité, mostrándole el dedo índice—, solo una palabra que encierra todo lo que estás sintiendo: amor. Solo eso y, acuérdate, la casualidad no existe. Esta familia ha entrado en tu vida porque así tenía que ser.

«Qué fácil es hablar contigo, pequeño amigo», pensé con satisfacción por haber sido él la primera persona que me recibió en esa tierra. No me consideraba como el típico turista que va a un país extranjero con la mochila a la espalda, llenándola de pequeños objetos para el recuerdo y corriendo sin parar de un lugar a otro para captar instantáneas, cuantas más mejor, hasta terminar uno tras otro los rollos de la cámara de fotos y desear llegar a casa para poderlas ver sentados en el sofá con una fresca cerveza, relajándose de la extenuación de un imparable viaje.

Allí, en la terraza, disfruté de cada minuto.

Tenía la suerte de disponer de un tiempo en principio sin límite. Eso me alejaba del turista convencional. Me permitía saborear más profundamente los entresijos de esa tierra y, sin haberlo tan

siquiera imaginado, conocer personas que aportaron bastante más que compañía. En apenas una semana, hice un buen amigo, un gran amigo que comenzó a reír, golpeándome suavemente el antebrazo como si leyera mis pensamientos.

—Bueno, tenemos que empezar a planificar nuestro próximo viaje. Hoy es martes ¿Qué tal para el lunes de la semana que viene?

Tarik negó con rotundidad.

—Imposible.

—Cómo ¿acaso no puedes? —pregunté.

—No, y tú tampoco —sentenció.

Me pilló de improviso. Quedé pensativo antes de hablar, y claro, como todo había sido tan reciente, no había caído en la cuenta de que ahora Tarik no estaba solo. Gozaba de unas obligaciones y no dispondría de todo el tiempo. Lo comprendía, sintiéndome contento por su nuevo estado emocional. Aunque fuera solo y con gran pesar, tenía que seguir mi propia ruta y buscar a otro guía para hacer más fácil mi estancia en Egipto. Tuve la certeza de que no iba a encontrar a otro como Tarik.

—Lo siento —admití a la vez que Yasmin se acercaba hasta nosotros con una plateada bandeja que portaba tres vasos de té, sentándose cómodamente después de acostar a los niños—. Sé que ahora tienes una...

—¡Oh, no, no! —Negó Tarik, moviendo la cabeza—. Yasmin sabe perfectamente cuál es mi trabajo; ella se quedará aquí con los niños y nosotros emprenderemos el viaje —la miró con una tierna expresión—. Yo tengo contigo un compromiso irrevocable, además no quiero dejarte solo porque... —hizo una pequeña pausa, posando su mano sobre la de Yasmin—, ¡te considero como mi hermano pequeño, aunque me pases dos cabezas! —Rio a carcajadas, encogiéndose en la butaca—. Tiene que ser esta semana. El sábado tenemos que estar en Luxor, y recuerda lo que ha dicho Ricardo; el quince de septiembre, y es... el día de tu cumpleaños ¿te acuerdas? —dijo, abriendo los brazos—. Tenemos que estar allí, pero sobre todo tú.

Levanté la cabeza, observando el moteado cielo de estrellas. Intenté encontrar alguna que me guiñara el ojo, iluminando mi destino, pero no, todas parpadeaban a la vez, arrogantes y caprichosas. Tan solo hubiese querido ver a Sothis, aquella etérea

luz que marcó el inicio de un calendario desde los tiempos más remotos.

Me dejé vencer por la sesión de hipnosis que el firmamento regalaba cada noche, repasando los momentos más extraños desde mi llegada a Egipto. Estaba inmerso entre una realidad latente y visible, y un nuevo mundo que se abría ante mí como una línea paralela, acompañándome como los sueños que nunca podía recordar. No lograba relacionar mi presencia con todo lo acaecido, salvo el extraño y suave tacto del colgante que notaba en el pecho. Presentía que el templo de la reina Hatshepsut, me brindaría la oportunidad de localizar algún dato que aportaría respuestas a mis incertidumbres. No era fácil, pero inmerso en una vorágine de acontecimientos inesperados, cualquier referencia tendría un estimado valor para esclarecer el imprevisto giro de mi aventura que estaba a punto de comenzar.

Una vez que Yasmin se retiró, nos sumimos en un amplio y placentero silencio en compañía de una luna que compartía nuestra callada conversación, mientras coqueta ella, se miraba en el espejo de las tranquilas aguas del Nilo que, caprichosa en su redondez más brillante, lucía todo su esplendor. Absorbiendo lentamente la dulce infusión de té que hacía que mis papilas gustativas enviaran al cerebro ensueños de las mil y una noches, observé en Tarik cómo un profundo pensamiento transformaba su rostro en una mezcla de alegría y nostalgia. Hice un gesto para hablar con él, pero vi que también estaba conectado con su propia armonía. Lo dejé en su mundo, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón.

Tarik volvió a colocar su mano en mi antebrazo.

—No duermo, Fernando. Tan solo estoy… asimilando este inestimable regalo que me ha sido concedido. Zaina, Abdel Rahîm, Yasmin…

Dejé que mientras pronunciaba sus nombres, fuera asemejando la esencia de cada uno de ellos. Comprendí que esa nueva etapa, aislaba una soledad que clamaba por dar un giro en su vida.

—Amigo Tarik, estas sorpresas que nos da la vida de vez en cuando, están ahí para disfrutarlas. ¡Cuánto has tenido que sufrir en el amor!

Lo estaba pensando, pero no lo quería decir. Sabía que era algo muy personal y esas palabras salieron de mi boca en un impulso

descontrolado. Sus ojos se engrandecieron, las comisuras de sus labios se dilataron y su mirada se posó en mí como un felino al acecho, teniendo la certeza de que había tocado un punto sensible en sus sentimientos. Asintió a la vez que zarandeaba mi brazo.

—¡Oh, joven zorro! —Profirió con una mirada de serenidad y sorpresa ante mis palabras—, tan solo hace unos días que te vi por primera vez y parece como si te conociera de toda la vida.

Supe que no le hirieron mis palabras, tan solo le asombraron con la naturalidad que se las dije, pero noté que tenía anhelo de hablar sobre ese tema, ya que empezó a mostrarse algo inquieto y nervioso como un chiquillo cuando quiere revelar un secreto.

—No, mi querido Tarik, apenas te conozco, aunque sí lo suficiente como para responder por ti en muchos aspectos, pero esa no es la cuestión. Tan solo hace unos días que nos vimos por primera vez, sí, pero he vivido contigo un antes y un después… de Yasmin, y ha sido tiempo suficiente para ver lo que ella ha significado en tu vida —sonreí, absorbiendo un ruidoso trago de té para sacarlo de su pensamiento aletargado. Sencillamente quería decirle que en mí tenía algo más que un cliente que recogió en el aeropuerto, que tenía a alguien con quien compartir momentos como los que estaba viviendo—. Tú has sido, con gestos, cambios de actitud, la forma que me hablas de ella etc., el que me lo ha dicho. Es sencillo, Tarik. Tú no te das cuenta de esos cambios que se han producido en ti, pero el que te conozca, por poco que sea, te aseguro que lo percibe sin poner mucho esfuerzo en ello.

Un desconcierto apareció en su rostro, como un halo de incredulidad ante lo que acababa de decirle. Se sintió al descubierto de una máscara que protegía sus más valiosos sentimientos: el amor que había cobijado durante buena parte de su vida hacia Yasmin.

En el silencio de la noche se levantó, haciéndome un gesto para que permaneciera sentado. Casi a hurtadillas, entró en la casa, evitando hacer ruido para no despertar a los niños. Me quedé contemplando el privilegiado lugar donde había elegido Tarik para vivir, cuando al cabo de unos minutos apareció con una bandeja plateada, dos vasos recubiertos por una redecilla metálica y unos pequeños pastelillos que parecían recién hechos.

—Quiero que conozcas algo de mi vida —hizo una pequeña pausa mientras se llevaba un pastelillo con uvas pasas a la boca—.

Necesito que el día de nuestra separación, porque tengas que partir a tu tierra, lleves a un buen amigo egipcio en tus pensamientos.

Cuánta sinceridad y necesidad de compartir había en sus palabras. Se sentó con cierto orgullo en un gesto casi premeditado, asió la tetera y me sirvió como si de un ritual se tratara, con un minucioso y lento movimiento hasta llenar el vaso donde flotaban unas pequeñas hojas de menta. Pensé que su vida había estado por un tiempo a la sombra de la esperanza, y necesitaba clamar a los cuatro vientos sus sentimientos.

—Creo que aún me tendrás que aguantar alguna semana más.

Me miró durante unos segundos, en silencio. Por fin comenzó a hablar las palabras, que parecía tener retenidas.

—Nací en la ciudad de Luxor, pero la mayor parte de mi vida ha trascurrido aquí, en El Cairo. Provengo de una familia que tras generaciones se ha dedicado al comercio. Ese fue el principal motivo para que mis padres me trajeran a esta ciudad, para cursar la carrera en la universidad. Me gustaba y acabé sin problema los estudios que compaginaba con el español, idioma que siempre me llamó la atención, porque mi abuelo, que tiene ochenta y cinco años, lo habla desde hace... muchos años —mostró una amplia sonrisa al recordarlo mientras asentía, fruto de algún placentero recuerdo de su niñez—. Acostumbraba a parlotear conmigo, convirtiéndolo en un divertido juego por el cual sentí la necesidad de aprenderlo —noté que se emocionaba en su evocado relato, viendo cómo sus ojos adquirían un brillo cristalino—. Como ya sabes, ahí fue donde conocí a Yasmin, que ya había comenzado un noviazgo con el que tiempo más tarde se convertiría en su marido. Durante dos años solíamos salir todos juntos a divertirnos, pasando buenos momentos, pero... —cambió su semblante de forma drástica, como si aún seguiría con la espada desenvainada, luchando con un gigante e incapaz de poderlo vencer—. Entre Yasmin y yo, empezó a encenderse el fuego del amor. Un fuego que recorría mis entrañas y no podía apagar por mucho que me obstinara en ello. Su novio era una gran persona: humilde, divertido, y un buen amigo. A veces, bromeando le decía que le iba a quitar a su chica, y él se reía a carcajadas, posando su mano sobre mi hombro mientras me zarandeaba suavemente. Le cogí cariño a ese buen hombre, y eso fue lo que me hizo tomar un decisión —parecía volver a estar

viviendo esos fatídicos momentos en los que tuvo que providenciar, quizá, la decisión muy a su pesar, más importante de su vida. Alzó la cabeza como si las palabras no quisieran salir por su garganta, teniendo que tomar aire en un profundo suspiro mientras miraba el cielo antes de continuar—. No pude entrometerme en sus vidas, puesto que él también la amaba profundamente, y ella...a su manera, igualmente lo quería. Tuve que haber luchado por ese amor, sin embargo, no hice lo que no quise que me hubieran hecho a mí. Sentí que todo ese maremágnum de sentimientos podría acabar mal para los tres, y lo único que hice fue apartarme del camino. De un camino que se tornó incomodo y en cierto modo desagradable, ya que me daba la impresión de estar luchando contra molinos de viento —hizo el gesto de las comillas con los dedos, aludiendo que conocía El quijote de Cervantes—. Terminó el curso y nuestros caminos se separaron, hasta ahora, que el glorioso destino ha hecho que se vuelvan a juntar.

Permanecimos en silencio. Yo, mirándole y asimilando todo el dolor contenido por el fruto de su verdadero amor, y él, por fin sonriendo con una lagrima que viajaba por su mejilla. Me sobrecogió verlo así, tan lleno de vida, tan expresivo, tan profundo...

En ese sosegado y maravilloso silencio, los sentimientos habían adquirido tanta fuerza que casi se podían palpar a nuestro alrededor. Quise hablar, pero su rostro me lo impidió. Era como si estuviera intentando unir el pasado con su yo más recóndito. Lo dejé unos instantes así, disfrutando de su recompensa más interna, de esa que solo él podía regocijarse.

Ni me habló ni quise saber, por qué teniendo hecha la carrera de comercio y una familia que se dedicaba a ello, estaba haciendo de guía y taxista, pudiendo... No, no me interesaba. Seguramente había sido el camino que él quería tomar, y en cierto modo, lo envidiaba.

Sin dejar de mirarlo, comencé a reír por un cúmulo de sensaciones agradables que emergían de mi interior; esa risa tonta que sin motivo aparente, surge y no puedes controlar. Tarik, contagiado, salió de su ensimismamiento, golpeando mi espalda con ligeras palmadas mientras me ofrecía un pequeño pastelillo que bailaba en su mano. No manifestaba ni un ápice de vergüenza, todo lo contrario, parecía tener la necesidad de exponer algo que llevaba

corroyéndole las entrañas desde hacía mucho tiempo.

En apenas cinco minutos me había mostrado algo que, otra persona en toda una vida, sería incapaz de revelar.

—¡Vale! Cuando tú quieras nos vamos —exclamé, llevándome el vaso de té a los labios—. Luxor nos espera.

IV

Tras un tiempo de silencio que me permitió meditar con el paisaje, reaccioné vivazmente al escuchar la música que Tarik había puesto: «A irmandade das estrelas», un álbum de Carlos Núñez, gaitero y compositor gallego de lo más afamado. Tenía en la guantera todos sus éxitos musicales, pero también disfrutaba con la música celta de Enya, y la clásica de Vivaldi. Con la melodía de fondo, comenzamos a charlar sobre nuestros respectivos gustos musicales, que ante mi sorpresa, coincidíamos en un alto porcentaje. Nuestra conversación continuó hilando los mayores y pormenores detalles que daban paso a la búsqueda de algo que en nuestra ignorancia nos hacía sentir como dos boy scout al encuentro del tesoro perdido.

Robando kilómetros a la carretera, la noche nos alcanzó en Sohag, un pequeño pueblo silencioso, tranquilo y hospitalario. Llamó mi atención la abundante presencia militar, pero Tarik comentó que era muy normal en esa zona. Con semejante despliegue, su misión consistía en preservar la armonía y dar una buena imagen de seguridad, aunque según él, un tanto excesiva.

Intercambiando un cigarrillo, dos jóvenes soldados con el fusil al hombro, hablaban en voz baja, apoyados en la parte delantera de un camión militar. Otros, sentados sobre un viejo carro, reían tomando un vaso de té. Los observé con detenimiento. Todos parecían disfrutar de la pacifica noche de plenilunio, sin ordenes ni

obligaciones. Nadie se percató de nuestra presencia.

Pasamos la noche en el hotel El Safa, y aunque no faltaba mucho para llegar a Luxor, ya que habíamos recorrido gran parte del trayecto, decidimos llegar a la ciudad con la luz del sol.

Nos pusimos en marcha, y a escasos kilómetros para llegar a nuestro destino, nos vimos sorprendidos por un control militar de carácter rutinario. Todo fue normal, salvo por lo que ya parecía ser una costumbre, el colgante se salió del cuello de mi chilaba. La tensión empezó a elevarse cuando un jovencísimo militar daba un ligero codazo a un compañero suyo, indicándole para que mirara hacia mi pecho. Yo pensaba que de alguna manera y con cualquier pretexto me lo iban a quitar, pero no fue así. Se limitaron a reírse, mirándome de arriba abajo y hablando entre ellos con jocosos susurros al oído. Imaginé que estarían diciendo: vaya pintas que tiene ese turista.

Comentando con Tarik el ligero contratiempo, del cual no se percató, llegamos a Luxor con la luz de un sol que inundaba la vegetación que emergía en las orillas del Nilo, provocando una emoción que empezó a recorrer todas las células de mi cuerpo. Jamás hubiera imaginado que en mi primer viaje a Egipto iba a estar impregnado con un cúmulo de sensaciones, que nada tenían que ver con el propósito de mi turística aventura, aun así, era más excitante, motivo por el cual merecía la pena dejarse llevar por los acontecimientos.

Mirara donde mirase, se podían apreciar los vestigios de la antigua Tebas, ciudad que albergó a varios faraones, cosechando el futuro de Egipto con la mano del humilde y, en muchos casos, como casi siempre, del abuso de poder del arrogante, y no precisamente del faraón, sino de aquellos que utilizaban su nombre y un rango que les fue concedido para organizar el país, elevando su estatus social a costa de humillar al pueblo, responsable en gran manera de la perdurabilidad de tantas dinastías.

Tarik me trajo al presente, aparcando su coche frente al hostal Mara House. Un hostal que lucía una fina y recatada decoración árabe, desde el mobiliario, hasta murales y adornos que hacían de ello una agradable estancia donde se podía respirar la esencia del mundo musulmán.

Dos días de relajado deambular nos permitió conocer la ciudad,

sobre todo, los templos de Luxor y Karnak. Los había visto en infinidad de fotografías y documentales de televisión, pero cuando los tuve delante, era como si las imágenes y jeroglíficos cobrasen vida con el lento movimiento de las sombras que se formaban en los bajorrelieves, animados por Ra, el dios sol. Al igual que en la pirámide de Keops, en los templos sentía la adrenalina a flor de piel. Una ligera ansiedad por saborear cada metro que recorría, desde los pilonos hasta el último de los santuarios.

Absorto en una imagen de Isis, con las manos entrelazadas a la espalda y en medio de una sala hipóstila con las columnas que parecían recién esculpidas, sentí una invisible presencia a mi alrededor que parecía absorber la naturaleza de mis pensamientos, abriendo un horizonte de paz y serenidad que pude sentir de manera cercana, muy cercana.

—Tarik, no puedo dejar de pensar, ni quiero, en qué nos deparará la capilla de Hathor —le pregunté al tiempo que se acercó, después de estar paseando la mirada entre las columnas.

—Vamos a ver, Fernando —me dijo con tono enérgico—. No es la primera vez que tratamos sobre este tema. Eres solo tú, la persona portadora de un mensaje personal, y la que tiene que ver o experimentar algo que aún desconoces. Yo solamente soy un mero testigo, mejor dicho, un privilegiado. Te ayudaré en todo lo que haga falta y esté en mis manos, pero creo que no será necesario, porque la fuerza de ese amuleto tuyo… —hizo una pausa como si estuviera buscando las palabras adecuadas—, es mucha fuerza. Solo déjame vivir contigo esta experiencia.

Le rodeé con el brazo por el cuello, atrayéndolo hacia mí en un gesto de afecto.

—Si alguien se merece tan digno privilegio, eres tú —musité, como si no quisiera que nadie más me oyera, como si fuera un secreto entre los dos—, porque sin ti, todo esto no tendría el sentido que tiene. ¿Cómo iba a llegar hasta aquí yo solo sin un mentor como tú? No Tarik, eres el alma de esta pequeña aventura. Eso lo tengo claro.

Tarik ya no se rebatía cuando le hablaba así. Siendo humilde como persona, tenía la estima alta. Notaba cómo el orgullo elevaba su espíritu, compartiendo alegría y un contagioso carisma. Inconscientemente era una comunicación reciproca.

Permanecimos un rato observando los bajorrelieves, cuando a mi espalda escuché la voz de una mujer que venía con un grupo de turistas.

—Mira que parejita de enamorados.

No pude resistir una picara sonrisa, sabiendo que se dirigía a nosotros. De espaldas, vestidos con chilaba y agarrados como estábamos, habían interpretado la escena de forma diferente a la que en realidad era. Dándome la vuelta, me acerqué hasta el pequeño grupo donde se encontraba la persona que había hablado.

—Mire señora, no soy lo que usted está pensando, pero si lo fuera ¿qué mejor pareja habría escogido, no le parece?

Tarik esbozó una sonrisa sin mediar palabra

Uno de los acompañantes logró decir entre carcajadas: «por la boca muere el pez», y el resto, uniéndose a la jocosa risa, rompieron el silencio que reinaba alrededor de la sala Hipóstila.

—Perdona chiquillo, es que... —la señora no pudo terminar la frase, porque le embargó la contagiosa risa del grupo—. Pero, tú no eres de por aquí...

—No señora, soy español, como ustedes. Si no me equivoco, por el acento imagino que del sur. Sevilla... tal vez ¿acierto?

—Sí señor —contestó alegre— ¿Y tu amigo?

—Es egipcio —le murmuré casi al oído.

—Ya me parecía a mí —dijo la señora—. Por cierto, es muy guapo, y con esos ojazos que tiene, menos mal que no me entiende.

Tarik fijó la mirada en los ojos ocultos tras las gafas de sol de la risueña sevillana. Ejecutó una decorosa inclinación de cabeza, posando las manos unidas a la altura del pecho. La mujer se quitó las gafas ante tan caballeroso acto, mostrando una sonrisa y mirando a sus compañeros sin saber cómo corresponder a tal cortesía. Mi pequeño amigo egipcio, sabía engrandecerse en cualquier circunstancia.

—Gracias señora, soy su humilde servidor. Su hermosura solo puede ser comparada con Hathor, diosa del amor y la belleza, y el hechizo de su mirada con el de Isis, Gran Maga y Reina de los dioses.

Casi ocultándose detrás de una columna, la señora provocó otra graciosa anécdota, haciendo que todos los presentes disfrutáramos de un espontáneo carcajeo. Era un avenido grupo de jubilados, de

un centro Mariano de Sevilla. Faltos de responsabilidades y con tiempo libre, disfrutaban de una desinhibición ya merecida. Me recordaban a esa edad, a la entrada de la pubertad en la que la vergüenza apenas existe y te ríes de las pequeñas cosas de forma natural y sin timidez.

Se despidieron casi con prisa, pues llegaban tarde al barco que los transportaba por el Nilo. Fue un grato encuentro que nos devolvió a una realidad de la que Tarik y yo estábamos acostumbrados a evadirnos de ella, sumergiéndonos en el hechizo cultural del antiguo Egipto y la cautivadora presencia de sus vestigios que estaban dispersos a cada paso que dábamos. Todo a nuestro alrededor, rezumaba al misterioso Egipto de los faraones.

Terminando nuestra rápida visita al templo de Karnak, no quería irme sin asistir a lo que otrora fue la capilla del Dios Amón, Dios por excelencia del antiguo Egipto.

Pude ver la tallada piedra que servía de altar, en la cual, antiguamente reposaba la mayor parte del tiempo una pequeña figurilla representando al Dios Amón. En días señalados salía a hombros de los porteadores para ser vanagloriada por el pueblo de Tebas y, una vez al año, recorría un corto peregrinaje hasta el templo de Hatshepsut. En frente del altar, aún se podía ver la desgastada mesa donde los sacerdotes depositaban los alimentos en honor a Amón, absorbiendo la esencia pura de cada vianda que le era entregada.

Inconscientemente me quité el apreciado amuleto y lo coloqué en la base del altar. Ubiqué mis manos encima, como queriéndolo cobijarlo para que absorbiera la energía acumulada por tantos años de una deidad tan glorificada. Fue un gesto simbólico que tenía la necesidad de hacer.

Un suave cosquilleo me recorrió por las palmas de las manos, sintiendo una invisible fuerza que las atraía como un potente imán. Era una sensación placentera. No opuse resistencia y me dejé llevar por el efecto de sentirme diferente, de pensar que esa fuerza pudiera ser el efluvio de todos los faraones que habían estado en ese mismo lugar. Parpadeé y agité la cabeza para salir de ese trance mental, provocado seguramente por todos los temas arcanos del antiguo Egipto que había engullido desde mi niñez. En el fondo aún me sentía como cuando era niño, sin querer perder esa esencia que

provoca situaciones paralelas a mi alrededor, y me permite jugar entre la realidad y la ilusión. Permanecí así unos segundos hasta que una corriente de aire fresco me sumergió, envolviéndome en un aparente espejismo que hacía desaparecer cuanto me rodeaba. Pensé por un momento que se trataba de un mareo, de una leve insolación que me estaba haciendo sentir algo en lo que no podía intervenir, algo que me provocaba una pérdida de control sobre mí mismo en un estado de hipnotismo. Jamás había experimentado una sesión de hipnosis, pero supuse que así se tenía que sentir, física y mentalmente dominado por algo o alguien en el que los sentimientos muestran un estado alterado de la conciencia.

El entorno que me rodeaba comenzó a enturbiarse.

«Tariiiiik». Escuché mi propia voz sin tan siquiera articular palabra, como si mi mente tuviera cuerdas vocales, emitiendo una fuerte vibración al pronunciar su nombre.

«Tariiiiik». Volví a escuchar sin sentir miedo, ni siquiera perturbación. Estaba en un lugar oscuro, armonioso, de pie, con las manos formando una cúpula sobre el amuleto que reposaba en la base del altar.

Entre mis dedos salía una luz blanca, pura, como los rayos de sol colándose por los huecos de las nubes en una tormentosa tarde de otoño. La voz llamaba a mi pequeño amigo para compartir ese momento, pero no lo veía. Comprendí que Tarik tenía razón. Estaba ocurriendo algo que solo yo tenía que vivir, que experimentar. Ya no era mi mente la que estaba jugando con esa situación; lo que estaba sucediendo no dependía de mí.

Mientras la oscuridad se atenuaba dando paso al claror del sol en esa resplandeciente mañana, vi a Tarik a mi lado, con sus manos sobre las mías. Le miré a los ojos. No hablamos ni una palabra. Supe en ese momento que había escuchado mi llamada, la llamada que mi mente pronunció. Ese era nuestro vínculo, el poder de la palabra sin pronunciarla, o al menos así quise que lo fuera por necesidad propia. Era una situación extraña, pero los dos sabíamos que había ocurrido algo que estaba relacionado con el escarabeo. Me lo colgué al cuello y continuamos por el templo.

Era una mañana atípica, ya que recordé mi sueño con total claridad. Estaba sentado en un bosque de álamos al lado de un río. Una pequeña imagen borrosa, como un hombrecillo o un duende, bailaba a mi alrededor. Daba inocentes saltos, moviendo los brazos. De repente, se quedó como una estatua, rígido, mirando con unos ojos que apenas pude apreciar. «¡Cuidado!», gritó al tiempo que sentí una picazón en la mano. Una pequeña serpientilla reptó sin darme cuenta. Su viperina lengua jugaba entre los dedos, produciéndome cosquillas. Acurrucada, se fue enroscando lentamente como si tuviera miedo, como si necesitara la cálida protección de mi mano. Al instante desapareció, evaporándose como el humo de una hoguera.

El duendecillo continuó bailando.

Si los sueños significan algo, no lo pude entender, pero lo más curioso es que por primera vez soñé en movimiento. No eran imágenes estáticas como siempre. Cobraron vida. Casi podía sentir el frágil y a la vez placentero contacto del reptil entre los dedos. Miré mis manos, queriendo interpretar el significado del sueño, ver si había algo diferente, algo que me hiciera pensar que no se trataba de un sueño. Me giré para captar la luz del sol que entraba por la ventana y ver mis manos abiertas con más claridad, pero no pude percibir nada fuera de lo normal, solo las marcadas líneas que formaban los caminos de mi vida, aun así, estaba eufórico por haber podido recordar un sueño en plena actividad.

El minúsculo ofidio era una cobra de color negro con la caperuza desplegada.

Unos ligeros golpes en la puerta, llamaron mi atención. Tarik ya estaba preparado para un nuevo día, yo, también. Desayunamos con la seductora compañía de una jovencita que nos sirvió la más refinada bollería, mientras una grácil y fresca sonrisa se dibujada en sus labios cada vez que se acercaba a una mesa con la bandeja entre sus manos.

—¡Qué belleza de mujer! —No pude ni quise reprimirme en hacer un comentario como ese, ya que así lo sentía. Ella se dio media vuelta, pensando que la llamaba para pedirle algo. Estaba claro que no me entendió. Tarik, con cara de asombro y una picara sonrisa en sus labios, después de felicitarme por mi cumpleaños, colocó un paquete sobre la mesa, inclinando levemente la cabeza

sin apartar su mirada de la mía. Lo fue acercando hacia mí, deslizándolo lentamente.

—Que allá donde tus pasos te guíen por los caminos de la luz, mi insignificante ofrenda te acompañe.

Su regalo lo recibí con verdadero afecto, más si cabe, después de escuchar las palabras que acababa de decir. Eran unas sandalias rudimentarias, sencillas, bien trabajadas. Fabricadas según él con juncos que tras un proceso de secado y bañadas es una especie de fina resina, se entretejían con la base plantar de un cuero bien tratado para hacer más cómoda su andadura.

—Tarik, yo...

Se acomodó en la silla, cogiendo una sandalia y doblándola para mostrarme su flexibilidad.

—Unas sandalias como estas, vestían a Ramsés II. Son muy cómodas —puntualizó.

De nuevo, haciendo gala de tan exquisito regalo, me las puse allí mismo. Parecía que no llevaba nada en los pies. Mientras le agradecía, dándole un efusivo apretón de manos, el teléfono móvil sonó dentro de mi bandolera.

Toda mi familia hablando a la vez, como siempre. Sus palabras fueron una alegría para mi corazón, que lo sentí latir con energía, alegre, con un dinamismo que provocó la conmoción contenida y apresada por la distancia. La dulce voz de mi abuela me transportó a los anales de la infancia. Acurrucado en sus rodillas, sentía el recuerdo de las suaves manos atusándome el cabello, mientras escuchaba los sabios consejos que cada año iba cambiando conforme a mi edad y necesidad.

—Hijo mío, recuerda —la escuché por el auricular del teléfono con palabras entrecortadas, conmovida por la emoción. Imaginé una lágrima recorriendo por su mejilla y encontrando el surco de los labios tensados en una hechizante sonrisa—. Siempre has sido un ser especial, recuérdalo. Todo lo que te propongas lo conseguirás. Mastica despacio todo lo que veas, porque así lo digerirás con mayor facilidad.

Siempre me había sorprendido con sus consejos, pero ese nunca cambiaba con el paso de los años. Parte de mi personalidad se forjó gracias a ella; sin duda sabía animarme en los malos momentos. Siempre había logrado que llevara la cabeza bien alta y mirando

hacia delante, percibiendo tanto lo bueno como lo malo, porque así sabría apreciar y diferenciar los inconmensurables dones que nos entrega la vida.

—No te oigo muy bien —continuó—. Esto parece que se va a cortar. Si me oyes, nunca olvides esto: siempre, siempre estarás en mi corazón, allá donde estés.

La llamada se corto, y claro que la escuché. Un escalofrió recorrió todo mi cuerpo. Daba toda la impresión de que se estaba despidiendo, y no me gustaba ¿estaría enferma? No, imposible, siempre había tenido una salud de hierro. Volví a llamar más de una vez, pero comunicaba. Sus palabras danzaban con un eco constante en mi cerebro. Las tenía que hacer desaparecer y me dije: «tú también, mi querida abuela, tú también estarás siempre en mi corazón».

El mal pensamiento se disipó al tiempo que Tarik golpeaba mi brazo para encaminarnos hacia el coche. Cruzamos el ancho Nilo hasta la orilla oeste. Un peregrinar de turistas subía a los autobuses para visitar la última morada de varios faraones en el Valle de los Reyes, o los restos en reconstrucción de Deir el-bahari, el maravilloso templo de la reina Hatshepsut.

Nos dirigimos por una larga carretera, desde la cual se vislumbraba el monte que albergaba y protegía semejantes restos arqueológicos. Ansioso por llegar, vi que el templo se alejaba de mi vista porque teníamos que dar un pequeño rodeo hasta llegar al aparcamiento. Cuando llegamos, gente de todas las edades se arracimaban, formando grupos alrededor de los guías que daban instrucciones en varios idiomas para comenzar con la visita del templo.

Los niños jugaban entre la blanca arena, investigando como arqueólogos entre los agujeros y hondonadas que salían a su paso. Los vi disfrutar con tantas ganas que mi sonrisa crecía, viéndolos zigzaguear de aquí para allá, a la vez que sentí envidia de no tener su edad y unirme a ellos. Dejamos que los turistas cumplieran su cometido de observar cada rincón y detalle del templo. Tarik ya había entregado la documentación que Ricardo nos entregó, al que supuestamente era el encargado de seguridad. Como si fuéramos integrantes de una importante entidad, nos atendieron con esmerada cortesía y disponibilidad para lo que nos hiciera falta;

todo por un insignificante papel. Recorrimos sin prisa los alrededores, viendo con calma cómo la reina Hatshepsut y el arquitecto Senmut, escogieron el escarpado acantilado en forma de anfiteatro para que sus voces en plegarias, llegaran hasta los dioses con tan solo suaves susurros.

La gente acariciaba las piedras talladas, sintiendo los golpes de cincel esculpidos en cada figura. Recorrían con sus dedos los bajorrelieves, como dibujando en el aire las almas etéreas de los dioses de Egipto.

Ascendiendo lentamente la rampa del templo, llegamos a la segunda terraza, entreteniéndonos en ver el horizonte desde una altura diferente. Elevé la vista desde el suelo hasta la cima del acantilado, memorizando y saboreando visualmente cada pliegue, cada piedra, cada geométrico dibujo esculpido por el viento del desierto. Percibí un gran sentimiento en esa amplia terraza, imaginando a un músico en la terea de componer una melodía para su amada, y a un poeta, bellos poemas bajo la luz de un atardecer. Así imaginé a Senmut, esbozando una declaración de amor hacia la reina Hatshepsut en cada piedra que ordenaba colocar, en cada una de las múltiples columnas erigidas decorosamente por todo el templo. Me recorrió una sensación de bienestar, pensando en la reina y su arquitecto, a la vez que una ligera bruma nubló mis pensamientos.

«Vuelves a tener miedo ¿verdad? Me dije en un momento en el que me encontraba solo, sentado sobre una piedra. No solo es miedo. Hay algo más en este templo que siempre te ha impresionado, algo que esconde dentro de esas columnas esparcidas en perfecto orden. En realidad ¿Qué es lo que te hace sentir tan ansioso? Tú, que siempre superas las vicisitudes, riéndote del problema. O acaso te está rondando todo lo que está pasando desde que llegaste a esta tierra: el museo, el amuleto, la gran pirámide, Ricardo, Amer, el altar de Amón, y ahora con todo ello lo que te ha traído hasta aquí. Mira a ese niño cogido de la mano de su padre, cómo disfruta. Hasta le quiere enseñar por dónde ir, como tú. Toda la vida has sido así. No te puede parar algo tan valioso como lo que estás viviendo. Quizá sea una ocasión que no puedes desaprovechar o una decisión que tienes que tomar. Fernando, tú puedes. Tienes que hacer frente a ese inhóspito lugar de tu mente que se ha visto

iluminado por una cegadora e incomprensible luz que alumbra caminos que se pierden en lo infinito. Lanza todo tu arrojo».

Mientras me debatía en un silencioso monólogo, los turistas iban alejándose lentamente del recinto hasta dejarnos prácticamente solos, con los responsables de seguridad a los que solicitamos que no nos molestaran. Solo faltaba por ver la capilla de Hathor. Dos pequeñas salas hipóstilas flanqueaban la entrada. Llegamos hasta la pequeña sala abovedada donde se rendía culto a la diosa, acompañados de bajorrelieves y frescos que decoraban la pequeña cámara de la diosa.

Cuántos oradores y faraones habrían ocupado ese lugar para unirse al silencio, invocando prosperidad para su pueblo, para esa tierra bañada por el Nilo, protagonista indiscutible de todas las dinastías. Cuántos ruegos harían, iluminados por la tenue luz de las lamparillas y absortos únicamente en la Gracia Divina, por ser correspondidos con una respuesta a sus ofrendas. Qué momento de regocijo tan sublime, solo de pensar en todos esos protagonistas que me precedieron en la estancia de esa sencilla cámara.

Con las simplificadas anotaciones que Ricardo nos había entregado, fuimos examinando minuciosamente cada dibujo, cada signo pintado en la pared, intentando buscar una coherencia que nos permitiera unir algo y encontrar cualquier pequeña pista o mensaje que nos indicara lo que aún no se ha escrito en los anales de la arqueología, o algún otro destino que nos diera pistas para ir completando el enigmático rompecabezas que se inició desde el momento en que puse los pies en Egipto. Cada piedra era minuciosamente observaba en el recorrido de nuestra vista, cada trazo, cada dibujo, cada signo, o incluso dos pequeños grafitis realizados a primeros de los años noventa por alguien que no estimaba en demasía el mundo de la egiptología, aun así, el hechizo continuaba latente en cada piedra.

Faltaba la representación de Horus. No la pudimos localizar en la capilla; quizá estaría en otra cámara, o la habían borrado, cosa que nos pareció imposible. Horus no era un dios normal, ya que encarnaba la representación divina y humana de la cual los faraones adquirían el rango de semidioses, creyéndose descendientes de tan alta divinidad. Volvimos a repasar minuciosamente la cámara, pero fue inútil, no había nada que nos hiciera pensar en la presencia del

dios Horus.

No sabíamos lo qué hacer ni por dónde empezar, aunque eso poco me importaba, ya que me sentía pletórico tan solo por estar dentro de esa capilla, de ese pequeño habitáculo que pertenecía al imponente templo que tantas veces aparecía en mis pensamientos. Podía acariciar, observar y sentir cada color que mostraban sus milenarias pinturas, cada hendidura, laboriosamente trabajada para robar a la piedra las esquirlas, y mostrar esas figuras deseosas de salir a la luz para cumplir con el cometido de ser admiradas y servir para el acompañamiento de ritos y momentos de regocijo. Imaginaba a esos expertos y cualificados obreros, ataviados con un sencillo taparrabos que a la vez usaban para limpiarse las manos, a las órdenes de un capataz que verificaba e instruía para rematar con pulcro cada obra y dotar de alma las pétreas y pulidas paredes de la capilla.

La luz que entraba por la puerta, era suficiente para iluminar parte de la estancia, pero nos servimos de unas pequeñas linternas para evitar que se nos pudiera escapar algún pequeño detalle. Disfruté de aquella inspección, esperando que de un momento a otro se produjera el hallazgo de alguna pista para comenzar a dirigir nuestros pasos. Todo fue inútil.

—

Tarik me despabiló en un momento que estaba observando en la pared norte, la laboriosa tarea de los antiguos artesanos que plasmaron en bajorrelieve un festival dedicado a la diosa. Me giré y lo vi de brazos cruzados, revelando una mueca de frustración en su rostro. Tampoco podía encontrar una prueba tangible que nos situara en la conexión de los dos escarabeos. Saqué unos folios doblados que llevaba en un bolsillo de la bandolera y se los entregué.

—Toma Tarik, a ver si encuentras algo

—No, no, tienes que leerlo tú.

Pensé que su requerimiento era para indicarle las puntualizaciones que Ricardo había descrito para centrarse en la

búsqueda de algo que le podría resultar familiar. Hice un escueto resumen de lo que había escrito para destacar a los personajes que figuraban, incluso alguna pequeña y rica connotación que nos había anotado, simplificando las características más importantes.

—Apunta entre la relación que tiene Isis, Horus, y la nodriza de este: Hathor. También el vinculo...

—Lee la descripción de tu escarabeo —me cortó—, solo la descripción.

Busqué por los renglones, acercándome a la puerta para obtener algo más de luz. Los motores de los autobuses rugían a la espera de cargar hasta el último turista y emprender viaje a otro destino arqueológico, o al hotel, o al barco para continuar su rumbo por las aguas del Nilo. Busqué entre las anotaciones lo que Tarik me había pedido.

—Tú, fiel hermano —comencé-que la luz de Isis te guíe para...

—¡No Fernando! —me gritó—. Alza más la voz.

Me quedé mirándolo sin entender qué quería decir. ¿Por qué tenía que gritar si me oía perfectamente a la distancia que nos encontrábamos?

—¿No me oyes?

Los autobuses se habían ido y nos quedamos en ese cálido silencio que comenzó a envolver al templo.

—Hazme caso —comentó en un tono algo más suave y con cierto rubor en su rostro—. Tenemos que quemar todos los cartuchos.

Me hizo gracia esa expresión.

—Dime algo que yo no sepa, Tarik.

Le miré de modo interrogatorio, esperando una aclaración. Le notaba nervioso, con recelo o vergüenza de decirme algo que no sabía cómo me lo iba a tomar. Se tomó su tiempo antes de volver a hablar.

—El sonido... —murmuró, mirándome fijamente-que algunas palabras tienen al pronunciarse, pueden provocar efectos que el ser humano jamás pueda llegar a comprender. Solo los dioses...

—¡No digas tonterías! —Le increpé, alzando los brazos—. Tarik, no me quieras hacer creer en esas patrañas... que ya he tenido bastante.

Meneé la cabeza, haciéndole saber que se trataba de

supercherías baratas, de ritos que utilizaban para invocar a los dioses en noches de luna llena, de insustanciales chismes, que con el paso de los tiempos adquirían poderes sobrenaturales y que, generación tras generación, se encargaban de hacer una montaña de un grano de arena. Tarik extendió los brazos con las palmas hacia arriba, dejando asomar esa risueña e infantil sonrisa que le caracterizaba.

—¿Qué podemos perder?

—Nada —comenté—, en realidad nada. Pero me parece una simpleza sin precedentes. ¡En fin, que suena muy ridículo... Compréndelo!

Continuaba con esa sonrisilla en sus labios sin cejar en su propósito. Yo estaba más por la labor de buscar algo visible y palpable, algo que ni tan siquiera sabía de qué se trataba, pero fuera lo que fuese, tenía que estar en esas paredes.

—Tal vez tengas razón y sea ridículo —puntualizó, entrelazando las manos—, pero a veces lo ridículo supera la realidad.

—¡Vale, vale, está bien! —mascullé—. Lo que tú digas, pero como se te ocurra reír...

—¡Fernando!, que yo soy muy serio para estas cosas. Empieza, por favor.

Desdoblé los folios, mirándolo de soslayo. Me vi aparentemente ridículo, pero no en la postura, sino en toda la circunstancia que estábamos viviendo dentro de la capilla.

—*Tú, fiel hermano* —comencé pausadamente, gritando con una estrepitosa voz que rebotaba en toda la cámara—, *que la luz de Isis te guíe*... —Fue en ese momento, casi de frustración por no poder ver algún indicio que nos hiciera cargarnos de adrenalina, cuando al pronunciar la palabra Isis, el amuleto comenzó e emitir una pequeña y casi imperceptible vibración. Me quedé un instante en silencio y continué con cierta perplejidad, mirando a mi alrededor —, *para darme tu vínculo, tu compañía, tu protección*. *Hathor te recibe* —volví al silencio. De nuevo sentí una ligera oscilación a la altura del pecho sin querer darle mayor importancia, pero sabiendo que no era normal—. *Horus guarda la puerta, luz de mi*...

En un primer momento pensé que era debido a mi nerviosismo, pero enseguida empezó a tomar fuerza. Más que fuerza lo sentía con poder, tal que me obligó a desestabilizarme emocionalmente en

todos los niveles. Algo sobrenatural estaba ocurriendo allí. La gravedad que hasta entonces me sujetaba a la tierra, parecía estar desapareciendo. Empecé a levitar, pero no física, sino mentalmente, ya que mis pies seguían unidos al suelo. Era extraño, pero por un momento me sentí con una gran fortaleza, sobre todo en mi interior.

Duró lo suficiente para que Tarik se percatara de que algo estaba ocurriendo. Se colocó a mi lado, hombro con hombro. Me miraba de manera extraña pero protectora, temiendo, aunque con ilusión a través del brillo y expresión de sus ojos, que la pieza que faltaba para unir la cadena de acontecimientos estaba pendiendo de mi cuello. De forma sinuosa y lenta, del amuleto empezó a brotar una extraña forma de neblina semitransparente, como el humo de un cigarrillo elevándose despacio, muy despacio. No tomaba ninguna forma en concreto, pero como si fuera un haz de luz, llegó hasta la pared. Era como un proyector de cine, pero no tenia luz. Se asemejaba a un espejismo en una calurosa tarde de verano cuando se circula por el asfalto caliente, con ese brillo que oculta el horizonte, dibujando imágenes que se difuminan mientras te acercas a ellas.

No podía moverme, todos los músculos de mi cuerpo se encontraban entumecidos, como agarrotados sin una causa aparente. Ahí comencé a darme cuenta de que algo no marchaba bien. El halo fue creciendo en su proyección contra la pared hasta formar un círculo perfecto de casi un metro de diámetro. Sin apenas luz, los dibujos y jeroglíficos mostraban todo su esplendor, nítidos, como si estuviesen recién pintados y expuestos en una galería a la luz del sol.

No supe decirle a Tarik por qué me estaba moviendo, pero una fuerza me giraba físicamente hacia la pared situada a la derecha de la entrada.

El círculo de espejismo que el amuleto proyectaba, era perfecto. Empezó a moverse como una noria hacia la derecha, dando vueltas y más vueltas. Lentamente y a voluntad propia, se desplazó hasta la imagen de la diosa Isis, esbelta, esplendorosa, con su tocado en forma de trono. Era la diosa madre y Reina de los dioses. La proyección se detuvo y el dibujo de Isis pareció desprenderse de la pared. La situación se tornó tensa, excitante. Ante nuestros ojos

estaba la representación de la Gran Maga Isis. Me dieron ganas de inclinarme ante ella y rendirle culto, pero seguía rígido. Apenas me podía mover. Algo ejercía la fuerza de un gran imán, magnetizando la pequeña capilla a su voluntad. Noté cómo la presión me sujetaba contra el suelo, sin embargo, esa misma fuerza parecía tener el poder de desprender el alma de mi cuerpo.

—Tarik, acércate hasta ahí —le señalé el dibujo de Isis en la pared-y dime si ves algún tipo de dispositivo o un prisma. Algo que te llame la atención, no sé, cualquier cosa diferente, o sin más que te parezca que no tiene que estar ahí.

Desde el centro de la capilla, pude ver el sudor en el rostro de Tarik.

—¡Fernando! Esto no es un truco, es magia...

—Sí, sí, está bien —le corté la conversación—. Tiene que haber algo que provoque al escarabeo, algún mecanismo magnético que se active cuando está cerca o algo por el estilo.

—Aquí no hay nada raro —comentó después de palpar con detenimiento la pared.

—Tarik, no te puedes hacer una idea de lo que hay detrás de los trucos de magia que se realizan en espectáculos. Para mí, tiene más poder persuasivo la preparación de los aparatos que se usan y la puesta en escena, que el mismo truco de magia en sí. Trucos que impactan, pero que detrás hay mucho trabajo. Así que mira bien, porque lo que sea tiene que estar cerca. Tal vez emita algún tipo de sonido. Si se trata de algún mecanismo antiguo, se tiene que poder escuchar el roce de poleas o la fricción de maderas o piedras ¡Yo que sé, pero algo tiene que haber!

Se acercó de nuevo, sigiloso, temeroso, mirando a la pared y a mí indistintamente. Su interés por intentar descubrir cualquier indicio era notable. Ni tan siquiera me preguntó por qué no lo hacía yo, o por qué no me movía del sitio donde me encontraba. Con la pequeña linterna, iluminó cada palmo del círculo, volvió a palpar a su alrededor y, con cierto sigilo, apegó la oreja a la pared y se mantuvo así unos cuantos segundos.

—No hay nada raro. Cada piedra está sellada contra la otra. La pintura es acorde y no sobresale nada fuera de lo común, ni tan siquiera un cristal o un pequeño dispositivo. No se oye nada, ni un golpe, ni roce de piedras, metales o madera. ¡Nada de nada!

¿Continúo?

—No, no, gracias. Con eso me vale, pero estoy convencido...

La imagen empezó a moverse como un títere. Los pies, las manos. El cuerpo comenzó a contonearse, como a despegarse de la pared tras miles de años de cautiverio. La figura ocupó el diámetro del círculo, girándose y mirándome de frente. Su perfil oculto en la piedra, mostró de forma tridimensional el esplendoroso rostro en toda su magnitud. Se flexionó como si quisiera expresarme un saludo, un gesto de cortesía. Parecía ridículo, pero se lo devolví con una pequeña inclinación de cabeza, permaneciendo así el tiempo necesario para sentir que estaba pasando algún tipo de prueba. Aquella situación de reverenciar la imagen de una pared me resultó absurda, aun así, una fuerza interior e irrefrenable me impulsaba a pensar que sin saber cómo, estaba ante un enigma con la obligación de completar una fase para poder pasar a otra, como el rito obligado que un iniciado tiene que franquear.

Todo lo que estaba pensando, perdía valor y fuerza cuando sentí un extraño calor en la frente, que aumentaba gradualmente sin ocasionarme dolor o molestia. Empecé a notar que la figura estaba absorbiendo parte de mis recuerdos y emociones en un momento casi espiritual, algo que jamás pensé que pudiera sentir, ni tan siquiera existir. Su mirada se fundió con la mía en aquel silencioso recinto, mostrándome el aura que desprendían aquellos ojos que, de manera especial, habían cobrado vida. Un aura no visual, sino perceptible, como una imagen interpuesta entre los dos con el fin de originar una conexión.

—¡Cielo santo! ¿Qué está pasando aquí?

Grité con todas las fuerzas. Mis palabras rebotaron en la pequeña capilla, difuminándose hasta solo escuchar el jadeo de nuestra respiración. Estaba en la línea entre lo autentico y lo ficticio, lo real y lo imaginario, lo terrenal y lo divino; una línea que contradecía todos mis pensamientos. Era como un camino intermedio entre la serenidad y la agitación, un momento de confusión conmigo mismo, llegando a pensar que solo se trataba de un sueño. Pero no, allí seguía con mis ojos, sosteniendo la mirada de Isis hasta que las constantes vitales descendieron paulatinamente, permitiéndome entrar en un estado de plena relajación.

No solo sentí paz. Fue más intenso que eso, la vi. Vi paz en una extraña imagen que se coló en mi mente. No era un lago rodeado de verdes montañas, ni el azul del mar con el susurro de sus olas. No, era una paz que nunca pude describir. Es como decir ¿Qué sonido tiene un sentimiento? O ¿de qué color es el amor? Pensaba en cómo sonarían las palabras que pudieran describir la imagen que veía. Me empeciné en buscarle un sentido literario, en utilizar el don de la palabra para expresar ese emoción, pero al cabo de un rato me di por vencido. Supe que haría falta un sonido, un color, un olor y una textura en el momento puntual en que se dice cada palabra, para que Tarik pudiera captar idénticamente lo que estaba viendo, y así una frase con múltiples sonidos, colores, aromas y texturas para impregnarse de todo mi sentimiento visual.

Quería compartir con él ese momento, pero no podía. Isis asintió suavemente al tiempo que su brazo derecho se extendió, indicándome una representación de la diosa Hathor. La Gran Maga Isis se ladeó, colocándose de perfil y volviendo a su pétrea morada, como si todo lo que había pasado no tuviera la menor importancia.

La misma fuerza que me sujetaba al suelo, envolvió todo mi cuerpo, haciéndome girar hacia la izquierda para situarme frente a la representación de la diosa Hathor.

Volví a mirar insistentemente en busca de algún mecanismo bajo mis pies, una plataforma oculta que con la presión de mi cuerpo haría que girara y se accionara algún sistema de ejes o poleas. Fue inútil, apenas un pensamiento absurdo, porque las sandalias que calzaba dejaron un surco en la arena esparcida por el suelo, debido al roce de mi involuntario movimiento. No había ninguna plataforma.

Nodriza y esposa de Horus, gran amiga de Isis, Hathor, representada con cuernos de vaca y entre ellos el disco solar, se desprendió de la pared cuando el halo de espejismo se posó sobre ella. Extendió una mano sobre mí, sintiendo físicamente cómo me tocaba la frente, suave y delicadamente. Trazó unas líneas curvas que no pude ver, pero sí sentir, y sabía a qué se debía, puesto que lo había dibujado cientos de veces a lo largo de toda mi vida.

Nada más concluir, retiró unos centímetros el dedo colocado en mi frente y, como cogiendo impulso, fijó de nuevo su dedo con un golpe seco y lleno de energía en el centro del trazado, en el ojo de

Horus que sentía plasmado en mi frente. Noté una indolora quemazón. No me sentía puesto a prueba, solo marcado, quizá, por mi propio destino.

Una aureola de placer, arropó la rigidez de mis músculos. Viví un momento extraño, sublime. En ese instante, en el que no dejaba de pensar cuál era el mecanismo que hacia funcionar semejante puesta en escena, me vi inmerso en el orgullo de poder sentir la presencia de dos grandes diosas de Egipto. Pero en cierta manera ¿por qué estaba siendo tan incrédulo, cuando de hecho estaba experimentando una sensación completamente diferente, con una fortaleza y sensibilidad mental que permitía forjarme con Hathor en un «Todo», en una conexión latente, viva?

Lo mismo que Isis con su brazo derecho extendido, indicó la pared de mi izquierda y volvió de nuevo a colocarse de perfil, adoptando entonces su plasmada y milenaria postura. De nuevo me giré involuntariamente para tomar esta vez contacto con Tarik, que levantando un brazo, posó su mano sobre mi hombro. Al notar su contacto, por un momento me relajé, sabiendo que no me había dejado solo para salir corriendo por la puerta como alma que lleva el diablo. No, estaba conmigo, sudando y tiritando por el extraño fenómeno que ocurría a nuestro alrededor.

—Tarik, ni se te ocurra soltarme.

—Ni por todo el oro del mundo —exclamó.

Lo miré. Estaba pálido, pero firme. Él presentía todo esto y nunca me lo dijo. Siempre fue la pieza clave que me condujo hasta esa cámara donde lo racional daba paso a un insólito montaje que parecía escaparse de la realidad. En un segundo, plano era el protagonista indiscutible desde el primer día. La química en el ser humano funciona, pensé, y el vínculo entre los dos, no se pudo fraguar de otra forma. Quise que fuera un videojuego y poder darle a la tecla de pausa para salir al exterior a respirar aire fresco y comentar con mi pequeño amigo lo que estaba pasando, y entre los dos sacar alguna conclusión, pero no podía ser, el juego tenía que continuar.

La proyección seguía en la pared, pero esta vez comenzó a dar vueltas sobre sí misma, hacia la izquierda, acelerando los giros hasta que se dejó de apreciar que se movía a gran velocidad. La figura que apareció nos impactó, ya que no estaba dibujada en la

sala. Era la inconfundible representación del dios Horus con cuerpo humano y cabeza de Halcón, portando la doble corona, *la Sejenty*, símbolo de los dos poderes: la unión del alto y bajo Egipto.

Ahí estaba el guardián, el Rey de reyes, el eslabón que faltaba en los mensajes de los escarabeos ¿qué pasaría ahora? ¿Qué nos mostraría Horus para unir la cadena de acontecimientos? ¿Estaba ya todo hecho? Por un momento pensé que sí, que los mensajes estaban descifrados pero no en su contenido; faltaba algo. Teníamos que dar con alguna pista que nos sirviera para completar lo que parecía ser un milenario acertijo. Quizá ¿una pieza o figura escondida en otro lugar? ¿Una tablilla o papiro con un nuevo mensaje? ¿El elixir de la vida? ¿El santo grial de los egipcios?

—Qué sé yo —dije en voz alta, sopesando cualquier nueva sorpresa.

—Fernando —me susurró Tarik al oído—, no es como los dibujos de Isis y Hathor. Horus parece que está vivo, fíjate en su rostro.

Arqueé las cejas, girando la cabeza y mirándole casi de soslayo.

—Mi querido amigo, yo... ya me lo creo todo.

Se podía palpar la fuerte tensión que nos rodeaba.

La imagen empezó a juntar los dedos de las manos, formando un círculo que fue ovalando muy despacio. Del escarabeo brotó un haz de luz blanca del tamaño de una pelota de tenis, formando el «Ojo de Horus» entre sus manos. Como un acto de ofrenda en un rito custodiado por los sacerdotes de Tebas, levantó las manos en un gesto de oración a los dioses, ofreciendo el ojo que a través de él, pudieran ver la perpetuidad de su fundada civilización terrenal.

Permaneció así un largo rato: tres o cuatro minutos, eternos en una situación tan ansiosa. Fue tiempo suficiente para que mis recuerdos viajaran a Burlada. A esas horas estaríamos en torno a la mesa del salón, celebrando mi veinticinco cumpleaños, pero imaginé a Tarik sentado también en compañía de mi familia. Seguro que se habría colocado junto a mi abuela. Los imaginé hablando de la vida, absortos en expresiones que solamente ellos podían entender, en una mirada, un gesto, un movimiento de manos que ensalzara el significado de la frase. Me vi como anfitrión, enseñándole los bellos rincones de la embelesadora ciudad de Pamplona: el adoquinado casco antiguo, los jardines de la Taconera,

el parque de la Media Luna con las primeras hojas soltándose de sus árboles en el albor del otoño, y su cercana comarca a los pies de la ciudad, rindiéndole pleitesía.

—Tarik, un día de estos te invitaré a mi tierra —le comenté como si estuviera escuchando mis propios pensamientos.

Ante algo que yo daba por hecho, pillándolo desprevenido, asintió cortésmente como si se lo pidiera un viejo amigo o su hermano pequeño. Allí, en la pequeña capilla, se estaba consolidando una etapa extraordinaria de mi vida; el verdadero poder de la amistad unido a la fuerza de las creencias milenarias de un pueblo que había vivido por y para la divinidad politeísta. Como mis pensamientos no estaban todavía razonados con el extraño día que estábamos viviendo, llegué a pensar que el mecanismo que daba vida a la capilla de Hathor se había estropeado, cuando de repente, totalmente absorto, posé la mirada en los ojos de Horus: el halcón que surca los cielos del más allá.

Volvió a penetrar en mis pensamientos como lo izo Isis, pero noté que no los absorbía, solo hurgó entre ellos, formando un sutil galimatías que no llegué a comprender. En ese remanso donde se mezclaba la tensión con la armonía, un fogonazo de luz acaparó toda mi mente. De nuevo otro fogonazo, otro, y otro. Eran intermitentes y poco a poco fueron adquiriendo mayor velocidad, sin detenerse durante un tiempo que no pude determinar. Iban rellenando espacios en blanco, incomprensibles, pero mi inconsciente trabajaba con las ráfagas de luz al unísono en pequeños fotogramas que pasaban a gran velocidad.

No sabía lo que estaba pasando, pero sentía como si mi cerebro fuera el disco duro de un ordenador, desfragmentándose y limpiando de impurezas residuales para pensar con rapidez y claridad. Las luces cesaron. Todo se tornó oscuro, inapreciable, a excepción de la imagen de Horus que fue bajando las manos, colocándolas sobre la pared.

Del mismo haz de luz blanca que salía del escarabeo para formar el «Ojo de Horus», emanó otro haz intenso pero más pequeño, de color azul, dirigiéndose al iris del ojo. Mientras este permanecía fijo, el ovalado anillo de luz blanca cobró fuerza, creciendo de tamaño hasta llegar a una dimensión de unos dos metros de alto por unos cuatro de ancho.

El escarabeo comenzó a ejercer una fuerza sobre mi pecho, haciéndome retroceder hasta la pared opuesta donde se proyectaba el haz de luz. Un profundo clic sonó en la capilla, activando lo que parecía ser un mecanismo. Pasaron unos segundos. El silencio sepulcral dio paso al estridente chirrido de dos enormes piedras rozándose entre sí. Me quedé absorto al ver cómo una pequeña parte de la pared de unos sesenta centímetros de ancho por dos metros de altura, penetraba hacia adentro y, posteriormente, desplazándose hacia la izquierda detrás del muro, dejar al descubierto una pequeña cámara de dimensiones reducidas.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Tarik con la voz entrecortada por los nervios—. Fernando, mira eso…

Apoyado en la pared, notaba los músculos entumecidos, jadeando como si hubiera estado practicando algún deporte durante largo tiempo. Estaba exhausto, cansado. Las ráfagas de luz me habían propinado una paliza psicológica que afectaba a todo mi cuerpo.

—¿Qué es lo que tengo? Pregunté, acercándome lentamente hasta el hueco recién abierto en la pared.

—¿No lo ves, Fernando? ¿Es que acaso no le ves?

Tarik estaba exaltado, recorriendo la capilla de una pared a otra y llevándose las manos a la cabeza.

—Ahí tienes la puerta que los Dioses te han abierto, la puerta que cierra un largo camino y seguramente que abre otro.

—¿Cómo que me han abierto? Entraremos los dos. Tú no te vas a quedar aquí solo. Faltaría más que después de aguantar todo este periplo conmigo, no saborearas lo que tras esa puerta se puede esconder.

—Mírame a los ojos y escucha —sentenció con una arrogante y seria mirada—. El gran placer y orgullo de poder ayudarte como lo he hecho hasta ahora, es el mayor premio que jamás pensé que llegaría a tener. Por favor, respeta mi manera de ser, pues bien sabes que soy inalterable a mis principios y algo me dicta que yo ahí adentro no pinto nada. No hagas ningún comentario y entra por la puerta.

—Pero si solo es una minúscula cámara. No hay nada más —increpé, temeroso de introducirme en ese agujero que apenas cogía el ancho de mis hombros.

No sabía qué excusas sacar. Un hormigueo comenzó a recorre por mi espalda, asumiendo que la entrada era inevitable. Solo estaba haciendo tiempo.

—Por favor —indicó con la mano—, algo me dice que tienes que entrar.

Miré al exterior las tranquillas arenas que apenas se movían con el viento. Volví a observar la pequeña cámara, sabiendo que mi entrada en ella era inevitable, aunque bien me daban ganas de salir corriendo para desfogar la ansiedad que se había apoderado de mí en los últimos minutos.

—¡Está bien, está bien! Lo que tú digas. Pero no sé cómo voy a hacer para meterme ahí adentro.

Me encaminé hacia la pequeña cámara, entregando a Tarik la bandolera que portaba al hombro con todas mis pertenencias.

—Por si me ocurre algo, te hago heredero de todo lo que contiene —le dije, casi riendo sin que me viera—. Ahí tienes el teléfono de mis padres y...

—¡Fernando! —me reprendió malhumorado

—Vale, vale.

Entré encogiéndome un poco, ya que el fondo era de la misma dimensión que el ancho.

—¡Tarik!, dame la linterna que está...

No pudo ser. La puerta empezó a cerrarse con un suave deslizamiento. Encogiéndome hasta quedar prisionero en la sombra de esas cuatro paredes, pude ganar unos centímetros a cada lado, cuando la pesada losa se cerró herméticamente. El silencio y la oscuridad me tenían encajonado en aquel cubículo. Empecé a silbar una melodía, fruto del miedo que recorría mi cuerpo para sentirme acompañado con algo que conocía. Paradójicamente, el titulo de la cancioncilla era *Fernando*, del grupo sueco Abba, por el que mi madre siempre había tenido una gran predilección.

De hecho, siempre me lo había comentado en momentos de nostalgia. Me puso el nombre que tengo, debido a que con esa canción tuvo momentos entrañables a lo largo de su vida. El silbido se convirtió en música de orquesta, acompañando la letra de la melodía que empecé a cantar. Letra que comencé a memorizar, acurrucado entre las sabanas mientras mi madre mecía la cuna.

Algo había alrededor quizá

de claridad Fernando
que brillaba por nosotros dos
en protección Fernando
no pensábamos jamás perder
ni echar atrás
si tuviera que volverlo a hacer
lo haría ya Fernando
si tuviera que volverlo a hacer
lo haría ya Fernando

Con esos recuerdos extraídos de mi memoria, oí el crujido del roce de la piedra y sentí que se movía durante unos segundos. Posteriormente, la cámara giró sobre su propio eje, quedando otra vez en el más absoluto silencio. Sentí de nuevo cómo la pesada puerta se movía, pero permanecí quieto unos instantes, porque no sabía dónde me encontraba. Sigilosamente adelanté un pie, tanteando el terreno. El aire estaba cargado, pesado, húmedo. Con manos y pies, intenté hacer un plano mental de donde me encontraba. No era fácil, ya que la oscuridad aumentaba o menguaba la realidad, pero sentí que ese nuevo recinto era tan grande o más que la capilla de Hathor. Arrastré el pie con sigilo y todo parecía normal; el suelo era de piedra. Con los brazos extendidos no hallé nada que hiciera detenerme, y continué avanzando milimétricamente cada vez más confiado. En un paso algo más largo, coloqué el talón, y al avanzar la planta hacia adelante, perdí contacto con el suelo, haciendo que todo mi cuerpo se desestabilizara para caer a un vació que me engulló a su antojo entre sus fauces.

Trascurrieron unos minutos, cuando del centro de la sala donde me encontraba, surgió un pequeño punto de luz que fue creciendo de tamaño hasta iluminar por completo toda la cámara. No me hubiera caído si hubiese tentado con las manos el entorno. A la derecha de la plataforma, había unas escaleras que descendían hasta el piso donde me encontraba.

Sonreí por mi ingenuidad.

La luz fue aumentando en intensidad, tanto, que la pequeña cámara empezó a desaparecer de mi vista, quedando una blancura que ni tan siquiera pude apreciar mi cuerpo. Con un abrupto temor, moví las manos incesantemente delante de mi rostro, pero no las veía. La blanca iluminación no era cegadora ni dolorosa para mis ojos, tan solo creó una confusión mental que mi cerebro no pudo asimilar, ni tan siquiera querer proyectar imágenes dentro de mi memoria. Me sentí como una criatura flotando en el vientre de una madre a punto de dar a luz, cuando empecé a escuchar el silbido de un viento arrogante que parecía entrar a través de una garganta rocosa, creciendo sin parar hasta que su rugir se hizo ensordecedor y penetrante.

Solo era sonido, pues ni una brizna de brisa rozó mis mejillas.

Las fuerzas me flaquearon de tal manera que sin poder evitarlo, clavé las rodillas en el suelo mientras un sopor me hizo perder el conocimiento. Solo me dio tiempo a amortiguar la caída con la escasa fuerza que circulaba por los músculos de mis brazos.

Sin saber cuánto tiempo permanecí en esa posición casi fetal, volví a una consciente y silenciosa realidad, escuchando solamente el aire que penetraba en mis pulmones. El rugir de la invisible e impalpable tempestad había desaparecido, y la poderosa iluminación se había atenuado hasta tal punto que mis ojos volvían a ver con total nitidez y claridad. Me incorporé, sintiéndome vigoroso, eufórico tras sentir que acababa de realizar una nueva y confusa prueba, pero ¿de qué? Era la pregunta que sin respuesta me formulaba mientras recopilaba datos, intentando buscar alguna una explicación. No la encontré.

Apañándome los restos de la chilaba como pude, dediqué todo mi esfuerzo a observar el entorno con detenimiento. El techo, suelo, y tres de las cuatro paredes, eran de roca viva, pero la cuarta pared con una abertura de metro y medio de alto por uno de ancho, era de piedra pulida y tallada en bajorrelieves perfectamente esculpidos.

En lo alto de la sala, a unos cuatro metros, había unos jeroglíficos en oro. Me acerqué para observarlos y volví a sentir esa presión abrumadora que me sujetaba al suelo. Una fuerza que no podía controlar comenzó a apoderarse de mí. Lenta y sutilmente, fue envolviéndome como la niebla que acapara un bosque al

amanecer. Sin poder girarme y ante mi estupor, los jeroglíficos empezaron a ser legibles, permitiéndome leer cada uno de sus caracteres.

Tres dioses te han recibido:
Isis, Hathor, y Horus.
Con la justicia y verdad de Maat,
Con la sabiduría de Imhotep,
Tres dioses te han acogido

Libre de la presión que me aferraba, volví a leer una y otra vez. No sabía cómo, pero ese texto lo podía Interpretar con total claridad. Quizá esos jeroglíficos estarían en los libros de mi niñez, y de tanto leerlos los había aprendido. Pero no, no me sonaban de nada por mucho que investigaba en mi memoria. No quise en esos momentos buscar una explicación. Estaba confuso, aturdido, y mi lógica solo intentaba encontrar una salida. Miré a mi alrededor, pero la sala estaba completamente vacía. No había nada que me indujera a buscar algún tipo de pista para continuar con lo que había ido a hacer allí. No solo eso, sino que estaba solo. Ya no tenía la compañía de Tarik, que me ayudaba a ordenar mis pensamientos. Quise gritar, pero tampoco pude. Di vueltas y más vueltas por la cámara, hasta perder la escasa confianza que había depositado para encontrar algo relacionado con el amuleto.

«Maat, imhotep, tres dioses te han acogido». Rondaban esas palabras en mi cabeza cuando me introduje agachado por la única abertura de la cámara. Maat era la diosa de la justicia, el orden y la verdad, tanto cósmico como en el aspecto social y político. Hija del dios solar Ra, era la protectora de los jueces y presidía el juicio de los difuntos. Imhotep fue un arquitecto y medico que alcanzó el rango de dios por sus propios meritos, considerándolo en todo Egipto como divinidad de la medicina y la sabiduría.

A escasos metros de la entrada, pude andar sin agacharme ya que el techo era más alto. La luz de la cámara era extraña, no tenía un punto de partida como una bombilla; solo era luz que empezó a acompañarme por el estrecho y ascendente pasadizo. Me senté a descansar, ya que la rampa se hacía interminable, pesada. Calculé que sobrepasaron los quinientos metros cuando me detuve en el largo y pesado recorrido. La luz se fundió con la oscuridad,

quedándome en la más absoluta penumbra. Me pregunté dónde estaría, mientras barajaba más de una posibilidad: si ese largo corredor no llevaría a una sucesión de pasadizos, perdiendo la escasa referencia que tenía y adentrándome en un mundo subterráneo del que quizás no hubiera una salida, o acaso continuaría en línea recta y me llevaría a otra cámara de la cual me permitiera salir al exterior. Siempre quedaba la opción de desandar el trayecto y volver a la cámara de los jeroglíficos, pero supuse que la puerta que se había cerrado herméticamente tras de mí, no dispondría de un dispositivo de apertura desde el interior. Solo era una vaga intuición y me acogí a ella con el único propósito de no retroceder.

Permanecí un corto tiempo en la negrura del silencio, cavilando todas las posibilidades que se cernían para hallar una solución al problema que tenía ante mí, hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y así, con el único pensamiento de intentar comprender los jeroglíficos del amuleto, pude percibir a lo lejos la tenue luz que una grieta dejó asomar del exterior. Continué por el corredor, tanteando techo y paredes para no darme de bruces con alguna sorpresa inesperada, ya que la escasa luz que se filtraba por la grieta no era suficiente para iluminar el pasadizo. Llegué hasta el final. Intenté ver a través de la estrecha hendidura algún indicio para saber dónde me encontraba, aunque resultaba paradójico pensar así, porque desconocía por completo el lugar. Pegué mi cara a la roca, pero no pude distinguir nada, ya que la luz se filtraba de soslayo por alguna abertura que no estaba en mi campo visual. Me senté con los brazos entrelazados en las rodillas, acunándome mientras intentaba buscar una solución al problema que tenía ante mí.

Todo parecía perdido. Mis conocimientos arqueológicos eran nulos, que bien me pudieran haber ayudado a encontrar una salida. Seguía sentado, cuando percibí un leve movimiento en la pared, seguido de un crepitar que resultó ensordecedor tras el silencio de las entrañas en esa montaña. La grieta se ensanchó unos centímetros, permitiendo que la cegadora luz del sol entrara a raudales. Iluminó buena parte del angosto pasadizo, pero no fue suficiente como para permitirme salir al exterior.

Cuando me acostumbré a la luz, pude ver por la estrecha

apertura una árida montaña, cubierta por miles de piedras que parecían haberse desprendido por el cincel de un gigante escultor. Me reí solamente de pensarlo, disipando la angustia que se cernía sobre mí de sentirme atrapado, de verme impotente ante la magnitud de esa pétrea soledad. Cuando todo parecía perdido, el singular destino vino en pos de mi desesperación, consintiendo que la grieta se abriera lo suficiente como para salir de ese largo y angosto antro. Cubriéndome con la mano a modo de visera, empecé a vislumbrar un árido paisaje que me recordaba al Valle de los Reyes por la composición del lugar. Recordé haber visto en más de una ocasión, tanto en fotos como en documentales, ese preciado valle. Pero no, no era posible, porque no se veía ninguna entrada a las tumbas descubiertas por los arqueólogos, ni turistas deambulando por la árida carretera bajo el sol del atardecer. Tal vez desde la posición donde me encontraba, no podía ver nada de todo aquello.

Me peiné el cabello con las manos, una y otra vez. «¿Dónde estoy?».

Por la confusión de la oscuridad en la cámara, no sabía en qué dirección iba el pasadizo que me había llevado hasta allí. Tal vez sería algún punto intermedio entre el templo y el valle. No tenía referencias de la dimensión de túnel, ni de su orientación.

Como si tuviera la necesidad de sentirme protegido, eché mano a mi pecho para palpar el amuleto; no lo tenía. Nervioso, miré a mi alrededor. Apartando alguna que otra piedra con el pie y removiendo la tierra con las manos, busqué ansioso el colgante que me había llevado hasta allí, pero no estaba. Pensé de inmediato en la caída de la oscura cámara. Quise volver, pero ya no había entrada; solo roca y arena.

V

—

Escuché a lo lejos una voz juvenil. Dirigí la mirada para poder localizarla, colocándome las manos sobre la frente para evitar que los rayos del sol me cegaran.

—Eeeeeh.

Vi la figura de un niño que gritaba, llamando mi atención al tiempo que movía los brazos. Me fui acercando a él por un sendero que serpenteaba hasta llegar a un ancho camino, resbalándome con las pequeñas piedras que encontraba en la empinada pendiente. El niño me miraba sonriendo, con la mano en alto en un gesto de saludo.

—¡Quieto, no te muevas! —Le grité. No sabía si me entendía, aunque tras la llamativa expresión y viéndome con las palmas de las manos abiertas, alzando los brazos, el jovencito se quedó inmóvil como una estatua—. Cielo santo, que grande es —expresé, viendo cómo una serpiente que superaba los dos metros, reptaba sigilosamente, acercándose hasta él—. Ni se te ocurra mover un músculo.

«¿Qué hago yo ahora? Su vida corre peligro y la mía también». Saber que podía morir por el descuido de un movimiento erróneo, y en aquel abrupto desierto, provocó que pensara con rapidez para salir airosos y evitar a la muerte que se movía con celeridad. No había ningún palo cerca para amedrentarla, pero no me podía

quedar sin hacer nada. La serpiente se acercó al muchacho y se irguió, hinchando el cuello al tiempo que ejecutaba una danza hipnotizadora. Era una cobra, una gran cobra. Jamás había visto una tan cerca; era imponente. Su viperina lengua la movía con extrema rapidez, saboreando seguramente el miedo que desprendía mi cuerpo.

Me vino a la memoria el único sueño que recordaba en movimiento, pero esa serpiente era muy pequeña, y en un sueño. Esta era real y estaba despierto, así que armándome de valor, empecé a llamar su atención. La cobra estaba a la altura del jovencito, a menos de un metro, dispuesta a lanzarse en cualquier momento y atacar a un rival indefenso. Le azucé varias veces, pero solo se limitó a ladear la cabeza sin intención de atacarme. Su único objetivo lo tenía delante.

Me fui acercando más y más a la serpiente, sedienta por herir de muerte al joven muchacho que tenía ante mí. En un momento en el que presentí que le iba a atacar, sin pensármelo, hice un rápido movimiento con el brazo, atenazando con la mano el cuello de la cobra. Era rugosa y resbaladiza. No hizo fuerza alguna ni intención de defenderse. En un brusco movimiento, me limité a lanzarla a escasos metros, distancia suficiente para apresar al muchacho por el brazo y alejarnos del peligro. La cobra desapareció lentamente de nuestra vista, introduciéndose por el hueco entre dos grandes piedras que estaban en la ribera del camino.

—Te estaré eternamente agradecido —comentó el muchacho, tranquilo y sin un ápice de mostrar temor en su rostro.

—¿Estás bien? —le pregunté sorprendido al ver que hablaba mi idioma.

—¡Seth! —exclamó fríamente—. Seth quería poner fin a mi existencia; alguien ha invocado al señor de las tinieblas.

«¿Seth...? ¿Habla del dios Seth?». Me sorprendió que un joven de unos doce o trece años mencionara a Seth, dios del mal, de la sequía y del desierto, hermano del dios Osiris que por celos lo mató y desmembró su cuerpo. Nunca fue ampliamente venerado por la mayoría del pueblo egipcio, llegando a aparecer en muchas ocasiones como una divinidad maléfica, aunque tuvo diferentes atribuciones a lo largo de todas las dinastías, unas con visión maligna y negativa, otras cuando había que vincular su devoción y

respeto a ciertos sucesos y acontecimientos militares. Como una fugaz visión, recordé las palabras de Ricardo: Seth era hermano de Horus, no de Osiris.

Sentí lastima por él jovencito que tenía ante mí. Estaba medio desnudo, con solo un faldellín cubriéndole por encima de las rodillas. Pensé que se había perdido. Miré alrededor, intentando encontrar a su familia, pero no había nadie. Su cabeza estaba totalmente rasurada, sin tan siquiera una gorra que lo protegiese del sol. No lo conocía de nada pero me dio pena, deduciendo que podía tener alguna enfermedad que hacía que se le caería el cabello, o más grave aún, el resultado de un tratamiento con quimioterapia, pues no era la primera vez que veía un niño así por los pasillos de un hospital.

—¿Y tus padres, Dónde están? —pregunté.

—Mi padre se fue al paraíso de los inmortales y mi madre está en el palacio de Tebas.

Seguía hablando de forma inusual para su edad, pero desconocía su educación. Deduje que pertenecía a una noble familia por su correcta compostura, aunque un tanto extraña para un muchacho de su edad.

—¿Qué haces aquí, tan lejos de tu hogar?

Proseguí con un sencillo interrogatorio para poder ayudarle.

—Lo único que sé, es que tenía que venir hasta este lugar del desierto donde reina la paz del sueño eterno. Los dioses así lo han querido.

«Pobre muchacho, seguro que se ha pillado una insolación por el camino y está desorientado». Cogí parte de la chilaba medio rota y le hice algo parecido a una capa para cubrir sus hombros y un pañuelo para la cabeza. No dijo nada y empezamos a caminar para salir de ese escabroso valle. Solo me miraba y sonreía mientras se ajustaba la capa.

Conforme íbamos caminando, miraba incesantemente hacia todos los lados para dar con alguna pista que nos condujera al templo de Hatshepsut, y de ahí, con Tarik que ya estaría preocupado, llevarlo hasta Luxor y conducirlo a su casa o ponerlo en manos de la policía para averiguar algo de su familia. Imposible, estaba totalmente perdido con respecto al templo. Intuía que nos estábamos alejando por otro camino. Tarik lo entendería, así que

me dispuse a acompañar al jovencito hasta la ciudad y le llamaría al teléfono que estaba en mi bandolera.

El entorno me era completamente desconocido. A lo lejos vi la frondosa vegetación que acompaña al Nilo en sus riberas, pero no había carreteras, ni autobuses, ni coches; ningún vestigio de civilización a la que estaba acostumbrado en esos días, ni tan siquiera convoyes militares que estaban por cualquier parte. Solo pequeñas casas con terrenos mientras nos acercábamos al río, incluso monumentos arquitectónicos bien cuidados que llamaban mi atención. No era muy lógico lo que estaba viendo. Había algo extraño que mi mente no quería aceptar, incluso la poca gente que andaba por allí, apenas llevaba ropa. Sentí con detenimiento la pureza que había en el ambiente. El aire era limpio, llegando a percibir desde la distancia que me separaba el aroma de la espesura que bañaba las aguas del río.

La mano del muchacho se aferraba a la mía. No parecía tener miedo de haberse perdido o de encontrarse tan lejos de su hogar, tan solo caminaba a mi lado con la energía de un chiquillo de su edad. Su rostro mostraba serenidad y ello hizo que mis pasos no se apresuraran más de lo debido, cosa que agradecí, porque el sol calentaba con fuerza y mi piel no estaba acostumbrada a que sus rayos se ensañasen conmigo de manera tan aplastante, y sin ningún tipo de protección. En principio no le di mayor importancia, ya que la piel del muchacho era más sensible que la mía y tenía que protegerla de la infernal fuerza de los castigadores rayos del sol.

Un hombre vestido con tan solo un taparrabos nos saludó con la mano en alto, haciendo un descanso mientras trabajaba la tierra, secándose el sudor con el dorso de la mano. A su lado, una mujer me sorprendió: cuidaba de un grupo de corderos, desnuda, luciendo únicamente un cinturón de tela que estaba adornado con flecos de colores que apenas cubrían su sexo. Descansamos un rato a la sombra de un tamarisco, asimilando la peculiar escena que acababa de ver. Me pareció demasiada libertad, que una mujer anduviese desnuda en una república árabe como es Egipto, donde aproximadamente el noventa por cien de la población es seguidora del Islam Suní, y el puritanismo en la indumentaria es una orden de Alá.

Mi visión empezó a emborronarse con un ligero dolor de cabeza.

El joven pareció percatarse de mi estado, evitando hacer preguntas o comentarios por haberse perdido, cosa que agradecí. Más que andar, arrastré los pies por el polvoriento camino, llevándome de vez en cuando la mano al pecho y sentir la impotencia por haber perdido el colgante. Continuaba viendo a los pastores o campesinos que se afanaban en sus tareas, cuando por fin, llegamos a la orilla del río donde emergía una espesa y salvaje vegetación.

Luxor, como tal, había desaparecido.

Quizá sería la perspectiva de un engañoso espejismo, producido por el bochornoso calor que desprendía la arena de la orilla oeste de Luxor. Volví a repetirme una y otra vez ¿Qué está pasando aquí? Tuve la sensación de sentirme extranjero de mí mismo, de no reaccionar a los impulsos que nacían en algún recóndito lugar de mi cerebro, de estar viviendo una onírica visión a causa del incesante golpeteo que mis sienes recibían en cada paso que daba.

—Esto no es Luxor —deduje—, nos hemos equivocado, pero... ¿Y esos imponentes templos...?

El muchacho se soltó de mi mano y salió corriendo hacia una pequeña embarcación, pidiéndome que subiera a ella para ir a la otra orilla. No tenía fuerzas para negarme. El suave viento soplaba la vela de la barca que nos llevó hasta el otro lado. El joven tenía cierto dominio en la navegación, manejando con soltura las cuerdas y el timón. Empecé a sentir mareos y el cuerpo me ardía por llevar demasiado tiempo expuesto al sol. Eso fue lo que pensé. Jamás me había ocurrido algo parecido, ya que mi piel morena siempre había soportado los envites del sol con cierta estoicidad. Tenía ligeras nauseas, la visión se volvía borrosa y los parpados comenzaron a cerrarse en contra de mi voluntad. Luché por mantener los ojos abiertos.

No tardamos en llegar a un recatado edificio amurallado, con un gran dintel que estaba sujetado por seis columnas que precedían a una gran puerta. Los jeroglíficos tallados en cada columna llamaron mi atención de manera notable, y aunque no podía apreciarlos en toda su magnitud porque mi visión se hacía cada vez más borrosa,

deduje que eran recién esculpidos y que me hallaba en una de las nobles villas de la ciudad de Luxor.

—¿Dónde vais? ¡Aquí no se puede entrar! —articuló un joven muchacho de fibrosa constitución, apoyándose en una larga lanza y vestido simplemente con una falda que le llegaba hasta las rodillas, que junto con otro guardia, flanqueaban el acceso a la entrada— ¡largo, no os quiero volver a ver!

Esbocé una sonrisa, imaginándome a los propietarios de esa mansión haciendo vestir a la servidumbre tal y como lo hacían en el antiguo Egipto. Sin duda, les proporcionaba un ligero toque de distinción.

Mi joven acompañante los retó con la mirada sin pronunciar palabra, a la vez que sonreía. Se quitó el pañuelo que coloqué sobre su cabeza, el retazo en forma de capa que cubría sus hombros, y los guardias se separaron hacia las columnas, haciendo una reverencia y permitiéndonos entrar en un cuidado y bello jardín que se extendía por casi todo el recinto amurallado. Notaba que mi cuerpo cada vez pesaba más y la cabeza parecía que me iba a estallar. Apenas me sujetaba de pie.

—Tut, ¿Dónde has estado?

Una mujer sentada en el borde de un estanque se dirigió hacia nosotros, estrechando al muchacho entre sus brazos.

—Kiya, mi madre —puntualizó el joven muchacho, mirándome a los ojos—. ¡Madre! —cambió el inocente semblante, dirigiéndose a ella de forma más ansiosa—. Este hombre ha salvado mi vida de los colmillos de Seth. Tenías que haberlo visto.

El sonido de sus palabras y la visión del entorno donde me encontraba, empezaron a distorsionarse gradualmente como si todo fuera un sueño del cual no podía despertar, aferrándome a una realidad que se me estaba escapando de las manos. Todo me pesaba, hasta el aire que entraba a mis pulmones parecía solidificarse como el hormigón. Los parpados se convirtieron en pesadas losas, y la sequedad de mi boca había paralizado la lengua como si le hubieran inyectado un potente anestésico. De repente, el día se hizo noche y los sonidos se silenciaron a mi alrededor, cayendo en un letargo donde las fuerzas ya habían abandonado mi cuerpo.

—Ya basta, dejarle tranquilo —espetó Kiya, entrando en el dormitorio.

Vestida con una túnica blanca, encaminó sus pasos hacia mi cama con un grácil movimiento de caderas al andar. De alargado cuello, altos pómulos y mentón provocativo, su negra melena acariciaba un bello rostro de nariz fina, labios carnosos y ojos almendrados. Intentaba recordar donde había visto unas facciones similares, pero no estaba centrado. Mi retentiva revoloteaba sin poder controlar un huracán de pensamientos que tenía que apaciguar, pero no dejaba de mirarla, estudiando su rostro para que mi memoria asemejase las facciones de tan bella mujer. Se acercó y colocó una mano sobre mi frente.

—¿Qué tal estás? —Susurró.

Su voz aterciopelada y serena, aplacaba las dudas que se formaban involuntariamente en mi cabeza, haciendo que me sintiera cómodo y relajado. En ese momento era todo lo que necesitaba.

—Me encuentro mucho mejor, gracias ¿Dónde estoy? —Balbucí con los labios resecos, mirando indistintamente a mi alrededor.

La luz del sol se colaba tímidamente a través de las cortinas del amplio ventanal.

—Gracias. Has salvado la vida de mi hijo, arriesgando la tuya propia.

Cogiendo mis manos entre las suyas, advertí una lagrima recorriendo por su mejilla.

—No tiene importancia, pero... ¿Dónde estoy? —Insistí.

—Estás en Tebas, en el palacio real. Mi hijo Tut vendrá enseguida al saber que estás bien. Ahora está en su entrenamiento con el general Horemheb.

Me quedé con la mirada fija en un tamarindo del jardín que veía desde el amplio ventanal, como si estuviera viendo la sombra de un espíritu mofándose de mí. La hermosa mujer salió de la habitación, hablando en voz baja a una de las mujeres que estaba en el dintel de la puerta, dejándome en compañía de los fantasmas que pululaban en mis pensamientos.

Cerré los ojos.

—Tebas, Tut... Tut... ¿Tutankamón? —comencé a susurrar para escucharme sin que nadie más me oyera—. Kiya... su madre, y el

general de los ejércitos tebanos ¿Horemheb?

«No puede ser, es imposible».

Aún debía de estar bajo los efectos de la fiebre, sin embargo, recordé aquella pareja de campesinos en que la mujer desnuda nos sonreía al pasar, algo que podía ser factible en el antiguo Egipto pero no en el actual, o por lo menos del que venía. Había demasiadas cosas extrañas a mi alrededor: el majestuoso templo de Karnak, suponiendo que era un decorado, los guardias apostados en la entrada del palacio donde me encontraba, la falta de objetos en esa habitación que me indicase que pertenecían a mi época: tecnología, utensilios, decoración, etc. Todo era extraño, incluso la indumentaria de la escasa gente que había visto, pero sobre todo, cuando al mirar por el amplio ventanal no se veía la ciudad de Luxor, sino murallas que se extendían cerrando espaciosos jardines, y a lo lejos, pequeñas viviendas que parecían guardar una estructura bien organizada, arracimadas en torno a pequeñas plazas donde convergían las amplias calles principales.

Aquello, no era Luxor.

«Todo esto ¿es real?», pensé con extrema y descontrolada rapidez. Necesitaba encontrar una lógica a todo cuanto me rodeaba. La cabeza me iba a estallar. Tenía qué recurrir a algo para apaciguar la tempestad que no cesaba de chocar contra mis sienes. Quise recapitular todo lo acontecido desde que vi por primera vez a Tarik en las puertas del aeropuerto. No podía. La confusión era tan oscura que no me permitía ver nada con claridad. Respiré profundamente, una y otra vez. Abrí los ojos y continuaba allí, tumbado en la misma cama, en la misma habitación. Al hacerlo, las imágenes de mis recuerdos fueron cobrando nitidez: el amuleto, la capilla de Hathor, las proyecciones de Isis, Hathor y Horus, la luz, el largo túnel…

Por momentos llegué a pensar que todos los que había visto en la casa, pertenecían a esas extrañas vacaciones temáticas donde se podía emular a cualquier personaje de la historia por un buen pellizco de dinero. Había oído hablar de alguna empresa que se dedicaba a ello, pero tanta realidad era una ardua tarea para falsificar. Tuve que respirar hondo en más de una ocasión, y aceptar lo que mi mente me estaba mostrando desde hacía un buen rato.

Nada había sido un sueño.

Todo me había hecho retroceder en el tiempo, pero ¿cómo? Es imposible trasladarse a través del tiempo, o por lo menos jamás se había tenido constancia de ello. Si alguna vez se hubiera llegado a conseguir, tal evento nunca fue de dominio público. Una abertura en el espacio temporal; un mundo paralelo; un potente laser capaz de curvar la línea del tiempo ¿Qué demonios había ocurrido? Nunca lo supe ni me importó. Estaba allí, en esa época. Empecé a creer en algún recóndito lugar de mi cerebro que todo lo que estaba viendo era real, pero aún me debatía al pensar que era fruto de una alucinación por mi estado físico. La fiebre había desaparecido, pero aún soportaba un extraño malestar que me inducía a experimentar una vaga actividad cerebral. Envuelto en un sudor que perlaba todo mi cuerpo, una noche más fue suficiente para reaccionar a los impulsos que clamaban por salir de mi interior.

A la mañana siguiente, tardé unos segundos en asimilar dónde me encontraba, aun y todo, la realidad penetraba en mi mente como un espejismo que jugaba a su antojo. Con un marcado y necesitado esfuerzo, reaccioné.

Fue una ardua batalla.

Hut-hor, nombre que los antiguos egipcios daban al tercer mes de la estación de *Ajet*, la estación de la inundación. Por mi mente pasaron todos los sentimientos, intentando hallar alguno que se asemejara a la situación en la que me encontraba. Solo una palabra aparecía con nitidez, cargada de fuerza y haciéndome olvidar los subterfugios que hormigueaban por mi cabeza: «vívelo».

De momento no tenía vuelta atrás ni lo quería. Empecé a sonreír, posando la mirada en los ojos de Kiya que en ese momento entraba a la habitación.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó al sentarse en la cama.

—Fer..., Nafer, mi nombre es Nafer —agradecí en ese momento que Amer, con sus caprichos lingüísticos, me facilitara la labor de tener que pensar en un nombre del antiguo Egipto, ya que Fernando resultaría inusual y un tanto extraño.

—Come algo, te vendrá bien —comentó, acercándome una

bandeja repleta de frutas—. Ya he hecho llamar a Tut; se alegrará de saber que estás bien. Ha estado… —arrugó los labios, mirándome con una expresión de dolor —muy preocupado por tu salud.

No pasaron cinco minutos cuando, corriendo por la habitación y saltando sobre la cama, Tut me propinó un abrazo que me pilló de improviso. Mis brazos no abrigaban a un faraón que sería recordado miles de años después, sino a un joven y risueño muchachito que se preocupaba por mi estado, propinándome un abrazo con todas sus fuerzas.

—¡Te has curado! Las manos de mi madre portan la magia de Isis. Cuando estés recuperado del todo, iremos a bañarnos al estanque, a cazar con mi esposa, a luchar…

—Bueno, hijo, todo a su tiempo —anunció Kiya al ver que Tut estaba inquieto y nervioso.

Por la puerta entró una jovencita de unos catorce años, fibrosa a la vez que curvilínea y delicada en sus formas. Cobijaba su blanca dentadura tras una sonrisa contagiosa, radiante. A su lado, le acompañaba un hombre de unos treinta y pocos años, muy atlético, robusto, de cara ancha y cuello prominente, mediana estatura, tirando a alto. No tenía un ápice de grasa en su cuerpo. Tut les hizo una seña para que se acercaran a la cama.

—Ankhes, mi esposa; Horemheb, fiel mentor y mi segundo padre —anunció Tut bajo un tono más serio, sentado sobre la cama.

Ankhes me besó la majilla. Horemheb estudiaba mi rostro, psicoanalizándome a través de los rasgos. Cambiando su semblante, provocó una ligera sonrisa mientras colocó su fuerte y recia mano sobre mi hombro.

—Gracias en nombre de Egipto. Los amigos del faraón Tutankamón son mis amigos.

Lo notaba forzado, desconfiado. Pensé que entre su educación militar y la responsabilidad de velar por el faraón, lo lógico era que se sintiera receloso ante cualquier desconocido. Lo primero que pude apreciar, era que me hallaba ante una familia muy unida.

La magia existía, sí. La magia, el poder cósmico, la fuerza sobrenatural, los dioses, como se le quisiera llamar, pero existía. Ellos no hablaban mi idioma, yo hablaba el suyo. ¿Cómo era posible? Sabía que no era mi idioma aunque lo asimilaba como tal. Siempre me habían gustado las lenguas, pero esta sonaba con una

fonética fresca y alegre, incluso me hacía gracia al hablarlo, como si toda mi vida lo hubiera estado asimilando y ahora lo escuchaba por primera vez salir de mis labios. Me costó poco tiempo heredarlo, el suficiente para concebir que la magia existía, que no era cosa de supersticiones ni charlatanerías, sino que ahí, la única y maravillosa magia que permitía hacer visible lo invisible, vibraba latente en el aire que respiraba.

Tebas era el ave fénix de Egipto, estaba resurgiendo de sus cenizas, tanto política, social, como administrativamente. Años atrás, el faraón Akhenatón trasladó su reinado a la ciudad del sol, Ajetatón, convirtiéndola en la capital de todo el imperio egipcio.

Tutankamón, habiendo nacido en Tebas, pasó gran parte de su infancia en Ajetatón, pero siempre había sentido una gran predilección por su ciudad natal. Ahora estaba devolviendo todo su esplendor social a la que Homero denominó como la ciudad de las cien puertas, vestigio de sus antepasados, de la grandeza y riqueza de una capital que nunca había retrocedido, ni tan siquiera a los cien años que los hicsos invadieron Egipto. Fue Ahmosis, aun con la debilitada fuerza militar tebana y la ayuda del pueblo, quien los derrocó y expulsó de un país que no les pertenecía. El joven faraón Tutankamón supo restablecer el culto de Amón, devolviendo a los sacerdotes sus bienes y su poder, instaurando así la antigua religión por la que el pueblo se encontraba más cómodo: un dios para cada situación.

Recuerdo haber leído en más de una ocasión que el joven Tutankamón era de complexión débil, más bien enclenque, pero no era así. Poseía una constitución fibrosa, delgado, no muy musculoso, pero fuerte. A sus doce años, la altura era mediana, pero su porte lo ensalzaba de manera notable y visible. Sus avispados ojos negros despertaban la chispa de la pubertad, aun con las responsabilidades que su cargo conllevaba para administrar un país como Egipto. Casi siempre estaba alegre y le gustaba divertirse.

No solamente la reinstauración de la religión politeísta agradó a los sacerdotes, sino también al pueblo, que no tenían que esconder las estatuillas de los dioses a los que adoraban por miedo al arresto, incluso a la muerte. Tutankamón intentaba por todos los medios hacer que su pueblo se sintiera feliz de haber nacido en Egipto.

Cierto día le acompañé a las oficinas administrativas. Un largo

edificio de dos plantas, flanqueado por un jardín de árboles, cuya construcción adintelada con muros y pilares, mezclaba grandes bloques de piedra con ladrillos de adobe que le aportaba una robusta consistencia. La decoración se basaba en ornamentos simbólicos como el escarabajo sagrado, el disco solar, el buitre, así como frecuentes adornos de hojas de palma, papiro, y las hermosas flores de loto. Me enseñó a grandes rasgos la organización y control de los bienes, tanto del interior como del exterior. Al faraón se le consideraba Dios, por eso todo Egipto le pertenecía: las cosechas, tierras, el pueblo. Dirigía la vida económica, la producción agrícola, el comercio, la actividad artesanal, etc. Pero Tut, aún no tenía la suficiente garra para introducirse en la telaraña político-administrativa, y creyendo que su pueblo se sentía cómodo, delegó esta función al Divino Padre: el Gran Visir Ay.

—Gran faraón, honráis esta casa con vuestra gentil visita.

Un hombre de avanzada edad se acercaba hasta nosotros con los brazos abiertos. Ataviado con múltiples joyas, embutía su rechoncho cuerpo en una túnica que le llegaba hasta los pies. Con la cabeza afeitada y brillante por lo aceites, ensalzaba aún más el maquillaje pintado sobre sus ojos. Se postró ante el faraón.

—Muestra tu rostro, Gran Visir —ordenó Tut—. Quiero que conozcas a Nafer.

Cruzamos nuestra mirada con una sonrisa de cortesía y una leve inclinación de cabeza.

—Seas bienvenido a estas humildes instalaciones —anunció—. En ellas se consigue que este país sea próspero con la directriz de nuestro amado faraón.

El agradable y atento anfitrión nos mostró cómo los escribas hacían un minucioso trabajo al mando de los funcionarios que mostraban una gran destreza en el ámbito de la administración. Eran hábiles en operaciones matemáticas. Los imaginé tal y como estaban sentados en el suelo, con ordenadores portátiles sobre sus rodillas y tecleando la cantidad de trigo que tenían en sus silos o la mercancía que llegaba por el Nilo. Una ensoñadora sonrisa se mezcló con mis pensamientos al ver que desconocían por completo el estrés, limitándose a hacer un trabajo lento pero concienzudo.

—Nafer, sé que mi padre Akhenatón sumió a Egipto en una autentica decadencia territorial, debido a su pésima política exterior. Gobernando como un místico pacifista, logró que los más altos dignatarios perdieran todo su interés, dedicándose a llenar sus barrigas en las villas donde vivían y dejando que sus conocimientos murieran lentamente por falta de actividad. Les he dado funciones para despertar de la letanía en la que estaban sumidos. Recientemente he hecho reavivar el gran poderío militar del imperio ante el temible acoso de pueblos vecinos, logrando relajar la tensión que existía y haciendo que se estabilizaran las transacciones comerciales para darle al pueblo un futuro prometedor.

—Tut, haciendo todo lo que está en tus manos, y lo haces bien ¿Qué te preocupa? No puedes cargar en tu conciencia con los errores cometidos por tu antecesor —intenté animarle—, además tu padre veía la solución a los problemas de Egipto en su único Dios, Atón, pero creo que inconscientemente no se daba cuenta de lo que estaba pasando fuera de las murallas se su ciudad. Vivía por y para Atón; habría sido en excelente sacerdote. Tut, haz caso solamente a los consejos de los dignatarios más afines a tu conciencia, y a lo que te dicta tu corazón. Eres un excelente gobernante.

Apoyó lentamente su cabeza contra mi hombro, viendo cómo los lotos flotaban agrupados en un pequeño estanque. Se sentía orgulloso de lo que estaba haciendo por su país.

—Nafer, ¿por qué me resulta tan fácil hablar contigo sobre estos temas? No me recriminas, adornando las palabras para que me sienta menos acosado. Lo dices como lo piensas, y eso me agrada.

—Escúchame, Tut —se incorporó rápido, atento a mis palabras —, yo no tengo los mismos intereses que tienen tus mandatarios, por eso pienso de diferente manera. No veo a Egipto como un lugar donde se atesoran múltiples ganancias, lo veo como un hermoso lugar donde se vive en armonía. Ya de por sí, es un privilegio todo lo que tiene esta tierra, incluida sus gentes.

Kiya se acercó, sentándose a nuestro lado. No llegaría a los treinta años, pero por su semblanza y personalidad, mis ojos la veían más como una gran reina que como una princesa. Cada mañana, y tras un minucioso aseo, Kiya trazaba unas líneas alrededor de mis ojos. Utilizaba el *kohl*, un polvo negro extraído de

la galena. No solamente era un maquillaje estético, sino un protector de infecciones oculares, tal como la conjuntivitis. Pero lo que más me sorprendió fue su efecto «gafas de sol» al proteger de las reverberaciones solares, evitando que la potente luz de Egipto cerrara continuamente mis ojos.

Frente a una placa de bronce circular, brillante y perfectamente pulida como si fuera un espejo, sonreía imaginando a mis hermanas, viéndome con ese curioso maquillaje.

—Por cierto —exclamé—, quisiera ir a conocer todo el esplendor de Tebas y sus habitantes.

Me apetecía saber de sus costumbres, su forma de vida. Quería conocerles a ellos, al pueblo, sabiendo con certeza que era la mejor forma de saber cómo funciona un país. No es que me sintiera prisionero en palacio, ya que disfrutaba de cada pequeña eventualidad que ocurría a mi alrededor, sino que quería comprobar in situ todo aquello que se había editado gracias a la colaboración de arqueólogos y egiptólogos, y poder corroborar hasta qué punto tenían razón. Hasta el momento y con lo poco que conocía a mi alrededor, los escribas habían hecho una importante labor, ciñéndose a la realidad más estricta.

—Yo iré contigo, Nafer —sentenció Tut

—No sé si es lo más conveniente, eres el faraón —le dije—. No me perdonaría si te pasara cualquier eventualidad y...

Pareció no escuchar lo que le estaba diciendo.

—Nafer, Iremos vestidos como la gente del pueblo —propuso—. Yo también tengo ganas de vivir algo diferente, fuera del protocolo. Necesito ver con los ojos de un sencillo campesino lo que no puedo hacer con los de un faraón. Quiero mezclarme entre la gente y saber de qué se habla, qué opinan, cómo se vive, y no subido en el carro, sin escuchar un murmullo ni ver sus rostros mientras me abren paso, mirando hacia el suelo. Quiero vivir y sentir por unas horas lo que ellos viven y sienten.

Kiya alzó las cejas, cerrando los ojos, sabiendo que en su decisión poco podía decir al respecto, salvo esperar su regreso.

Los ciudadanos vivían sin prejuicios, sin complejos. Se les veía pasear ataviados con túnicas o semidesnudos, tanto hombres como mujeres. Unos con la cabeza rasurada, otros con pelucas, otros con su pelo natural; la gran mayoría descalzos. Otros portaban finas sandalias que engalanaban con pequeñas decoraciones de plantas o animales. Pobres, comunes o pudientes, llenaban las calles y plazas, intercambiando sus ideas y pensamientos. Las residencias de los privilegiados estaban en barrios lujosos. Separados por muros, la sencilla construcción de las casas de los humildes estaba fabricadas con paredes de adobe. Mientras los ricos presumían, pavoneándose de sus onerosas mansiones, los pobres disfrutaban con más ahínco de las suyas.

Sentados a la sombra de un sicomoro, Tut manifestaba interés por su pueblo desde el punto de vista humano.

—Tut, casi todas estas personas que cruzan delante de nosotros son campesinos, y gracias a su indispensable mano de obra se engrandece el esplendor de Egipto. Son simples campesinos, pero como tú sabes, sin ellos la fértil tierra con los dones del Nilo, perdería todo su valor. Gracias a su mano de obra y a tu administración, Egipto es lo que es: un próspero y hermoso país donde hasta sus enemigos quieren vivir en él.

—Gracias también a los dioses —puntualizó.

—Oh sí, lo dada por hecho —llevaba poco tiempo y aún no me acostumbraba a involucrar a los dioses en cualquier conversación, por somera e insignificante que esta fuera.

Asentía a la vez que miraba a la gente, afanada en sus quehaceres.

—Nafer... me gusta cómo piensas —puntualizó—. Quisiera proponerte el rango de consejero del faraón.

—Sería un gran orgullo, pero no —antes de continuar, esperé su reacción, pero apenas se inmutó con mi decisión—. Prefiero estar al margen de la burocracia. No me gustaría ser un dignatario y echar barriga como alguno que conozco —nos provocó una ligera risa—, solo quiero ser tú amigo, estar así, como hasta ahora. De hecho tendría que dejar de llamarte Tut para mencionarte como mi gran faraón, mi magnánimo faraón o vuestra majestad, y eso, no me gusta. Prefiero Tut.

Comenzó a acariciar la hierba bajo el sicomoro, con las dos

manos. Me miró y observé que no le habían dolido mis palabras.

—Cualquier escriba o funcionario, daría la mitad de su vida por lo que te acabo de ofrecer, sin embargo tú...

—No te ofendas —maticé—. Sé que es un privilegio, pero...

La mayoría de la gente pasaba sin percatarse de nuestra presencia bajo el árbol, el que lo hacía, saludaba con gesto de cabeza o alzaba la mano mientras continuaba su camino. Tut correspondía a todos con una sonrisa.

—No, no me ofendo —entrecerró un ojo—. Sabía que eras diferente, pero de eso ya hablaremos.

No quería inmiscuirme en la vida política de Egipto, y menos en tomar decisiones que pudieran influir de alguna manera lo que en su día se vivió y que yo conocía. Por gracia divina o lo que fuera, estaba ahí. Tenía que permanecer al margen, aun sabiendo que no me resultaría fácil, pero mi nombre no debía figurar en ningún lugar. La historia tenía que seguir su curso sin dejar huella de mi presencia. No sabía si algún día volvería a mi época, lo que sí quería, era pasar desapercibido en la que me encontraba.

Fuimos al gran mercado situado en la zona oeste de Tebas, muy cerca del Nilo, donde llegaban pequeñas embarcaciones con diferentes mercancías para abastecer la ciudad. Los tenderetes, bien distribuidos, estaban llenos de vasijas de cerámica y grandes cestos fabricados con plantas de papiro, portando la mercancía que mejor se les daba obtener: unos, diversas frutas y verduras o cereales y dátiles, otros, aves que capturaban en las márgenes del río o diferentes presas de caza. Por otra zona se arracimaban los puestos de vasijas, metal, abalorios, pan, cerveza, aceite de lino, etc. Se podía encontrar una gran cantidad de productos, que un alto funcionario controlaba para que el valor de los intercambios fuera el adecuado a la calidad del género. Para ello había diversos oficiales, todos entrenados con el único propósito de velar por el orden, pero los allí presentes, los que se acercaban para comprar la mercancía, sabían perfectamente cuál era el costo de cada producto. El trueque estaba mejor controlado que si se hubiera hecho el pago con moneda.

La tercera vez que salimos del palacio, de incógnito, fuimos a la zona de los artesanos donde trabajaban diversos materiales como piedra, bronce, madera, orfebrería fina etc. Tut mostró cierto

interés por los oficios artesanales. Ya de vuelta a palacio, no cesaba de hablar con orgullo de todos aquellos a los que había visto trabajar, según él, bajo la influencia divina para obtener unos resultados tan sorprendentes como los que había comprobado. No quise sacarle de su ensoñación para decirle que todo eso se obtenía con tesón, y los muchos años de práctica que seguramente más de uno llevaría sobre su espalda.

El sol ya cansado, se retiraba tras el horizonte, dejando agradables sombras en las calles y terrazas de Tebas. Se escuchaba música de arpas, flautas, tambores, acompañado de gente bailando, disfrutando algún acontecimiento o sin más, relajándose de un día duro de trabajo. El egipcio sabía divertirse.

Aún estábamos en la zona de los artesanos cuando sentí la negativa presencia de cuatro hombres que según parecía, nos venían siguiendo desde que penetramos en la arteria principal. No le di la suficiente importancia por falta de familiaridad con el entorno y las costumbres, pero no me daban buena espina. Provoqué diferentes ritmos de paso, incluso deteniéndonos en algún que otro tenderete donde vendían fruta. De soslayo, me cerciore de que no venían con buenas intenciones, ya que intentaban esconder armas entre sus túnicas, aunque en el intento de disimular había mucha carencia de práctica.

Al cabo de un rato los sentí cerca. Quizá demasiado cerca pero ya era tarde. Metiéndonos a punta de lanza y espada, nos acorralaron en un estrecho callejón. Hacia la mitad de este, se abría una pequeña plazoleta cuadrada. Aferré al joven Tut contra mí mientras nos llevaban unos metros calle abajo. No les quité ojo a ninguno de los cuatro. Les miraba de soslayo por si alguno tenía la intención de atacar por la espalda, evitando que pudieran dañar a Tut.

—Quietos ahí.

Al darme la vuelta, los vi nerviosos, mirando hacia todas las partes. No era buena idea hacerme el fuerte, pero lo tenía que intentar.

—¿Qué es lo queréis? —exclamé, haciéndoles frente mientras colocaba a Tut tras de mí.

Uno de ellos alzó los brazos, colocándose por delante de los otros.

—¡Ja, ja, ja! Mirar al leopardo indefenso. Está muerto de miedo y aún tiene arrojo para enfrentarse contra nosotros.

El resto se unió al unísono a las carcajadas del portavoz. Eran de mediana estatura. Dos de ellos resaltaban las grandes comilonas en sus sendas barrigas, mientras que los otros dos poseían un fibroso cuerpo y parecían ágiles. Detrás de nuestros atacantes se abrió la puerta de una casa por la cual asomaba el rostro de una mujer y un hombre. Con señas, la mujer me indicaba que intentara despistarlos para poder coger a Tut y ponerlo a salvo.

—¿Qué queréis? Volví a preguntar.

—Contigo nada, solo queremos al muchacho que te acompaña. Si no muestras resistencia, ninguno de los dos saldrá herido.

Me agaché sin perder de vista a los adversarios con la intención de darle instrucciones a Tut, para que a una cierta señal, saliera corriendo en dirección a la casa. No los vi con muchas luces como para negociar por Tut ante las altas esferas.

«¿Quién está detrás de estos maleantes? ¿Quién es el artífice de este asalto?».

Alguien con la mente perversa y ganas de enriquecerse, se habría percatado que era el faraón, y aprovechando la falta de guardia, intentaría raptarlo para pedir un rescate. Era una opción. Existía también la posibilidad de suponer que detrás de todo se escondía una posible trama política. De todas las maneras no me parecía un tema relacionado con las altas esferas, puesto que los sicarios más bien parecían pobres aprendices, que aguerridos soldados de elite, capaces de tratar un tema como ese en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, nos entregas al muchacho y sales corriendo, o no respondo de lo que aquí pueda ocurrir —amenazó el que llevaba la voz cantante.

Con la punta de la lanza rozándome los abdominales, estudié el terreno por el que, una vez lograra despistar a los cuatro, poder hacer un hueco para que Tut escapara sin que ninguno pudiera reaccionar.

Con una habilidad física que poseo desde pequeño, logré poner los ojos en blanco, bien abiertos. Me quedé paralizado como una estatua, levanté la cabeza, alcé los brazos y grité con voz potente:

—¡Amón!, dios de Tebas y rey de dioses, haz que sienta tu

omnipotente presencia...

Expresaba lo primero que me venía a la cabeza, con el único propósito de descentrarlos en su cometido. Bajé los ojos y vi a los cuatro con la cabeza en alto, mirando hacia el cielo con cierto temor. Aproveché para dar un ligero toque con la rodilla a Tut, que salió raudo hacia la puerta donde le había indicado. Solamente uno se percató del rápido movimiento de Tut, pero no hizo ademán de detenerlo, ni tan siquiera se giró para ver hacia donde se dirigía. Con la ventaja que tenía ante la absorta situación, desarme sin ninguna dificultad a los dos lanceros, colocándome las lanzas debajo de los brazos para hacer mayor palanca.

Entre golpe y golpe me dediqué a desarmar a los dos portadores de las espadas, sin darles tiempo a que se acercaran lo suficiente como para poder sentir el vil metal en mi piel. El de la voz cantante se abalanzó hacia mí al ver que estaba ocupado con los otros dos. Le propiné tal patada en el estomago que cayó al suelo, retorciéndose de dolor. Los otros, salieron despavoridos como alma que lleva al diablo. No eran unos adversarios difíciles, ni tan siquiera se les veía con experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Eran unos pobres desgraciados que solo pretendían ganar algún mísero beneficio.

Me arrodillé junto al desgraciado maleante que había derribado sin hacer mucho esfuerzo. El propietario de la casa que acogió a Tut, salió por la puerta, viendo que ya no corría peligro. Tenía intención de acercarse hasta donde me encontraba, pero le hice un ademán para que regresara a su casa. No quería verlo implicado con esta gentuza, ya que podría llegar a tener problemas al ver que habían ayudado a proteger a Tut.

—Cuéntame —le incriminé con una sarcástica sonrisa en los labios—, ¿por qué queríais llevaros al muchacho?

—No le queríamos hacer daño. Por todos los dioses que te digo toda la verdad.

El rechoncho personaje hablaba con palabras entrecortadas. Era un simple aficionado, cargado de un miedo casi palpable.

—Aún no me has contestado —le grité.

Agachaba la cabeza cada vez que le hablaba.

—Un hombre nos dijo que os siguiéramos. Cuando tendríamos ocasión y sin levantar sospechas, teníamos que capturar al

muchacho. Nos pagaría bien.

—Acompáñame —insistí—, quiero saber quién es.

Cogí una espada del suelo y coloqué la punta a la altura de sus riñones.

—Imposible —aseguró—. Mis hombres lo habrán alertado y seguro que se ha marchado.

—Entonces quiero saber quién era.

Empecé a cabrearme para amedrentarlo, haciendo algo más de presión con la espada y sintiera que su vida corría peligro.

—No lo conozco, te digo la verdad. Era un hombre bien vestido, alto, pero no como tú. Era delgado, con la cabeza afeitada —se quedó callado, aunque tenía la certeza de que sabía algo más. Presioné la espada, haciendo temblar mi mano en la empuñadura—. ¡Ah! y una cicatriz con forma de media luna en el costado izquierdo. Perdóname, te lo suplico.

Levanté la espada en un último intento por sonsacarle todo lo que sabía.

—¡No, no sé nada más! Por todos los dioses que no sé nada de todo esto. Tengo cuatro hijos que...

—Eres peor que el estiércol de las vacas —reí desaforadamente con su absurda escusa—. Si tuvieras hijos, ahora estarías dándoles una buena educación. ¡Largo de aquí y no quiero verte jamás, o sabrás lo que es verme de mal humor!

Le dejé ir. Sabía que no le iba a sacar nada más. A paso ligero, anduvo por la calle hasta casi perderlo de vista, lo suficiente como para que no me viera llamar a la puerta de la pareja que nos había ayudado. Tut estaba jugando con un muchacho de su edad, llamado Poeri. Junto a ellos, dos niñas algo más pequeñas se reían mientras jugaban con unas figurillas de madera. Se le veía contento, alegre, como si no hubiera pasado nada. Al verme se abalanzó rápido, abrazándome por la cintura. Así permaneció unos segundos.

Jehuty, el cabeza de familia, y Mesamún, su esposa, estaban preocupados, pero al verme que no tenía heridas se relajaron, exhalando en un suspiro el aire contenido en sus pulmones. La vivienda era realmente acogedora. De la calle se entraba descendiendo tres escalones, dando paso a un pequeño vestíbulo con un altar dedicado a la diosa *Heqet*, diosa de la fertilidad y la regeneración. Tras llegar a una sala más grande donde se pasaba la

mayor parte del tiempo, se veía un sencillo mobiliario y unos decorados en pintura que representaban a los dioses *Bes* y *Tueris*, dioses protectores del hogar y de sus moradores. De la misma sala se accedía a dos pequeñas habitaciones y un pasillo que terminaba en las escaleras que ascendían a una terraza. La cocina, con una bodega subterránea de unos dos metros de profundidad, que se utilizaba para conservar los alimentos, era el lugar donde se pasaba la mayor parte de día. Mesamún mantenía la casa perfectamente limpia, con un exquisito gusto en la decoración de todo el conjunto.

—Dime, extranjero ¿Qué es lo que querían? —preguntó Jehuty.

—Solo robarnos, pero les ha salido mal —puntualicé, quitándole importancia al asunto—. Gracias por habernos ayudado. Por cierto, me llamo Nafer, y mi hermano pequeño, Tut.

—No se hable más del asunto —manifestó Mesamún—, sabiendo que estáis bien os quedareis a cenar con nosotros.

Tut y yo mostramos unas palabras de gratitud al ver que gente tan sencilla, teniendo lo justo para ellos, compartían sus escasas viandas con dos desconocidos. Por supuesto, no sabían que Tut era el faraón, ya que nunca lo habían visto tan cerca. Compartimos con ellos unos excelentes tallos dulces de papiro, raíces, gachas y unas tortas de pan. Con una cerveza endulzada con miel, disfruté de una instructiva y relajante conversación, sentados sobre unas esterillas fabricadas con hojas de palmera. Tut escuchaba las ansias y planes de un Poeri que se acercaba a la edad adulta.

Jehuty y Mesamún parecían emitir buenas vibraciones a mi alrededor. Al despedirnos, sentí que volveríamos a vernos.

Solo ante el estanque, jugando con una flor de loto y viendo a la luna bailar entre las ondas del agua, susurré la palabra Isis en más de una ocasión, esperando concentrarme en la diosa de la vida. Me di cuenta en ese preciso momento que no había hecho semejante viaje para disfrutar de los anhelos de toda una vida, viviendo la realidad de los sueños protagonistas desde mi niñez, sino que tenía un cometido: proteger a Tut.

El aire fresco de la noche entró en mis pulmones, hinchándolos

de gozo y satisfacción al pensar en el propósito que el viaje en el tiempo y mi futuro habían deparado. En esa mágica noche, escuché un suave sollozo tras de mí. Ladeando la cabeza, vi cómo Ankhes se acercaba, fundiéndose en un abrazo que me pilló desprevenido. Sus húmedas y suaves mejillas en un delicado contacto con las mías, me hicieron sentir una persona afortunada, regodeándome con el calor humano que desprendía la reina de Egipto.

—¡Ankhes! ¿Qué te ocurre?

—Mi amor por Tut es tan grande que no podría vivir sin él —gimió la jovencita de apenas quince años, que ya era toda una mujer—. Nos ha relatado lo ocurrido en la ciudad y...

—No te preocupes por eso, mi querida Ankhes. Eran unos vagos de mala muerte que no tenían nada mejor que hacer. No te lo pierdas, Tut se impuso de tal manera que solo con su mirada, salieron despavoridos uno por cada zona de Tebas.

Una jocosa risa hizo que Ankhes y yo nos giráramos.

—Eso y algún que otro mandoble ¿No es así? —exclamó Kiya, plantándome un sonoro beso en la mejilla.

Me gustaban los besos y abrazos, una palmada en la espalda, una caricia en el brazo. Se tendía al contacto humano como expresión de sentimientos con más frecuencia de lo que yo estaba acostumbrado.

A los pocos minutos llegó Tut, y detrás, Horemheb, con una ceñuda mirada que revelaba un estado de insatisfacción. Pensé que sería debido a la tensión acumulada en los entrenamientos militares. ¿O tal vez no? Como general del ejército egipcio y responsable en la protección de la familia real, intuía que Tut se exponía a un atentado por mi culpa.

No podía decirle que por mi viaje en el tiempo y conociendo los acontecimientos, eso de momento no ocurriría. ¿O tal vez si? Quedé pensativo, intentando ver si era coherente que mi presencia pudiera cambiar el transcurso de la historia en la decimoctava dinastía del antiguo Egipto. Tal vez por algún percance que, consciente o inconscientemente, llegara a estar implicado notablemente, pudiera forzar el rumbo en un giro brusco y con ello el futuro de una época que ya estaba escrita.

Pero ¿Quién me decía que no se podía volver a escribir?

Desvanecí todos mis pensamientos cuando Tut anunció que, en

cinco días, zarparíamos hacia la ciudad de Ajetatón. Me fascinó la idea de emprender el viaje hacia la ciudad del sol.

Al día siguiente, Tut me propuso asistir a una reunión que tenia con Pentu, visir del alto Egipto, Usermontu, visir del bajo Egipto y Nakhtmin, jefe militar.

Sentado en una esquina de la gran sala de reuniones, advertí el recelo que los tres dignatarios sentían hacia mí. Miradas de desaprobación dirigidas entre sí, y algún que otro sarcasmo en susurradas voces, era suficiente para saber que no se fiaban de un extranjero que había calado de forma repentina en la vida del faraón. Comprendí su animadversión. Los visires proponían sus ideales para el futuro cambio de la nación, intentando subir los impuestos para nuevas construcciones y fomentar el comercio exterior. Nakhtmin, vestido con un faldellín y unos brazaletes en muñecas y bíceps, me miraba repetidamente de soslayo sin atreverse a hacerlo de frente. Apenas hablaba y cuando lo hacía, impropio de un jefe militar, susurraba casi imperceptibles palabras, evitando que yo las pudiera escuchar. El alto y fibroso guerrero, acostumbrado a las tretas políticas, no se fiaba de nadie, solo del que previamente había recabado todo tipo de información para saber con quién se medía. Hacía simulados gestos al faraón para demostrar su descontento con mi presencia, pero este hacía caso omiso al respecto.

Casi se me saltó la risa por lo absurdo de la situación con el jefe militar, cuando Tut se acerco y tomándome del brazo, nos dispusimos a salir de la sala, dando por concluida la reunión. Tut era tajante, magnánimo. Tenía las ideas claras en cuanto a la organización de Egipto, y sin ninguna duda sabía imponerse en las decisiones que concernían al país. No permitió que se subieran los impuestos, ya que Maya, su tesorero real, le tenía diariamente al corriente de las reservas alimenticias que se conservaban en los almacenes repartidos por todo Egipto, y en esas fechas había más que suficiente como para abastecer las necesidades del pueblo.

Ya en el exterior perseguí con la mirada a Nakhtmin que, distanciado de los visires, aceleró el paso hasta detenerse junto a un hombre. Un oficial del ejército perfectamente ataviado que, con aspavientos desmesurados, se expresaba ante su jefe sin ningún pudor ni respeto a la gradación. Viendo que los estaba observando,

el oficial agarró del brazo a Nakhtmin como si se tratara de un subordinado y lo sacó de los jardines hasta que los perdí de vista.

«¿Quién será?».

Sentí cierta curiosidad por ese personaje, pero Kiya logró disuadir mis pensamientos.

—Nafer, tengo un cometido para ti —propuso sentada sobre la hierba del jardín, extendiendo una mano para que le ayudara a ponerse en pie.

Nos encaminamos al exterior del palacio, cruzando por delante de los establos hasta un inmenso almacén donde guardaban alimentos, utensilios, telas, etc. Todo estaba bien ordenado en estanterías y armarios fabricados con fina madera de acacia. En una esquina, sobre una alfombra de hojas de palma, señaló cinco sacos de cereal, dos cestas grandes con carne y pescado seco, dos ánforas de aceite, canastillas con fruta y telas de algodón y de lino blanco.

—Quiero que me hagas un favor —continuó con expresión alegre y graciosa. Se le notaba un brillo especial en los ojos, un brillo que denotaba satisfacción en cada gesto—. Entrega personalmente a Jehuty y Mesamún estos obsequios. En comparación con lo que ellos han hecho, solo es un pequeño presente con el que quiero agradecer el desinteresado empeño por ayudar a Tut ante aquella situación. Y a ti...

—Que Isis os proteja —le deseé a Jehuty en el momento que abrió la puerta.

Empezaba a acostumbrarme a los saludos y despedidas, casi todos relacionados con la protección de los dioses.

—Os traigo un pequeño obsequio —anuncié mientras su hija pequeña salía por la puerta para jugar con los asnos.

—¿Pequeño obsequio? —Objetó Mesamún, llevándose las manos a sus mejillas.

Jehuty pasó de una afable sonrisa un tanto confusa, a un semblante serio con cierta prestancia de orgullo en su porte. Parecía confundido.

—No lo puedo aceptar —sentenció—. No somos merecedores de

tan gran regalo. Lo siento Nafer, pero no entiendo…

Era honrado y como tal orgulloso. Todo lo que Kiya había preparado para ellos como compensación por proteger a su hijo, les costaba mucho trabajo ganárselo. No comprendían el por qué de tan desmesurado presente. Los ojos vidriosos de Mesamún escondían la ansiosa mirada de una madre que solo pensaba en dar una sorpresa a sus hijos, organizándoles un pequeño festín y asegurando manutención para unos cuántos días. No dijo nada, se limitó a acatar la decisión de su marido con cierto resentimiento, mientras con un latente estado ansioso se mordía el labio inferior.

—Bueno, como prefieras —le corté—. Ahí se va a quedar, yo no me lo voy a volver a llevar. ¡Con lo que cuesta a veces arrastrar a los asnos!

—¿Por qué…?

Jehuty necesitaba una explicación ante lo que veía a lomos de los asnos, pero le interrumpí.

—No os sintáis con ninguna obligación de aceptarlo, pero escucharme, y esto que quede solamente entre nosotros. Kiya, la madre de Tut, el muchacho que protegisteis, se vería ofendida si no lo aceptarais.

—Pero Nafer, nosotros…

—Calla y escucha, por favor —continué en voz baja para que nadie más pudiera escuchar—. El muchacho que es como si fuera mi hermano pequeño, no es otro que Tut… Tutankamón, el faraón de Egipto —pusieron cara de extrañeza, creyéndose que eran testigos de una broma—. Vosotros, sin saberlo, habéis sido participes de evitar según mi parecer, una posible trama política, tal vez con graves consecuencias.

Al ver la seriedad de mis palabras, cambiaron su semblante.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Mesamún, afligida—, que Amón proteja eternamente a nuestro amado faraón.

—Fuisteis vosotros quien lo hicisteis, y por eso Kiya os quiere entregar este presente a modo de agradecimiento. Tú lo comprenderás, Mesamún. También eres madre, y si alguien evitaría que pudieran hacer daño a cualquiera de tus hijos…

—No merecemos… —terció ella sin poder continuar.

Bajó la cabeza y comenzó a llorar. La pequeña dejó de jugar con los asnos y se ciñó a la cintura de su madre sin saber por qué estaba

llorando. «Pobre hijo» expresaba, refiriéndose a Tut. Las lágrimas no se debían a que su marido no aceptase el regalo de Kiya, sino al pensar lo qué le podría haberle pasado al joven faraón.

Jehuty, sin mediar palabra, se acercó ante la pequeña capilla. Haciendo una genuflexión con las manos juntas en alto, lloró en silencio. Mesamún abrazaba a la pequeña niña que comía gustosamente un dátil. Accedió, y dando gracias a los dioses, aceptó la ofrenda de Kiya. En la pequeña plaza no había nadie más excepto nosotros, descargamos la pesada carga de los asnos y entramos en la casa. Charlamos un poco de esto y otro poco de aquello, sumergiéndome por completo en las vivencias de esa humilde y noble familia. Adoraban al faraón por ser el ídolo viviente del dios Horus, por velar ante los dioses la protección de su pueblo, pero ahora que lo habían conocido en persona y tratado como tal, en una circunstancia ajena a todo lo relacionado con la realeza y el respeto que ello conllevaba, lo amaban.

Poeri estudiaba en una escuela de enseñanza elemental, aledaña al templo. Aprendía comportamiento, el arte de contar y caligrafía. Se podía apreciar en cada rincón de esa casa, lo orgullosos que estaban de su hijo. Era listo, y su gran pasión era llegar a ser escriba. Sobre una lasca de piedra caliza o algún que otro fragmento de vasija de terracota, borrados una y otra vez para volver a utilizarlos, Poeri practicaba con tesón un grabado tras otro de jeroglíficos hasta perfeccionar y dominar cada carácter, incluso a altas horas de la noche yacía sobre el camastro en posición de escriba para memorizar y plasmar cada trazo que había aprendido ese día. No tardaría mucho en convertirse en un buen escriba.

Tras la tertulia les preparé para mi próxima visita.

—Tengo que irme por una temporada a la ciudad de Ajetatón con la familia real —anuncié en voz baja—, pero... nos volveremos a ver —supe ese día que había encontrado un buen aliado para mi propósito—. Puede que necesite de tu ayuda, mi querido Jehuty.

Patriótico y feliz hasta la medula, cogió la mano de Mesamún y asintió. En sus ademanes aprecié el orgullo de la noticia que acababa de recibir: haber tenido al mismísimo faraón en su hogar y tratarlo como si fuera cualquiera de los amigos de su hijo Poeri. Sus ojos empezaron a adquirir un tono vidrioso, un tono que denotaba responsabilidad, fuerza, y emoción. No ocultó el rostro ni sintió

vergüenza, todo lo contrario, se irguió con toda su entereza.

VI

Conforme más conocía a Tut, más me sorprendía. Mezclaba la inocencia y el encanto de la pubertad, con un saber estar y majestuosidad fuera de lo común en un muchacho de su edad. Trataba temas de estado con total naturalidad, a la vez que los fraccionaba de tal manera que me resultaba difícil comprenderlo. Sin tan siquiera esforzarse, iba ligando cada tema hasta agrupar todos en uno, buscando la lógica racional a cada problema. Con gran destreza, barajaba dos o tres hipótesis para dar con la mejor solución. Era un gran estratega y gobernante.

Durante buena parte del trayecto, Kiya dejó abrir su corazón. Me expresaba parte de sus emociones, sentimientos y secretos. Hablaba con soltura y sinceridad, abriendo el rincón de sus secretos y compartiéndolos conmigo. Fue un privilegio estar sentado a su lado, escuchando cómo sus palabras se mezclaban con la brisa del Nilo que aleteaba sus cabellos y el suave vaivén de la barca real. Poseía la gracia de saber transmitir con sutileza y pasión. A sus trece años, recuerda que iba caminando perdida por la orilla oeste del río.

Era una aciaga y calurosa tarde donde los mosquitos invadían los cañaverales en el silencio de una abrumadora soledad. El temor la paralizó cuando, tras la maleza, apareció un hombre que apenas vestía un raído taparrabos, riéndose a carcajadas y palmeándose la pierna mientras la señalaba con el dedo. Intentó salir corriendo en la dirección equivocada, dándose de bruces con otro hombre que

también se reía, extendiendo los brazos con gestos burlones. Por un momento se sintió perdida, atenazada en una encrucijada que activó un miedo que jamás había experimentado. Los dos hombres, que parecían estar bajo los efectos del alcohol, fueron cerrándole las escasas posibilidades para emprender una huida. Se fueron acercando, sigilosos, mirando a todos los lados para evitar ser descubiertos en su hazaña. Uno de ellos Intentó abusar de ella, el otro, se tropezó y cayó a sus pies, sujetándola mientras su compañero intentaba desnudarla, pero a su corta edad, logró zafarse de ellos con uñas y dientes, llevándose unas cuantas magulladuras por todo el cuerpo. Extenuada anta la batalla que acababa de librar y, sin saber cómo salió indemne, cayó de rodillas en la blanda tierra del Nilo. Perdió por completo el conocimiento.

—Al despertar-memoró con la vista perdida en el horizonte—, sentí el aroma de la vida y vi el hermoso bello rostro de mujer, que con un paño de lino mojado en agua, lavó mis facciones ennegrecidas por el lodo—. ¡Una Diosa, Nafer, me pareció una Diosa!

Kiya, con una emoción en cada palabra, me hizo sentir sus recuerdos como si estuviera ahí mismo, viendo cómo una mujer lavaba sus mejillas y acariciaba sus cabellos. Esa bella mujer no era otra que la reina Nefertiti, gran esposa del faraón Akhenatón. Cuando la vio desfallecer, fue a socorrerla mientras paseaba con su barca por el Nilo, pasión que gustaba practicar cada vez que el tiempo libre se lo permitía. Aun a reprimendas del faraón, y en momentos de tensión política, la reina lograba escabullirse para sentir el desliz del agua bajo su barca, llegando a experimentar una inusitada libertad en medio del caudaloso Nilo, siempre acompañada por el susurrante canto de las aves que trinaban desde las orillas.

Viendo a Kiya desamparada, le ofreció residir en el harén de palacio. También le brindó la posibilidad de iniciarse como sacerdotisa de la diosa Isis, pero aun siendo un orgullo, no había nacido para entregar su vida al culto. No le apremiaba la idea de alimentar el ego de los dioses con sus plegarias y la clausura en sus templos. El faraón Akhenatón, prendido por la belleza de Kiya, la eligió entre todo el harén para ser la madre del futuro faraón de Egipto, ya que la gran reina Nefertiti le había dado seis hijas y él

necesitaba un barón de sangre real. En el papel de segunda esposa, la hizo merecedora del título de *Favorita del Rey* o *Amada de Akhenatón*.

El faraón le obligó a ocupar un cargo oficial como sacerdotisa del templo de Atón, pero pasaba más tiempo con la reina Nefertiti, a la que consideraba como una madre, que preparando a las iniciadas, encerrada entre cuatro paredes que absorbían sus ganas de vivir. Pocas opciones le quedaban, mientras los recuerdos de su vida se sumergían entre tinieblas.

Nerviosa y confusa, con apenas quince años, decidió someterse a la voluntad de Akhenatón, dejándose seducir por un hombre que no la veía como una mujer, sino como la bella portadora de la semilla que tendría que engendrar al próximo faraón de Egipto, continuando con su política y vanagloriando al dios Atón.

Pero… para cuando Akhenatón la poseyó, Kiya ya estaba embarazada.

Quedaba claro que el padre de Tut no era Akhenatón. Esto esclarecía parte de las hipótesis que los arqueólogos habían tenido sobre la paternidad de Tutankamón. ¿Quién sería en realidad su padre? ¿Por qué nunca se ha sabido con certeza? No me atreví a preguntárselo ya que, su sinceridad fue tal, que hubiera sido por mi parte una falta de cortesía y un abuso de confianza. Aunque estaba deseoso de saberlo, no me hubiera perdonado el intentar sonsacarle unos sentimientos tan profundos que solo ella, y me imaginaba el verdadero padre, sabrían.

Tut pasaba las horas jugando al *Senet*, un juego muy parecido al Backgammon actual. Con la ayuda del azar, se conseguía crear estrategias cuyo objetivo era avanzar por el tablero, pasando y bloqueando al adversario hasta alcanzar que todas las fichas propias lograran salir del casillero.

Mi joven y aguerrido contrincante ponía verdadero ímpetu, instruyéndome en la destreza de las figurillas sobre el tablero. Yo veía el juego como un pasatiempo. Él aportaba vida en cada jugada, en cada instante que precisaba para memorizar cualquier pequeño

fallo que hubiera cometido anteriormente y utilizarlo para seguir avanzando hacia el éxito de la partida. Con los dedos sobre el borde del tablero, como si estuviera tocando un piano, organizaba los movimientos con una pícara sonrisilla cada vez que veía una posibilidad de adelantar casillas, haciéndome retroceder mientras ensanchaba la comisura de sus labios y se palmeaba los muslos en un rítmico golpeteo. Luego levantaba las manos y chasqueaba los dedos.

A la suave luz de la luna menguante, tras la cortina del habitáculo, Tut y Ankhes exploraban los placeres del sexo, plasmando y conociendo cada milímetro de sus juveniles y tensos cuerpos. La pasión de sus miradas, mezclada con la inocencia de sus movimientos, jugaba un tierno papel en los monarcas de un Egipto que los adoraba como a los propios dioses.

Estaban profundamente enamorados.

Desembarcamos en el puerto central. Allí latía el corazón de la ciudad con una estructurada organización diplomática, religiosa y administrativa, residiendo en ella la nueva capitalidad de las Dos Tierras. Mi vista no alcanzaba a ver toda la ciudad por la grandeza de los terrenos edificados que abarcaba en su totalidad. La comitiva de recepción, donde no faltó ningún mandatario ni sacerdote, junto con 15000 ó 20000 habitantes de la ciudad, se arracimaron a lo largo de la amplia avenida. Todos clamaban al unísono la presencia de la pareja real que, ataviados para la ocasión, aparecieron detrás de los dos enormes pilonos que franqueaban la entrada de la ciudad.

—¡Pueblo de Ajetatón! —Anunció Tut con potente voz—. Mi amada esposa y yo hemos devuelto la capitalidad a la esplendorosa ciudad de Tebas, la cual ha sido durante cientos de años el corazón de las Dos Tierras. He venido a pediros que nos acompañéis a devolver la majestuosidad de la gran ciudad. Tebas está preparada para acoger a todos aquellos que se quieran unir a tan fructífera empresa. El Dios Amón se alegrara y os dará la bienvenida. Bañaros en su esplendor.

Tras unos segundos de respetuoso silencio, los bitores clamaron a los cuatro vientos la adoración que sentían por su faraón. Era obvio que el pueblo lo veneraba, aun siendo apenas un adolescente. No lo veían como un muchacho que tenía que formarse para tomar las riendas del país, sino como el hijo de Horus que ellos podían ver y sentirse protegidos bajo su amparo. El joven Tut era un buen orador de masas. No titubeaba en ninguna de las palabras y el pueblo aclamaba con júbilo la petición de su faraón, sobre todo, al escuchar que el Dios Amón había vuelto al corazón de Egipto y podían adorarlo sin miedo a las represalias.

Tut y Ankhes pidieron a la guardia que abrieran un pasillo para poder estar más cercanos a su pueblo. Sin prisa, fueron recorriendo la amplia vía principal hasta llegar a los carros con los aurigas que les estaban esperando para llevarlos a palacio. Nadie extendía la mano para pedir una limosna, o hacerles un ruego. Todo lo contrario, les agasajaban con lo que tenían: pan, cerveza, aves, figurillas que representaban a la pareja real, objetos de preciada madera o abalorios de diferentes materiales. La reina detenía el desfile con frecuencia para acariciar y dedicar unas palabras a los niños que hacían hueco entre las piernas de los adultos, para no perderse detalle. Los pequeños engrandecían sus ojos cuando les entregaba una golosina, o tomaba las pequeñas manos entre las suyas mientras dilataba una sonrisa y jugaba con la mirada.

«Seguro que el bello rostro de la reina que un día les sonrió, no se les olvidará jamás».

Uno de los dos caballos que estaban preparados para tirar del flamante carro que iba a transportar a Tut y Ankhes, estaba nervioso. No paraba de agitarse, restregando el corvejón y la anca izquierda contra el eje del carro. Era un precioso caballo de color negro brillante con una marca blanca en la cara que le daba cierto aire gracioso y bonachón. No paraba de relinchar al tiempo que meneaba la cabeza a uno y otro lado en actitud irritable, aunque bien pudiera ser por la multitud de gente que no cesaba de vitorear, levantando las manos y saltando para poder ver a la pareja real.

Me acerqué a él, intentando calmarlo, pero estaba muy irritado. Al pasar mi mano por el lomo, sentí la viscosidad de una sustancia grasienta, pensando que se trataba de un aceite para aumentar el brillo del pelo, pero no, el mismo brillo lo tenía por todo el cuerpo

y el aceite de color oscuro solamente se hallaba en la parte izquierda, abarcando desde la pierna hasta el lomo.

—¡Tú, ven aquí! —grité entre el alboroto a un palafrenero nubio que estaba en la parte trasera del carro con una cesta bajo el brazo —. ¿Qué es esto? —indiqué la materia grasa.

El nubio toco la grupa, llevándose los dedos a la nariz con cierto aire de extrañeza. Negó, tensando los labios, desconociendo su procedencia, pero por la expresión de su rostro bien sabía de qué se trataba. Los palafreneros vivían prácticamente con los caballos, llegando a saber más de ellos que de su propia vida. Conocían el tipo de alimentación que tenían que suministrarles para rendir mejor en las carreras, la medicina para sus dolencias o cataplasmas para fortalecer los huesos. Les ayudaban a parir cuando se presentaba alguna dificultad, pero también, utilizaban sus maquiavélicos conocimientos para hacer que otros aurigas no lograsen con buenos equinos, ganar las carreras, aun a costa de ser sorprendidos y pasar una buena temporada en los calabozos, incluso años dependiendo del mal infringido. No tenía tiempo para interrogarle. El caballo, cada vez más irritado, tenía ganas de salir corriendo entre la gente en un desbocado galopar, con el peligro de abatir a cualquier persona que se interpusiera a su paso.

—Quita este caballo del carro y sustitúyelo por otro —ordené al palafrenero—, y tráeme jabón y un cepillo.

Entre la muchedumbre saqué al equino, rodeándolo con mi brazo por su cuello para acceder al camino que conducía a una frondosa vereda que llegaba hasta la orilla del Nilo. Allí lo até a un árbol, cepillándole con agua y jabón hasta quitarle la sustancia oleosa. Poco a poco se fue calmando, pero quise cerciorarme mejor, lavándole todo el cuerpo con cierto esmero hasta estar seguro de que ya no quedaba rastro del potingue aceitoso.

Mi conocimiento sobre la vida ecuestre era casi nulo, así que improvisaba sobre la marcha. Cogí de la cuerda que tenía unida a un fino armazón de cuero, que unía la parte alta del cuello y bajaba hasta los brazos, y comencé a susurrarle al oído con un tono de voz sereno. Comenzó a relinchar y a mover la cabeza con cierta gracia. Sin tan siquiera tirar de él, cogimos la senda que iba paralela al río hasta el gran palacio real. Antes de llegar al puerto, y en una rápida explicación de las ubicaciones más importantes de la ciudad, Kiya

me dijo dónde se encontraba el palacio.

Al llegar, la guardia del palacio me cerró el paso, amenazándome con las lanzas. Eran cinco altaneros soldados que protegían celosamente la entrada donde se accedía desde río.

—¡Nafer, Nafer! —escuché la familiar voz de Tut al tiempo que los lanceros se retiraban, postrando sus cabezas—. ¿Por qué te has ido con tanta prisa de nuestro lado?

Acariciando el copete del caballo, le expliqué que el animal estaba nervioso debido al gentío y lo tenía que sacar de allí para que no hiciera daño a nadie, pero no le conté lo que en realidad pensaba.

—Ven, quiero que conozcas a alguien —anunció, tirando de mi mano hasta llegar a palacio.

A derecha e izquierda, casi a volandas, pude apreciar la exquisita decoración que los artesanos, precipitadamente, habían plasmado en columnas y estucadas paredes. Ajetatón se construyó por orden del faraón con demasiada celeridad. Es una pena, ya que si se hubiera construido con bloques de piedra como los templos, en el siglo XXI, d.C. los egipcios se sentirían orgullosos de lucir una de las ciudades más hermosas de Egipto.

Llegamos a la parte trasera de palacio, pasando por unos caprichosos jardines con una enorme piscina donde se bañaban con deleite unos chiquillos que, al vernos pasar, no pudieron resistirse a la idea de palmear el agua con fuerza y reírse mientras nos mojaban. Cruzamos un largo puente con arcos que atravesaba una gran vía hasta la entrada de un templo donde se encontraban Kiya, Ankhes y una tercera mujer. Esta, de finos rasgos, con unos preciosos ojos de color oscuro, tez aterciopelada y un cuerpo curvilíneo bien proporcionado, se puso en pie ante nuestra llegada. De su lóbulo izquierdo bailaban dos pequeñas joyas trabajadas en un finísimo oro: una corta con el Ojo de Horus, y la otra más alargada con la imagen de Isis. Por un momento me quedé paralizado, examinando el aura que desprendía su belleza.

—¡Nafer! —exclamó excitado el joven Tut—. Mi segunda madre: Nefertiti.

Cerrando los ojos, hizo una leve inclinación de cabeza, ejecutando un lento y sublime saludo. Ante mi nerviosismo, la rodeé en un efusivo abrazo, dándole un beso en cada mejilla. Estaba

ante Nefertiti, La belleza por antonomasia, esculpida en un busto que había permanecido casi inalterado con el paso de los siglos. De nuevo me quedé paralizado, sin saber si mi afectuoso saludo había sido desmesurado. Mi vista se posó en Kiya y Ankhes, buscando algún atisbo de desaprobación. Pero no, sonrieron y eso me dio a entender que no había metido la pata, pero Nefertiti no mostraba sonrisa alguna. En cierto modo me sentí como si me estuviera analizando, cuando sus labios empezaron a dilatarse, mostrando una blanca y perfecta dentadura. Me abrazó como yo lo había hecho, y me besó con la misma efusividad.

Exhalé el aire contenido en los pulmones, relajando todos los músculos de mi cuerpo.

—Así que tú eres Nafer. Tenía ganas de conocerte —habló con elegancia, mientras su mirada se mezclaba entre la dulzura y un atisbo de picardía—. Todo un hombretón.

Me hinche de orgullo con una pizca de rubor en las mejillas, mostrando una infantil y tontorrona sonrisa al escuchar esas palabras en boca de Nefertiti, considerada como una de las mujeres más bellas de la época. Hacía honor a su nombre «La bella ha llegado», aunque para mi gusto, los rasgos más destacados eran los ojos y la boca que hechizaban con una penetrante mirada y desbordante sonrisa con cierto tilde de inocencia y sencillez. Kiya parecía su hermana, tanto en porte como en belleza, incluso en las expresiones. Estaba claro que habían pasado mucho tiempo juntas.

—Me alegro de conocerte, reina de Egipto.

Tut sonrió con orgullo por haberla tratado como reina de Egipto.

—Conozco varias facetas de ti —comentó Nefertiti, acercándose a Kiya y tomándola por el brazo—. Mi querida hermana y yo, mantenemos un constante correo personal.

Enarqué las cejas, abriendo los ojos como platos y mostrando un rostro de sorpresa y preocupación.

—Espero que todo lo que te han contado —miré de soslayo a Kiya-me deje en buen lugar.

Nefertiti ladeo la cabeza en un gesto picaresco, mostrando un suave halo de rubor en su rostro moreno y delicadamente maquillado. Aun con sutileza, tenía una gran personalidad en sus palabras y se podía apreciar en toda su magnitud un notable porte real.

—Bueno… —Nefertiti ladeó la cabeza, intentando ocultar una sonrisa— casi todo.

«Qué pena».

Recordé en ese momento de nostalgia cuando las bailarinas danzaban al son de una melódica música, que Tarik no pudiera estar conmigo. Me hubiera gustado ver su cara, sentado como estaba yo, al lado de Nefertiti y la que empezaba a considerar mi otra familia. Tenía la enorme necesidad de compartir con él ese mundo mágico que estaba viviendo yo solo, esa oportunidad que la vida me había brindado sin saber por qué. No quería callar mis emociones, pero sin duda tenía que hacerlo porque el destino me lo había preparado así de caprichoso.

Los invitados palmeaban el pegadizo ritmo de la orquesta, compuesta por tres hombres y cuatro mujeres que tocaban desde arpas y tambor, hasta flautas y pandereta. Su melodía contenía grandes rasgos de la actual música egipcia con pinceladas de efluvio occidental, haciendo que todo ello provocara una sinfonía cantarina y pegadiza que me hacía llevar el ritmo con el pie, y de vez en cuando con el resto del cuerpo.

El festín se alargó casi hasta el anochecer. Durante el ágape, Tut me fue presentando a sus más allegados, las personas con las que había convivido gran parte de su infancia: cargos militares, alcaldes, escribas, sacerdotes y sacerdotisas, consejeros y cónsules llegados de otras tierras. También algún que otro destacado comerciante.

Saliendo del gran salón con la cabeza abotargada, me dirigí hacia los establos donde los palafreneros yacían plácidamente en el proceso digestivo de una opípara comida. Nefertiti tenía por costumbre que, cada vez que se hacia un importante festín en palacio, el personal de servicio se beneficiara de ello, preparándoles una fiesta en el gran almacén donde podían disfrutar hasta cierto límite. Les permitía beber sin llegar a emborracharse, para no dar una mala imagen a los invitados de palacio. Sin mucho esfuerzo lo llevaban a rajatabla, pues era una gran distinción para ellos que la

reina de Egipto los tratase con tal consideración. Sin duda, Nefertiti sabía cómo tratar a la gente que le rodeaba. Ya fueran de alto linaje, sencillos campesinos o servidumbre de palacio, para todos tenía un gesto afable y un saber estar.

—Tranquilo, tranquilo —le susurré al precioso caballo azabache mientras le acariciaba el cuello—. Ya no te molesta ese mejunje que te han puesto ¿no es así? ¿Quién habrá sido el hijo de mala madre que te ha hecho eso? —moviendo la cabeza, me daba pequeños empujones con divertidos relinchos como si quisiera decirme algo. Se le veía relajado y con ganas de jugar. En ese momento era el único ser vivo al que podía contar parte de mis frustraciones, incluso expresiones y comentarios que no pertenecían a esa época. En realidad era una sencilla forma de desahogar mis momentos de rabia, teniendo por psicólogo a un cuadrúpedo juguetón.

Por la puerta del establo vi a Tut que se asomaba. Venía con paso lento, cansado y con los ojos caídos, luciendo una decaída sonrisa como si fuera el último vestigio vital de ese día.

«¿Cuánto tiempo llevará ahí?».

No sabía si me había oído decirle al caballo, que nos íbamos a coger un avión con destino a Paris para tomar unas *birras* con una yegua blanca y una morenaza despampanante.

—Te gusta —me preguntó con voz pausada.

Por su lánguida expresión, consideré que no escuchó nuestra conversación.

—Ya lo creo, es hermoso y fuerte.

Bajó la cabeza con la mirada perdida, rememorando recuerdos que parecían haber venido a su memoria.

—Es hijo de una yegua que murió el año pasado a la que tenía un enorme respeto, porque cuando estaba aprendiendo el difícil arte de auriga, parecía como si leyera mi mente, obedeciendo a cada uno de mis pensamientos: derecha, izquierda, rápido, despacio. Actuaba según pensaba, y este —le dio al caballo una pieza de fruta mientras acariciaba su cara—, más grande que su padre, parece seguir los mismos pasos de su madre. Te lo aseguro Nafer, era… excepcional.

Cogió un cepillo y empezó a masajear desde la crin hasta el anca con cierta destreza.

—Mi fiel hermano Nafer —continuó con un tono diferente, más

pausado—, hónrame, aceptándolo como regalo.

Me quedé petrificado, sin aliento. Tenso por las palabras que acababa de escuchar: «fiel hermano». Esas dos palabras que Tut había pronunciado, aparecían en los mensajes de los dos escarabeos. ¿Qué vinculo tenía con el joven faraón? ¿Por qué yo? ¿Quién era yo para merecer semejante favor?

Si… mi traslado en el tiempo había sido impactante, tanto que aun al despertarme cada mañana pensaba que se había tratado de un bonito sueño, esas dos palabras me hicieron pensar en mi abuela y en Tarik. «Todo está predestinado, no se puede cambiar, es, tu propio camino». Pero ¿Cómo era que Tut sabía todo eso? O tal vez no ¿Quién escribió los mensajes de los escarabeos? ¿Qué fuerza sobrenatural le rodeaba que yo no veía? No quise seguir pensando por temor a no hallar ninguna respuesta, así que me centré en su ofrecimiento y no sabía qué contestar, porque jamás me habían hecho un regalo así, pero, no iba a ser yo el que le haría una deshonra a sus sentimientos, pensé mientras apoyaba mis manos sobre sus hombros, atrayéndolo hacia mí para darle un fuerte abrazo.

—Con enorme placer aceptaré tu ofrecimiento, mi querido Tut —agradecí, friccionándole suavemente su rasurada cabeza—, hasta sé cómo voy a llamarle: ¡*Furia*!

—Apropiado, ¿por qué ese nombre? —preguntó con cierto interés, buscando la similitud con su carácter.

Con una mueca de sonrisa y la mirada fija en unos pequeños canastos fabricados con hojas de palmera que contenían comida para los caballos, recordé los momentos que mi abuela hacía alusión a una serie de televisión que le encantaba ver. Su titulo era «Furia». Estaba basada en la vida de una familia de campo, en torno a un precioso caballo que daba nombre a la serie. Negro, muy negro, me decía, y listo, muy listo. Aún recuerdo los movimientos que hacía con sus manos, rememorando actitudes de varias escenas de la serie.

—El nombre se debe —le expliqué-a que cuando lo he visto, estaba irritado, furioso, pero no se lo pongo por eso, sino por dignidad, porque me parece que es merecedor de un nombre que desborda energía, fiereza y sentimiento.

Tut me miraba pensativo por la definición del nombre que había

elegido. Asintió, mirando a los ojos del equino durante un breve momento. Me dio la impresión de que sus miradas se estaban comunicando.

—Sé lo que estás haciendo por mi hijo, y jamás te lo podré recompensar.

Restregándome los ojos, me incorporé en la cama con las piernas cruzadas.

—¿Por qué dices eso, Kiya? Yo...

—Chssss —silenció mis palabras, colocándome un dedo en los labios—. Ayer protegiste a él y a Ankhes de un posible accidente a causa del caballo que estaba... en un estado nervioso, fuera de lo normal. Vi cómo lo cambiabas por otro y te lo llevaste entre la multitud de gente. Evitaste que se desbocara, causando daños mayores. Te lo agradezco.

No tenía palabras para revocarle, ni tan siquiera hacía falta. Kiya era muy observadora, lista y con un sexto sentido, digno de admirar. Permaneciendo prácticamente a la sombra de los problemas de estado, siempre sabía aconsejar a Tut de cómo manejar diversos aspectos políticos, sociales y religiosos, pero sobre todo, animaba a que cualquier vicisitud la resolviera con el corazón, pues para los antiguos egipcios era ahí donde estaban las verdaderas emociones. Ante los cambios, latía con mayor o menor intensidad, residiendo en él toda la fuerza emocional.

«¿De dónde procede esta hermosa mujer?».

Recordé que para algunos egiptólogos se trataba de una princesa Mitanni, pero su acento era totalmente autóctono. Con certeza no se supo nunca su lugar de origen, pero a mi parecer era una niña que tras un trauma olvidó su pasado, procediendo no muy lejos de la gran ciudad de Tebas, incluso pudo nacer allí mismo.

—Kiya, ¿por qué quieren hacerle daño a Tut? Es un buen gobernante. A su corta edad es muy listo. Mira y se desvive por su pueblo, atiende las necesidades militares y religiosas, ha creado un vínculo comercial y político casi olvidado por Akhenatón con los países limítrofes, incluso más allá de las fronteras. No es un tirano

ni un déspota ¿Por qué entonces? ¿Quién quiere sacar beneficio de todo esto?

Nos encaminamos hacía el alfeizar del ventanal donde reposaba una bandeja de fruta fresca, esperando para saciar nuestro apetito matinal.

—Akhenatón era una buena persona —rebeló con una rodaja de sandia entre sus manos—, pero no un buen gobernante. Absorbió todo su poder en la construcción de esta ciudad para rendir culto al dios Atón, pero poco a poco fue sumiendo a Egipto en un caos ingobernable desde el punto de vista político, del que no supo ni quiso darse cuenta. Pasaba horas en su particular templo, desnudo de techo, para que los rayos del disco solar, su dios Atón, impregnara toda la estancia y cargándola según él, de energía protectora para su país. Pobre iluso —meneó la cabeza, haciendo un gesto de compasión—. De hecho solía tener graves quemaduras es todo su cuerpo, que los médicos, a base de ungüentos, solían paliar. Tiempo antes de su muerte empezó a tener graves problemas de visión, ya que miraba directamente al sol en agradecimiento por sus acciones. Últimamente, apenas veía, estaba casi ciego. En la sucesión al trono, Nefertiti tomó el nombre de Smenjare hasta que Tut estuvo lo suficientemente preparado para colocarse la corona del Alto y Bajo Egipto, y con la ayuda de todos los dignatarios, resurgir esta tierra de las profundidades del caos —No pudo evitar, el mostrar un rostro de tristeza y amargura al recordar esos penosos momentos de su vida—. Con respecto a Tut, la cohorte de mandatarios de todo Egipto pensaba que iba a seguir los pasos de Akhenatón, intentando aprovechar entonces a coger las riendas de la nación, y entre todos manejarla a su antojo. Pero Tut no se dejó embaucar con bonitas palabras y falsas genuflexiones, queriendo imponer su propio criterio; el porvenir y bienestar de Egipto a costa de que no se enriquezcan solo los más fuertes. Pero Nafer... —una lágrima recorrió hasta la comisura de sus labios—, es una difícil empresa en la que temo por la vida de mi hijo. Hay altos dignatarios que ansían el poder de Egipto para enriquecerse a costa del pueblo...

Apoyé una mano sobre su hombro, la atraje hacia mí y besé su bello rostro afligido por el dolor de ver a su hijo entre aquella maraña, rodeado de alguna hiena hambrienta de poder.

—Mi querida Kiya, conozco a la persona idónea para ayudarnos —Vaticiné con la intención de ayudar a Tut y mitigar por poco que fuera, las preocupaciones de su protectora madre—. Es hora de infiltrar a alguien en los entresijos administrativos. Si jugamos bien, puede que haya alguna sorpresa entre los muros de la administración. Alguien que hable más de la cuenta... o algún documento que ratifique las ansias de poder.

—¿Qué intenciones tienes? —preguntó exaltada al ver que me interesaba por sus inquietudes.

—Conozco la ciudad de Tebas —levanté la cabeza, mirándole a los ojos—, y sé que los impuestos desmesurados arruinan a muchas familias, quitándoles incluso su propia comida. La gente pasa hambre y hay que evitar que los impuestos llenen las arcas de los se sacian con la comida del pueblo.

—¿No será peligroso? No quisiera que te vieras involucrado en...

Agradecí entablar esa conversación con Kiya y conocer sus propósitos, porque hacía días que rondaba algo por mis pensamientos: ver cómo funcionaba la administración general de Egipto. Por suerte, al tener el contacto que tenía con la familia real, me permitía abrir puertas que para otros resultarían infranqueables.

—Tranquila —le serené—, es cuestión de preparar bien lo que quiero hacer. Necesitaré de tu apoyo y ayuda.

Pasó su mano por mi arqueado brazo, dirigiéndonos el exterior de palacio para pasear por la ribera del Nilo y empezar a planear una sencilla treta, con la intención de ponerla en marcha de regreso a Tebas.

—Cuenta con ello —aseguró—. La casa real pondrá a tu servicio todo lo que necesites. Te doy mi palabra.

No sabía si lo que estaba planeando saldría bien, pero no me podía quedar con los brazos cruzados y ver sufrir a la gente que quería. Con mis escasos conocimientos en la política de esa época, tenía que poner mi grano de arena por incoherente o absurdo que pudiera resultar. De lo que sabía del Egipto en la decimoctava dinastía, a través de Internet, libros y todo lo que caía en mis manos, era que muchos humildes sufrían, viendo cómo sus familias pasaban hambre. Entregaban lo poco que tenían al faraón de Egipto, ya que él era dueño y señor de todas las tierras.

Lo que estos sencillos trabajadores no sabían, era que el faraón

poco se enteraba de dónde iban a parar buena parte de los impuestos.

Armado de paciencia, ideé lo más parecido a una silla de montar para *Furia*. A base de plegar una resistente tela de algodón, unida con unas tiras de cuero a la panza y al pecho, logré conseguir una fija posadera para mantener el equilibrio. Unas riendas, también de cuero, me servirían para dirigirlo y sentirme más aferrado a él.

Furia apenas se percataba de todo lo que le estaba colocando, pero venía lo mejor; montar encima y esperar su reacción. Nadie lo había montado.

Orgulloso y altanero lo saqué fuera del establo. Elevándome sobre unas piedras, pasé suavemente la pierna por encima del lomo, sentándome en la improvisada silla que parecía amoldarse sin mayor dificultad. Esperé salir despedido en una encabritada sacudida. Pero no, se quedó inmóvil, como si lo estuviera esperando. Con una suave palmada en la grupa, nos pusimos en movimiento. Reí a carcajadas, más por no verme volando por los aires y estrellándome contra el suelo, que por estar a lomos de un corcel que jamás había sido montado.

Fuimos al exterior de la ciudad, cerca de la necrópolis. Las miradas de los campesinos me perseguían atentas hasta desaparecer en la lejanía. En esa época no era frecuente ver un jinete sobre un caballo, salvo a lomos de algún que otro asno como eficaz medio de transporte. En su mayoría los utilizaban para tirar de los carros militares. Tanto al paso como a un suave trote me fui acoplando a sus movimientos, llegando a tener una buena sincronización tras unos kilómetros de paseo. Al llegar a palacio recibí la grata noticia de que Ankhes estaba embarazada. Desbordado de alegría, Tut jugaba con ella en la piscina, acariciándole el cabello y el vientre que ya portaba la nueva vida que ambos habían engendrado

Me quedé mirándolos con regocijo, hasta que una perversa sombra se cernió en mis pensamientos.

«No es justo conocer el futuro. ¡Ahora no!».

Estaba al corriente sobre el desagradable desenlace que quise borrar de mi memoria, pero tenía claro que ese era el precio que tenía que pagar por estar al tanto de los acontecimientos. Era el maldito canon que mi destino se cobraba por hacerme regalos tan sublimes como el que estaba viviendo. Me uní a ellos para

compartir su alegría, esforzándome porque me vieran alegre y sin preocupaciones.

Una cálida noche, la sombra de alguna pesadilla que estaba rondando cerca me despertó entre las suaves sabanas de lino, húmedas por el sudor. La blanca luz de la luna que entraba por el amplio ventanal, me invitó a salir a los jardines impregnados de frescos aromas, calma y serenidad de una estrellada noche donde el roció nocturno mojaba la hierba bajo mis pies. Escuché un chapoteo en el agua de la piscina. Me acerqué, y desnuda, Nefertiti se mecía entre las pequeñas olas a la luz de las lamparillas de aceite que, como luciérnagas, brillaban por todo el jardín como estrellas caídas en el paraíso. La luna hacía fulgurar su piel morena, asemejándose a la diosa de la belleza esculpida en plata.

Observé los gráciles movimientos que lentamente efectuaba en cada brazada, tomando el aire justo para volver a esconder su rostro entre las aguas y perderse en ese mundo de paz e ingravidez. Con poco más de treinta años y seis hijas que su cuerpo cobijó y amamantó, mi mente reaccionó ante una silueta tan escultural. Creía que su cabeza estaba rasurada como era costumbre en la realeza egipcia, ocultándola con sendas cabelleras postizas, pero no, lucía una corta melena de color moreno que realzaba sus bellas facciones, tanto más, que cuando portaba la suntuosa peluca que estaba de moda en esos momentos. Se puso de pie, meciendo sus brazos sobre las pequeñas olas. Los sumergía y volvía a elevarlos, como si estuviera volando entre las aguas.

—¡Nafer!-me llamó, mientras la observaba medio sentado en el borde de la piscina —, date un baño. El agua está maravillosa.

Me iba a negar ante una situación un tanto embarazosa para una acostumbrada mente como la mía, bastante más recatada y tímida, sobre todo en circunstancias como esa, pero no. Me introduje lánguidamente en el agua, refrescando mi tórrido cuerpo ante el fuego que desprendía Nefertiti con su mirada, con su sugestiva y sensual mirada.

Jugamos como dos chiquillos introducidos en un mundo

surrealista, como dos seres evocando la infancia en la que todo es mágico y sorprendente. Estaba en el centro de la piscina, buscando con la mirada el cuerpo sumergido de Nefertiti cuando apareció por detrás, abrazando mi cuello. Sentí sus duros pechos en mi espalda y el roce de su piel balanceándose con el movimiento del agua.

—Nafer, apenas te conozco, pero te aprecio. Cuídate las espaldas —advirtió, aún aferrada a mi cuerpo—. Detrás de muchas sonrisas hay verdaderas hienas al acecho de poder. Hoy, más de uno sabe que eres un obstáculo entre ellos y el faraón, y harán todo lo posible por eliminarte. Tú eres grande y fuerte— exclamó, besándome con dulzura en el cuello—, pero la picadura de una pequeña víbora puede ser mortal.

Se deslizó lentamente por mi cuerpo, situándose enfrente. Tomó mi rostro entre sus manos, y sinuosamente acercó sus labios a los míos. Su apasionado beso rubricó los sentimientos que acababa de expresar.

Antes de salir de la piscina, jugó con sus manos entre las mías, alzó la cabeza y me miró como solo ella lo sabía hacer.

—Protégelos.

—¿A quién? —pregunte sin entender a qué se refería.

—A ellos. A Ankhes y Tut. Son...tan frágiles

Salió de la piscina, colocándose un suave vestido de lino que se acopló a su húmedo cuerpo, marcando una deliciosa figura. Cada día tenía más claro cuál era mi papel, o al menos eso era lo que pensaba. Tanto Kiya como Nefertiti, me habían pedido la protección de sus hijos, pero ¿por qué yo?

Seguí recordando su beso mientras me encaminaba por el jardín hacia la habitación. Sabía que algo no me concordaba con respecto al beso, hasta que llegue a la cama. Tumbado con las manos bajo la cabeza, me incorporé medio cuerpo, haciendo un chasquido con los dedos. Mi memoria solucionó el dilema. En mis lecturas, recordé que muchos egiptólogos admitieron que el beso en los labios se introdujo en Egipto bajo la influencia de la cultura griega, pero no era cierto, porque eso ocurrió mil años después de la fecha en la que me encontraba. Solo en la intimidad se utilizaba tan placentero contacto y no gustaba dejar constancia de algo tan personal, pues creían que solo los dioses debían poseer tan íntimo conocimiento.

En la vida cotidiana de los egipcios, como pude apreciar, el beso

común era el roce de sus narices para intercambiar el aire respirado, y de esa manera tomar la esencia del otro. El beso en la mejilla se utilizaba entre los muy allegados pero nunca en la calle, expuestos ante los ojos de los demás, y en los labios, solamente al amparo de la intimidad.

—

Escuché la lejana voz de Tut. Al girarme lo vi junto a los establos, haciéndome señas para que me acercara. Era una radiante mañana que aproveché para pasear con Merytaton y Meketaton, hijas de Nefertiti y sacerdotisas del templo de Atón. Hasta la muerte de su padre y posteriormente, eran participantes activas y adoradoras de la diosa Isis, llegando Merytaton a cambiar su nombre por el de Merytamon, convirtiéndose con el tiempo en la gran sacerdotisa del templo.

Montado en el carro y tirado por dos caballos color canela, el joven faraón sujetaba las riendas de *Furia*. Al acercarme, el corcel me propinaba suaves empujones con su hocico mientras hablaba con Tut. Jugaba haciendo surcos en la tierra con los cascos y meneaba la cola, gozoso por salir de los establos para moverse con soltura.

—Nafer, ¿te apetece venir conmigo a practicar con el arco? —Propuso con cierto tono de reto en sus palabras—. Iremos más allá de las colinas, a un lugar tranquilo.

Aunque me lo preguntó más por cortesía que por otro motivo, él lo daba por hecho. Se había molestado en preparar a *Furia* y cepillarlo para que brillara a la luz del sol. Sabía que no me iba a negar, porque con tal de salir de palacio y hacer ejercicio, cualquier propuesta que me haría la iba a aceptar. A veces iba al almacén a practicar algo de gimnasia, improvisando con lo que tenía a mano. Otros días salía a correr por los caminos que bordeaban el palacio, o provocaba una subida de adrenalina a lomos de *Furia* por la orilla del Nilo. La vida sedentaria me producía un estado de nerviosismo que tenía mitigar con la actividad. Tut lo sabía.

Le sonreí mientras me lo preguntaba, porque él ya conocía la

respuesta.

—Hoy te voy a ganar yo —le reté, posando mi dedo índice sobre su pecho.

Era un excelente tirador de arco, pero me gustaba retarlo para poner más emoción al juego, y de paso echarnos unas cuantas risas a costa de mi aprendizaje. Aunque me gustaba, carecía por supuesto de la técnica que él había mamado desde la niñez. Era un buen profesor y ponía todo su tesón en el intento, pero para mí no dejaba de ser un juego divertido que aprovechaba para estar un buen rato en la soledad de su compañía.

Salimos de la ciudad, escoltados por cuatro guardias de elite que iban en dos carros, armados con lanzas, arcos y espadas. De cuerpos musculosos y mentes preparadas para hacer frente a una ofensiva, me trataban como si fuera un pariente del faraón, inclinando la cabeza en un ademán de respeto cada vez que pasaba cerca de ellos. Eso me hacía sentir incomodo, pero por mucho que quisiera, era algo que no podía cambiar. Tardé tiempo en acostumbrarme y, en más de una ocasión, yo también lo hacía con ellos en forma de saludo, pero casi siempre resultaba a la inversa. Aun se inclinaban más, mostrando una pleitesía un tanto desmesurada.

Al salir de la ciudad nos detuvimos junto a unos tamarindos que daban sombra a una pequeña tapia.

—¿Como siempre? —Le reté, entusiasmado.

—Como siempre —contestó, aferrando las riendas del carro y entrelazándoselas a la muñeca.

Correr a lomos de *Furia* se había convertido en una gran diversión. Galopar por la planicie del desierto era como deslizarme por el agua, con tal compenetración que apenas me movía de la montura. Casi no utilizaba las riendas. *Furia* atendía mis necesidades con ligeros toques en su cuello o pequeños movimientos de mi cuerpo que ejecutaba como ordenes.

—El primero que llegue a la colina pequeña, tendrá dos dianas de ventaja —aventuró.

—Dos no, tres —repuse para dar más emoción.

VII

Furia era más rápido, pero solíamos ganar alternativamente, haciendo que cada día fuera diferente. Había días que también me dejaba ganar con el arco, expresando una falsa decepción con un teatral meneo de cabeza. Con mi falta de conocimiento sobre el tiro, me enseñó la forma de coger el arco para evitar hacer más fuerza de la necesaria, a controlar la distancia, el viento y la tensión ejercida sobre la cuerda. Me enseñó todo lo que necesitaba aprender. En la trepidante carrera, dejamos atrás a los otros dos carros, puesto que llevaban más peso y les era imposible alcanzarnos. Hasta buena parte del trayecto, Tut y yo fuimos emparejados, pero los últimos cien metros antes de llegar a la colina, palmeé la espalda de *Furia*, reduciendo lentamente la velocidad para llegar a escasos dos metros detrás de él. Sus risas de satisfacción resonaron en todo el valle.

—Otro día será, hermano —anunció, bajándose del carro y ejecutando una danza ante los caballos como premio a sus esfuerzos. No se olvidó de sacar unas vainas de algarrobo que llevaba en un pequeño saco, repartiéndolas entre todos los equinos.

Cada vez que Tut pronunciaba la palabra hermano, sabía que me llenaba de orgullo y lo hacía con más frecuencia, ya fuera a solas, en compañía y en cualquier lugar. Cruzamos caminando el paso abierto entre la colina para adentrarnos en el rocoso desierto hasta llegar a un acantilado con forma de anfiteatro, a la izquierda del camino.

Situados estratégicamente cada veinte o treinta metros, había colocados unos fardos de paja, cubiertos con una fuerte tela de color rojo en cuyo centro se apreciaba un circulo de color blanco del tamaño de una sandia. Los guardias se quedaron apostados a la entrada de la garganta rocosa, cerca del acantilado. Tut se dispuso a tensar la cuerda del arco, marcando los músculos de sus brazos para ver si estaba tal y como a él le gustaba.

—Como has perdido la carrera, tú tirarás primero —propuso ufano a la vez que realizaba pequeños ejercicios físicos, que le había enseñado para evitar un posible tirón muscular. El mismo arco servía para calentar la musculatura. Ya estábamos preparados.

Las distancias de tiro eran relativamente cercanas debido a mi aprendizaje, que fuimos aumentando gradualmente según la progresión que Tut veía en mi arduo desarrollo. Se le daba bien ponerme nervioso cuando tensaba la cuerda, haciendo tonterías o diciendo palabras que nada tenían que ver con lo que estábamos haciendo, incluso desmesurados gestos de aburrimiento con los que casi siempre conseguía llamar mi atención hasta tal punto que me hacía perder la concentración. Emitía contagiosas risas que ocultaba dándose la vuelta y haciendo que oteaba el horizonte con la mano a modo de visera.

—Seis blancos de diez tiros. No está nada mal —puntualizó mi orgulloso profesor con una seria y fingida expresión.

—¡Siete! —increpé.

—Nafer, que en la arena no cuenta.

—Cómo, pero si he rasgado la tela roja...

—Sí, pero solo le habrías hecho un suave rasguño a tu presa de caza o a un enemigo.

Elevé una sonrisa irónica al ver lo perfeccionista que era con respecto a la caza. Sentía una gran pasión por ese bello deporte que dominaba desde su niñez. Conforme nos fuimos adentrando hacia los siguientes puntos de tiro, cada vez más lejanos, perdimos de vista a la guardia que seguía a la sombra de unas rocas en posición relajada. Cuando Tut se disponía a tensar su arco para un nuevo tiro, escuché el silbido de una flecha que impactó a un metro de sus pies. Me giré con brusquedad pero no vi a nadie.

—¡Tut, corre hacia atrás, corre, corre! —Le grité con todas las fuerzas—. ¡Ocúltate ahí y no te muevas! —le indiqué una roca que

estaba fuera del ángulo de tiro de la flecha que se había clavado a sus pies.

Se quedó quieto, sin saber lo que estaba ocurriendo. Seguía expuesto a que otra flecha lo alcanzara. Corrí al ver que no reaccionaba a mis órdenes, pero continuaba inmóvil como una estatua, indefenso, mirándome mientras me acercaba corriendo hasta él.

—¿Qué ocurre? —con su rostro risueño y confuso, parecía pensar que se trataba de un juego.

—¡Tut, corre...

Al ver que me dirigía hacia él, miró hacia atrás, encogiéndose de hombros y estirando los brazos.

—¿Qué dices?

—¡Tírate al suelo!

Volví a gritar pero no entendía lo qué le decía. En los metros que nos separaban desde el inicio de mi alocada carrera, pensé que no me iba a dar tiempo para retirarlo del peligro, viendo cómo la muerte impactaría en su cuerpo sin poder hacer nada. A unos tres metros de él salté en el aire, intentando coger más velocidad para derribar su cuerpo y así menguar el objetivo de un posible homicida. Estaba tan nervioso, que el latido de mi corazón se había convertido en el galope de un caballo desbocado. Supe con certeza que se trataba de un atentado en toda regla, y para ello habrían escogido un arquero de elite, de los que rara vez fallaban en su misión. Mientras volaba por el aire para proteger a Tut, solo pensaba en ir a la búsqueda del vil parricida.

Justo al tocar el suelo con mi cuerpo, aferrando a Tut entre los brazos, escuché el cercano silbido de otra saeta que, como un hierro ardiente, impactó en mi espalda a la altura del hombro. Acompañado por el ruido que produjo el choque del metal con el hueso, el dolor se hizo insoportable, pero sabiendo que no era un punto vital, logré, sin saber cómo, romper la flecha aún incrustada en mi cuerpo. Alejé a Tut hasta la piedra y, gritando con todas las fuerzas a la guardia para que se acercaran a proteger a su faraón, salí como alma que lleva el diablo en la dirección donde calculé que estaba el arquero.

Tenía que hacerlo, viendo cómo a unos cuantos metros de él estaba su carro tirado por dos caballos, y si no me daba prisa, podría huir, ya que me llevaba una considerable ventaja. Por mucho que hubiera gritado a la guardia del faraón, no habrían podido hacer nada, ya que la distancia que nos separaba era demasiado larga como para intentar un ataque, menos aún para capturarlo. En su rápida reacción para intentar armar el arco, me dio tiempo de coger una piedra que justo cabía en mi mano y, a escasos metros, la arrojé antes de que pudiera disparar.

El proyectil impactó en su brazo. Viendo que no tenía tiempo suficiente para disparar, arrojó al suelo el arco y las flechas, iniciando una rápida huida, la cual se vio truncada porque caí sobre él derribándolo sobre la arena pedregosa del desierto. Lo inmovilicé. De reojo vi a dos guardias que se acercaban corriendo, mientras los otros dos habían cogido un carro para flanquearle el paso por la única salida que podía dirigirse.

—¿Quién eres? —pregunté en tono amenazador.

No hizo ademan de contestar.

Con una corta melena sujetada por una cinta a la frente y vestido con un faldellín, unas sandalias y una pequeña coraza que le cubría la parte superior del torso, se debatía ante una brutal opresión, difícil de escabullirse por mi peso y la manera en que lo tenía apresado.

—¿Quién te envía? —Insistí con la respiración más pausada, notando cómo la sangre caliente corría por mi espalda— ¿Quién eres?

Tut y los dos guardias se acercaron. Uno de ellos portaba el arco y las flechas que el agresor había arrojado en su abortada fuga.

El arco, obtenido en una sola pieza de madera, revestido con hueso por delante y tensado con un tendón de animal, poseía la marca inconfundible de pertenencia al ejército tebano. Tut me regaló uno, junto con unas largas y duras flechas de caña que impactaban con fuerza en el objetivo. Pertenecían al ejército de Horemheb, pero el carro, sin embargo era de una construcción diferente; tosca, con las ruedas algo más gruesas. En conjunto, su peso superaba al de los ejércitos egipcios, haciéndolo más lento y no apto para los actuales entrenamientos militares. Con una base de madera gruesa bajo los pies, se parecía más a los antiguos carros

que los hicsos introdujeron cuando invadieron Egipto.

Levanté al agresor, sujetándolo por los brazos. Su mirada se perdía nerviosa, intentando buscar la manera de huir. Se lo entregué al fornido guardia que tiró de él, apresándolo por el cuello.

—Nafer, estás malherido —escuché la voz de Tut que me pareció lejana y distorsionada—. Vamos a palacio para que te puedan curar esa herida. No me gusta nada...

—No te preocupes —balbucí, colocando la mano sobre su hombro—. Es solo un rasguño.

El guardia empezó a golpear al agresor, viendo que no contestaba a mis preguntas.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarle! —Le reté con la mirada—. Cuando regresemos a Ajetatón le interrogaré personalmente, y quiero que esté en perfectas condiciones físicas.

Sabiendo el tipo de interrogaciones que el ejército, respaldado por los jueces, solía realizar, temí por la vida del agresor, sobre todo si se trataba de un atentando contra la persona del faraón. Si lo hubiera dejado en manos de la guardia, aun revelando todo lo que sabía, habrían acabado matándolo con brutales palizas, ganando todos los meritos posibles por estar en presencia de Tutankamón. El guardia al que detuve en el ímpetu de querer sonsacarle algo, no daba crédito cuando le ordené que se detuviera. Tut asintió, y los dos guardias se lo llevaron maniatado hacia los carros, emitiendo improperios que preferí no escuchar.

A pesar del calor que hacía en esa zona del desierto, empecé a sentir frió. Solo en ese momento y a causa de la pérdida de sangre, llegué a temer por mi vida. Las manos me temblaban y los ojos se humedecían por el sudor que corría por mi frente, aun así, tenía puesta la mirada en los guardias para cerciorarme que no arremetieran contra el prisionero, aunque no me fiaba.

Arranqué de mi faldellín un jirón de tela. La hemorragia parecía importante y no quería desangrarme en mitad de aquel árido desierto.

—Tut, oprime la herida con esto —balbucí con palabras entrecortadas a causa del insoportable dolor que iba acrecentándose.

Mientras el frío se apoderaba de mi cuerpo, del calor del

desierto emanaban extraños espejismos que ayudaban a nublar aún más mi visión. Las palabras que escuchaba de Tut y los guardias, sonaban incoherentes, las montañas parecían levitar y el cielo se oscurecía como si se hubiera plagado de oscuras nubes a punto de descargar un aguacero.

—¡Nafeeer!

Fue la última palabra perceptible que escuché de mi joven amigo Tut.

Sonreí al recordar una escena similar. Fue cuando llegué tras mi viaje en el tiempo que, aunque ya había trascurrido unos meses, el día a día en aquella tierra me pareció una ensoñadora eternidad. Tut, Nefertiti, y como solía llamarlas cariñosamente, mis chicas Ankhes y Kiya, permanecían constantemente cerca de mí. Jamás me dejaban a solas, alternándose para hacerme compañía y mostrarse serviciales ante cualquier pequeña petición que les hacía. Su más allegado sentimiento lo expresaban con una caricia, una sonrisa, bromas, o cualquier motivo para alegrar aquella estancia con su compañía, periodo que aproveché para profundizar y conocer momentos de sus vidas, tanto tristes como alegres.

Evitaba contar mi vida, sacando alguna excusa para no tener que inventar nada. No quería mentirles, cuando ellos me hablaban con franqueza. Necesitaba ser sincero, y la mejor forma era soslayar mi pasado. Bien pudiera haberme aprovechado de las vivencias que la gente me contaba, creando con ello un personaje paralelo al mío para hacerles ver que era un egipcio más, pero no lo podía hacer, aun con mi silencio, necesitaba ser yo mismo. Sentado en el borde de la piscina, ya bastante recuperado después de cuatro días del altercado en el desierto, Kiya se acercó por detrás, atusándome el cabello y plasmando un sonoro beso en mi sien.

—Toma Nafer —comentó ilusionada—. Las mejores granadas de todo Egipto. Son de Tebas.

No pude menos que reírme, reconociendo que la denominación de origen no era algo nuevo en mi otra época, sino que ya venía de tiempos remotos. Sorprendida ante mi inesperada reacción,

compartió la risa sin saber por qué.

—Kiya, ¿ha dicho algo el agresor? —pregunté, queriendo saber si le habían sonsacado algo.

—Nadie ha hablado con él. Cumplen tus órdenes de querer interrogarlo personalmente.

La noticia me alegró.

—¿Dónde está?

Señaló con la mano, la dirección a través del ventanal.

—En los calabozos situados detrás del almacén.

Me sorprendió que se tomaran tan a rajatabla mi decisión de poder hablar con él antes que nadie. Apenas me acordaba vagamente de lo que dije, debido al estado en que me encontraba. Sabiendo el trato que daban a los que estaban al otro lado de la ley, sobre todo por el atentado contra el faraón de Egipto, agradecí que nadie hubiera intentado sonsacarle algo.

—No va a decir nada, estoy convencido —aseguré, mientras devoraba a mordiscos la jugosa granada—. Lo vi en su mirada. Posee la distinción de ser un fiel y leal guerrero al servicio de alguien que ha llenado su cabeza con ideas que no tienen que ver con la realidad, seguramente aprovechando un rango superior al suyo.

—¿Un fiel guerrero...?

Kiya, pensativa, parecía hacer caso omiso a mis palabras, sintiendo que en ese momento su querido hijo podría estar muerto. La lágrima que resbalaba por su mejilla hacía padecer mis sentimientos, paralelos a los suyos.

—No, no le estoy defendiendo —recalqué, tomándole la mano—, pero aun ejecutándolo, el problema no habrá terminado.

Solo de pensar en una ejecución, me recorrió un desagradable hormigueo por todo el cuerpo. No quería ser el responsable de la muerte de nadie, incluso de él, que su intención fue matar a Tut, a mi pequeño y amado hermano. Aun así no quería su muerte.

Apostados a la entrada, dos guardias armados con enormes lanzas se retiraron al verme, dejándome el acceso libre a una

lúgubre estancia. Recorrí un largo y angosto pasillo que terminaba en una cámara de estrechas dimensiones, con una escasa y mortecina luz que penetraba a través de unos resquicios sobre el techo. Sentado en un pequeño taburete, un graso y obeso centinela flanqueaba la única puerta de la pestilente estancia. Con los brazos sobre la oronda barriga, al verme, el custodio se sobresaltó y cayó al suelo en un brusco movimiento por quererse poner en pie. Sus relajadas piernas no pudieron sostenerle. Le pedí que abriera la puerta. La hedionda y aún más reducida cámara que la anterior, se iluminaba a través de una pequeña entrada de luz a la altura del suelo. La tétrica escena y el insoportable olor me obligaron a cubrirme la cara con el brazo. No pude evitar las náuseas.

Con las manos atadas a la espalda y una gruesa tira de cuero sujetada a la pared, ciñéndole al cuello, el prisionero yacía sentado sobre sus propias heces por la falta de movimiento. Lo imaginé comiendo como un perro y se me revolvieron las tripas. Su mirada seguía desvelando orgullo y valor, no obstante tenía los parpados medio caídos. Quería mirarme como el día que nos encontramos en el desierto, con audacia, con fuerza, pero apenas la debilidad sostenía los músculos de su cuello para soportar la cabeza erguida. Con una incontrolada rabia, crucé la puerta para encararme con el centinela.

—¡Tú! —Le amenacé al centinela, apuntándole con el dedo—. Quiero que limpies este apestoso lugar, que traigas una tinaja de agua para que el prisionero se lave, y comida, sobre todo, fruta.

Escuché el sordo gemido que el agresor emitía entre sollozos ocultos por un nerviosismo involuntario. En ese momento no quise mirarle a la cara, provocando un agudo ruido con las palmas para azuzar al centinela, evitando así una desagradable humillación en el orgullo del que me pareció ser un leal guerrero. Intuí que no me estaba equivocando con él.

—¡Tenía que estar muerto. Ha atentado contra la vida de nuestro amado faraón! —Replicó el ufano centinela, dándole una patada a una escudilla de agua que había en un rincón.

—¡Pero no lo está, y lo quiero vivo! —Alcé la voz, haciéndola resonar en toda la estancia.

El guardia intentó de nuevo, mostrarse arrogante.

—Tengo órdenes...

—¡Te las revoco. A partir de ahora obedecerás las mías! —Increpé, mientras me dirigía al exterior, abusando de una autoridad de la que carecía—, y sin ataduras que lo sujeten. Al atardecer volveré, y espero que no descargues tu furia contra él o haré todo lo imposible para que tu futuro se vea reducido a la altura del estiércol.

Respiré hondo, aguantando las ganas de vomitar. Me sentía responsable de la vida de ese aguerrido joven que no parecía superar los dieciocho años. Tenía que hacerle hablar para salvarle la vida a pesar de lo que había hecho. Por algún motivo que ignoraba, sentía lastima por él

Caminé hasta los jardines de palacio, relajando los nervios acumulados de tan desagradable escena. Escuché voces, me acerqué y vi a Tut en una jocosa conversación que mantenía con varios dignatarios y nobles de la ciudad. Sentados sobre unos bancos de piedra, se pusieron en pie, reverenciando mi presencia. Seguía sin acostumbrarme a esos formalismos.

—Mi fiel Nafer. Siéntate con nosotros —anunció Tut con alegría.

En ese momento no estaba para mantener una risueña charla, y menos para escuchar las jactanciosas vidas de algún noble, pavoneándose de sus logros y riquezas. No todos, pero la mayoría de los allí reunidos carecían de valores tan importantes como la sencillez y la humanidad. Tut lo sabía y disfrutaba viendo cómo se descomponía algún rostro al recibir una negativa. Siempre coincidíamos al escudriñar la personalidad de cada uno de ellos, así mismo, el motivo que los llevaba a estar en presencia del faraón. Era como un juego para nosotros.

—Perdóname, no me encuentro bien —me excusé—. Tut, cuando puedas me gustaría hablar contigo y con tu madre —le susurré al oído mientras los nobles permanecían de pie.

De camino al gran almacén fui a buscar Kiya, pues sabía que se encontraba allí haciendo un rápido inventario de las mercancías recién llegadas por el Nilo. Casi me di de bruces con un militar que aunque no lo conocía personalmente, su cara no se me hizo desconocida, relacionándolo con un fugaz pensamiento que mi mente, al verlo, reacciono de forma negativa. Disimuladamente vi cómo aceleraba el paso, mirándome cautelosamente de soslayo. Lo perdí de vista tras la fachada de un edificio que se hallaba cerca del

almacén.

—¡Kiya! —Alcé la voz en el enorme recinto— ¡Kiya! —volví a reclamarla antes de irme, pensando que quizás ya hubiera terminado su trabajo.

—¡Nafer, estoy aquí! —gritó desde el fondo del almacén, alzando la mano para que la viera.

Detrás de un pequeño muro, repasaba las especias y condimentos almacenados en cestas, pequeños botes de cerámica bien cubiertos y tinajas perfectamente ordenadas en estanterías. Le gustaba llevar cierto orden en las provisiones, encargándose incluso de los abastos de gran escala: carnes, frutas, verduras, legumbres etc. Le comenté someramente el motivo de mi visita, con la intención de tener una breve reunión semioficial con Tut. Ella era parte importante en las decisiones tomadas en palacio.

—Ahora mismo nos vamos. Dame el tiempo suficiente para asearme —dijo, frotándose las manos con un paño de algodón.

De camino a los jardines de palacio, recordé dónde había visto a la persona que poco antes me había cruzado. Era aquel oficial del ejército que vi hablando con Nakhtmin en el palacio real de Tebas, después de que este mantuviera una reunión con Tut y los otros dignatarios. Era él pero, ¿qué hacía en Ajetatón? No lo había visto en nuestro viaje desde Tebas. ¿Estaría en alguna misión oficial? Desconocía su graduación, pero por lo visto él sabía quién era yo, debido a que intentaba evitar que lo reconociera. Al llegar, Tut ya estaba despidiendo al séquito de nobles reunidos al aire libre, bajo la sombra de aquel extenso sicomoro donde se trataban temas de escasa importancia.

Sintiendo a Tut como un hermano, el carácter de mi presencia ante él lo hice de forma oficial. Cometí una incongruencia, la de postrarme ante el faraón de Egipto y comandante de la nación. Mi petición era seria y así quise demostrárselo.

—¡Nafer! —exclamó rotundamente—. ¡Jamás! Mi fiel hermano, jamás, vuelvas a postrarte ante mí —bajó el tono de voz— Te lo pido con el corazón.

Sentí el poder del faraón en sus palabras, pero ante todo, la fuerza de sus sentimientos hacia mí. Comprendí que necesitaba tenerme a su lado como un amigo, no como un súbdito, y ello me llenó de orgullo. Pero también comprendí que me estaba

comprometiendo en un entorno lleno de responsabilidades a las que no estaba familiarizado, y aun por mucho que me esforzara... ya no tenía vuelta atrás.

—Perdona —me excusé, sentándome a su lado—. Lo que te quiero pedir no es personal, por eso he querido hacerlo de forma oficial, como actúan todos tus mandatarios.

—Nafer —matizó, relajando su musculatura facial—. Lo nuestro siempre será personal. Tú eres uno más entre los míos, y ninguno de ellos se arrodilla ante mí jamás. Por favor, no quiero volver a decírtelo porque ese es mi sentimiento.

Olvidándonos de la protocolaria circunstancia, Kiya esbozó una sonrisa al escuchar las palabras de su hijo. Se sentía orgullosa, recogiendo los frutos de la educación que le había inculcado desde su niñez, viendo que ante todo interponía lo que dictaba su corazón.

—¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme? —preguntó, mientras dibujaba en el suelo con un palo el contorno de un edificio.

—Es referente al prisionero que atentó contra tu vida en el desierto —recalqué con la mirada puesta en los trazos del dibujo—. Quiero interrogarlo, aunque me temo que no sacaré nada en limpio. Acabo de dar una orden para que limpien su celda y le lleven comida. Estaba en un estado lamentable. Mi petición es...que le perdones la vida.

Cabizbajo, centrándose en el dibujo, le vi esbozar una picara sonrisa dirigida a su madre. Sonrisa que fue difuminándose lentamente para dar paso a un semblante serio y distante.

—Atentó contra tu vida —susurró plácidamente, dejando de dibujar y mirándome con los ojos entristecidos—. Casi te pierdo, fiel hermano. Yo soy el que te estaré eternamente agradecido. Los dioses te han elegido para hacer más soportable mi vida, y como tú eres el que lleva la marca de esa flecha en la espalda, su vida te corresponde a ti. Tomes la decisión que tomes, la respetaré y nadie se interpondrá.

Tut acababa de despejar un enorme peso sobre mi conciencia. Me uní a la sonrisa que Kiya mostró durante toda la conversación, sabiendo casi de antemano mis suplicas y la respuesta de su hijo.

La alegre Ankhes se unió al grupo. Estaba radiante. El embarazo empezó a realzar su cuerpo de manera notable, esbelta, llena de

energía. Entre arrumacos y carantoñas, tomó a Tut de la mano, perdiéndose entre el laberintico camino tachonado de sombríos arboles para esconderse entre sabanas blancas de lino que acariciarían sus cuerpos.

A solas con Kiya, me fijé en el dibujo que Tut había empezado antes de nuestra conversación. Abriendo los ojos con incrédula admiración, me incliné hacia el suelo para apreciar con más claridad el dibujo del edificio que estaba trazado en la suave arenilla. Era el calabozo donde se encontraba el detenido.

—Pero...

No pude emitir ninguna palabra más. Kiya me regaló un sonoro beso antes de alejarse, dejándome con absortos pensamientos que no conseguían otra cosa que confundirme.

El sol empezaba a dormitar cuando me acerqué al edificio que cobijaba la celda del prisionero. En el cambio de guardia, un nuevo centinela presidía la antecámara del agresor. Al abrirme la puerta, el hedor casi había desaparecido, dejándome ver una estancia limpia. Al entrar, el aguerrido muchacho se puso en pie como esperando a recibir órdenes. Noté en su mirada cierta gratitud. La comida restableció parte de sus fuerzas perdidas, aportándole un tono algo más jovial y cargado de energía.

—¿Cómo te llamas?-

Sin respuesta, su musculatura se tensó, debatiéndose entre las órdenes que su superior le hubiera impuesto, y lo que realmente él sentía, ya que su mirada no era la misma. Creí tener un halo de esperanza para poder hablar en un cara a cara, pero noté que su educación militar había tenido que ser rígida, con las ideas soldadescas de un ejército preparado siempre para la guerra, y que era capaz de entregarse por una causa, incluso a costa de su vida. Pero ¿por qué matar al joven faraón si contradecía sus principios militares?

Transcurrieron unos minutos de sepulcral silencio. Su figura seguía erguida, estática. Sentados en taburetes, me acerqué a él a menos de un metro de distancia. Tan siquiera movió un músculo al tenerme tan cerca.

—Me gusta llamar a las personas por su nombre —resalté, cruzándome los brazos—. Como no quieres decirme el tuyo, te pondré uno cualquiera, uno al azar. Por ejemplo... ¡Traidor! ¿Qué te

parece? ¿Te gusta? Yo creo que es un nombre apropiado para alguien que ha jurado lealtad a su faraón y después lo ha querido matar.

Los músculos de su mandíbula se tensaron y apretó los puños. Pensé que iba a abalanzarse contra mí, pero permaneció inmóvil, como si no iba con él lo que estaba hablando.

—¿Sabes cuál es el castigo por lo que has hecho? Yo te lo diré, es muy sencillo: la muerte.

Levantó la cabeza, mirándome fijamente a los ojos con expresión desafiante, como si fuera su verdugo y no pudiera hacer nada por evitar la humillante ejecución.

—¿Por qué lo hiciste? —continué con el burdo interrogatorio—. ¿Quién te dio la orden? No eres de aquí ¿de dónde vienes? El arco pertenece al ejército tebano ¿acaso eres de Tebas? Perteneces a los arqueros de elite del afamado escuadrón de Tebas ¿no es así? Si no quieres cooperar, tardaré más tiempo, pero al final sabré quién te ha dado la orden para matar a Tutankamón y te pondré de cebo para que caigas en sus manos, rumoreando que has hablado más de la cuenta. Entonces, un día alguien entrará en tu celda y usará sus métodos para quitarte del medio. Si eso no ocurre, pasarás a manos de los jueces, y no queda mucho tiempo, te lo aseguro.

Lo abordé con múltiples preguntas sin darle tiempo a que contestara. Quería ver su reacción física ante palabras clave que camuflaba en un rápido monologo, esperando una pequeña señal, un ceño de ceja, una mueca en los labios, un cambio repentino de actitud, un gesto de indiferencia, de sorpresa...

Hasta entonces todo fue inútil. Seguía impertérrito, petrificado, mudo.

—Sé que detrás de todo esto hay algún alto funcionario que quiere eliminar al faraón para usurpar el poder y administrar una nueva política que le permita enriquecerse a costa de fieles y leales como tú. ¿Por qué lo defiendes, si solo quiere su bienestar y no el de este maravilloso país que Tutankamón intenta gobernar de forma equitativa? Él ama Egipto. Su vida la entrega para que fluya como el agua por el Nilo. Crees que a tan temprana edad ¿no sería más feliz practicando sus juegos, que estar gobernando una nación?

Cumplido mi propósito de invadirlo constantemente con frases y preguntas para dejar incertidumbres en sus pensamientos, con el fin

de paliar su ira y aflorar sus sentimientos, me incorporé del pequeño taburete, dirigiéndome a la puerta y dándole la espalda sin tan siquiera mover la cabeza. Antes de abrirla y salir de la celda, me detuve. Estaba dispuesto a no dejarlo solo, a crearle una situación confusa al verme ahí, de pie, sin prisa, el tiempo que haría falta para establecer una conexión entre los dos.

«Vamos, no me hagas esto, háblame».

No giré la cabeza, incluso interrumpí la respiración para poder captar en aquel sombrío silencio, cualquier cambio en él que me haría sospechar un atisbo de arrepentimiento, un sollozo contenido, un golpe de rabia contra el suelo, un grito de orgullo o desesperación. Nada, permanecía impasible. Al mismo tiempo que lo odiaba por su compostura, lo admiraba por su valía. De soslayo vi que estaba acurrucado, quizá eximiendo su culpa o preparándose para la muerte.

Con una visible y calmosa lentitud, comencé a abrir la puerta.

—Mi nombre es...Nemut.

Lentamente me giré, mirándole a los ojos. Se sentía solo, pero su mirada ya no era la misma.

VIII

—¿Por qué lo haces? —preguntó un día, mirándome con extrañeza.

Era la única pregunta que había hecho desde que estaba prisionero. En ese momento no supe qué contestar, solo le miré sin saber lo qué decir, esperando que viera en mis ojos la respuesta a su pregunta.

En alguna ocasión salía a navegar con Nefertiti en sus citas casi diarias con las aguas del Nilo. Cada vez que me encontraba a solas con ella, mi sangre hervía al sentir el provocativo roce de su cuerpo que fugazmente se esfumaba jugando al gato y al ratón, como dos principiantes infantes en los umbrales de una pubertad. Era un reto personal, mágico, de obscenos pensamientos, sensual. Frenaba mi cuerpo, viéndola como una diosa de cristal, frágil, cercana y lejana a la vez. No quería que esos vitales momentos de pasión mental se desvanecieran en el aire, pero ante tanta provocación, nuestros cuerpos acabaron fundiéndose en una templada mañana en el centro de un bosque de papiros. Sus tallos emergían salvajes, ocultando la visión de curiosos ante dos figuras frenéticamente entrelazadas de ternura y pasión.

Los jadeos se mezclaban con el canto de las aves que visitaban aquel nido de amor, provocando una melodía etérea más propia de los dioses que de dos mortales en un fortuito encuentro amoroso. Su cálido y tenso cuerpo de firmes nalgas y pétreos pechos, brotaba en

contorsiones de gráciles figuras, dominando la experiencia de un arte que moldeaba con sus besos y abrazos en una obra sin prisas por culminar.

Mi brutal pasión, combinada con su sensual calidez, retumbó como el aullido de dos lobos entre la garganta de una montaña, mezclando en un mismo momento el fulgor del día con el hechizo de la noche, y la dulzura con el frenesí. Tumbado boca arriba, retornó a mis pulmones una respiración rítmica, pausada, bajo el cielo azul, testigo de una fusión de sensualidad y placer. Nefertiti yacía sobre mi pecho, acariciándome el rostro sin articular palabra. Su mirada hablaba entre los juncos de papiro, viendo cómo las aves retomaban el vuelo tras calmar su sed en las aguas del Nilo. De nuevo, todo comenzó a cobrar vida a nuestro alrededor, como si la madre naturaleza hubiera hecho acallar a todas sus criaturas para dejarnos inmersos en un mundo que solo pertenecía a nosotros dos.

Continuaba sin hablar. Ya me había acostumbrado a su silencio sin guardarle rencor alguno, ni tan siquiera intentar sonsacarle alguna pista que me dijera qué camino tomar. En mi interior era algo que tenía que hacer, y gracias a Tut me lo podía permitir. Sentí un enorme alivio, sabiendo que nadie lo podía tocar, que estaba bajo mi protección. Aunque bien sabía que más de un detenido había muerto en extrañas circunstancias dentro de su propia celda.

Tenía que evitar que eso ocurriera.

Me encargué de mandar las misivas oficiales con ayuda de Kiya, redactando la muerte de la persona que atentó contra la vida del faraón Tutankamón. Muerte causada por inanición y… varios interrogatorios, usando diversos métodos para hacerle hablar. Recalqué que no había hablado ninguna palabra con respecto al intento de asesinato del faraón. Todo detallado con esmerada rectitud, se repartieron por todo Egipto a los más altos mandatarios, deseando que una misiva llegara a manos del responsable de tal acción y evitando así que vinieran por él para quitarse un testigo del medio, y una prueba irrefutable que haría acabar con su carrera o su vida por alta traición al faraón.

Nos colocamos a la sombra de un tamarindo, fiel compañero de los últimos días que sus hojas cobijaba mis monólogos y los pensamientos de Nemut.

Descubriendo el cesto del paño de algodón que lo protegía del polvo, esparcí las viandas aún calientes sobre el sombrío césped, sentado con las piernas cruzadas en la posición de escriba. Al ver los manjares, Nemut gesticuló su rostro con expresión de sorpresa. Lo ocultó entre sus rodillas, balanceándose como si estuviera llevando el ritmo de una macabra melodía. Levantó las manos unidas por los pulgares y se detuvo. Así permaneció unos segundos.

Jamás lo había visto actuar de ese modo. Pensé que de alguna manera estaba dando gracias a los dioses, bendiciendo los alimentos que iba a comer. Separó sus manos y, con las palmas abiertas, las colocó a la altura del pecho.

—Mi corazón no entrará en las mandíbulas de la devoradora *Ammit.*

—¿A qué viene eso? —pregunté, sorprendido.

Era la primera frase que escuché de sus labios, pero carecía de sentido en una circunstancia como aquella. ¿Le estaría empezando a afectar la soledad de su celda, impregnándose mentalmente de espíritus malignos?

Después de lo que parecía una forma de oración, colocó una mano en mi brazo con una expresión de ternura y miedo, mostrando una fugaz compasión en su mirada.

—¿Cuándo me van a ejecutar?

Su voz tenía un timbre nítido, fuerte. Me acababa de aclarar lo de *Ammit.* Se refería al *libro de los muertos*. Los antiguos egipcios no acostumbraban a utilizar la palabra muerte, sino «pasar al propio *ka.» Ka*, era la manifestación de las fuerzas vitales que presidían la creación y la supervivencia humana o divina. No veían la muerte como un fin, sino como el inicio a una nueva existencia; el viaje al más allá. Después de la preparación y rituales del cadáver, este iniciaba un largo recorrido por el mundo de ultratumba. Anubis, que era el guardián de la necrópolis y dios de la momificación, lo conducía ante Osiris, soberano del reino de los muertos. A partir de ahí se procedía al llamado juicio del Alma, en el que se pesaba el corazón del difunto. Si el peso de las malas acciones era superior al peso de una pluma, *Ammit*, la bestia que se representaba con cabeza

de cocodrilo, mitad superior de leona y mitad inferior de hipopótamo, devoraba su corazón. Si superaba satisfactoriamente esta prueba, debía recorrer un mundo subterráneo lleno de peligros hasta llegar al paraíso.

Nemut imaginaba que al llevarle esos ricos manjares, sería la última comida que haría en el mundo de los vivos.

—Nadie te va a ejecutar —aseguré, extendiendo los brazos—. Solo quiero que compartas estos alimentos conmigo.

Por un momento vi cómo la emoción recorría su cuerpo, hinchando al máximo sus pulmones y dejando caer sus tensos brazos sobre el césped.

—¿Confías en mí? —pregunté, llevándome un dátil a la boca.

—¿Acaso tengo otra elección?

—No es cuestión de elección —respondí—, sino de confianza.

Lo vi sonreír por primera vez. Tuve el sentimiento de que la enemistad se estaba disipando entre los dos. Mi madre, desde pequeño me decía que confiaba demasiado en la gente y que a veces eso no era del todo bueno. Sin embargo, mi abuela, mujer sabia en consejos y buena alumna en la escuela de la vida, desde niño me incitaba al razonamiento, y ante un problema, que fuera mi corazón el que decidiese qué camino tomar. Así lo hice con Nemut.

En ese momento sentía que no estaba ante un aguerrido adversario, sino ante una persona en la que un día pudiera llegar a confiar, alguien que con el tiempo llegaría a ser un buen aliado. Por momentos intuía que era un juego peligroso en el que me estaba metiendo. De momento, Nemut continuaría en la celda y no habría mayor problema, pero ¿iba a permanecer siempre prisionero? Y si no era así ¿Qué papel iba a jugar? Maldije por habérmelo topado en el desierto ¿Le pondría algún día en libertad?

Continué pensando mientras me dirigía a palacio por las sombrías calles, viendo cómo el sol concluía su tarea diaria para dar paso a un rojizo crepúsculo que ya invitaba a ver las estrellas. La paciencia me regaló unas horas en compañía de Nemut que jamás olvidaré. Por fin pude ver cómo asomaban sus sentimientos a través de las palabras.

Los días seguían transcurriendo en Ajetatón con cierta calma. De momento no había prisa por partir hacia Tebas, aunque algunas embarcaciones ya estaban transportando a varios ciudadanos,

incluyendo animales y pertenencias para ubicarlos en su nueva residencia, la ciudad que vio nacer a muchos de ellos y que un día partieron hacia la ciudad del sol, casi obligados por decreto del anterior faraón Akhenatón.

La organización tebana, por órdenes expresas de Tutankamón, se volcó por completo para recibir a los nuevos habitantes, creando una comitiva de recepción en la cual proveían de tierras, casas, y las necesidades básicas para empezar una nueva vida. Varios artesanos ya estaban trabajando en la ciudad de Tebas para el recibimiento y abastecimiento de sus conciudadanos de Ajetatón. Los constructores, bajo el mando del arquitecto Maya, contribuían a la edificación de nuevos barrios adyacentes a los ya existentes. Era cuestión de varias semanas hasta que Tebas estuviera preparada para recibir a una multitud de gente bien organizada, afianzando y dando poder definitivamente a la que antaño fue la más esplendorosa capital de Egipto.

En una de mis rutinarias visitas a Nemut, entablé una conversación a sabiendas de que iba a tocar su fibra más patriótica: el ejército. Le dije lo mucho que me gustaba ir a ver los entrenamientos militares en Tebas, ya que para mí era la guardia mejor preparada de Egipto. Le quise hacer saber que solo el ejército tebano poseía los mejores guerreros en la lucha con espadas, lanzas, tiro con arco, lanzamiento con jabalina y el combate cuerpo a cuerpo.

—¡Qué preparación, Nemut! —Resalté—. Me asombra cada vez que voy a verlos, sobre todo a la elite de guerreros.

De soslayo, vi como se mordía el labio inferior.

—Yo… pertenezco a esa elite de la que hablas —recalcó orgulloso—. Pertenecía.

Sus ojos se hundieron en el suelo mientras jugaba con un palito, haciendo pequeños surcos en la tierra. Hice como que no había escuchado sus palabras.

—Lo que más me impresiona —continué, viendo que en cierto modo disfrutaba con ese tema, aunque parecía sentir un profundo pesar-es la destreza en el manejo de las armas, pero en combate cuerpo a cuerpo… su agilidad es notoria. Poseen una preparación como en ningún otro lugar.

—Yo soy el mejor guerrero de Horem…

No terminó la frase, pero fue suficiente para saber que había estado a las órdenes del general Horemheb.

—¿Qué has dicho? —pregunté como si no le hubiera oído, estirándome para coger unos dátiles de la cesta.

—Que yo era un buen guerrero —susurró, aceptando un dátil y llevándoselo a la boca.

—No lo dudo —le di una palmada en la espalda—. No lo dudo, Nemut.

Le dije las palabras que quería oír, que necesitaba escuchar para sentirse orgulloso, por lo menos ante una persona. Alzó la cabeza con un especial brillo en los ojos, volviendo a sentirse el número uno de su batallón, el primero de la fila, el más leal y aguerrido combatiente.

—Nafer —puntualizó con cierto tono de orgullo—, quisiera que me llevaras ante el faraón Tutankamón.

Ni tan siquiera le pregunté por qué quería estar en presencia de Tut. Solo vi una persona nueva, diferente, con dinamismo. Sin decirle nada, como redimiéndose, tomó el camino hacia su nueva celda. Una cámara más grande que la anterior, limpia, con más iluminación gracias a las hendiduras que traspasaban los rayos del sol a través del techo, incluso una diminuta ventana por la que podía ver a la gente que circulaba por una ancha avenida, evitando que la soledad le volviera loco.

Al cabo de tres días, tal y como había acordado con Tut, llevé a Nemut ante su presencia. Salió de la celda, aseado concienzudamente, con un faldellín que le proporcioné y el contorno de sus ojos adornado con *kohl*.

Con la espalda recta, cerró los ojos y miró hacia el sol.

Bajo propia decisión mía, fuimos solos, sin ningún centinela que nos escoltara para evitar que Nemut lograra escapar. Tenía plena confianza en él aunque a veces me preguntaba por qué. Sabía que no haría ninguna tontería que le pudiera perjudicar. Había algo en Nemut que me revelaba confianza, que no iba a traicionar la que había depositado en él.

En el punto que nos encontrábamos, una delgada línea separaba la traición de la amistad, pero seguía jugando mis cartas, sintiendo que mi contrincante no guardaba un naipe bajo la manga. Cruzamos por la parte trasera del calabozo, adentrándonos en una larga y

estrecha calle. La gente se dedicaba a sus quehaceres. Unos paseaban, otros casi a pie de calle, elaboraban pequeñas artesanías de cuero, bronce, madera etc. los niños jugueteaban con palos y escudos, emulando ser los mejores guerreros de Egipto.

De soslayo vi que Nemut sonreía, posiblemente recordando aquellos juegos de su niñez que un día se hicieron realidad, entrando a formar parte del ejército más importante de Egipto. Al finalizar la calle, salimos a una gran vía cerca del almacén que nos llevó junto a la frondosa vegetación del Nilo. Dando un pequeño rodeo, caminamos por la orilla del río, charlando plácidamente sobre temas que nada tenían que ver con su actual condición.

Nemut era el tercero de cinco hermanos de una humilde familia que se dedicaba a la agricultura, a escasos kilómetros al sur de Tebas. Sus hermanos mayores hicieron todo lo imposible para poder ingresar a Nemut en la *casa de la vida*, para aprender a ser un gran escriba o un buen dibujante que lo acogiera en «el lugar de la verdad», el pueblo artesano que se dedicaba a construir las tumbas reales en el Valle de los Reyes. Desde pequeño tenía buena mano para los dibujos y jeroglíficos, y sus hermanos mayores, sabiendo el don que poseía, querían augurarle un prometedor futuro, pero a él lo que más le gustaba era formar parte del ejército tebano. Tenía un fibroso y ágil cuerpo que le permitía moverse a gran velocidad, tanto en carrera como en destreza con las armas, y así fue, como a los trece años, sus sueños se hicieron realidad. Detrás de él en la escala familiar, tenía dos hermanas con escasa edad de diferencia. Siempre lo habían tenido como un buen hermano, una gran persona que se desvivía por ellas, protegiéndolas de cualquier peligro. Ellas lo cuidaban, lo agasajaban, lo mimaban.

Nemut no pudo soltar las lágrimas contenidas por la ira que soportaba. Sus vidriosos ojos inyectados en sangre, retenían la decepción que su familia sentiría al enterarse que bajo las órdenes de un mando superior, había intentado cometer el mayor ultraje en el país de Egipto: acabar con la vida del faraón. Ese fue su gran problema, que no se dejó guiar por el corazón, sino que su lealtad era tan extrema que cualquier misión la cumplía a rajatabla, pasando por encima de sus sentimientos.

—Nafer, no merezco perdón alguno —susurró con palabras entrecortadas por un llanto contenido—, pero necesito que el faraón

me escuche.

Recorrimos los amplios jardines de palacio por un pequeño camino lateral para evitar ser vistos. La entrevista quería llevarla con la mayor precaución, eludiendo a cualquier persona que pudiera reconocer a Nemut. Los centinelas ubicados en las diferentes entradas de todo el complejo palaciego, desplegaban sus lanzas cuando veían que nos acercábamos a ellos, ya que todos me conocían. Ninguno reparó en la presencia de Nemut. En el vestíbulo de palacio, dos grandes columnas situadas a nuestra derecha, daban acceso a una pequeña sala hipóstila que conducía a otra sala de espera antes de entrar en la cámara de la justicia.

Le comenté a Nemut que esperara mientras anunciaba al faraón de su presencia.

Tut, sentado en las escaleras que accedían a un hermoso trono dorado, hablaba con Kiya, recostado en su regazo. Aguantaba las cosquillas que su madre, con expertas manos, recorría desde el cuello hasta la espalda. Al verme, fue a preparase, mostrando su regia postura aun con el rostro contenido por evitar las cosquillas, mientras, con todo el protocolo escenográfico, fui a llamar a Nemut.

Al entrar se despojó del faldellín, dirigiéndose hacia las escaleras. Se detuvo, mirando a los ojos de Tut y haciendo una leve inclinación de cabeza. Extendió las manos con las palmas hacia arriba, mostrándoselas al faraón en un acto que nada tenía que ocultar al hijo de Horus. Su porte era magistral. Tuve la impresión de que Nemut estaba acostumbrado a tratar con la realeza, con gente noble o sacerdotes que le habían enseñado a establecer los mensajes de respeto y cortesía, mostrando movimientos corporales que ejecutaba milimétricamente. Se tumbó boca abajo con las piernas y brazos separados. No se percató de la presencia de Kiya que estaba sentada a la entrada de la cámara, en un banco de piedra con forma de trono. Yo quise permanecer de pie en las escaleras, como intercediendo por él.

Era una escena emotiva con una gran carga de lealtad.

—Tal y como mi madre me hizo ver la luz en este mundo, me vuelco ante vuestra majestad, dueño y señor del Alto y Bajo Egipto —exclamó Nemut con voz firme y clara—. No estoy aquí para pedir perdón por mi vida, pues merezco la muerte, sino el perdón de atentar contra la vuestra y el daño que os haya podido causar a

consecuencia de ello, mi gran faraón.

El silencio penetró en las cuatro paredes que se alzaban en la cámara de la justicia. Un silencio sepulcral, casi interrogatorio. Me hubiera gustado por un momento tener un don telepático y penetrar en la mente de Nemut para escuchar lo que su silencio decía.

Tut se incorporó de su dorado trono, bajó las escaleras y se sentó en el suelo ante el cuerpo de Nemut que continuaba tumbado boca abajo, desnudo por completo. Le tomó las manos y las unió, ocultándolas entre las suyas.

—Tomo tus manos y te perdono, pues así lo dicta mi corazón —expresó Tut, fuera de todo protocolo—. Pero perdono tu acto. Yo no soy digno para perdonar tu vida. Esa voluntad está en manos de mi fiel hermano Nafer. Levanta y vístete.

Una vez anudado el faldellín, Nemut recayó en la presencia de Kiya, haciendo una genuflexión de respeto durante varios segundos. Se acercó hacia mí, colocando una mano sobre mi hombro con un brillo en los ojos que expresaban fuerza y regocijo.

—Nafer, fiel hermano de mi amado faraón, ya poseo lo que he venido a buscar. Con el perdón de nuestro rey, he limpiado mi alma y estoy preparado para morir.

Lo tenía enfrente a menos de un metro, mirándome, no con ojos de compasión sino de júbilo. Casi se me saltó la risa, pero me contuve. Un joven de apenas veinte años me estaba diciendo que con su alma limpia ya era una persona preparada para morir. Seguí conteniéndome la risa por respeto hacia él, limitándome a sonreír a la vez que le propiné alguna palmada en la espalda por sentir una innegable compasión.

—El faraón del Alto y Bajo Egipto ha perdonado tu acto —me puse con el semblante serio para realzar con gravedad las palabras —. Yo, su hermano, perdono tu vida. Seguirás por el momento en los calabozos de Ajetatón, y a nuestro regreso a Tebas... —no quería que estuviera siempre en prisión, pero de momento no me quedaba otra alternativa—, continuarás en una celda de la ciudad que tanto amas y te preparó para ser un gran guerrero. Pero... —aproveché toda la puesta en escena para intentar sonsacarle el nombre de la persona que mandó matar a Tut— tienes que decirnos quién te ordenó la muerte del faraón.

Se puso rígido.

—Os estaré eternamente agradecido por lo que habéis hecho por mí —enfatizó Nemut, hincando una rodilla el suelo—. Solo los dioses serían tan benévolos, pero no me pidáis lo que no puedo decir. Traicionaría mi lealtad, aunque tú, Nafer, con tu presencia casi diaria a los calabozos me has abierto los ojos. Has quitado la venda que los cubría. Ya no guardo respeto a esa persona que un día adoré casi como un dios y quiso hacerme ver lo que no es realidad. Prefiero morir antes que faltar a mi palabra.

No insistí, viendo su radical postura. La lealtad estaba por encima de su propia vida y sería totalmente inútil seguir con una empresa en la que no iba a obtener resultados que ayudaran en mi investigación. Acababa de presenciar el mayor acto de honor que una persona puede poseer: lealtad a su palabra. De momento, tenía en la lista de sospechosos al general Horemheb, superior de Nemut, al que por lo visto adiestró. Solo eso, pero sin ninguna otra pista que me llevara directamente hasta él.

Reconocí que sería una ardua tarea pero no me iba a quedar con los brazos cruzados, sabiendo que la vida de Tut corría peligro, incluso la mía también.

Cierto día salí a pasear con Kiya en una radiante mañana por la zona donde vivían y profesaban los artesanos.

—Nafer, quiero decirte algo —comentó con voz pausada—. Viendo el cariño que sientes hacia Nefertiti, no puedo reprimir el contarte lo mal que lo pasó en los últimos años con Akhenatón. Debido a la indiferencia que el faraón tenía hacia Egipto, tuvo que tomar las riendas para gobernar un país que se estaba desbocando poco a poco. Desde sacerdotes a militares, estaban gobernando el país a su antojo, viendo que Akhenatón se dedicaba en exclusividad a su dios Atón. Nefertiti, viendo las deficiencias de su pueblo que era menospreciado por la supremacía de estos altos cargos, tuvo que empezar a regir la nación desde la sombra, hasta que algún militar se dio cuenta que las decisiones más importantes no partían del faraón, sino de su esposa Nefertiti —saludó con la mano a un artesano que portaba un manojo de fibras vegetales para el uso de

la cestería—. Urdieron una trama que consistió en alentar al faraón Akhenatón a continuar con sus plegarias al dios Atón. Lo reverenciaban, diciendo que gracias a ello Egipto era un país diferente, próspero, lleno de luz y vida. Que Egipto jamás había tenido un rey tan entregado a su pueblo, que se había convertido en la perfecta unión de lo carnal y lo divino etc. etc. Al cabo de un tiempo, estos altos cargos habían penetrado tanto en la vida del faraón que habían conseguido su primer propósito: formar parte de la plena confianza de Akhenatón para empezar a mover los hilos a conveniencia de cada uno. Su oposición era Nefertiti, que se interponía ante ellos, convenciendo a su esposo con los escasos vestigios de amor que él sentía hacia ella. El siguiente proyecto de estos desleales, fue abaratar el prestigio de Nefertiti, convenciéndole que el dios Atón era el único dios que verdaderamente había compenetrado con un faraón. Aprovechando unos días nublados sobre la ciudad, impidiendo que los rayos de sol penetraran en la capilla de oración, le convencieron de que Atón estaba decepcionado porque el país lo manejaba una mujer indigna de tal merecer, una mujer que ni tan siquiera era una ferviente adoratriz: Nefertiti.

Kiya, a veces, entrecortaba las palabras a causa del sollozo que provocaban los recuerdos de una mujer que adoraba como a una madre. Una jovencita se acerco hasta nosotros para saludarla en un cariñoso abrazo. Era la hija de Tutmosis, un amigo escultor de la familia real al que habían encargado numerosas obras, y que según Kiya, no solo plasmaba en un busto las facciones físicas del rostro, sino que, como conducido por la mano de los dioses, se dedicaba a esculpir los propios sentimientos de aquellos que posaban para él.

Como un fogonazo de luz, vino a mi memoria el busto de Nefertiti, el que los arqueólogos, excavando la ciudad en la cual me hallaba, encontraron entre cuantiosas piezas de escultura en el taller de Tutmosis, el bello busto que en mi otro tiempo se conservaba en el museo de Berlín, y que Egipto deseaba tenerlo a toda costa entre sus más preciadas joyas arquitectónicas.

El escultor que se asomó por la puerta al oír las chanzas de su hija, nos invitó a pasar a su taller, ofreciéndonos un refrigerio de bienvenida y elogios hacia el faraón. Era de expresión taciturna, de frases cortas, sin embargo, sus palabras llenas de sinceridad,

mostraban una notable educación que bien se asemejaba a la de un alto dignatario acostumbrado a la realeza, a diferencia de que en sus ojos se podía apreciar toda la esencia de la humildad. Mientras Kiya charlaba con él, su hija me enseñaba orgullosa las esculturas de su padre, instruyéndome en una magistral clase de talla y pulido. Me quedé absorto ante las explicaciones de una chiquilla de apenas doce años que ya casi dominaba el arte de su padre.

Tras despedirnos, cogimos un amplio camino cubierto de árboles, que conducía por la parte final de la zona de los artesanos hasta las inmediaciones de palacio.

—Bueno, ¿Dónde lo habíamos dejado? Ah, ya recuerdo —prosiguió Kiya, entrelazándose a mi brazo—. Cuando Akhenatón quedó convencido por las palabras que desprestigiaban a Nefertiti, hizo que jamás se volviera a escribir sobre ella, desproveyéndola de cualquier responsabilidad y decisión sobre Egipto. Así, Nefertiti se sumió en un caos, viendo cómo su pueblo entraba en la decadencia, provocándole una apatía que le duró hasta la muerte de su esposo. Tut, que siempre la había adorado, cuando subió al trono le concedió la potestad que Akhenatón le quitó, pero aun así, no era la misma de antes. Tú, Nafer, le has devuelto la alegría y las ganas de vivir que siempre ella había tenido.

Kiya abrevió en tan solo un momento las desdichas que padeció durante algunos años la mujer que no solamente era una agradable compañera, regalándome todo su placer, sino una gran luchadora que supo mantener hasta el último momento la gallardía necesaria para enfrentarse a unos cuántos esbirros, ávidos de poder.

Alterando mis sentimientos más profundos, tras las pequeñas pinceladas de la vida de Nefertiti que Kiya, cogida de mi brazo, relató, sentí la necesidad de llegar hasta ella y abrazarla con ternura. Solo eso, abrazarla y succionarle la impotencia que albergaba su mente de no poder conducir Egipto como le dictaba su corazón, de no poder barrer de un plumazo a las hienas carroñeras que empezaron lamiendo los pies del faraón, y que gracias a este, y al edicto que en su lecho de muerte proclamó para que su hijo Tutankamón subiera al trono, no pudieron poner fin a sus empresas, llegando a evitar el galopante deterioro de un próspero país que tan solo necesitaba una mano firme para gobernarlo.

Con los escasos conocimientos que tenía sobre la política del

antiguo Egipto, las conversaciones que mantenía con Kiya y lo que estaba viendo a mi alrededor, saqué la conclusión de que había pocas diferencias entre las políticas de una época y de la otra, y por supuesto, las que entre esos periodos habían existido, resumiéndolo todo en una palabra: poder. Iba siendo hora de aprender los entresijos políticos que manejaban los poderosos, a los que el faraón había entregado toda su confianza para gobernar un país que se sentía orgulloso, digno y merecedor de tener un faraón que supiera repartir y compartir las maravillas que ofrecía esa tierra.

Cuántas veces deseé contarle a Kiya mi verdadera vida, mi procedencia, pero era imposible, me tacharían de loco y perdería una relación que se había fraguado a través de la cordura y sinceridad. Sobre todo a una mujer que la sentía como una gran amiga, como si la hubiera llevado siempre en mi corazón. No solo a ella, sino a también a Tut, Ankhes y a Nefertiti. No podía desvelar algo que necesitaba clamar a los cuatro vientos y que estaba royendo mis entrañas por no poder compartir algo tan sencillo como los recuerdos de mi vida.

Cierta mañana que fui a despertar a Tut para cabalgar hasta las colinas, no pude dar crédito a lo mis ojos veían. En una esquina de la habitación, cerca de la cama, había una estatua de medio cuerpo de Tut, cuando apenas tendría siete u ocho años. No era la primera vez que la veía, casi siempre sonriendo por el aspecto infantil que el escultor le había plasmado en un cuerpecito un tanto enclenque y debilucho, pero que fue forjándose hasta convertirlo en un cuerpo, aunque delgado y fibroso, en atlético y bien proporcionado.

La estatua perfectamente pulida llamó mi atención, atrayéndome a su lado hasta enfrentarme cara a cara con ella. De su cuello pendía un colgante. La copia exacta del escarabeo que había hecho posible mi presencia en el antiguo Egipto; el escarabeo que vi en la vitrina del museo del Cairo. Cogiéndolo entre mis manos para sentir su contacto, un cosquilleo recorrió mi cuerpo, recordando meses atrás el rumbo que mi vida iba a tomar gracias a un colgante gemelo al que tenía ante mí.

Vino a mi memoria todo lo que viví desde que vi por primera vez a Tarik, y la aventura que juntos emprendimos.

Ladeé la cabeza, mirando por el amplio ventanal los bellos edificios hasta donde alcanzaba mi vista. Recordé cómo en el otro

lado del tiempo, los arqueólogos dedicaron años en sacar a la luz los cimientos de la ciudad de Ajetatón. Los últimos vestigios de lo que fue la capital de Egipto, todo un ejemplo de planificación urbanística. Y allí estaba yo, viviendo in situ cientos de años antes a esas excavaciones arqueológicas. Que privilegio —me enorgullecí —, que enorme privilegio.

—¿A que es hermoso?

Tut entró en la habitación, masajeando su rasurada cabeza con un perfumado aceite que, tras la maceración de unas hierbas recogidas justo después de la crecida del Nilo, evitaba los posibles efectos de la insolación.

—¿Por qué no lo llevas puesto alrededor de tu cuello? Jamás te lo había visto —objeté, sujetando el amuleto entre mis manos.

—Porque… es muy especial para mí. Proviene de un faraón antecesor del cual llevo su sangre: La reina Hatshepsut. Ella hizo un pacto con la diosa Isis y el Dios Horus, entregándole estos la piedra de la cual se talló el preciado amuleto que sujetas entre tus manos. No sé de qué pacto se trató, pero su poder no tiene comparación. Cuando regresemos a Tebas, te lo mostraré.

Ese día no fuimos a cabalgar, ni a practicar el tiro con arco, ni al almacén para hacer gimnasia, ni a nadar a la piscina. Ese día Tut estaba invadido por una nostalgia que se reflejaba en sus ojos, pero al mismo tiempo lo notaba inquieto, perdido y sumido en unos pensamientos que apenas le habían dejado dormir. Nos fuimos por una vereda paralela al Nilo, paseando entre la verde vegetación que emergía a nuestro paso, oyendo el aleteo de las aves que emprendían el vuelo al escuchar nuestros pasos.

—Nafer… ¿Quién eres? Preguntó, apresando mi brazo para detener nuestro paseo.

Fue una pregunta que no me pilló de sorpresa. Sabía que algún día me la formularían, pero no supe contestar. Estaba tranquilo, pensativo en la respuesta a su pregunta, pero no quería mentirle ni tampoco decir la verdad. Clamé a los dioses para que pusieran palabras en mi boca que resultaran coherentes para Tut. Palabras que tendrían sentido sin ocultar la realidad con una larga distancia de 3300 años de diferencia. ¿Cómo le tendría que explicar… que había aparatos de metal con varias toneladas de peso que surcaban los cielos a gran velocidad? Que vine a través de un largo y estrecho

túnel sin saber cómo, que pedaleando sobre una bicicleta puedes recorrer grandes distancias con poco esfuerzo, o que puedes hablar con otra persona a miles de kilómetros de distancia el uno del otro, con un pequeño aparato que cabe en la palma de la mano. ¿Cómo le podía decir esas y otras tantas realidades para mí, pero sin duda inverosímiles para él?

—Tut, soy Nafer, simplemente Nafer —quise camuflar su pregunta, pero desconocía el por qué de sus pensamientos. No quería que profundizara sobre el tema para no tener que descubrir mi vida, pero un cierto nerviosismo me invadía por querer conocer su incertidumbre—. Pero... ¿por qué dices eso?-

Sabía que era una pregunta que me podía poner entre la espada y la pared, pero necesitaba salir de dudas.

—Apareces con frecuencia en mis sueños —declaró, sentándose sobre unos juncos de papiro, esparcidos por el suelo—, incluso en los de mi amada Ankhes. Eres hijo de la tierra, has venido de la nada y me has salvado la vida en tres ocasiones —Por lo visto me vio salir por la puerta que tras el largo túnel se abrió en la montaña del Valle de los Reyes. Sin duda no quise ahondar en la metáfora—. Si te necesito, estás conmigo —prosiguió—. Rebates alguna de mis ideas y eso me satisface, pues nadie más lo hace. No me consideras como el gran faraón de Egipto y eso me agrada. No te postras ante mí, sino que tomas mi mano. Me alientas con tus palabras, me tratas con sencillez, juegas conmigo ¿Acaso eres un enviado por los dioses para iluminar la oscuridad de mis pensamientos? Te llamo hermano casi desde el primer momento que te vi, y en realidad eso es lo que siento. Y tantas otras virtudes que me has regalado con tu presencia, sin ir más lejos, Nemut, que aunque estuvo a punto de matarte, has perdonado su vida. Nadie, Nafer, nadie... lo habría hecho excepto tú, por eso presiento que eres un enviado.

Languideció en sus pensamientos con la mirada sobre las tranquilas aguas del Nilo, entrelazando entre sus manos las hojas secas de papiro que se esparcían a nuestros pies.

—Tut —le susurré, apoyando una mano sobre su desnudo hombro—, no creo que debas preocuparte por todo lo que me acabas de decir. No soy un dios, ni un enviado por ellos; soy solamente Nafer. Tú me encontraste perdido en las montañas, caí enfermo por la insolación, me diste cobijo y me curaste. Me regalas

con tu compañía, y yo también te siento como un hermano. ¿No crees que solo con eso, siempre estaré endeudado contigo y con toda tu familia?

Ladeé la cabeza, mirándolo de reojo con una picara sonrisa en los labios. No quiso ahondar más en el tema. Se puso de pie y me retó a una carrera hasta palacio. Tuve la necesidad de ganarle para que solo pensara en ello, y no en quién era yo, aun así le debía una explicación.

—¡Eh, quieto ahí! —Nemut gritó y salió corriendo a gran velocidad—, ¡detente! —grito al tiempo que se abalanzaba sobre un hombre que empuñaba una pequeña daga contra un harapiento que se tambaleaba con los brazos en alto para evitar el ataque. El agresor se giró al oír los gritos de Nemut. Si no llega a ser por su rápida reacción, ese pobre desgraciado que había robado una sandia y una pequeña cesta de dátiles, habría acabado con la daga clavada en alguna parte de su cuerpo.

Al acercarme, Nemut tenía dominada la situación. Calmó los nervios del comprometido altercado e hizo que el ladronzuelo pidiera perdón a la víctima del robo, quedando todo en unos cuántos improperios y aspavientos un tanto excesivos. Nemut no pareció darle mayor importancia al suceso, dirigiéndonos hasta las afueras de la ciudad desde donde se veían las colinas que le cambiaron la vida, aquellas que cegado por su lealtad, estuvo a punto de truncar dos vidas; la suya y la de Tut, o la mía.

Aún sorprendido ante la rápida reacción de Nemut con el suceso del ladronzuelo, continuamos por unas estrechas calles que zigzagueaban por la zona de los artesanos. Las viviendas de dos plantas en su mayoría, dedicaban la parte baja para sus trabajos. Otras disponían de un patio interior con una puerta que daba a la calle. Estas eran algo más pudientes, llegando a separar la vivienda, del lugar que destinaban a sus labores de artesanía. Paseábamos junto a una pequeña fábrica de ladrillos de adobe, que una vez secados al sol los apilaban junto al muro exterior del patio, cuando de repente, en un inesperado y brusco movimiento, Nemut

desapareció de mi vista para ir a esconderse detrás de una pequeña muralla de ladrillos recién secados.

Extrañado ante su comportamiento, le vi asomar la cabeza para dirigir su mirada hacia cuatro hombres que estaban hablando a las puertas de una cervecería.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja sin querer llamar la atención.

Ese día se estaba convirtiendo en una caja de sorpresas.

—Acabo de reconocer a una mala bestia que no quisiera que me viera —contestó, mientras dirigía la vista indistintamente hacia mí y al pequeño grupo.

Apoyado en la pared junto a Nemut, disimulaba estar a la sombra sin que se me viera mucho. Un componente del grupo miraba nervioso hacia todos los lados para evitar que nadie los oyera, o para avisar de alguna presencia con la que no se querían topar. Por lo visto el grupo no había recaído en nosotros, ya que seguían en la misma postura sin sentirse observados.

—¿A quién te refieres?

—Al que está de espalda —Nemut se agazapó, como un chiquillo jugando a esconderse. Lo vi sudoroso y algo nervioso—. Su nombre es Sonofer, y he peleado con él en dos ocasiones; una mala bestia, Nafer.

Al girar la cabeza para hablar con el hombre que tenía a la izquierda, pude ver su perfil con total claridad. Lo reconocí; sabía de quién se trataba.

El pequeño grupo comenzó a andar, dirigiéndose hasta el final de la calle. Los perdimos de vista cuando giraron a la derecha para ir en dirección de una concurrida vía: gran arteria donde confluía todo un dédalo de sombrías y tranquilas callejuelas.

—Mientras tomamos una cerveza, me cuentas de qué va todo esto —pasé el brazo sobre sus hombros, intentando apaciguar la tensión que habían provocado esos personajes que no tenían buena pinta, dándole unos leves zarandeos para despejar sus recuerdos—. Creo que te hará falta.

Detrás de un pequeño tablero de madera, sujetado sobre dos grandes y viejas vasijas de barro, una guapa camarera con los pechos ocultos tras una tela semitransparente, nos sonrió al entrar. Enseguida llegó otra muchachita de no más de dieciocho años, que empezaron a coquetear con nosotros entre pícaras sonrisas e insinuantes movimientos, comparándolas como diosas del Nilo en su teatral contoneo. Tras unas hábiles bromas que Nemut fue componiendo con destreza en el manejo de las palabras, sobre todo con la camarera que se acercó hasta nosotros, cogimos unas *Higit*: cervezas endulzadas con miel o con dátiles, que tras su fermentación, guardaban en un agujero cubierto con hojas de palma y resinas a modo de aislante para conservar su frescura.

Fuimos al fondo del local para sentarnos entorno a una pequeña mesa. La suave luz que entraba a través de una pequeña ventana, estaba cubierta con una cortinilla de color azul.

Paseando la vista por todo el local y viendo el recibimiento con el que agasajaban las bellas camareras, comprendí el éxito de las *casas de la cerveza* que tanto gustaban en el antiguo Egipto. Consideradas como casas de mala reputación, las prostitutas luchaban por hacerse un hueco entre la competencia, llegando algunas a ser consideradas como las diosas del placer, rango equivalente a las prostitutas de gran lujo.

—No es de mi incumbencia, Nemut, pero ¿de qué conoces a Sonofer? ¿Por qué has evitado que te viera?

Después de un largo trago en el que casi apuró la jarra de cerveza, sentí cómo los pensamientos corrían despavoridos por su mente, intentando encontrar una puerta de salida para apaciguar su ira. Miraba a su alrededor para cerciorarse que nadie más le oyera. Se inclinó hacia adelante, colocando una mano sobre mi antebrazo, y guardo un momento de silencio antes de tomar una gran bocanada de aire. Miró mis ojos, pero con la mirada perdida, como si el recuerdo lo trasladara en cuerpo y alma a esos momentos de su vida.

Dio otro largo y lento trago a la jarra de cerveza.

—Sonofer, como bien te he dicho, es una mala bestia. Aparecía en nuestros entrenamientos sin ser avisados. No era el caso de otros maestros en las artes de ataque y defensa, de los cuales teníamos previo aviso de su visita. Nos colocaba en círculo, y él, desde el

centro, lanzaba una flecha al aire y al que más cerca le caía lo hacía salir al medio y ahí comenzaba su entrenamiento. Éramos veinte los guerreros que estábamos en el adiestramiento para pertenecer a la elite superior. Recuerdo que en esos días pensé lo orgullosa que se sentiría mi familia —bajó la cabeza con los ojos cerrados, trayendo seguramente a la memoria los rostros de sus seres queridos—. Uno de nuestro grupo murió tras sus bestiales practicas en la arena —me apretó el brazo con fuerza, mientras su mirada perdida en los recuerdos destellaba momentos de ira y rencor, tensando las mandíbulas a la vez que hinchaba sus pulmones a través de los ensanchados orificios de la nariz—. Como te decía, el que salía al centro, sin tan siquiera aprender las técnicas de defensa ante su ataque, era objeto de una contundente paliza que nada tenía que ver con el arte de la guerra. Tras su patético ensañamiento, el cuerpo cubierto con una mezcla de sangre y arena, tenía que ser retirado cuidadosamente por el resto del grupo para ser atendido por las manos de un medico. A veces solían quedarles secuelas que tardaban en curar —la apatía y el pesar de su relato desapareció de repente, enderezando la espalda con una mirada altanera y orgullosa.

—Y eso ¿se permitía?

No pareció escuchar mis palabras. Estaba inmiscuido por completo en los recuerdos que atenazaban su mente.

—Dos veces cayó la flecha ante mí. La primera, sin ver por dónde venían los golpes, perdí el conocimiento después de caer de rodillas y sentir el golpe de su pie desnudo sobre mi cabeza ¡Dos cervezas, preciosa! —levantó la voz a una camarera que parecía distraída, a la que Nemut no quitaba ojo de vez en cuando. Tras acariciar su trasero, bebió un pequeño trago y continuó—. Antes de que la segunda flecha rozara mis pies, despertaba todos los días mucho antes del alba, dedicándome durante horas a ejercitar mi cuerpo, tanto en musculatura como en rapidez. Yo mismo, me imponía rigurosos y severos ejercicios que no nos enseñaban en los entrenamientos, sino que los aprendí en esas contiendas, viendo como se movía y actuaba Sonofer cada vez que aparecía ante nosotros. Cuando me tocó salir al centro del círculo, con la flecha clavada en el suelo, cerca de mis pies, miré hacia arriba, cerré los ojos e imploré a los dioses fuerza y valor para enfrentarme a él —

posó de nuevo la mirada en la guapa camarera, intentando dulcificar sus recuerdos mientras recorría su grácil cuerpo entre miradas que destellaban lujuria y pasión—. Logré esquivar dos golpes, pero el tercero me derribó. Desde el suelo, vi como echaba su cuerpo hacia atrás para coger impulso y propinarme un potente golpe con el pie. Con rapidez, rodando por el suelo a la vez que me propulsé con los brazos, conseguí escabullirme en el preciso momento que lanzaba con furia su mortal golpe de pie. Levantándome ante su rabiosa mirada por haber fallado el ataque, contemplé los rostros satisfechos de mis compañeros, que sin palabras me animaban a ridiculizar a Sonofer.

—¿Otra cerveza?

La camarera se sentó en las rodillas de Nemut, susurrándole algo al oído. Este asintió, y la joven, sellando un cálido beso en sus labios, se levantó. Nemut no dejaba de mirarla mientras se alejaba, contoneando sus caderas.

—Perdona Nafer —continuó, frotándose las manos por la cara—. ¿Por dónde iba? ¡Ah sí! Sabía que aún aquello le enfurecería más, teniendo a alguien que por lo menos no recibía todos los golpes que lanzaba. Hacía amagos de intentar atacar —Nemut representaba con sus manos sobre la mesa, cómo los dos aguerridos contrincantes luchaban por su propia victoria—, pero aun estando al borde de los nervios, no me movía hasta ver que su movimiento era para lanzar una nueva embestida. En más de una ocasión logré detener sus golpes con piernas y brazos, no sin ello, recibiendo algún que otro puñetazo, que debido a la tensión de mis músculos, apenas sentí dolor. Allí estábamos los dos, en el centro de un círculo humano, eufóricos todos ellos por el nuevo acontecimiento que estaban presenciando —Nemut hinchaba el pecho, golpeando con el dedo índice el centro de la mesa—. Eso me engrandecía, viendo a Sonofer estático, pensativo y dispuesto a lanzar otro ataque. Pero en su movimiento falló algo, quizá a causa de los nervios, así que aprovechando la lanzada de su dubitativo golpe, lo esquivé, girando mi cuerpo y dando un preciso impulso para asestarle con el codo un certero golpazo en la cara, logrando que cayera al suelo sin poder ponerse en pie. A partir de ahí empezó mi nueva vida. Una vida que de no ser por ti... ya estaría truncada.

Su mirada era compasiva y limpia, expresando gratitud.

Desprovisto de la arrogancia con la que le conocí, noté que se quitó un gran peso de encima al revelarme el origen de sus andanzas militares a nivel profesional, pero guardaba dentro su mayor vergüenza, la de ser un leal guerrero de Egipto y sin embargo querer asesinar a su faraón.

No le quise presionar. Bebí el último trago de la jarra y me incorporé, dirigiéndome hacia el pequeño mostrador del local.

Él imitó mi acto, pero lo detuve a mitad de camino.

—No Nemut, tú quédate aquí —miré con picardía en dirección a la camarera, guiñándole un ojo. Nemut lo entendió a la primera, revelando una amplia sonrisa. Su mirada mostraba la ilusión de un niño desenvolviendo un regalo. No se sentía merecedor de ese acto de amistad y libertad, pero cerró los ojos y, con una leve inclinación de cabeza, tomó a la joven de la mano y desaparecieron tras una vieja cortina que ocultaba las escaleras que daban acceso a la terraza—. Yo te esperaré ahí afuera, no tengas prisa.

—Nafer, ¿Por qué haces todo esto? Nadie en el entorno que yo me he movido haría algo similar. Por menos, me habrían ejecutado hace tiempo. ¿Quién soy yo para merecer todo lo que me estás dando? —Se cubrió la cara con las manos—. Cuánto me duele la herida que llevas en tu espalda.

Negando con la cabeza, parpadeó una visible emoción.

—Bastante más gente de la que tú te crees —le respondí, viendo cómo unos niños corrían nerviosos, mirando hacia todos los lados mientras jugaban a esconderse entre los sacos apilados bajo un cobertizo—. Hasta el mismo faraón lo ha hecho.

Al llegar cerca del gran almacén, vi a Tut a lo lejos que se encaminaba hacia los establos, seguido por cuatro de sus guardias que se quedaron en la puerta.

Me acerqué con Nemut, y al entrar, lo vi cepillando a uno de sus caballos.

—¡Nafer! me alegro de verte —comentó, dirigiendo su mirada hacia Nemut—. Tengo una grata noticia que darte. Horemheb acaba de llegar a la ciudad. Voy a recibirlo.

Miré a Nemut. Estaba palideciendo y su frente empezó a brillar a causa de las minúsculas gotas de sudor, producidas por un repentino estado de nerviosismo.

—Enseguida iré a palacio —me excusé, dirigiéndome hasta *Furia* con algo de fruta entre mis manos.

Nemut hincó una rodilla en el suelo a los pies de Tut y ejecutó un rápido movimiento su cabeza.

—Oraré a los dioses para que siempre os protejan y os den fuerza —Nemut alzó la voz, firme y clara.

Tut me miró y sonrió.

Después de acompañarlo a su celda, me dirigí a palacio como había prometido a Tut. Casi toda la tropa del ejército de Ajetatón había formado un ancho pasillo que iba desde el embarcadero hasta la entrada de la ciudad, cerca de palacio. Los vítores tronaban por todo en recorrido, ensalzando a su general, al que en un futuro no muy lejano llegaría a ser el faraón de Egipto. Claro está, él y algún que otro lo supondrían, yo, lo sabía.

Al llegar a la escalinata, en cuya cúspide unas grandes columnas flanqueaban el acceso a la ciudad, agasajado con flores, vino y fruta fresca, fue recibido con todos los honores que su cargo merecía. Acabado el recibimiento protocolario, se despojó de su pesado atuendo, quedando con un sencillo faldellín bajo la agradable sombra se unos sicomoros en el centro del jardín. Los frescos, incluso fríos días, daban paso al tórrido sol que sobre nuestras cabezas calentaban las tardes como el fuego de una fragua. Tut le preguntaba al general sobre los avances militares, ya que deseaba tener un ejército preparado para cualquier intromisión inesperada. Kiya, Ankhes y Nefertiti, sobre la vida general de Tebas: comercio, agricultura, los nuevos ciudadanos, administración, pero, sobre todo, las nuevas tendencias de moda. Horemheb tenía respuesta a todas sus preguntas, puesto que Tut en su ausencia le dejó como corregente y visir de todas las principales funciones.

Cuando dirigía su mirada hacia mí, tensaba las cejas como si le estuviera haciendo daño lo que estaba viendo. Tal vez habría adivinado que era un posible candidato de mi lista negra, aunque de momento era el único, pero a falta de pistas que me harían sospechar con algo factible, ni tan siquiera se le podía llamar candidato. Tenía un gran poder de interlocución y un carisma

agradable, aunque fuerte, a la vez que persuasivo. Sus rápidos cambios faciales dotaban de vida cualquier conversación, sobre todo cuando estaba en presencia de la familia que me acogió.

IX

Al incorporarme, con un fuerte dolor de cabeza, no había el menor rastro de él.

¿Por qué esa animadversión hacia mí? ¿Pensaría que era un obstáculo en sus planes? ¿Tal vez se culparía de no haber entrenado lo suficiente a Nemut, y que su flecha no impactó en el corazón de Tut o en el mío? Esas y otras preguntas me hacía, sabiendo que ante mí tenía un poderoso y aguerrido rival con el que de una manera u otra, sabía que algún día lo tendría que desenmascarar.

Ardua y difícil tarea, me decía a mi mismo una y otra vez mientras bajaba las escaleras para ir a cenar junto al estanque, donde ya todos estaban reunidos. Era Tut quien se encargaba de organizar esas cenas para sentirse abrigado con el calor de su familia.

—¿Qué te ha pasado?

La observadora Kiya se percató del golpe en mi rostro. Su susurrante y dulce voz hizo que nadie de los presentes, a excepción de Horemheb, se diera cuenta de la fatídica contusión.

—Tranquila Kiya, solo una caída fortuita.

No la convencí. Contestándole de manera perceptible solo para sus oídos, hizo una mueca de incredulidad sin querer profundizar en el tema. Solo sus ojos me regalaban esa chispa de humor, volviéndome a una serena realidad. La alegría era el detonante primordial entre los comensales reunidos, viendo cómo Horemheb

desbordaba simpatía con cada uno de ellos.

Nuestras miradas se cruzaban en un reto constante. En ningún momento bajé la vista, intentando escudriñar en sus pensamientos y estudiar minuciosamente sus gestos, su comportamiento. Quise adivinar en sus ojos, rencor, odio, apatía, celos, animadversión, pero no, no había nada de eso. Su mirada era tranquila, serena, incluso compasiva y a veces con un cierto matiz de orgullo hacía mí. Me desconcertaba. Parecía poseer un gran poder para manipular el sentimiento en tan solo un movimiento, un pequeño gesto. Con su mirada, seguro que era capaz de escudriñar los pensamientos más ocultos de un posible adversario.

Horemheb se apoyó en una pequeña columna para calzarse las sandalias. Mi corazón latía nervioso, retumbando en mis oídos. En el momento que salió al exterior, emprendí una rápida y sigilosa carrera hasta el aposento de Kiya. Me relajé, viéndola dormir plácidamente. Con el temor que recorría mi cuerpo, pensando en un tortuoso desenlace, me di cuenta de mi estado nervioso. Quizá estaba viendo más allá de lo que mis ojos podían ver. Me sentí con la enorme responsabilidad de una protección que se me estaba escapando de las manos, ya que tan siquiera tenía la más ínfima prueba sobre Horemheb, pero... todo resultaba extraño.

Salí al jardín con la intención de refrescar mis ideas, dándome un chapuzón en la piscina que mecía entre sus aguas los albores de un nuevo amanecer. Ese embrujo invitaba a sumergirse en sus remansas y silenciosas aguas, apropiadas para relajar mi estado de alteración. Solo pretendía permanecer en estado de acuosa ingravidez.

—Ja, ja, ja —escuche a mi derecha la jocosa y sarcástica carcajada de Horemheb, que apoyado en una pared del edificio, se reía moviendo la cabeza—. ¿Se encuentra bien Kiya? —comenzó a andar, dirigiéndose hacia los establos mientras alzaba la mano—. Vas por mal camino, Nafer, no te equivoques.

Sus palabras rebotaban dentro de mi cabeza como una pequeña pelota de goma, difícil de atrapar. Solo el suave chapoteo de las

tranquilas aguas, lograban el efecto sedante que en ese momento necesitaba para pensar sobre Horemheb. Intenté deducir el significado de sus palabras. Apenas lo conocía. Según las personas que me rodeaban, decían que tenía un fuerte carácter, apreciándolo como una gran persona. A veces le gustaba reírse hasta de él mismo, llegando a ser centro de atención en la mayoría de reuniones, sobre todo cuando asistía en presencia de la familia real.

Tumbado sobre la hierba mientras secaba mi cuerpo con los primeros rayos de sol, esperé a que Kiya, como buena madrugadora, hiciera su aparición para tonificarse con las limpias aguas de la piscina. Quería formularle infinidad de preguntas acerca de Horemheb, pero me parecía descortés atosigarla sobre un hombre al que supuestamente parecía adorar.

Con delicados pasos se acercó por detrás, costumbre ya habitual en ella, dándome un suave beso en la mejilla y deseando que los dioses me fueran propicios para ese hermoso día.

—¿Qué te preocupa, Nafer?

Con su alentadora sonrisa, solamente ella presentía que algo me rondaba por la cabeza.

—Que ¿qué me preocupa? —me exalté, debido a mis turbulentos pensamientos—. Me preocupas tú, Ankhes, Tut, Nefertiti... Me preocupáis todos. No podría soportar que alguien os hiciera daño— mientras hablaba, Kiya acariciaba mis cabellos, sedando una desmesurada inquietud. Fue un momento de rabia que desahogué con sus caricias.

Pensé en mi vida, en que acabaría los días en ese lado del tiempo junto a una familia que amaba. Pero no, no podía alterar la historia, y si seguía ahí, sabía que iba a sufrir por acontecimientos que de antemano conocía: la muerte de mi querido hermano Tut a tan temprana edad, la de Kiya o Nefertiti, que los arqueólogos perdieron su rastro por esa época sin saber si murieron o simplemente fueron borradas de las escrituras por motivos políticos. El matrimonio de la pobre Ankhes con el viejo Gran Visir Ay... Más de una vez intenté borrar de mi memoria toda la documentación que desde niño había acumulado a lo largo de varios años. Había Leído y releído, asimilando todo lo que caía en mis manos: un libro, un video, un recorte, una revista, todo lo que tenía que ver con el antiguo Egipto. Pero lo que más me dolía, era conocer los aspectos

más importantes de mi nueva familia: nacimiento, vida y muerte.

No quería ver todo aquello si no podía alterar los acontecimientos de la historia, pero no tenía otra opción. ¿O tal vez la tenía? Disuadí tal idea. Por nada del mundo quería verme involucrado en los cambios que se producían en ese lado del tiempo. Sentía la necesidad de estar al margen, pero en realidad no me daba cuenta hasta qué punto estaba implicado, hasta dónde habrían repercutido los sucesos acaecidos desde mi llegada, por insignificantes que fueran. No, pensé sumido en mis continuas divagaciones. La historia ya estaba escrita, y yo tan solo era un mero espectador. Volví a la realidad ante las susurrantes palabras de Kiya.

—Hay algo más que te preocupa. Lo noto desde hace tiempo y lo corroboraste el día que llegó Horemheb ¿no es cierto, Nafer?

—Claro que es cierto —rebelé—. Desde el atentado contra Tut, sospecho de todo lo militar, pues sé que proviene de esa esfera la persona que ordenó la eliminación del faraón para instaurar una nueva política acorde a sus vanidades. Pero Kiya —apreté sus manos entre las mías, mirándola con toda la dulzura que se merecía, sabiendo que esas palabras hacían daño a cualquier madre —. Ni por todo el oro del mundo me gustaría que Horemheb se enterara que Nemut sigue con vida. Si llega el caso se lo contaré, pero de momento...

Fueron sus manos las que ahora apretaron las mías.

—Sobre este tema que tanto te preocupa —me tranquilizó Kiya —, que tus pensamientos naveguen como las tranquilas aguas por el cauce del Nilo. Pero Nafer, de Horemheb no pienses como lo estás haciendo. Confía en mí.

Desde ese mismo instante disipé todas las dudas que tenía sobre Horemheb, recordando su brutal puñetazo y la jocosa carcajada con la que rubricó en la templada noche que me dirigía a mi habitación. Kiya parecía conocerlo bien y sabía por qué lo decía, así que preferí olvidarme del único y posible candidato que tenía como presunto cabecilla sobre el atentado del faraón.

—Acompáñame, Nafer —me invitó Ankhes—. Quiero ir a visitar a una buena amiga.

Rodeando su brazo por mi cintura, sentí en esa cercana y agradable presencia a una sutil mujercita que desbordaba cariño por cada poro de su piel.

Apoyada en mi hombro, nuestro lento caminar llegó rápido a su destino, escuchando cómo afloraban los sentimientos a través de sus labios. El lánguido paseo se convirtió en una transfusión de alegría que recargó mi energía tras los últimos acontecimientos, logrando tener una nueva visión del entorno que me rodeaba. Ankhes poseía ese preciado don. El don de transmitir bienestar a la gente que le rodeaba, incluso en momentos en los que se encontraba indispuesta y era ella la que necesitaba todo mimo y cuidado. Siempre tenía una sonrisa en los labios, atenuando su propio malestar.

Llegamos a la zona de los artesanos, que tras zigzaguear por las sombrías callejuelas, nos detuvimos frente a la casa del escultor Tutmosis. En la entrada, una jovencita de la edad de Ankhes se abalanzó sobre ella, respetando su embarazo para unirse en un efusivo abrazo mientras sus mejillas eran devoradas por múltiples besos que se regalaban sin cesar. Era hija del escultor, ya que poseía los mismos rasgos de la muchachita que se abalanzó a Kiya en nuestra anterior visita a ese mismo taller.

Al levantar su mirada hacia mí, pues no se había percatado aún de mi presencia, se ruborizó, escondiendo sus labios en el oído de Ankhes. La infantil escena me pareció tan graciosa que no pude evitar reírme a carcajadas, provocando de nuevo su rubor.

—¡Nafer! ¿Eres tú?

Escuché la inconfundible voz de Kiya desde el interior del taller. Me acerqué con cuidado, sorteando y admirando los diversos trabajos, que en un riguroso orden estaban almacenados por todo el local. Había todo tipo de figuras en el suelo o en estanterías, desde estatuas, bustos o animales, hasta pequeñas obras que se utilizaban como colgantes o pendientes. No faltaban las representaciones de dioses en diferentes tamaños. Continué lentamente mientras me habría paso hasta llegar a Kiya. Lo que vi, me provocó una enorme confusión.

Me quedé paralizado, sin habla, con los ojos abiertos de par en par, acostumbrándome a la tenue luz del taller para no hacer

conjeturas antes de tiempo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Quizá la vista me estaba jugando una mala pasada o mi risueña imaginación desbordaba los límites de la realidad, echando por tierra un importante hallazgo arqueológico de suma importancia, y que tanta controversia había ocasionado en el tiempo de donde venía.

Kiya estaba de perfil. La besé en la mejilla, mientras continuaba con su rígida pose por órdenes del escultor. Tutmosis, con sus habilidosas manos, trabajaba cuidadosamente para sacar su dulce expresión, impregnando sentimiento en sus dedos mientras acariciaba el rostro de la figura, dotando sus rasgos con una sutil delicadeza. Una sonrisa apareció en mis labios, recordando el momento en que vi por primera vez a Kiya, aún soportando aquel estado febril. Me preguntaba una y otra vez dónde había visto antes ese rostro, y ante mí, tenía la respuesta.

Tutmosis quería sacar lo mejor de ella, mirando con un hábil movimiento de ojos, la figura en la que trabajaba y el bello rostro de Kiya.

Ella portaba un largo tocado azul sobre su cabeza, con el pelo recogido y oculto. El collar, del mismo estilo que el tocado, con fondo color oro e incrustaciones de los mismos colores, realzaba su estilizado cuello, dándole un porte majestuoso. Estaba ante algo sorprendente. Los arqueólogos lo denominaron como: el busto de Nefertiti. El busto que el excavador Mohammed Ahmes Es-Senussi, bajo las órdenes del profesor Borchardt de Berlín, desenterró precisamente en el lugar donde nos encontrábamos: el taller de Tutmosis. En realidad, Kiya pretendía regalárselo a Nefertiti como muestra de un profundo amor hacia ella, como madre, como hermana, como amiga. Significaba todo ello, reunido en una sola persona, en alguien que por deferencia le entregó lo que el destino le había arrebatado: una vida, una nueva identidad y el amor incondicional de toda su familia.

Desde ese día, Kiya tuvo una relevancia diferente en mis pensamientos. Aunque Nefertiti era una mujer a la que amaba profundamente, ocupando un importante lugar en mis sentimientos, Kiya pertenecía a ese lado mágico que pocas personas ocupaban en mi corazón. No tenía que ver con la atracción física, aunque su arrollador potencial como mujer era indiscutible ante cualquier

hombre, sino con ese poder imperturbable que era incapaz de expresar con palabras. Se le podía llamar amor, pero un amor que cuando se forjó, intervinieron poderes sobrenaturales, creando una fusión colmada de un invisible embrujo.

Me sentí orgulloso de ella, sabiendo que su rostro sería admirado miles de años después por poseer aquellas bellas facciones que estaban plasmadas en un busto, gracias a las manos del escultor Tutmosis.

Sentí que no estaba solo. Una silenciosa presencia a mi espalda hizo que me girara de manera violenta.

—¡Oh no!, otra vez tú.

Viendo a Horemheb a escasos dos metros con los brazos tensos en modo de ataque, el temor me puso rígido, y ante el recuerdo del último encontronazo entre los dos, cerré el puño, propinándole un fuerte golpe en el mentón con el que logré derribarlo. Fue un arrebato que no pude controlar. Me quedé de pie esperando su reacción, pero se limitó a reírse a carcajadas, desbaratando toda esa ridícula escena de desconcierto.

—Un buen golpe —se limitó a decir, poniéndose en pie—. ¿No te interesaría formar parte de mi guardia superior? Seguro que con tu altura y esa pegada, llegarías a ser un alto cargo militar.

Avancé un paso hacia él extendiendo los brazos. Mientras continuaba con su desconcertante risa, se limitó a sacudirse el polvo adherido a su cuerpo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué vienes siguiéndome?

Me vio nervioso y en estado de alerta. Quiso apaciguar ese tenso momento con su socarrona cortesía.

—Tranquilo, Nafer, solo vengo a hablar contigo. No soy persona de pedir perdón, aunque hoy haré una excepción. Recelo de cualquier persona que no conozca y se acerque como tú lo has hecho a la familia real. Sí, he oído hablar de ti pero no te conozco. Vivo por y para ellos, y protegerlos es más importante que salvar a Egipto de las garras del enemigo —frunció el entrecejo—. Sentí cierta animadversión cuando te vi por primera vez, lo reconozco,

pero veo que estaba equivocado. Mi única pretensión era hacerte saber que si alguien intenta hacerles daño se encontrará en las puertas de Anubis antes de parpadear por segunda vez. Pero hay algo más… Continuemos por el camino.

Fue tajante, y su manera de pedir perdón, un tanto peculiar. Se colocó a mi lado, mirándome de reojo mientras se frotaba la barbilla. Yo suspiré sin que me oyera, sintiendo que en ese encuentro había una tregua entre los dos. Por fin iba a desvelar su actitud.

—Está bien, tú dirás —espeté, mostrándole las palmas de las manos—. Pero no se te ocurra ninguna jugarreta.

Cerró los ojos, revelando una tenue sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—Nafer, sabes quién soy y lo que represento en este país. Sabes también que cualquier acto impuro es castigado —hablaba con firmeza, sin gallardía, pero con un denotado toque de seriedad en sus palabras—, y todo aquel que oculta a un traidor, también recibe su merecido castigo.

«¡Kiya!».

No, no puede ser. Ella no desvelaría un pacto entre nosotros dos. ¿Quién? ¿Cómo se ha enterado? Sabía que las informaciones a nivel militar y sobre todo de ese carácter eran de rápida transmisión, pero tal y como había llevado el tema de Nemut y después de tanto tiempo, nadie aparte de Tut, Kiya y yo, sabían nada al respecto.

Permanecí en silencio. Horemheb era una persona lista, taimada. Con su sencilla acusación esperaba ponerme entre la espada y la pared, haciendo que en cierta manera me sintiera culpable, desvelándole lo que hasta ahora había sido un secreto.

—No sé de qué me estás hablando.

Traté de camuflar la conversación, actuando con indiferencia y sin darle mayor importancia al asunto.

—Está bien, seré más directo —dijo, cambiando su gallardo semblante. Relajándose, la seriedad de sus palabras adquirió un tono más amistoso. Se preparaba para cambiar de estrategia—. El faraón Tutankamón estuvo a punto de perder la vida en un atentado que tú…

—Eso es lo que parecía a primera vista —increpé.

Intenté marearlo, pero sabía que solo retrasaba su propósito. Era

terco y no se iba a dar por vencido.

—¿Cómo que eso parecía? ¿Fue o no, un atentado directo contra el faraón? También sé que gracias a tu rápida intervención no logró llevar a cabo tal operación.

Empecé a apreciar un atisbo de inseguridad en sus preguntas.

De confirmar una realidad, se había convertido en la incertidumbre que a través de un placentero interrogatorio me daba la opción de manejar el asunto a mi antojo. No lo vi resentido, solo ávido de una explicación veraz y fehaciente, como si fuera una mancha que quisiera limpiar en su carrera militar. Era metódico, perfeccionista y ante todo un leal súbdito de su país, aptitudes necesarias con las que en su día llegaría a proclamarse faraón de Egipto.

—Fue un atentado, pero como bien sabrás la flecha se clavó en mi espalda. Esa flecha iba dirigida a mí.

—Nafer —abrió los brazos en cruz, deteniéndose en el camino mientras su mirada me pedía que no lo tratara como a un niño—. Solo tú pudiste ver lo que verdaderamente pasó, mientras que el destino de esa flecha fracasó en su cometido. Tú te interpusiste en el camino de su objetivo. Eso lo sabes tan bien como yo.

Comenzó a andar, acariciando con la mano los arbustos que crecían por el camino.

—En realidad ¿Qué es lo que quieres saber?

Me puse a su altura, mostrando cierto matiz de franqueza con un halo de compasión. En sus gestos y palabras no podía disimular una fuerte preocupación personal que lo obligaba a dejar de comportarse como el general supremo del ejército de Egipto.

—Desde que recibí el mensaje del atentado, he vivido en una total preocupación que no he podido compartir con nadie —rebeló sin pudor en sus palabras—. Mi cuerpo ha sentido la ira de no poder estar con el faraón para protegerlo, porque mi cometido, a petición suya, era ocuparme de Tebas. Nunca me había separado de él, y pensar que le podría pasar algo… —apretó los puños, dejando la marca de las uñas en la palma de sus manos—. Jamás… jamás me lo perdonaría.

Era curioso verlo. Tras su escultural musculatura y duras facciones, se encontraba un hombre lleno de sentimientos, que seguramente por nuestra falta de confianza no los afloraba en

plenitud, sin embargo, denotaba tanta fuerza sentimental como física.

—Comprendo tu preocupación —en cierta manera no pude menos que compadecerme de él—, pero no has dicho lo qué quieres de mí, o el por qué de este encuentro…no casual.

—Necesito saber quién es y dónde está —Horemheb imploró con su mirada. Sentía que no era una bajeza para él actuar de esa manera, porque tenía la estima alta y las ideas bien claras. Era un acto de humildad y compasión—. Sé…que no está muerto.

—¡No lo está!

Me exalté al decir esas palabras. Sabía que al pronunciarlas, emprendía un nuevo reto ante mí con una persona a la que apenas conocía. Tenía la necesidad de suponer que no era de carácter militar el transcurso de sus indagaciones, sino más bien personal. Eso me hacía enfrentarme solo a él, y no a toda una jerarquía militar de la que sabía de antemano que no llegaría a buen término.

—Te veo escurridizo, Nafer, y tendrás tus motivos, los cuales tienen todo mi respeto. Sé que estás en contra de la brutal violencia, aunque… —se frotó de nuevo la barbilla, mostrando una irónica sonrisa—. Te prometo ante los dioses de Egipto que si me llevas hasta donde está, nada le ocurrirá. Solo quiero tenerlo en mi presencia, ver su rostro, escudriñarle con mi silencio para ver cómo actúa.

Convencido por sus palabras, sobre todo en su promesa a los dioses, pues sabía que les tenía un gran respeto y los imploraba para bienestar de la gente y de Egipto, asentí, deteniéndome en el camino y mirando fijamente a sus ojos para rubricar nuestro pacto. Comprendió el significado de mi mirada, inclinó la cabeza y, cerrando los ojos, colocó una mano sobre mi brazo, sellando así una promesa forjada bajo la mención de los dioses. Siendo quien era, podía haber llegado hasta él sin ningún problema. De nuevo presentí que Kiya estaba detrás de su humilde petición.

Sin darnos cuenta, dejamos muy atrás las últimas edificaciones de Ajetatón. En constante compañía con el Nilo y la frescura de su

vegetación, el regreso se convirtió en una fructífera y jocosa conservación en la que intimamos de manera más personal, eliminando las barreras que hasta ese momento existían entre los dos.

Estaba...enamorada.

Comprendí por qué me dijo que me fiara de Horemheb. Kiya sabía lo que decía. Recordé la noche que lo vi salir del pasillo que daba acceso a los aposentos de Kiya. Jamás me había contado nada que haría referencia a Horemheb como la persona a la que amaba. Qué hermoso secreto tan bien guardado, o quizá no. Tal vez por su condición de Segunda Esposa de Akhenatón, sufrieron una obligada separación cuando sus cuerpos y corazones deseaban estar unidos. O...en su desolada viudez, brotó la chispa que ahuyentó su soledad, cortejada por uno de los fieles del faraón.

De cualquier manera y fuera cual fuese su aventura amorosa, me agradaba ver a Kiya enamorada, feliz y risueña como una jovencita en su más tierna pubertad.

—Horemheb, acuérdate de la promesa.

Ceñí las cejas, recalcando la importancia de mis palabras.

—¿Acaso los dioses no estaban presentes cuando la hice? —me reprendió seriamente, rubricando su compostura—. Mi lealtad hacia ellos es mayor que a la de mi propia vida.

Mantuvo apoyada su mano sobre mi brazo, haciéndome sentir que sus palabras partían de lo más profundo de su ser. No tenía ninguna duda al respecto, pero Nemut, ¿qué pensaría al tenerlo en frente?

Levanté el cerrojo de madera de su celda. Estaba dibujando sobre unas piedras calizas que le proporcioné días antes para que fuera retomando lo que desde niño sabía hacer casi de manera innata. Pintaba con gran variedad de colores mezclados, plasmando un inusual realismo para esa época.

—Que Amón te dé su fuerza —de espalda y sentado en el suelo, Nemut me saludó, levantando una mano mientras con la otra terminaba de dibujar un pato que alzaba el vuelo entre unos

cañaverales.

—¡Nemut!

Mi tono de voz fue diferente y él lo captó. Dejó el pincel en el suelo y, sin girarse, percató la presencia de una tercera persona en la celda. Levantándose lentamente se giró, encontrando los ojos de Horemheb que penetraban hasta el fondo de su alma. Bajó la cabeza, flexionó el codo y en un rápido movimiento con un golpe seco, se pegó con el puño en el pecho a la altura del corazón. Era el saludo de honor.

—¡Nemut! ¿Tú?

Sorprendido Horemheb, cuando pronunció su nombre sentí que se le desgarraba el corazón. Los músculos de su cuerpo se tensaron para descargar la ira que le había producido encontrar ese rostro inesperado. Solo su promesa lo retuvo en la misma posición, sin hacer un amago de intentar arremeter contra él. Sus ojos dejaban ver la ternura y confianza traicionada por un hijo, ya que en su estática postura y la expresividad de su mirada, era lo que expresaba.

—¡Mi amado general!

Fueron las únicas palabras que Nemut emitió casi entrecortadas pero firmes, realzando la palabra «amado», no como el que se refiere al propio faraón, sino diferente, más profundo, como el anhelo de sentirse el hijo predilecto de todos los que formaban parte de ese batallón de elite, aquel que por su condición de destreza y lealtad, merecía sus favores. Horemheb, con el puño cerrado bajo la barbilla de Nemut, le levantó la cabeza, consiguiendo una profunda fusión en sus miradas de ira y perdón. Sentí que estaba en medio de una importante conversación entre los dos, pero sin palabras. Mantenían una forma de expresarse entre lo real y lo trascendental, un duelo en el que sus miradas eran las únicas armas que existían para ellos, y todo estaba ocurriendo en esa misma celda en la que Nemut había encontrado un cobijo que le dio fuerzas para vivir. Llegué a pensar que era algún tipo de técnica que usaban los militares de ese rango para comunicarse, haciendo que me encontrara fuera de lugar. El general, manteniendo su agobiante silencio, se giró y sentí que traspasaba mis ojos en un penetrante examen hacia el interior de mis pensamientos. Parecía no creerme nada de lo que había hablado con él, sin embargo,

comenzó a asentir. Se dirigió hacia la puerta del calabozo y desapareció por el oscuro corredor.

Aun con mi perdón, fue en ese momento cuando Nemut, cara a cara con Horemheb, redimió toda su culpa. Fue ahí, en la penumbra de aquella celda, con el temor y dolor que albergaba su cuerpo, donde se encontró con su autentica realidad.

Ka-Hor-Ka, el cuarto de la estación de *Ajet*, el otoño en el calendario egipcio. Los días eran cálidos, y las noches comenzaban a desprenderse de la tibieza del verano.

La cúspide de la crecida del Nilo en la que su torrencial fuerza menguaba paulatinamente, daba paso a la sedimentación del rico limo, imprescindible para que los anegados campos a ambas orillas del río se nutrieran lo suficiente para asegurar una fértil siembra en la estación de Peret. El grueso de la población, hacía ya los últimos preparativos para su gran viaje, inmersos en un contagioso júbilo que los llevaría hacia una nueva vida.

Nefertiti estaba deseosa de surcar el Nilo y olvidarse de una ciudad que aunque le había dado grandes satisfacciones, también había roto parte sus ilusiones, truncadas por los poderosos que querían ver engrosar sus arcas y haciéndola desaparecer de la flamante vida política. Desprendía la ilusión de una jovencita, mostrándose ufana en todos los preparativos para le nueva aventura, pero sin las responsabilidades que antaño tenía en la ciudad de Tebas. Me transmitió las ganas que tenía de hacer cosas que como reina no se lo podía permitir: sentir la libertad de estar exenta de un protocolo que en cierta manera la mantenía en un constante cautiverio, en una falta de movimientos que su extrovertido y alborozado carácter pedía a gritos a los cuatro vientos.

Con todo ello solíamos recorrer la ciudad de Ajetatón por todas sus amplias avenidas, o cobijarnos del sol en el dédalo de estrechas callejuelas, aspirando la esencia de todos sus recuerdos para decir adiós a la metrópoli que había tenido tanta relevancia en su vida. Asida de mi brazo, me sentía orgulloso de tener al lado a una mujer

fuerte y vigorosa como ella, a la vez que dulce y sensible, reflejando en sus vidriosos ojos los recuerdos que llegaban a un perceptible estado emocional, difícil de controlar.

Por las calles se notaba el bullicio de un pueblo portando sus pertenencias más personales, preparándose para embarcar en alguno de los múltiples barcos que iban llegando a puerto con el fin de zarpar a las órdenes de los capitanes de navío. Había barcos especiales para el transporte de animales, que en su mayoría hacían el trayecto de noche, procurando que durante el día buena parte de ellos, sobre todo los caballos, pisarían tierra firme para evitar el nerviosismo que les producía estar varios días a bordo del barco. La muchedumbre se dispersaba organizadamente por el enorme recinto que daba acceso a los dos embarcaderos. Tras pasar por los majestuosos pilonos, se apreciaba el Nilo en todo su esplendor, con una vida en su superficie que jamás había visto. Navíos de la poderosa flota que venían de diferentes ciudades del país, ocupaban casi todo el ancho del río, preparados para partir hacia el Alto Egipto, río arriba, con una inmensa afluencia de la metrópoli de Ajetatón.

Las relaciones entre Horemheb y yo habían ido ganando terreno, no solamente en someras conversaciones, sino en lo personal. Sentí en más de una ocasión que su expresiva mirada mostraba un halo de gratitud, sin saber si era por haber salvado la vida de Tut o por no permitir el ajusticiamiento de Nemut. Con las rígidas costumbres que se vivían en el antiguo Egipto con respecto al cumplimiento de las leyes, no salía de mi asombro en cuanto a la autoridad y libre albedrío que la familia real y el general, me habían otorgado sobre Nemut.

Cada vez que hablaba de ellos, sentía el orgullo de que los dos estuvieran vivos. Uno por ser el gran faraón de Egipto y ser su adiestrador personal desde temprana edad, y el otro por haber visto desde jovencito un autentico militar con dotes que superaban en mucho al resto de sus compañeros. Él los había entrenado personalmente a los dos y tratado con especial e igual atención, sin distinguir estatus social. Solo veía el ahínco, el brillo de sus ojos y la fuerza de su corazón. Primero fue Nemut su pupilo, dándole grandes satisfacciones en cualquier modalidad de adoctrinamiento militar, destacando sin duda, y casi de forma innata, en el tiro con

arco. Posteriormente, Horemheb vio en Tut, príncipe heredero al trono por aquel entonces, la misma fuerza, valor y ansia para convertirse el día de mañana en un faraón carente de temor y con la innegable resistencia para gobernar el país que tanto amaba.

El día anterior de la partida hacia Tebas, en Ajetatón se celebró una gran fiesta en la que no faltaron todo tipo de manjares, vino, cerveza, y bailarinas que danzaban al son de los músicos dispersos por toda la gran avenida, punto emblemático de reunión de toda la ciudad. Incluyendo los altos dignatarios, gobernadores de diferentes nomos, cargos políticos y militares de alto rango con su general Horemheb, tampoco faltaron los sacerdotes, sacerdotisas, artesanos, campesinos, mercaderes, incluyendo toda la servidumbre de palacio. Todo un gran festín popular.

El frondoso paisaje que acompañaba nuestro viaje se alimentaba del limo de la crecida, saludándonos con las emergentes ramas de los árboles a lo largo de buena parte del trayecto.

Un tibio atardecer, en el cual me recosté sobre unas telas de algodón que iban en la proa del barco, mi mirada se relajó, observando una pequeña bandada de ibis que ejecutaban una magistral danza aérea a lo largo de toda la flota. Movían las alas con gran estilo para coger altura y descender lentamente hasta casi tocar con la punta de sus extremidades la cubierta de los barcos.

En un remanso de silencio, escuché los vítores de los primeros navegantes.

—¡Tebas! ¡Tebas!

Ante los ojos de Tut, que jugaba al *Senet* con la pobre Ankhes que había tenido un viaje un tanto revuelto a causa de los mareos, ascendí como un cervatillo dando brincos a lo más alto del barco. Asomaba entre las copas de los arboles la imponente muralla que rodeaba al templo de Karnak. Hasta yo, que había vivido poco tiempo en la ciudad de Tebas, sentí la dicha de verla tan majestuosa a la espera de sus nostálgicos habitantes, que entre lloros y aclamaciones proclamaban la ciudad como la más hermosa de Egipto.

Con nostalgia giré la cabeza hacia la derecha para ver la montaña que albergaba el templo de Hatshepsut, incitando en mi memoria a buscar los recuerdos que me llevaron hasta allí. Solamente Kiya quiso estar a mi lado para regodearse con las vistas de la ciudad que tanto amaba, asiendo mi brazo mientras las cristalinas lágrimas humedecían su rostro. De repente cambió el semblante, dejando asomar una nostálgica sonrisa mientras sus recuerdos se mezclaban con el canto de las aves que se posaban en el barco.

—¡Ahí, Nafer! —Señaló con el dedo unas palmeras datileras que formaban un semicírculo, en cuyo centro emergía un pequeño sauce que, con sus ramas acariciando el suelo, parecían querer absorber la esencia de la tierra y de las aguas del río—. Ahí fue donde Nefertiti me halló sumida en una total confusión. Ahí fue donde me regaló una parte de su vida mi Madre-hermana. ¿Qué mejor lugar…para nacer?

Sentí la fuerza de sus manos aferrándose a mi brazo, sin quitar la vista de lo que para ella fue el lecho donde encontró una protectora que no solo le tendió una mano, sino que se hermanó con ella de una manera insoldable y sempiterna.

Con el brazo en alto, saludé a Nemut que iba en un barco próximo al nuestro en compañía de la guapa camarera de la *casa de la cerveza*. Mezclado con los habitantes de Ajetatón que bailaban de alegría al aproximarse a Tebas, lo vi nostálgico, pensativo, lleno de dudas. Durante el viaje, cada vez que su mirada se cruzaba con la de Horemheb, hacía una leve inclinación de cabeza para mostrarle todo su respeto. Siempre que eso ocurría, Horemheb se ponía rígido, hinchando sus pulmones sin revelar austeridad. Quería disimular, pero denotaba el orgullo que sentía al ver que uno de sus mejores alumnos, en un ligero gesto, le mostraba pleitesía y gratitud. Pero también ceñía las cejas y tensaba los músculos, en lo que supuse, se debía al recuerdo del atentado contra el faraón. Tenía una lucha interna difícil de controlar; había veces que parecía querer matarlo con sus propias manos, y otras que lo estrecharía en un fraternal abrazo como si de un hijo se tratara. Jamás supe cual de las dos opciones pensaba cada vez miraba a Nemut.

El día anterior a la partida de la ciudad del sol, hablé con Kiya y Horemheb durante el banquete. Con su beneplácito me dirigí a los

calabozos, exentos de vigilancia, ya que el viejo guardia dormía la siesta bajo el sicomoro. Con agua, jabón, una especie de aceite que se extraía de una planta cultivada en los jardines y una afilada navaja de afeitar fabricada en cobre, logré con mucha paciencia rasurar la cabeza de la enorme mata de pelo que portaba Nemut, evitando de esa manera que pudiera ser reconocido en la ciudad de Tebas por aquellos que lo engañaron, induciéndole quiméricas ideas hasta el punto de convertirlo en un infiel al faraón. Justo detrás de la oreja derecha, casi a la altura del lóbulo, tenía una pequeña marca de nacimiento en forma de círculo ovalado. Se parecía al tatuaje de una lágrima derramándose en su cuero cabelludo recién afeitado. Me recordó al que un amigo se hizo en el tobillo poco antes de mi viaje hacia Egipto, incitando todo ello a que los recuerdos jugaran en una mezcolanza de sentidos que tuve que esforzarme por volver a la realidad, viendo ante mis ojos a un nuevo Nemut.

Mientras aceitaba su cabeza, Kiya entró en el calabozo. Extendí los brazos y ella se acercó para examinarle. Le indiqué con el dedo la marca de nacimiento que por su forma era un tanto peculiar.

—Nadie te reconocerá —dijo, asintiendo al tiempo que fruncía los labios—, te lo aseguro.

Con destreza y un pincel, dibujó el contorno de sus ojos con *kohl*, haciéndose aún más irreconocible y dándole cierto aire de prestancia en su mirada, que ya de por sí era enigmática y cautivadora. Ante su sorpresa reí a carcajadas, asemejándolo con un sacerdote preparado para ingresar por primera vez en un templo. Por expreso deseo de Kiya, Nemut pudo disfrutar esa tarde del festival que despedía la ciudad de Ajetatón.

La guardia del ejército real, imponente y rígida como estatuas, esperaron a que el barco del faraón tocase puerto, y al unísono, con las largas lanzas que portaban en la mano izquierda, golpearon el empedrado suelo siete veces consecutivas, retumbando por encima de los vítores del pueblo tebano. A continuación, cerrando el puño, cruzaron al brazo derecho sobre su pecho, recibiendo con la cabeza

en alto a la familia real.

Tut, en el mullido asiento de su litera con las cortinas descorridas y precedido por los flabelíferos que aireaban el entorno con grandes abanicos de hojas de palma y plumas de ave, podía ver a sus súbditos cómo se inclinaban al pasar, con las manos unidas hacia arriba para mostrar su respeto al hijo de Horus, padre de todos los faraones. En su pecho entrelazaba el cetro *Heka* y el flagelo *Nejej*, emblemas del poder real que simbolizaban la acción de conducir al pueblo y protegerlo. Vestido con un faldellín plegado, sujeto por una faja y un ancho collar alrededor del cuello, disimulaba la fatiga del viaje con una recta postura y los ojos bien abiertos. Pero sin duda, lo que más realzaba su figura era el tocado *Nemes*: una vistosa tela dorada con rayas azules que cubría su cabeza, cayéndole a ambos lados del rostro para descansar sobre sus hombros. De su frente sobresalía el *Uraeus*: símbolo del poder abrasador que empleaba Ra con todos sus enemigos.

Kiya y Ankhes disfrutaban de la pleitesía que el pueblo mostraba a su amado faraón.

El Gran Visir Ay detuvo a los porteadores del faraón. En presencia de todo el pueblo de Tebas, agachó la cabeza, tocando el pecho con su barbilla, alzó los brazos con las palmas dirigidas hacia el sol y a continuación hincó las rodillas en el suelo, dando gracias a los dioses por el regreso del faraón. Apoyado en una larga vara metálica en cuya punta sobresalía una pluma de avestruz, simbolizando a la diosa de la justicia, la verdad y la estabilidad, se levantó con un gesto visiblemente achacoso a causa de una artrosis que maldecía sobre todo en los fríos días de la estación de Peret.

Haciéndose a un lado, se colocó a la izquierda de Horemheb, intercambiando protocolarias palabras de bienvenida. El Gran Visir Ay, aunque de rostro bonachón, tenía un comportamiento poco carismático, más notable con todo aquel que podía obtener beneficio, ya fuera económico o social. Hijo de Yuya y Tuya, un matrimonio muy poderoso procedente de Ajmín, población situada entre Amarna y Tebas, sabía que por sus venas no corría la sangre real, pero no fue motivo para crecerse en poder a la sombra de la reina Tiy, su hermana, esposa del faraón Amenhotep III. Las influencias y su perseverancia le hicieron subir peldaños en la escala de la pirámide social, llegando a gobernar Egipto mientras el

rey-niño Tutankamón aprendía a dirigir su imperio.

El cortejo llegó hasta las puertas del templo. Tut, ante la comitiva de sacerdotes se preparó para ser purificado, y posteriormente en el oscuro *naos*, ser recibido por la estatuilla del Dios Amón. Sabiendo que ese ritual iba a llevar buena parte del día, fui en busca de Nemut para alojarlo en los aposentos, que bajo las órdenes de Kiya habían preparado en una vivienda reservada a la servidumbre real. No fue de nuevo a prisión, como yo en su día había señalado. Era una sencilla y confortable habitación con una ventana de la cual se apreciaba el palacio en todo su esplendor, hallándose este a poco más de cien metros. Junto a la servidumbre de la familia real, Nemut comenzó a compartir un amplio edificio que le brindaría una nueva vida. Un brillo apareció en sus ojos con tal fuerza que, hasta el mismo Horemheb, empezó a eclipsar las dudas que en un principio ciñó sobre él.

—Nafer —exclamó, ejecutando una genuflexión—, si algún día tengo que entregar mi *Ba* por ti a los dioses, lo haré.

Me quedé mirándolo con orgullo, pues sabía que el *Ba* era propiamente dicho el «alma», y eso quería decir que daba su vida por mí, pero no quería tan preciado don. Solo quería tenerlo como un amigo.

—No me vuelvas a decir eso —lo levanté, recriminando su genuflexión, sabiendo que me hacía sentir incomodo—. Tu *Ba* es solamente tuyo, y con ello tendrás que presentarte a los dioses cuando lo tengas que hacer para deambular libremente por el otro mundo. En este, solo pido tu confianza.

En su mirada denoté un halo de tristeza. Nemut estaba convencido que en mis pensamientos no anidaba la palabra traición por su parte, y así era. Mi confianza en él era total, pero tenía que dejar clara mi postura. Vi que de nuevo se iba a arrodillar, pero a medio camino se detuvo, consciente de lo que estaba haciendo. Levantó la cabeza con orgullo y anunció:

—En esta hermosa cámara, clamo a los dioses para que, si tengo tan solo un pensamiento impuro hacia ti o tu familia, envíen a Seth para que me lleve a la más oscura de las tinieblas. Un nuevo Nemut ha nacido gracias a ti. Por ello te estaré eternamente agradecido.

Aparte de su innata y profunda dedicación al ejército en todas sus variantes, Nemut se aleccionó en un ambiente familiar dedicado

al reconocimiento diario a los dioses. Proviniendo de una familia humilde y trabajadora de sol a sol, siempre encontraban un momento para la oración en gratitud por los bienes que la tierra y la cría de animales les otorgaba, sintiéndose satisfechos con cada nuevo amanecer. No conocía otra tierra, pero el enorme arraigo por Egipto corría por sus venas y lo pude observar en más de una ocasión. A veces daba la impresión de estar en trance cuando se entregaba a la oración. En la celda, siempre en la misma esquina, unía sus manos al pecho y se sentaba en la posición del escriba. Rogaba a los dioses por el bienestar de su familia y el del faraón.

— *Furia-*, Ankhes ha tenido una hermosa niña.

Salí corriendo hacia sus aposentos, sorteando cualquier obstáculo que se interponía en mi camino y escuchando solamente los latidos de mi propio corazón que galopaban de alegría por la noticia.

Al llegar, el acontecimiento desbordaba alegría.

La niña buscaba el pecho de su madre mientras Tut acariciaba los cabellos de Ankhes, intentando mitigar los dolores del parto que según el médico real había sido rápido y sin problemas. Me uní a Nefertiti en un abrazo, posando la mano en el hombro de un Horemheb emocionado por el evento. Con los labios cerrados, marcaba una sonrisa que, acompañada de unos vidriosos ojos, no podía retirar la mirada de la niña que acababa de nacer. En esa habitación caldeada por braseros, ya que los días empezaban a ser más fríos, me alegré al conocer una nueva y tierna faceta del general en jefe de los ejércitos de Egipto.

Tomando a Nefertiti por la cintura, nos deslizamos suavemente hacia el exterior de la alcoba, dejando que Ankhes pudiera descansar tranquila ya que no había dormido desde el día anterior.

Sentí la necesidad en esa fresca mañana de la estación de *Peret*, pasear por la ribera del Nilo para ordenar algunas ideas que me rondaban por la cabeza. Tenía que comenzar a preparar los propósitos de forma casi obligatoria, pues no podía concebir que en una tierra tan rica, hubiera gente que pasara hambre, incluso

muertes a causa de ello. Era un tema que hacía recorrer por mi cuerpo un desagradable malestar, sabiendo que si dentro de mis posibilidades, podía paliar ese sufrimiento e impotencia que muchos padres soportaban por no alimentar a sus familias como las leyes de la naturaleza lo mandaban, iba a empeñar todo el tiempo posible en asegurarme que la administración, sobre todo agricultura, ganadería y comercio, funcionaran bajo los cánones de la ley de Maat, diosa que representaba el equilibrio, lealtad, verdad y justicia. Para mí, pensar en ello y en la posibilidad de poder hacer algo al respecto, era un gran paso de gigante y un importante motivo por el cual, mi viaje en el tiempo tendría un agradable y estimulante sentido.

Me encontraba enérgico. Sabía que meterme en el terreno de la administración iba a ser una ardua tarea. Contaba con el beneplácito de Tut para sumergirme en el edificio que se llevaban a cabo todas las transacciones burocráticas, pero también sabía que para algunos, el faraón Tutankamón tan solo era el rey en un tablero de ajedrez y el que tomaba grandes decisiones para el país, sin embargo, los principales movimientos, aquellos por donde el pueblo era el único perjudicado, los hacían el resto de las fichas. Unos eran leales administradores, peones que se desvivían por repartir las ganancias de una buena cosecha por los cauces que fluían por todo Egipto, mientras que otros se dedicaban a poner presas en esos cauces, dejando que se convirtieran en simples acequias por donde apenas se filtraban migajas para mitigar el hambre de la clase baja, limitándose a evitar revueltas que pudieran acabar en una revolución y dejándoles sin la panacea que enriquecía sus vidas.

A Tut le entusiasmaba la idea, no sé si por verme inmerso en la casa de la administración y ser partícipe de su jerarquía organizativa, o de poner en marcha algo que ya tenía él en mente. De hecho parecía poseer una frase que llevaba tiempo fraguando en sus pensamientos: «¿de qué me sirve ser faraón para gobernar a un pueblo que se está muriendo de hambre?».

No me preocupaba saber si ese propósito tendría o no una repercusión en la trascendencia del tiempo. No creí que moviendo ese hilo, pudiera llegar a trastocar el rumbo de un futuro ya escrito, esa cadena que se va uniendo con los avatares de las civilizaciones

que día a día se va formando en una perfecta simbiosis y sincronismo, procurando siempre la existencia de un nuevo amanecer en el estatus social.

Junto a los frondosos cañaverales que crecían en las márgenes del ancho camino situado en la orilla este del río, las pequeñas y nerviosas abubillas, patos, zancudas y otras especies, me alegraban la vista con su grácil aleteo y los oídos con el dulce trinar casi acompasado. Mi juguetona y nostálgica memoria me situó caprichosa en el final de mi niñez, en los albores de una pubertad en los que ya despuntaba un afán aventurero, pero que jamás pude llegar a pensar que el destino me deparaba una sorpresa de tal magnitud.

En el lánguido pasear, rememoré los rostro de mis seres queridos, incluso podía escuchar sus voces en algún punto de mi memoria. Sonreí recordando las expresivas frases de mis amigos y compañeros de escuela, planificando los fines de semana que, con la fuerza de nuestra imaginación, convertíamos en épicas aventuras por todo lo alto en el empedrado casco antiguo de Burlada, sede de nuestras andanzas: un pequeño conjunto de viejas casas donde la historia ya germinaba en la época medieval, albergando en sus temporadas de asueto a los reyes de Navarra, donde Beatriz de Evreux dio a luz a Leonor de Borbón, nieta del rey Carlos III el Noble.

Con las historias de la otrora nobleza, recordé el parque de la Nogalera, compañero inseparable de huertas y pequeños campos que beben de las aguas del río Arga. Río que daba vida a nuestros lances navales, emulando ser los más intrépidos buscadores de tesoros acuáticos, donde emergía una pequeña isla de virgen vegetación en el centro de la corriente, y que daba pie a convertirnos en los descubridores de una inhóspita tierra en la que a nuestro lento y farragoso paso por la alta maleza, provocaba en nuestra imaginación el hallazgo de la ciudad perdida. Tal ciudad no era otra cosa que el entrelazado de ramas de los arboles que formaban un laberintico panal de espacios sombríos, donde nuestra imaginación se encargaba de moldear a gusto de las diferentes aventuras que iniciábamos: castillos, callejuelas, cuevas. Todo un sinfín de posibilidades para nuestras impúberes andanzas.

Recordaba aquella vieja casa que con parte del tejado hundido,

permitía que los rayos de sol se filtraran, creando un mundo mágico a la vez que temeroso de luces y sombras. Su oscuro y tétrico sótano, que alumbraba con la tenue iluminación de una vela, era el lugar perfecto para pasar la prueba del miedo y salir orgulloso con el pecho henchido, una sonrisa en los labios y una mirada que no denotase el candoroso pavor que recorría por mi cuerpo. Toda esa prueba de heroicidad se fraguaba con tablas que crujían bajo los pies, paredes que dejaban asomar aberturas por el deterioro, algún trozo de baldosa que se desprendía de forma inesperada o el movimiento asustadizo de un gato que salía despavorido por el miedo. Todo parecía estar preparado a propósito, siendo el lugar idóneo para pasar triunfante la prueba que separaba la niñez de la pubertad.

Indudablemente, ese barbilampiño espíritu aventurero no murió con el paso de los años, sino que se acrecentó de manera notable, enfocándolo hacia la mística y misteriosa civilización del antiguo Egipto. Esos recuerdos se fueron mezclando con la realidad que estaba viviendo, con ese frondoso y relajante camino que acompañaba al Nilo y una vegetación esparcida que evocaba las vivencias de mi niñez en las orillas del río Arga.

«¡Oh, nooo!» Maldije en mi interior.

Dos hombres de mediana edad, estaban detenidos en el camino a escasos diez metros por delante de mí. Me miraban desafiantes con las armas que portaban en sus manos. Uno con una lanza de su altura, el otro con una espada y un pequeño puñal. Por un momento me dio la sensación de llevar un cartel colgado al cuello que citaba: «Busco problemas». Los esbirros vestían un sencillo taparrabos como única indumentaria, con los pies descalzos. Sabiendo que los había visto, empezaron a mover sus armas como si acabaran de ganar una batalla, pero su intención era la de amedrentarme de una manera un tanto peculiar, incluyendo sarcásticas carcajadas y burlescos modales que resultaban ridículos.

Si estuvieran desarmados, pensé, no tendría ningún problema, ya que su delgada y desmejorada constitución física me decía que no eran expertos en la lucha cuerpo a cuerpo, y no me sería difícil apartarlos del camino. Pero con esas afiladas armas en sus manos, mi consideración sobre ellos cambiaba, y aunque no supieran manejarlas con destreza, siempre cabía la posibilidad que en el

vuelo de una de ellas me pudieran causar una herida mortal. Esbocé una sonrisa, viéndolos cómo saltaban de alegría, cuchicheándose de vez en cuando al oído, pero en realidad imaginé que se debía al nerviosismo de estar planificando un ataque que ni ellos mismos sabían cómo empezar.

Inmóvil e impasible, permanecí unos minutos hasta que decidí retroceder sobre mis pasos, evitando cualquier infortunio.

«Por todos los dioses».

No anduve cinco metros cuando volví a quedarme paralizado de nuevo ante otros dos hombres armados, uno con una espada, el otro con un garrote de madera cuya roma punta estaba reforzada con metal a fin de que sus golpes fueran más eficaces. Clavé la mirada en uno de ellos, y por su coraza de cuero, un brazalete que le rodeaba el brazo en forma de espada y una gran cicatriz en su ojo izquierdo que no le permitía abrirlo del todo, lo reconocí. Fue aquel día que, paseando con Nemut por las calles de Ajetatón, lo vi frente a la *casa de la cerveza* en compañía del misterioso Sonofer. Recuerdo que miraba indistintamente hacia todos los lados, evitando que nadie pudiera escuchar aquella conversación que mantenían de manera sigilosa y misteriosa. Ahí, frente al río, seguía manteniendo esa misma mirada huidiza y nerviosa, pendiente de todo lo que le rodeaba.

Ahora lo tenía enfrente y me sentía acorralado por ambas partes del camino. A la derecha se encontraba el río, y a la izquierda un denso matorral que hacía imposible una huida rápida. Me encontraba en el centro de un peliagudo dilema. Empezó a recorrerme un nervioso temor por el cuerpo, pensando que la única alternativa de salir de allí era tirarme a las aguas del Nilo, pero por alguna razón mis músculos tensos por la situación no respondían, sintiéndome paralizado como una estatua.

Miré a ambos lados y vi cómo lentamente se iban acercando, empezando a mostrar una posición de ataque. Conforme más se acercaban, más tranquilo estaba, incluso estudié sus movimientos y la forma en que cogían las armas. Solo al que reconocí, parecía demostrar una educación militar, ya que su actitud era serena, fría y calculadora. Parecía disfrutar de ese momento, mostrando en sus labios una sarcástica sonrisa que con la cicatriz cerrándole medio ojo, le confería un aspecto tétrico y desagradable. Se notaba que

estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones, y a regodearse con el temeroso rostro de sus víctimas.

Siguieron acercándose hasta situarse a escasos dos metros de mí. Parecían esperar una orden, pero nadie dijo nada, ni tan siquiera comenzaron a amedrentarme. De cara al Nilo, estudié la situación, viendo que el portador de la lanza situaba la punta a medio metro de mi cuerpo, y por tanto era el que más posibilidades tenía de herirme en un rápido movimiento. De las cautivadoras aguas del río, emergía una susurrante música que mezclada con la suave brisa que hacía cantar a los cañaverales y a las hojas de los árboles, componían una sinfonía de la que por un momento creí que iba a ser la última melodía que iba a escuchar.

Extremadamente cuidadoso, empecé a esbozar una sonrisa sin quitar la vista a mis cuatro oponentes que seguían en la misma posición. La sonrisa se convirtió en una sonora carcajada, haciendo que entre ellos se formara un halo de interrogación en sus miradas, desestabilizándolos momentáneamente. Vi al de la cicatriz, levantar el garrote mientras cogía impulso para asestarlo contra mí, pero aproveché la confusión de los otros tres y logré desarmar fácilmente al propietario de la lanza en un rápido movimiento que lo pillo por sorpresa, sin poder hacer nada por evitarlo. Con la inercia del giro de mi cuerpo, asesté al portador del garrote un sonoro golpe en las costillas que lo hizo tambalear, tirando su arma para llevarse las manos al costado mientras hundía las rodillas en la tierra.

Intenté ahuyentar a los otros agresores con rápidos movimientos de la lanza que cogí del suelo, evitando que se acercaran con sus afiladas armas. El que sujetaba el puñal, levantó el brazo con gesto amenazador, esperando la oportunidad de poder usarlo contra mí, pero al girarme y perderle la cara, se abalanzó al tiempo que en un rápido movimiento lancé el pie, haciendo que se estrellase contra su estomago. De los tres era el que más arrojo y menos escrúpulos tenía, y mi intención era intentar quitarme del medio a los más fuertes o diestros con las armas, porque cuando flaquearan las fuerzas, sería más fácil enfrentarme a débiles inexpertos que seguramente saldrían corriendo por no sentirse protegidos por un jefe que los pudiera defender en un momento de tensión, o al menos, en ese pensamiento quise refugiarme para darme ánimos.

Tras el fuerte golpe, calló al agua con la respiración

entrecortada, fijándome entonces, que los dos que permanecían de pie se separaban con cierto temor ante la cara de pocos amigos que les di a entender, ciñendo las cejas y meneando las manos, invitándoles a que se acercaran hacia mí.

Volví la mirada hacia el río y pude ver cómo el incauto agresor hacía aspavientos con los brazos, hundiéndose y sumergiendo en un afán por mantenerse a flote, pero no sabía nadar. En ese preciso momento, tomé la decisión de lanzarme al agua, no solo para intentar salvar la vida de ese pobre desgraciado que se peleaba por intentar sacar la cabeza a la superficie, sino para olvidarme del escabroso conflicto de intentar acabar con mi vida, ya que si continuaba, podría dar la mala fortuna que la persona menos experimentada de los cuatro, en un ciego movimiento con su arma, me asestara una herida mortal.

Sentía que no había llegado mi hora y no quería tentar a la suerte, envalentonándome excesivamente porque no había hecho semejante viaje como para terminar con mi vida en manos de cuatro sanguinarios de mala muerte, que cambiarían mi cabeza por cuatro jarras de cerveza y tal vez una palmada en la espalda, haciéndoles crecer unos cuantos centímetros en su ego personal.

Al disponerme a saltar, perdiendo la vista a los agresores y fijándome solamente en la trayectoria del que cada vez salía a flote con menos frecuencia, recibí un doloroso garrotazo en la espalda a la altura de los riñones que me hizo tambalear, cayendo al suelo boca abajo y a punto de perder el conocimiento por el intenso dolor. Entre las jocosas carcajadas de los que supuse iban a ser mis verdugos, con los ojos entreabiertos pude ver con desesperación entre las fauces del río, aquel rostro que presa del pavor en un gesto descompuesto, entregaba a *Hapy*, el dios del Nilo, su vida ya carente de fuerzas en un último intento por sobrevivir.

Incapaz de levantarme, pensé que mi corta y fructífera vida estaba a punto de terminar en manos de cualquiera de los tres agresores que se iban acercando lentamente para dar el golpe definitivo, haciendo que mis ojos cegaran la visión de esa hermosa tierra. Intenté levantarme de nuevo, pero era imposible. Parecía como si una losa de varias toneladas me aplastara contra el suelo del camino, incapaz de poder efectuar un movimiento, y todo ello acompañado por el enorme esfuerzo que suponía inhalar el aire a

mis pulmones.

Rabioso conmigo mismo por no poder hacer frente a esa situación, imploré de manera inconsciente a la Diosa Isis, que me diera la suficiente fuerza para poder saltar al río, dejando mi vida en sus manos y no en la de tres sicarios con la única intención de cobrar una mísera recompensa. Con la cabeza de medio lado, apoyada en la tierra, vi a los tres matones que estaban a tan solo un metro de mí. Ante mi sorpresa, retrocedían lentamente con cara de asombro. Sobre la parte baja de la espalda, sentí un agradable cosquilleo y a continuación escuché el agudo y profundo silbido de una enorme cobra de casi dos metros. De color negro y muy brillante, empezó a alzarse, encarándose a los tres hombres que aún portaban las armas en sus manos. Mi consideración hacia ese tipo de reptiles iba más allá del respeto. Los veía rápidos, astutos y letales.

El de la cicatriz le quitó de un tirón la espada al que estaba en medio. Lanzó algún ataque contra la cobra pero esta parecía conocer anticipadamente sus movimientos, y siempre, con gran precisión, logró esquivarlos. Aunque supuestamente tenía que tener un pavoroso miedo por el reptil, en realidad me encontraba sereno y tranquilo. Tan solo por unos instantes había retrasado mi encuentro con la muerte, un preciado tiempo que permitiría recuperarme poco a poco y poder escabullirme de ese escabroso momento, en que el destino de nuevo estaba jugando conmigo. Solo pude ponerme de medio lado, ya que al intentar incorporarme, el dolor se hacía tan agudo que de nuevo me cortaba la respiración.

La cobra los mantenía a raya, mientras que de los cañaverales pude ver cómo otro reptil salía deslizándose, llegando hasta mis piernas. Cerré los ojos, esperando su picazón, pero al igual que la otra, reptó sobre mi espalda, yendo a situarse en paralela a su compañera. Esta era algo más pequeña, de color pardo, pero a mis oponentes les hacía frente de la misma manera, altanera y decidida, haciéndoles moverse en un lento retroceder mientras sus cuerpos erguidos bailaban la danza de la victoria. Entre ellos y yo, existía una momentánea barrera infranqueable que me permitió recuperar la respiración, cogiendo la suficiente fuerza como para sentarme en el camino. Las cobras, con amenazantes y rápidos movimientos, lograron que los tres agresores salieran corriendo despavoridos ante

una picadura que no parecía tener antídoto, sucumbiendo a los pocos minutos del punzante acariciar de sus colmillos.

Un sudor frió empezó a emanar de mi cuerpo ya empapado, cuando las dos cobras se dirigieron hasta donde estaba sentado, y de momento sin posibilidad de poder efectuar un rápido movimiento y salir corriendo. Por temor a asustarlas, evitando un ataque, me quedé completamente inmóvil hasta tal punto que apenas sentí los latidos de mi corazón. Por ambos lados se acercaron hasta mis manos, apoyadas sobre las rodillas. La gran cobra negra elevó unos treinta centímetros su reluciente cabeza, mientras, la otra se acurrucaba al lado de mi pierna. Estaba temeroso ante esa situación tan tensa. Mi mente se puso en blanco sin poder reaccionar de ninguna manera. El reptil que levantó la cabeza, se movió de un lado hacia el otro con el sensual movimiento de una bailarina de danza árabe, hipnotizadoramente tranquila. Se detuvo y fue bajando lentamente la cabeza hasta que su viperina lengua acarició mi mano. La otra, continuaba en contacto con mi piel, como si estuviera captando las vibraciones del electrizante temor que me recorría por todo el cuerpo. Tras un momento de silencio, la cobra negra emitió un profundo silbido. Como una orden en su particular lenguaje, los dos reptiles se retiraron para ocultarse entre la maleza, dejando que de mi cuerpo emanaran minúsculas gotas de sudor, contenidas por la sensación de la cercana muerte que rondaba silenciosa y soberbia en ese hermoso paraje lleno de vida.

Volví a recordar aquel sueño en que la pequeña serpientilla jugaba en mi mano hasta perderla de vista, desvaneciéndose como el brillo de un espejismo. La sonora carcajada de Horemheb me despertó del letargo emocional mientras se apoyaba en una higuera, recuperando su jadeante respiración.

—Hay que reconocer que los favores de los dioses te son concedidos. Jamás mis ojos habían presenciado algo así.

Se iba acercando hacia mí con cierta cautela, mirando el lugar por donde se habían escondido las dos cobras. Le tenía más miedo a un reptil que a cien leones.

Le miré sorprendido, ya que su presencia allí, y solo, estaba fuera de lugar.

—¿Cómo has sabido que...?

—El hijo pequeño del escriba del almacén, estaba jugando entre los cañaverales cuando ha presenciado que cuatro hombres armados querían atacarte. Estaba en las afueras de palacio cuando lo he visto que venía corriendo. Estaba asustado y se dirigió hacia la guardia para comunicarles lo que había visto, pero como veo, parece que ya has solucionado el problema.

Intenté incorporarme, pero no pude.

—No, no he sido yo —exclamé eufórico por alegrarme de su presencia—. Han sido esas dos preciosas cobras que acabas de ver, las que han hecho posible que ahora esté con vida. ¡Horemheb! De esto ni una palabra a Kiya, no quiero preocuparla.

Empezó a guiñar un ojo, haciendo muecas con los labios y mirando al río.

—Demasiado tarde, Nafer. Estaba con ella cuando se acercó el chiquillo, mencionando tu nombre y...

El avispado y extrovertido jovencito, solía pasar buenos ratos conmigo en los establos. Le fascinaban los caballos y de vez en cuando lo sacaba a lomos de *Furia* para que desahogara sus ansias. Tenía madera y modales de ser un gran jinete.

Empecé a incorporarme lentamente, y Horemheb, al ver mis limitaciones, se acercó raudo con cara de preocupación.

—¿Estás herido?

—Tranquilo —le calmé—, no es grave. Solo un fuerte golpe que espero no me haya roto una costilla.

—Así que las cobras...

Empezó a hablar mientras me sujetaba por el brazo, pero le corté la conversación, girando la cabeza y mirando hacia el suelo.

—Mira, ahí están.

Sin tan siquiera mirar, no solo me soltó, sino que me dio un repentino empujón, tirándome de nuevo al suelo. Salió corriendo con el único sonido de mis carcajadas que lo detuvo en seco. Aun sabiendo que era una broma, mientras se acercaba a mí no dejaba de mirar entre la hierba y arbustos del camino. Sus rígidas facciones no se relajaron hasta salir al gran patio del templo de Karnak. Entonces se sumó a las carcajadas, apaciguando la tensión que le produjo estar cerca de cualquier reptil.

Kiya, por órdenes de Horemheb, se había introducido tras los muros de palacio, pero no pudo estar en los jardines y esperó

preocupada en la puerta a expensas de recibir alguna noticia sobre mi estado. No paraba de moverse de un lado hacia otro, hablando con la guardia bajo el dintel sujeto por pequeñas columnas. Hacía aspavientos con las manos mientras un centinela intentaba calmarla. Al vernos desde lejos entre carcajadas por las bromas, se relajó, comprendiendo que no estaba herido, pero aun así corrió para fundirse conmigo en un abrazo del cual pude ver, que tras sus llorosos ojos, emanaba una refulgente felicidad.

Esa noche Nefertiti estaba radiante. Sin mediar palabra, nuestros cuerpos se fundieron apasionada y silenciosamente bajo las suaves sabanas de lino en aquella fresca y estrellada noche de otoño.

Nada más enterarme, me personé en la iluminada habitación de la perecida infanta. El Padre Divino y Gran Visir Ay, estaba sentado en un taburete, sujetando con una mano el báculo con la pluma que representaba verdad, derecho, y justicia. Con la otra mano, cubría las lágrimas que recorrían su descompuesto rostro por el dolor y la aflicción de ver a la pareja real, vivir tan amarga y desdichada situación. Cerca del Gran Visir, el Sumo Sacerdote Userhat quemaba incienso para purificar el alma de la difunta y empezar los preparativos para entregarla al dios Osiris, soberano del reino de los muertos.

Tut y Ankhes rodeaban con sus manos el cuerpecito inmóvil de su amada hija, recibiendo la esencia del escaso mes de vida antes de prepararla para la momificación en un cuidadoso proceso que duraría setenta días.

Coloqué mis manos sobre sus espaldas para hacerles saber que me unía en su dolor, en ese angustioso momento de una floreciente paternidad, truncada por la desdicha del azar. Al sentirme, sus cuerpos se fusionaron al mío en un emotivo abrazo, transmitiéndoles mi profundo pesar y la ternura con que los intentaba consolar. Ankhes estaba destrozada y demacrada por un llanto continuado que sus lagrimas secaron lo más profundo de su corazón. Tut mostraba una férrea serenidad, pilar fundamental y apoyo determinante para evitar que su amada esposa no

sucumbiera en nefastos pensamientos que irían desgastando poco a poco su floreciente vida, pero en realidad, una angustia que pude ver a través de sus ojos, lo tenía atrapado en un mar de confusión y en una lucha interna con los dioses, aún sabiendo que un alto porcentaje de recién nacidos moría sin dar tiempo a ponerles nombre.

Corría el mes de *Pa-en-Amon-Hetep*, el tercero de la estación de *Peret*, donde los fríos ocasos invitaban a refugiarse tras las gruesas y cálidas túnicas en estancias caldeadas por múltiples braseros, esparcidos por todo el palacio. Durante el día, las agradables temperaturas permitían deambular con un ligero y cómodo faldellín, o como mucho una camisa de manga corta para atenuar el frescor en el cuerpo.

Me uní a ellos en la visión del dolor, mirando con afecto y pena la pobre criatura que parecía estar dormida sobre la pequeña camita, a no ser por el color blanquecino amoratado que presentaba la piel de su infante rostro. No habían tocado a la pequeña del lugar donde se produjo su muerte, y eso llamó mi atención.

Acercándome lentamente, advertí que tanto en los diminutos orificios nasales como en la comisura de sus labios, había unas finísimas y casi imperceptibles hebras de algodón, o tal vez lino, de un color azul turquesa. En los laterales de su cuello, a la altura del cráneo, dos pequeños círculos de un color morado algo más intenso, resaltaban notablemente sobre el mortecino color de la piel. Sin duda, su último aliento se había visto interrumpido por una mano asesina que portaba una tela para evitar un sonoro llanto y la entrada de aire a sus pulmones.

Me llevé las manos al rostro, evitando ver la injuria de un despiadado asesino sin alma, y sin escrúpulos para arrebatar la larga y prospera vida de un indefenso recién nacido. Casi con ganas de vomitar por los oscuros pensamientos que se cernían como fantasmas en mi cabeza, salí de la habitación, escuchando las susurrantes palabras que Tut pronunció: «pobre Nafer». Las dijo mientras acercaba la mejilla a la de su amada y destrozada esposa Ankhes.

Viendo Horemheb mi huidiza salida de la habitación, se dispuso a seguirme hasta los pasillos donde me encontró mirando nervioso por toda la residencia, intentando centrarme en mi objetivo.

—¿Qué ocurre, Nafer?

Me sujetó por los brazos, viendo mi alterado estado. El general presentía que algo no iba bien. Hice un recorrido visual desde la habitación de la pequeña princesa. Parecía difícil pero no imposible, que el impecablemente uniformado guardia que custodia la alcoba del faraón, no se percatara de la presencia de alguien que estaría rondando por los pasillos a altas horas de la noche, donde ya todo era silencio y quietud.

—La nodriza, ¿Dónde está la nodriza? —pregunté, recorriendo la mirada por toda la estancia— Necesito hablar con ella.

Me dirigí hacia las escaleras para salir al jardín y buscar a la nodriza, pero el general me retuvo por el brazo.

—Acompáñame —indicó Horemheb con la mano dirigida hacia el final del pasillo—. De momento no va a ser posible, si es que aún no se ha despertado. La encontraron tumbada en el suelo, seguramente a causa de un desvanecimiento que le causó la conmoción de ver muerta a la princesita. Pero ¿Por qué ese nerviosismo que invade tu cuerpo? ¿Por qué quieres hablar con la nodriza? ¡Nafer, dime algo!

Sin mediar palabra, avancé por el pasillo con el único objetivo de llegar a los aposentos donde se encontraba la nodriza. Al llegar, la vi tumbada en una sencilla cama de madera. Seguía inconsciente. Entre llantos, una sirvienta colocaba paños humedecidos en agua perfumada sobre su frente. Me acerqué a la morena nodriza de largos cabellos, hasta sentir su respiración a escasos centímetros de mi rostro. Horemheb no entendía lo qué ocurría, pero empezó a presentir que algo oscuro se cernía sobre la muerte de la princesa. Despidió a la sirvienta y se acercó a la cama. Se quedó atónito al ver introducir mis manos entre la hermosa melena de la muchacha que, palpando lentamente, llegué hasta la parte occipital de su cabeza. Justo en el centro, presentaba un abultamiento producido por el golpe de algún garrote. Pedí a Horemheb que examinara la protuberancia, y al palparla, sus ojos se abrieron como platos, que poco a poco se fueron entrecerrando con una mueca de profunda consternación.

—Mi querido amigo —declaré—. La nodriza no se desmayó sin más. Alguien provocó que perdiera el conocimiento, y por las finas hebras de tela que he encontrado en la nariz y boca de la princesa,

todo ello me dice que fue… asesinada. Por favor Horemheb, dobla la guardia.

X

—Nafer, sabemos que ha sido asesinada, pero ¿quién ha osado levantar la mano contra los dioses? —Su ira le hacía apretar los puños, tensando los músculos del brazo. La impotencia de no poder hacer nada por una linda criatura que ya había entrado en su corazón, lo envolvió en una rabiosa y descontrolada ansiedad—. No tenemos una pista irrefutable por dónde empezar. Los guardianes no han visto nada sospechoso durante la noche... y la servidumbre dormía. ¡No tenemos nada! ¡Nada!

Se llevó las manos a la cabeza, apoyándose en el tronco de un sicomoro. Una suave ráfaga de viento sopló sobre nuestras cabezas.

—Se trata de la misma persona que preparó el atentado contra Tut, estoy seguro —afirmé, colocando una mano sobre su hombro para mitigar la acorralada ira que corría por sus venas—. Cada vez se va acercando más, y tarde o temprano caerá, pero no quisiera que a costa de ninguna otra vida. Por favor Horemheb, que tu guardia especial se dedique a proteger este palacio como si se tratara de su propia familia —le volví a recalcar, aun sabiendo que todo ese tema lo tenía bajo control.

Alzó la vista al cielo, suspirando entrecortadamente por el sufrimiento que le albergaba y el dolor de la familia real. No era el general en jefe de los ejércitos egipcios el que se presentaba enérgico y con duras facciones para imponer a sus tropas, era el ser humano que emanaba de su interior, desvelando unos sentimientos

que le desfiguraban el rostro en un silencioso ataque de rabia y rencor. Estaba destrozado.

Un guardia de las murallas de palacio se acercó hasta nosotros. Con una rápida inclinación de cabeza, dijo:

—Una mujer que espera en la puerta, pregunta por Nafer.

Me miró a los ojos, esperando una respuesta. Subí a un banco de piedra para sortear con la vista unos pequeños tamariscos que flanqueaban la entrada, y entonces pude ver de quién se trataba.

—Hazla pasar.

Merit, la compañera de Nemut que había dejado la actividad de camarera para unirse con él, se acercaba acompañada por el guardia a paso acelerado. Al verme en compañía de Horemheb, se inclinó hacia este de forma humilde y respetuosa.

—No os conozco, poderoso señor —merit no le miraba a los ojos, ya que su imponente musculatura y el atavío militar le causó gran impresión—. No quisiera molestaros en compañía de Nafer, pero es de vital importancia que hable con él, mi señor —me miró y denoté que una gran preocupación recorría su interior—. El asunto parece grave.

—Habla Merit. Lo que tengas que decir hazlo en presencia del general, así que no demores más y comparte con nosotros tu inquietud.

Sus preciosos ojos color miel se engrandecieron al saber que estaba en presencia de Horemheb. No lo conocía personalmente, y Nemut tampoco le hubiera hablado de él. No me extrañaba y, aunque para Nemut, Horemheb había sido como su segundo padre, lo llevaba en algún recóndito lugar de sus sentimientos que no quería desvelar.

—Nemut... —titubeó, mirándome con una chispa de ansiedad—. Nemut requiere vuestra presencia, amado Nafer. Ha estado persiguiendo desde el alba a un extraño que lo vio desde nuestra morada, descolgarse por la terraza de palacio. Lo tiene atado en el bosque de sicomoros, junto al lago sagrado.

Horemheb apretó mi brazo. En ese caótico y confuso día, un pequeño brote de luz asomó en nuestros nublados pensamientos.

—Guíanos hasta Nemut.

Tomé por la cintura a Merit que no dejaba de mirar todo el entorno, maravillada por estar en el precioso y cuidado jardín que

rodeaba el palacio.

Nemut estaba oculto a la vista del camino, tras un frondoso tamarindo que crecía junto al bosque de sicomoros. Al vernos, pareció relajarse. El desconocido, sentado junto al árbol, abrazaba su tronco con las manos atadas por detrás, amordazado con una venda que le impedía hablar.

Horemheb le quitó la venda y levantó su cabeza, pero no lo conocía.

—¿Quién eres? —le preguntó, cruzándose los fornidos brazos con las venas a punto de estallar.

El incauto preso movía los labios resecos a la espera de que le saldrían las palabras. Tragó la poca saliva que tenía en su boca, lubricando las cueras vocales y emitiendo guturales sonidos. Volvió a tragar y carraspeó su garganta.

—Hutu, me llamo Hutu, mi señor. Por todos los dioses, quitarme a este demente que solo quiere matarme. ¡Oh gran señor! Estaba pescando tan tranquilo en el río, cuando se abalanzó hacia mí y empezó a pegarme sin ningún motivo. Está loco, hacedme caso. Gracias por venir. Veo que sois gente de buenas entendederas, como yo, y respetareis las palabras de un sencillo campesino. Estaba pescando para poder alimentar a mis tres hijos. El más pequeño está enfermo y tiene que alimentarse para sanar —agachó la cabeza, intentando esconder su dolor, pero era un mal actor—. Yo no he hecho nada, por todos los dioses, yo no he hecho nada.

Soltando un suspiro, Nemut dejó entrever su blanca dentadura en una sarcástica sonrisa, mientras golpeó la pierna de Hutu.

—¿Por qué mientes? —estalló de rabia—. Tu corazón lleno de inmundicia será pesado en la balanza del tribunal de Osiris, y vagarás entre las tinieblas por toda la eternidad.

Horemheb hizo un gesto con la cabeza a Nemut para que nos siguiera a unos metros de Hutu. Los sicomoros eran testigos de las palabras de Nemut, que de manera sosegada comenzó a hablar.

—Mi amado general, amigo Nafer —nos miró indistintamente—. Pensaba que se trataba de un ladrón que había logrado entrar en palacio para robar, aprovechando el escaso movimiento que hay a esas horas de la noche, pero poco antes de enviar a Merit en vuestra búsqueda, me he enterado de sus labios la desagradable noticia del fallecimiento de la hija de nuestro querido faraón y su amada

esposa Ankhes. No tengo ninguna duda que ese…

Lo miró con cara de odio, tensando los músculos y apretando los puños. Por un momento pensé que se iba a abalanzar contra él.

—Cálmate Nemut, y cuenta lo qué ha pasado.

Horemheb quería conocer con todo detalle cómo Hutu había ido a parar a manos de Nemut, y por qué.

—Merit dormía profundamente —continuó—, pero yo estaba agitado a causa de una pesadilla que ha interrumpido mi sueño, y ya no lo he podido conciliar. Era poco antes del alba, y me asomé a la ventana para apreciar la redondez de la luna en todo su esplendor. Su brillo era tan intenso que me deleitaba viendo las plateadas hojas de los árboles que están en el jardín, cuando el sinuoso movimiento de una persona en el palacio, llamó mi atención. Gracias a que poseo una magnifica vista, he podido apreciar que se trataba de un hombre que se envolvía en una amplia túnica de color oscuro que le llegaba hasta las rodillas —poco a poco iba levantando la voz, excitado por la narración de los acontecimientos—. Vi que en un ágil movimiento se descolgaba de la terraza, yendo a parar al jardín que da al lado este. Imaginando que se trataba de un ladronzuelo con ganas de salir del recinto y, por la puerta no lo podía hacer, me vestí rápido y corrí tras él a gran velocidad para intentarlo apresar —Nemut continuaba regularmente practicando ejercicios de alto nivel, tanto musculares como aeróbicos, corriendo incluso a altas temperaturas para adecuar su cuerpo a la resistencia por los caminos del desierto, para practicar su deporte favorito: el tiro con arco. Mientras hablaba, no cesaba de hacer aspavientos con sus manos, dibujando el suceso en el aire—. En ese corto tiempo que tardé en llegar, el suave claror del amanecer empezaba a despuntar. Justo en la esquina de la cuarta muralla, lo volví a ver saltando con destreza y rapidez, asemejándolo más con un babuino que con una persona. Ni tan siquiera me paré a pensar si iba armado o era peligroso, ya que mi obcecada intención era apresarlo a toda costa. Fui escondiéndome entre los árboles, maleza y Cañaverales que me permitían ver sin ser visto, estando seguro que no se percatara de mi presencia. Quería ver hacia dónde se dirigía, pero se introdujo en el espeso follaje como si de alguna manera quisiera borrar todo su rastro. En ese momento sentí la obligación de apresarlo, ya que lo podía

perder y por nada del mundo me lo perdonaría —merit continuaba al lado de Hutu, orgullosa de vigilar al maleante que su amado Nemut había capturado—. Cerca de la aldea de los ganaderos, al norte de Tebas, me vio agazaparme entre los arbustos en un momento que bajé la guardia por culpa de unos patos ocultos entre los cañaverales, que emprendieron el vuelo de forma ruidosa. Salió corriendo para intentar llegar al poblado, pero fui más rápido que él y logré abatirlo sin mucho problema.

—Por favor, altos dignatarios, está mintiendo. Yo solo estaba pescando...

—¡Cállate!

Horemheb se impuso con un fuerte torrente de voz, haciendo que Hutu bajara la cabeza rápidamente. Sabía que Nemut no mentía.

Me acerqué hasta el árbol sin mediar palabra, lo desaté del tronco, se levantó y le volví a atar las manos a la espalda. Le alcé la túnica para ver si llevaba alguna pequeña daga escondida con la que pudiera cortar la cuerda que ataba sus manos, cuando de repente, abrí los ojos, atónito ante lo que veía.

Sin poder reprimir mi reacción en un impulso de rabia, le asesté un certero puñetazo en la mandíbula, cayendo a los pies de Horemheb. Este, incrédulo ante el brutal golpe, no dio crédito por mi forma de actuar, escondiéndose tras una confusa y picara sonrisa. Apoyé las manos en el tronco del sicomoro, intentando calmar la ira que hacía que mis pulmones trabajasen a gran velocidad, oxigenando y refrigerando el calor de mi cuerpo a punto de estallar.

—¿Qué ocurre, Nafer?

Horemheb entrevió algo raro. Jamás me había visto con ese temperamento, incluso sabía que no me gustaba ese tipo de actuaciones a no ser que mi vida dependiera de ello. Me acerqué hasta Hutu y, anudado a su taparrabos, tenía un trozo de tela que utilizaba para cubrirse la cabeza en las frías noches de la estación de *Peret*. Se lo mostré a Horemheb. En un rápido acto, propio de un avezado militar, blandió su espada y la punta tocó el cuello del cautivo.

—Por todos los dioses que no puedo hacer lo que en estos momentos deseo —sus ojos, inyectados en sangre, contenían la

rabia de no poder arremeter contra él—. Respeto la ley de Maat y, como tal, serán sus servidores los que te ajusticien. Pero te aseguro que el gran tribunal de Tebas no tendrá piedad contigo.

La tela era del mismo color azul turquesa de las hebras que encontré en los labios de la interfecta hija de los reyes de Egipto.

El complot de acabar con el faraón había cambiado de rumbo. Ya no era el objetivo primordial, en parte, porque la guardia personal se adelantaba a sus movimientos en el momento que salía de palacio, aunque siempre existía la probabilidad de exponerse a manos de algún experimentado arquero que pudiera hacer blanco desde larga distancia sobre su regia figura. Ahora querían hacer el mayor daño posible a aquellas personas afines al faraón, así menguarían su estado de ánimo y le provocarían a que cometiese algún fallo, exponiéndose a que la punta de una flecha acabara por fin con su vida.

Horemheb había empezado a preparar una guardia de carácter especial: los llamados *«la Sombra de Horus»*. Primordialmente eran los portainsignias de los múltiples escuadrones que él personalmente había adiestrado. No solo estaban bien preparados en la disciplina militar, sino que se esmeró en seleccionar a los más despiertos y sagaces en el camuflaje, tanto físico como psicológico, con la intención de introducirse en cualquier escala de la pirámide social, pero ante todo en la del pueblo. Su cometido era evitar pequeños altercados de carácter político que pudieran ocasionar revueltas, llegando incluso a crecerse en soberbia y tramar contra la administración, desestabilizando así el poder del faraón.

Con ello, alguna podrida mente de la cima social intentaría derrocar al monarca, tachándolo con la ayuda de militares y sacerdotes corruptos, de incompetente o renegado de los dioses. Serían capaces de urdir cualquier trama para obtener el apoyo incondicional del pueblo, siendo este el león que se encargara de rugir a las puertas de palacio y destronar a la familia real. No era fácil semejante cometido, pero sí posible.

Algo parecido ocurrió en los últimos años de Akhenatón, cuando

Nefertiti gobernaba el país en el crepúsculo político. Horemheb se había prometido que no sucedería lo mismo con Tutankamón, que no iba a permitir que ninguna alimaña política llegase a enriquecerse con el sello real, pero más que ninguna revuelta, lo que estaba por medio y realmente le importaba, era la vida del faraón.

Los fieles *de la Sombra de Horus* pretendían evitar lo que ocurrió en el final del gobierno de Akhenatón, cuando se produjeron desordenes en la sociedad egipcia. Las columnas políticas se tambalearon, pero estaban cimentadas sobre la base del pueblo que auguraba la benevolencia de su nuevo faraón.

Horemheb, deseando restablecer el orden, promulgó un decreto en el que se tipificaban varios delitos concretos contra los detractores y maleantes, prescribiendo los castigos correspondientes. En los casos más graves, aquellos que eran los artífices de las revueltas o impulsores de tramas contra el faraón, se les castigaba con «el corte de la nariz», para luego, con sus rostros cadavéricos, desterrarlos al destacamento militar de Chel, que se encontraba situado en la frontera oriental de Egipto. Para el robo, el decreto indicaba que el culpable recibiría cien azotes y cinco heridas abiertas. También se castigaba con implacable rigor a los funcionarios que harían abuso de su poder, tal como robar cosechas o ganado de los campesinos, bajo el pretexto del cobro de impuestos. El castigo consistía desde cien bastonazos hasta el corte de la nariz, pero si un juez estaba por medio como cómplice de un recaudador de impuestos para compartir el pillaje, su castigo sería la muerte.

La justicia era dura, arbitraria, y cualquier persona tenía serias razones para temerla, puesto que había una larga cadena de personal implicado en ejecutar las órdenes superiores con azotes o mutilaciones. La nueva guardia de los fieles que tan minuciosamente preparó, vestía y vivía según el rango social al que tenía que infiltrarse. Las órdenes eran estrictas: tenían que ir cambiando cada cierto tiempo de posición social y de lugar, con el fin de no llegar a ser muy conocidos y poder recabar toda la información posible con el cometido que a cada uno se le asignaba.

Sus informes, mediante correo privado, los recibía personalmente Horemheb, tomando las medidas necesarias a cada

problema que se presentaba.

Ni tan siquiera el Gran Visir Ay, ni por supuesto los visires del Alto y Bajo Egipto, estaban informados del plan con el que se intentaba asegurar una estabilidad en el país. Esos informes llegaban en paralelo con los que recibía de los gobernadores de los diferentes *nomos* de Egipto, comparándolos para que todo fluyera en un orden establecido, asegurándose así la veracidad de los altos dignatarios. Todos ellos se valían de los «mensajeros reales», representantes de la administración con amplios poderes, ya fuera en el ámbito provincial o estatal. Los mensajeros cumplían importantes misiones diplomáticas, tanto en el interior como el exterior del país. Ello tenía gran relevancia para el desarrollo y mantenimiento de las relaciones entre Egipto y el oriente Próximo.

Aun con los problemas que acarreaban las funciones del faraón, siempre encontraba un momento para echarme un rapapolvo cuando renegaba de la protección de la guardia para salir a dar tan solo un paseo, excepto cuando tenía que ir en compañía de Nefertiti o Kiya, para no poner en peligro sus vidas.

—¡Nafer! Te ordeno que siempre, y digo siempre, lleves a tu escolta personal cuando abandones el palacio.

Se ponía serio cuando hablaba así. Imponía su autoridad de comandante supremo del ejército, aun sabiendo que no me hacía ninguna gracia el ir acompañado de la guardia. En parte me sentía coaccionado en todos mis movimientos. Los papeles habían cambiado. Ahora él hacía de protector y en su fuero interno se sentía responsable de lo que me pudiera pasar, pero aprovechaba esos momentos de enojo para hacerle bromas y zarandeos, sacándolo de su responsabilidad y, aunque fuera por breves momentos, jugar como dos chiquillos para aliviar la tensión, recordando los momentos en los que estábamos más unidos.

Desde su llegada a Tebas, las funciones protocolarias le acaparaban buena parte de las horas del día, pero siempre encontraba momentos para estar con los miembros de su familia, que con gran orgullo me encontraba entre ellos. Como responsable

ante los dioses y su pueblo, asumía papeles de arquitecto, ingeniero, incluso agrónomo y legislador. Por poseer el grado de Gran general, era imprescindible su aparición ante los ejércitos o simplemente como supervisor en las acciones de los ciudadanos. Su presencia era papel importante en el comienzo de las nuevas obras, inspecciones a monumentos, audiencias o imposición de condecoraciones. Como tarea importante en sus diferentes actos protocolarios, mediaba en la elección y nombramiento de altos funcionarios civiles y cargos religiosos de todo el país.

En su corta edad poseía una fortaleza fuera de lo común. Jamás lo vi nervioso o dubitativo en las funciones de estado, todo lo contrario, parecían recargar su fuerza interior, alimentándolo de una gallardía psicológica que hasta su misma madre Kiya, pensaba en más de una ocasión que había sido parido por la mismísima diosa Isis. Poseía una fortaleza innata, un don que sabía manipular y controlar.

Sin embargo, en el lado más negativo de la familia real, Ankhes se había sumido en una profunda depresión que la tenía postrada en la cama desde el fallecimiento de su hija. Con el médico sentado en una silla y descompuesto por no poder sacar a la reina de su letargo, solía ir a verla a menudo, tomándole la mano y hablando con un personal cariño para que pudiera absorber por poco que fuera, la esencia de la energía que ponía en cada palabra de lo que cada día había acontecido. Daba igual si se trataba de algo importante o cualquier nimiedad que ocurría a mi alrededor, de los chismes de palacio o de las ultimas telas que habían llegado desde el norte para confeccionar las próximas tendencias de moda, daba igual, tan solo me interesaba que allá donde estuvieran sus pensamientos, no se sintiera sola.

Cuántas veces había querido penetrar en su mente, luchando contra viento y marea si hacía falta para arrastrarla a la luz del día de las oscuras tinieblas que la tenían sumida en un letargo de apatía. Con frecuencia, la levantaba de la cama, y asida a mi brazo, le obligaba a caminar por los pasillos. Salíamos a la amplia terraza para que los rayos del sol impregnaran su cuerpo, y el suave viento del norte le acariciara su delicada piel. De vez en cuando sonreía, mostrando su preciosa dentadura, esforzándose por emanar de su nublada imaginación la escasa alegría que su interior albergaba.

Apenas tenía hambre, pero Kiya le preparaba unos suaves purés de verduras que ingería con mucho sacrificio. Entre esa escasa comida y los zumos de fruta que absorbía lentamente a través de un junco de papiro verde, se mantenía con vida lo suficiente como para no cerrar la boca de su estomago, entrando en una desnutrición que la llevaría a una muerte segura. A veces yo mismo abría la boca cada vez que llevaba la cuchara a sus labios, en ese gesto maternal que pasa de generación en generación, sonriendo cada vez que me daba cuenta de ese inconsciente acto. Con los parpados casi cerrados, Ankhes apreciaba esa sonrisa en mis labios y se esforzaba por intentar alzar la comisura de los suyos. Todavía peleaba en su interior.

Junto al médico, se encontraba en muchas ocasiones el Gran Sacerdote del templo de Karnak, quemando incienso y exaltando plegarias y salmodias para ahuyentar a los malos espíritus que moraban en el obstruido cuerpo de la preciosa Ankhes.

—¡Por el amor de Dios, ya basta!

En un arrebato de euforia, harto de escuchar las repetitivas y molestas plegarias que turbaban la paz y conseguían extenuar a la persona más enérgica, cogí ante la atenta mirada del sacerdote, el médico, y Kiya, todas las pastillas de incienso repartidas por la habitación en pequeños platillos de bronce y las saqué a la terraza. Sin mediar palabra, abrí las puertas de los amplios ventanales para purificar el nauseabundo y cargado ambiente que ya se estaba haciendo irrespirable. Lo que Ankhes necesitaba, era aire fresco para que sus pulmones trabajasen con facilidad, mandando oxigeno al cerebro para evitar que se embotara y sus obstruidos pensamientos pudieran fluir con algo más de nitidez.

Al acercarme a la cama, el Gran sacerdote levantó en un tímido ademán la mano para reprimir los actos que acababa de ver, pero con una mirada, fue suficiente para obstruir su garganta antes de emitir una palabra. Al otro lado de la cama, Kiya mostró una disimulada sonrisa a la vez que asentía suavemente, aprobando el nuevo ambiente de la alcoba y viendo cómo Ankhes respiraba de forma más relajada. No me preocupaba si sus quejas llegarían al faraón, haciéndole saber que me había impuesto entre la fuerza de Amón y el amor protector de Isis. Ankhes tenía una fuerte depresión por la muerte de su hija, y lo que necesitaba en esos momentos era

aire fresco, saludable, y la compañía y el aliento de sus seres más queridos.

A partir de ese día, por orden de Tut, el Gran sacerdote solo se limitaría a sus plegarias, pero en ritos efectuados en el templo de Karnak y en dedicación única y exclusiva hasta que la reina sanara. Intuí que detrás de esa orden, estaban las sabias y convincentes palabras de Kiya.

Las interminables horas que pasaba el general junto a Nemut, eran el antídoto al veneno que recorría por su cuerpo, la espina que necesitaba sacar de sus entrañas para no rodearle el cuello con las manos y estrangularlo por lo que estuvo a punto de hacer. No era su hijo genético, pero actuaba como si lo fuera. Eso le ayudó a perdonarlo. Eso y la promesa que me hizo en la orilla del Nilo. «Te prometo ante los dioses de Egipto que si me llevas hasta donde está, nada le ocurrirá». Horemheb era hombre de palabra, y no solo no le había puesto la mano encima, sino que tampoco había intentado sonsacarle bajo las órdenes de quién estuvo para acometer contra la vida del faraón. Tanto él como Nemut se regían por un honor que solo ellos eran capaces de entender.

El hogar de Merit desprendía un exquisito aroma a carne de pato, aderezada con especias que impregnaba toda la cocina. Era diestra en los guisos y se abastecía de los más variados condimentos que guardaba en tarros de barro, cuidadosamente cubiertos y con inscripciones para saber su contenido.

—Estás aquí mi señor —ya no insistía en decirle que no me llamara así, ya que su correcta educación no le permitía actuar de otra manera—. Pero tu mente fluye en otro lugar, como las torrenciales aguas del Nilo en época de crecida.

Era intuitiva, y aun esforzándome por disimular lo que desde hacía algún día me preocupaba, enseguida se percató de mi estado anímico. Un soplo de aire fresco trajo hasta la ventana la fragancia de las flores que emergían desde el jardín de palacio.

—Mi pobrecita niña Ankhes… —le revelé mientras acariciaba mi espalda, intentando aligerar a su manera la carga emocional con un

suave y delicado masaje. Me trataba con el respeto de una sumisa, pero con la dulzura y el buen hacer de una hermana mayor—, está sumida en un profundo caos emocional desde la muerte de su hija, y es incapaz de levantarse, comer, o asearse por sí sola. Está perdiendo todas sus fuerzas y...lo que más me preocupa, las ganas de vivir.

—Mi señor —se detuvo en su masaje, tomando mis manos mientras su mirada mostraba un repentino y excitado nerviosismo— ¿podría ir a verla? Poseo algún conocimiento en el arte de sanar, y el estado que sobrelleva mi amada reina me es familiar. Tal vez...

No dijo nada más. Su mirada continuaba clavada en mis ojos, esperando una respuesta. Desconocía los métodos que utilizaba para curar, pero su empeño me reveló más confianza que el médico de la familia real, habiendo llegado al límite de su sabiduría en cuanto al tipo de síntomas que padecía Ankhes. Sin dilación asentí, escudriñando la pureza de su mirada y las delicadas facciones de un rostro que se desvivía por intentar ayudar a una persona que no conocía, pero sentía la necesidad de hacerlo. Merit cogió un zurrón elaborado con un fino cuero de color grisáceo, introdujo en él unas cuantas bolsas pequeñas que contenían hierbas y otros productos con los que elaboraba diferentes tisanas y ungüentos, y comenzó a recorrer de un lugar a otro por la casa, adquiriendo lo que ella estimaba necesitar. Me fijé que tenía esparcidos, tanto en el suelo como colgados de la pared, unos cuántos ramilletes de plantas en un minucioso proceso de secado. Unos a la sombra y otros al sol. Solo preservaba las raíces en el lugar más fresco de la casa para adquirir todos sus beneficios. Cada planta tenía una misión diferente, y era importante que el secado se efectuara de forma diferente, ya que de ello se obtenía el resultado que ella deseaba.

Poco le costó prepararlo todo y acercarnos hasta palacio.

—

Supo corresponder a mi broma, guiñándome un ojo, sonriendo y mirando de soslayo al médico que salía a la terraza. Ese día estaba más en este mundo que en el otro, incluso sus mejillas mostraban

un tono rosáceo que ensalzaba sus encantos. Merit le pidió que no apartara la mirada de la suya. Fue pasando las manos por diferentes puntos de su cuerpo para sentir el torrente sanguíneo que corría por sus venas, la temperatura y el tipo de sudoración.

Las palabras de Merit eran como el murmullo del arroyo en un bosque silencioso, logrando un clima de relajación que beneficiaba a Ankhes. Mientras sus miradas continuaban en una profunda fusión, consiguiendo un suave hipnotismo que provocaba algo de paz en su interior, efectuaba sencillas preguntas como: en qué momento del día se encontraba mejor o peor; qué sentía al comer, al beber; qué efecto tenían las caricias, los rayos de sol, el aire. Todo un abanico de pequeños trucos para diagnosticar lo que, con mi escueta explicación mantenida en su hogar, ya suponía de qué se trataba.

Fue tal la relajación que consiguió Ankhes, que se sumió en un penetrante sueño en compañía de una sosegada y acompasada respiración. Los últimos rayos de sol que provocaban un hermoso atardecer, entraban por el amplio ventanal de la alcoba, cuando Merit nos indicó con la mano que la acompañáramos al pasillo para hablar con más tranquilidad.

Tomó la mano de Kiya entre las suyas.

—Mi señor Nafer, sé de qué se trata. Es una enfermedad nada frecuente que afecta a la energía de su *ka*. Aunque la zona vital de su cuerpo funciona correctamente, sus pensamientos están desprovistos de toda vitalidad y su espíritu le abandona, encontrándose completamente perdida sin saber dónde está. Mi madre lo llama «la batalla del silencio» —Kiya se fue pegando al cuerpo de Merit sin apenas darse cuenta. Brazo con brazo, sintiendo cada palabra, cada movimiento, cada gesto que expresaba al hablar, ardía en deseos de oír en sus labios la palabra esperanza. Necesitaba saber si Ankhes podía salir victoriosa de esa batalla— ¡Y sí mi señora! —Se aventuró a decir Merit con una mirada de compasión — Conozco el remedio.

Pareció captar el mensaje que Kiya clamaba a través de las vibraciones de todo su cuerpo. La satisfacción se hizo latente en nuestros rostros, como el nacimiento del sol en un nuevo amanecer, agradeciendo al destino los conocimientos de curación que Merit poseía y la convicción de sus palabras para poder sacar a Ankhes de

su muerte en vida.

Una ráfaga de aire fresco entró por el amplio ventanal, meciendo los cabellos sobre la frente de Ankhes que se había girado en la cama para cambiar de posición.

Estuve esperando ansioso a que Kiya se separase del efusivo abrazo que Merit le entregaba. Quería saber en qué consistía el tratamiento, cuando iba a empezar, pero como no podía interrumpir esa fusión de bondad y gratitud, me acerqué a paso acelerado hasta la cama donde descansaba Ankhes. La acaricié con sumo cuidado de no despertar el apacible sueño en el que estaba inmersa, besando su mejilla al tiempo que le susurré:

—Te vas a curar. Merit lograra que pronto camines victoriosa de esa batalla que estás luchando. Pronto reirás, mi niña, pronto reirás.

Jamás me había ocurrido llegar a tener tanto apego con una persona, de esa manera tan especial, tan intima que hasta llegaba a sentir su propio dolor. Llegué a un momento en que solo su estado anímico se convertía para mí en una carga que tenía que arrastrar, costara lo que me costase, pero que nunca llegaba a pesar más que una pluma, viéndola tan indefensa como una muñeca de trapo. Tan solo mi abuela y Kiya ocupaban un lugar parecido, pero tan solo eso, parecido. En Ankhes, el sentimiento me llegaba como el de un padre capaz de entregar la vida por su hija. Era extraño, pero esa sensación invadía mis pensamientos cada vez que pensaba en ella, allí, tan indefensa, acurrucada en la cama mientras se cernía en un mundo de tinieblas.

Anhelaba jubiloso el momento de verla recuperada, poder escuchar su contagiosa risa y disfrutar de su compañía, que resultaba tan gratificante como las aguas de Nilo cuando se desbordan, dejando a su paso el preciado limo que llena de vida toda la tierra.

—Nafer, Nafer.

Escuché la tenue voz de Kiya que me llamaba, posando una mano sobre mi cintura. Me hizo una indicación para salir de la alcoba, y aunque me costaba separarme de Ankhes, noté que Merit nos quería decir algo. En ese momento vi que Nefertiti estaba con ellas, y por la expresión de su rostro, al corriente de las últimas noticias. En su beso sentí una desbordante alegría

—Mi señor Nafer, conozco el remedio pero está lejos de aquí —

rebeló Merit, bajando las escaleras que nos llevaban hacia el jardín —. En la zona norte de Edfú se encuentra el pueblo donde nací. Mi madre es la curandera del lugar y ella nos proporcionará lo que necesitamos —cortó sus palabras a causa de un llanto provocado por los recuerdos de su familia—. Es la *flor de Horus*. Una flor de cinco pétalos azules como el lapislázuli, moteada con lágrimas amarillas. Se cuenta que en ese mismo emplazamiento donde crecen tan preciadas flores, tuvo lugar la batalla entre Horus y Seth. En el fragor de la batalla que duró cuatro días, Seth cercenó el ojo a Horus, pero justo antes de que el ojo se elevara hasta llegar al firmamento y comenzara a brillar como una estrella, acarició el suelo, y ahí es donde su sangre y una lagrima dieron vida a tan divina flor —interpretó al dios Horus en plena batalla con delicados movimientos corporales, incluso en el desprendimiento del ojo, dando un toque de realismo y vida a la antigua leyenda—. En la continuidad de la lucha, solo hubo silencio y oscuridad —continuó —. Tal era, que ni el chocar de las espadas se escuchaba, ni tan siquiera el clamor de los batallones arracimados que acompañaban a los dioses. Con los cuerpos extenuados y vestidos con un manto de sangre, solo se escuchó un lamento, cuando Horus seccionó los testículos de su adversario, con el fin de que si no lo mataba, no pudiera tener descendencia —desgarró la voz en el último acto de su pequeño relato, dando mayor realismo, incluso en sus manos medio cerradas que parecían contener los testículos de Seth—. Desde entonces, esa flor recuerda a tan decisiva batalla; la de la luz y las tinieblas. En su tallo, tan fuerte y recio como un grueso pulgar, se encuentra la sustancia para vencer en la «batalla del silencio». Contiene un denso líquido incoloro. Se dice que son las lágrimas de Horus, que mezclado con miel y otras plantas para ocultar su fuerte sabor, devuelve al mundo de lo vivos a todo aquel que está sumido en las tinieblas del dios rojo Seth.

Absortos en sus palabras, escuchábamos una magistral clase de curanderismo que Merit, de manera sencilla y natural, relataba como si se tratara de un gran medico que había cursado sus estudios durante años en la *casa de la vida*.

Desde los recuerdos más remotos de su infancia, se había criado entre ungüentos, plantas, y toda clase de raras sustancias que su madre utilizaba para hacer todo tipo de preparados con fines

estéticos y medicinales. Aparte de poseer una buena memoria para la mezcla de las plantas y sustancias, incluido el correcto tratamiento para cada enfermedad, poseía un prodigioso don para la música.

Su padre le fabricó una hermosa flauta que aún poseía entre sus objetos de más valor. Desde temprana edad, cuando recorría los caminos con su madre para la recolección de plantas medicinales, convertía el aire de las orillas del río en fragancias musicales, invitando a que los animalillos escondidos entre los cañaverales se arracimaran curiosos para escuchar tan dulce melodía. Quería aprender a tocar el laúd, el arpa, cualquier instrumento que interpretara las notas musicales que ella tenía en la cabeza.

Hasta entonces, una sola vez le escuché tocar la flauta; fue en las serpenteantes aguas de Nilo en nuestro regreso a Tebas de la ciudad de Ajetatón. Recuerdo que estaba inmerso en las tareas del barco, cuando me detuve atraído por su música, eclipsando el tumulto de voces que los marineros gritaban dando órdenes para una correcta navegación de los navíos. Solo se escuchaba la música que salía de tan pequeño y bello instrumento. Incluso el variopinto trinar de las aves que anidaban a nuestro alrededor, se interrumpió para escuchar con deleite la ensoñadora melodía. Su sonido embelesaba a todo el que lo escuchaba. Tenía un estilo propio de interpretación, diferente al que estaba acostumbrado a escuchar por las calles de Tebas, o incluso en los festines de palacio. La misma melodía se componía tanto de gráciles ritmos que invitaban a mover el cuerpo para acompañarlos, como prolongados sonidos carentes de jocosas notas que lograban un efecto sedante, capaz de amansar la ira de cualquier fiera. Su interpretación bien podía ser el reflejo en música de la vida cotidiana de cualquier pueblo o ciudad; durante el día, el incesante trasiego de la gente moviéndose de un lugar para otro con los rítmicos sonidos de sus tareas diarias, y por la noche, el remanso de paz con las susurrantes voces que emergen de las aguas del Nilo, y el sibilante viento que cruza entre las hojas de los árboles y penetra por las rendijas de los ventanales para mecer los sueños que invitan a un mundo que va más allá de la realidad.

Así sentí aquella melodía tan llena de vida.

—Me gusta —susurró Kiya con una pícara sonrisa, al tiempo que disfrutábamos de un paseo a la sombra de los sicomoros del jardín

de palacio—. No me extraña que Nemut esté tan enamorado. Posee un encanto tan arrollador, tan… reservado, que invita a cualquier hombre a caer rendido a sus pies.

—¡Ya lo creo! —aseguré, abriendo los ojos de par en par, acompañados con una perspicaz sonrisa.

Las muecas se convirtieron en risas al sentir el pellizco que Kiya me propinó en el costado.

Merit, de estatura más bien alta para la media de mujeres de Tebas, lucía una corta y cuidada melena color castaño que ocultaba su frente, dejando ver unos rasgados ojos color miel, nariz fina, y anguloso mentón, bajo una perfilada boca de labios finos que le conferían una hermosa sonrisa. Desde jovencita, sus ilusiones se centraban en poder Interpretar con los mejores músicos de Egipto, y ello le llevó a embarcarse en la aventura de su vida. Zarpó rumbo a Tebas, y de ahí a Ajetatón, donde se encontraba la mejor escuela de música en la cual tenía intención de ingresar a su llegada. Pero la admisión no era tan fácil, y tuvo que dedicarse a trabajar para poder mantenerse una vez que sus escasos ahorros se agotaron.

Poco a poco fue perdiendo la ilusión que le llevó a la ciudad del sol, teniendo que contentarse con la escasa comida y poco más, que el dueño de una pequeña fábrica de pan le daba por sus variadas tareas que le absorbían buena parte del día. En cierta ocasión, una amiga le ofreció la posibilidad de trabajar en la *casa de la cerveza*. Sin dudarlo, cambió de un día para otro, ganando más, con mejores condiciones de trabajo y augurando una perspectiva de futuro que la encaminaría a ingresar en la escuela de música, para algún día pertenecer a la mejor orquesta de Egipto, acompañada de arpas, laudes, liras, crótalos, trompetas y tambores. Era toda su ilusión.

Llevaba una semana desarrollando sus nuevas funciones como camarera, cuando aparecimos aquel día Nemut y yo. A partir de entonces, su vida cambió con un giro inesperado.

XI

Furia para partir cuanto antes hacia Edfú, cuando Kiya y Nefertiti se presentaron en los establos.

—No puedes ir con el caballo, Nafer —se lamento Kiya, sabiendo que preparaba con ímpetu el viaje—. Lo matarás.

—¿Qué dices? Es fuerte y…

—¡No, Nafer! te conozco, y con el interés que tienes por traer rápidamente el remedio para Ankhes, serías incapaz de descansar lo suficiente para que *Furia* repusiera fuerzas y acabaría muriendo por agotamiento.

—Pero…

Su mano tapó mi boca. No me había parado a pensar en la distancia que separaba Tebas de Edfú. Tan solo en mi obcecación, estaba el poder traer la medicina lo más rápido posible. De mis conocimientos sobre la geografía de Egipto, calculé que entre las dos ciudades habría una distancia de diecinueve *iterus*, unos doscientos kilómetros ida y vuelta, siendo un recorrido excesivamente largo para apurar las fuerzas de *Furia*.

—Yo te acompañaré, Nafer —exclamó Nefertiti con cierta ansiedad en sus palabras por emprender un viaje.

—¿Cómo?

Acaricié la cabeza de *Furia*. Con el hocico me propinaba suaves y juguetones golpes con ganas de querer salir a galopar, sin embargo, Kiya tenía razón. Jamás me hubiera perdonado si, por el ímpetu que

tenía de llegar a Edfú, agotaría con ello todas las fuerzas del cuadrúpedo.

—Iremos en un esquife que ya he probado. Es más fiable y rápido que cualquier embarcación de su tamaño.

Asentí pletórico por la idea de ponerme en manos de una experta navegante. Poseía conocimientos no solo tácticos, sino intuitivos, que quizás eran más importantes para eludir los diferentes peligros que emergían de las tranquilas, pero a veces traicioneras aguas del enorme río.

—¿Cuándo partimos?

—Hoy mismo, al atardecer —rebeló Nefertiti, guiñándome un ojo—, en cuanto el viento del norte barra las arenas del desierto. Ya está todo preparado en el puerto, solo falta las provisiones.

Nos dio tiempo a darnos un placentero baño en el estanque del jardín, antes de comer algo y vestirnos con sencillos ropajes para pasar desapercibidos durante el trayecto por el Nilo.

Era el mes *Pa-en-jonsu*, el primero de los cuatro meses de la estación *Shemu*. Ya había comenzado la maduración de la cosecha en esa árida estación, y con ello, las tranquilas aguas se hacían más navegables, pero en alerta de las corrientes y remolinos que pudieran mandar al traste cualquier embarcación de esa envergadura si no se sabía comandar.

El amplio canal artificial que llegaba desde el río hasta las puertas de palacio, guardaba celosamente la barca real y otras tantas dedicadas y preparadas para la guerra y largas distancias. El pequeño esquife se mecía junto a la pared del puerto, arropado por sus hermanos mayores que permanecían paralizados en pos para surcar las aguas del Nilo, imponiendo todo su esplendor, belleza, y majestuosidad. Por culpa de los últimos acontecimientos, me había preparado en el manejo de la espada y continuado en los entrenamientos de tiro con arco. Tenía los mejores instructores: Horemheb y Nemut: hábiles expertos en el manejo de las armas y en todos los trucos de combate cuerpo a cuerpo.

Cada día me sentía más vetado de una añorada libertad, recordando los primeros meses desde mi llegada a ese antiguo Egipto con el que tanto soñaba, pero comprendí que no me quedaba otro remedio que intentar superarme en algo que tanto odiaba: la violencia y la lucha por la supervivencia, de mí, y de aquellos que

me rodeaban. Cargado con un carcaj de cuero que Tut me regaló por haber hecho diana tres de cinco tiros a una distancia prudencial, un magnifico arco, dos espadas, dos lanzas y ropa de abrigo para la noche, descendí por unas escaleras de piedra al esquife donde Nefertiti ya estaba desplegando las velas en toda su magnitud. Estaban abiertas como las orejas de un burro para poder acaparar toda la fuerza del viento posible sobre ellas, y deslizarnos río arriba a una velocidad que nos permitiera controlar la pequeña embarcación sin el menor problema.

El sol ya se había escondido por el horizonte, y la tímida fracción de luna nos suministraría de una luz apropiada para la navegación, pero también para pasar casi desapercibidos ante los ojos de los curiosos o cualquier posible pirata que merodearía por las riberas del río. A esas horas, la mayoría de la gente ya estaba en la ciudad. El esquife, de unos seis metros de eslora por algo más de un metro de manga, tenía una eficaz aerodinámica para penetrar airoso en las pequeñas olas que bailaban sin cesar en la superficie del ancho y desdeñoso río.

Un sencillo entramado de hojas de palma y tallos secos de papiro, hacía el papel de un coqueto baldaquín, el cual, servía para apaciguar los rayos de sol del mediodía, y mantener frescos los alimentos que Nefertiti había preparado con esmero: unos buñuelos de carne, dátiles y mijo, envueltos en hojas de tamarindo para conservar su frescura, unas hogazas de pan, abundante fruta, dos pequeñas ánforas con agua fresca, y otra de cerveza endulzada con miel.

Tut quería que nos lleváramos unos cuántos miembros de la guardia real, pero le tuve que convencer para que desistiera de tal propósito, exponiéndole que al ir vestidos como sencillos campesinos y habiéndose llevado en secreto nuestro viaje, no solo iríamos más rápidos, sino que era casi imposible toparnos con algún premeditado o inesperado encuentro en nuestro trayecto.

Como Nefertiti predijo, el viento del norte empezó a soplar con la fuerza suficiente para ahuecar las velas de color verdoso, y poner rumbo con sus habilidosos conocimientos, aguas arriba, hacia el pueblo de Merit. La segunda vela superpuesta en un mástil provisional, no solo daba más velocidad al esquife, sino que mantenía una estabilidad más fiable para una embarcación de esa

envergadura. La apacible noche nos permitió un viaje tranquilo, sin sobresaltos ni emociones desmesuradas. Pude ejecutar en una prolongada practica, todas las lecciones que Nefertiti me había enseñado durante inconmensurables mañanas, en las que a modo de recreo navegábamos hacia el norte o al sur, en un Nilo que nos permitía explayarnos bajo los primeros rayos de sol. Era la mejor hora para deleitarse entre sus aguas plateadas, escuchando los primeros cánticos de las aves que alzaban el vuelo a nuestro paso.

Con el amanecer casi olvidado, vislumbramos a lo lejos, en la orilla oriental del río, las primeras edificaciones que se erguían altivas en un altozano, eludiendo las anuales crecidas del Nilo. Empezamos a percibir el tranquilo fluir de la gente que se dedicaba a sus variados quehaceres, pasando casi inadvertidos bajo los rayos de un sol abrasador. En un pequeño y desarrapado embarcadero, dejamos el veloz esquife en compañía de unos chiquillos que chapoteaban en un estanque, que al bajar las aguas de la crecida había quedado al descubierto.

—¿La casa de la curandera? —pregunté al muchacho que estaba más cerca, lanzándole una roja y dulce granada de Tebas que cogió al vuelo, dando un pequeño salto.

—Aquella de allí, la que tiene un extenso jardín de plantas.

Trepamos por el corto camino que conducía hacia la entrada del pueblo. Sus calles y plazas rompían la estructura de las ciudades y pueblos que había visto más al norte. Su simetría era desigual, no obstante poseía el encanto de unos edificios bien construidos, cuidados con especial esmero y buen gusto. Sin penetrar en la urbe, nos dirigimos hacia la derecha en lo alto del promontorio. La casa que nos había indicado el muchacho del embarcadero, tenía una capa de argamasa con tierra batida sobre los ladrillos de adobe. Le confería una belleza tal, que parecía estar construida con pesadas piedras, asemejándose más a las paredes de un templo que a la morada de una curandera. El extenso jardín protegido por una tapia de escasa altura, permitía ver diferentes cultivos de plantas cuidadosamente ordenadas en cuadriculas.

Al llegar a la entrada, interrumpida por una pequeña puerta de maderas entrelazadas, pude distinguir el cuerpo de una mujer arrodillada, que minuciosamente estudiaba un puñado de tierra entre sus manos. Al notar nuestra presencia se incorporó y,

acercándose, se limpió las manos con un paño que colgaba de un cinturón ceñido sobre una túnica de manga corta que le llegaba hasta las rodillas.

Mi altura no pasó desapercibida, mirándome de abajo a arriba con total respeto, como si nunca hubiera visto un hombre de mi tamaño.

—Gran señor, bienvenido seáis. ¿Qué os ha traído ante esta humilde sirvienta? Si necesitáis algo…

De repente enmudeció al dirigir la vista hacia Nefertiti. Entró en la casa con paso acelerado y salió portando una jofaina con agua perfumada. La dejó en el suelo y, ejecutando una genuflexión, llevó sus manos al pecho en un gesto de respeto.

—Por mi bien amada, la diosa Hathor, que bendiga tu presencia en esta humilde y sencilla morada.

Nefertiti quiso levantarla, pero ella seguía obcecada en su propósito. Con extremado cuidado, retiró las sandalias de los pies de Nefertiti, los introdujo en la vasija, los lavó, pasando sus manos con lentitud como si estuviera moldeando el rostro de una estatua, los secó con un paño limpio de lino y le volvió a calzar las sandalias.

—Mi amada reina, tan solo lavo tus pies del polvo del camino como tú limpiaste el espíritu de este país, solo con tu divina presencia. Que Amón, «El Misterioso», te proteja y te dé vida eterna.

La mujer se levantó pero continuó con la cabeza inclinada.

—Hace tiempo que dejé de ser…

Nefertiti se sentía adulada por el recibimiento, mostrando una sonrisa de satisfacción al recordar la última vez que estuvo en Edfú.

—Siempre serás —le cortó la mujer— la gran reina que inunda de belleza esta tierra.

Nefertiti permaneció en silencio al escuchar sus palabras. Su sonrisa fue desapareciendo lentamente, como si la memoria le trajera recuerdos que podía ver con claridad. Elevó en un gesto de ternura la cabeza de la mujer que continuaba mirando a sus pies.

—¿Menaret?

Ese nombre se deslizó en los labios de Nefertiti como el susurro del viento en una cálida noche de primavera. Sus miradas permanecieron impasibles durante unos segundos, que se me hizo una eternidad. En un acto de regocijo, Nefertiti atrajo hacia sí el

cuerpo de Menaret, permaneciendo en un afectuoso abrazo en el que el silencio habló a través de la distancia, efervescente en un mar de recuerdos.

Se dirigieron a paso lento hacia la entrada de la casa, compartiendo una conversación que solo ellas lograban entender. Me quedé imperturbable en la puerta del jardín, bajo un tamarindo que proporcionaba la sombra de un sol resplandeciente que se encontraba pletórico en su cenit, permitiendo que dentro del hogar hablaran de sus vidas, sus historias y sus recuerdos, pero Nefertiti se percató de mi pasividad, acercándose con un exuberante rostro de bienestar.

—Acompáñanos, Nafer. Quiero que conozcas a Menaret.

La casa olía a hierbas, a pan recién hecho, a dulces perfumes de las cremas y ungüentos que ordenadamente tenía depositados en estanterías. Olía a fresca maleza de primavera, regada por la lluvia. Menaret estalló de júbilo al saber que veníamos en nombre de Merit, pero ante todo, al conocer el motivo de nuestra visita.

—Merit —pronunció su nombre entre sollozos, mientras cogía una caja de madera de una estantería—. Sabía que algún día utilizaría lo que bien aprendió. Por favor, de regreso a Tebas, llevarle esto —colocó la caja sobre la mesa y la abrió—. En su ausencia he ido preparando con paciencia estos pequeños utensilios que algún día podrá utilizar.

La caja, fabricada en madera de azufaifo, tenía unas incrustaciones en pasta de cristal y unos bellos dibujos representando al dios Horus y a su madre, la Gran Maga Isis. Contenía pequeños utensilios: pinzas, agujas, hilo de tallos, escalpelos, cucharillas, estiletes y, en el fondo de caja, un objeto envuelto en una tela de algodón que descubrió y lo depositó sobre la mesa. Era un reluciente collar de oro con piedras de lapislázuli, cornalina, amatista y turquesa. En el centro de la pedrería, un *Udyat*: el ojo del dios Horus.

—¿Por qué? exclamó Nefertiti, ahogando sus palabras y sorprendida ante la visión del collar—. Era para ti, para que lo…

—¡No, amada reina! —Dijo Menaret con una voz salpicada de orgullo—. No quería venderla, solo pretendía salvar su vida.

Comprendí que entre las dos existía una profunda relación, un vínculo que les unía de manera especial desde tiempo atrás. Algo

me decía que tras el paso de los años, este nuevo encuentro rubricaba la solidez entre las dos mujeres que se hallaban ante mí.

—Nafer —Nefertiti posó una mano sobre la mía—. Menaret es la madre de Merit, pero... también lo es de Ankhes.

La historia no es siempre como se ha contado, pensé, pero no solo en esa época en la que me encontraba, sino seguramente en todos los escritos a través de los siglos. En cualquier lugar del mundo siempre había datos que por algún tipo de interés, seguramente político, hubieran tenido que ser modificados para el correcto y buen funcionamiento de cualquier país. Sin salir de mi asombro por la noticia, la abracé y besé sus mejillas en un impulso irrefrenable.

—Menaret —asentí—, puedes sentirte orgullosa de tus hermosas hijas.

Mis palabras no hicieron otra cosa que provocar un llanto ahogado a través de una amplia sonrisa de plenitud en Menaret. Sus ojos, color miel, se dilataron tras una cristalina emoción que no pudo contener, pero sus palabras fueron firmes y claras.

—De mis entrañas vino a este mundo de desdichas con el beneplácito de los dioses, pero mi bien amada reina, la gran señora de Egipto, es su madre. Ella le ha transmitido la esencia del amor que existe entre una madre y su hija que yo no le pude dar —entrecortaba las palabras que tenía guardadas en lo más profundo de su corazón, y había llegado el momento de que vieran la luz. Era obvio que se sentía plenamente satisfecha— ¿Qué mejor persona como madre ha podido tener Ankhes?

Nefertiti, sentada al lado de Menaret en un pequeño banco de madera, le fue narrando con todo tipo de detalles el motivo de nuestra visita. La curandera expresó con orgullo el certero diagnostico que Merit había hecho con los síntomas de Ankhes, aludiendo que el eficaz remedio a su problema se encontraba allí, en Edfú.

Un pequeño acantilado de roca, resguardaba la mayor parte de la cara oriental de la explanada, dándole una sutil pero eficaz

protección contra los latigazos de arena que de vez en cuando azotaban ese *nomo* de Egipto. Justo en el centro del acantilado, una oscura sombra que asomaba a través de unos tamarindos, llamó mi atención. Era el Sanctasanctórum del dios Horus: una pequeña capilla escavada en la roca con una representación en granito negro de dicho dios. El patio, flanqueado por una columnata de tamarindos, era el lugar perfecto para el culto. Sombra, silencio y una mullida hierba, propiciaba a todo aquel que deseaba hacer un alto en el camino, hermanarse con el dios para recibir su energía: una etérea fuerza que parecía emanar de la pequeña capilla como un torrente de agua para saciar el cuerpo de un sediento.

Las *flores de Horus* crecían a ambos lados de la capilla, como nutriéndose de ella. El azul de sus pétalos era tan intenso, que parecían tener luz propia, dando al lugar un aspecto hermoso a la vez que misterioso. Nos sentamos en el suelo, y Menaret, con total naturalidad, tomó mis manos entre las suyas. El silencio era tan confuso que hasta se podía escuchar la respiración y el latido de nuestros corazones, creando un ritmo tan sincronizado, que por un momento fue como si me desprendiera de mí mismo. Me hallaba inmerso en un fluido hipnótico en el que solo pretendía acaparar todo lo que me rodeaba.

—¡Nafer! —Menaret me sacó de un letargo provocado por la magia ambiental de ese lugar—, Tú eres... Siento que eres... ¿Quién eres?

Sus firmes palabras no obtuvieron respuesta. No era la primera vez que me hacían esa misma pregunta, y solo podía responder de una manera. Quería preguntarle el por qué de su curiosidad, de su incertidumbre hacia mí, pero no me atrevía. Supe que la madre de Merit sentía en cierta forma algún extraño pensamiento, el cual no estaba preparado para escuchar.

—Soy... Nafer.

La curandera seguía mirándome fijamente, esperando otro tipo de respuesta, pero no la obtuvo. Si le hubiera dicho quién era y de dónde venía, no creo que saldría corriendo para clamar a los dioses y hacer el signo del mal de ojo, sino que tal vez me hubiera llevado alguna sorpresa. No quise tentar al destino.

—Solamente Kiya conoce la verdadera procedencia de Ankhes —agradecí que Nefertiti hubiera roto el silencioso mutismo entre

los tres—. Cuando mi esposo, el faraón Akhenatón fundó la ciudad de Ajetatón, fue escondiendo poco a poco la mano que hacía falta para gobernar este país, nombrándome corregente para dedicarse por entero al disco solar, su dios —movía la cabeza, enarcando las cejas. Sabía que su corregencia podía haber tenido un papel con mejores resultados, pero era él el que tenía la última palabra, infundada por los buitres que se hacían llamar mandatarios—. Emprendí un viaje para afianzar y salvaguardar la unificación de las Dos Tierras, tarea que tenía que haber desempeñado el faraón para alentar al pueblo, pues tan solo con el poder de su palabra habría acallado y convencido a las masas de la erradicación al culto de los dioses, que hasta entonces habían protegido a nuestro pueblo —Nefertiti siempre había estado en contra de la abolición del panteón celestial, mas no pudo oponerse a la obcecación del faraón, teniendo que ver cómo Egipto estaba perdiendo parte de su esplendor—. Fue al cabo de varios meses navegando por el Nilo y ya de regreso hacia Tebas, cuando se estaba gestando el cambio hacia la nueva ciudad de Ajetatón. Efectué una parada en este pueblo donde fui recibida, más como una hija, que como una reina. Los benévolos lugareños me ofrecían la escasa comida que tenían, ya que ese año el benefactor dios *Hapy* no había vertido sus aguas sobre el cauce del Nilo, causando una importante hambruna que estuvo a punto de desestabilizar todo Egipto —Menaret asentía lentamente, recordando aquel fatídico año que le hizo tomar la decisión más importante de su vida—. Me ofrecían pequeños objetos que elaboraban con barro, madera, tallos, etc., y fue entonces cuando conocí a Menaret. Ella me ofreció el bien más preciado que una madre puede tener: su hija recién nacida —una ráfaga de viento penetró entre los angostos espacios de los tamarindos, creando un pequeño remolino de aire que acarició nuestros cabellos, para posteriormente hundirse en la capilla, provocando un prolongado silbido entre sus pequeñas paredes—. Era tan…hermosa, que no pude negarme a la petición que me hizo Menaret de querer salvar la vida de tan indefensa criatura —el aire arremolinado volvió a penetrar en la capilla, arrancando de su garganta un nuevo y susurrante silbido—. Tan solo Menaret me hizo cumplir una promesa: no revelar Jamás a Ankhes su procedencia. Akhenatón siempre creyó que era su hija, que su

divina semilla fue depositada antes de mi partida por el largo Nilo.

—¿Y la cohorte que te acompañaba en el viaje? —sentí curiosidad.

Una graciosa sonrisa asomó entre sus labios, elevando los hombros en un gesto de indiferencia.

—Todos tenían cierta...animadversión hacia un faraón que se dejó ensombrecer por la locura.

—Ya, pero habría alguno...

—Nadie Nafer, nadie lo quería. Le tenían más miedo a su séquito que a él mismo.

Viendo la desestabilización de Egipto, bajo un faraón que no se preocupaba por sus fronteras, imaginé que había suficientes fisuras para que los pueblos más aguerridos aprovecharan a introducirse por ellas, con el fin de invadirlo o por lo menos intentarlo.

—¿Y no hubo tentativas de algún conflicto militar?

—Horemheb, que era el que tenía que haber ocupado su... —de repente enmudeció. Miró hacia arriba, moviendo la cabeza para agitar sus cabellos, luego, descansó la mirada sobre el césped que acariciaba con los dedos—. Solo el general supo mantener con su audacia las revueltas que se empezaron a originar en las fronteras, no solo políticas, sino comerciales.

Nefertiti había revelado, poniendo voz a sus recuerdos, algo que seguramente pocas personas sabían. Un secreto que había anidado en su corazón y que para el resto del mundo era infranqueable. Se arrimaron a las plantas de Horus, palpando suavemente sus tallos para ver en cuál de ellos podían extraer el néctar para el preparado de la medicina. A lo sumo, de cada planta se podía sacar entre treinta y cuarenta gotas, suficiente para un tratamiento, pero tenían que encontrar la planta que ya había llegado a su punto de madurez óptimo para poder hacer el efecto deseado.

Yo me entregué por completo a la capilla del dios Horus, que parecía llamarme como a un chiquillo ante lo misterioso y desconocido.

El hueco en la roca viva no pasaría de metro y medio de altura. Protegiendo la entrada, una pequeña columna de unos veinte centímetros de espesor, mostraba con refinados bajorrelieves la cruenta batalla entre Horus y Seth. Sobre su base, el dios Horus, pero no con cuerpo de hombre y cabeza de halcón, sino en una

representación que jamás había visto. Llevaba una coraza que a la altura del pecho tenía labrado un halcón con las alas extendidas y en posición desafiante, como preparado para lanzarse hacia su presa. En la mano izquierda, una reluciente espada la apoyaba contra el suelo. Cubriendo su espesa y oscura melena, portaba un casco ajustado a la altura de su frente, de la cual sobresalía una pequeña cabeza de halcón.

La penetrante mirada de la pequeña estatuilla del dios parecía tener vida. Sus ojos eran dos pequeñas piedras incrustadas de un intenso lapislázuli que daban una solemne magnificencia a toda la figura. A ambos lados de la columna, dos pequeñas aberturas de unos cuarenta centímetros cada una, daban acceso al Sanctasanctórum donde supuse que los viajeros hacían sus ofrendas para rogar por la protección en los caminos infestados de ladrones y maleantes.

Introduje medio cuerpo por la abertura, el tiempo suficiente para que mi vista se adaptara a la oscuridad y poder observar el interior de la capilla. A la derecha, la pared abruptamente tallada, penetraba casi un metro. De fondo, sobrepasaba los tres. No pude resistir la tentación y me introduje por completo, quedando sumido en un relajante y tétrico silencio que me impuso más respeto que el día que permanecí a solas en la oscura cámara de la pirámide de Keops. No sentí miedo, pero sí un gran respeto por ese lugar que se asemejó en mi mente a la morada de los dioses. Me encontraba en el interior de un antro, cuya fuerza emanaba de algún lugar que me hacía estar henchido de bienestar. No veía lo que había a mi alrededor, al menos en la profunda pared de la izquierda, pero una estimulante brisa silenciosa surgía de la oscuridad, erizando el fino vello que cubría mis brazos.

Quizá fuera esa emoción infantil que embarga ante lo desconocido, la que me producía una ansiedad cargada de adrenalina. Tensé inconscientemente los músculos de todo el cuerpo y respiré en profundidad. Mientras la oscuridad me rodeaba y protegía como un manto en una noche invernal, indagué en el curso de los acontecimientos que había vivido hasta ese preciso momento. En tan solo unos segundos de veloces imágenes, unidas a sentimientos en mi mente, asemejé ese mismo estado de paz y confusión con lo vivido en la misma cámara donde me llevó al

antiguo Egipto: la capilla de Hathor en el templo de Hatshepsut.

Súbitamente me paré en esa imagen, en ese mismo día que viví con Tarik una experiencia que grabé a fuego en el calendario de mi vida y que jamás podré olvidar ¿Por qué tenía la misma sensación? ¿Acaso me encontraba en una puerta paralela con el mismo poder de cruzar al otro lado? ¿Tal vez había llegado el fin de mi existencia en el antiguo Egipto?

Ahora no, me dije. Aún no podía irme; necesitaba quedarme. Decía y maldecía mis propias palabras mientras una irrefrenable curiosidad me hacía penetrar en la profunda oscuridad. Sentía que el camino de mi destino estaba predestinado, pero una fuerza en mi interior clamaba a gritos la necesidad de seguir aferrado en ese lugar del tiempo. Con cautela, apoyado en la pared, tenté un nuevo paso, y otro, y otro. Parecía deslizarme por la cornisa de un alto edificio, sujeto como si mi cuerpo fuera un imán que me atraía con fuerza, sin poder mirar hacia abajo ante la caída de un enorme precipicio que mi imaginación dibujaba fantasmagóricamente. Tropecé con un guijarro. El caprichoso eco se encargó de ensalzar el sonido, haciendo que mi corazón galopara desbocado.

Volví a dar un lento paso, y otro. Inesperadamente, una tenue iluminación sobre la pared de lo que supuse era el fondo de ese largo corredor, disipó mi inquietud. Me acerqué sigilosamente hasta evidenciar que mi vista no me engañaba. El muevo pasillo iluminado tímidamente, descendía por una rampa cuyas paredes extremadamente pulidas, representaban en vivos colores la batalla que marcó un antes y un después en la extensa civilización egipcia. Descendí lentamente sin saber dónde llevaba ese corredor, apenas iluminado por unas lamparillas de aceite perfumado. Pude ver que al final de este, una nueva pared se interponía en la recta de descenso.

En la representación dibujada en la pared, se podía apreciar a dos batallones arracimados en torno a sus líderes que blandían las espadas en un trepidante duelo. Los dos contrincantes luchaban desnudos, como si no quisieran proteger sus cuerpos para no tener ventaja el uno sobre el otro, mostrando las sangrantes heridas que tenían repartidas por todo el cuerpo. En otra representación, el chocar de los metales producía tales destellos, que eclipsaba a las tropas que vitoreaban incesantemente la lidia de los dos titanes,

puesto que así estaban caracterizados, como dos colosos que tenían la misma altura de lo que parecía ser un tamarindo.

Ya al final de la rampa, logrando casi escuchar el fragor del combate en aquellas vivas imágenes, estaba la penúltima representación en la que se lograba ver cómo un rayo chocaba contra las dos espadas. Sethén, después de arrancar el ojo a su hermano Horus y en una expresión de dolor, Chorreaba sangre de la zona de los testículos. Se podía ver cómo estos pendían de su propia mano. En la última, y en tres escenas diferentes, Horus levantaba la espada hacia los cielos para clavarla con furia en el suelo, flanqueado por los dos ejércitos que parecían no creer lo que estaban viendo. Acto seguido, una lluvia de rayos caía sobre los colosos, dejando un enorme agujero a sus pies en el que solo se podían ver las dos espadas. Sus «dioses», habían desaparecido.

Hechizado por la perfección de los dibujos, giré a la izquierda donde la luz se tornaba con mayor claridad, entrando en una sala cuya maravillosa visión casi me cortó la respiración.

—¡Por todos los dioses! —La exclamación retumbó en toda la sala, perdiéndose el sonido de mi gutural voz por el ascendente pasillo—. ¡Ricardo!

—¡Oh viejo zorro, cuánta razón tenías!

La ansiedad se volvió a apoderar de mí, pero esta vez, haciéndome sonreír ante la realidad de lo que estaban viendo mis ojos.

Pude calcular que la sala tenía exactamente las mismas medidas que la capilla de la diosa Hathor en el gran templo de Hatshepsut. Tal vez fuera esa la causa de la sensación que experimenté al entrar en esa capilla, que por alguna razón parecían tener una conexión entre las dos

Iluminada con varias lamparillas que colgaban de las paredes, lo que realmente me impactó, fue que en el centro de la cámara había una réplica en miniatura del templo funerario de la reina Hatshepsut, incluida una pequeña montaña de unos dos metros de altura que simulaba el rocoso anfiteatro que cobijaba tan imponente

estructura. La terraza inferior estaba completamente amurallada a excepción de la puerta que daba acceso al recinto. Se hallaba flanqueada por cuatro columnas a cada lado, que sujetaban un pesado dintel de roca arenisca. En la pared del fondo, un saliente de roca en forma de repisa, soportaba siete lamparillas que formaban un triángulo, en cuyo centro estaba dibujada la silueta de un ojo.

No podía creer lo que ante mí estaba percibiendo, como si un sueño se hubiera apoderado de mi conciencia, creando una imagen, fruto del recuerdo de la conversación que mantuve con Ricardo en aquel restaurante.

Lo que estaba viendo era real como la vida misma.

En la primera terraza, reposaba una espada. La empuñadura miraba hacia la puerta, mientras que la punta señalaba la rampa que ascendía suavemente con elegancia hacia la segunda terraza. En esta, otra espada brillaba con una cualidad especial y estaba colocada en todo su diagonal. La luz de las lamparillas era suficiente para apreciar un metal que jamás había visto. Cambiado el ángulo de mi posición, se podía apreciar en la hoja los irisados y entremezclados colores que llenaban de vida a tan extraño objeto.

—¡No puede ser verdad! Tal y como Ricardo anunció. Viejo zorro...

Pensaba en voz alta por la necesidad de compartir ese momento. Quería que mis palabras cruzaran la puerta del tiempo y llegaran a oídos de Ricardo para dar sentido a su aventurada vida tras la incesante búsqueda de un mito hecho realidad: la espada de Horus.

No estaba solo en la cámara. Escuché el sonido de algo parecido a unas pisadas que se arrastraban sobre el piso, haciendo que ladeara la cabeza para ver si había alguien detrás de la pequeña reproducción del templo. Al no ver a nadie, lo rodeé, pensando que quizá la persona estaría agazapada, pero no, lo que había no era un ser humano. De nuevo me vi inmerso ante la espantosa figura que se cernía contra mí, haciendo que sonaran los latidos de mi corazón en una trepidante percusión, machacándome las sienes a golpe de martillo. Retrocedí hasta la pared. Esta, con su frió tacto, me impidió continuar huyendo y quedar atrapado a merced de la bestia que se acercaba con los ojos iluminados por el reflejo de las lamparillas.

Tan gruesa como mi brazo, la sigilosa e imponente cobra

empezó a erguirse, desplegando su caperuza para revelar una estampa impresionante y amenazadora. Sin ladear la cabeza, moví los ojos a derecha e izquierda para buscar alguna posibilidad de escape, pero estaba totalmente atrapado. No era la típica cobra real egipcia que conocía. Con unos tres metros de longitud, parecía haber salido del infierno de las arenas del desierto, como si fuera la mascota del dios rojo Sethén.

Sabiendo que no tenía escapatoria, logré relajarme, haciendo que mi espalda resbalara por la pared para quedarme sentado en el suelo con las piernas dobladas y las manos en los tobillos. En actitud subyugada, me encontraba ante una asesina que en un abrir y cerrar de ojos haría que sintiera su punzante picadura, voraz y mortal como una bestia de los avernos.

—¿A qué esperas?

La exclamación retumbó en la cámara, pero la cobra no hizo ningún movimiento que alertara un rápido ataque.

Levanté las manos lentamente, apoyándolas sobre las rodillas. Sin apartar la mirada de su imponente figura, esperé a que se decidiera a atacar, y en un acto reflejo, uno entre un millón, poder atrapar su cuello entre mis manos y evitar que su única y penetrante arma letal se clavara en mi trémula piel.

—¿Por qué tardas tanto? —mascullé, sintiendo cómo las venas de los brazos se marcaban a causa de la rabia y la tensión de ver la muerte tan cercana—. ¿Por qué no atacas de una maldita vez?

No parecía inmutarse ante mis palabras, pero daba la impresión de que estaba jugando conmigo al gato y al ratón, esperando a que bajara la guardia y poder atacarme para luego reírse mientras movería la cabeza de un lado hacia otro en un tétrico baile, celebrando su arrogante victoria.

Ante mi asombro, fue descendiendo mientras se contoneaba en movimientos que carecían de agresividad, pero mi desconocimiento ante cualquier reptil, hizo no olvidarme del inminente peligro que se cernía ante mí.

—¡La guardiana!

Escuché el grito que del angosto pasadizo llegaba hasta la cámara, retumbando como un alarido de terror.

—¡Nafer, cuídate de la guardiana!

La cobra no se conmovió con las clamorosas palabras de

Menaret, muy al contrario, permanecía impertérrita, acercándose milimétricamente a la vez que su caperuza iba disminuyendo de tamaño.

Continuaba sentado, y la ansiedad que hasta ese momento abordaba mi cuerpo, iba desapareciendo como la bruma entre las tupidas montañas al despuntar el sol. La hermosa y brillante cobra negra, empezó a sacar su bífida lengua con extrema rapidez. Se iba acercando más y más, hasta que se detuvo a escasos centímetros de mis manos, que continuaban aferradas a las rodillas. No pude evitar sonreír al recordar la escena en la orilla del Nilo, cuando aquellas dos cobras salvaron mi vida de los ofuscados matones que me tenían a su merced.

Allí continuaba, sentado y sin ningún temor ante la atónita mirada de Menaret y Nefertiti, que estaban postradas junto a la entrada de la cámara, nerviosas, con el rostro descompuesto por un pavoroso miedo que parecía transitar a través de su cuerpo. Quise gritarles para que salieran corriendo, por si hubiera algún otro reptil que les impidiera el paso por la rampa de salida, pero no pude. Sentí que la húmeda lengua de la enorme cobra acariciaba mis manos en silencio, con los ojos cerrados, como si quisiera absorber mi esencia a través de los poros de la piel.

Menaret estaba con los brazos en aspa y en actitud protectora. Impedía el paso a Nefertiti, apreciando cómo en sus ojos se despertaba un destello de apocalíptica situación. Intuí que de un momento a otro intentaría abalanzarse al interior de la cámara para llamar la atención de la cobra, regalándome unos segundos para dar tiempo a escabullirme por el otro lado de la réplica del templo.

—¡Nefertiti, ni lo intentes!

Veía que el cuerpo de Menaret la retenía, pero al escuchar mis palabras, Nefertiti intuyó que no podía hacer nada al respecto, tan solo enervar la ira del reptil. Con increíble velocidad para una cobra de su tamaño, que daba la impresión de parecer pesada y lenta, bordeó la réplica para presentarse ante la entrada en actitud amenazadora, desplegando su caperuza y alardeando de todo su esplendor. Menaret se plantó ante ella como una sumisa sacerdotisa. La imaginé pidiendo los favores de todos los dioses para darle fuerzas y evitar que el ofidio se abalanzara contra ella. Lentamente juntó sus manos, elevando los brazos y posando su mirada en el

suelo, intentando así aplacar la bravura de su oponente. Me acerqué hasta ellas sin miedo. Por un momento pareció desaparecer por completo de mi cuerpo, como si estuviera acostumbrado a tratar diariamente con las serpientes.

Con una mano atraje hacia mí a Nefertiti, quedándonos en un abrazo ante la guardiana que se alzaba ante nosotros, vigorosa y altanera. Con la otra mano, y en un gesto totalmente involuntario, acaricié sin saber cómo ni por qué, la cabeza y cuello de la imponente cobra, viendo cómo esta plegaba su caperuza y cerraba los ojos como si estuviera necesitada de una caricia en la soledad de su guarida. En el momento en que la reina cobra desaparecía para introducirse por un pequeño hueco que nacía en la pared, empecé a tiritar con un frío sudor que empapaba todo mi cuerpo. Absorto y abstraído ante la réplica del templo, me acerqué silenciosa y sigilosamente, cual un orador se aproxima ante la imagen sagrada de un santuario. Un enorme respeto invadía toda la estancia, sobre todo, después de tener ese inesperado encuentro con la reina cobra y estar en presencia de esos objetos míticos por los que Ricardo llevaba buscando gran parte de su azarosa vida. Fue más impresionante que todos los objetos que pude ver en palacio, o que el mismo Tut solía engalanar, y que con anterioridad había visto expuestos en las vitrinas del museo de El Cairo.

Rocé suavemente la espada que descansaba en la primera terraza. El filo era áspero y desagradable al tacto, produciéndome una desazón que me obligó a apartar los dedos como si estuviera tocando el lomo de un escorpión.

—¡No la toques!

Escuché la orden que Menaret me estaba dando, pero haciendo caso omiso a su petición, alargué el brazo para percibir el tacto de la espada que descansaba en la segunda terraza de ese templo. La réplica parecía poseer toda la sabiduría contenida en el mundo, protegida por la espada ante cualquier intruso que osara mancillar la verdad. No sabía la repercusión que iba a tener el contacto de ese metal con mi piel, pero tan solo estaba haciendo lo que me dictaba el corazón, y por supuesto no iba a desaprovechar aquel momento por el que, celebres personajes de la historia, hubieran dado la mitad de su vida por estar donde yo me encontraba.

—¡Nafer! —La voz de Nefertiti empezaba a quebrarse entre

estentóreos jadeos, invadidos por un miedo casi palpable—. Escucha a Menaret.

—Nafer, no la toques o...

Mientras sus voces se mezclaban en el eco de la cámara, mi temblorosa mano asía la empuñadura de aquel misterioso metal para sentir su contacto. Era ligera, hermosa. Noté cómo una dulce emoción de insólito placer me obligaba a apretar la empuñadura hasta casi fundirse con mi mano, apreciando con el dedo pulgar una hendidura redondeada de la cual emergían unas pequeñas protuberancias sensibles al tacto. La mantuve mientras me sentaba plácidamente para relajar la tirantez muscular que se había apoderado de mis piernas.

«Todo ante mis ojos —pensé en ese momento de placentero regocijo—. Nefertiti, la mujer que amo desde el profundo océano de mis sentimientos, la espada de Horus; el sagrado objeto por el cual Ricardo había dedicado gran parte de su vida, y Menaret ¿Quién es esta enigmática mujer que no solo conoce la existencia de las dos espadas, sino que en cierta manera da vida a este recinto que guarda un secreto milenario? ¿Qué poder entraña este metal, por el que el mismísimo Alejandro Magno lucho desaforadamente por intentar conseguir?».

—¿Quién eres, Menaret? —Le pregunté, depositando la espada en la terraza—. ¿Qué misterio encierra este sagrado lugar?

Mis palabras no hicieron sino separar a Menaret de Nefertiti y, con cierto aire de preocupación, acercarse hasta donde me encontraba, propinándome tal bofetada que sonó en la cámara como la estruendosa colisión de dos metales entrechocándose en plena batalla.

No pude decir nada, quedándome absorto ante una situación que me pilló desprevenido. La asemejé como una madre dando un cachete a su hijo por una nimiedad en la que solo ella veía el peligro. Pero, cuál fue mi sorpresa, cuando de repente abrió los ojos como si estuviera viendo la oscuridad personificada. Se arrodilló, tocando casi el suelo con la cabeza, y alzó los brazos con las palmas de las manos unidas en posición sumisa. Era algo a lo que seguía sin acostumbrarme, y que en cierto modo me desagradaba. Quise alzarla para olvidar tan humillante situación, pero sus rodillas continuaban aferradas al suelo. Su rostro mostraba una mueca de

vergüenza, mientras que en su mirada se apreciaba un orgullo que no le permitía actuar de otra manera.

—¡Oh, poderoso hijo de Egipto! —comenzó a hablar con palabras que sonaban como un cántico ritual—. Soy la privilegiada de una estirpe de acólitos que han velado por la espada de nuestro amado Horus. Mis ojos te pueden ver, fiel hermano Nafer.

Abstraído, estaba escuchando lo que en un principio me pareció una plegaria, pero al oír mi nombre, hice acopio de lo que acababa de decir. Supe que no era a los dioses a los que se dirigía, sino a mí.

—¡Menaret! —exclamé, alzando la voz—. Mírame Menaret, y por todos los dioses, levántate.

Al escuchar mi ruego, despegó las rodillas del suelo, situándose frente a mí. Vi cómo su sosegada respiración le hinchaba el pecho en un porte de jactancia y satisfacción, continuando con la mirada altanera y cálida a la vez. La sentí penetrar en mi mente, intentando encontrar respuestas a las preguntas que solamente ella podía formular.

«¿Qué significaba fiel hermano? ¿Por qué esas palabras me persiguen desde que aparecí en esta época?».

Sin darme cuenta, mis manos habían ido a parar entre las suyas.

—¡Tú eres el hijo de Egipto!

Parecía haber caído en un estado de hipnosis, en un trance cuya vista no se apartaba de mis ojos.

—Menaret...

Pronuncié su nombre con un susurro.

—¡Tú... tú eres el hijo de Egipto!

—Menaret, ¡Menaret!

Alcé la voz para sacarla de ese estado. De repente empezó a llorar, liberándose de toda la tensión acumulada en los últimos minutos. Sin su permiso me había introducido en el Sanctasanctórum de Horus, causándole seguramente una profanación a sus propios principios y en ese lugar que parecía estar ligado a ella. No pude evitar un impulso, fundiéndome con ella en un cálido abrazo y sintiendo el nerviosismo que recorría por su cuerpo. Miré a Nefertiti, que mostraba un rostro de total incomprensión, elevando los hombros y negando con la cabeza.

—Tranquila, Menaret. Siento haber entrado sin tu consentimiento —atusé su suave cabello y acaricié sus cálidas

mejillas—. Salgamos afuera.

Subiendo por la rampa, volví a ver con admiración las magnificas pinturas plasmadas en la pared, mientras no cesaba de escuchar a Menaret que balbuceaba incoherentes palabras, como si fuera la plegaria de un rito sagrado. Por un momento pensé que se trataba de un exorcismo dirigido hacia mí, lo cual me produjo una espontánea sonrisa. Tan solo le podía entender la palabra Oráculo, que no paraba de repetir en su incesante jaculatoria.

—Amada reina —se dirigió a Nefertiti en la explanada donde las *flores de Horus* azulaban el entorno—. Es el hijo de Egipto, el noble vástago que ha venido para perpetuar la espada de nuestro amado Horus, hijo de Isis y Osiris, descendiente de Atum, el creador de esta fértil tierra en la que tú, —parecía continuar hablando sin coherencia en sus palabras—, poderosa reina, tenías que estar gobernando...

Un desvanecimiento hizo que su sutil musculatura no le aguantara de pie, precipitándose hacia el suelo como un castillo de naipes. Pude detenerla antes de que su frágil cuerpo chocara contra el suelo.

—¿Qué es lo que estaba balbuceando? ¿De quién hablaba? —preguntÉ a Nefertiti, que me ayudaba a recostar a Menaret en la mullida hierba.

—De ti, amado mío, de ti —contestó pausada, al tiempo que con un paño secaba el sudor del rostro de Menaret—. Cree que eres alguien unido a esas espadas. Tal vez en su delirio te esté confundiendo con otra persona, aunque apenas podía entender lo que decía.

El sol estaba empezando a esconderse tras el horizonte. Menaret permaneció inconsciente unos minutos, pero cuando despertó de su sueño, estaba pletórica y cargada de energía.

—¡Nafer!, tienes que venir a conocer al Oráculo de Horus —pensé que estaba bajo los efectos del desmayo y apenas le hice caso— ¡Nafer! —volvió a pronunciar mi nombre de manera clara y tajante—. Te lo ruego, acompáñame a visitar al Oráculo. No tardaremos más de cinco días en regresar.

—¡Cinco días! —exclamé, recordando el motivo que nos había llevado hasta allí—. Imposible, tenemos que llevar el remedio para Ankhes, para tu hija.

—¡Si, si, lo sé! Pero tienes que volver —se dirigió hacia Nefertiti, abrazándola por la cintura—. Mi amada reina, convéncele. Tiene que ir ver al del Oráculo.

Estaba bajo un estado de nerviosismo casi descontrolado. Daba la sensación de que la vida le iba en ello, pero nuestro cometido en esos momentos era otro. Viéndola en un empeño que solo ella parecía conocer, y de alguna manera me incluía en su propósito, no pude negarme a la petición que me estaba haciendo.

—Cálmate, Menaret —le dije, acercándome hasta las plantas de Horus—. Volveré antes de lo que imaginas.

Su alegre rostro se vio relajado en un instante al escuchar mis palabras. Fue retomando un tono de serenidad que pude sentir cuando me asió del brazo.

—Pero antes tengo que contaros algo —elevó la cabeza y respiró profundamente. Nos dirigimos de vuelta por el camino que llevaba al pueblo, con la mágica visión que comenzaban a mostrar las estrellas, reflejadas en las oscuras aguas del Nilo—. Soy guardiana y protectora de la espada que determinó la civilización de nuestro pueblo. El hijo de nuestro amado Horus, Moahdyi, que estaba presente en aquel horrible combate y que tan solo contaba con diez años, se encargó de recoger los metales, siendo el primer guardián de una larga estirpe de guardianes —hizo un movimiento con los dedos sobre su pecho, parecido a un triángulo invertido—. Todos los descendientes directos de aquel niño, nos hemos encargado de velar por la espada. Todos —recalcó—, y tu, Nafer, eres… bueno, prefiero que el Oráculo te revele todo el misterio.

Ya estábamos cerca del embarcadero, no obstante, Menaret nos hizo esperar. Trajo algo de comida y bebida para nuestro regreso a Tebas, y colocando una mano sobre nuestras cabezas, nos otorgó sus más sinceras bendiciones. Ella se había encargado de extraer el elixir de las *flores de Horus* que nos entrego en un pequeño tarro. En él se hallaba el remedio para sanar a Ankhes de las oscuras tinieblas que le amenazaban.

«Te revele el misterio…, te revele el misterio».

Esas palabras, junto con lo acontecido durante ese día, me hacía pensar que en Egipto había extraños poderes, difíciles de asimilar para un sencillo mortal del siglo XXI d. C.

«Menaret es descendiente directa de Horus».

Incluso la semblanza y sonrisa de Nefertiti, corroboraban que podían ocurrir cierta serie de actos inexplicables, que solo los dioses, o invisibles fuerzas que flanqueaban el mundo de lo divino, se podían permitir el lujo de mostrar pinceladas de su poderío en un inmenso tapiz que dibujaban a su antojo. El antiguo egipcio vivía por y para las divinidades. Conocían la influencia que estos tenían en la vida cotidiana, pero también sabían y sentían que los inmensos poderes que otorgaban los dioses se debían a la presencia del llamado hijo de Horus: el faraón.

Me convencí de que había una fuerza que se escapaba de la realidad y que se había apoderado de esa tierra para anidar en ella el fruto de su existencia. Había una perfecta simbiosis entre lo humano y lo divino, deduciendo que todo tenía que coexistir en un mismo plano.

Merit llevaba desde el mediodía esperando en la orilla del río, y al vernos, agitaba los brazos y daba pequeños saltos de alegría para que nos percatáramos de su presencia.

Tardó tan solo unos minutos en preparar el tan ansiado remedio. Al día siguiente, los ojos cansados de Ankhes empezaron a mostrar un suave refulgir de vida, pero seguía abatida tras la incesante batalla en la que llevaba luchando durante unas cuantas jornadas.

Ese mismo día me enteré por Horemheb, del fatídico desenlace que había sufrido Hutu el día de nuestra partida hacia Edfú. Había sido degollado, al igual que el viejo carcelero que estaba de guardia en los calabozos. Se nos derrumbaron todas las posibilidades que teníamos de llegar al cabecilla de semejante complot, así que lo único que restaba, era tener a la guardia alerta de cualquier sospecha que se presentara, por insignificante que fuera.

—Hermano —Tut me pilló desprevenido en el alfeizar de la ventana, observando aquel atardecer que provocaba una etérea ensoñación—. Pronto haré un viaje, y en gratitud por tu compañía, te mostraré lo que en su día te prometí: el poder del amuleto que viste en la ciudad de Ajetatón. También gozarás de la presencia del Dios Amón en su morada, pero eso será mañana, justo antes de

anochecer.

Tut había comenzado la reconstrucción y embellecimiento de los principales templos de Egipto. En Karnak, desmanteló los templos de Atón y reparó los desperfectos causados anteriormente. Su viaje, que había preparado con esmero, contemplaba un nuevo templo en Menfis, «la casa de Nebjeperure», además de instaurar las practicas de enterramiento del toro sagrado Apis. Iba a dar un nuevo e importante giro a Egipto, decretando la ruptura total con la herejía Atonista e implantando la hegemonía del Dios Amón y la cohorte de todos los dioses que habían habitado en el país. De hecho ya estaban activos todos los ceremoniales de los sempiternos dioses, pero hacía falta la palabra del Faraón para que quedaran oficialmente instaurados.

Frente a tal petición, sonreí.

—Será un gran honor.

No quise decir nada más. Lo abracé, sintiendo la fuerza de su musculatura que aferraba el entorno de mi cintura.

Hacía tiempo que había dejado de ser un muchacho para convertirse en todo un hombre, con un fibroso cuerpo que le daba una porte espléndida. Recordé entonces que yo también me había hecho una promesa al poco tiempo de llegar al antiguo Egipto. Me vestí con un sencillo faldellín y salí de palacio rumbo al pueblo de Tebas, donde me encontraba complacido entre el deambular de sus habitantes que colmaban de vida la ciudad más hermosa del país.

Los más pequeños ya proyectaban su futuro con juegos que despertaban la imaginación en unas despejadas mentes, ávidas de captar lo mismo que hacían los adultos que les rodeaban. Unos dibujaban sobre la arena esparcida por la calle, otros simulaban una cruenta batalla con sus espadas de madera, asiéndolas tras una mirada que denotaba la ira de los más aguerridos combatientes. Otros, con las manos llenas de barro, hacían pequeñas vasijas y figurillas con todo el decoro y arte que se podían permitir. Ya sea aquí o allá, la incesante vida de Tebas no descansaba hasta que el último rayo del dios Ra acariciaba las terrazas de sus hogares, donde entonces emergía el aroma de una suculenta cena. Arracimados en torno a una pequeña mesa donde depositaban las viandas, siempre se escuchaba el tañer de un arpa o la dulce melodía de una flauta.

Anduve relajado por las variopintas calles hasta llegar cuesta abajo a la casa de Jehuty. Recordé el motivo por el que nuestras vidas se entrelazaron, viendo la pequeña plazoleta en la que aquellos empobrecidos maleantes intentaron raptar a Tut.

Cuántos recuerdos sobrevolaron por mi cabeza, antes de golpear la puerta con los nudillos.

—¡Nafer! Memorados sean por siempre todos los dioses —exclamó Jehuty con aire jubiloso.

Iba a preguntar el por qué de tanta efusividad, pero la voz de Mesamún detuvo mi curiosidad.

—Y Kiya ¿Qué tal está? Seguro que la diosa Isis le sonríe. Es tan...hermosa.

—¿Conocéis a Kiya?

—En fin Nafer, es que... veras...

Jehuty titubeaba como si retuviera un secreto a punto de desvelar.

—Claro que la conocemos —reconoció Mesamún, llena de orgullo—. No solo eso, Nafer, la adoramos como a una diosa. Siempre está en nuestros pensamientos.

Había algo que no sabía, pero conociendo a Kiya, seguro que al intentar salvar la vida de Tut en aquel altercado, no se habría quedado tan solo en aquel obsequio que yo mismo les llevé.

—¿No sabes...nada? —Los tres nos quedamos mirándonos con una sonrisa de incertidumbre en los labios, sin embargo, no le di importancia, ya que me imaginé de qué se trataba—. Antes de vuestra partida hacia la ciudad que fundó nuestro anterior faraón, que el panteón de dioses lo proteja por toda la eternidad —comentó Jehuty con voz algo más firme—, Kiya se presentó en esta humilde morada, agradeciendo personalmente aquel banal incidente —Mesamún se acercó a la cocina, trayendo unas pastas con sésamo y pasas endulzadas con jarabe de dátiles—. A partir de aquel día, incluso en su alejamiento, cada comienzo de luna nueva, dos encargados del almacén de palacio se presentan a la noche con subsistencias para todo el mes. Pero yo, Nafer, yo...no he hecho nada para merecer tal dádiva de los dioses. Estoy acostumbrado a ganarme todo lo que tengo y yo... no puedo...

Comprendí lo que estaba diciendo Jehuty y sabía que su orgullo le trataba mal, haciendo que se peleara consigo mismo, sin

embargo, no podía rechazar algo que Kiya le entregaba de corazón, evitando así ofenderla en toda su gratitud.

—Te comprendo —susurré a Jehuty con cara de resignación, intentando encontrar unas palabras que no hirieran su orgullo—, pero el camino de los dioses no puede ser interrumpido a voluntad propia.

Vi no solamente en sus ojos, sino en una tenue sonrisa, que se liberaba de una carga emocional que le tenía prisionero, como si tuviera algún compromiso conmigo y le eximía de toda responsabilidad ante las ofrendas de Kiya. Solo recibía los dones porque así lo deseaba su esposa Mesamún. La veía feliz, junto a sus hijos, y jamás se perdonaría que su orgullo pudiera ser el motivo para interrumpir la felicidad de su familia. Aún así, en su fuero interno, estaba convencido de que no era merecedor del obsequio por parte de la madre del faraón.

—Aparte de sus dadivas —añadió Mesamún, entregándome una pasta con dátiles—, se encargó de ingresar a mi hijo Poeri en la *casa de la vida*, y está resultando ser un buen escriba ¿Qué más podemos desear si estamos viviendo en el mismísimo patio de los dioses?

Vi que de sus ojos asomaban unas lágrimas que paseaban lentamente por las delicadas formas de su rostro. Unas lagrimas de plena satisfacción después de vivir en el umbral de la pobreza, pero siempre, y toda la familia, daban gracias diariamente a los dioses por el hecho de poseer un hogar y una comida al día. Como la mayoría de las familias egipcias, la humildad era parte de su existencia, y la sencillez, una forma de vida.

Sabiendo de sus conocimientos en matemáticas, la honradez y la nobleza de Jehuty, tenía la certeza de que era la persona idónea para mi propósito.

—Jehuty, ¿te gustaría trabajar en la casa de la Administración?

XII

De las mejores armas que poseía Jehuty, era su avispada inteligencia, que sumada a su procedencia de casta inferior, y por ello haber pasado hambre por culpa de una despilfarrada administración, le conferían como el mejor candidato para ese cometido. Comenzaría por cambiar de atuendo, metiéndose en el papel de un escriba bien posicionado. Maya avalaría personalmente su condición de un experimentado funcionario, bajo previas clases de comportamiento, imprescindibles para no levantar la mínima sospecha entre el resto de funcionarios y mandatarios.

Estaba convencido de que Jehuty no solo captaría a la primera todas instrucciones que Maya le instruiría, sino que en cuestión de escasos días estaría a la altura de los más perspicaces cargos de la administración. Le enseñaría a no hablar más de lo debido, a utilizar una sagaz mirada, de manera que pudiera aplacar a cualquier listillo que se creería con dotes de mando. Le haría memorizar las palabras y expresiones que utilizaban en un argot que solo ellos entendían, y le pondría en conocimiento de los personajes más relevantes de cada sección. Sobre todo, aquellos que merecía la pena poner mayor atención.

En resumidas cuentas, Jehuty pasaría en unas semanas a ser un destacado funcionario de la casa de la administración.

Tenía plena confianza en él.

Desprevenido en un momento en que mis pensamientos

divagaban con la instrucción de Jehuty, Nemut apareció de entre las sombras de los sicomoros, abalanzándose contra mí y aferrándome los brazos con la imponente musculatura que su cuerpo había ido forjando con el exceso de ejercicio. Sin hacer amago de desembarazarme de él, optó por sentarse en el suelo mientras cogía una ramita y ejecutaba trazos en la tierra, dibujando la forma tridimensional de una pequeña cámara.

—No solamente mi honra impedía hablar sobre las personas que hicieron de mí un vil asesino para atentar contra la vida de mi amado faraón —comenzó a hablar, mirándome a los ojos y sin un ápice de deshonor en sus palabras—, sino que un enorme muro me frenaba la visión de aquellos que envenenaron mi mente, haciéndome creer que Tutankamón era la viva imagen del dios rojo Seth, el dios del caos y las tinieblas.

—Nemut —le dije con la vista puesta en el dibujo sobre la arena —, solo quiero evitar el complot que se cierne sobre la familia real. No pongo tu honor en entredicho, ni tu valía como...

—¡No! Mi honor continúa amancillado, y en virtud a ti y a Horemheb, se va desempañando hasta que sienta que mi corazón quede límpido y los dioses empiecen a germinar en él como lo hacían antes.

—Tu corazón ya ha sido aligerado con el aliento de Amón, y las lágrimas de Isis han purificado los oscuros cauces que navegan por él —garanticé para aligerarle la carga emocional que soportaba—. No te atormentes por la codicia de los que no merecen pronunciar su nombre.

Bajó la mirada hasta posarla en el dibujo, golpeando con un dedo el centro de la cámara, plasmada sobre la arena. Quería llamar mi atención sobre ese lugar.

—Nafer, solo podía escuchar la voz de dos personas —golpeó el dibujo con el dedo—. A esta cámara llegaba por la noche antes de vendarme los ojos. Siempre lo hacía el mismo, alguien que no podía distinguir en un oscuro pasadizo. Deambulábamos por lugares que por el eco de las voces parecían angostos y solitarios. Aquí, en esta esquina —señaló el margen izquierdo de la cámara—, había un pequeño taburete en el que me permitían quitarme la venda de los ojos. Tres lamparillas iluminaban un entorno carente de ventanas, y una clepsidra marcaba el tiempo de la charla, que nunca era

inferior a dos horas. Se hacían llamar los *«Verdaderos»*, hijos del Dios Amón que querían limpiar la lacra de Egipto, eliminando a todos aquellos que rechazaban el panteón de los dioses. Se proclamaban entre sí como el brazo ejecutor para tal propósito, purificando así el país de la escoria que lo amenaza.

—¿No pudiste ver a nadie o escuchar alguna voz que te resultara familiar?

Negó con los ojos cerrados y un atisbo de decepción en su rostro. Aún estaba latente en él esa época de su vida que durante un tiempo llevó con orgullo.

—No, todo se dirigió con el mayor de los secretos. Hasta yo mismo participaba en ese ritual que se convirtió en parte de mi vida, creyendo que había sido elegido por una casta superior para salvar a Egipto de la tiranía de los oscuros, de los que solo querían la riqueza de esta tierra, olvidándose del espíritu del pueblo. ¿Te lo puedes creer, Nafer? Yo que pensaba que estaba del lado de los puros, y sin embargo me encontraba en la orilla opuesta. Lo siento. Mi corazón no supo ver la realidad. Era demasiado joven para...

Cuánta decepción encontré en esas últimas palabras que se ahogaban al pronunciarlas.

—Tú hiciste lo que el corazón te dictaba, no te amargues por ello. Cualquiera hubiera hecho exactamente lo mismo, pero ¿Por qué no permitían que entablases una conversación cara a cara con ellos?

—Lo intenté en más de una ocasión, pero fue inútil. Los mensajes me llegaban a través de mozalbetes que utilizaban para tal propósito, mientras me entrenaba en las áridas arenas del desierto. Los *Verdadero*s, según ellos, existen desde hace cientos de años, y solo los que pertenecen a tan divina casta, pueden tener contacto entre sí. «Continúa así y tal vez la cohorte suprema te adopte entre nosotros, llegando a ser uno de los grandes libertadores de Egipto». Me decían casi todos los días. Pero... ¿Cómo podía saberlo?

—No, no podías, Nemut, y ello... te llevó hasta mí.

Me miró, esperando un argumento más convincente, pero supo que el camino de su destino estaba trazado y era una parte de su existencia la que tenía que vivir para llegar hasta donde se encontraba. Había empezado de nuevo, pero ahora con más fuerza. En un rápido ademán ciñó el entrecejo, echando la cabeza hacia

atrás sin dejar de mirarme.

Nemes sobre su cabeza. La tela, de color blanco que cubría su brillante cráneo rasurado, descansaba sobre los hombros, haciendo que sus grandes ojos decorados con *Kohl*, resaltaran como dos lunas en una estrellada noche de primavera. Un faldellín y unas sandalias completaban su atuendo, pero era la primera vez que sobre su pecho lucía el colgante en forma de escarabeo, similar al que los designios del destino me habían abierto la puerta para franquear al nuevo mundo.

—Colócate esto.

Me entregó un brazalete de oro con una figurilla en cornalina del Dios Amón. Tut estaba entregado a sí mismo y no quise alterar ese momento de regocijo, enmudeciendo mis palabras para evitar la conexión que tenía con su interior. Me coloqué el brazalete y esperé observándolo. Pude apreciar cómo su mirada se perdía a través de la ventana, apoyando las manos sobre el alfeizar. Parecía absorber la esencia de aquel momento, cuando se giró hacia mí con una amplia sonrisa.

—Lo que te voy a mostrar en esta apacible noche, solo los dioses están implicados en ello.

Su potente voz ya había alcanzado el punto supremo de la madurez, emitiendo un agradable timbre que, unido a su personalidad y robustez física, le otorgaban la virtud de ser un verdadero hijo de Horus: todo un Gran faraón.

Escoltados por una cohorte de sacerdotes, llegamos hasta el pilono del templo de Karnak por la avenida de las esfinges que flanqueaban nuestro silencioso peregrinaje, y que un día uniría los dos grandes templos de Tebas: Karnak y Luxor.

A la entrada nos recibió el Sumo Sacerdote Userhat, en una genuflexión que le costó incorporarse debido a su avanzada edad. Pasó de una tenue sonrisa dedicada a Tut, a una exacerbada mirada que me atravesó con la fuerza de todos sus años de ira, comprimidos en ese preciso momento. Quise pensar que no me guardaba rencor por aquel día en que invadí la habitación de

Ankhes, sacando todas las pastillas de incienso que él había colocado para purificar el entorno, y que yo, en un acto de ofuscación, saqué a la terraza y abrí las ventanas para que penetrara algo de aire fresco y puro. Nos detuvimos en mitad de doce inmensas columnas iluminadas por las antorchas que portaban los sacerdotes, creando sinuosas sombras que daban vida a los bajorrelieves esculpidos en las pilastras.

—¡Que el *Oculto* y bien amado Amón, perdone la profanación! —exclamó el gran sacerdote con un ligero tono sarcástico.

Vi a Tut que al escuchar a Userhat se tensó, quedándose rígido como el tronco de un árbol. Se dirigió hacia el Sumo Sacerdote que se encontraba a unos metros, y le susurró algo al oído que solamente él pudo escuchar. Userhat bajó la cabeza, hincando las rodillas en el suelo y cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Perdón honrado faraón, perdón!, pero el benevolente Amón...

Enmudecieron sus palabras cuando Tut le colocó una mano sobre su rasurada cabeza, instándole a que se levantase y cumpliera con su obligación. Comprendí lo que estaba ocurriendo. Tut pensaba llevarme ante el *naos* de Amón en el Sanctasanctórum del templo de Karnak, donde única y exclusivamente tenían acceso el faraón, el Sumo Sacerdote y los acólitos. Estos últimos de encargaban del cuidado de la pequeña capilla donde se rendía culto para establecer el orden ante el caos. Y por primera vez iba a entrar un simple mortal ajeno al mundo sacerdotal, que podría llegar a enervar la ira de Amón.

El gran sacerdote estaba tembloroso ante la posible respuesta del dios, mientras Tut seguía mirándolo con cara de desaprobación por no respetar su voluntad. De soslayo me mostró una picara sonrisa, sabedor que eso enervaba aún más al viejo sacerdote en su propio templo. Todo era parte de un juego que Tut solía poner en práctica, ya que en el fondo sentía un gran respeto por Userhat, por ese anciano que había dedicado su vida al culto de manera irrefutable. Era el Gran Padre de una organización en la cual, los pilares del panteón celestial, soportaban una estructura que albergaba la idiosincrasia religiosa de un pueblo, y eso, Tut lo apreciaba sobremanera, aún percibiendo un extenso umbral, mezcla de apatía y recelo en los ojos del viejo sacerdote que quería imponer su ya escasa y marchitada personalidad.

Fuimos penetrando lentamente en el templo, al tiempo que los acólitos se iban quedando postrados en diferentes estancias para preservar el momento de oración de su faraón.

Me dio pena aquel pobre hombre que arrastraba su vergüenza a causa del orgullo que había ido cultivando durante tantos años, en el que para él era su mundo, su sagrado hogar, el recinto de su dios. Le miraba sonriendo para no hacerle sentir más avergonzado, y en cierto modo captó mi mensaje, viendo cómo su curvada y derrotada espalda se erguía, devolviéndome una ligera mueca que se asemejaba a una sonrisa. Tut iba emitiendo un acompasado cántico, agradeciendo a los dioses el poder permitirle estar en su presencia: salmos que en los angostos espacios, reverberaban su varonil voz, engrandeciendo el eco que respondían las decoradas paredes. Llegamos a una pequeña sala hipóstila con columnas de madera que sujetaban un techo, donde unas hendiduras permitían filtrar algo de luz durante el día en ese espacio laberíntico y hermosamente decorado con pinturas que parecían recién hechas.

Tut se desnudó sin pudor, mostrando toda su masculinidad y haciéndome un gesto para que le imitara. En la sala había una pequeña puerta que llevaba a una estancia, cuyas paredes reflejaban la iluminación de unas lamparillas que rebotaba en las aguas de una pequeña piscina. Era el estanque sagrado de purificación. El estanque, cuyas aguas eran renovadas diariamente por un sistema de filtración al Nilo y llenado desde el lago sagrado del Dios Amón, estaba elaborado en todo su entorno con unas piedras blanquecinas, permitiendo ver su cristalino fondo con la escasa luz de las lamparillas.

Después de sumergirnos durante unos segundos, el inicio del ritual a la intromisión del Sanctasanctórum había finalizado con una invocación ceremonial dedicada al dios Atum: *«Oh Atum, el Grande, creador de la vida. Estamos purificados para entrar en la morada celestial. Continuaremos hacia delante, no miraremos atrás. Horus abrirá el camino, Isis lo iluminará.»*Tut empezó a chapotear el agua con las manos, riendo divertido mientras se afianzaba a mi cuello para intentar hacerme una ahogadilla, disfrutando con ello y recordando aquellos días en los que sus obligaciones se limitaban a regir el país en un segundo plano.

Provistos únicamente del faldellín, nuestros pies descalzos

recorrieron estancias y patios hasta llegar a una antecámara situada en un lateral de la sagrada capilla de Amón, ocupada por una hornacina de piedra tallada y cerrada con dos pequeñas puertas para salvaguardar la imagen del dios. Las palabras que Tut había utilizado para la invocación, me transportaron a la tienda de Amer cuando separó el escarabeo del engarce y tradujo los jeroglíficos que estaban impresos. Tenían cierta similitud, incluso Tut las había pronunciado de forma enérgica, como mi añorado amigo Tarik me hizo pronunciar en la capilla de Hathor.

Tut abrió dichas puertas y apareció una imagen recubierta en oro del Dios Amón, portando sobre su cabeza un tocado con gorro de dos penachos. Las comisuras de sus labios cerrados se elevaban hacia arriba, mostrando un semblante de paz y plenitud que acompañaba la mirada de unos ojos elaborados con preciosas piedras de color azul oscuro. Se acercó a la pequeña base donde reposaba la figurilla de Amón, acariciándola como si estuviera moldeando sus vestiduras. Yo continuaba observando la figura, una obra maestra de la orfebrería del antiguo Egipto.

—Tarik —comentó, apoyando la mano en la base de la estatua— ¿Qué significa ese nombre?

Giré con brusquedad, enmudeciendo por momentos al escuchar en boca de Tut el nombre de Tarik, que tantos recuerdos afloraron en mi memoria.

—¿Qué has dicho? —exclamé, pensando que ese nombre había sido fruto de mi imaginación, confundiéndolo con otra palabra que sonara semejante.

—Aquí, Nafer —señaló la pequeña columna—, aquí, en este santuario, escuché tu voz el día antes de que llegaste, pronunciando la palabra «Tarik» en repetidas ocasiones. Era tu voz, la misma que escuché al día siguiente en la gran pradera, en el árido valle donde reposan los hijos de Horus que me precedieron, allá donde arriesgaste tu vida para salvar la mía de los nocivos colmillos de aquella cobra negra ¿Que significa Tarik?

Mientras hablaba, se agolparon al unísono todos los prodigios mágicos que me habían acontecido, todo ese mundo surrealista que emergía de las mentes de los soñadores, donde navega ese paradigma inexplicable que acontece ante los hechos extraordinarios y para los cuales no hay respuesta ¿Estaba viviendo

un profundo coma onírico, fruto de mi pasión por Egipto? ¡No! Todo era real como la vida misma.

—Tarik, veras... es una larga historia. Es el nombre de un viejo amigo...

Comenzó a reírse.

—Que nombre tan gracioso, jamás lo había escuchado —dijo, manteniendo la risa en sus palabras. Me gustaría conocerlo.

¿Qué le podía decir? ¿Que en ese momento estaría conduciendo un taxi por las calles de El Cairo?

—Vive lejos de aquí, a la sombra de las grandes pirámides. Será difícil...

—No importa —me cortó—, solo quiero que sepas que esa misma noche tuve un sueño, y los dioses me anunciaron que tenía que ir a la necrópolis justo antes de que Ra alcanzara su cenit. Allí te vi salir de la montaña y acercarte hasta mí.

No hizo ninguna pregunta al respecto, ni tan siquiera quiso buscar una explicación coherente que le podría convencer quién era yo en realidad. Tan solo para él era su hermano mayor, y con eso era suficiente. Se quitó lentamente el amuleto que pendía de su cuello y lo depositó sobre la cúspide del pedestal. Colocó las dos manos, cubriendo la parte superior de la figura. Permaneció así unos minutos que se me hicieron eternos, a la espera de lo que presentí, iba a vivir una nueva experiencia que el destino me tenía preparada.

No ocurrió nada. Mi corazón latía al ritmo de un cadencioso timbal, esperando pegar un brinco y galopar ante un inesperado acontecimiento, pero todo continuaba igual. Tut seguía emitiendo un cántico que a duras penas logré entender las palabras: Amón, Isis, poder de los dioses del panteón, y poco más. Estaba claro que mi imaginación iba más lejos de la realidad, incluso por un momento pensé escuchar alguna gutural voz que inundaría de luz la pequeña cámara donde nos encontrábamos, o que Tut conocía mi procedencia, imaginándome a él como el artífice del traslado en el tiempo. Llegué a tal punto en esos instantes de silencio, que mis juguetones pensamientos divagaron por una mezcolanza de imágenes y sentimientos que me hicieron ver que aquella capilla se trataba del decorado de un parque temático, y que todo, absolutamente todo, había sido el fruto de los sueños de aventura

desde mi niñez.

Por un momento percibí una confusión total, un estado mental casi agónico, cuando de repente, Tut colocó su mano sobre mi hombro. La realidad espabiló todos mis sentidos, agradecido de saber que a mi lado se encontraba mi pequeño hermano.

—Acércate, Nafer —tirando de mi brazo, nos colocamos enfrente de la estatuilla que parecía tener vida a través de su mirada—. Coloca tus manos sobre Amón.

Miré a Tut. Asentía lentamente, torciendo los labios en una mueca que se convirtió en una sonrisa infantil y juguetona. Con un movimiento casi meditado, abracé entre mis manos la estatuilla a la altura de la peana donde reposaba el amuleto que Tut había depositado. Las delicadas pero fuertes manos del joven faraón que estaba a mi izquierda, imitaron el gesto, colocándolas con sumo cuidado a la altura de la cintura.

Ya había disipado de mi mente cualquier fenómeno extraño, producido por alguna fuerza sobrenatural. De repente sentí una presión en la pequeña capilla, provocando que mis oídos se taponaran para sumirme en un placentero silencio que no me dio tiempo a pensar en nada. Parecía estar flotando en el aire, sin peso, sin masa, pero sintiendo el contacto de mis pies desnudos sobre el refulgente suelo.

«Qué extraño, qué momento tan natural y a la vez tan incomprensible».

No pude contabilizar ese tiempo en que la pequeña cámara se quedó sin gravedad, pero me sentí vivo, con un torrente de fuerza que envolvía mi ligero cuerpo, sintiendo una energía vivificadora que a punto estuvo de hacerme perder el control y ponerme a dar brincos para consumirla, pues no me sentía preparado para contener dentro de mí tanta luz de vida. Sin embargo percibía dentro de mi ser una fuerza capaz de controlar todo lo que estaba viviendo. No dejaba de ser una paradoja, pero la realidad era que estaba disfrutando ante una situación un tanto mágica, celestial, maravillosa. No supe cómo calificarla, pero tampoco me importó.

Paulatinamente fui regresando a un estado más normal y, mirando a Tut de soslayo, que aún mantenía la sonrisa en sus labios, comprendí por qué cada mañana se introducía en ese Sanctasanctórum para hacer sus ofrendas y de paso dejarse flotar en

un remanso de vida. Era algo reciproco entre Amón y él. Los dos necesitaban de su mutua compañía, de ese don que albergaban en un ínfimo espacio, recargándose de su propia energía. Ahí era donde Tut lidiaba la bestia de un país que desplegaba todas sus incontinencias, desde política, ejército, templos llenos de sacerdotes ávidos de necesidades, hasta las fronteras limítrofes que tenía que salvaguardar, unas, para el necesario intercambio de comercio, otras incluso más lejanas para evitar una invasión y desestabilizar un Egipto que se encontraba en un prominente estado de paz.

Ahí era donde Tut crecía cada mañana.

Cuando el joven faraón estaba conmigo o cualquier miembro de su familia, era un ser carente de reticencias, de obligaciones, obligándose a forzar su cuerpo ya de por sí erguido para mostrar una mayor porte real. Era risueño, jovial, sobre todo en ese momento en el que Ankhes estaba terminando de librar su última batalla contra las tinieblas que la tenían sumida. Con cierta frecuencia, mientras sus tareas se lo permitían, penetraba en la alcoba donde reposaba su amada esposa. Se acurrucaba junto a ella y le cantaba en susurros, o le peinaba y le lavaba la cara mientras le recitaba graciosos poemas que iba inventando sobre la marcha. Ni tan siquiera mi presencia en más de una ocasión le coartaba en el propósito de mirarla o agasajarla con sus palabras.

Mientras miraba el juvenil rostro de ese muchacho que se había convertido en el faraón, siendo apenas un niño, empecé a sentir un agradable frío en mis manos que reposaban sobre la figurilla de Amón.

Estaba pletórico de compartir con mi joven hermano ese ritual, ese momento de regocijo, ese instante en el que había una transmisión de algo que no pude comprender, pero sí lo llegué a sentir cuando Tut deslizó las manos sobre la figurilla hasta colocarlas encima de las mías. Las aferró con fuerza, y lentamente dejamos de sentir el contacto con la pequeña estatuilla.

—*Isis, madre de Horus, de mi Gran Padre: Ilumina con la luz de tu etérea mirada el camino que el panteón de los dioses cruzó nuestro destino* —la voz de Tut fue tornándose cada vez más poderosa. Sin soltarme las manos, percibí cómo emitía un movimiento en forma de vibración, posando su mirada en la mía con tal fuerza que pude ver al hombre-dios que llevaba dentro—. *Amón es mi guía, el espíritu*

que se nutre con la grandeza que amamanta tu pueblo. Este pueblo que meces, dando vida a las arenas, al aire y al agua, a los campos y animales, al soplo de vida que viertes sobre sus manos para forjar esta tierra ¡Oh, Isis!, tú que ejerces poder sobre mi Dios Amón, ilumina este amuleto que está concebido con el corazón de los dioses.

«Cómo disfruta Tut hablando con los dioses» —pensé mientras hablaba—. Jamás había visto tanta entrega en un adolescente de su edad, pero claro, emergía de su interior toda la responsabilidad para gobernar un país, y ello era suficiente para convertirlo no solo en hombre, sino en un ser superior a tan temprana edad.

La capilla se inundó de un agradable silencio, transportándome a un laberinto de preguntas, incapaz de poderlas formular. Mi ritmo cardiaco fue descendiendo paulatinamente hasta casi asemejarse con el compás de la respiración. Silencio, solo existía el silencio, cuando de la estatuilla dorada empezó a emanar un aura que fue recorriendo desde su tocado hasta la peana donde estaba depositado el amuleto de Tut. El aura era traslúcida, de un color blanco azulado. Al tocar el escarabeo, fue tomando mayor intensidad hasta dejar de percibir el contorno de la estatua, que empezó a emerger hacia arriba en un haz de luz del mismo diámetro que el aura de Amón. Traspasó lentamente la piedra que servía de tejado del *naos* que cobijaba la representación del dios, y entonces, Tut me sacó casi a volandas del Sanctasanctórum para llevarme por unas escaleras que ascendían a lo más alto del templo.

—¡Corre, corre!

Eran las únicas palabras que decía mientras tiraba de mi brazo, limitándose a sonreír como si de un juego se tratara. En realidad, para él lo era.

—¿Qué ocurre, Tut?

Mis palabras parecían perderse en el inicio del anochecer, en las últimas voces del día que a lo lejos, en el pueblo de Tebas, se podían percibir junto con sus cánticos y algún que otro instrumento musical para acompañar los bailes merecidos después de una jornada de trabajo. No sabía por qué Tut me había llevado en esa loca carrera para trepar a lo más alto del templo, pero me era indiferente. Seguía un juego que había iniciado y me sentí satisfecho de ver cómo se divertía, puesto que la enfermedad de Ankhes le había absorbido gran parte de energía, dejándolo en

muchas ocasiones cabizbajo y apático. Pero solo por dentro, ya que sabía administrar sus emociones para cada ocasión, haciendo que nadie que no fuera de su familia se percatara de su estado anímico.

Llegamos al final de la escalinata, para descansar sobre el techo que cobijaba el pequeño templo de Amón.

—¡Tut ¿qué ocurre?! —Insistí

Continuó en silencio con la vista perdida, a la espera de algún acontecimiento, de algo que solamente él parecía conocer.

—Mira Nafer —exclamó eufórico—. Observa la penetrante *mirada de Isis*, la luz de la vida.

De la losa que cubría la capilla de Amón, empezó a emanar una tenue neblina, visible en la oscuridad de la noche. Abarcaba unos dos metros cuadrados y una altura de unos diez centímetros, pero tenía la capacidad de menguarse y dilatarse, como si la losa inhalara y exhalara los vahos de la humedad nocturna a orillas del Nilo. Bajo nuestros pies, el susurrante deambular del viento que penetraba entre las columnas y recodos de un templo que descansaba del trasiego diario, ponía voz a ese momento tan misterioso en el que Tut disfrutaba de cada segundo. La neblina continuaba adherida a la piedra. Ni tan siquiera el tibio viento que acariciaba nuestra piel era capaz de dispersarla, de moverla a su antojo y hacerla desaparecer en aquella estrellada noche.

—¿Qué es eso? —pregunté con cara de asombro.

Apretó mi antebrazo con fuerza.

—Observa —recalcó con su picara sonrisilla en los labios—, solo observa.

Tut parecía estar meditando a la espera de algún nuevo acontecimiento, y eso me hizo fijarme con esmero en todo lo que me rodeaba, tanto visual como acústico, ya que no iba a obtener respuesta a mis preguntas y por nada del mundo iba a desaprovechar ese instante tan diferente, tan especial. Empecé entonces a sentir esa ansiedad tan abrumadora que recorría mi cuerpo en momentos como ese, pero todo lo que nos rodeaba permanecía sin cambio alguno, sin alteraciones extrañas que hicieran llamar mi atención.

Permanecimos así varios minutos. Él disfrutando del entorno, y yo con ganas de zarandearlo para que me diera alguna explicación de lo que tenía que ocurrir, de lo que mis ojos tenían que ver, hasta

que, fijándome con esmero, pude distinguir que la neblina no era tal, sino que se trataba de luz. Una luz que jugaba sobre la losa sin cambiar de intensidad, sin iluminar lo que le rodeaba. Tan solo permanecía inestable, moviéndose como una ola en las tranquilas aguas de un mar en calma. Tut se dio cuenta de mi repentino cambio ante el descubrimiento que acababa de hacer, y se limitó a reír sin decir nada.

Todo cambió cuando la pequeña extensión de luz fue menguando de tamaño y aumentando de intensidad, hasta convertirse en un círculo de unos veinte centímetros de diámetro, guardando la misma altura que tenía.

El círculo de luz comenzó a elevarse hasta apenas un metro. Pasaron unos segundos. Entonces, de su interior emanó otro haz de más baja intensidad, que a gran velocidad se perdió en el infinito. Era como un potente foco de luz laser que se perdía en los confines del universo.

Estaba absorto mirando hacia arriba, cuando Tut llamó mi atención para que mirara hacia el occidente, viendo cómo un pequeño punto luminoso nacía de entre las montañas de la *Gran Pradera*: el Valle de los Reyes. Estaba lejos, pero la oscuridad permitía distinguir claramente que se trataba de algo similar a lo que tenía a escasos metros de mí. Bien pudiera ser un fuego, pero la respuesta de Tut ante ese nuevo evento me decía que no, que había una estrecha relación entre los dos puntos de luz.

—Hace ya algún tiempo que pasaste la invariable prueba de la pureza del alma —anunció Tut, mirándome fijamente—. Hoy te será entregado lo que te pertenece, lo que los dioses han estado guardando para que Isis te lo devuelva con su luz.

«¿De qué está hablando?».

No podía comprender en ese momento lo que me estaba diciendo, ni tan siquiera si se dirigía a mí con su mirada, con esa potente mirada que daba la impresión de estar en un estado elevado a la conciencia humana. Pero sí, sí que me miraba a mí, porque se dio cuenta de mi embebecimiento y cambió su semblante de

manera drástica. Se tornó en el muchacho que siempre había conocido, pero esa mirada me dijo mucho. Corroboró lo que en más de una ocasión había pensado sobre él: era la mezcla de niño, hombre y dios.

No pude decir ninguna palabra ya que la sequedad de mi boca me lo impedía, pero ¿qué importaba, si todo lo que estaba ocurriendo no era para hablarlo, sino para sentirlo? Fue entonces, mientras observaba a Tut, no con mis ojos sino con mi corazón, cuando de aquel pequeño punto de luz que se dejaba ver detrás de aquellas montañas, emergió un haz de una intensidad perceptible, para perderse junto a las estrellas que inundaban la bóveda celeste. No era que llamara excesivamente la atención debido al claror que irradiaba el estado en que se encontraba la luna, pero era suficiente para impactar a cualquier persona en kilómetros a la redonda si se fijaba en alguna de las dos líneas luminosas. *Heka*, se repetía una y otra vez en mis pensamientos, *Heka,* o lo que bien significaba para los antiguos egipcios como magia. Pero no esa magia en la que se utilizaban símbolos como el *ankh*: la cruz ansata de la vida, o el *djed*: una pequeña columna, un pilar en miniatura, o el *udjat*: el ojo de Horus que representaba la vivencia, la plenitud y la fecundidad. Ni tan siquiera la magia que proporcionaba el escarabajo pelotero como protección, o la efigie del dios Bes y la diosa hipopótamo *Tawert,* junto con otros objetos cuya finalidad eran de carácter curativos. No, pensaba en *Heka*, el dios *Heka*, en una de las fuerzas creadoras que habían servido para engendrar el mundo. Una fuerza que se desataba sobre la mayoría de la población egipcia para dar sentido a su existencia en comunión con los dioses. Para dar vida a la magia que impregnaba la mayoría de las actividades, al ser considerada indispensable para la protección de la creación, de los artífices, que eran los dioses, o de sus criaturas, que eran los seres humanos. Pensaba en esa enorme fuerza que algunos privilegiados como Tut, manejaban como si fuese un sencillo juego, pudiendo canalizarla a su antojo para hacer con ella lo que se esperaba de él, incluso para penetrar como un alma etérea en el panteón de los dioses.

¿A qué se refería con que había pasado la prueba de la pureza del alma? No me atreví a preguntárselo, ya que solo había algo a lo que yo entendía como prueba, y eso fue en compañía de Tarik, el

mismo día que se abrió la puerta para cruzar en el tiempo a un mundo lleno de sorpresas, en el que no había día que no dejara de impactarme cualquier evento, por pequeño que fuera. Estaba tan gozoso con mi joven hermano al lado, que por momentos podía sentir la fuerza que desprendía de su cuerpo, haciéndome ver la realidad que estaba viviendo de manera especial.

Dejé de hacerme preguntas cuando vi que los dos rayos luminosos convergieron en una etérea intersección, formando un triángulo entre el templo de Karnak y la montaña de reposo eterno de los faraones. El vértice comenzó a arquearse hasta convertirse en un semicírculo perfecto, dando la sensación de estar bajo un arco iris en plena noche. El punto de luz de la montaña empezó a elevarse, penetrando en el semicírculo, a la vez que iba borrando todo rastro de luz en su rápido trayecto, para confluir con la luz que salía del templo de Amón, casi a nuestros pies. Todo fue tan rápido que apenas pude disfrutar de tan bello espectáculo en aquella estrellada y mágica noche en compañía de Tut.

—¿Magia?

Poniendo voz a mis pensamientos, no se me ocurrió otra cosa que decir. Solo pensaba con cara de extrañeza, qué significaba realmente en el antiguo Egipto la palabra magia.

—No es la magia que tú piensas —comentó, mirándome fijamente y pareciendo estar escuchando las palabras que en silencio se agolpaban en mi mente—. Es la voluntad de los dioses, el poder divino que nos otorgan por la pureza de nuestros corazones.

Sabía que los egipcios daban una especial importancia a la vida sin mácula, sin pecado, puesto que de ello dependía el peso de la pluma y su corazón en la balanza del tribunal de Osiris. Pero…aun viviendo in situ acontecimientos como los que me había tocado vivir, era reacio a creer en poderes divinos o sucesos que vendrían más allá de lo terrenal.

—Tut, ¿qué quieres decir con el poder divino?

Pensé que tal vez esa pregunta le incomodaría debido a sus creencias, a su arraigo con los dioses, a su rígida educación entre lo real y lo divino, reservada exclusivamente para una élite minorista. Supe que se trataba de una pregunta un tanto absurda, pero necesitaba entender lo qué estaba ocurriendo a mi alrededor, cómo se generaba esa «magia» de la que tanto había escuchado a

experimentados estudiosos del antiguo Egipto. Abrigaba la esperanza de conocer los entresijos mecánicos para realizar los trucos y, como en mi caso, qué tipo de artilugio basado en alguna ciencia que desconocía, habían utilizado para abrir una puerta en el espacio-tiempo y poder cruzarla sin mayor dificultad.

—¿No crees, Nafer —indicó con la mano la luna, la bóveda celeste, el Nilo que navegaba silencioso a nuestros pies—, que todo es obra del poder de los dioses? Todo esto es un don divino para que podamos disfrutarlo ¿Para qué iban a estar todas esas estrellas ahí, sino para recordarnos cada día la omnipresencia de los dioses? —Permaneció unos instantes en silencio con los ojos cerrados, inhalando todo el aire que pudiera contener en sus pulmones, reteniéndolo, para luego expulsarlo con lentitud—. Todo esto es el poder divino: el aire que respiramos, la luz con la que *Ra* nos despierta cada mañana, el agua que *Hapy* vierte por este cauce, la noche que con su paz reconforta nuestra alma...

Volvió a sumirse en el silencio, saboreando cada palabra que me había dicho porque así parecía sentirlo, y era ahí donde residía la fuerza que manaba de su interior, de esa fe tan intensa que era innata en su personalidad.

Aunque no era la primera vez, aproveché ese tiempo de mudez para intentar buscar una explicación a mi viaje en el tiempo. ¿Manipularían algún tipo de mecánica cuántica, habiendo llegado a tal perfección para poder abrir dos espacios temporales simultáneos? Recordé la cegadora luz después de cerrarse la puerta en la capilla de Hathor, también aquel ruido similar a las turbinas de un avión. Quizá me encontrara en una lanzadera temporal, o en un enorme acelerador de partículas, y tal como lo que acababa de ver con el semicírculo de luz, permitir que un punto se transfiriese en el otro mediante algún tipo de conexión, o un sofisticado mecanismo que permitiera abrir una dimensión y poder alterar el curso del tiempo. Cuántas veces había pensado en temas similares desde mi viaje, y tan solo quebraban mis pensamientos con absurdas teorías, pero acababa de ver algo que abría la posibilidad de buscar una coherencia a lo que estaba viviendo.

—¡Acompáñame!

La voz de Tut me sacó en ese momento del enredo científico en el que estaba inmerso. Se puso en pie casi de un brinco con la

agilidad de un leopardo, encaminó sus pasos hacia las escaleras y desapareció entre ellas como un fantasma en la oscuridad. Quise imitarle, pero a punto estuve de bajar rodando al no hacer apenas pie en los estrechos y romos peldaños que sobresalían de la pared. Tut no pudo evitar una sonrisilla al verme ejecutar la acrobacia para salvarme de una caída casi segura. Lo aferré por el cuello con el brazo, atrayéndolo hacia mí. De nuevo surgieron las bromas, mientras retornábamos el trayecto que nos separaba hasta el santuario de Amón.

A Tut le solían agradar ese tipo de juegos, convirtiéndose en un sencillo ser humano que necesitaba estar exento de protocolos. Un ser al que unos adoraban, otros respetaban y el resto temían. Por ello nadie se atrevía a jugar con él de la manera que yo lo hacía. Viviendo en la realeza desde su primer llanto, sabía que era hijo de Horus y padre de Egipto, pero a veces necesitaba desprenderse de los galones impuestos en la línea de su vida, para mostrarse como una persona natural.

Fue antes de entrar en el santuario, cuando percibí de nuevo que el viento comenzaba a susurrar entre las columnas y recovecos del templo. Hasta entonces había permanecido calmo y sin una brizna de movimiento, como si el tiempo que había durado aquel maravilloso espectáculo de luz, hubiera estado también impertérrito para poder observarlo. La ausencia de viento ¿Fue algo que lo hubiera provocado el haz de luz, incluso el extraño silencio que se suspendía a nuestro alrededor, o sin más, fue por mera casualidad?

No quise pensar más en el extraño suceso del viento y me sumergí en la capilla de Amón, como un detective, ávido de respuestas sobre el asombroso evento que acababa de presenciar. Examiné las cuatro paredes y los ángulos que formaban con el techo en busca de algún orificio por donde se podía filtrar aquella nebulosa de luz. Nada, estaban perfectamente selladas, piedra contra piedra. Era imposible que la luz nacida en el Sanctasanctórum, pudiera salir por esa hermética estructura. Tut miraba con cara de indiferencia y una apretada sonrisa en sus labios. Tan solo se limitaba a disfrutar de mi incredulidad y eso parecía divertirle. Continué observando el resto de la cámara iluminada por varias lámparas, sin encontrar el mínimo indicio de algo que me resultara anómalo.

Pasaron varios minutos cuando me percaté de que estaba solo en la capilla. Busqué a Tut con la mirada y lo encontré en compañía de un joven escriba, sentado en la misma posición que él y charlando de manera amistosa, como si fueran amigos de la niñez. Al acercarme a ellos, pude distinguir aun con la escasa iluminación que reinaba fuera de la capilla, de quién se trataba.

—¡Poeri!

Colocó el cálamo y la tablilla de escriba en el suelo, incorporándose y mostrando un gran respeto en sus ademanes. Inclinó su rasurada cabeza, pero al ver que le tendía los brazos abiertos se abalanzó hacia mí, fundiéndose en un fraternal abrazo.

—Es uno de los mejores escribas que hay hoy en día en la *Casa de la vida* —me susurró Tut, sin que le oyera Poeri—, y una gran persona.

Tut sabía apreciar el valor humano en la gente que le rodeaba, dándole más importancia que a los propios conocimientos que podían poseer. Decía que un ser sabio pero impuro, divagaría su eternidad entre las tinieblas del inframundo, mientras que un profano con el corazón puro, viviría eternamente en los campos de los dioses. En ese aspecto, Poeri era como su padre Jehuty, todo corazón. Y no solo eso, sino que había heredado la viveza de sus ojos y el ansia de aprender, llegando a dominar cualquier objetivo que se propusiera en el camino de su vida.

Continué con mi investigación, dejando que Poeri escribiera cuanto Tut le iba redactando. Me centré en el *naos*, ya que el resto de la capilla no parecía ocultar nada que me resultara extraño. Introduje la cabeza en la hornacina donde reposaba la estatuilla de Amón, sin poder apreciar nada que me resultara anormal. Tal vez un prisma, algún tipo de lente o cualquier objeto que pudiera producir el tipo de luz que había visto. Nada, el *naos* estaba desprovisto de cualquier artilugio, propicio para ese cometido.

Iba a retirarme, cuando me fijé en la peana donde reposaba la estatua.

—¡Tut!

Pensé que mi grito se había escuchado más allá de las murallas del templo, aunque no supe si las palabras salieron de la garganta o de mis pensamientos, puesto que permanecí solo, allí, enfrente del *naos*.

—¡Tut, acércate!

No me atreví a retirar la vista de la peana, llegando a pensar que se trataba de un espejismo y en cualquier momento pudiera desaparecer, como si el fruto de mi imaginación estuviera haciendo real lo irreal. Noté una mano posándose sobre mi espalda, y por el rabillo del ojo advertí la figura de Tut a escasos centímetros, pero no mostraba ningún gesto de admiración, ya que él sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

—Aquí tienes lo que te pertenece —anunció Tut, ralentizando las palabras con un deje de orgullo en su voz y un semblante pletórico de satisfacción—. Isis te reconoce con este presente como regalo de los dioses, y a mí un vínculo que me une a ti… como hermano.

Fue en ese momento cuando le di el verdadero valor a la palabra hermano, pero no como tal, sino de la manera en que la pronunció. Había enfatizado «hermano», de modo que su significado compendiaba en estado puro la esencia de alguien que lo siente en el rango más elevado del plano sentimental.

Ante mi, y junto al amuleto de Tut, estaba el colgante gemelo que se me perdió en las entrañas del templo de Hatshepsut, el mismo día que crucé la puerta.

«Poeri… la mirada de Isis».

No me había percatado hasta entonces. El joven Poeri era el escriba que, según Amer, había tomado las anotaciones de todo lo ocurrido en esa noche. «El escriba del faraón niño», como él puntualizó. En cierta manera me sentía implicado en ese acontecimiento histórico, hecho que quedó constancia en un papiro que algún afanado arqueólogo encontró Dios sabe dónde.

uria parecía haber advertido que nos íbamos de viaje, ya que relinchaba altanero al ponerle la montura, mordisqueando mi faldellín y atizándome ligeros golpes con el hocico. La mañana apareció fresca, idónea para adentrarnos por los caminos paralelos al Nilo y aprovechar al máximo su agradable temperatura. Las sombras de los arboles se encargarían más tarde de proporcionarnos

un lugar idóneo para descansar.

—Nafer, no temas al Oráculo de Horus.

Jugando con *Furia*, no me había percatado de la presencia de Kiya que se acercaba con un pequeño frasco entre sus manos, como si quisiera calentar su contenido. Era un tónico a base de plantas, por si en algún momento me encontraba debilitado. Se quedó mirando el escarabeo que pendía de mi cuello, y algo en él llamó su atención, como si un extraño recuerdo le hubiera venido a la memoria, pero no dijo nada. Se limitó a observarlo con la mirada perdida.

Le indiqué que se sentara sobre unos sacos de cereal.

—¿Qué te hace pensar que le temo?

—La agitada noche que has pasado —contestó tras un carraspeo—. Sé que tus sueños se zarandeaban intranquilos, y se debían al viaje que vas a emprender. Pero recuerda que los invisibles dedos de los dioses, manejan tu destino.

Por más que me esforzara, no podía ocultar mi estado anímico a Kiya, que parecía captar cada gesto de mi rostro, cada movimiento del cuerpo, descifrando sin ningún esfuerzo el estado en que me encontraba.

—No tengo temor alguno, Kiya, pero la experiencia que viví en aquella capilla con las espadas y la reina cobra... Comprenderás que momentos como ese no se viven todos los días-intenté relajar las palabras con el propósito de atenuar la tensión que retenía en mi interior, procurando que en Kiya no se asomara un halo de intranquilidad—. Pero no te preocupes, es algo que tengo que hacer sin llegar a ver temor en ello. Es solo un juego entre los dioses y yo.

Me salió una risa tonta. Ya hablaba de los dioses como si hubieran calado en lo más profundo de mi fe existencial en el Egipto que estaba viviendo, y no sé si serían los dioses o un aura especial que envolvía las tierras del Nilo, que sin duda ocurrían fenómenos extraordinarios que se habían perdido con el correr de los años. ¿Sería por falta de fe? ¿Y si la fe no es otra cosa que la fuerza vital en ese tipo de fenómenos en los que el ser humano cataloga como divinos? Sea lo que fuera, había un enigma difícil de comprender para alguien de mi época, sobre todo si se había carecido de una educación infundada en la sencillez de la vida y la contemplación a los dioses; fuerza y motor de un país como Egipto

que siempre supo alimentar el panteón celestial.

—Sé que temes a tu destino —sentenció Kiya en tono tranquilizador, acariciando el cuello de *Furia*—, aunque desconozco por qué, ya que la luz de Isis jamás permitirá que te debatas en la oscuridad.

Esbozó una disimulada sonrisa, posando los ojos sobre el amuleto colgado a mi cuello. Presentía que estaba al tanto de lo ocurrido, imaginando a Tut apoyado en el regado de su madre y narrándole el espectáculo nocturno, mientras sentía el aliento cercano que tantas veces había inhalado junto con la esencia de su espíritu.

Nefertiti se había quedado en compañía de Ankhes, que ya poco le faltaba para despertar con todo el esplendor de sus sueños que jugaban descontrolados por el valle de las tinieblas. Aún tenía el sabor de su cálido beso en mis labios, y una mirada que sin palabras me acompañaría durante todo el viaje, recordando la hermosa simetría de su rostro. Asimismo, llevaba impreso el contacto de su piel que durante toda la noche había permanecido adherida a mi cuerpo. Su agitado sueño confirmaba una intranquilidad que le rondaba por la mente, como si no quisiera que emprendiera ese viaje, ese reto que el destino me había preparado con el Oráculo de Horus.

Furia por salir de los establos y paseando junto a Kiya, caminamos por la empedrada avenida que partía de palacio para llegar a la fresca espesura del Nilo. Un lánguido beso en la mejilla y un cálido abrazo en el que pude sentir el temblequeo de sus piernas, acompañaron la imagen grabada en mi retina de Kiya en la distancia, moviendo una mano con el brazo en alto a la vez que disimulaba una sonrisa forzada.

Furia deseaba galopar para saciar la energía contenida en su cuerpo, pero decidí que con un tranquilo trote era suficiente para emprender un recorrido que nos llevaría unas cuantas horas, sin llegar a extenuarse. No tenía prisa por llegar, lo que me permitió disfrutar de la madre naturaleza junto a la silenciosa compañía de

un caballo que parecía intuir mis sentimientos. En más de una ocasión, en la que inconscientemente me apeaba de su montura y estaba pensativo, cabizbajo y ensimismado, su frente golpeaba mi espalda, sacándome de una lluvia de pensamientos que en la soledad del camino y bajo el apacible susurro de las aguas de río, tomaban un cariz que me impulsaban con fuerza ante la situación que me hallaba.

En la horas en que el sol se encontraba más arrogante, desafiando con sus largos brazos un combate de luz y calor contra todo lo que se interponía a su paso, apareció ante mí la fresca negrura de un espacio flanqueado por una sucesión de arboles que formaban un circulo, cuyas antojadizas hojas bailaban sin cesar, produciendo un aire suave y estimulante. En esos momentos de relax, como en tantos otros, buscaba en mi interior alguna explicación que me convenciera del por qué de mi presencia es esa tierra tan recónditamente ingenua y maravillosa, con esas gentes que aun con una media de edad más corta que en tiempos postreros, sabían disfrutar de cada minuto de su vida.

Salvar al faraón de Egipto de los colmillos de una cobra negra, o interponerme entre el camino de una flecha asesina y su cuerpo, me había hecho vivir experiencias que jamás habría imaginado. Era ese mi cometido, ¿o no lo era? Me estaba interponiendo en el camino de un destino para permitir que el faraón de Egipto viviera algún año más para sentar la base de su presencia en la decimoctava dinastía, dando paso a nuevas generaciones impregnadas con su esencia.

No lo sabía, en esos momentos no lo sabía y mi incertidumbre crecía ante nuevas incógnitas que iban brotando en cada minuto de mi existencia, como las ramas de un árbol desperdigándose a los cuatro vientos.

—¿Qué estamos haciendo aquí, *Furia*?

Con un dócil relincho, ladeó la cabeza para mirarme y casi pude apreciar una sonrisa en su boca, pareciendo saber que el insaciable destino estaba desternillándose a mis anchas.

Continué el camino, unas veces a pie, otras a lomos del equino que marcaba un rítmico trotar. Cuando la vereda lo permitía, la velocidad de su galope deslizaba mi vista por un arbóreo dosel, mezclándose con el gradual color de un purpúreo atardecer. Patos

silvestres, abubillas, ibis, campesinos dedicados a sus faenas y por supuesto el susurro del Nilo incansable en su deambular, hicieron que nuestra ruta se convirtiera en un sosegado paseo, exento de aburrimiento.

La noche estaba silenciosa y cálida cuando comencé a recordar el lugar por donde pasaba. Alguna que otra vez nos habíamos salido del camino verdoso que se alimentaba de las aguas del río, para bordear salientes rocosos que nacían en la orilla, como desafiantes colosos que nos impedían continuar. No faltaba mucho para llegar y decidí no ir a ver a Menaret hasta el alba, e intentar pasar lo que quedaba de noche en la explanada donde se hallaba la capilla del dios Horus. Sentía un impulso irrefrenable que hacía latir en mis sienes el deseo de encontrarme de nuevo con ella. No sabía el por qué, pero necesitaba volver a verla, quizá por su mirada o su forma de hablar. Desde que la vi por primera vez, había penetrado en mis pensamientos como los afluentes de un río, alimentando el cauce que crecía en mis entrañas por querer estar a su lado.

La oscuridad nos envolvía bajo una techumbre, tenuemente iluminada por millones de estrellas que jugaban en la sombra de un firmamento altivo y silencioso. El viaje había trascurrido ligero con la compañía de *Furia*, pero con una necesitada soledad. Estaba acostumbrado a la oscuridad, y las referencias eran cada vez más visibles. Por fin llegamos a la explanada del santuario.

flores de Horus, que a esas horas parecían estar aletargadas tras la maravillosa elaboración de su elixir, ya que no emitían el fulgor con el que las vi por primera vez. El silencio amparaba el respeto por el lugar donde descansaban las espadas que en su día se debatieron en una contienda para definir el rumbo de Egipto. La entrada de la capilla con su pequeña efigie sobre el pedestal, se mostraba sencilla ante los ojos de cualquier viajero que pudiera pasar por allí, insignificante, tan solo una gruta escavada en la roca a modo de protección de la estatuilla.

Furia comenzó a sentirse nervioso. Emitía un continuo relinchar, levantando las manos y moviéndose de manera irregular, como si

presintiera algún peligro a nuestro alrededor.

—Tranquilo *Furia*, tranquilo. Tan solo es un espacio sagrado, eso sí, un poco raro, paro no ocurre nada, tranquilo.

Pasé el brazo por su cuello, acariciándole la testuz con un ademán de serenidad. Empezó a relajarse de su agitado vaivén, pero continuaba moviendo la cabeza como si algún animal estuviese al acecho para abalanzarse en un momento desprevenido. ¿Sería tal vez ese extraño silencio que nos envolvía? ¡No!, pensé con claridad, no era el silencio lo que conmovía de esa manera a *Furia*. Con ese don que poseen ciertos animales, había presentido la cercana presencia de la reina cobra, de ese imponente reptil que podría matarlo en la aciaga oscuridad de esa explanada sagrada.

Cerré los ojos y elevé mis pensamientos hacia las tímidas estrellas que asomaban solitarias en la bóveda celeste.

—La cobra, la reina cobra...

Susurré para escuchar mis propias palabras y, de paso, refrenar el impulso de introducirme de nuevo en ese mágico recinto donde las historias cobran vida, donde plasmada en sus piedras está visible la gran batalla de los titanes ante sus imponentes ejércitos, que determinaron la decisión de un país por el culto a dos opuestos dioses, representando lo negativo y positivo de cada persona.

Miraba fijamente la entrada. Un poder de curiosidad abrigaba la esperanza de poder volver a sentir el contacto de ese metal entre mis manos, de ver su brillo multicolor que descansaba sobre la segunda terraza del pequeño templo. Sin embargo, un notable respeto recorría mi cuerpo al sentirme solo, sin la compañía de Menaret, la guardiana que alimentaba a la cobra con su presencia y se ocupaba de que jamás faltara la luz en las lamparillas que iluminaban la cámara.

Sin reprimir el instinto que me impulsaba, penetré sigilosamente en la pequeña caverna con la intención de sentirme inmerso del misterio que encerraba aquel pétreo lugar. El sibilante sonido del viento que entraba tímidamente en la gruta, empujaba mis ánimos para continuar por aquel ciego pasadizo con el mismo sigilo que lo hice la primera vez. El tenue claror de las lamparillas situadas en la rampa que accedía al recinto reservado a las espadas, hizo que acelerara el paso con la prontitud de querer hallarme ante un nuevo reto, ante la posibilidad de sentirme de nuevo seducido... por un

extraño e inexplicable sentimiento. Me detuve a contemplar una vez más los dibujos que representaban aquella contienda que, de manera abrupta, habían calado mis pensamientos durante los últimos días.

—Que maravillosas manos habrán trabajado esta obra de arte.

Hablaba en voz alta con la intención de sentirme acompañado de mis propias palabras, de compartir conmigo mismo, aunque solo fuera por un instante, el eco del sonido que jugaba entre aquellas pulidas paredes.

—Ricardo, viejo truhan ¿Cuánto me gustaría tenerte aquí? —Con la palma de la mano acaricié los dibujos que representaban a Horus y Seth en el momento en que sus espadas se encontraban la una con la otra—. Mira, aquí las tienes, tal y como tú me lo contabas. Que gallardos y soberbios están, espada en mano y esa mirada de triunfo y derrota, de poder que…

Escuché un ruido, provocando que mi conversación con un Ricardo imaginario se cortara repentinamente, sintiendo cómo el latir de mi corazón aumentaba en velocidad y los músculos se tensaban y endurecían como una piedra. Tan solo fue un acto reflejo que no hizo ponerme en alerta. Estaba tranquilo, sin temor, sin preguntarme qué había sido ese ruido que por alguna circunstancia había escuchado dentro de ese complejo rocoso. Continué frente a esos dibujos llenos de realismo, inmerso en el mundo predinástico. Había algo que me relajaba, algo que me impulsaba a seguir pensando en los momentos siguientes a la desaparición de los dos titanes, como si aún perdurara en ese descendente corredor el espíritu y, cada vez con más fuerza, de un ser que se iba convirtiendo en parte de mis percepciones, pero no de forma divina, sino humana.

Descendí hasta la plataforma que daba acceso a la sala principal, viendo cómo la oscilante luz de las lamparillas dibujaba sombras en la columnata del pequeño templo de la reina Hatshepsut. La calma que gobernaba era tal, que invitaba a sentarse y contemplar la majestuosa arquitectura en la que descansaban las dos espadas. No supe cuánto tiempo permanecí en ese estado de contemplación, cuando a mi derecha, sin tan siquiera enterarme de su presencia, me vi acompañado por la reina cobra que permanecía estática, mirando como yo el pequeño templo que daba vida a aquel cuidado

recinto. En otras circunstancias mi reacción habría sido diferente, pero tan solo la miré con detenimiento. Intuí que no era una amenaza, todo lo contrario, la sentí cercana, como si hubiera vivido conmigo desde el primer día de su vida.

Fui a cogerlo para despegarlo de la piel, pero no estaba adherido, ni tan siquiera tenía contacto con mi cuerpo. Estaba separado a unos cinco centímetros, emitiendo una suave oscilación que, mientras más cerca estaba del pequeño templo, mayor fuerza ejercía, obligándome casi a doblegar el cuerpo. Pensé que algún potente imán ejercía una fuerza de atracción sobre el colgante, pero cambié de opinión al instante, sabiendo que el único metal que portaba era oro y como tal, imposible su imantación. También entrañaba la posibilidad de tener alguna aleación férrica, pero recordé las palabras de Ricardo cuando dijo que era oro puro, procedente de Nubia.

Empezó a molestarme la tirantez. Me quité el colgante, pero aun encerrado en la mano, tiraba de mí en dirección a la réplica del templo. Dejé que esa fuerza me llevara, colocando un pie en la primera terraza a nivel del suelo, sin temor a que mi peso pudiera ocasionar algún desperfecto a tan maravillosa obra. Por fin, el amuleto tocó la piedra, dejando de ejercer su fuerte atracción. Se había depositado justo en una pequeña losa de piedra bien pulida que cubría la capilla de Hathor.

En ese momento escuché un ligero chasquido en la loseta, como si se hubiera desprendido a causa del contacto con el amuleto. Todo indicaba que así fue, porque pude apreciar una ranura entre la loseta y las paredes que servían de base. La curiosidad me invadió e intenté alcanzar la losa con la mano, pero aun apurando al máximo el estiramiento del cuerpo, no pude alcanzarla y me limité a observar la segunda terraza a través de la columnata. El templo estaba esculpido en su mayor parte sobre la misma roca, en vez de ser un rompecabezas que se fue uniendo pieza a pieza.

Me decidí. Coloqué un pie sobre la segunda terraza, presioné para notar su solidez y subí por completo en un alarde de

animosidad, dejando que el azar jugara su papel. Me dio la impresión de que estaba sobre una frágil lámina de cristal. No solo era solido, sino resistente como la misma roca en la que manos expertas habían esculpido tan generosa obra de arte, oculta a los ojos de todo el mundo. Ello me hizo sentir un virtual privilegio, acrecentando el orgullo de estar viviendo no solo en esa apoca del caprichoso tiempo, sino con quién.

La reina cobra observaba todos mis movimientos desde una relajada postura, apoyando la cabeza en su enroscado cuerpo, justo a la entrada principal del pequeño templo. Como una ferviente guardiana, estaba en su mundo, en el que imaginé no habría conocido otro que esas cuatro paredes que protegía de manera irrefutable, sintiendo cómo cada piedra, cada imagen y concavidad, fueran el seno materno que la arrullaban con el suave y templado tacto del pulimentado suelo. Era enorme, negra y amenazante. Aun así me hacía sentir que estaba protegido, que era una compañera y no una amenaza.

«¿Qué me ocurre con los reptiles? ¿Por qué no solamente no me atacan, sino que me protegen?».

Desde el día que fui arremetido por aquellos rufianes a orillas del Nilo y las dos cobras salieron en mi defensa, no paraba de preguntarme qué fue lo que ocurrió, por qué no atacaron esos reptiles ante una presa tan fácil como yo, hasta incluso, por qué una de ellas se acurrucó al lado de mi pierna mientras la otra me lamía el dorso de la mano. No tenía respuestas, pero a partir de la primera vez que me introduje en el santuario, el cual me encontraba y acaricie inconscientemente a la reina cobra, presentí que ejercía alguna extraña atracción sobre ese tipo de ofidios de los que siempre había temido. Aun así, dudaba.

Subido en la segunda terraza y con la vista puesta en los ojos de la reina cobra, pasé un tiempo que no pude determinar. Creció en mi interior la necesidad de penetrar en su mente para captar en qué estaba pensando, qué sentiría al tenerme tan cerca y, sobre todo, qué le impedía abalanzarse sobre mí. No pude hacerlo, ya que carecía de esa percepción sensorial, si es que la hubiera, pero me hizo sentir que existía un inviolable respeto entre los dos, que de alguna manera había sido concedido por algo o por alguien que podía permitirse el lujo de conceder semejante poder.

Desde esa segunda terraza observé con más detenimiento el acantilado con forma de anfiteatro que protegía la escultura arquitectónica, apreciando que guardaba los mismos salientes, formas y dimensiones que la montaña original, surcados por la erosión a través de toda su existencia. Pero lo que más llamó mi atención, fue que no se apreciaban los golpes de cincel para su modelación, sino que parecía por desgaste natural.

Cavilando en cómo lo pudieron hacer, me agaché con cuidado de no golpear el pequeño templo con cualquier miembro mi cuerpo, aferré la pesada loseta y la desengarcé de su amachambrado acoplamiento. Antes de hurgar dentro del hueco que simulaba la capilla de Hathor, llamó mi atención que la loseta en su parte interior era cóncava, exactamente igual a su original, incluso un disimulado saliente de roca que por su dureza no se pudo desmenuzar. La coloqué en el suelo con cuidado y cogí una lamparilla de la pared para iluminar el pequeño hueco de la capilla. Había un trapo de lino blanco doblado en varios pliegues, pero antes de cogerlo, algo clamó mi curiosidad. Acerqué todo lo que pude la lamparilla y pude ver con más claridad la representación de tres dioses pintados sobre sus paredes. Fielmente dibujados uno en cada pared, estaban la diosa Isis, La diosa Hathor y el dios Horus. Este, en el centro de la figura de un ojo.

Después de la sonrisa que asomó en mis labios al recordar aquel quince de septiembre, día que recibí por parte de mi propio destino aquel inconmensurable regalo, cogí la tela de su interior como si fuera de un frágil cristal de *Murano*. Lo palpé y noté que en su interior la tela protegía un objeto que, en mi afán de curiosidad, desdoble los pliegues para observar su contenido. Había una pequeña y hermosa piedra lapislázuli de un azul intenso, moteado con minúsculas partículas doradas que refulgían con la luz de las lamparillas. Su forma era plana y redondeada. En principio no me pareció nada anormal, hasta que recordé la observación que hizo Ricardo con respecto al material con el que estaba elaborado mi amuleto y el de Tut, pero al pasarla de una mano a la otra y acariciarla suavemente con la yema de los dedos, palpé unos pequeños agujeros que tras un fugaz pensamiento los ligué con las protuberancias que en su día observé en la empuñadura de la espada.

«¿Qué misterio tiene esta piedra, oculta como una reliquia en la réplica del templo? ¿Por qué es del mismo material que los amuletos?».

Me formulaba a mí mismo, estas y otras preguntas relacionadas con la piedra de lapislázuli. ¿Por qué el amuleto ejercía una fuerte atracción sobre esa piedra? Volví a mirar con detenimiento el escarabeo y la piedra que tenía en la mano. No se atraían como antes, pero lo que era evidente es que procedían de la misma beta y reunían las mismas características: el color, la textura, el brillo y el finísimo veteado. No era un entendido en gemología, pero a la luz de las lámparas eran exactamente iguales. Parecía que la piedra era un fragmento del amuleto.

Cogí la espada de Horus que estaba depositada a mis pies y examiné el hueco que tenía la empuñadura. Sus protuberancias coincidían con los agujeros de la piedra, tanto en tamaño como en posición. Tan solo tenía que ensamblarlas, pero un respetuoso silencio frenó mi impetuosa intención. Me detuve un momento para pensar, posibilitando si lo que iba a hacer era lo correcto.

—¿Por qué no?

Hablé en voz alta mientras me encogía de hombros. En el templo de Hatshepsut viví la mayor experiencia de mi vida, algo que me marcó de manera sublime. ¿Qué podría llegar a experimentar en esta sala, casi similar a aquella? ¿Tal vez mi regreso? «No, no, aún no». Pensé, sacudiendo la cabeza. Presentí que la aventura de mi viaje no podía clausurar ahí, que si tenía algún cometido, aún no lo había concluido. Recordé las palabras que pronunció Menaret en su insistencia de ir a ver al Oráculo. Tut, Ankhes, Kiya, ¡no! No podía irme. Tenía una lucha interna que me aferraba a ese lado del tiempo para seguir disfrutando de aquel presuntuoso regalo que el destino me había otorgado. Pensé en Nefertiti, el gran amor que había despertado ese oculto espacio de mis sentimientos, la mujer que había llegado hasta mi subconsciente, abriendo horizontes inimaginables: dulzura, pasión, belleza y frenesí, que se escondían tras una mirada ávida de captar las profundas emociones que nacían y emergían de mi interior, de ese recóndito lugar que hasta entonces no supe de su existencia.

No podía irme.

Con la piel perlada por el sudor, retorné mis pensamientos ante

un presente en el cual tenía la espada de Horus en una mano y la pequeña piedra de lapislázuli en la otra. Supe con certeza que aquella espada no se había cruzado en mi camino para poder sentirla en las manos y experimentar aunque solo fuera por un momento, los efluvios de las embestidas en el aguerrido combate de un titán por la liberación de Egipto. No, no se había cruzado en mi camino, era parte de él y no sabía por qué.

Las manos me temblaban.

Ensarté la piedra con suma delicadeza en la espada y volví a regodearme ente el esplendor de su belleza multicolor, irisada por la luz de las lamparillas que se desplegaban por toda la cámara. Esta vez, al contrario que la anterior, sentí que la espada parecía poseer vida propia. Era ligera, muy ligera. Apenas noté su peso. Parecía tener solamente el punto de apoyo en mis manos a través de la empuñadura, mientras la hoja cortaba el aire contenido en el recinto como el rápido y preciso aleteo de un halcón surcando los cielos.

La sensación que experimenté al tener la espada en mi mano, fue tan vigorosa como el día que crucé la puerta que me llevó al antiguo Egipto: un poder en mi interior incapaz de controlar. Estuve un buen rato así, jugando como un muchachito con su juguete favorito, cuando a mi espalda sentí una presencia que me obligó a girar con brusquedad.

—¡Menaret!

Sentada junto a la puerta, apoyando el mentón sobre las rodillas y los brazos entrelazados, rodeando sus piernas flexionadas, Menaret mostraba una dulce e infantil sonrisa tras un cuerpo que se mecía suavemente al son del latir de su corazón.

—Gracias a Horus, el gran dios de reyes por haberte traído de nuevo hasta aquí.

Su tono de voz era fresco y jovial.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté, mientras vi a la reina cobra que se retiraba por el hueco de la pared hacia su guarida.

—Tan solo un instante.

Dejé la espada en el suelo, al tiempo que se levantaba para enlazarse conmigo en un efusivo y cariñoso abrazo, escuchando sus susurrantes palabras como si nadie más quisiera que las oyera. La miré, con un ojo entrecerrado.

—¿A qué te refieres con un instante?

—El tiempo suficiente para dar gracias a Horus por tu presencia.

Quise cambiar de tema.

—Nefertiti te envía saludos.

Se percató de mi nerviosismo.

—Que Isis la proteja —puntualizó—. ¿Qué tal está mi…Ankhes?

Denoté una profunda tristeza en sus palabras, pero aun sabiendo que siempre había estado en buenas manos, llegando incluso a ser la gran esposa real del faraón de Egipto, el vínculo umbilical sumía a Menaret en momentos de desconsuelo por no poder tenerla entre sus brazos.

—Tu hija ha ganado la batalla.

Cambió repentinamente su semblante, mostrándose enérgica y risueña. Rellenó las lamparillas de aceite con marcados movimientos, como si fuera un ritual. Salimos al exterior, dejando la espada en su emplazamiento con la piedra de lapislázuli insertada en su empuñadura. Los rayos de Ra se desplegaban por toda la explanada en una fresca mañana donde la bruma del Nilo depositaba minúsculas gotas de agua sobre la hierba. *Furia* la mordisqueaba sin percatarse de nuestra presencia.

—Menaret —la detuve en mitad del camino hacia su hogar—, ¿por qué tengo que ir al Oráculo? Dime de qué va todo esto.

Le hizo gracia la expresión. Quería decirme algo, pero no sabía cómo. Su rostro se tensó y los labios comprimidos con un leve nerviosismo, se negaban a revelar el por qué de su insistencia en nuestro anterior encuentro de volver allí para ir a visitar al Oráculo.

—No puedo —exclamó, soltando una exhalación—, tan solo soy una mensajera.

—¿De quién?

Mi expresión interrogativa le sobresaltó. Pasó un brazo por el mío y me invitó a seguir. Sus palabras adquirieron la personalidad que le caracterizaba, hablando con el mismo ritmo que los susurrantes sonidos del Nilo.

—Nafer, lo que tengas que saber, yo no puedo decírtelo. Solo confía en mí.

Nemes sobre la cabeza, ocultaba la piel de los punzantes rayos del sol que pronto se cebarían sin piedad en el desierto. Mientras degustaba un racimo de uva con una jarra de cerveza endulzada con dátiles, Menaret se había acercado al pequeño puerto a despedirse de un comerciante que iba en dirección a Tebas, con la barca cargada de ajos, cebollas y legumbres para venderlos en el mercado. Los ajos y cebollas de Edfú, tenían fama de ser los mejores de todo Egipto, y los clientes asiduos esperaban en el mismo puerto de Tebas para adquirir la mercancía más fresca.

Partimos esa misma mañana a través de una franja de espesa vegetación que se expandía en dirección oriental durante buena parte del trayecto. Aparte de abundante comida fresca y agua, llevábamos carne, pescado seco y unos exquisitos buñuelos de verdura con carne de pato y mijo, que Menaret había preparado con especial esmero.

—¿Por qué tanta comida?

Sabía que la morada del Oráculo quedaba lejos, pero no tanto como para tener que cargar con ese exceso de comida.

—Bueno… parte es para el trayecto y el resto para el Oráculo —ensanchó los labios, asomando una gratificante sonrisa de orgullo —. Le gusta la carne y el pescado seco, pero…sobre todo mis buñuelos.

Aparte de la comida, Menaret ató a mi cintura una especie de manta doblada, elaborada de forma peculiar con lino y finas hebras de palma, dándole una consistencia solida a la vez que llamativa por el entrelazado de los hilos. Ella llevaba a su espalda una pequeña pala de madera, cuya punta estaba reforzada en bronce. Intuí que ya había hecho ese viaje en más de una ocasión con destino al hogar del Oráculo y, aunque parecía un largo recorrido, la ansiedad de afanarse en los preparativos le inquiría un especial brillo en sus ojos y cierta viveza a la hora de caminar.

Se opuso tajantemente a que *Furia* viniera con nosotros, alegando que no aguantaría el trayecto.

—*Furia* es un caballo fuerte —reprendí—. No solo aguantará el camino, sino que aligerará nuestra carga.

Acarició mi cabello como si quisiera calmar la rabieta de un muchacho.

—Hay dos razones…

—Pero ¿por qué…?

Esta vez colocó un dedo en mis labios, mientras su mirada reforzó el significado de las palabras que salieron de su boca.

—El caballo aguantará tan solo la mitad del recorrido —exclamó convencida de lo que decía—. Tú y yo seguiremos adelante pero él perecerá, y no solo eso, sino que al lugar donde vamos no está permitida la presencia de ningún animal, ya que perturbaría la meditación del Oráculo para entablar la unión con los dioses.

No quise oponerme a su decisión ante unas palabras que, con firme convencimiento, acababa de escuchar.

Regulando de forma que el peso de nuestra carga resultara más cómodo para el viaje, continuamos por una vereda a cuyos lados se extendía la alta hierba, mesada por una suave brisa y regada por una multitud de pequeños canales que nacían en la orilla oriental del Nilo. Todos ellos se adentraban hasta buena distancia, serpenteando para colmar las necesidades de los campesinos. Muy cerca de dónde nos encontrábamos, se apreciaba en toda su magnitud el yermo valle sin vida del desierto, pero que a la vez encerraba una belleza inusual donde asomaban rocosas colinas, cubiertas con un fino manto de arena y un mar de dunas. Zigzagueaba, formando un abrupto y hermoso dosel lleno de dibujos irregulares que proporcionaban cierto estado de melancolía, respeto y temor. Quizá con la incertidumbre, sentía la necesidad de llegar cuanto antes al Oráculo y escuchar de su boca las palabras que según Menaret, estaban destinadas para mí.

No podía entender que, por el mero hecho de haber penetrado en esa cámara donde reposaba la espada de Horus, Menaret se sentía obligada a llevarme hasta el Oráculo, tratándome como si yo fuera la respuesta a un complejo acertijo o la pieza de un rompecabezas para resolver algún enigma. No lo podía entender, y ello llevaba a preguntarme por qué me esquivaba cada vez que hacía alusión cuando quería profundizar respecto al Oráculo. Parecía tener una sagrada obsesión por ese lugar y la persona a la que me arrastraba, convencida de un propósito que solo ella sabía y no podía compartir.

—¡Menaret!, no pretendo penetrar en ese círculo que encierra tu creencia divina —mi tono, un tanto furioso e impasible, la paralizó en seco, dejando su carga en el suelo y sentándose abatida ante mi

insistencia—. Comprende que necesito respuestas ¿Quién es ese Oráculo?

Sus ojos, titubeantes entre mi rostro y el horizonte que ya marcaba unas purpúreas líneas difuminadas, tenían el anhelo de revelarme hasta su más profundo secreto, pero existía entre los dos una barrera que no podía traspasar, como un juramento infranqueable impuesto desde su niñez. Por fin titubeó con palabras entrecortadas, queriendo forzar y romper el impedimento de hablar, pero tras un corto silencio deduje que no estibaba ahí su preocupación. Menaret imaginaba que yo no llegaría a comprender el significado de ese misterioso viaje, casi obligado. Insistía que tenía que ir y escuchar en primera persona lo que el Oráculo me tenía que decir.

—Es viejo, muy viejo —aseguró con un tono menos distorsionado—. La guardiana, madre de mi padre, me hablaba de él cuando yo era apenas una niña y ya lo mencionaba como el anciano Oráculo. Yo le conocí cuando cumplí doce años, en el primer viaje que hice en compañía de mi padre, el anterior guardián —sus ojos tomaron un cariz vidrioso, fruto de algún momento que había aflorado en sus recuerdos—. Ya por aquel entonces, era…un ser excepcional, transparente, duro y a la vez sensible en sus actos y palabras. Parecía estar en contacto directo con el panteón de los dioses, transmitiendo cada palabra desde lo más profundo de su ser. Hoy en día, continúa en ese mismo estado puro y divino.

Se puso en pie y comenzó a caminar, como si una frenética ansiedad se hubiera apoderado de ella con el único propósito de llegar cuanto antes para poder estar en su presencia.

—Dime Menaret, ¿qué quiere de mí, por qué tanta urgencia?

La indiferente pregunta pareció perderse en ese verde espacio donde aún se podía escuchar el canto de las aves y el viento que entonaba una dulce y suave melodía. Desistí en el intento de volver a preguntar, sabiendo que al respecto no iba a sacar nada más de ella. Me levanté, fui sorteando las pequeñas acequias para caminar a su lado y, con una banal conversación, la noche nos alcanzó poco antes de adentrarnos en el árido desierto, engalanado por las colinas rocosas que se perdían en la lejanía y las ondas de arena que se mecían a merced del viento.

Menaret se detuvo, alzó la cabeza hacia el sol, y a continuación recorrió con la vista una panorámica del terreno, estudiando las coordenadas para saber el lugar donde nos hallábamos.

—Siéntate ahí, Nafer —Indicó con la mano una piedra de poco más de medio metro de altura—, y cierra los ojos.

Detrás de su joven rostro se escondía un carácter enérgico, firme, pero sobre todo decidido. Aunque a veces me desconcertada con sus expresiones tajantes y directas, por otro lado mostraba una dulzura un tanto especial, incluso maternal. Me senté sobre la piedra, atendiendo su requerimiento. Ella se arrodilló junto a una bolsa que descolgó de su hombro, la abrió cuidadosamente y sacó dos pequeños recipientes de barro cocido, cubiertos con una tela bañada en resina para aportarle cierta impermeabilidad. Con lentitud, desató el fino cordel alrededor de la tela que cubría el tarro y apareció una sustancia cremosa de color ocre.

—Es para que los rayos de Ra no quemen la piel de tu rostro.

Sin poder aguantarse, comenzó a reír al ver la expresión de mi cara. Introdujo dos dedos en el tarro, tomando una pequeña cantidad de crema. Entonces fue cuando cerré los ojos y permití que Menaret acariciara mis mejillas, la frente, los parpados y la parte del cuello que no cubría la larga túnica. Tenía la piel bastante curtida, pero cualquier protección se agradecía ante el despliegue de los rayos del sol en medio del desierto.

Al tocar mi piel con sus delicadas manos, un cúmulo de agradables sensaciones despertaron los recuerdos de mi niñez, cuando mi abuela, cada mañana frente al lavabo, colocaba una toalla alrededor de mi cuello, cubriéndome todo el pecho. Me pedía que cerrara los ojos, pero no solo estaban cerrados para cuando me lo decía, sino herméticos, elevando los pómulos del rostro para hacer mayor presión. Abría el grifo del agua fría y mojaba mi cara, desgastaba entre sus manos la pastilla de jabón y me dejaba masajear con su palma carnosa mientras tarareaba el estribillo de alguna canción. Aún recuerdo el dulce aroma de aquellas pastillas de jabón. Olían a limpio, a fresco, como un campo de flores que emergían tras el rocío de la mañana.

Menaret rozó con la yema del dedo el *kohl* negro que había en el segundo recipiente, trazando dos gruesas rayas debajo de cada uno de mis parpados, evitando así que la potente luminosidad del sol en

el desierto me cegara los ojos. Era una práctica que acostumbraba a utilizar con frecuencia, y el día que se me olvidaba, notaba su efecto. Aun así, echaba de menos las oscuras gafas de sol. Se guiaba con soltura por aquellos caminos que, sin senda, bordeábamos las lomas que parecían emerger a nuestro paso. En momentos puntuales, recorríamos por el centro de praderas desérticas donde la arena cubría nuestros pies, con el fin acortar camino hasta llegar a nuestro destino. Sin duda, Menaret tenía memorizada esa ruta que era la que había aprendido desde su niñez, siendo fiel a la que antaño hicieron sus antepasados.

El sol no había llegado a su zenit, cuando rebasamos un promontorio y se detuvo en seco con cara de asombro. Con las dos manos a modo de visera, oteó como una rastreadora todo el horizonte en dirección oriental. Guardó silencio y me hizo un gesto para que me detuviera. Al quitarse las manos de la frente, mostró un pavoroso rostro, cogió las bolsas del terreno rocoso y comenzó a descender corriendo por la montaña mientras yo continuaba de pie y sin saber lo que estaba ocurriendo.

—¡Corre Nafer, corre!

XIII

—¡El *aliento de Seth*! —gritó con todas las fuerzas sin detener su avance—. ¡Corre, corre, no te detengas!

De la confusa situación, el pecho parecía querer estallarme en mil pedazos a la espera de un peligro de enorme magnitud que solo ella sabía. Mientras corría, giraba la cabeza a derecha e izquierda, incluso hacia atrás, en busca de algo que llamara mi atención. Mi vista solo pretendía encontrar algún depredador o alguien con intenciones no deseadas.

—¡No hay nadie ni nada que nos aceche! —Vociferé con los brazos en alto, deteniéndome en el camino—. ¿Por qué corres?

Todo parecía difuso, sin un sentido que diera validez a aquella ambigua situación. Menaret ya había bajado la suave ladera de la montaña, dirigiéndose hacia un sendero que terminaba en un conjunto de rocas salientes que medían poco más de un metro de altura. Comencé a descender de forma más relajada, evitando volver a resbalar en el duro suelo cubierto por miles de pequeños guijarros mezclados con la fina arena blanquecina, haciendo que la suela de mis sandalias perdiera toda adherencia en esa suave pero traicionera bajada.

Menaret ya había llegado al lugar donde las rocas que emergían casi de forma regular, dotaban de una paradójica vida en aquel yermo lugar. Se puso de rodillas frente a la más alta, situada aproximadamente en el centro, desató de su cintura la pala, y con

rápidos y bruscos movimientos comenzó a retirar la arena que se encontraba al pie de la roca. Fue entonces cuando mi preocupación se acentuó al verla con esa actitud descontrolada. Lo primero que pensé, fue si se debía al efecto causado por una insolación o a la locura desmedida que a veces puede causar el desierto.

Ya casi había terminado el descenso con cierta celeridad en los últimos metros, cuando tuve la dolorosa sensación de que miles de abejas aguijoneaban mis piernas una y otra vez. El dolor comenzó a ser irritante. El viento cobró vida a la altura del suelo, haciendo que los minúsculos granos de arena se encabritaran, arremetiendo contra todo lo que se interponía a su paso. Parecía que el desierto de repente había tomado vida, desplegando un huracanado viento que como un manto ondulante avanzaba con toda su furia a unos dos palmos del suelo. Empezó a hacerse dificultoso el avance hasta donde se encontraba Menaret, que continuaba afanada en su tarea mientras recriminaba a gritos mi actitud. Su voz era confusa, apenas audible por el estruendo de la tempestad de arena y el chocar de las pequeñas piedras que resbalaban por la ladera de la montaña.

Por fin llegué hasta las piedras que Menaret utilizaba de parapeto. El horizonte que alcanzaba mi vista desde esa posición, se había enrarecido como si de repente un mar en calma total se hubiera encolerizado con la intención de engullirnos, incluso, la temperatura había descendido tanto que mi cuerpo comenzó a tiritar, aunque no tenía muy claro si el frío era el causante.

—¿Por qué no me hacías caso? —exclamó con un severo gesto de hostilidad en su rostro—. ¿O acaso quieres morir bajo el *aliento de Seth*?

—¿Qué es el *aliento de Seth*? —pregunté, gritando para que me pudiera escuchar.

Coloqué las bolsas junto a una piedra y me dispuse con las manos a apartar la arena del hoyo que había comenzado Menaret.

—Es la muerte —contestó, pasándome la pala con un fatigado ademán—. La ira que exhala es dios Seth contra aquellos que veneramos a su hermano Horus.

Apenas podíamos escucharnos, debido a la turbulenta y ruidosa tempestad que se agitaba cada vez con más bravura. Las rocas sobre el agujero que estábamos cavando, detenían la fuerza de arena y pequeños guijarros que se abalanzaban contra nosotros,

producienda un grave sonido silbante que me recordó a las bocinas de los viejos trenes de vapor. Entre el caos sonoro me pareció escuchar en la lejanía los aullidos de un grupo de chacales que clamaban a su dios, el dios de los desiertos, Seth: el devorador de las arenas. Mientras ahondaba en el agujero con cierta rapidez nerviosa, Menaret desligó de mi cintura la manta sin dejar de mirar el horizonte. Por curiosidad alcé la vista y miré en la dirección que lo hacía ella. Me detuve al ver cómo la panorámica cambiaba de un azul intenso a un gradual tono oscuro, producido por una enorme cortina de arena que se abalanzaba hacia nosotros, convirtiendo el día en noche al ocultar al dios sol Ra y permitiendo que las tinieblas hicieran más lúgubre aquel desolado y mortecino lugar.

—¡Rápido! —gritó, pegándome en el brazo—, ¡ya está Aquí!

Tuvo que zarandearme para volver a la realidad. Más bien despertarme del hipnotismo en que me había sumido ante aquella maravillosa visión, pero que también podía ser nuestra muerte, sepultados por toneladas de arena que movía aquel huracán embravecido a escasos dos kilómetros de donde nos hallábamos. El muro de arena se desplazaba a gran velocidad.

Menaret cogió las bolsas y las introdujo en el agujero.

—¡Metete dentro, ya no queda tiempo!

Tiré la pala entre las bolsas de viaje, obedeciendo como un sumiso corderillo y me introduje con cierto temor en lo que parecía, más bien una tumba, que el refugio para resguardarnos del *aliento de Seth*. Rebuscó en la bolsa que tenía anudada a la cintura, un lienzo de algodón que utilizó para cubrirme nariz y boca, evitando así que el polvo de la arena entrara a mis pulmones. Ella hizo lo mismo, y antes de tumbarse, cogió la pala, giró el mango y sacó unas finas estacas de madera ennegrecida, cuya cabeza parecía ser el nudo de la rama por donde se había cortado. De unos treinta centímetros de largo, eran como clavos que Menaret utilizó para insertarlos en cada esquina de la manta que estaba reforzada con un fragmento de cuero duro, asomando un pequeño ojal redondeado.

Con el foso ya cubierto, nos colocamos en posición oblicua con el equipaje entre medio de los dos, con el fin de sentirnos más protegidos en el momento de la embestida del *aliento de Seth*.

Menaret alargó su brazo en esa intranquila oscuridad y rodeó mi cuello con fuerza y ternura. Apoyando la cabeza sobre una

confortable bolsa de tela, me sentí hijo y padre a la vez, protegido y protector ante una fuerza de la naturaleza que desconocía, aunque había oído hablar de ella como devastadora en circunstancias extremas, dejando un sudario mortuorio allá por donde pasaba. Quise imaginar que tan solo se trataría de una ventisca pasajera.

—Tranquilo, Nafer —alzó la voz para que le pudiera escuchar—. Apenas será un suspiro el tiempo que dure su ira.

El ruido era atronador. Sus palabras casi imperceptibles en ese estrecho habitáculo, se mezclaban con el incesante golpeteo de la manta contra nuestros cuerpos, produciendo un sonido capaz de aterrar a una horda de guerreros. Percibí que la tierra se movía bajo mi cuerpo, como si el *aliento de Seth* se hubiera transformando en miles de soldados que a paso firme, golpeaban con sus pies las arenas del desierto, haciendo que la tierra temblase y las piedras de esparcieran a los cuatro vientos. El infernal ruido se detuvo. Me iba a incorporar pensando que todo había acabado. Menaret me lo impidió, rodeándome el cuello con su brazo que parecía haber adquirido una fuerza descomunal. Escasamente pude levantar la cabeza un centímetro. Abrí los ojos, pero todo se había sumido en oscuridad. La capa de arena depositada sobre la manta, evitaba que la luz penetrara en ese oculto agujero donde Menaret comenzó a tiritar a causa de la brusca bajada de temperatura que se había producido en los últimos minutos.

—¡Nafer, Nafer!

El grito despavorido de Menaret en aquel silencio me alertó, poniendo en guardia todos mis sentidos ante una situación que no era normal. Entre estertores, pronunció palabras incoherentes, sin sentido. Estaba delirando mientras su cuerpo se agitaba en espasmódicos movimientos. En la lúgubre oscuridad la llamé por su nombre, una y otra vez, esperando que el frío y el miedo no la hubieran paralizado por completo. No sabía si todo había acabado, si la temida tempestad pudiera ponerse a rugir de nuevo, entonces, Menaret pareció adquirir un momento de cordura:

—Dile a mi...hija que... la quiero.

La angustia de que algo le pudiera pasar, casi me arrebata las fuerzas del cuerpo. Sin pensármelo dos veces, comencé a friccionar su espalda con la mano para darle algo de calor. Fui separando las bolsas que teníamos en el centro y las coloqué detrás de ella,

atrayéndola hacia mí para entregarle el poco calor que recorría por mi cuerpo.

—No vas a morir, Menaret —intenté animarla, mientras acurrucaba su rostro en mi pecho—. No dejaré que te vayas.

El calor de mi cuerpo pareció calmarla, percibiendo cómo menguaban los espasmos de su tiritar. La ventisca comenzó de nuevo con un silbido estridente que penetraba por algún orificio de la manta que no había cubierto la arena. En ese momento, supe que el *aliento de Seth* se cernía contra nosotros con tal furia que despejó en su primera embestida la arena que cubría la bóveda textil. Esta comenzó a agitarse, pero los anclajes la sujetaban con fuerza y las rocas parapetaban la arremetida, pero en más de una ocasión tuve la sensación de que Menaret y yo saldríamos despedidos por la garganta de la infernal bestia que nos azotaba.

Menaret ya no se movía entre mis brazos. El habitáculo que poco antes se había iluminado por un momento, de nuevo se oscureció en un abrir y cerrar de ojos, dejándonos de nuevo en la más absoluta y confusa oscuridad.

Fueron diez, o tal vez cien minutos los que permanecimos enterrados bajo el azote de arena. No lo supe, perdí la noción del tiempo en ese inframundo a nivel del suelo, en ese maremágnum de miedo, frío y estupor, en ese ciego agujero que clamaba por ser nuestra tumba. No lo fue, y agradecí a los dioses cuando todo terminó. Entre mis brazos yacía el cuerpo inmóvil de Menaret, mientras el silencio se hizo temeroso ante la temida preocupación por su estado de salud.

—Menaret, ya pasó todo, ¡Menaret!

Coloqué los dedos sobre su carótida para ver si era capaz de encontrarle el pulso. Imposible, estaba tan nervioso que me impedía centrarme en esa exploración tan sencilla, en ese contacto en el que solo pretendía percibir que la vida no se había escapado de su frágil cuerpo. Permanecimos un momento más en el silencio del agujero oscuro, asegurándome que toda la tempestad había pasado y no corríamos el peligro de una nueva embestida de arena. No estaba

seguro, ya que desconocía por completo el comportamiento de las tempestades del desierto. Podía ser lo que había leído en alguna ocasión como *simún*, el viento venenoso, pero a diferencia de estos que se presentaban con un violento calor, el que acabábamos de vivir nos había dejado prácticamente helados de frío. Un fenómeno atmosférico que no concordaba con nada de lo yo conocía.

Teníamos que salir de ahí. Necesitaba auxiliar a Menaret sin saber cómo, pero sentía la imperiosa necesidad de salir de ese agujero. Repté por el hueco hasta darme la vuelta. Soporté con la espalda el peso de la manta cubierta por la arena y extraje los clavos de madera que la sujetaban con fuerza. La arena comenzó a caer en una fina cascada por un costado, pero en un brusco movimiento la retiré, quedando al descubierto de nuevo ante un sol radiante y una delicada y fresca brizna de aire que respiré a grandes bocanadas para sentirlo en mis pulmones.

Lave con agua el rostro polvoriento de Menaret, que continuaba inerte ante mi desconsuelo de no saber qué hacer. La incorporé de medio cuerpo, y al volver a pasarle un trapo de lino húmedo por la cara, vi una mueca en sus labios, queriendo absorber la escasa humedad que impregnaba el lino.

Reí a carcajadas al ver que un hilo de vida recorría por su cuerpo.

Volví a colocar los dedos sobre el cuello de Menaret. Esta vez pude sentir el tamborileo de su corazón, lento pero constante. El silencio que habitaba en ese lugar se vio sorprendido por el grito de felicidad que clamé a los cuatro vientos, un grito que tenía contenido en mi pecho, exhalándolo con una mezcla de rabia y triunfo por saber que Menaret seguía conmigo. Nuestros cuerpos comenzaron a calentarse bajo la irradiación de un sol que se manifestaba soberbio. Arrimé el odre de agua a los labios de Menaret, esmerándome en que cada gota de agua resbalara por su garganta. Al principio tragaba involuntariamente, pero suficiente para saber que esa chispa encendía una llama de vida en su interior.

Había comenzado a tiritar de forma débil y convulsiva, y pensé que su musculatura estaba reviviendo, que el frío que había aletargado ese cuerpo se estaba ahuyentando rabioso para ceder el terreno a un calor vivificante y repleto de energía. Sentado en el suelo, al lado del hueco que había salvado nuestras vidas, la

mantuve entre mis brazos durante un buen rato, meciéndola. Parecía estabilizarse poco a poco en su estado físico. A intervalos regulares, fui suministrando gotas de agua en sus labios hasta que por fin dejó entrever los ojos a través de unos pesados parpados que se esforzaba por mantener abiertos.

—Naf...

Tan siquiera pudo terminar mi nombre y, consciente de ello, tras tragar la saliva que taponaba su garganta, esbozó una sonrisa que confirió la hermosura de su rostro con cierta dosis de picardía en la comisura de sus labios.

—Pensaba que ya no iba a aguantar más tus impertinencias —dije en tono sarcástico—. En fin, tendré que soportarlo.

Levantó la mano con rapidez, pero al llegar a la altura de mi mejilla la detuvo, propinándome un pellizco seguido de dóciles palmadas.

—No te librarás tan fácil de mí —susurró.

El agua y el calor del sol habían tonificado su estado físico, y con ello su temperamento. Logró ponerse en pie aunque con cierta dificultad, pero poseía una fuerza interior tal, que la hizo erguirse con el aplomo necesario para evitar tambalearse cuando puso los dos pies sobre la arena. Se acercó hasta una de las bolsas, cogió higos y una granada, y los devoró con el ímpetu de no haber comido durante días.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté tras ver que se encontraba bien —. ¿Siempre es así?

Pareció reflexionar un momento.

—No lo sé, nunca he vivido algo parecido. Es como si Seth... nos hubiera querido impedir el paso.

—Pero entonces...

No me dio tiempo a hablar de lo sucedido. Me cortó la conversación. Su cara denotaba tristeza y preocupación.

—He muerto Nafer, he muerto. He sentido el frío de la muerte que me tenía prisionera sin poder reaccionar.

Se puso seria. Apretaba mis manos entre las suyas, aliviando la tensión que le producía pensar que pudiera haber muerto en esas circunstancias.

—Ya ves que ni Seth puede contigo.

Intenté animarla pero no hizo falta. Como si no me hubiera

escuchado, ya estaba portando las bolsas con la intención de proseguir la marcha. Pensé que sería lo mejor. Necesitábamos caminar para estar activos y poder llegar cuanto antes a nuestro destino. Miré hacia atrás y vi ese espacio rectangular que nos había servido de refugio ante la devastadora tempestad de arena, ante el mortal *aliento de Seth*.

—El…El Oráculo ha sido quien te ha llamado.

Pareció desprenderse de una carga que había soportado desde el mismo día que nos conocimos.

—Imposible —objeté—. El día que te vi por primera vez me pediste que volviera a Edfú para ir a ver al Oráculo, por tanto…él no ha podido llamarme. La distancia que…

—¡Si, fue él! Nafer, créeme.

Apoyé las manos sobre sus hombros. Agaché y ladeé la cabeza, mirándola con incredulidad.

—¿A qué estás jugando?

Miró hacia el suelo, se quedó en silencio y dio la impresión de estar redimiendo una culpa que le carcomía las entrañas.

—El Oráculo de Horus me pidió que te llevara ante él.

Me hizo sentir como el títere de un juego al que alguien estaba manipulando a su antojo.

—No te voy a pedir explicaciones —le dije con cierta seriedad—. He accedido a venir contigo porque así me lo pediste. Hemos estado a punto de morir enterrados bajo la arena, me resultas agradable y te aprecio como persona, pero no me gusta la gente que me oculta algo, sobre todo si me concierne en primera persona.

—Por favor, escúchame —alzó la cabeza y pude ver cómo las lágrimas humedecían su rostro—. Ardo en deseos de aclararte tantas dudas… pero no puedo.

Tanto secretismo me producía incertidumbre, pensando que había dejado Tebas para lanzarme a una aventura de la cual no estaba muy convencido.

—Tengo derecho a saber más de lo que sé. Estoy…

—Nafer, todos los guardianes mantenemos desde el primer día

que visitamos al Oráculo, un voto de silencio. Así ha sido siempre, y seguirá siéndolo mientras tengamos que preservar la espada de nuestro amado Horus —suspiró, entrecortando el aire que absorbía con dificultad—. El Oráculo revelará todas tus inquietudes. Solo él puede hacerlo.

Me miró, sonrió, y sus brazos rodearon mi pecho en un abrazo lleno de consuelo y ternura. Con ese gesto, tan solo esperaba que la perdonase. Atendiendo a su silenciosa súplica, no me pude resistir a abrazarla, ya que entendí que no podía deshonrar a toda una estirpe de devotos guardianes que, como ella, habían entregado su vida a la guardia y custodia de un símbolo que representaba la unión de Egipto.

Permanecimos así unos segundos, suficientes para sentirme pletórico al recordar que Menaret estaba viva, que no había sucumbido en ese agujero donde los lazos entre los dos se habían estrechado de tal manera que cada minuto la sentía más cercana. El sol calentaba con fuerza pero no quemaba. Después del frío que había aterido mis músculos, la cálida luz que descargaba Ra contra nosotros era un regalo que agradecí de manera inconmensurable.

—Ya falta poco —anunció orgullosa.

Había tres promontorios que sobresalían, destacándose sobre el resto del paisaje. Los bordeamos, y tras una extensa loma que se asomaba a nuestra izquierda, pude ver una montaña de unos cien metros de altura y una sonrisa en los labios de Menaret, que me indicaba la llegada al hogar del Oráculo.

—Ahí está —señaló en dirección a la montaña—. Ya hemos llegado.

—¿Dónde?

Paseé la mirada por toda la montaña y sus inmediaciones. No había nada que llamara mi atención: una casa, una cueva, un conjunto de piedras que se asemejara a una vivienda o un chamizo de ramas. Nada, tan solo la montaña flanqueada de pequeños altozanos que dibujaban un singular paisaje en mitad del árido desierto. Aferró mi mano con fuerza y me llevó casi a volandas a unos cuantos metros hacia la derecha de donde nos hallábamos, mostrándome una perspectiva desde otro ángulo diferente.

—Ahí está —volvió a decir, convencida de que mis ojos vieran por fin el hogar del Oráculo—, ¿no lo ves?

Con aspecto un tanto abstraído, miré indistintamente a Menaret y a la montaña que tenía enfrente. Por mucho que miraba, estaba claro que no veía lo mismo que ella.

—¡No, no lo veo! —exclamé, moviendo la cabeza— ¿Qué es lo que tengo que ver? Más que nada para hacerme una idea.

Movió la cabeza, enarcando sus finas cejas en un gesto de incredulidad.

—¡Hombres!

Fue una expresión que me hizo gracia, exactamente con el mismo tono de voz e ironía que 3300 años después se diría. Había expresiones que poco cambiaban con el paso de los años, por mucho que la humanidad cambiara su forma de vida.

La montaña revelaba una hendidura desde la base hasta la cúspide, deduciendo que era allí donde el Oráculo tenía su morada.

—Horus vivió aquí —dijo Menaret con orgullo en sus palabras —. Bajo esta montaña se forjaron las dos espadas que en un principio estaban destinadas a la pacificación de los pueblos, a extinguir el odio de los corazones impuros y a enaltecer la grandeza de los dioses que habían dado la vida a Egipto. Entre todos parieron de sus entrañas el montículo primigenio que es la tierra que pisamos, el aire, el agua, la vida —miró a la montaña y permaneció unos instantes en silencio—. Pero Seth… robó una de esas espadas, formó con su poder un ejército y se dedicó a saquear pueblos y aldeas, proclamándose como único rey de todo Egipto. Horus, que era el verdadero rey, fue al encuentro de su hermano Seth para detener la ira que estaba esparciendo por todo el país. Seth solo quería poder; Horus, una nación fuerte y libre, sin miedo a vivir ante la tiranía, ante nadie que amancillase el orgullo de haber nacido en esta tierra, regalo de los dioses —continuamos caminando mientras relataba la leyenda que según ella había sido narrada en boca de todos los guardianes, generación tras generación —. Los dos ejércitos decidieron encontrarse en la inmensa explanada a orillas del Nilo, allá donde mi pueblo ocupa parte de ese lugar, cimentado por las manos de los guerreros que se iban a enfrentar a los ejércitos de Seth. Gran parte de sus habitantes son descendientes de aquellos fieles guerreros —el caminar se hizo algo más lento. Menaret disfrutaba contando la leyenda de aquella contienda que marcó un antes y un después en la existencia de

Egipto, del dios Horus al que adoraba por encima de todo, de sentirse descendiente directa de aquel dios y hombre que solo pretendía unificar todos los pueblos—. Horus decidió que la única sangre derramada sobre aquella explanada, sería la suya y la de su hermano Seth. Y así fue; tras la contienda, los dioses se los llevaron a los dos y se encargaron de hacerles un juicio justo, pero Seth jamás aceptó que su hermano quedara inmune, y supo ingeniárselas para permanecer en el panteón divino como el dios de las tinieblas, del desorden, de los desiertos, las tempestades y las guerras. Pero jamás ha podido con la fuerza interior de su hermano Horus, mi padre y dios protector.

—Montículo primigenio…

Pensé en voz alta, intentando ubicar la leyenda heliopolitana. La ciudad cuyo nombre era *Iunu* y que posteriormente los griegos la denominaron como Heliópolis, también tenía su colina primordial donde nacieron los dioses y un Egipto inmerso en la oscuridad del océano infinito.

—Sí, aquí nació todo —reveló Menaret—. Esta montaña en la que reside el Oráculo es el único vestigio que queda desde el principio de los tiempos, el lugar divino donde los dioses inundaron de vida todo Egipto, y aquí —señaló con la mano la montaña—, cuando todo había florecido y las personas y animales tenían su cometido, esparcidos por todo el país, los dioses arrojaron una llama de fuego que se introdujo en el centro de la montaña, penetrando hasta el suelo y dejando las piedras de metal con las cuales se forjaron las dos espadas.

Supuse que cada zona tenía su propio mito referente a la cosmogonía, al origen del mundo, de la misma manera que se producía en cualquier otro lugar del planeta, ya fueran griegos, aztecas, o vikingos.

—¿Y esa inmensa hendidura?

—La abrió el fuego que nació en el panteón celestial, para que penetrara por ella todo aquel que quisiera escuchar el mensaje de los dioses.

El enorme tajo de la montaña tenía una anchura de entre cuatro a unos seis metros, dependiendo de cada tramo. La hendidura no era recta, sino que serpenteaba dando una belleza un tanto peculiar a aquella gran mole de roca, cubierta por una pátina de fina arena.

Sin soltarme la mano, continuamos avanzando a paso acelerado. Casi se palpaba en Menaret la ansiedad por querer llegar cuanto antes a la morada de aquel ser que extrañamente adoraba como a un dios. Llegamos por fin a la montaña, acompañados de una jadeante respiración, ya que a simple vista parecía que estaba mucho más cerca. El efecto visual ante aquel desértico lugar me jugó una mala pasada, dando la impresión de que la montaña en vez de acercarse, se alejaba.

Desde la entrada se podía ver una gran roca a unos diez metros que se interponía en el pasadizo. Tenía unos jeroglíficos flanqueados por bajorrelieves de dos enormes fauces de cobra, manifestando sus sendos y escalofriantes colmillos. Como un particular mensaje de bienvenida, se podía leer: *«Pregunta a tu corazón si está limpio. Si no es así, regresa por dónde has venido. Tu destino se verá amancillado»*.

—Vamos no te detengas, tan solo son supercherías para ahuyentar a los intrusos.

Casi no me dio tiempo a leerlo. Menaret ya tironeaba de mí con impaciencia por un camino que ahora bordeaba la gran roca. Cada vez se iba pareciendo más a un interminable desfiladero. Las paredes se hacían más altas, a la vez que se iba oscureciendo el largo y estrecho camino hasta llegar a una segunda roca que, como la anterior, se interponía con majestuosidad ante nosotros. Esta vez los jeroglíficos estaban rodeados por un halcón con las alas extendidas, formando un semicírculo. La inscripción hizo brotar una sonrisa de mis labios, imaginando la expresión en los rostros de todos aquellos que querían visitar al Oráculo después de un largo caminar a través del desierto: *«Aún estás a tiempo. Si tu corazón no te ha contestado, mira a través de tus ojos y verás toda tu vida. Solo así te será concedido el paso al recinto sagrado. Pero si dudas, no podrás retroceder. La cobra introducirá el elixir de la muerte en tu cuerpo, mientras que el halcón devorará tus ojos para que yerres por las tinieblas de Seth»*.

Menaret estaba cruzada de brazos, apoyada sobre la roca.

—Nafer, pareces un chiquillo.

—Me tengo que enterar de lo que nos advierte —declaré, poniendo cierto matiz de temor en mis palabras, pero a punto de estallar en carcajadas—. ¿Quién sabe si no puedo pasar la próxima

prueba?

Una serenidad física se peleaba con la ansiedad que destellaba en su mirada por querer llegar cuanto antes.

—Créeme —dijo, apretándome el brazo con fuerza—, si todo esto que estás leyendo fuera verdad, tú podrías llegar hasta el Oráculo con los ojos cerrados.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú eres...

Dejé la pícara sonrisa escondida detrás de la incertidumbre que en ese momento estaría cambiando mis facciones. Menaret de nuevo estaba inmersa en ese juego de tirar la piedra y esconder la mano, pero sabía que en el fondo lo que quería era llegar cuanto antes en presencia del Oráculo, y que este desvelaría mis dudas. Así relegaría toda responsabilidad que su cargo de guardiana le permitía o no, desvelar las dudas a alguien como yo: un sencillo mortal.

Quise preguntarle quién era yo. ¿Por qué insistía tanto en hacerme sentir que era alguien especial para ella? ¿De qué trataba ese juego en el que mi presencia en Edfú por primera vez, empezó a mover unos hilos que no hacían otra cosa que desajustar mi estado emocional con tanto secretismo? Pero no, ya estábamos cerca de la persona que mitigaría mis vacilaciones y no quería que Menaret sufriera más, debido a que su condición de guardiana no le permitía hablar de ciertos temas con gente ajena a su mundo, el del dios Horus.

Dejamos atrás la roca para continuar en línea recta por ese angosto desfiladero que se iba haciendo cada vez más oscuro, pero que aún se podía apreciar la belleza de un camino cuyas paredes cada vez más altas, parecían haber sido esculpidas por la mano del hombre. La piedra era oscura. Según Menaret, el color negro se debía al fuego que los dioses enviaron, quemando la roca y convirtiéndola en una mezcla de obsidiana y basalto, cristalina al tacto, y mate a la vista. Una singular mezcla que daba un aire de extrañeza en aquel lugar dedicado a escuchar el mensaje de los dioses.

La luz apenas se dejaba entrever en aquel largo y estrecho corredor, donde los rayos del sol rozaban solamente la parte más alta de la pared, situada a nuestra derecha.

—¿Cuánto falta?

Daba la impresión de que llevábamos toda la tarde metidos en esa galería. El tiempo parecía haberse acelerado, haciendo que el día desapareciese para dar lugar a una noche carente de estrellas, donde la presencia de Menaret era algo más que una simple compañía. Ahora era ella la que sonreía al ver mi cara de estupor, mirando indistintamente hacia aquel desfiladero que se estaba convirtiendo en una enorme gruta.

Llegamos a la tercera roca, y tras ella se podía apreciar la débil luz de unas lamparillas. Como en las dos anteriores, los jeroglíficos también tenían un mensaje, impreso alrededor de un enorme ojo de Horus. Resaltando en bajorrelieve a ambos lados de este, dos espadas se alzaban señalando el principio y fin del mensaje. *«Si has llegado hasta aquí, los dioses han pesado tu valor y te dan el beneplácito para continuar. Horus guarda la puerta, Isis te ha traído hacia mí»*.

Conocía perfectamente esas últimas palabras. Estaban retenidas en mi memoria antes de cruzar la puerta del templo de la reina Hatshepsut. Pertenecían al escarabeo colgado de mi cuello, y al otro que estaba en posesión de mi joven hermano Tut. «Demasiada coincidencia», pensé mientras vi la sombra que Menaret proyectaba en la pared, fruto del reflejo que las lamparillas iluminaban como luciérnagas deleitándose en la oscuridad. ¿Por qué la existencia de esas palabras me perseguía sin poderlas entender? ¿Qué similitud guardaban entre sí, y qué papel me tocaba jugar ante el infortunio de sentirme como una marioneta, cuyos hilos sin saber qué o quién, estaba moviendo a su antojo?

Ya había llegado a convencerme que en el antiguo Egipto coexistía un poder que no pertenecía a este mundo, con la fe que profesaba cualquier escalón de la pirámide social. ¿O tal vez no, y todo era lo mismo? Algo había que provocaba lo sobrenatural para convertirse en natural. Aun sabiendo que había vivido fenómenos que no eran muy normales, asimilándolos con cierta dificultad, no dejaban de impactarme mientras formulaba infinidad de preguntas sin hallar una respuesta que me permitiese conciliar el sueño con total tranquilidad.

Las paredes ya no estaban a cielo abierto. Una cúpula abovedada a unos veinte metros de altura, techaba un recinto iluminado por decenas de lamparillas, dándole una apariencia magistral dentro de

un entorno totalmente natural. Un sonido a mi espalda hizo que me girara de forma sorpresiva. Era la aldaba de una puerta de madera que se hallaba a la derecha del recinto, cuya zona estaba menos iluminada. Se abrió la puerta y un joven muchacho se abalanzó hacia Menaret, rodeándola con los brazos mientras esta le besaba en su rasurada cabeza.

—¡Menaret!

Delgado pero fuerte, de mediana estatura y vestido con un sencillo taparrabos, su rostro comenzaba a mostrar unos varoniles rasgos acentuados tras unos avispados ojos de color azul. No era muy frecuente el azul en los ojos de los egipcios, pero los de este muchacho destacaban por su intensidad.

—Oh, Temai, cuántas ganas tenía de volverte a ver.

En las lágrimas de Menaret se podía sentir ese reencuentro deseado. El muchacho, con cierta timidez en su rostro pero con aplomo en su compostura, se acercó hasta mí, efectuando una sutil inclinación de cabeza y uniendo las palmas de sus manos a la altura del pecho. Era un gesto de sumo respeto que pude apreciar en su mirada cuando levantó la cabeza. Cogí sus manos entre las mías. Pareció algo sorprendido, pero enseguida tomó el control de la situación.

—Tú debes de ser Nafer.

Menaret se limitó a sonreír ante mi incredulidad. No sabía cómo conocía mi nombre, y tampoco se lo iba a preguntar. No me hallaba confuso, y no sé si era por el entorno que rezumaba un disoluto estado de embriaguez, o porque el muchacho me había inspirado cierta confianza. Empecé a dejar de cuestionarme muchas de las preguntas que encerraba en mi interior. Era como si el ambiente estuviera cargado de una fuerza capaz de relajar la ira de una bestia embravecida.

—Así me llamo —asentí—, y tu eres Temai, por lo que acabo de escuchar a Menaret.

—Ser bienvenidos a la morada del Gran Padre —dijo, estirando la mano en dirección a la puerta—. Os está esperando.

Entramos a la primera estancia. Lo primero que llamó mi atención, fueron las paredes adornadas con pinturas de animales: antílopes, gacelas, ciervos, cabras montesas, oryx, búfalos, íbices, garzas reales, grullas e incluso hienas. No faltaban las cobras, toros,

lagartijas, ranas o tortugas, y todos estaban de tal manera que parecían cobrar vida en ese zoo plasmado sobre las pulidas paredes de color ocre. Era una antecámara rectangular que daba acceso a una sala redonda, flanqueada por columnas que parecían haber sido talladas en la misma piedra.

El lugar carecía de ostentación, pero tuve la impresión de estar en un palacio donde todo era asimétrico, donde cada cosa estaba colocada en el sitio que parecía corresponder. Las paredes mostraban pequeños nichos a diferentes alturas, desde el nivel del suelo hasta los dos metros. Servían para almacenar pergaminos de papiro y utensilios relacionados con la escritura. Estaban recubiertos por finas capas de telas, en cuyo interior había hojas secas que supuse, se trataba de un practico sistema para absorber la humedad y evitar el deterioro de los pergaminos con el paso de los años.

No dudé que en esa biblioteca se conservaba una gran sabiduría.

La sala redonda daba acceso a un patio donde emergía una densa vegetación. Me extrañó encontrar tanta flora en el interior de una gruta. Parecía un jardín bien cuidado, pero la iluminación era escasa y no podía apreciarlo con claridad. Todas las columnas estaban decoradas con jeroglíficos, pero existían otros signos totalmente desconocidos, haciendo que me resultase confusa su lectura. Era una mezcla de escritura cuneiforme, jeroglíficos y una extraña combinación de pequeñas líneas rectas, ondulantes, geométricas y puntos, que parecían realzar el contexto de todo lo que estaba escrito. Al ver esa peculiar combinación de caracteres, abrí los ojos como platos ante una momentánea y fugaz imagen que se coló en mi memoria. Del mismo modo que vino, se fue sin darme tiempo a saber de qué se trataba, o en qué lugar los había visto.

Estaba seguro de que me eran familiares.

—¿Shedeh?

La voz de Temai hizo que dejara de apreciar aquella estancia llena de belleza y misterio. Llevaba en las manos una vendeja con cuatro cuencos de madera que contenían shedeh: un vino dulce elaborado con granadas. Mientras cogía un cuenco, mi vista se perdía por todos los rincones de esa estancia en busca del Oráculo.

—Vendrá enseguida —anunció Menaret al comprobar mi perplejidad—. Está purificándose en el pozo de Isis.

Entre Temai y ella tenían tanto que decirse que no paraban de hablar, mientras tanto, yo disfrutaba inmerso en esa placentera trasmisión de anécdotas referentes a sus vidas. No estaba al margen, ya que me integraban no solamente como un espectador, sino que me hacían disfrutar de tal manera que por un momento llegué a creer que estuve presente en cada una de las vivencias que relataban, sentados los tres sobre unas mullidas esterillas entrelazadas en espiga de hojas de palma y algodón.

Continué con la mirada inmersa en la fauna impresa en las paredes.

—Pensaba que al Oráculo no le gustaban los animales —le dije a Temai tras dar un sorbo al dulce vino, recordando que Menaret me había prohibido llevar a *Furia*.

—¡Ho, no! Le encantan, solo que este lugar está destinado a un propósito en el que los animales no pueden estar presentes porque...

—Por su percepción —una trémula voz masculina llegó desde la zona del jardín—. Son seres que perciben de manera innata lo que no se puede ver: el miedo, la bondad, los cambios climáticos, incluso sienten los sueños y el estado físico de un humano. Por eso no pueden estar entre nosotros, porque el mensaje de los dioses sería muy receptivo para ellos y yo no los podría interpretar. Es una pena, pero los dioses así lo han querido.

Apareció tras un arbusto una persona envuelta en una túnica blanca, pegada a su cuerpo húmedo. Se friccionaba la cabeza con un lienzo que ocultaba su rostro. Cuando terminó de secarse, ya estaba a mi lado y pude apreciar con total nitidez todas sus facciones.

—¿Tú?

Era alto, delgado, con la cabeza rasurada y una nariz aguileña que le otorgaba un semblante autoritario y a la vez bondadoso. Pero fueron sus ojos los que me impactaron. El azul era aún más intenso que los de Temai. Con hombros rectos, la espalda parecía la de un hombre joven, sin mostrar la curvatura de una achacosa vida que con los años se doblega a la evidencia. Tan solo la dentadura

mostraba un ligero desgaste, no sin ello, revelaba una higiene bucal digna de admirar.

Jamás había estado ante él, pero mi memoria se debatía ante la búsqueda de ese rostro que me era tan familiar. Estaba seguro, sin embargo sabía que ese perfil había influido en mis pensamientos de manera notable sin saber cómo, hasta que de repente lo vi con total claridad. El recuerdo me trasladó a aquellos momentos de mi niñez en que los sueños de imágenes estáticas se fusionaban con mi vida real. Eran aquellos sueños que cada quince de septiembre me permitían entrar en un mundo que durante el resto del año no podía ver. Estaba vetado a los encantos diarios de despertarme y recordar esas aventuras que permitían navegar por situaciones totalmente inesperadas, y lo admitía. Quizás por eso no los compartía con nadie, ni tan siquiera con mi abuela que lo sabía todo de mí. Tan solo pertenecían a ese lugar donde mi mundo imaginario cobraba vida cuando me apetecía, o tan solo cuando necesitaba sumergirme para olvidar los momentos negativos que se cruzaban en mi camino, dando paso a un estado que me reconfortaba hasta tal punto que, sin saber cómo, hacía que me entregara de nuevo a la vida real con una visión diferente y cargado de energía.

—¡Tú!... Tú debes de ser el Oráculo.

No mostraba cara de perplejidad ante mi súbita reacción. Me tendió la mano, y sin dejar de mirarme, aprecié una gran fortaleza física cuando me ayudó a levantar.

—Seas bienvenido a esta morada donde los dioses preservan tu presencia. Y sí, soy el Oráculo.

—Mi nombre es Nafer.

Asintió lentamente, mientras mostraba una tenue sonrisa. Miró a Menaret, juntó las manos a la altura de sus labios, cerró los ojos y con una leve inclinación permaneció unos segundos que deduje, se trataba de un gesto de bienvenida. Lo imité, y al cerrar los ojos y bajar la cabeza, sentí el contacto de sus manos entre las mías. Eran cálidas, suaves. Parecían encerrar una gran serenidad en esa unión que me hizo estremecer hasta tal punto que, por un momento, pensé que las lágrimas iban a resbalar por mis mejillas, debido a una emoción que me recorrió de forma absurda y sin ninguna explicación aparente.

Me sentí extraño.

—Soy Huni. Nombre que llevo con orgullo en honor a un gran faraón de… —elevó la vista en ese gesto que permite evadirse del momento para entrar a rebuscar en su memoria lo que quería expresar-hace más de 1200 años. Aquel buen hombre cambió la estructura gubernamental, dedicándose a poner cada cosa en su sitio; todo un personaje. En fin —agitó la cabeza con los ojos cerrados—, mi función en esta vida es sencilla. Tan solo soy un mero servidor de mi bien amado Horus. ¿Qué más puedo pedir? Cada nuevo amanecer me regala con sus eternas virtudes, me nutre de alimento, sabiduría, paz, y en días como este permite que Menaret me agasaje con… —miró con cierta dosis de picardía a la bolsa que estaba junto a ella, relamiéndose los labios—, con su presencia.

—Oh padre —así era como Menaret se refería al Oráculo cuando se hallaba ante él—. Cuánto me habrás echado de menos.

Huni se acerco hasta ella para acariciarle las mejillas con las yemas de sus dedos.

—Cada día imploro a los dioses para que te den fuerza y vida.

Parecían hija y padre. Poseían una virtud de transmisión sentimental en la que las palabras tan solo eran un adorno. Sus miradas hablaban por si solas, teniendo un mensaje en cada gesto que solamente ellos sabían interpretar.

—¿Por qué me has hecho venir?

Lo solté de sopetón, una vez que intuí la finalización de esa especial conversación que tenían entre los dos.

—Mañana.

—Pero…

—Mañana hablaremos. Hoy quiero disfrutar de vuestra presencia. Nafer, te pido perdón si con ello he ocasionado un exceso de ansiedad e incertidumbre en tu mente. Ahora estás cansado y no serías receptivo, pero gracias por haber venido, y gracias a los dioses por haberte traído.

Tenía razón. Estaba agotado y no me encontraba en plenitud mental como para asimilar en su totalidad todas las respuestas a mis preguntas. Quería saborear cada palabra que saliera de su boca, si con ello me diera un motivo coherente para justificar donde me encontraba. Sin duda, sentía placer y orgullo de hallarme en esa morada, pero necesitaba saber lo que estaba ocurriendo, y él lo

sabía. Mientras colocaba una mano en mi hombro, pidió a Temai que fuera en busca de la cena. Trajo cuatro platos y un cuenco de madera que contenía verduras cocinadas sobre una fina laja de piedra, depositada encima de un agujero horadado en el suelo y lleno de brasas. Aderezó las verduras con una salsa dulce de algo parecido a la miel, con algún tipo de jengibre o especia del que emanaba un olor amargo y picante.

Cuando Menaret sacó los buñuelos de la bolsa, Huni los perseguía con la mirada mientras los iba depositando en los platos. Cuando comenzamos a comer, Menaret, Temai y yo, sonreíamos, viendo a Huni con los ojos cerrados mientras saboreaba lo que para él era un manjar de dioses. El Oráculo colocaba de vez en cuando su mano sobre mi brazo, al tiempo que amenizaba la cena con sencillas historias que había protagonizado a lo largo de su vida. Sencillas, pero cargadas con una profunda narración. Atendíamos de forma embobada, riéndonos con alguna anécdota que relataba payaseando con gestos y sonidos para emular cualquier acontecimiento.

La desacostumbrada ingesta del Shedeh y el cansancio acumulado, hicieron menguar la energía de mi cuerpo para dar paso a un letargo físico y mental. La aterciopelada voz de Menaret, fue lo último que escuché en ese día cargado de emociones.

Estaba solo, abrigado con una sabana de lino que seguramente Menaret me habría colocado ya sumido en el sueño. Lo que en el momento de mi llegada supuse que era un patio con algo de vegetación, en realidad era un amplio jardín donde había árboles frutales, plantas de diferentes especies, una huerta y un pequeño estanque donde el agua era totalmente cristalina. Todo parecía guardar una perfecta armonía, como si los elementos de la naturaleza protegieran a ese lugar con un mimo que parecía ser su principal cometido. Había una perfecta sincronización que no solamente era percibida a la vista, sino que todos mis sentidos podían captar la esencia de ese espacio que se mostraba en toda su plenitud. Era un edén en medio de aquel inmenso desierto. Todo ese paraíso estaba rodeado por escarpadas paredes que se alzaban hasta

la cúspide de la montaña. Unos noventa o cien metros sería el diámetro de aquel espacioso cráter que presentaba formas irregulares, impregnando una arquitectura natural de belleza y pragmatismo.

Las paredes de un ocre oscuro, refulgían destellos con los rayos del sol que tímidamente se dejaban entrever bajo un cielo azul turquesa, deseoso de mostrar todo su esplendor. Desde el interior, esas murallas parecían no tener fin, como un enorme rascacielos desafiando a la gravedad. Todo parecía mayor de lo que en realidad era. Sería fruto de un efecto óptico, pero allí me encontraba, en ese enorme agujero que perforó algún meteorito, o como según dice la leyenda, los dioses enviaron una gran bola de fuego para forjar su morada en la tierra, punto de conexión entre el país de los faraones y el panteón celestial.

—Nafer, ¿te gusta lo que ves?

Me pilló con la cabeza levantada, observando la singularidad y maravilla que ofrecía esa inmensa pared con forma circular. Su cadenciosa voz, que en ese silencio tan solo se escuchaba el susurro del viento matinal que penetraba por todos los recovecos de la pared, apenas rompió mi estado de relajación.

—No solo me gusta —contesté—, viviría aquí eternamente.

Esbozó una sonrisa mientras paseaba la vista por el jardín, expresando el orgullo de vivir en ese pequeño paraíso.

—Aquí se halla presente la esencia del mundo terrenal —dijo, acariciando las hojas de un tamarindo que estaban comenzando a brotar—, y también del mundo donde los dioses planifican las reglas del universo.

Huni entrelazaba las manos por delante de su cuerpo, jugando con los pulgares que parecían acariciarse como una pareja de enamorados entre los cañaverales. Seguía sin poder asumir en mi interior, que una persona con su altanería pudiera llegar a tener una edad tan avanzada como Menaret me había hecho creer.

—Huni, necesito saber por qué estoy aquí.

El Oráculo parecía estar meditando, admirando el lugar como si fuera la primera vez que se encontraba allí.

—Todo a su tiempo, mi joven amigo.

Me recordó a Ricardo. Era una pena que Tarik y él no se encontraran a mi lado; uno por saborear la esencia del antiguo

Egipto, y el otro por ver cumplido el sueño de hallarse ante la espada de Horus. La espada que tuve en mis manos y había hecho que me encontrara ahora en ese lugar.

—Ayer intuí que hoy darías respuesta a mis preguntas. Es algo que necesito desde que Menaret me dijo de venir aquí.

Se limitó a sonreír, mirándome con esos ojos azules que me escudriñaban sin querer buscar un juicio aparente.

—Cuánta energía desaprovecha la juventud. Claro, yo algún día también lo hice —frunció los ojos, intentando situarse en el recuerdo aquella etapa de su vida—. No te preocupes, sabrás por qué has venido.

—Yo no he venido, tú me has traído.

Percibí que no iba a hacer ningún comentario al respecto, y así fue. Apretó los labios, se acercó hasta mí, rodeó mi cuello con su brazo y comenzamos a andar por un estrecho sendero que cruzaba todo lo largo de aquel cráter. Nos sentamos en el tronco de un árbol caído que alguien se había encargado de darle forma de asiento, labrándolo con figurillas de animales, y de nuevo esos signos que no podía entender.

Una bandeja con fruta y dos vasos con aguamiel, me dio a entender que había escogido ese lugar para mantener una conversación entre los dos.

Lo miré enarcando una ceja y él sonrió.

—Es verdad cuando dices que yo te he traído —afirmó, llevándose una ciruela a la boca—. Entre Menaret y yo existe la comunicación sin palabras. Es un don que los dioses nos han otorgado a los oráculos y a los descendientes del dios Horus — hablaba con total naturalidad, sin darle importancia a lo que estaba diciendo—. Ella me anunció que habías penetrado en la sala donde las espadas reposan sobre el templo sagrado. Yo le pedí que te trajera ante mí. A lo largo de su existencia y aparte de los guardianes, la reina Hatshepsut, su arquitecto Senmut y los dos constructores del pequeño templo que siempre guardaron silencio, tan solo cinco personas han penetrado en esa sagrada cámara: tú, mi amada reina Nefertiti, a la cual protegía Menaret, un nubio, y dos egipcios. Estos tres eran ladrones de tumbas cuyos cadáveres tuvieron que ser retirados por los guardianes. Toparon con la muerte en presencia de la guardiana protectora, y de la que según

tengo entendido te encontraste con ella cara a cara. ¡Qué hermosa es! ¿No te parece?

Me estremecí al recordar aquel instante en el que la reina cobra apareció ante mí con toda su esbeltez. Rememoré aquella hipnótica, cautivadora y mortal mirada que explosionó toda la adrenalina contenida en mi cuerpo sin poder mover un músculo. Estaba retenido contra la pared, esperando que sus letales colmillos truncasen mi vida en ese mismo momento. Todo ocurrió tan rápido y tan lento, que podía recurrir a mis recuerdos cada vez que quería volver a experimentar aquel expectante y maravilloso acontecimiento.

Huni dejó que me sumergiera en esos recuerdos.

—¿Qué sentiste?

Era difícil contestar a esa pregunta, ya que hay sentimientos que no se pueden expresar con las palabras.

—Que era el último día de mi vida.

Desanudó en amuleto que llevaba en mi cuello, lo retuvo entre sus manos y se limitó a decir:

—Así lo sentiste, pero no fue el último... sino el primero.

—¿Qué quieres decir?

De nuevo supe que no me iba a contestar. Se limitó a sonreír. Lo vi como el artífice de un juego que solamente él podía mover las fichas, jugando contra mi destino. Por momentos me enervaba, pero su expresiva bondad, acompañada con esa sutil forma de hablar, calmaba mi sed de reprimirle lo primero que me venía a la cabeza para que me dijera de una vez por todas el motivo por el cual me había hecho ir hasta allí.

—Ven, acompáñame.

Nos dirigimos camino a la pared opuesta donde se encontraba la morada del Oráculo. La mañana ya había despuntado, llenando de luminosidad aquel enorme recinto donde la vida estaba latente en cada paso que dábamos. A lo lejos vi a Menaret y Temai, introducirse en el pequeño estanque, bien fuera para asear sus cuerpos o para purificarse ante el nuevo día. El silencio lo rompía un fino chorro de agua que salía de la pared. Caía a un depósito de un metro cúbico que estaba enlosado con unas piedras de color blanquecino, permitiendo que el agua se viese totalmente cristalina. Del depósito, el agua sobrante salía por un agujero que iba a parar a

un canalillo enlosado con la misma piedra, tomando la dirección al estanque donde se encontraban Temai y Menaret.

No volaban pájaros, ni se veía ningún tipo de animal: moscas, mosquitos, roedores o escarabajos. De alguna manera todos parecían saber las leyes donde confluía lo terrenal y lo divino, donde solo ese lugar estaba destinado para recibir los mensajes que los dioses enviaban a través del Oráculo, del preceptor que iba a esclarecer las muchas incógnitas que se habían apoderado sobre mí en los últimos días.

Humedecí mis manos dentro de esa singular fuente, me levanté, y tome del brazo a Huni. No sabía si todo se trataba de adivinar algún acertijo, así que no insistí en pedirle explicaciones, aunque ardía en deseos de saber lo que estaba ocurriendo, de tener un punto de partida en toda esa historia que en cierta manera me hacía intérprete, o tal vez marioneta. ¿Y qué me importaba? Mi vida ya se había convertido en una quimera y era consciente de ello. Un mundo que no me pertenecía y sin embargo estaba inmerso en él, al lado de gente que me aportaba tanto sin pedirme nada a cambio, y de la que me sentía obligado a proteger sea como fuera, aun a costa de conocer la historia que en más de una ocasión habría querido olvidar.

—Huni, ¿sabré algún día si mi destino forma parte de mí?

Siempre se limitaba a sonreír a mis preguntas.

—Tu destino es solo tuyo.

—Siento que no es así, que alguien lo ha suplantado y no sabe cómo devolvérmelo. Hay momentos que mis propios pensamientos no me pertenecen.

Volvió a sonreír.

—Bueno, a tu edad es lógico. Tienes fuerza, eres impetuoso, careces de paciencia para asimilar lo que te rodea, y todo ello te lleva que a veces te sientas en un estado de confusión del que tu mente no es capaz de asimilar, creando un mar de dudas que alimentas con todo lo que te acontece. Y si, Nafer, tu destino es solo tuyo.

Hablaba de tal manera que era capaz de convencer a dos ejércitos combatiendo en una batalla a deponer sus armas sin resistencia. La vida parecía haberle tratado bien. Sabía corresponder a todo lo que le rodeaba con tal sencillez, que lo hacía más grande

de lo que era. Me sentía reconfortado a su lado, y él lo sabía.

Jugaba con el cordoncillo del amuleto, haciéndolo girar alrededor de su dedo índice. Lo detenía, y de nuevo lo hacía girar a su máxima velocidad, doblando un poco el dedo y evitando que saliese despedido y se perdiera entre la vegetación. Cuando apenas se podía distinguir el escarabeo en esa trepidante rotación, enderezó el dedo y dejó que el colgante saliera despedido para confundirse con el azul del cielo. Lo miré a los ojos. Elevé la vista hacia arriba, y a continuación a su mano que la tenía extendida. Volví a mirar hacia arriba, y escuché un golpe seco al tiempo que cerraba su mano y el cordoncillo colgaba fuera de ella. La mano no se había movido de su sitio. Una infantil sonrisa de satisfacción se apreciaba en su rostro.

Extendió el brazo y señaló un lugar de la pared.

—Quiero mostrarte algo.

Nos salimos del camino y, ante mi perplejidad, me llevó a un lugar a los pies de la enorme pared donde crecían *flores de Horus*. Había un gran número de ellas, mostrando sus pétalos de un azul intenso, moteados con lágrimas amarillas. Huni pasó entre las flores con sumo cuidado, indicándome que le siguiera mientras acariciaba los pétalos.

«Estas flores me han traído hasta aquí». Pensaba mientras asentía, recordando a Merit cuando nos dijo que el remedio para la enfermedad de Ankhes se encontraba en Edfú, lugar en el cual conocí a Menaret y donde comenzó mi andadura hasta el lugar en el que me encontraba.

Huni llegó hasta la pared y dejo caer el colgante, pendiéndolo de su mano con una sonrisa en los labios. No supe a qué se debía esa sonrisa, hasta bajar la mirada y ver tras unos arbustos que crecían casi en la misma pared, una roca de color azul de unos ochenta centímetros de diámetro. El Oráculo separó los arbustos y acercó el escarabeo a la roca.

—¡Lapislázuli! —exclamé, viendo la similitud del material del escarabeo con el de la roca.

Huni negó con la cabeza.

—No, es más hermoso que el lapislázuli. Los dioses enviaron esta roca con el fuego que horadó la montaña, y se incrustó aquí. Viene de la misma pradera donde caminan los todopoderosos y su

poder es incalculable, tanto, que penetró en la mente de dos personas, haciéndolos venir hasta aquí para poder admirar su grandeza: el venerado dios Horus y su humilde protegida, mi amada reina Hatshepsut.

Me acerqué a la roca, viendo cómo esta mostraba un moteado dorado similar al del escarabeo. Pasé la mano por la superficie. Era suave al tacto, sin asperezas, como si cada día de su existencia la hubieran pulido con esmero hasta conseguir que brillara como el cristal. Su uniformidad se veía mellada por una hendidura en un lateral donde podía meter la mitad de mi puño, y otra más pequeña en el lado opuesto.

—Los escarabeos...

Huni asintió.

—Sí, pertenecen a este lugar, y también la piedra que incrustaste en la espada de Horus.

De nuevo me dio la impresión de haber sido perseguido y observado por un satélite espía al que Huni tenía acceso y podía ver todos mis movimientos. ¿Quién era ese hombre? Había oído hablar de los Oráculos, del poder de concentración que ostentaban para conectar con las fuerzas del más allá y ser los mensajeros de las palabras divinas, pero Huni poseía una virtud que se iba haciendo latente cada minuto que pasaba con él: simplicidad y franqueza en sus palabras, y un poder en su interior que lo confería como un ser excepcional que contenía la sabiduría del mundo en la palma de su mano.

Por fin comenzaba a ver una tenue luz en el camino. Estaba ante el origen del escarabeo que me había introducido en ese maravilloso mundo del cual no me importaba pasar el resto de mi vida, que aún careciendo de los avances en muchos sentidos de mi otra época, sin embargo estaba a rebosar de humanidad, de un sentido de vida al que no estaba acostumbrado y que era sumamente enriquecedor. También había odio y maldad, por supuesto, aun así, el modo de vida de esa gente jamás lo había experimentado en mi otro tiempo con el énfasis que lo hacían ellos. Me enseñaron a saborear el contacto humano, el significado de una mirada, a escuchar el corazón antes que la mente, a disfrutar la vida día a día sin pensar en el mañana, el significado de la palabra amistad y tantas otras cosas, que mi vida llegó a tomar un rumbo

que me hacía sentir diferente en cada amanecer.

Cogí el escarabeo que pendía en la mano de Huni y lo acerqué a la roca azul, acariciándolo con la yema de los dedos. Volví a posar la mano en la roca, como si de alguna manera pretendiera sentir a través del tacto la propia vida de esa piedra que tenía miles de años.

Tan solo sentí su cálido y suave contacto.

—¿Quién fue…?

—La reina Hatshepsut —parecía estar esperando esa pregunta que no me dio tiempo a formular—. Ella escuchó la llamada del dios Horus. Era una mañana que fue a visitar la construcción de su templo. Hacía calor, pero estaba protegida ante los rayos de Ra con un baldaquín que le proporcionaba sombra. Le gustaba cruzar el Nilo e ir a inspeccionar los adelantos que se estaban llevando a cabo en la tarea. Después de un suculento almuerzo, cerró los ojos con la intención de implorar a Horus la perpetuidad de semejante obra arquitectónica y, fue entonces, cuando un suave viento comenzó a envolverla junto a dos sirvientas que siempre le acompañaban en sus viajes —Huni se sentó a mi lado con la agilidad de un muchacho—. El viento era la respiración del dios Horus que la acogió en su regazo. Se sentía protegida por una fuerza que no era terrenal, sino divina. Sintió su presencia, incluso sus manos percibieron el contacto con él, con Horus, padre de todos los faraones.

Se quedó en silencio mientras me miraba de soslayo. Yo jugaba con el escarabeo entre mis manos, deseoso de seguir escuchando el relato que ya me había cautivado. Hatshepsut había calado en mi vida desde la niñez, por ser una gran reina que se representó como hombre para confirmar su función de faraón. En su gran actividad constructora, restauró los monumentos destruidos por la invasión de los hicsos, y entre otras actividades fomentó las relaciones comerciales con Nubia y el Punt. La expedición al país de Punt, le hizo atravesar el desierto oriental desde Coptos hasta Wadi Gasus en el mar rojo, donde construyó una flota que a su vuelta la trajo cargada con productos del país. En las representaciones de su templo, dejó constancia de este viaje que pude admirar en compañía de Tarik, aquel día que cambió mi vida.

—¿Qué tiene que ver con los escarabeos?

—Todo —contestó.

Pensé entonces que ese amuleto había estado en sus manos, y recordé cuando Ricardo dijo que los dos escarabeos pertenecían al reinado de Hatshepsut.

—Continúa por favor.

Huni inhaló con extremada lentitud una gran bocanada de aire, colocando una mano sobre mi antebrazo. Era un buen orador, y se podía apreciar que disfrutaba cuando las palabras salían por su boca, fuera cual fuese el tipo de conversación.

—Fue allí, bajo el baldaquín, cuando la revelación de Horus tomó forma en sus pensamientos. Llamó al arquitecto Senmut, amigo y confidente de sus más recónditos secretos desde que eran niños, le contó lo ocurrido y al tercer día emprendieron el viaje hasta Edfú. Contactó con el guardián de las espadas y se introdujeron en el Sanctasanctórum, donde la reina pidió que la dejaran sola. Con la única compañía de la cobra, permaneció durante un día y una noche. Al salir, ordenó a Senmut que se construyera una réplica de su templo, sirviendo como pedestal para las espadas que cambiaron el destino de Egipto.

Conforme hablaba, mi imaginación adornaba las escenas que iba narrando, dándole mayor realismo al relato. Mi mente, ávida de respuestas, era un torbellino de preguntas para unir el rompecabezas, aunque cada vez estaba más seguro que tarde o temprano lo iba a componer.

—¿Qué dijo al salir de la cámara?

—Nada, no dijo nada. Según Senmut, en su rostro se vislumbraba una belleza sin igual. Su cristalina mirada aún poseía el reflejo de haber estado en presencia de una fuerza que no pertenecía al mundo de los mortales, de un éxtasis que casi se podía palpar. La plenitud en ella era tal, que Senmut se doblegó a sus pies sin saber el por qué. Hatshepsut lo levantó, tomando el rostro entre sus manos, lo miró a los ojos y juntaron sus labios en un beso apasionado que los obligó a fundirse en un solo cuerpo.

Había leído en más de una ocasión que Senmut y la reina eran amantes, pero nunca se había sabido con certeza, salvo por un obrero llamado Neferhotep que pertenecía a los «servidores en la sede de la verdad». Este realizó un grafito donde se veía copulando a Senmut y a la reina Hatshepsut, en protesta de un abuso de

autoridad del arquitecto por utilizar a los trabajadores de la necrópolis real para la construcción de su propia tumba. No fue de agrado para alguno de estos obreros, sin embargo la reina lo elevó a arquitecto, mayordomo real, así como preceptor de la princesa Neferure, hija de la reina Hatshepsut.

Aproveché los conocimientos de Huni para desentrañar las inquietudes de muchos arqueólogos.

—¿Eran amantes?

Huni asintió, enarcando las cejas.

—De todos es sabido que cuando alguien accede a la corona, convirtiéndose en monarca, ejerce los derechos pertinentes a todos los reyes de Egipto, por ende, tiene derecho a mantener relaciones sexuales con quien desee. Y sí, eran amantes, pero no solo en el terreno sexual. Guardaban celosamente un profundo sentimiento que solo los dioses sabían descifrar. Era un amor que nadie se lo podía arrebatar y hacía que en la distancia, debido a las obligaciones que cada uno tenía, se sintiesen con esa pasión que solo los amantes pueden entender. Juntos amaban sus cuerpos, un amanecer, el agua, los campos; juntos lo amaban todo.

Hizo que despertara esa pasión en mí por Nefertiti

«Cuánto la anhelo. Cómo echo de menos su lánguida y sensual voz que arrulla mis sentidos cada amanecer, cada paseo, cuando nos escapamos para comer a la sombra de un sicomoro y hacer el amor sobre la hierba fresca. Cuánto la echo de menos».

Huni pareció darse cuenta de mis pensamientos. Me dejó disfrutar ese momento de silencio y al cabo de unos minutos continuó:

—Los dos hicieron el mismo viaje que habéis hecho tú y Menaret, a diferencia que la reina Hatshepsut sabía a qué venía. Lo sabía porque así lo habían querido los dioses y estaba predestinado que un faraón visitara esta morada para conocer sus designios. Sin duda la eligieron a ella. Derrocharon todo su empeño en una elección que sabían, iba a ser difícil, pero necesitaban la ternura, pasión, feminidad y percepción de una mujer, unida a la intrepidez, sentimientos y la providencia de un hombre para llevar a buen recaudo la obra que habían comenzado ellos en los albores de los tiempos.

Estaba escuchando una pasión convertida en palabras, en boca

de Huni. Aunque no entendía muy bien lo qué decía y a dónde quería llegar con lo referente a Hatshepsut, cada vez que mencionaba a los dioses cerraba los parpados de sus ojos como si fuera una reverencia a un estado interior, a ese lugar de la mente donde reside lo no creíble.

—¿Qué obra?

Abrió los ojos, alzando la cabeza y mirando todo cuanto nos rodeaba. Acarició los pétalos de una pequeña florecilla que comenzaba a crecer, abriéndose paso entre la hierba.

—El equilibrio.

—¿Universal?

—Humano-contestó

Lo dijo con un tono de desazón.

—Entonces-comenté—, arduo trabajo tendrán los dioses si quieren unir a la raza humana.

Imaginé las miles y miles de guerras repartidas por todo el planeta a través de los tiempos, los odios, rencillas y celos que provocan inútiles muertes por la envidia y la codicia. Huni dilató lentamente la comisura de sus labios.

—Los dioses que visitan esta humilde morada, los mensajeros y obreros que planifican el orden en el cosmos por disposición del Grande, de la fuerza infinita e inagotable más poderosa que jamás haya existido, Amón, Dios entre los dioses, dispusieron un equilibrio que fue irrumpido por la malignidad que caló en el alma de aquellos que convirtieron su mundo en un caos. Percíbelo, Nafer; el río tiene que volver a su cauce, el rebaño conducido y las almas purificadas.

Se me estaba escapando de las manos toda esa parafernalia teológica. Huni había comenzado a direccionar una conversación que no sabía si tenía algo que ver con mi presencia en aquel lugar. Hablaba del Omnipotente Amón, del equilibrio humano. «¿Qué quiere decir con todo eso? ¿Por qué me da la impresión que no solo son historias lo que me está contando, sino que de forma subliminal hace que me sienta partícipe de ellas?» Hablaba de Dios, de una fuerza que repercutía en el equilibrio del ser humano. ¿A qué se refería con el equilibrio?

—¿De qué manera estaba involucrada la reina con este lugar?

El tema comenzaba a interesarme, ya que podía descubrir

alguna nueva faceta de la reina Hatshepsut, por pequeña que fuera, y adjuntarlo a todo lo que sabía de ella gracias al esmerado trabajo de muchos arqueólogos que, como yo, habían sentido una especial predilección por esa mujer llena de fuerza y valor.

—Ella solo sabía que tenía que venir. Una vez aquí, se introdujo en el recinto sagrado, aquel —señaló una entrada que estaba situada a unos treinta metros a la derecha del hogar donde habíamos pasado la noche—. Allí pernoctó las primeras horas que persiguen al alba, mientras Senmut, apostado a la entrada, se dedicó a hacer el boceto para la construcción de la pequeña réplica del templo que hoy sirve de pedestal para cobijar las espadas de la unión de Egipto —volvió a cerrar los ojos, haciendo ver que las espadas eran objetos sagrados, que pertenecían a los dioses y eran las reliquias que una estirpe de guardianes había velado, dedicándose en cuerpo y alma a su protección.

—¿Se sabe lo qué hizo ahí adentro?

—Solo ella y los dioses lo saben. La esencia de la conversación que mantuvieron se quedó en esa cámara, con el único propósito de llevar a buen recaudo la misión que le tenían encomendada. La reina se limitó a cumplir su empresa sin otro objetivo que agasajar a los dioses y permitir que a través de ella, iniciaran la igualdad mística de todas las castas.

«La igualdad mística ¿Qué está diciendo?».

Hablaba de esa parte de la teología que trata de la unión íntima del hombre con la divinidad. No hablaba de Egipto, sino del ser humano en general. Daba por hecho que eran palabras propias de un Oráculo, de alguien que en cierta manera mantenía sus conversaciones con los dioses para subsanar la vida de algún desesperado con problemas, o como era en este caso, hacer que todo el mundo pensara y actuara con una misma inclinación.

Hasta ahí me esforcé por estar de acuerdo y conforme con su imposible empresa, pero ¿Qué pintaba yo en todo eso?

Negué con la cabeza, mientras mis pensamientos intentaban conectar con algo coherente, con alguna lógica que me ubicase en ese lugar, aunque por otro lado ya estaba aburrido de hacerme constantemente las mismas preguntas que me eclipsaban por momentos en el día a día, en ese regalo de estar viviendo en la época que siempre había soñado y que por algún motivo, algo o

alguien me había concedido.

Pensé en el día que crucé la puerta para llegar a ese espacio del tiempo, el mismo día que perdí el colgante y tiempo después, Tut me mostró aquel haz de luz que lo transportó hasta el naos del santuario de Amón. Pensé en la magia, en esa que habita dentro de cada uno, haciendo lo ficticio en realidad y lo incomprensible en natural. Ya había visto y sentido en carne propia esa fuerza, aun así, no sabía si estaba preparado para lo que estaba aconteciendo desde que partí con Menaret hacia ese oasis amurallado donde me encontraba, y con quien me hallaba. Aún faltaba algo por saber, algo que me corroía las entrañas y el viejo Oráculo lo sabía. Parecía un examen de conciencia o el juego del gato y el ratón, así que rompí el silencio un tanto incomodo por la ansiedad que se estaba apoderando de mí.

—¡Por todos los dioses! ¿Cómo llegó este escarabeo a sus manos?

Sabía que de nuevo iba a sonreír, esperando esa pregunta o alguna otra similar.

—Al salir del recinto sagrado, la reina en compañía de Senmut se acercó hasta aquí con el único propósito de tomar para sí lo que Horus le había regalado. Hizo que Senmut, con un certero golpe de cincel —señaló el lateral de la concavidad más grande que mostraba la piedra—, obtuviese lo que había venido a buscar: un fragmento con el cual ella misma talló los escarabeos que poseéis tú y mi joven Tutankamón —ante mi rostro de perplejidad, guardó unos segundos de silencio—. Y en este de aquí —señaló la concavidad más pequeña—, fue Horus quien, con el beneplácito de Amón, obtuvo la pequeña piedra que tuviste entre tus manos junto a la espada, y que los dioses concedieron poder para derrocar a su hermano Sethén: el subyugador de Egipto.

—¡Joooder! —Prorrumpí con una susurrante exclamación.

«El escarabeo, mi tatarabuelo ¿Qué pintaba él en todo esto? Mi madre —rememoré aquella conversación telefónica que mantuve con ella-me contó que mi bisabuela fue con su padre a Egipto. ¿A qué? ¿Cómo obtuvo este colgante? ¿Por qué Hatshepsut había calado tanto en mis pensamientos desde que era un niño? ¿Se debía a que ese pequeño amuleto que acariciaba entre mis manos había estado tan cerca de mí desde el día que nací? Yo que pensaba que se

trataba de una bagatela comprada en algún tenderete ambulante, y sin embargo, era el mayor de los regalos que me podían hacer: un escarabeo tallado por la reina Hatshepsut».

Lo pensaba, pero aún no me lo podía creer.

Recordé también aquella conversación con Tut, diciéndome que la reina Hatshepsut hizo un pacto con la diosa Isis y el Dios Amón, entregándole estos el amuleto que él poseía. Sin duda había cierta similitud con lo que Huni me acababa de contar, solo que no le entregaron unos amuletos que sin más le pertenecían, sino que fue ella misma quien los talló.

Huni me dejó inmerso en esos pensamientos, sabiendo que me debatía con todo un elenco de vacilaciones. Acto seguido se levantó, sacudió su túnica con las manos y golpeó suavemente mi hombro en un gesto fraternal.

—Continuemos —dijo.

Al levantarme, vi cómo Menaret nos saludaba con la mano. Estaba desnuda, salía del pequeño estanque y la luz que entraba por esa enorme chimenea hacía brillar su cuerpo humedecido antes de cubrirse con una túnica de lino, ensalzando unos pechos turgentes y marcando su figura con deleite y arrogancia, como si acabara de ser esculpida por unas habilidosas manos sin otro fin que plasmar la belleza de un cuerpo femenino. Temai aún permanecía en el estanque, chapoteando suavemente el agua con las manos para que su cuerpo sintiera la acuosa ingravidez.

Tomamos de nuevo el camino del que nos habíamos apartado para llegar a la roca azul. Me regodeé con el inmenso jardín que emergía a espaldas del árido desierto, oculto en aquella concavidad, morada del Oráculo y de los dioses. Nos acercamos a un grupo de sauces y sicomoros que daban sombra a una explanada de hierba y todo un enjambre de pequeñas flores con diferentes colores. En el centro, se alzaba un altar de color oscuro cuya superficie era plana y rectangular, mientras que los laterales caían al suelo en forma redondeada, como si una enorme bola hundida hasta la mitad en la tierra, hubiera sido pulida en la zona alta para poder depositar objetos sagrados sobre ella.

El altar estaba vacío.

Mientras mis ojos se acostumbraban a aquel sombrío lugar, pude apreciar con la suave luz que se filtraba entre los árboles que, al

girar sobre el altar, el material que lo componía mostraba irisados colores que se difuminaban y emergían según me movía de un lugar a otro. Huni sonreía al verme mover la cabeza. Quedé impactado por aquel juego de colores que revoloteaban impresos en esa pulida mole. Me acerqué y la toqué suavemente. Era metal. Su tacto, cálido y agradable, me incitaba a acariciarlo mientras Huni se acercaba a la roca metálica. Con un paño que saco de su cintura, limpió el imperceptible polvo depositado en su superficie.

—Nafer, toma el escarabeo en tu mano.

Sin mediar palabra me lo quité del cuello, obedeciendo sus palabras. Ignoraba lo qué pretendía, pero Huni me infundía tanto respeto y admiración que no podía negarle nada. Jamás alguien había calado en mi vida tanto y en tan corto espacio de tiempo como lo había hecho él. Por momentos me sentía como un acólito, desmigajando y absorbiendo toda su sabiduría acumulada durante tantos años.

Se lo iba a entregar, pero indicó con la mano la superficie del altar.

—Deposítalo aquí.

Iba a dejar el escarabeo encima del altar, cuando Huni hizo un gesto para que me detuviera.

—¡No! Deposítalo aquí —recalcó— pero en el interior de tu mano.

No entendí lo qué quería decir. ¿Cómo iba a depositar el colgante sobre la superficie si no quería que lo separase de mi mano? Tal vez fuera una expresión o un juego de palabras que no llegué a entender, así que, envolví el escarabeo en la mano y apoyé los nudillos encima de la negra y pulida superficie.

Le miré, esperando una respuesta de negativa o aprobación. Asintió y me di por satisfecho. Carecía de una lógica aparente el gesto que me había indicado hacer, sin embargo allí estaba, mirándole a sus azules ojos que parecían destellos en aquel sombrío lugar. Él me miró y comenzó a ensanchar la comisura de sus labios. Solo consiguió confundirme en esa ridícula postura que había adoptado por orden suya. Con un ligero desdén de incomprensión, volví la mirada hacia el punto donde tenía apoyada la mano. Ante mi sorpresa, solo pude gritar.

—¡Huni! ¡Huni!

XIV

—¡Huni!

Deseé más que nada en ese momento, ver a Menaret aparecer entre los árboles y acudir a mi auxilio, ya que Huni parecía estar petrificado.

Mi mano cerrada con el amuleto en su interior, estaba dentro de aquella bola de metal negro. La había engullido mientras miraba a Huni. Solo sobresalía en la superficie el suave fleco que utilizaba para anudármelo al cuello. Intenté tirar hacia atrás, pero me tenía apresado y apenas la sentía, como si se hubieran entumecido los músculos de mi brazo. No aprecié dolor, ni frío ni calor. La pulida superficie que rodeaba mi muñeca parecía haberse convertido en metal líquido, ya que ondeaba como cuando se tira una piedra a las aguas tranquilas de un remanso. Dejé de hacer presión para intentar sacar la mano, y entonces volví a experimentar aquella sensación de control interior que viví en le pirámide del faraón Keops, en el templo de Hatshepsut y en el Sanctasanctórum del Dios Amón en Edfú cuando sujetaba la espada entre mis manos.

De nuevo fijé la vista en los ojos de Huni, pero ya sin miedo en mi mirada. Él lo notó. Deduje que la insistencia de Menaret por ir a ver al Oráculo no había sido un mero capricho, sino que estaba en el mismo camino que mi destino me tenía preparado desde el momento en que crucé la puerta en la capilla de la diosa Hathor para hacer mi alucinante y personal traslado en el tiempo.

Tal vez ese camino no comenzó ahí, sino el día en que mi madre me regaló el amuleto.

Me resultaba extraño pensar así por todo lo que me estaba sucediendo, pero daba la impresión de estar frente a una enorme pantalla de cine, regodeándome con alguna película de ciencia ficción. Sin embargo estaba allí, inmerso en una turbulencia de acontecimientos que mucho tenían que ver con la ficción, pero eran tan reales como la vida misma. Ya estaba acostumbrado a sentirme por escasos momentos, tanto con una arrolladora fuerza interior que elevaba mi persona hasta el confín de la morada celestial, como que me debatía en un limbo de perplejidades enigmáticas que me hundían en un agitado y tempestuoso mar de confusión.

En la profunda mirada de Huni, concebí la necesidad de que él era el responsable de calmar las turbulentas aguas que se agitaban en mi interior. Durante ese lapso de tiempo, el cual había mantenido un reto de miradas con el Oráculo, supe que no le estaba viendo a él, sino a su interior. Se estaba preparando para un nuevo reto, algo que me iba permitir rellenar las lagunas que se habían formado desde tiempo atrás.

En ese lapso de reflexión, volví a mirar hacia el altar de metal negro. Sin tan siquiera poder apreciarlo ni sentir el más mínimo roce sobre mi mano, la vi que yacía apoyada de nuevo sobre la superficie. El cordoncillo pendía por un lateral mientras mis dedos abrazaban aquel amuleto que mi madre me regaló.

—Huni...

No exclamé su nombre como anteriormente lo había hecho, pidiendo auxilio. No lo atiborré a preguntas que tal vez no podía o no quería contestar. Solo pronuncié su nombre en un lánguido susurro, exigiendo una explicación que en ese momento estaba obligado a darme. Vi que su rostro estaba estático, compungido. El único signo vital era una lágrima que recorría por su mejilla hasta caer en la hierba. Así permaneció unos segundos.

Tomó aire y se frotó los ojos con la palma de las manos.

—Nafer, eres hijo... tú eres... eres...

Al salir de la arboleda, miré hacia arriba.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —dije un tanto confuso.

Acababa de entrar en esa explanada poco después de que despuntara el alba, y al salir, el cielo empezaba a mostrar los primeros síntomas de un purpureo atardecer. ¿Había entrado en un estado de somnolencia, hipnótico? ¿Qué me estaba ocurriendo?

Huni no estaba capacitado en ese momento para darme una explicación, así que, a paso lento, lo llevé hasta su morada y lo tumbé sobre un mullido colchón de algodón para que descansara de su visible y extenuado agotamiento. Menaret se acercó, portando entre sus manos una bandeja con dos vasos de una humeante y aromática infusión recién hecha.

—Toma, Nafer, te sentará bien.

Negué con la cabeza, pidiéndole que se encargara de Huni. Fue en ese momento cuando aprecié en el Oráculo su avanzada edad. Con los ojos entrecerrados asió mi muñeca con las escasas fuerzas que poseía, forzando con dificultad la musculatura de su cara para dejar asomar una débil sonrisa. Me encaminé hacia la puerta y salí por el angosto desfiladero hasta el exterior de la montaña. Solo quería apreciar aquel atardecer que se difuminaba entre el purpura intenso y el azul turquesa. Al cabo de un rato, Menaret vino a hacerme compañía. Traía en la misma bandeja dos vasos de infusión y algo de fruta fresca.

—Menaret —musité en el silencio de ese hermoso crepúsculo— ¿Tiene algo que ver mi madre con todo esto?

—¿Por qué?

Su tono de voz fue como un suave murmullo, intentando quitarle importancia a la propia pregunta.

—Cuando estaba con Huni en la explanada, ocurrió algo —cogí un vaso de infusión y di un lento y largo trago—. Me dijo: eres hijo de... No pudo terminar la frase. Parecía ahogarse en sus propias palabras. De nuevo te pregunto, ¿tiene algo que ver mi madre con...?

—¡No!

Fue tajante y rápida en su contestación. Cogí uva fresca de la bandeja para saciar el apetito que mi estomago clamaba por falta de alimento.

—¿Entonces...?

Mi pregunta pareció perderse en el aire con las estrellas que ya brillaban con toda su intensidad. Colocó una mano sobre mi brazo y comenzó a acariciarlo con lentitud.

—Gran Padre no se refiere a tu madre con lo que ha dicho, sino a la esencia de la sangre que navega por los ríos de tu cuerpo. Comprende Nafer que yo no pueda decirte nada más. Él es el que debe mostrar a su voluntad cada acto con el único designio que ordenan los dioses.

No quise involucrarla más, haciendo que se sintiera mal. Conocía sus limitaciones a la hora de hablar de ciertos temas, sobre todo, relacionados con Huni. En su rostro vi sufrimiento porque sabía que yo no lo estaba pasando bien, que estaba cargado de vacilaciones y ella era la responsable en cierto modo de verme así. Sentí lastima al verla con esa aflicción, acaricié sus cabellos, le di un beso en la mejilla con lentitud, absorbiendo la fragancia de su piel, y nos dispusimos a dar un corto paseo por las inmediaciones de la montaña. Mientras, el azul del cielo iba dando paso a una estrellada noche, comandada por una débil luna que tímidamente se dejaba ver en su fase menguante.

Ya en el interior, Huni descansaba emitiendo un suave ronquido en aquella silenciosa morada donde los dioses velaban por él. Sabía que el sueño no se apoderaría de mí hasta altas horas de la noche, así que, tumbado en el camastro, me dediqué a observar aquellos extraños signos que junto con los jeroglíficos estaban impresos en la columnata que adornaba la amplia y distintiva habitación. Volví a rebuscar en mi memoria dónde los había visto con anterioridad, hasta que las imágenes de las columnas se fueron borrando de mi retina, dando paso a un profundo sueño donde apenas escuchaba el lento goteo de la clepsidra que marcaba las horas nocturnas.

Esa noche pude retener el recuerdo de un sueño en movimiento. Estaba golpeando lentamente con mi pie el arenoso suelo de la cima de una montaña en medio del desierto, como si estuviera llevando el ritmo de alguna melodía que vino a mi memoria. Era de noche, y ante mí se alzaba el altar de metal oscuro, cubierto en su superficie por cientos de lamparillas que, con su centelleante luz, iluminaban con refulgentes colores la espada de Horus que portaba en mi mano, apoyando la punta contra la tierra. No sabía por qué golpeaba incesantemente el suelo con el pie, cuando a ambos lados se

irguieron dos enormes cobras hasta la altura de mi cabeza. Sus gruesos cuerpos ondeaban en el silencio de la noche al mismo ritmo que mi pie. Fue como si estuviéramos emulando con nuestro cuerpo el latido de la montaña, sintiendo cómo su respiración erizaba el vello de mi cuerpo y lo hacía bambolear en una sensual danza la escarlata llama de las lamparillas. Una de las cobras comenzó a golpearme con su cabeza en el hombro, mientras que la otra se fue acercando lentamente y, entre sibilantes susurros, logró decir mi nombre repetidas veces.

—Nafer, Nafer, Nafer.

No estaba acostumbrado a sentir esa extraña sensación en la que mi memoria retenía las imágenes en movimiento, tan lúcidas, que lograban confundirme con la realidad. El cuerpo de Huni parecía haberse cargado de fuerza, convirtiéndolo de nuevo en un ser ágil y enérgico que rezumaba una jovial frescura, inusual en una persona de su edad.

—Hoy te entregarás a los dioses —dijo con total naturalidad.

«Aún no quiero morir».

—¿A qué te refieres?

Elevó los hombros, estiró los brazos y mostró las palmas de sus manos hacia arriba. Parecía dar por hecho que yo sabía a qué se refería. Me quedé mirándolo, esperando una contestación. Pasaron unos segundos y debió advertir algún rasgo de desconsuelo en mis ojos, porque contrajo su indiferente semblante, dejando asomar una graciosa sonrisa entre sus labios. Sonrisa que no hizo otra cosa que irritarme.

—Hoy te llevaré al santuario, al interior de este recinto donde los dioses se manifiestan en forma de susurros para que Egipto impere en la grandeza a través de su pueblo. Yo tan solo soy un humilde y agradecido portador de sus auspicios.

Miré hacia lo alto de esa enorme garganta donde penetraba la luz a raudales, escuchando el agudo canto de un halcón que jugaba en las alturas, dando círculos a ras de la cúspide y ejecutando hermosas acrobacias sin apenas mover las alas.

Después de un gratificante baño en el pequeño estanque, y un suculento desayuno donde Menaret insistía en que comiera hasta saciar por completo mi estomago, supuse que la jornada en el santuario iba a ser larga y carente de alimentos. Antes de franquear la entrada al Sanctasanctórum, volví a mirar al cielo y allí seguía el enorme halcón, dando vueltas y más vueltas con el majestuoso vuelo del símbolo viviente con el cual se representa al dios con cuerpo de hombre y cabeza de halcón: Horus. Por un momento dudé ante la iniciativa de entrar en esa cámara y exponerme a saber qué me podía ocurrir, o a olvidarme de todo, coger mis escasas pertenencias y encauzar el camino de regreso en compañía de *Furia* hacia la ciudad de Tebas.

Olvide mis miedos y ganó la curiosidad.

«Parece recién pintado y cincelado».

Acaricié con la mano los bajorrelieves que iban acompañados con dibujos de vivos colores y jeroglíficos que se esparcían por las dos paredes y buena parte de techo. No supe por qué, pero no me extrañó ver exactamente la misma representación que la del pasadizo que descendía al santuario de Horus en Edfú, dividida en las diferentes fases donde se apreciaba la larga contienda llevada a cabo por los dos hermanos: Horus y Sethén.

Huni caminaba lentamente para permitirme observar con deleite el amplio mural que parecía representar a los diferentes personajes y hechos acaecidos a lo largo de la historia en las primeras dinastías de Egipto. Faraones ya olvidados, batallas que dejaron viudas e hijos de campesinos que eran reclutados a la fuerza sin tener una previa educación militar, y que las únicas armas e instrucciones de combate eran sus aperos de labranza contra la tierra que les daba de comer. Miraba a una y otra pared sin querer perder detalle en las inscripciones y dibujos que casi hablaban por sí solos. En medio de dos filas de divinidades, en el techo se ilustraba con decoro el grupo de las constelaciones circumpolares: Isis Dyamut, el hipopótamo, identificado por algunos como la representación del Dragón. El toro Mesjetiu, que representa a la osa mayor y se encontraba ubicado en

el centro, y a la izquierda del conjunto, el león. También varias estrellas, entre ellas Sothis o Sirio, cuya aparición marcaba la crecida del Nilo y el inicio del calendario egipcio.

Casi al finalizar el largo corredor, en la pared izquierda había una representación diferente a todas las que estaban dibujadas en esos muros, incluso el estilo nada tenía que ver con los otros dibujos. Con trazos más curvilíneos y rasgos que se asemejaban más a la pintura realista que a la egipcia, resaltaban cuatro figuras de un mismo hombre con los brazos extendidos. Una en posición vertical, la otra invertida, como si fuera el reflejo en un espejo, y las otras dos, perpendiculares a estas. Las cuatro figuras formaban una cruz, unidas por los pies en un pequeño círculo que se podía leer la palabra «Ibram». Los cuatro dibujos parecían pertenecer a una misma persona. Sin duda, el artista se esmeró con empeño en dar a cada figura el mismo rostro.

El dibujo representaba a un hombre corpulento, de nariz prominente, ojos rasgados y un potente cuello que sujetaba una recia cabeza con mentón varonil y firme. En cada mano derecha, portaban un pequeño cayado, y en la izquierda, un flagelador; objetos que simbolizaban el poder de los hijos de Horus. Con ellos, cada faraón se presentaba ante su pueblo, haciendo ver que era el pastor que los conduce a una tierra fértil, prospera y llena de vida, protegiéndolos ante cualquier adversidad.

—Es el padre de los Oráculos —dijo Huni en aquel sepulcral silencio—. Él fue el primero en recibir las palabras de Amón, y preparó al siguiente fiel para convertirlo en Oráculo hasta llegar a mí. El próximo, será Temai, y así, generación tras generación, siempre se honrarán las palabras del Dios de dioses.

—¿Su nombre es Ibram? —pregunté con curiosidad al ver la inscripción en el pequeño círculo.

Huni se acercó y colocó una mano sobre mi hombro, contemplando ese dibujo que seguramente había visto miles de veces.

—Ibraaam —le dio una entonación prolongada—. Padre de los Oráculos y patriarca espiritual que dogmatizó la fe de los hombres hacia el Dios Amón.

Continué asintiendo a sus explicaciones hasta que un pensamiento me paralizó, cortándome casi la respiración.

—¡Abraham! —sonó de forma similar a como lo había pronunciado Huni—, ¿el Abraham… que tuvo un hijo con una sirvienta egipcia llamada Agar, y otro con su esposa Sara?

Huni sonrió

—Ismael e Isaac. Los hijos de los cuales nacieron los descendientes que propagaron la fe de Amón. Solo que bajo la misma palabra de Amón, la fe siguió siendo la misma, pero… los hombres que eran hermanos se convertirán en enemigos, lucharán entre ellos y se tambaleará el equilibrio que rige el canon impuesto por Dios.

Eso quería decir con lo del equilibrio del hombre. Se refería a la fe de la misma manera que se refería a Dios como ser supremo en una religión monoteísta, no como uno más entre la cohorte celestial. El resto de los dioses que afloraban la vida de los egipcios, venía a ser como los santos en la cristiandad, una dosis de fuerza y moral para el alma y un vehículo con el propósito de atender a sus ruegos; cada uno para una función específica, ya fuera la salud, protección para un hijo, para un buen parto, el amor, o para que los campos reciban los dones necesarios para una buena cosecha.

Mientras continuaba observando la figura de Abraham en la pared, seguía inmerso en mis cavilaciones sobre lo que Huni acababa de decir, hasta que me di cuenta de que no hablaba de tiempos pasados, ni tan siquiera presentes, sino futuros.

—¿Por qué hablas de hechos que aún no han acontecido?

De nuevo sus mejillas se ensancharon, mostrando una desconcertante sonrisa. «¿Por qué estás jugando conmigo?» Parecía que disfrutaba poniéndome en esa tesitura de la cual conseguía irritarme y confundirme sobremanera.

—No son mis palabras —contestó—, sino las de Amón y Horus que hablan a través de mí.

Me hallaba totalmente anclado en una nave incapaz de gobernar, no obstante, presentía cada vez con más fuerza que tenía que estar ahí, en compañía del viejo Oráculo que solo pretendía iluminar un camino cegado por mi ignorancia. Me culpé por no querer asimilar una realidad desde el primer momento que vi el colgante de Tutankamón, expuesto en aquella pequeña vitrina del museo de El Cairo, que era exactamente igual al que pendía de mi cuello. Por eso, y todo el periplo de acontecimientos que habían

ocurrido desde ese día.

En mi interior no dejaba de pensar en la absurda casualidad, sabiendo que no se trataba de eso, sino que mi camino había sido el causante de haberse cruzado con un destino del cual nadie me había preparado. ¿O sí? Tal vez todo pertenecía a una iniciación y se tenía que ejecutar de la manera que se estaba haciendo, pero, ¿por qué? Era la pregunta que me perseguía sin cesar, para la cual jamás obtenía respuesta.

Un soplo de aire frío entró por el pasadizo, haciendo sin poder evitarlo que me estremeciera de los pies a la cabeza.

El techo estaba dibujado con constelaciones acompañadas de esos extraños signos que había visto junto a los jeroglíficos, y que no cesaba de buscar en mi memoria dónde los había visto con anterioridad. Tal vez en Tebas, en Ajetatón, en alguna otra cámara... No, no era en ese lado del tiempo donde los había visto. ¿Tal vez en el museo arqueológico de El Cairo, en la tienda de Amer, en el taller de Ricardo? Por más que quería obstinarme en recordar, no logré ubicar el momento en que aparecieron por primera vez esos signos.

Huni, con las manos entrelazadas a la espalda, perseguía con su mirada todo aquello que mis ojos examinaban a lo largo del techo y paredes de aquel amplio corredor. Constantemente me fijaba en el muro del fondo que cerraba la galería, donde refulgía el brillo de un triángulo dorado que llamaba poderosamente mi atención. La iluminación no solo se esparcía a nivel del suelo, sino que el gran mural estaba flanqueado por unas lamparillas a derecha e izquierda, sujetas a la pared. Otras pendían del techo, bamboleándose con el suave viento que entraba del exterior. Los últimos metros de la pared izquierda estaban dedicados a Horus. Dividido en dos cuadrantes, en uno se podía ver a unas cuantas personas arracimadas alrededor de una espada con los brazos en alto, clamando a su general Horus que se alzaba ante ellos desde la cima de una montaña. Este, miraba hacia arriba con los brazos estirados, como a la espera de querer recibir algo. Miré por toda la pared con la intención de encontrar lo que Horus ansiaba recoger. No lo entendí hasta que levanté la vista hacia el techo, viendo tres triángulos dorados de menor tamaño que el de la pared opuesta. Este triángulo lo portaba Amón. Con los brazos estirados, parecía

entregárselo a Horus bajo el clamor o la imploración de los fieles que estaban a sus pies.

Miré a Huni con cara de interrogación.

—¿Qué significa?

Asintió, esperando la pregunta.

—El poder de la fe que Amón entregó a Ibram, y Horus tendrá que preservar para mantener su equilibrio.

Huni se refería a la fe como la esencia del ser humano, como el cordón umbilical que une lo divino con lo terrenal, el yo profundo, la fuerza omnipresente, el equilibrio de una balanza que rige la propia existencia de las personas.

De reojo vi la sombra de una figura producida por la luz de las lamparillas, escuchando entre el eco de las paredes el delicado tintineo de unas pisadas que se acercaban hasta nosotros. Era Menaret. Abrió los brazos y se abalanzó hacia mí en un abrazo que me cortó la respiración.

—¿Qué ocurre, Menaret?

Seguía aferrada a mi cuello. Apenas pude escuchar sus palabras entrecortadas por sollozos.

—No, no, nada, estoy bien.

Aquel abrazo se asemejó a un gesto de despedida, y por un momento se estremecieron todos los músculos de mi cuerpo.

—¡Menaret!

Retiré su cabeza de mi pecho. Estaba llorando. Recogí sus lágrimas en lo más profundo de mi corazón, recordando aquel momento que la tuve entre mis brazos para darle el poco calor que recorría por mi cuerpo, bajo la manta en aquel agujero que nos salvó la vida del *aliento de Seth*.

Ella era un querubín en aquel arcano entresijo, un ángel mensajero que solo pretendía cumplir con las directrices de su estirpe, la de los guardianes de un símbolo que habían mantenido latente la espada que los liberó de un mundo gobernado por las tinieblas, por un hereje que iba en contra de las leyes de Amón.

Se soltó del abrazo aún con los ojos vidriosos. Sentí un beso en los labios, lento y cálido, y se fue, pareciendo deslizar los pies sobre el suelo del largo corredor mientras las llamas de las lamparillas bailaban a su paso. Me olvidé por un momento de dónde estaba, cuando al girarme, vi que Huni se había desplazado en silencio

hasta la pared del fondo. Me acerqué a él con el dulce sabor de los labios de Menaret. Había un triángulo dorado de la pared. Estaba sobre un extraño bajorrelieve pintado de color ocre en unas zonas, y azul verdoso en otras.

—¿Es el mismo triángulo que Amón entrega a Horus?

Huni limpió con la manga de su túnica el escaso polvo depositado sobre el triángulo.

—Sí. Es la pirámide de Amón.

—¡Vaya! La pirámide de Amón —expresé en la ignorancia de no saber a qué se refería—. Y… ¿estos extraños bajorrelieves?

Acaricié con la palma de la mano el contorno de la pirámide, deteniéndome en cada uno de sus tres vértices.

—Es el lugar donde los dioses enviaron las rocas desde la pradera celestial en los albores de los tiempos.

No entendí nada de lo que me estaba diciendo, pero algo llamó mi atención, haciéndome abrir los ojos para captar con nitidez aquel bajorrelieve que, iluminado en exceso por las lamparillas, empecé a ver con claridad el dibujo de un mapa sobre aquella pared.

—¡No puede ser!

Expresé entre susurros al darme cuenta de lo que tenía ante mí. Comencé a dibujar un mapa en mi mente, mientras pasaba con los dedos alrededor de la pirámide dorada. En la parte izquierda del cuadrante se podía ver el nordeste del continente africano, bañado por el Mar Mediterráneo, el Mar Rojo, incluso el sur de la isla de Chipre. Se apreciaba con total claridad el río Nilo, desde el curso que transcurre a través del Sudán hasta su desembocadura en el delta. Se considera que en las fuentes más remotas del Nilo se encuentra el río Kagera, en los territorios de Burundi y Ruanda. Siendo este el afluente más caudaloso del Lago victoria y, unido a otros afluentes, emprende un largo recorrido entre rápidos y cataratas para alimentar al Nilo por su paso en Egipto, considerándose una fuente espiritual. Crearon un dios dedicado al bienestar por la siempre agradecida inundación anual: el dios *Hapy*.

No me esforcé mucho para averiguar qué lugares pertenecían a cada ángulo de la pirámide: Sinaí, Iraq y Arabia Saudí.

En la parte superior izquierda del mural, una bola en llamas desprendía cinco rayos que se diseminaban en dirección al mapa

que tenía ante mí. Bien pudiera ser la iconografía del dios Atón, la que representa el sol con los rayos esparcidos sobre la tierra. También, por el tipo de llamas que parecía desprender la bola de fuego, moviéndose en una dirección y a gran velocidad, pudiera tratarse de algún meteorito después de entrar en la atmosfera y arder por la fricción con el aire. Al examinar con detenimiento los rayos que partían de dicha bola, que tendrían unos dos palmos de longitud, observé que tres de los rayos, más esparcidos que el resto, confrontaban en la dirección con cada uno de los ángulos de la pirámide de Amón. Los dos restantes descendían en paralelo. Casi rozándose y tan solo un poco más largos que los otros tres, iban en dirección a un punto del mapa marcado con un signo cónico al este del Nilo, donde nacía una finísima línea que tocaba la pirámide dorada. El signo cónico no podía representar, sino el lugar donde me encontraba: la morada del Oráculo y de los dioses.

De vez en cuando un ligero soplo de aire fresco penetraba por el corredor. Huni se prestaba estático y en silencio, haciéndome compañía mientras intentaba descifrar el significado de los últimos metros del pasadizo y la pared que tenía enfrente, cerniéndose ante mí como un complejo rompecabezas donde las piezas solo parecían encajar con la lógica de alguien preparado para entender los misterios divinos. Ese alguien era Huni. Por mucho que me esforzaba, no lograba sacar una conclusión clara de todo lo que estaba viendo.

Tras unos minutos en los que intenté averiguar algo sobre el mural, con la frustración de sentirme incapaz para ello, Huni se interpuso en mi visión ante el mapa con unos ojillos chispeantes, ávidos como todo buen profesor a transmitir y compartir sus conocimientos, esclareciendo cualquier duda a un interesado alumno con ganas de aprender. Como si fuera el guía en una excursión de turistas, comenzó a explicar con voz pausada la representación del mural.

—Pronto comenzará a debilitarse —señaló la pirámide de Amón —, y el odio embargará el alma de los fieles, haciendo que no se

reconozcan entre ellos, entre la creación de Amón, los hijos de Ibram —se mantuvo unos segundos en silencio, acariciando la pirámide dorada como si esta tuviera vida y deseara sentir el contacto del Oráculo—. La gran bola de fuego que los dioses enviaron a la tierra de Egipto, aquí, en este lugar, esparció la esencia del omnipotente a diferentes zonas donde el hombre tenía la necesidad de adorar a un dios por encima de todas las cosas. Una piedra, parte de esa esencia, se incrustó en la pared de esta montaña. Es la piedra azul de la cual fueron extraídos dos fragmentos: los escarabeos que talló minuciosamente la reina Hatshepsut, de los cuales tú llevas uno, y del otro fragmento, el que dio vida a la espada que portó entre sus manos mi benefactor el dios Horus. Aquí también, y solo en este lugar, cayó una ínfima porción del trono de Amón, la esfera metálica que ya conoces, con la cual Horus forjó las dos espadas que sirvieron para unir Egipto y, con ello, establecer un país del que Amón se pudiera sentir orgulloso.

Mientras hablaba, Huni moldeaba con sus manos un relato que parecía propio de un excéntrico sacerdote que tan solo tenía ojos para los dioses. Yo asentía, a veces con extrañeza para hacer que no se detuviera en aquella narración que me resultó un tanto confusa, aun así, quería saber cuál era la finalidad de ese mural que tenía ante mí, y qué relación guardaba conmigo todo aquel montaje del que Huni parecía disfrutar como un chiquillo en un parque de atracciones.

—Y las otras tres piedras ¿dónde fueron a parar? —pregunté sin retirar la mirada de sus ojos.

—Una fue a parar aquí, la de color ocre —señaló la zona sur de la península del Sinaí—. Está cobijada en una escarpada montaña que los dioses designaron como punto clave a sus propósitos. El otro lugar en el cual fue a ubicarse la segunda piedra, esta de color negro, se halla aquí —recorrió el mural con el dedo hasta fijarlo en la zona sur de la península de Arabia, lugar que según mis conocimientos geográficos correspondía a la meca, Ciudad natal de Mahoma, la más importante de todas las ciudades santas del Islam.

El tema comenzó a despertar en mí un interés que me obligó a acercarme un poco más a Huni para no perder detalle de sus explicaciones. Él se percató de mi avidez por querer captar su

relato, haciendo que mientras hablaba no pudiera reprimir una sonrisilla que dejó asomar a través de sus labios.

—Y la última —continuó—, no menos importante, fue recibida en este lugar —indicó la punta más alta de la pirámide de Amón. Geográficamente correspondía a un territorio en el interior de Iraq —. Esta de color verde, se utilizó para que Amón hablara a través de ella a Ibram, asignándole como patriota espiritual y difusor de las palabras que escuchó apenas siendo un niño. De la misma manera le encomendó viajar a tierras lejanas para fundar un único pensamiento, haciéndole cumplir una serie de misiones y obras para perpetuar sus palabras.

Sin duda, ese último lugar era Ur de los Caldeos.

En un momento de silencio en el que Huni parecía esperar un bombardeo de preguntas sobre lo que acababa de escuchar, fui recopilando en mi memoria los datos de historia antigua que siempre me habían fascinado desde la niñez, sobre todo del mundo egipcio y todo lo que tuviera que ver con ello. Sin duda, Abraham se encontraba en esos datos y, por lo visto, mucho tenía que ver con el mural que se hallaba ante mí.

Una agradable excitación empezó a recorrerme el cuerpo al estar en ese lugar, en compañía de Huni, atento como un colegial a un relato que desprendía un encantador misterio, consiguiendo olvidar por unos momentos ese fantasma que se cernía con las innumerables preguntas sobre mi existencia en el antiguo Egipto. Me sentía eufórico. Todo había cambiado en cuestión de segundos. Abraham era la pieza angular de las principales religiones: musulmana, cristiana, y judaica. El patriarca de una fe divulgada entre gran parte del planeta. ¿Qué significaba la pirámide de Amón para el equilibrio de la fe? Las piedras tal vez fueran objetos simbólicos con los que fieles creyentes eximían sus pecados, o sin más sentían la necesidad de encauzarse en una peregrinación para abrazar la fe, pero ¿por qué esa forma piramidal para llamar a sus fieles?

De repente, y ante la absurda pregunta que acababa de formular en un excitante mutismo, apareció en mi mente el color de cada una de las tres piedras.

La piedra verde caída en Ur de Caldea, fue utilizada según Huni para que Amón hablara a través de ella a Abraham. La piedra negra

caída en la Meca, podía ser la que según los musulmanes, transportó el patriarca con la ayuda de su hijo Ismael hasta el lugar donde se encuentra la Kaaba, lugar sagrado y de peregrinación religiosa más importante del Islam. La Kaaba descansa en el centro del gran patio de la mezquita Masjid al-Haram. Un patio rodeado de pórticos y claustros donde se pueden llegar a concentrar más de treinta mil personas, llamadas por la voz del muecín a la oración desde cualquiera de los siete enormes minaretes. Según la tradición, la piedra negra fue entregada a Abraham por el ángel Gabriel y colocada junto con su Hijo Ismael en la esquina oriental de la Kaaba, cuando terminaron de construirla por mandato de Alá. Dicha piedra, rodeada por un anillo de plata, debe ser besada con unción, nunca con adoración. Tan solo si se quiere, se puede tocar para prestar juramento de fidelidad y obediencia a Dios.

Y por último la piedra ocre, la que fue a parar a una montaña al sur del Sinaí, al lugar donde Moisés, en el Éxodo, se detuvo durante cuarenta días y cuarenta noches. En ese periodo, Dios le reveló los escritos en dos tablas de piedra que contenían los Diez Mandamientos.

«¡Por todos los cielos! Esa fue la piedra con la cual se confeccionaron las tablas de la ley de Dios!».

En ese lugar, a más de mil quinientos metros de altitud, se encuentra el Monasterio de Santa Catalina, en la boca de un cañón de difícil acceso a los pies del Monte Sinaí. Fue construido por orden el Emperador Justiniano entre el 527 y el 565 d.C. y se edificó alrededor de la que se considera la zarza ardiente de Moisés. Lugar sagrado para las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam, el monasterio contiene una valiosa biblioteca que guarda la segunda colección más extensa de códices y manuscritos del mundo, solo superada en número de ejemplares por la Biblioteca Vaticana. Mosaicos, iconos rusos y griegos, pinturas encáusticas, ornamentos religiosos, cálices y relicarios, magnifican la riqueza cultural del monasterio.

Iba a formular alguna pregunta al respecto de mis cavilaciones, cuando Huni extendió una mano, haciendo un ademán con la cabeza para que lo siguiera. Entre la representación de las cuatro figuras de Abraham, y el mapa esculpido en la pared con la pirámide de Amón, no me había percatado de un pasillo que giraba

a la izquierda, cuyas dimensiones eran inferiores al amplio corredor donde nos hallábamos. De unos once o doce metros de largo, apenas estaba iluminado por seis lamparillas entre las dos paredes y una al fondo. Carecía de cualquier tipo de representación, ya fueran dibujos, jeroglíficos o bajorrelieves. Sus paredes lisa, parecían haber sido pulidas durante siglos hasta dejarlas con un brillo impoluto, haciendo que nuestras siluetas se reflejaran como fantasmas perdidos entre aquella tenue iluminación.

Al llegar a la pared del fondo, franqueamos una entrada a la derecha que daba acceso a una amplia e iluminada estancia.

—Este es el Recinto Sagrado —las palabras de Huni rebotaron en las paredes, creando un eco espiritual y atrayente.

Parecía ser la oficina de trabajo de Huni.

De unos quince metros de largo por siete de ancho, la cámara estaba atiborrada con estanterías de madera, repletas de papiros. Una extensa mesa a la izquierda de la entrada, junto con una silla cuyas patas simulaban las de un león, estaba colmada con todo tipo de utensilios que bien pudiera llevar encima cualquier escriba. Dos lámparas de aceite sobre un soporte de piedra, en el centro de la mesa, servían a Huni para iluminar las interminables horas que, seguramente, habría dedicado para transmitir las palabras de los dioses a través de la escritura. Sin darle importancia, paseé la vista sobre un papiro extendido en la mesa. Parecía ser el último trabajo en el que Huni estaba inmerso.

Continué regodeándome por aquella cámara que carecía de ostentación, sin embargo, poseía un aura que lo engrandecía como el más lujoso de los palacios. Dos camas al fondo de la sala, servirían para descanso en el adoctrinamiento que Huni profesaba con Temai para convertirlo en su sucesor como oráculo. Al lado de la mesa, en un hueco soterrado en el suelo, un ingente manojo de papiros vírgenes preservaba la humedad necesaria para ser utilizados en los próximos trabajos del Oráculo. Todo parecía estar en perfecta armonía, bajo un riguroso orden; envidia de cualquier bibliotecario a lo largo de todos los tiempos. A la derecha, en una esquina, se alzaba un pequeño altar de piedra, cubierto con pétalos de varios colores a los pies de una estatuilla que representaba a Amón. La vaporosa iluminación de una lámpara era propicia para sumirse en la oración y rendir culto a los dioses, previa purificación

con el agua que contenía un aguamanil de cerámica azul. Me acerqué a la mesa mientras Huni, desde el fondo de la cámara, se cambiaba de túnica. Era más cómoda y vistosa, adornada con unos trazos de color azul, ocre, negro, y verde; los mismos colores de las piedras que según él fueron lanzadas por los dioses desde la gran pradera celestial.

—Fernando.

Mi nombre rebotó en las paredes de la cámara con un limpio timbre de voz.

«Me estoy volviendo loco».

Estaba despierto, y hacía tanto tiempo que no escuchaba mi nombre, que me dio la sensación de estar sumido en un sueño, en una pesadilla, imaginando que mis neuronas estaban empezando a sentirse afectadas por el traslado en el tiempo, haciendo que las alucinaciones fueran tan reales como que estaba allí mismo. Sin fuerzas me dejé caer en la silla, presa de una debilidad física y mental. Con la mirada casi turbia, a la espera de recobrar algo de vigor y sentirme en condiciones de poder enfocar la vista en toda su plenitud, miré el papiro depositado sobre la mesa. Solo una cuarta parte de la hoja estaba inscrita, pero en un instante comencé a verlo todo con claridad.

Un fogonazo, producto de la memoria, se plasmó en mi retina. Era el papiro que, sin saber cómo, había ido a parar a manos de Ricardo y que pude contemplar en las fotografías que me mostró en aquella cafetería de El Cairo.

—Fernando.

Me giré con brusquedad. Ahora la voz era más cercana, familiar. Solo Huni estaba en la dirección en que mi vista proyectaba un campo visual para intentar encontrar a alguien que supiera llamarme por ese nombre.

«¿Qué estoy haciendo?».

En esa cámara, solo estábamos Huni y yo. Lo miré inquisitivamente. Estaba estirándose las mangas de la túnica que se había vestido, entretanto, asentía detrás de una mirada contraída en

un gesto de ternura.

—Fernando —volvió a repetir.

—¡Maldito seas!

Fue más un desahogo de rabia que un sentimiento. Se percató de mi ira e impidió que me levantase de la silla, colocándome una mano sobre el hombro. Volví a mirar el papiro que descansaba sobre la mesa. Noté el contacto de Huni, sintiendo cómo los músculos de mi cuerpo perdían la tensión necesaria para sujetarme el cuerpo, cuando en un punto del papiro, bajo una visibilidad cada vez más borrosa y oscura, pude leer en texto jeroglífico un nombre: Nafer.

Quise hablar, pero mi boca estaba seca como las arenas del desierto. Huni, en un fraternal acto de conciliación, me llevó el cuenco a los labios y pude saciar la sequedad que se había apoderado de mi boca.

—¡Huni! ¿Cómo...?

—Sí, lo sé y lo siento.

—¿Cómo que lo sientes? ¿Cómo has sabido mi nombre y...desde cuándo?

Posó una mano en mi brazo.

—Siempre lo he sabido.

Hice un ademán de desembarazarme de él, pero mis escasas fuerzas me lo impidieron.

—Y ¿por qué no...?

—Porque los dioses así lo han querido. Limpia la mente de tus miedos, y purifícate entre los grandes.

«¿Qué me está diciendo?».

Colocó una mano sobre mi cabeza, mientras que sus últimas palabras se perdían entre el eco de la cámara y el silencio de la oscuridad.

Estaba sentado en una sala de espera del Hospital de Navarra, al lado de una mujer de avanzada edad que sollozaba rezos, mientras sus dedos acariciaban incesantemente un crucifijo que le pendía del cuello.

«¿Qué hago aquí? Esto...esto ya lo he vivido».

Sabía que estaba postrado en un camastro de la montaña de los dioses. Sentía la presencia de Huni aunque no lo veía, pero al mismo tiempo notaba cómo mis piernas temblaban en aquella sala de espera. Tenía trece años, y estaba esperando a que mi mejor amigo saliera de la unidad de vigilancia intensiva del hospital, para ser trasladado a una habitación después de haber pasado dos días en estado inconsciente. Todo ocurrió al finalizar los exámenes de nuestro último ciclo de enseñanza básica. Estábamos eufóricos ante unas vacaciones de verano que se presentaban de lo más variopinto, donde los sueños de adulto querían despuntar en unas mentes pubescentes.

Al bajar las escaleras de la escuela, mi amigo Jose había sido víctima de una zancadilla, cual autor era el machito del grupo de bravucones de clase que, como siempre, intentaban ridiculizar a cualquier estudiante que se pusiera en medio de su camino. Jose, a punto de trastabillar, agarró de la solapa al locuaz bromista en un intento de mantener el equilibrio, sin obtener el resultado deseado. Los dos cayeron de los cuatro últimos escalones que les separaba para llegar al descansillo. Ante las risas del resto de alumnos que comenzaron a arracimarse en torno a una posible pelea, el machito puso todo su empeño en propinar un certero golpe en el mentón de mi amigo.

Jose siempre había sido pacifico y bonachón, pero esos días no estaba pasando por una de las mejores etapas de su vida, así que, eufórico por el alboroto y el ridículo, comenzó a agredir al unisonó de una jadeante respiración y el galope de su corazón que parecía el retumbar de un martillo neumático contra el asfalto.

¡«Jose, Jose»! Grité al tiempo que intentaba separarlo del títere que tenía bajo él, y que ya apenas daba muestras de defenderse. ¡«Jose»! Volví a gritar, sacando todas mis fuerzas para lograr alzarlo, propinándole un empujón con la intención de retirarlo de su víctima que se cubría el rostro con los brazos. Ese fue el causante de mi dolor, ese empujón con el que intenté apaciguar una pelea que ya estaba acabada pero que aún seguían enzarzados. Debido a mi descontrolada tensión y a la fortaleza de Jose, puse demasiado énfasis en un empujón que descargué con rabia, haciendo que se tambaleara y cayera entre la multitud, con el infortunio de que su

cabeza fuera a parar contra el borde del primer escalón que ascendía a las aulas.

Nadie podía separarme de él en aquella habitación del hospital, en la que redimí mi culpa, prometiendo un voto de no violencia. Al cabo de unos días se recuperó y todo volvió a la normalidad, acrecentando una amistad que aunque ya estaba consolidada, se forjó un vínculo que no existía adversidad que pudiera separarlo.

De repente sentí cómo me elevaba, henchido, puro. Era una sensación extraña, como si me hubiera desprendido de una enorme carga emocional que llevaba a cuestas desde hacía tiempo. Era un momento sublime. Mientras veía mi cuerpo tumbado en la cama de esa solitaria cámara, una fuerza extraña me envolvía, llevándome a través de un espacio carente de luz y sonido. Una percepción ultrasensorial me anunciaba que estaba en un espacio tridimensional. Los sentidos físicos a los que estaba acostumbrado, carecían de toda lógica en ese viaje que me estaba dejando transportar a merced de algo superior a todo lo que había conocido, inclusive a las experiencias que había vivido desde el primer día que pisé Egipto.

Continué sujeto a ese misterioso aura que me mantenía flotando en un espacio de paz, en una armonía donde la perfección parecía pertenecer al entorno que me envolvía. A sabiendas de dónde estaba mi cuerpo, pensé que mi mente se hallaba aburrida y buscaba otros horizontes para divertirse, aprovechando que podía recordar un sueño tan placentero como el que estaba teniendo.

Quise despertar, pero me fue imposible.

«¿Esto es un sueño? No. ¡Santo cielo! ¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo mover un músculo de mi cuerpo? Tal vez esté expuesto a algún tipo de toxina producida por todo lo que hay en esta sala, y mi organismo es incapaz de asimilarla, llevándome a un estado de inconsciencia, pero...».

Debatiéndome en una realidad inexistente sin tener una explicación empírica, volví de nuevo a ese espacio en que mi voluntad carecía de fuerza. Estaba solo, sin embargo no me sentí

así. Sabía que aquel aura pletórico de fuerza era mi fiel compañero en ese viaje, en esa nueva aventura donde comencé a sentir un yo diferente, algo que me estaba haciendo cada vez más y más fuerte a nivel interior. En ese momento que me estaba colmando de su energía, el aura desapareció, como si supiera que ya no necesitaba su protección, dejándome al amparo de esa fuerza que iba creciendo con una intensidad arrolladora hasta tal punto que pude sentirme físicamente, incluso escuchar el ritmo del corazón que me impulsaba en cada latido hacia un nuevo espacio.

«La nada». Fue la primera impresión que pasó por mi mente.

Era un espacio infinito, carente de luz, de vida. Nada, no había nada que me indujera a saber dónde me encontraba. Solo me permitía avanzar como una pompa de jabón a merced de viento, sin rumbo. No supe calcular el tiempo que permanecí así, cuando a lo lejos, y era la primera percepción visual que tuve desde que inicié ese «viaje», una nebulosa me atraía irremediablemente como si fuera un potente imán. Ya no tenía control sobre mí en ese espacio-tiempo que viví durante no sé cuántos minutos, tal vez horas, no lo supe.

Conforme me acercaba, la nebulosa se dejó mostrar como una enorme espiral, como un enorme muelle que soportaba las vibraciones de aquel espacio para que no se desmoronara. A la velocidad que me movía, la espiral se hizo cada vez más grande hasta absorberme por completo, y sin voluntad, quedar atrapado en un espacio donde pude apreciar las distancias que me rodeaban. Había entrado en un nuevo universo, inmenso, visible, con una luz que parecía provenir de cada partícula que me envolvía. Continuaba flotando, sin embargo la fuerza que regía mi destino me había dado una tregua, desacelerando la vertiginosa velocidad para poder admirar aquel maravilloso y nuevo espacio que tenía ante mí. La nebulosa parecía respirar, sintiendo cómo una suave brisa desplegaba sus encantos en tenues olas que provocaban cambios de luz, haciendo que las partículas mutaran en suaves colores que se difuminaban a mi paso. Podía ver todo un paraíso onírico mientras flotaba en la ingravidez de ese espacio que me albergaba, incluso escuchar el susurro de un viento que parecía hablar para acompañarme en esa soledad.

No sentí miedo, ni me preguntaba por qué estaba allí. Era algo

nuevo, placentero, cargado de una fuerza que jamás había experimentado, ni tan siquiera imaginar que pudiera existir algo que mínimamente se asemejara. Me dejé mecer como en los brazos de una madre, tan solo eso, me dejé mecer.

Resonó una y otra vez en mi memoria las palabras de Huni, que poco antes de partir hacia ese nuevo viaje había pronunciado. ¿Quién era Huni? No era cierto que los dioses le habían transmitido mi nombre. ¿Por qué había esperado hasta ese momento para decírmelo? ¿Qué sabía de mi traslado en el tiempo?

«El futuro de cada persona está escrito», había oído en más de una ocasión a lo largo de mi aventurada vida. Si era así ¿dónde figuraban los caracteres que a disposición de un ser superior, narraban mi destino? «Tal vez estoy muerto y vagando por el limbo a la espera de ser juzgado ante los jueces celestiales» No. Estaba vivo. No supe cómo, pero estaba vivo. Permanecía ligado a mi cuerpo físico, de eso estaba seguro porque lo sentía yacido en el camastro de aquella cámara, y algo parecido a un cordón umbilical nos mantenía unidos en un mismo ser. El tiempo era algo que no existía en ese espacio. Podía haber pasado un minuto, una hora, o tal vez una semana. No sentía la necesidad de controlarlo mientras estaba allí, en ese lugar ingrávido que era benévolo conmigo, regalándome parte de su energía.

Continué vagando por la nebulosa, mientras, me percaté que iba siendo atraído hacia una imagen lejana y borrosa. La velocidad con la que me movía en aquel espacio iba perdiendo fuerza, hasta que la imagen comenzó a tomar forma. Siete enormes pilonos se interponían en mi camino. Me detuve en seco a escasos metros de ellos, sin posibilidad de avanzar o retroceder. Cada uno de los pilonos poseía un pequeño acceso de entrada en el centro, lo justo para poder penetrar una persona.

«Siete pilonos en medio de la nada ¿qué es esto, una prueba? ¿Tengo que elegir una de las siete aberturas para poder continuar, o aquí se acaba todo?».

No me planteé tomar una decisión para elegir por dónde tenía

que entrar. Me coloqué en el pilono central, hice amago de avanzar y lo que parecía retenerme se esfumó, dejándome en plena libertad. Miré a ambos lados sin cuestionarme tan siquiera si había elegido la puerta correcta, y me introduje con total naturalidad. El acceso era un pequeño corredor de unos seis metros, la anchura que correspondía al pilono. Al final de ese tramo, un nuevo espacio se presentaba ante mí. Ya no había partículas luminiscentes, ni aire que las moviera, permitiendo formar olas entre ellas. De nuevo la oscuridad. En el último metro de ese pequeño pasadizo, quise detenerme, pero la negrura me succionaba como una boca sedienta ante una jarra de cerveza fresca en una tarde de verano. Unos centímetros más, y de nuevo me hallaría en un nuevo espacio que, sin temor, se presentaba como un reto al que tenía que enfrentarme sin saber si me deparaba algún tipo de prueba, o se trataba del final de ese alocado paseo.

Era consciente de todo lo que me estaba ocurriendo desde que caí sumido en ese profundo...sueño. Más que un sueño, era una fase atemporal, como si careciera del tiempo pero no del espacio. Una fase que permitía desprenderme del cuerpo físico, tan elevada que, no solamente me dejaba tener a flor de piel los cinco sentidos, sino que un sexto eclipsaba a todos ellos con una fuerza tan intensa que me hacía sentir un ser sumamente frágil y fuerte a la vez, mortal ante el designio de los dioses, e inmortal en aquel universo.

Con gran esfuerzo abrí los ojos ante la caricia de unas manos que se deslizaban por mis mejillas. A escasos centímetros tenía el rostro más bello que los dioses me permitían contemplar.

—Nef...

Quería rozar su piel con la palma de la mano, pero me era imposible. No tenía la fuerza necesaria ni tan siquiera para articular una palabra, sin embargo, su sonrisa hizo que no desesperara en el intento de tenerla entre mis brazos, abrazándola con la imaginación. La tenía tan cerca que podía oler la fragancia natural que desprendía su piel. ¿Qué hacía Nefertiti en la morada terrenal de los dioses? ¿Cuánto tiempo llevaba inmerso en ese espacio tan placentero?

Tan solo pude sentir el roce de sus labios en los míos, cuando mi visión se vio de nuevo en aquel estrecho y corto pasadizo del pilono, esperando el momento para cruzar a un nuevo espacio y ver

qué me deparaba. Respiré hondo, como el que va a zambullirse a pulmón libre en las profundidades de un océano, y de nuevo sentí esa ingravidez cálida y oscura en un desconocido universo. Como si hubiera dado un paso desde la cornisa de un alto rascacielos, caí al vacio, a un vacio en el que parecía existir la gravedad y un suelo invisible me succionaba para estrellarme contra él.

«¿Qué significa todo esto? ¿Acaso voy a ir a caer a las puertas del infierno para verme cara a cara con el mismísimo Sethén?».

Continuaba cayendo cuando noté una ligera presión en el brazo.

Era Huni. Estaba a mi lado en aquel universo de oscuridad, vestido con la misma túnica que portaba los colores de las piedras que lanzaron los dioses sobre la tierra. La caída fue menguando de velocidad hasta detenernos casi en seco, como si estuviéramos pendidos de un paracaídas que se acababa de abrir. Huni continuaba en contacto conmigo. Asentía tras una afable sonrisa; supe entonces que había sido mi guía, el portavoz de mi destino, el engranaje más pequeño e importante que movía una maquinaria dirigida por los dioses.

¿Cuál era la forma con la que se presentaba un dios? ¿De qué se componía la fuerza que me suspendía en ese espacio, ahora en compañía de Huni? Tal vez estaba dentro del mismo Dios, de su etéreo cuerpo que permitía cobijarme como el feto en el vientre de una madre, alimentándome a través de un cordón umbilical con la fuerza cósmica, con la esencia de la vida. En el transcurso de mi existencia en el antiguo Egipto, la palabra dios había adquirido en mí un valor diferente, cercano, personal. Los dioses estaban presentes en cualquier conversación por banal que esta fuera, incluso por momentos se podía sentir su presencia en sublimes oratorios y en ofrendas que no tenían otro fin, que sentirse correspondido con un aura que envolvía la estancia cuando se pronunciaba su nombre.

—«Fernando, sígueme».

Solo Huni parecía poseer el derecho de decir mi verdadero nombre, sin embargo, no movió los labios al hacerlo. El poder de la palabra estaba inmerso en el pensamiento, sonando diáfana como el matinal trinar de los pajarillos en las riberas del Nilo.

—«¿Dónde me llevas?» Pensé con la gratitud de tenerlo tan cerca.

—«A Arum —contestó—, al recinto de los hijos de Horus».

Había escuchado mi pensamiento. Estábamos hablando telepáticamente en aquel universo donde los sonidos se evaporaban, mezclados con la tenue negrura que acaparaba mi campo visual. Sin embargo, Huni parecía refulgir con una luminosidad procedente de los mismísimos tentáculos de Ra. Giró sobre sí mismo y comenzó a deslizarse en un vuelo soberbio que parecía dominar con la destreza de un halcón. Yo, a su lado, me sentía irremediablemente catapultado por una fuerza que nos impulsaba como el viento del norte, surcando las aguas del Nilo.

Huni señaló el lugar de nuestro destino: Arum.

Un punto luminoso emergía al lado de algo que se asemejaba a una serpiente, reptando por aquel universo donde comencé a ver difuminadas olas de colores que me recordaban a una aurora boreal. Al acercarnos, pude contemplar ante mi estupor que la serpiente era la silueta de algo que conocía muy bien: el río Nilo. Lo veía de la misma manera que estaba impreso en mi memoria; con los afluentes que lo alimentaban para crear una densa vegetación a ambas orillas y los brazos que despuntaban en el delta para morir sus aguas en el Mediterráneo. Pero no había nada más, ni las extensas praderas de arena que colmaban los áridos desiertos. Tan solo agua, vegetación y un canal que se adentraba desde la orilla oriental, cuya espesura, sembrada de arboles, llegaba hasta el punto luminoso que había visto con anterioridad.

El enclave era la morada de Huni, allí donde reposaba mi cuerpo físico. Conforme nos acercábamos, ese punto de luz se fue convirtiendo en una enorme pirámide, como si la hubieran colocado encima de la montaña horadada por los dioses. Si durante mi traslado en el tiempo había perpetrado en una fase cuatridimensional, valiéndome de la curvatura del tiempo para llegar miles de años atrás, en el mismo lugar, ¿dónde me encontraba ahora? Tenía la certeza de que no era un sueño. ¿Era acaso una nueva fase, un universo metafísico? Tal vez. Fuera lo que fuese, solo quería experimentarlo. Desconocía el alma de la física, pero me daba la impresión de estar en un universo dentro de otro universo. ¿Podía ser posible tal quimera? Quizá la mente me proyectaba una visión, fruto de los recuerdos que desde mi niñez había alojado en mi corazón, de esa tierra que me había acogido

como un hijo. Pero era todo tan real, tan falto de ficción, que disuadí mis pensamientos para no volverme loco y continuar al amparo de lo que me deparaba el destino.

«Si tengo que estar aquí será por algún motivo. Alguien tendrá que explicarme lo que tanto anhelo desde que llegó el amuleto a mis manos».

Descendimos hasta la base de la pirámide, donde la luz de sus paredes había cambiado hasta darles un matiz dorado.

«La pirámide de Amón».

Fue lo primero que pensé. ¿Quién es Amón? ¿Qué es Amón? ¿Cómo es Amón?

Mis pies tocaron el suelo, volviendo a una plácida realidad. Nos encaminamos por un sendero de fina arena hasta llegar a un pilono a varios metros de la pirámide. Al franquearlo por una estrecha abertura, se extendió un paseo escoltado por esfinges con el suelo enlosado por lajas de piedra de un níveo blanquecino.

—El séptimo pilono —dijo Huni con aire triunfal

—¿Como...? —pregunté abstraído ante la hermosura del entorno y el brillo que refulgía la pirámide dorada.

—El séptimo pilono —repitió Huni con ese aire de orgullo no solo en sus palabras, sino también en su mirada—. El que tú elegiste, el único que te podía traer a la pirámide de Amón, al recinto donde reside la grandeza de todas las dinastías de Egipto. Entremos.

—Huni, ¿qué me voy a encontrar ahí adentro?

Se detuvo, mostró una sonrisa ante la esperada pregunta, y a través de su penetrante mirada casi pude adivinar la respuesta.

—Solo con los ojos de tu corazón podrás ver lo que cobija la pirámide de Amón. Tu mente está a la altura de ellos. Deja que absorba la esencia de cada uno, y disfruta de su presencia.

Me estremecí al pensar que dentro de la pirámide pudiera haber gente, que alguien más aparte de nosotros, estuviera implicado en esa onírica o real dimensión que, por fuerza mayor, me veía implicado. No tenía incertidumbre en mis pensamientos, solo deseaba llegar al término de ese juego que alguien había comenzado sin contar conmigo.

—¿Quiénes son ellos?

Huni me animó a continuar

—Vamos, los hijos de Horus nos esperan.

XV

Al acercarme al lugar donde se encontraba Huni, un súbito impacto de admiración hizo que me quedara helado y estático, como una estatua esculpida en el centro de un iceberg. No fue la gente lo que me fascinó, sino la pirámide: estaba hueca. Las paredes interiores estaban decoradas con aspectos florales de las orillas del Nilo, unos pocos jeroglíficos y el resto, que era lo que más abundaba, los extraños signos que según Huni era la escritura de los dioses. Desde la entrada, contemplé absorto aquel recinto que no dejaba de impactarme por su belleza. Siete estanques bordeados por un pequeño jardín cada uno, se desplegaban esparcidos por el lugar y conectados entre sí por unos arcos de piedra, cuyos bajorrelieves representaban a todos los animales que habitaban a ambas orillas del Nilo, incluso dentro de él. En el centro de cada estanque, emergía una bola de color negro que me resultó familiar. Parecía tener la misma forma y estructura que el altar situado en la explanada de la morada de Huni. Desde el suelo hasta el vértice de la pirámide, una enorme columna redondeada de unos cinco metros de diámetro, emergía como si fuera el pilar que sujetaba toda la estructura.

Diez o doce escalones descendían desde la puerta de entrada hasta el piso donde se encontraban todas aquellas personas. Todos estaban de pie. Unos charlaban en pequeños grupos, otros paseaban alrededor de algún estanque, pero la gran mayoría nos observaba.

—¿Quiénes son? —pregunté al Oráculo con cierta inquietud ante sus miradas.

Huni comenzó a bajar los escalones.

—Te están esperando, Nafer.

Ya no pronunció mi nombre. Continué adherido en el primero de los escalones, ante los risueños rostros que me invitaban a descender.

—¿Qué estás diciendo, de qué va todo esto? No me dejes aquí.

Se detuvo en el descenso, sonrió y me hizo un ademán con la cabeza para que le siguiera. Volví a mirar a las personas que poco a poco comenzaron a enmudecer sus comentarios, hasta que el silencio se adueñó de todo el recinto. El estupor que me embargó, hizo que dejara de mirarlos tal y como lo estaba haciendo para empezar a observarlos. Todos parecían hombres, de distintas edades, alturas, razas, y vestimentas. Unos iban ataviados a la última moda de Egipto, con faldellines o túnicas bellamente decoradas con vivos colores, otros, se engalanaban con corazas en el pecho que les otorgaba un aire de distinción militar. Era una ambigua mezcla que compaginaba la sencillez con la elegancia. Faldellines fabricados con flecos de piel, o corazas fabricadas de cuero con alguna incrustación de pequeñas piedras preciosas, aportaban, aunque algo rudimentario, cierta clase de realeza un tanto primitiva.

Descendí al lado de Huni sin apartar la mirada de aquellas personas que escrutaban cada uno de mis movimientos. Me sentía como un político, intentando dar un mitin desde lo alto de un estrado sin saber lo qué decir, de hecho, ni sabía lo qué pintaba ahí. En altura, sobrepasaba a todos los allí reunidos, a excepción de un coloso que se acercaba desde el final del recinto, el cual me pasaba unos centímetros.

Conforme avanzaba hacia nosotros, vi en sus rasgos algo familiar, algo que enseguida rememoré en lo más profundo de mi subconsciente al tenerlo a escasos metros de mí.

«No puede ser».

Una extraña sensación invadió mi cuerpo.

Claro que me era familiar. Esa imagen me acompañaba desde la niñez. Esa, junto a la de Huni y alguna que otra, eran los únicos recuerdos que guardaba de los sueños nocturnos que a lo largo de

varios años aparecían cada quince de Septiembre. Imágenes de rostros estáticos que me hablaban con su mirada. Rostros que agregué a ese particular rincón de mi cerebro donde se hallaban todas aquellas personas que por un motivo u otro, me hacían sentir bien. Pertenecían al elenco de mi familia, de mis mejores amigos, aunque egoístamente, tan solo yo sabía de su existencia. No podía compartir algo que nadie más podía ver.

Cuando se acercó lo pude ver en toda su magnitud. Era imponente, no solo en altura sino en su estructural cuerpo. Sus fornidas piernas divisadas a través de un faldellín fabricado con tiras de cuero, sujetaban un musculoso tronco que terminaba en unos hombros anchos y firmes. De nariz recta, amplia sonrisa de labios finos y unos grandes y rasgados ojos color negro, completaban un varonil rostro cuyo ondulado y alborotado cabello descansaba sobre sus hombros, sujetos a la frente por una fina tira de piel.

Se colocó frente a mí. Durante unos segundos permaneció en silencio. Él y Huni cruzaron una mirada de camaradería, como si ya se conocieran desde hacía tiempo. De nuevo posó su mirada en mis ojos, sonrió al tiempo que asentía con la cabeza, y tras unos segundos emitió una carcajada que resonó en todo el interior de la pirámide. Acto seguido, su mano descansó sobre mi hombro en un gesto de amistad.

—Sé bienvenido a Arum, amigo Nafer.

«Me conoce».

—Sabes mi nombre, sin embargo desconozco el tuyo.

Emitió una suave carcajada mientras nos acercábamos al grupo de gente.

—Todo a su tiempo, hijo. Pronto empezarás a comprender...

Sonreí al escuchar la palabra hijo. Tan solo era algo mayor que yo y me trataba con cierto aire paternal.

—¿Dónde estamos? ¿Qué hago en este lugar? —pregunté con la impaciencia de sentirme observado por tantas personas.

—En Arum —respondió—. El lugar que alberga el poder de la existencia de Egipto. En cuanto a ti, te estábamos esperando. ¡Ven! —Nos dirigimos hacia el centro de la pirámide—, enseguida conocerás a cuantos nos rodean, pero antes quiero presentarte a alguien-me llevó ante un hombre de similares características a las

suyas, de mi altura, pero con un cuerpo más fornido—. Este es mi hijo Moahdyi, el guardián y primer rey de entre todos los reyes.

Por lo visto trataba a todo el mundo con la misma familiaridad, aunque era más joven que su… supuesto hijo. Con una ligera inclinación de cabeza sin retirar la mirada, Moahdyi se llevó la palma de la mano a la altura de corazón.

—Al igual que mi padre, te doy la bienvenida, fiel hermano Nafer.

«Vaya, o están todos locos, o pertenezco a una familia numerosa y me estoy enterando ahora».

«¿Por qué fiel hermano Nafer?».

Esas palabras me perseguían hasta el mismísimo confín del universo.

—Gracias —correspondí cortésmente—. Es un orgullo para mí estar aquí, en este lugar que rebosa belleza allá donde miro.

Volvió a inclinar la cabeza en un gesto de agradecimiento, como si fuera el anfitrión de ese singular recinto. En realidad no tenía idea de dónde estaba, así que me dejé llevar por la circunstancia de hallarme en ese mundo que nada tenía que ver con el mío. Sentí una extraña sensación al estar en medio de todas aquellas personas que, por algún motivo, supe que estaba rodeado de personajes de gran relevancia, de gente de alta alcurnia que habían sido citados en Arum por algún motivo de suma importancia, aunque sus rostros rebosaban la humildad del más humilde.

Fue presentándome a todos y cada uno de los allí presentes en un tiempo que se me hizo extremadamente corto. Todos tenían una frase o unas palabras que hicieron enriquecer mi vocabulario de cortesía, incluso los formalismos de presentación; era común la ligera inclinación de cabeza. Unos la acompañaban llevándose la palma de la mano al corazón, otros, con el puño cerrado, pero la mayoría se servía del contacto, colocándome una o las dos manos en el brazo, en los hombros, incluso tocando mi pecho justo a la altura del corazón.

Moahdyi nos acompañaba en cada presentación, como si compartiera el anfitrionado con aquel que aún desconocía su nombre.

Desde que comencé a saludar a cada uno de los allí reunidos, una sonrisa de añoranza fue creciendo en mis labios. Recordé que

con doce años me propuse aprender los nombres de los faraones de todas las dinastías. Fue un reto personal, pero al final los pude retener en mi memoria. No los guardaba clasificados por años de reinado, sino por dinastías. El aprendizaje se convirtió en un juego que hizo interesarme por la vida de cada uno, por lo menos aquellos de los que había constancia, gracias a los trabajos de tantos arqueólogos y egiptólogos que habían escudriñado cada papiro o piedra que caía en sus manos, haciendo una biografía, aunque fuera escueta, de los principales personajes que habían existido en el país de los faraones.

Mi sonrisa crecía poco a poco, porque todos los presentes llevaban los nombres de aquellos faraones que aprendí en mi pubertad: Den, Aha, Semerjet, que pertenecían a la primera dinastía, o Snefru, Khufu (Keops), Khaefra (Kefrén), Menkaura (Micerinos), de cuyo reinado dejaron latentes las pirámides erigidas en la meseta de Gizeh. También se hacían llamar Salitis o Apofis, faraones que reinaron en la turbulenta invasión de los Hicsos. Kamose, Ahmosis, Mentuhotep, Intef, Neferkare. Todos tenían nombres de faraones, pero hubo uno con ojos tristes que me hizo fruncir el ceño en un gesto de incertidumbre: Akhenatón.

No fue el nombre lo que llamó mi atención, sino sus rasgos. Nefertiti me los había descrito una mañana que fuimos a navegar por el Nilo, y coincidían en su totalidad con la figura que tenía delante de mí: un cuerpo andrógino con una escultura general delgada, hombros estrechos y un vientre caído y prominente. Su mirada era lánguida, pero sus gruesos labios parecían poseer la tesura de una eterna y natural sonrisa.

Quise preguntarle si era él, pero no pude…

—Ja…, ja, ja… ja, ja, ja…

Cerré los ojos sin poder evitar una estruendosa carcajada. Todo se sumió en el más absoluto silencio.

«Es un sueño, todo esto es un sueño. Dios mío, cómo no me he dado cuenta antes. No estoy acostumbrado a soñar, y no sé diferenciar un sueño de la realidad. ¿Acaso estoy enfermo, tumbado en el camastro de la cámara donde Huni trabaja y alucino a causa de alguna fiebre? Tiene que ser eso, estoy convencido, pero ¿qué me ocurre?».

El silencio continuaba reinando en mi interior. Todo era

autentico, pensé mientras fui volviendo poco a poco a una realidad que pude sentir el rubor ante todas aquellas personas. Aquel tiempo que había tardado en memorizar los nombres de todos los faraones, había aflorado en mi memoria de forma extraña, poniendo ahora rostros a cada uno de ellos y en un lugar que siempre me había impuesto cierto respeto por su colosal construcción: una pirámide.

Con los ojos todavía cerrados, sentí de nuevo unas delicadas manos sobre mi rostro.

«Oh, Nefertiti».

Abrí los ojos y los volví a cerrar, como el niño que con ese gesto simula esconderse tras una cortina para no ser visto, o fingir que en su oscuridad se hace invisible a todo lo que le rodea. Respiré hondo y los volví a abrir. Un agradable rostro femenino se hallaba ante mí, acariciando mis mejillas con sus delicadas manos. Hice un impropio barrido con la vista, y pude ver que todo seguía igual. Decenas de rostros mirándome en silencio, expectantes ante una reacción un tanto infantil.

El rubor se disipó con las agradables caricias de la mujer que tenía delante.

—¿Quién... quién eres? —murmuré un tanto perplejo ante la confusa realidad que mi mente había provocado.

«Oh, Dios».

El rostro que tenía ante mí, también me era familiar. Me acompañaba desde la niñez en esos sueños de los que tan solo podía recordar estáticas figuras que aparecían y desaparecían, dejando una recóndita huella en mi memoria. Me atusó el cabello en un gesto maternal, haciendo que sintiera la calidez y fragancia de sus suaves manos.

—Mi nombre es Hatshepsut.

Deslizó las manos por mis hombros, hasta llevarlas a la altura del corazón y tomar el amuleto que acarició con los dedos. Dejó escapar una lágrima que recorrió hasta su boca, mostrando una preciosa sonrisa que hizo marcar los finos pliegues de su rostro.

—¡¿Hatshepsut?!

—¿Sabes quién soy? —preguntó tímidamente entre susurros que sonaban con un melifluo timbre musical.

—Y...¿Quién no lo sabe?

La pregunta quedó en el aire. Ella la contestó con una mirada de

orgullo a través de sus cristalinos ojos color miel.

«Estoy… estoy en la Gran Pradera celestial donde habitan aquellos que gobernaron Egipto: los grandes entre los grandes».

De entre todos los allí reunidos, los faraones que habían glorificado la tierra de Egipto durante cientos de años, ella…ella era la reina que más profundamente había penetrado en mis pensamientos, por ser mujer y llegar hasta donde llegó, por el arrojo y la pasión que entregó en su reinado, por emularse como hombre sin perder la identidad como mujer, por perpetuar la paz en sus años de gloria y marcar un antes y un después en la tierra de los faraones.

Instintivamente rodeé su cintura con mi brazo, alejándonos entre el gentío hasta un ángulo de la pirámide donde se hallaba uno de los siete estanques. Los rostros de los faraones dejaron de perseguirnos con sus miradas para volverse a reunir en grupos y proseguir con las conversaciones, tal y como los había visto por primera vez.

Mi anfitrión se limitó a sonreír con un gesto de asentimiento.

Hatshepsut no deslumbraba en hermosura, pero poseía un bello rostro cargado de un magnetismo picaresco, a la vez que cautivador. No era de ojos grandes ni rasgados, pero de su mirada emanaba una poderosa fuerza capaz de mover regimientos con tan solo un parpadeo. Su redondeada cara era tersa, sin una sola arruga que delatase su edad madura; edad colmada de tantos y tantos avatares a lo largo de su vida.

—¿Y esa lagrima? —pregunté como si la conociera de toda la vida.

De nuevo acarició el amuleto entre sus dedos.

—Por esto —contestó—. Por el recuerdo, porque Isis y Horus así lo quisieron, porque yo… yo te hice venir.

—Que tu mente no se vea turbada por el designio de Amón.

Sentado a la orilla del estanque, levanté la cabeza y vi a mi anfitrión aún más colosal de lo que era. Hablaba con un gran carisma y serenidad en sus palabras.

—Tan solo estoy confuso —afirmé—. Confuso entre el sueño y la realidad, entre lo que ven mis ojos y dicta mi corazón. No sé si todo es...

—Lo es —sentenció el hombretón—. Es una realidad para ti, tanto como el escarabeo que llevas colgado de tu cuello.

Acaricié el amuleto para sentir su suave contacto. El anfitrión se sentó frente a nosotros, colocando de nuevo una mano sobre mi hombro.

—Pero...

—Si —me cortó las titubeantes palabras—. Sé que tu corazón alberga un mar de dudas que cualquier mortal se formularía durante toda su vida.

Abrí los ojos, temeroso de no querer escuchar más, sin embargo no podía reprimir el impulso de saber la realidad.

—¿Acaso... acaso estoy muerto? —pregunté.

Parecía disfrutar con mi temor ya que su sonrisa se ensanchó, posando la mirada en los ojos de Hatshepsut.

—El concepto de la muerte no existe en Arum —se apresuró a decir.

—Si ¿pero estoy muerto según el canon de los mortales?

El hombretón negó lentamente con la cabeza.

—No, no estás muerto —contestó la reina.

Nada tenía que ver con un sueño. Se asemejaba más con lo que había oído hablar de los viajes astrales, de un desdoblamiento del cuerpo y alma, de un fenómeno que permite despegar el cuerpo astral del físico, sin embargo, no solamente podía observar lo que me rodeaba sino que lo podía palpar. Permanecí un instante en silencio, intentando buscar una explicación del por qué estaba en Arum, rodeado de todos los faraones que habían dejado el mundo de los vivos, pero los datos que poseía sobre los dioses no respondían a tan exotérica pregunta.

—¿Por qué entonces me hallo entre vosotros, si estáis...?

El coloso me silenció, atusándose la melena mientras negaba con la cabeza.

—Como bien te he dicho, la muerte no existe entre nosotros. Es la inagotable esencia de la vida la que perdura en cada ser. Somos como gotas de agua en una fuente que Amón alimenta con la fuerza del universo, una fuerza que se nutre con la fe de los mortales para

conferir un equilibrio entre hombre y Dios.

«Qué está diciendo».

Sin entender apenas de qué me estaba hablando, recordé cuando Huni hizo referencia al equilibrio del ser humano, y si, empezaba a ver algo de luz en todo aquel galimatías, pero aún estaba sumergido en la más confusa oscuridad. Dejé que el destino se encargara de abrir un enorme ventanal para iluminar mi sombría existencia.

—¿Me estás diciendo —pregunté en un tono un tanto sarcástico- que los dioses se alimentan con la fe los hombres?

Hatshepsut, escondida tras una sonrisa, acarició mi brazo en un gesto cariñoso. Huni estaba al otro lado del estanque, manteniendo una apacible conversación con varios faraones.

—No se trata de nutrir —contestó el coloso—, sino de mantener el equilibrio. Por naturaleza propia en mayor o menor medida, la inquietud del hombre genera adversidad, envidia, recelo, odio, sin embargo, posee la enorme virtud de la fe. Fe a Dios, al sentimiento, a la propia existencia que habita en su interior y la conecta con la fuerza del universo. Esa fe es la que apacigua la ira y la convierte en una bocanada de aire fresco para el alma.

—Pero... ¿cómo hace que esa energía llegue al universo? —pregunté un tanto incrédulo.

El titán miró hacia arriba, extendiendo los brazos.

—Las pirámides. Ellas se encargan de canalizarla. Todas, absolutamente todas, tienen ese cometido. Cuando se forjó el mundo, los dioses moldearon montañas en forma de pirámide para ese fin. Con el tiempo, Amón vio que no eran suficientes, ya que la inquietud del mortal por descubrir nuevas tierras hizo que se desplazaran a lugares donde apenas Dios puso su mano para crearlas, y fue entonces, cuando encargó que el hombre las hiciera. Están repartidas por todo el mundo, fabricadas según las necesidades de cada lugar, pero todas, conservan el propósito de canalizar la energía y proyectarla al universo. Una vez enviada a la pradera de los dioses, estos se encargan de devolverla a las pirámides horizontales, las cuales proporcionan un manto que protege al alma de las adversidades de la tiniebla, de Seth, del mundo oscuro, pero...

—Si, como los campos magnéticos, las energías telúricas o la atracción de los polos —espeté eufórico, casi sarcástico— ¿por

quién me tomas? ¿Dónde quieres llegar con todo esto?

Chasqueó los dedos.

—¡Eso es! Todo es energía. No está ahí por casualidad. Pertenece al equilibrio sin el cual no existiría la vida, ya que nutren de fuerza para que el planeta gire en perfecta armonía, pero...la energía de la que te estoy hablando se encarga de fortalecer la unión del hombre con Dios.

Conocía las energías que le había mencionado, incluso Hatshepsut asentía ¿Cómo podía ser posible?

—Quien eres —pregunté confuso por sus palabras—. Aún no sé cuál es tu nombre.

Abrió los ojos como platos, y a continuación relajó toda la musculatura facial.

—Oh sí. Tendrás que perdonar mi tardanza. No sé en qué estaría pensando —permaneció unos segundos en silencio, mirándome fijamente a los ojos—. Mi nombre es Horus, hijo de Isis y Osiris.

«¡Horus, hijo de Isis y Osiris!».

Con esas palabras se había presentado aquel coloso que tenía ante mí. Horus, el dios Horus. Ese dios que estaba en boca de todos los egipcios, el padre de todos los faraones, hijo para los dioses y dios para los hombres. Aparte de su enorme corpulencia, tenía delante a una persona que, aun mostrando un fuerte carisma y el porte digno de un rey, sus ojos reflejaban la fuerza de un guerrero y la humildad de súbdito. En el silencio que continuó a las últimas palabras pronunciadas por el gigante, tuve tiempo suficiente para atar cabos, desde el día que mi madre me entregó el escarabeo hasta mi llegada a la morada de Huni en el desierto oriental de Edfú.

Recordé a Tarik, Amer, a Ricardo. Entrañables y desinteresados personajes que se habían visto involucrados en mi propia historia, y que sin ellos hubiera sido imposible haber vivido esa aventura en la que estaba inmerso. Recordé la extraña y vivificante experiencia que viví en la pirámide de Keops en compañía de Tarik, aquel momento mágico que, aterrorizado, disfruté en la capilla de Hathor,

ubicada en el templo de mi adorada Hatshepsut, sentada ahora a mi izquierda y sintiendo el calor de su grata compañía a través de la arrolladora mirada que desprendían sus ojos.

En ese corto silencio escuché el silbido de la flecha que impactó en mi espalda, y que Nemut, arraigado a un farreo patriotismo confuso, quiso acabar con la vida de mi joven hermano Tut. Rememoré el regreso del amuleto a mis manos en aquel haz de luz que Isis proyecto sobre el cielo de Tebas, y que para Tut solo se trataba de un juego. Ese escarabeo que la reina faraón había tallado con sus propias manos, y con la gracia de los dioses que lo habían envuelto con un poder capaz de hacerme viajar en el tiempo.

Presentía que estaba a punto de enterarme por fin del motivo por el cual estaba allí, en esa tierra y en ese tiempo.

—Horus… —pensé en voz alta al tiempo que mis pensamientos volvían a la realidad—, el padre de todos los faraones.

El coloso sonrió, negando con la cabeza.

—Oh, no. El padre de todos nosotros es Amón, yo solo acato sus designios.

—Pero tú…

—Nafer, aquí en Arum eres igual que yo.

—¡No, no! —manifesté—, tú no eres como yo, eres un dios. Yo soy un simple mortal.

Estaba claro que el corpulento hombretón quería hacerme creer que era un hombre, que entre él y yo nos podíamos tratar de tú a tú como dos viejos amigos que se reencuentran en el camino, olvidándonos del rango universal que cada uno teníamos. Y sí, el trato era amistoso y cordial, pero yo era Fernando, y él, el dios Horus.

—Puede parecerte difícil de comprender —comentó Hatshepsut —, pero aquí todos somos iguales. Nadie de los presentes se baña en las aguas de la grandeza; nadie tiene superioridad sobre nadie. Horus ha estado en los corazones de todos los faraones de Egipto. Él nos indujo a perpetuar la fe a los dioses, a crear eterna grandeza en los corazones de los hombres, a nutrir de belleza una tierra bañada por las aguas del Nilo. Él fue el primero que habitó en Arum y nos ha ido recibiendo uno a uno con las bendiciones de Amón. Él ha sido nuestra fuerza en los momentos de flaqueza, sin embargo, la luz que Amón extiende sobre Arum, es igual para todos.

Respetaba sus palabras pero no podía aceptarlas. Yo seguía siendo un mortal, con grandes privilegios, pero un mortal. No sabía pensar con la ideología de los dioses, o con la de los grandes personajes que manejaron Egipto. Estaba rodeado de pensamientos terrenales: pobreza, odio, rencor, avaricia, respeto a los faraones, devoción a los dioses. Mis ojos veían de diferente manera la tierra de Egipto, no con la enorme responsabilidad de un faraón, ni con la fuerza de un dios, sino con la gratitud de ver un nuevo amanecer en compañía de aquellos a los que me sentía unido.

—Bien —dije sin preámbulos—. Tú eres la reina faraón que más he admirado desde la niñez, tú, un dios, y yo, un simple mortal ¿Qué hago en Arum?

Huni se acercó, sentándose al lado de Horus. Parecía estar esperando ese momento en concreto para estar entre nosotros. Agradecí su compañía, puesto que también era un mortal como yo.

—Nafer —habló el coloso con voz tranquila y penetrante—, estás aquí porque se te va a confiar una misión que solo tú podrás ejecutar.

Palidecí. Un sudor frío empapó mi cuerpo ante unas palabras que no esperaba, y sin embargo intuía.

—Acaso soy… —balbucí con un nudo en la garganta-un… elegido.

Siempre había asimilado esa palabra a las múltiples novelas y películas que había visto, las cuales tenían un enfoque de misterio sobrenatural. En la gran mayoría de los relatos, su misión era salvar el mundo de algún tipo de catástrofe, y estaban bien para hacerme pasar un rato entretenido, pero en la vida real, como parecía ser lo que me rodeaba, rozaba la ridiculez, y así empecé a sentirme: ridículo.

—No hijo, no —de nuevo Horus afloró con un tono paternalista —. No eres un elegido; tú has nacido para cumplir este propósito.

—¿Como…?

Horus giró la cabeza tímidamente para vernos en un par de ocasiones, con una mirada tan penetrante que podía leer el rincón

más recóndito de mi alma. Pensé que esas miradas tenían la misión de escudriñar mi estado de ánimo, tras de la conversación que habíamos mantenido en el interior de la pirámide. Sin embargo, todo fluía en mi interior con un estado de paz y bienestar, bien fuera por el brillo de los ojos que la reina emanaba de sus recuerdos, o por haber asimilado de una vez por todas que mi traslado en el tiempo tenía como fruto una misión, la que Horus estaba a punto de confiarme.

Llegamos a un parterre donde un enorme sicomoro nos protegía de la radiante luz de un sol que no existía. Al sentarme en la hierba fresca bajo aquel cielo azul, Horus colocó una mano sobre mi cabeza. Su contacto era cálido y agradable, haciéndome sentir como un niño perdido en ese mundo asemejado a la más pura y arcana de las fantasías.

—¿Te acuerdas de aquel sueño que tuviste la noche que cumpliste doce años? —preguntó, después de sentarse en la hierba junto a mí.

—No —respondí, mirando a Huni y a Hatshepsut que estaban sentados a mi derecha, como si en sus rostros pudiera encontrar la respuesta.

—Haz memoria. Hacía calor, mucho calor. El cielo estuvo todo el día cubierto por densas nubes negras que eclipsaron a Ra.

Dejé de respirar, abriendo los ojos con una mueca de sorpresa.

—¡Si, si! —Palidecí al recordarlo—. Aunque...

Recordé que aquella noche me desperté empapado en sudor, sin embargo las imágenes parecían haberse borrado de mi memoria. Al instante, como si me hubiera transportado al día que cumplí doce años, los recuerdos dieron paso a la imagen de un rostro que me forcé por olvidar. Era el semblante de un hombre varonil, de tez morena y estilizadas facciones. Pero... fue su mirada la que me persiguió durante la noche, llevándome al interior de las tinieblas mientras caía por un abismo que parecía no tener fin. Todo ocurrió muy deprisa, hasta que una potente luz me despertó enmarañado entre las sabanas, haciendo que mi corazón dejara de galopar para colmarme con una extraña serenidad. Lo recordé todo: imágenes estáticas en el agobiante calor de mi habitación, y la noche helada que vi a través de los cristales de la ventana.

—Si —balbucí de nuevo—. Recuerdo ese rostro que...

—Era Sethén —reveló Horus—. Mi hermano. Esa noche estuve contigo mientras te debatías en las profundidades de las tinieblas.

—¡La luz! —susurré.

El coloso asintió con un gesto de satisfacción.

—¿Cuál es mi función? Pregunté indignado al saber que mi vida estaba siendo manipulada desde el día que nací.

Mi voz sonó quebrantada. Quise hablar para desahogar la ira contenida por no poder controlar mi propia vida, por saber que mi existencia de debía al capricho de una arrogante fuerza superior, pero no pude. Mi mente se debatía en un juego donde partícipe y contrincante estaban jugando la misma partida, y sí, a la vez me sentía satisfecho y pletórico por estar donde estaba, disfrutando de todo lo que hacía sin un ápice de arrepentimiento, sin querer retroceder.

Horus de nuevo sonreía ante mi dilatado debate interior.

—Tienes que volver a tu tiempo.

Abrí los ojos, manifestando asombro y confusión.

—¿Cuándo, ahora?

Una ráfaga de aire aleteó los cabellos del titán.

—No, aún hay tiempo; el suficiente para que Sethén no penetre con toda su fuerza en la humanidad.

Su voz continuaba siendo trémula, agradable, asignando a cada palabra una entonación cargada de fuerza y empatía

—Sabía que algún día tendría que marcharme de esta tierra, pero... ¿adónde? ¿Qué es lo que tengo que hacer?

En ese momento Hatshepsut colocó una mano encima de la mía, me miró, y con lentitud fue desprendiéndose de dos anillos de oro que lucía en sus manos. Fue probándolos en cada uno de mis dedos, pero tal solo los meniques aceptaban un diámetro tan pequeño, haciéndome sentir el recién esposo de una reina cuyos testigos a mi lado, rubricaban aquella unión con una sonrisa y el brillo de sus ojos. Cada anillo llevaba inscrito el nombre de Isis, rodeado por minúsculas flores de loto y ramas de papiro. Toda una obra de arte.

—Uno es para ti —expresó sin apartar la vista de mis ojos—. Con él siempre estaré presente a tu lado. El otro, es para Tut. Aun en la distancia, siempre estaréis unidos; siempre.

A continuación besó mis labios con un dulce sabor a fruta fresca, pero el beso fue algo más que la unión de unos labios. Fue una

profunda transmisión de amor.

—Eres el último guardián —comentó Horus, interrumpiendo ese vínculo mágico entre la reina y yo—, y como tal, deberás mostrar al mundo las espadas que Isis ocultó tras aquella contienda que fue el inicio de la unión de Egipto. Amón les dio un gran poder, y el mundo entero las tiene que ver para sentir el nacimiento de esta tierra. Así lo quiere mi madre, y así deberá ser. Tendrás también que restaurar el… campo de fuerza que induce a la raza humana a emanar la fe desde su alma, para canalizarla a través de las pirámides y ser enviada para mantener el equilibrio de vuestra existencia.

Durante un largo rato fui incapaz de emitir una sola palabra. Todo giraba en torno a una misión que no llegaba a comprender, sin embargo, su transcendencia era vital para mantener un equilibrio que afecta a aquello que el ser humano posee y desconoce su enorme poder: la fe.

«El último guardián». Al pronunciar esas palabras en mi mente, algo obstaculizaba un recuerdo que me era imposible llegar hasta él. Me esforzaba, pero no supe en ese momento de qué se trataba. Tan solo la imagen de Menaret aparecía en ráfagas, consiguiendo confundir aún más el interés por descifrar ese recuerdo, esa evocación que aun sabiendo era trascendental en mi vida, había algo que dificultaba su nitidez. Mi condición católica me había aportado desde la niñez, comprensión y arraigo de la fe hacia Dios. En los comienzos de la pubertad, la religión del antiguo Egipto me había mostrado un acercamiento no distinto en su contexto, pero sí diferente en cuanto a la forma de vida. El egipcio vivía entre los dioses de una manera más cercana, aun así, también temerosa. Todo ello me hacía tener una amistad personal con el Omnipresente, con Dios, con esa fuerza que rige los cánones del universo y está unida a mi existencia.

—Fernando…

El coloso utilizó mi nombre con una pronunciación cantarina, se puso en pie y con un ademán de cabeza me invitó a que lo siguiera. El murmullo de los riachuelos acompañaba el templado aire que acariciaba las hojas de los árboles, formando una melodía etérea. Tomamos una vereda que zigzagueaba alrededor de la pirámide, flanqueada por una tupida vegetación que parodiaba un vistoso

dosel en aquel inmenso paraje multicolor.

—Fernando —comenzó a hablar mientras su mirada parecía perderse en la lejanía—. Las inquietudes que se han cernido sobre ti desde el día que viste por primera vez Egipto, son obra se Sethén. Él ha intentado interferir en tu vida desde niño para evitar que la fe crezca en ti, haciendo que tus fuerzas flaqueen y decaigas ante cualquier adversidad. Ha querido apartarte de un camino que estaba designado solo para ti, pero siempre supiste hacerle frente de manera innata, con la fuerza que llevas en tu interior.

Permanecí expectante ante unas palabras que absorbí con necesidad. No era una conversación entre amigos, ni tan siquiera un monologo que Horus hubiera ensayado para ese momento. Era la respuesta a los bruscos cambios de mi personalidad que habían aflorado en esa tierra. Algo manipulaba mi mente para hacerme sentir incrédulo ante los fenómenos que los dioses me habían mostrado en Egipto. Había momentos en los que peleaba conmigo mismo por no querer ver la verdad que estaba ocurriendo a mi alrededor.

Desde niño, la educación que mi familia me había infundido no se correspondía en muchos aspectos con la respuesta a los acontecimientos que había estado viviendo. Mi abuela me enseñó magia a través de sus palabras, la magia de la vida, esa que te hace levitar con los ojos cerrados hasta cualquier lugar donde uno quiere ir, incluso percibir un sentimiento con tan solo imaginarlo. Siempre había sido demasiado crédulo con lo paranormal, con todo aquello que se escapa de la realidad, y sin embargo, cuando comencé a vivir in situ ese tipo de experiencias, una reacción adversa inundaba de incertidumbres mi mente hasta tal punto, que dejaba de comportarme según las reglas de mi propia personalidad. Pero ahora en Arum, en presencia de Horus y persuadido por sus palabras, lo veía todo claro. Sethén estaba interfiriendo en mi fe, invadiéndome la mente con oscuras lagunas para evitar ver la luz de la realidad.

Esos pensamientos me recargaron con tal fuerza interior, que me dieron ganas de emprender en ese momento el cometido por el cual me había trasladado en el tiempo. Sin embargo, supe que tan solo se trataba de hacer frente a Sethén, de saber que podía evitar sus embestidas para llevar a cabo la tarea que Horus me tenía

encomendada.

«Tienes que volver…el último guardián…».

—Dime Horus, ¿Cuál es mi encargo?

—El Oráculo te informará cuando regreséis.

No dije nada. Engullí en mi cerebro cada una de las palabras que habían salido de boca del titán, cada gesto que había efectuado para decirlas y el tono utilizado en cada una de ellas. Habíamos caminado alrededor de la pirámide hasta llegar a la entrada donde se encontraba Huni y la reina. Al traspasar el pequeño corredor, alcé la vista para ver de nuevo aquel monumental recinto, sin embargo, todo había cambiado.

Sentí de nuevo aquella extraña sensación cuando en el templo de la diosa Hathor, al cruzar la puerta que me llevó al antiguo Egipto, vi aquellos jeroglíficos dorados que fueron cambiando de forma hasta que los pude entender, o al darme cuenta de que Tut y su familia no hablaban mi idioma, sino que era yo el que estaba hablando la antigua lengua de los egipcios, aquella que se perdió con el tiempo y ya nadie más la pudo hablar.

Mi vista continuaba recorriendo el interior de la pirámide, casi en estado hipnótico. Nada me hacía apartar la mirada de esas paredes que habían cobrado vida con lo que parecían ser salmos dedicados a Amón, a excepción de la pared norte. Allí, la mitad estaba en blanco, y la otra mitad me llevó un tiempo comprender de qué se trataba. Eran números, meses y nombres que jamás había oído, hasta llegar a uno en concreto; quince, septiembre, Fernando. Debajo, el nombre de la reina: Hatshepsut.

Allí figuraba mi nombre y la fecha de mi nacimiento, pero… ¿Y Hatshepsut?

La reina tomó mi mano al tiempo que asentía con una sonrisa.

—Sí, Fernando, yo te hice venir. Tu nacimiento estaba concebido para llevar a buen término el propósito de Horus: mantener el equilibrio que Amón, el gran arquitecto del universo, puso en marcha desde el inicio de los tiempos. Por ello te hallas aquí; eres parte de este lugar, de un todo que corresponde a la

armonía del universo, de Amón.

Extendí la mano con la vista guiada por el dedo, intentando reagrupar las fechas con los nombres. Ninguno conocido, a excepción del que se emparejaba con el mío: Hatshepsut. Atribuí aquella inmensa lista de nombres a gente que como yo, habían sido citados para ejecutar la tarea que Horus tenía designada para cada uno. Todo, y a través de los tiempos, estaba relacionado con el equilibrio, con el poder de la fe. Alcé más la vista, y en lo alto, a la izquierda, figuraba un nombre que no me extrañó verlo allí: Abraham.

Me limité a sonreír.

—Mi reina, no soy el único ni tampoco el último ¿no es así? Y... ¿por qué figura tu nombre junto al mío?

—Fernando —musitó al cabo de unos segundos, dirigiendo la mirada hacia la pared—. La fecha y el primer nombre pertenecen al nacimiento del mensajero portador, el segundo nombre, al guía.

—Mensajero portador...

Mis palabras se quedaron surcando en el aire como un pájaro que vuela a favor del viento. Hatshepsut soltó una risita, haciendo que mis pensamientos se centraran en ella.

—Todos sois mensajeros portadores. Mensajeros de la fe, y portadores del engranaje que hace funcionar la máquina del equilibrio —se giró hacia mí, mostrando una tímida y orgullosa mirada—. Una hermosa tarde de primavera, en el decimoquinto año de mi reinado, accedí a ser tu guía. Horus se presentó en forma de halcón y me susurró a través del viento. En la morada de los Oráculos pernocté dentro del santuario con el *Ba* de Horus, donde me fue revelada la misión de Amón. Desde ese día, sin apartarme de la regencia de Egipto, la empresa del universo pasó a ser mi mayor dedicación en compañía de Senmut, tanto física, como espiritualmente. Y... tú eres el fruto de mi orgullo, de la pasión dedicada al servicio de Amón.

Sentí que mis ojos se humedecían de satisfacción, percibiendo todo el poder de esa inmensa pirámide a través de las palabras de Hatshepsut. Un poder que penetraba por los poros de mi cuerpo en cada respiración.

—No soy ningún gran sacerdote para cumplir esta misión tan espiritual, ni siquiera mi vida se centra en torno a la religión...

—Nada tiene que ver —me interrumpió—. Los sacerdotes y sacerdotisas rinden culto para aplacar la ira de los acólitos de Sethén. Son la guardia de Amón en la tierra. Tu misión de mensajero es muy diferente.

—¿Y Tut, qué función tiene en todo esto?

El pecho de la reina se elevó tras una enorme bocanada de aire.

—Oh, Tut, mi amado hijo. Él es sangre de mi sangre. Por su corazón navegan los sentimientos más puros y nobles que cualquier hombre puede poseer.

Fruncí el ceño, intentando recordar la cronología faraónica y, según mis estudios, Hatshepsut tuvo una hija con Tutmose II llamada Neferure, la cual no procreó, haciendo que la sangre de la reina no fluyera por la de los sucesivos faraones.

—Pero Neferure...

La reina sonrió con la vista perdida.

—Era hija se Senmut, mi amado y único... esposo.

Le dio una entonación a la palabra esposo, impregnada de un sentimiento que se hizo visible en el brillo de sus ojos. Según todas las fuentes encontradas por los arqueólogos, el único cónyuge de Hatshepsut fue su hermanastro Tutmose II, que por lo visto se trataba de un matrimonio apañado por la jerarquía para que este llegara a ser faraón, ya que jamás podría haberlo sido si no se hubiera casado con ella. La descendencia faraónica fue fruto de Tutmose II con Iset, una concubina del harén real.

En el corazón de la reina, solo Senmut supo ocupar la condición de esposo y amante, a la vez que leal súbdito a su servicio y compañero para compartir los mejores momentos de su vida.

—Entonces, Tutmose III...

—Fue mi hijo —se apresuró a decir—. El día que nació me lo quitaron de las manos para llevárselo a los aposentos de la dulce Iset, una gran mujer a la que asignaron un hijo que ella no había engendrado. Lo amó como tal, sin embargo, en el silencio de palacio le inculcó el amor hacia mí. Al morir su padre, mi hijo era muy pequeño y tuve que asumir la regencia de Egipto, alejando al Visir Ineni, un acreditado cortesano que estaba a la sombra de un entramado en mi propio detrimento. Iset se encargó de que las palabras del visir ahondaran lo menos posible en el corazón del futuro faraón.

En un momento de silencio, rememoré la cronología de la decimoctava dinastía para llegar a Tutankamón: Hatshepsut y Tutmose II, Tutmose III, Amenhotep II, Tutmose IV, Amenhotep III, y…todo pareció romperse en ese momento. Había algo que no concordaba. El hijo de Amenhotep III era el siguiente sucesor al trono: Akhenatón. Según Kiya, este no era el padre de Tut, luego…

La reina pareció estar escudriñando mis pensamientos.

—Sí, Tut es sangre de mi sangre.

Sin preguntárselo, Hatshepsut me puso al día de toda la «prensa rosa» que invadía parte de esa dinastía. Y por supuesto, rebeló una incógnita que Kiya en su día dejó en el aire: la paternidad de Tut.

Viendo todos aquellos nombres que habían perpetuado durante siglos en la pared de la pirámide, el mío se había unido como mensajero portador.

«Sea por tanto el rumbo que ha tomado mi destino bajo la influencia de Horus. No tengo opción de elegir».

—Mi reina ¿por qué el último guardián?

Su mirada se perdía en la pared de los mensajes al tiempo que apretaba mi mano.

—Horus ya te ha desvelado esa incógnita, pero aún no lo entiendes. Deja que el destino sea tu mejor aliado y mentor.

Todo guardaba un estrecho canon de comportamiento, unas rigurosas reglas que cambiaron por completo mis pensamientos. Era como no querer mancillar una iniciación constante, impuesta en los sueños desde mi niñez para dejar paso a una serie de acontecimientos, de pruebas que tenía la obligación de experimentar antes de ejecutar el propósito para el cual estaba encomendado. Fue ese día cuando dejé de buscar mi propio yo en esa tierra, el fundamento que originó el estar allí. Todo había dado un giro inesperado pero deseado, aceptando que mi nacimiento estaba predestinado para llevar un cometido de semejante calado, aun sin saber cómo lo iba a hacer.

Fue entonces, mientras miraba la pared donde perpetuaban inscritos los mensajeros portadores, bajo el jocoso murmullo de los

faraones dispersos por la pirámide, cuando agradecí el no haber sabido nada durante toda mi vida de los acontecimientos descubiertos ese mismo día en Arum, bajo las palabras del dios Horus y la reina Hatshepsut.

Sentí el abrazo de un oso cuando Horus me rodeó con sus brazos, palmeándome la espalda en un gesto más que fraternal. Sin palabras, me miró durante unos segundos y cerró lentamente los ojos, haciendo una suave inclinación de cabeza. Supe que aquello era una despedida, corroborándolo con el dulce beso en los labios que la reina me regaló. Un beso que ocultaba las lágrimas que no podía contener tras un suspiro ahogado que enmudecieron sus labios.

Todo comenzó a emborronarse con una tenue somnolencia. Los ojos me pesaban tras la lánguida y última mirada de la reina, cerrándolos por completo y cayendo en un extenuado sopor, incapaz de volver a abrirlos. Estaba solo, de nuevo en aquel espacio que me llevo a Arum; flotando como un globo a merced del viento que designaba mi rumbo. No pude deleitarme con la belleza de aquel universo que, tan solo unas horas atrás, me había mostrado con tal deleite que hizo de mí una parte de él. Todo fue rápido, muy rápido. Comencé a notar la suavidad de una sabana bajo mi cuerpo, el aroma de las lamparillas perfumadas con esencia de flor y el frescor de un lugar tan familiar: el santuario y taller de trabajo del Oráculo Huni en la morada terrenal de los dioses.

XVI

—Nafer, mi amado Nafer. Ya has regresado.

Al escuchar la voz de Nefertiti, y después de un intenso trago de zumo de frutas, me sentí con la suficiente energía como para acariciar su suave cabello. Nuestros rostros se unieron con ansiada necesidad. Aún mi mente barajaba entre lo que acababa de experimentar y la realidad que acontecía en aquel lugar. Tan solo el contacto con su mejilla me acercaba a un presente cada vez más real, tanto, que logré ponerme en pie sin saber si mis piernas me iban a poder aguantar. Atenazado por Huni y Nefertiti, logré deslizar los pies hasta la entrada del santuario donde a pleno pulmón, inhalé la fragancia de aquel paradisiaco y extenso vergel.

Menaret, al vernos asomar por la entrada tras el largo corredor, corrió como una niña, sorteando cualquier obstáculo hasta llegar a mis brazos. Estaba de nuevo entre los míos; me sentía querido y protegido sentimentalmente. Había vuelto de la aventura más paradójica de mi vida: el viaje a Arum.

Como ese nuevo día, cada amanecer que había estado postrado en el camastro del santuario, Nefertiti se presentaba con una jofaina, crema, jabón y un rasurador de bronce en forma de pequeña cabeza de hacha. Después del afeitado y aseo, ungía y masajeaba mi cuerpo con aromáticos ungüentos para dar vida a una piel envuelta durante días entre sabanas de algodón, evitando así que alguna llaga aflorara por el roce y el sudor.

—¿Cuánto… cuánto tiempo he permanecido postrado en ese camastro? Ocho horas, diez, un día. ¿Cuánto?

Menaret miró a Huni como si estuviera esperando la aprobación de este para contestar. El Oráculo asintió, entrecerrando los ojos.

—Setenta días.

—¡Setenta días! —repetí, incrédulo.

Miré desesperadamente al resto del grupo, esperando una respuesta. Asintieron con una ligera elevación de hombros y una mueca de aprobación en sus rostros. «Setenta días». Un escalofrío me hizo estremecer en una repentina convulsión, sintiendo cómo el frío sudor envolvía mis manos. Setenta días eran los rituales para que un cuerpo difunto alcanzara la plenitud de la momificación, sumergido en natrón hasta lograr la total desecación. Pero también era la misma duración que tardaba la estrella Sothis en salir por el horizonte tras desaparecer previamente por él, marcando el inicio de un nuevo año para los egipcios, de una nueva vida.

«Setenta días».

Me centré en Menaret, la hermosa madre de Merit. De nuevo sentí esa extraña sensación de acercamiento y vacio. Era algo que quería compartir con ella, sin embargo, mi obstinada mente se negaba a proporcionármelo, como el viento que borra las huellas del camino, como la nube que se difumina en cuestión de segundos tras formar una bella y extraña figura. Así me sentía, con la necesidad de querer hablar con ella sin palabras y esclarecer la pregunta que no podía ni sabía formular. No quise pensar más en ella y me fijé en la mirada de Nefertiti. La tenía posada en mis manos, acompañada de una tímida sonrisa de incomprensión. Bajé la vista, y no pude evitar una exclamación.

—¡Oh, Dios!

Extendí las manos ante unos rostros de preocupación. Tan solo el Oráculo, consciente de lo que ocurría, sonrió tras la expresión que no le pilló de sorpresa.

—Hatshepsut —balbuceé—. ¡Huni!… los anillos…

El Oráculo asintió sin retirar la sonrisa. Desde que desperté, no hice mención alguna al respecto de mi extraña vivencia, de ese… ¿viaje astral? No, de ese sueño que me permitió sentir el contacto carnal con todos los faraones que levantaron Egipto, con mi adorada reina Hatshepsut, con Horus. Huni me llevó en dirección al

santuario, lo retuve y sentí una imperiosa necesidad de dirigirme a la explanada donde se hallaba la bola de metal negro, el pequeño fragmento según Huni, desprendido del trono de Amón. Acaricié suavemente la superficie plana, sintiendo su inmaculada y pulida suavidad. Fue más la necesidad de estar conectado con la férrea bola. De alguna manera que no podía comprender, supe que existía un vínculo entre ese metal y el escarabeo que colgaba del cuello, entre la conversación mantenida con Horus y el propósito que se había cruzado en mi destino.

—¿Qué sientes? —preguntó el Oráculo con los brazos cruzados y apoyado en el tronco de un árbol.

—No lo sé. Es algo... es...

—Parte de la vida —dijo con aire tranquilizador—, del universo, del yo profundo de cada ser, de la esencia que Amón nos regala daca día, cada nuevo amanecer —ladeó la cabeza—. Acompáñame.

De repente, lo vi todo con claridad, con extrema claridad.

Me senté ante el papiro, dispuesto a enviar un mensaje a través del tiempo.

El papiro que tenía ante mí, era el mismo que algún día llegaría a manos de Ricardo. Todo estaba conectado, y aprovechando la oportunidad que el destino me estaba brindando, quise apaciguar en el profesor la ansiedad de tantos años dedicados a la búsqueda de la espada de Horus. Sin alterar el rumbo de los acontecimientos, estaba a punto de hacer algo que seguramente sería la mayor sorpresa que en su aventurada vida, alguien, con el único deseo de agradecimiento, iba a proporcionarle a través de un papiro de 3300 años de antigüedad.

—Huni —prorrumpí, pletórico de alegría—, conozco a la persona idónea para mostrar las espadas al mundo entero.

El oráculo sonrió sin decir nada. Ya estaba acostumbrado a ver esa sonrisa dibujada en sus labios, que hablaban más que sus propias palabras. Tomé un cálamo, impregné la punta en tinta negra, y con grata parsimonia me dedique a dibujar los jeroglíficos que compondrían la frase destinada al profesor de historia:

«Ricardo, la espada de Horus llegará a tus manos. Solo te pido silencio. Pronto nos veremos. Fernando. «Nafer». Un amigo».

Escrito como un telegrama, sonreí al pensar en la cara que pondría el profesor al descifrar los jeroglíficos. El papiro, mezcla de jeroglíficos y el lenguaje de los dioses, hablaba del encuentro hostil entre Horus y Sethén, de los guardianes de la espada que liberó Egipto, pero resaltaba el papel del último guardián, aquel que mostraría al mundo la espada de Horus, aquella que se forjó con el metal del trono de Amón.

Al continuar leyendo con verdadero entusiasmo aquel papiro iluminado por la débil llama de la lamparilla, vi con asombro que el Oráculo había puesto nombre al último guardián: Nafer. Lo busqué por la cámara. Estaba sentado en la posición del escriba al lado de la mesa, con los ojos cerrados y su característico semblante risueño, revelando un estado de perfecta armonía interior.

«Cuánta sabiduría encierras dentro. Me hubiese gustado ser tu discípulo y absorber la esencia del conocimiento que fluye por tu mente, la percepción, la sensibilidad. Cómo te admiro».

En ese momento en que mis pensamientos estaban dedicados a él, abrió los ojos, se incorporó con la agilidad de un muchacho y colocó su cálida mano sobre mi espalda.

—Yo también admiro lo que vas a hacer —comentó con su característica voz trémula y susurrante—. Horus escoge a aquellos para cumplir su propósito; los portadores, los obreros a los que Amón designa para restaurar la fe. Yo también te admiro.

No solo en el viaje a Arum podía leer los pensamientos. Poseía la capacidad de poder hacerlo cuando quería.

—¿Qué es la fe? —pregunté, ávido de querer saber lo qué era para él.

Extendió los brazos. La mano derecha la mostró completamente abierta, mientras que la izquierda la contrajo en un puño.

—Fuerza y equilibrio. La fuerza que el ser humano posee es enorme, es vital para el equilibrio del universo. Sin la fe todo se desmoronaría, no habría luz, agua ni aire. Todo ello alimenta al cuarto elemento: la tierra. Tierra que hace crecer la hierba bajo nuestros pies, que nutre de vida los frutos para alimentarnos. La fe es la conexión entre el hombre y Amón. La fe es vida.

—¿Acaso Amón creó al ser humano para nutrirse de su fe?

—¡No! Somos su obra, sus hijos. Somos la perpetuidad y el porqué del universo. Él no se nutre, la distribuye para mantener el equilibrio interior del hombre con el universo, con la esencia vital, con Él. La fe es el arma que posee el hombre para defenderse de Sethén, la entidad celestial que porta una espada para luchar contra el mal que penetra en nuestro cuerpo, contra los enviados por el hermano de Horus, contra las tinieblas que a veces se ciernen en el corazón de los débiles. Por todo eso, cuando alguna de las pirámides horizontales tambalea la estabilidad de la fe, hay que reestructurarla.

Todo comenzaba a tener una lógica. El ser humano es la maquina más perfecta que se ha creado, compuesta por sistemas, órganos y células, haciendo que esté organizado en diferentes niveles jerarquizados para conseguir un engranaje prefecto y autónomo. Pero también por inteligencia, por sentimientos, por una inmensa fuerza que ejerce de vínculo con el universo. Todo guarda una estrecha relación, un porqué lógico que funciona como los hilos de una marioneta, extraña, perfecta, sutil.

No pensaría así de no haber experimentado todo lo que viví desde que llegué a Egipto, desde que sentí la magia, el poder inconmensurable de los dioses; el viaje a Arum. Todo ello, en apenas dos años que llevaba en esa tierra donde los sueños eran parte de la realidad, había transformado mi vida, la percepción de todo lo que me rodeaba, incluso los sentidos desde el regreso de Arum habían adquirido una sensibilidad a la que no estaba acostumbrado. La vista me permitía centrarme en detalles que casi siempre pasaba por alto, como el movimiento de los pétalos en una flor cuando son bañados por el sol, o la arena del desierto que baila al compás de una suave brisa, formando serpenteantes caminos y bellas figuras que aparecen y desaparecen en un parpadeo. El gusto me hizo saborear con ahínco las exquisiteces que alimentaban mi cuerpo. Diferenciaba las especias y mezclas de verduras de los suculentos guisos vegetarianos que Menaret preparaba. El oído me permitía escuchar el susurrante cántico del viento, acompañado por un sinfín de instrumentos musicales: las hojas de los arboles, los huecos entre piedras que armonizaban diferentes tonos, el desliz por el agua y hasta con el roce de mi piel. A través del olfato, absorbía las fragancias de un desierto sin vida que exhalaba cada

amanecer el roció de una bruma invisible, incluso el aroma de una noche estrellada con luna nueva. Cada momento del día o de la noche, tenía un olor diferente que lo acompañaba la luz y los sonidos. Pero si en algo había percibido notablemente el cambio, fue en el tacto. Con el placentero acto de acariciar la tersa y suave piel de Nefertiti, podía percibir el mensaje que me transmitía desde lo más profundo de su ser.

Aquella alteración de los sentidos, tan solo persistió mientras permanecí en la morada del Oráculo: aquel lugar que poseía el encanto propicio para conectarse con los dioses, con la esencia pura del universo. Era una parte de Arum, de la pradera celestial donde se ejecutaba el auspicio de Amón. En esa montaña se podía sentir toda la energía del universo.

—¡Huni! Dime ¿cómo te has recuperado tan fácilmente del viaje de Arum, si yo apenas poseo fuerzas para sostenerme en pie?

Se sentó en una esquina de la mesa.

—Bueno, en fin… no es la primera vez que realizo ese viaje, ni tampoco creo que sea la última —se frotó con las manos su rasurado cuero cabelludo—. Desde los tiempos del ancestro, todos los servidores de esta morada viajamos a Arum. Moahdyi, el hijo de Horus, fue quien nos enseñó cómo hacerlo. Temai, mi discípulo, pronto hará su primer viaje —sonrió con la vista perdida en un ramillete de papiros que descansaban al lado de la mesa. Intuí que esa sonrisa se debía más al recuerdo de su primer viaje, allá por los tiempos de su pubertad, que por acompañar a Temai en el suyo—. Varios han sido los que han visitado este lugar donde tú te encuentras ahora: Ibram… Moisés…

—¿Moisés?

Personaje de gran relevancia en el Egipto faraónico, su vida se había plasmado en todas las escrituras sagradas. Ya fuese en la Biblia, el Corán o la Torá, Moisés aparece como uno de los profetas más preeminentes a lo largo de toda la historia de la humanidad. La admiración por él me hacía verlo como una persona con gran carisma y fuerte personalidad, tanto, que logró convencer a la mayoría del pueblo hebreo que vivía en Egipto para adentrarse en la mayor aventura de sus vidas: el Éxodo para llegar a la Tierra Prometida.

La época del Éxodo llegó a atribuirse a la decimonovena

dinastía, en el reinado de Ramsés II, aunque los historiadores en ese aspecto no pudieron reunir la información suficiente para poner fecha a tal evento, y poder saber quien fue el faraón que por aquel entonces tuvo tantas broncas con el profeta Moisés.

—Sí, Moisés —contestó Huni, encogiéndose de hombros—. Él fue el elegido por Amón para proteger la fe y esparcirla como granos de trigo por nuevos territorios. Moisés provenía de una casta que llevaba cohabitando en Egipto durante muchos años, pero las revueltas con los países extranjeros lograron que un mismo pueblo se dividiera en dos. Fue la codicia de los que se creyeron puros, haciendo que el pueblo hebreo al que pertenecía Moisés, comenzara a sufrir una esclavitud a manos de los más altos dignatarios de Egipto. Como comprenderás, Sethén estaba por medio. Fue Horus quien tomó una decisión para evitar un caótico derramamiento de sangre entre inocentes, por supuesto, bajo la influencia de Amón. Horus se encargó de llevar a Moisés ante el Omnipresente para mostrarle las nuevas pautas de la fe.

«Las nuevas pautas de la fe. Otra vez la fe. Todo está relacionado con esa fuerza llamada fe. Todo gira alrededor de un equilibrio para mantener unida la vida con el universo. Todo es primordial para la existencia, todo. La fe es el motor celestial».

El Oráculo observó el papiro que reposaba sobre la mesa.

—Así que su nombre es Ri...car...do —leyó en el papiro—. Él te espera en el otro lado para rematar la misión del Último guardián.

Lentamente lo miré a los ojos. Asentía y sonreía mientras pronunciaba su nombre con una fonética un tanto gutural para mis oídos. No hizo comentario al respecto, ni preguntó por qué había escrito ese mensaje. Estaba claro que sabía más de lo que yo imaginaba.

«El otro lado».

Me hizo gracia esa expresión, confirmando casi la existencia de dos mundos paralelos, unidos por una puerta, la cual estaba celosamente vigilada por Isis, Hathor y Horus.

La reina Hatshepsut no mandó erigir por mero capricho ese templo de nombre *Dyeser-Dyeseru*, el Sublime de los Sublimes, el templo de millones de años, el mismo que penetra en la montaña del Valle de los Reyes donde descansan los cuerpos momificados de los faraones. No, no fue una pretensión, fue la obra divina de Horus,

que en manos de Senmut, ordenó construir para ocultar y salvaguardar la puerta del tiempo, el capricho de los dioses.

Hatshepsut estuvo presente en buena parte de la construcción de la capilla de Hathor, en compañía del arquitecto Senmut y siete de los obreros más cualificados del pueblo de la verdad, pueblo que en exclusividad se dedicaba a las tumbas reales. Estos, por supuesto, desconocían la función de la cámara adyacente a la capilla de Hathor. Fue Senmut el que previamente se anticipó a cerrar la entrada del pasadizo, que por el interior de la montaña iba a parar al Valle de los Reyes.

Todo comenzaba a tener un profundo significado. Las incertidumbres perdieron toda su fuerza, centrándome en los acontecimientos que se iban desvelando por sí solos. Era hora de asumir el porqué de mi traslado en el tiempo, de conocer el insigne misterio que encerraba el poder de la fe, de saber el cometido de un mensajero portador.

El Oráculo me estaba preparando para asumir las responsabilidades adquiridas de mano de Horus para acometer una misión que iba a estabilizar el equilibrio universal con la fuerza interior del ser humano. Era un trabajo que venía realizándose desde hace miles de años, una labor que se repartía por todo el mundo para la continuidad de la propia existencia. Como una máquina que va envejeciendo con el paso de los años, había que restaurar las pirámides horizontales. Algo así como extensas zonas donde se crea un campo inductor que implica a todo ser humano, haciendo que emane la fe y pueda ser canalizada a través de todo tipo de pirámides, naturales o fabricadas por la mano del hombre.

Estaba preparado para lanzarme a las fauces de la aventura que el destino me tenía preparada; una andanza que me iba a hacer cruzar la puerta y cumplir la misión de Horus en mi tiempo natal. Solo era eso, un tiempo que me vio nacer, pero, ¿Cuál era mi verdadero tiempo? ¿Aquel que inhalé por primera vez aire a mis pulmones en el hospital Virgen del Camino de Pamplona, o aquel otro con un embrujo que en cada bocanada me hacía sentir el amor

por Egipto con una familia que me había adoptado desde el primer día, con la compañía de Tut que poseía el rango de su hermano, y sobre todo por Nefertiti? ¿Cuál era mi tiempo?

Estaba dividido entre dos mundos. Sumido en esa paradoja atemporal que mi corazón se debatía, iba captando una a una las palabras que Huni en su monologo me iba recitando. En todo ello, solo había algo que me importaba: el Oráculo conocía todos los pormenores de mi misión, incluso el lugar donde tenía que ir y cómo tenía que actuar. Solo había un problema; ese lugar no se iba a construir hasta 1900 años después de la época en la que nos encontrábamos.

—Nafer, sígueme.

Sin mediar palabra, seguí a Huni por el corredor que daba acceso a la salida del santuario. El día estaba tocando a su fin. Una suave ráfaga de aire fresco acariciaba las hojas de los arboles por los que penetramos en la explanada donde reposaba la mole metálica. El Oráculo me dejó solo, haciendo un ademán con la mano para que no lo siguiera. La luz de las lámparas creaba sombras en movimiento, zigzagueantes como el danzar de una bailarina en aquella estrellada noche. La fe. De nuevo esa palabra rondaba por mi cabeza como el lobo acechando a un conejillo a punto de salir de su madriguera. La fe.

Nada tenía que ver la ideología o costumbres de las diferentes religiones esparcidas por el mundo, no, se trataba de la conexión. Ese impulso, esa necesidad que a través de los tiempos hace que el hombre conecte innatamente con su yo más profundo en el universo, con la energía de la vida, con el Gran Arquitecto, con Dios.

Cada religión se encarga de proveer con la palabra el vehículo para acceder a la paz espiritual. Y ahí termina su cometido. La conexión es tan íntima y personal, que la palabra no puede describir esa sensación. A través de un momento de regocijo, una oración, un canto de amor o un sentimiento, de todo ello emana la fuerza de la fe, el sustento del universo, la energía de nuestra subsistencia.

Esos pensamientos que cobijaba ahora en mi intelecto, eran parte de la última conversación con Huni en el interior del santuario. Sus palabras, cargadas de experiencia vivida a lo largo de muchos años, no eran el fruto de una conclusión, sino el resultado

de una recopilación de mensajes que los mismos dioses le habían transmitido. Acaricié la superficie de la bola metálica con las manos extendidas. Al ver los anillos que Hatshepsut me regaló, por un momento la sentí a mi lado, cerca, muy cerca, tanto, que hasta podía escuchar su respiración, incluso la caricia de sus dedos resbalando por mi brazo.

—He ahí tu misión.

El Oráculo entró agachado entre los árboles, evitando que las ramas hirieran su rasurado cuero cabelludo. Colgado de su hombro, una ancha tira de piel sujetaba lo que parecía ser una pirámide de cuero duro, pero invertida, con la punta hacia abajo. Era un receptáculo, cuya cubierta, la base de la pirámide, se abría mediante un sencillo sistema de la unión de dos piedras de lapislázuli entrelazadas.

La depositó en el mullido suelo de hierba y tomó mis manos, uniéndolas por las palmas.

—Vuelve ahora a acariciar la superficie —propuso entre susurros, mirándome fijamente.

Como un sumiso acolito, acaté el mensaje de sus palabras. Lo que ocurrió después, solo los dioses, el Oráculo y yo, estábamos presentes en aquel advenimiento.

Estaba tranquilo, incluso más de lo normal. Mi corazón, que otrora palpitaría indómito ante una circunstancia como aquella, mantenía un ritmo pausado, como si ese evento fuera el quehacer de cada día. Empecé a notar que aquel líquido metálico iba formando una figura entre mis manos, una figura que al tacto me resultó familiar. Era una pirámide invertida.

Miré a Huni con un halo de interrogación, bajé la cabeza y entre sombras vi el receptáculo de cuero depositado a mis pies. Quise retirar las manos, sujetando la figura, pero la gran mole me lo impedía. Continué así unos minutos, en el silencio se esa noche en la que el Oráculo estaba inmerso en una profunda meditación, susurrando un cántico apenas perceptible a mis oídos. De repente, sin hacer esfuerzo, vi asomar la base de la pirámide que sobresalía

en la superficie de la gran mole, sujetada por mis manos que se aferraban a ella como si fuera una reliquia de los dioses.

El oráculo abrió los ojos, miró la pirámide, sonrió y se acercó a mí.

—En tus manos posees el engranaje que asegura el equilibrio, la vida del universo —su voz se tornó alta y clara. Elevó los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. Como mensajero portador, estás ahora al amparo de Amón. Tu nombre permanecerá por siempre en Arum, junto con aquellos que te precedieron para mantener la vida, la fuerza, la fe. Siento la inconmensurable gracia de haber sido participe de la obra del Omnisciente, de haberte guiado hasta Arum y tenerte aquí, en esta humilde morada.

Mientras hablaba, continuaba con aquella pirámide de color negro entre mis manos. Una pirámide de unos veinte centímetros de ancho en la base, por unos treinta de alto hasta la punta. Huni abrió el cierre del receptáculo, tomó la pirámide y la introdujo lenta, muy lentamente mientras repetía el nombre Horus con una fonética gutural, armónica.

Tenía las instrucciones que Huni me había proveído en el santuario. Grabados en mi memoria, sabía los pasos que tenía que ejecutar para cumplir con la misión que el dios coloso me había encomendado. Era consciente de la decisión que tomé en Arum; una decisión que no tenía vuelta atrás. Me sentía obligado a hacer cualquier cosa, ya que gracias a ello estaba allí, en un país y un tiempo que había cambiado por completo mi vida.

Lo tenía que hacer, pero solo con pensarlo, el corazón se quebraba en infinitas esquirlas que aguijoneaban mis entrañas. No podía olvidar todo lo que esa tierra me había regalado: los atardeceres a orillas del Nilo, las húmedas brumas que envolvían los cañaverales bajo el canto de los pájaros; ser testigo de las cabales resoluciones que dictaminaba Tut ante sus mandatarios políticos para el correcto funcionamiento de Egipto; La grata compañía de la familia que ahondaba en mis sentimientos, los paseos y carreras a lomos de *Furia*, viendo a mi joven hermano al lado, erguido sobre su carro favorito y sujetando las riendas de dos hermosos corceles. Las conversaciones con Kiya que, poco mayor que yo, era mi segunda madre. Ankhes, Horemheb, Nemut, Merit...

Aunque no hubiese querido perturbar mis recuerdos, no podía

olvidar a todas esas personas, y menos a Nefertiti: la mujer que me mostró la ambrosía del amor.

Sumergido en ese turbulento mar de pensamientos, dejamos la explanada y encaminamos nuestros pasos hacia la gran sala de la morada, justo al otro lado de aquel inmenso cráter. La noche refulgía con el destello de las estrellas. El clima era cálido, agradable y el viento traía los sonidos mágicos del desierto. Tomé a Nefertiti de la mano, salimos por el agosto desfiladero al exterior de la montaña, y pudimos contemplar aquel inmenso paraje que se extendía a nuestros pies. Sin apenas vida que brotara de sus entrañas, el desierto revelaba una enorme belleza mágica, cautivadora; todo un espectáculo de dunas que sinuosamente se mecían con el aliento de los cielos.

Un pequeño hueco que penetraba a la izquierda de la entrada al desfiladero, protegido de las embestidas de arena en los días que Sethén descargaba su ira, fue nuestro tálamo donde la pasión descargó la avidez de contenidas caricias, de miradas, de susurros. Con la sutileza y porte de una reina, Nefertiti fue desprendiéndose de una hermosa túnica de lino, ceñida por un cinturón de cuentas de cornalina que aún hacía más esbelta su figura. Me perdí en ella.

El silencioso y entrometido desierto, escuchaba el ritmo de dos frenéticos corazones acompasados por la jadeante respiración. Me sumergí en los placeres que su piel me entregaba con cada roce, cada caricia, cada beso.

—Te amo. Te añoro cuando no estás. Hasta mis propias hijas notan que me faltas tú.

Se incorporó con el deleite de una cobra irguiéndose. Fui subiendo con los dedos por su columna vertebral desde la cintura hasta el cuello, sintiendo cómo en cada avance se estremecía elevando los hombros.

—Yo también te amo.

Eran más que palabras. Era un sentimiento puro, dulce, enigmático. Un sentimiento que me transportaba despierto a los sueños que no recordaba, a las respuestas de su cuerpo con tan solo una mirada, a su grata compañía en una mustia noche de invierno.

«¿Cómo no te voy a amar, si ocupas por completo ese rincón donde me refugio en los momentos de tristeza y soledad?».

Me puse en pie, tirando de su mano para ayudarla a levantarse.

—Vamos. Menaret se enfadará si se enfría la cena.

Opuso resistencia y tiró de mí para que me sentara. En aquella noche su mirada manifestaba un brillo especial, un halo de melancolía, de alegría y ansiedad.

—Nafer... —dijo con la mirada hundida en mis ojos—. Quiero unirme a ti.

Me dejó estupefacto, paralizado. No esperaba algo así. Sin poder reaccionar ante su deseo que era el mío, de repente apareció una infranqueable barrera entre los dos. Ella pertenecía a ese tiempo y yo tenía que volver al mío.

—Veras..., yo..., te amo... yo...

Tenía un nudo en la garganta. Las palabras se agolpaban en mi mente, intentando encontrar aquellas que no hirieran sus sentimientos. Iba a hablar cuando ella colocó un dedo sobre mis labios.

—Sé que no perteneces a este lugar, que has venido hasta aquí para cumplir una misión y pronto tendrás que irte.

Me erguí con rapidez.

—¿ Quién...?

Ella notó mi tensión. La mitigó, acariciándome el cuello.

—Cuando estabas postrado en el camastro, poco antes de despertar, Huni me ha dicho que no perteneces a esta tierra, sin embargo, que alguien de mayor rango que el faraón, tiene planes pata ti. Y que pronto... muy pronto, tendrás que irte.

«Huni ¿Porqué le has contado todo eso?».

No era un secreto nuestro amor. Tal vez lo único que pretendía era prepararla para nuestra separación. Querría ir mitigando poco a poco esa llama que incandescentemente ardía dentro de nosotros.

«¿Porqué le has tenido decir nada? No te culpo Huni. Sé que lo has hecho de buen corazón, pero...».

—Así es —asentí—. Aún no sé cuando, pero tengo que irme.

Hizo un ademán de indiferencia.

—No me importa, iré allá donde tú vayas.

Mi mirada se perdió entre el oscuro horizonte de sus ojos.

—¿Y tus hijas, tu gente, Egipto?

Sus ojos centelleaban. Una lágrima le recorrió el rostro hasta caer al vacío y desaparecer en la arena ¿Qué podía hacer, alimentar una ilusión para verse truncada por el destino?

—Mis hijas… están en manos de los dioses. Entenderán mi decisión, siempre lo han hecho. Entre ellas y yo hay un vínculo especial que ni la distancia puede separar. La gente que amo estará en mis pensamientos y jamás me desprenderé de ellos, siempre estarán conmigo. Y Egipto…, Egipto eternamente vivirá bañado por el Nilo. Quiero unirme a ti, amado Nafer. Quiero despertarme cada mañana en tus brazos, sentir cómo cada gota que cae de la clepsidra está llena de vida. Sin ti…

Envolví su bello rostro entre mis manos, besé aquellos cálidos labios que me encontraron dispuesto a saborear su néctar y la atraje hacia mí en un abrazo de celo, pasión y ternura.

Ka-Hor-Ka, el cuarto de la estación de Ajet; la época de otoño. Menaret y Nefertiti estaban inmersas en los preparativos para nuestro regreso a Edfú, ansiosas por saborear las aguas del Nilo que plasmaban de belleza sus dos orillas. Huni, con las manos entrelazadas a la espalda, me invitó a seguirle hasta la explanada. Su abrazo me estremeció. Jamás me habían gustado las despedidas.

—Ten cuidado, Nafer.

Escuché el graznido de un halcón que sobrevolaba en círculos sobre la cima de la montaña.

—Lo tendré, no te preocupes.

—Sí, me preocupo —replicó con un gesto altivo—. Hay adoradores de Sethén que ciegan el esplendor de Egipto. Alguien desea derrocar el poder de los dioses que está en manos de mi amado faraón.

—Lo sé —gruñí—, siempre ha sido así. Desde la muerte de su hija, la familia real goza de una protección del más alto nivel, incluso desmesurada.

El Oráculo frunció el entrecejo, negando con la cabeza.

—Nunca es desmesurado. Siempre hay una corriente por donde puede penetrar la ira de Sethén.

Recordé la historia, la maldita historia. En ella se apuntaba la muerte a temprana de edad de Tut ¿asesinato, accidente, enfermedad? Quería quedarme y hacer frente a aquellos infames

que deseaban verlo momificado, pero no podía ser. Tal vez los dioses pretendían tenerlo en Arum para disfrutar con su presencia. Me consolé.

—Huni, tú sabes más de lo que haces creer ¿quién está detrás de toda esta conspiración?

Mostró las palmas de las manos hacia arriba.

—Si lo supiera, ya hubiera advertido de su presencia. Es una imagen borrosa, oscura. No puedo verlo, ni apenas sentirlo. Los más allegados al faraón también corren peligro, y entre ellos estás tú. Haz todo lo que esté en tus manos, pero ten cuidado.

Se preveía un día propicio para caminar por el desierto, sin viento, sin el sofocante calor de Ra sobre la árida pradera de arena. Todo auguraba un regreso sin percances.

—Huni, jamás...te olvidaré...

Quería salir de esa explanada. Evadirme para evitar una despedida que, sabía de antemano, iba a ser dolorosa. Me giré, pero el Oráculo me retuvo, asiéndome el brazo.

—Arum siempre ha estado aquí —indicó con el dedo índice mi frente—, y aquí —extendió la mano y la colocó en mi pecho, al lado del corazón—. Recuerda Nafer, recuérdalo siempre.

—Cómo olvidarlo...

Furia había estado a buen recaudo en manos del esposo de Menaret: un hombre bonachón, cuya sonrisa no podía despegar de sus labios. El hermoso corcel daba saldos de alegría, haciendo que sus crines peinaran el viento en cada movimiento de cabeza.

Menaret y Nefertiti, apenas pudieron dormir. Las horas que restaban al alba fueron un mutuo intercambio de sentimientos, una prolongada despedida donde sus retinas parecían guardar para siempre en la memoria aquellos rostros, madres de la misma hija, hijas de un mismo poder: aquel que los dioses había otorgado a cada una para volverse a juntar.

De nuevo otra despedida. Esos momentos de ansiedad que nublan la realidad y cortan un vínculo carnal.

—Nafer —la cadenciosa voz de Menaret hizo activar todos mis

sentidos.

Sonreí, tomé su rostro entre mis manos, besé sus labios y no supe lo qué decir. No tenía fuerzas ni ganas para despedirme de ella. No me apetecía sentir esa negativa emoción, por eso le dije «hasta la próxima, hasta que Horus nos vuelva a unir». Quizá comprendió que no me quería separar de ella, que el día que Sethén azotó las arenas del desierto mientras nos resguardábamos en aquel agujero, cuerpo contra cuerpo, casi la perdí, creando un sentimiento difícil de explicar.

Tomamos la ligera y rápida barca en la que vino Nefertiti. *Furia* nos seguía en paralelo por el camino que bordeaba el Nilo. A veces, nos deteníamos para comer algo a la sombra de algún árbol y poder jugar un rato con el negro corcel que golpeaba nuestros cuerpos con el hocico. Volvíamos a Tebas, a esa ciudad cuyo embrujo hechizaba a todas las horas del día, y de la noche. Tebas, la ciudad que un día Homero llamaría «la de las cien puertas», con sus imponentes murallas y canales, hermosas calles y plazas para el trasiego y sosiego, paseaban sus gentes dedicadas al campo y al saber vivir.

Estaba ansioso por regresar y ver de nuevo Tebas, pero también deseaba disfrutar esas horas en soledad con mi amada compañera.

Nuestra conversación en aquel pequeño recodo de la montaña se había quedado a medias.

—Me dijiste que querías venir conmigo —le susurré con la compañía del agua que chapoteaba contra la barca.

Me miró y frunció el entrecejo.

—¿Acaso lo pones en duda?

—No, por supuesto que no. Pero... ¿Sabes a dónde voy?

Hizo un gesto de indiferencia, un mohín de ternura que me atrapaba cada vez que lo ejecutaba. Contrajo sus labios y extendiendo los brazos.

—No me importa, ya te lo dije. Quiero viajar a otros lugares, conocer nuevas fronteras, gentes, formas de vida, pero... sobre todo quiero que tú estés a mi lado.

Era toda una declaración de amor y no podía atosigarla más. ¿Cómo podía a decirle dónde me tenía que ir, dónde teníamos que ir?

—Es a otro lugar, sí, aunque muy lejos. Primero nos detendremos unos días en el norte de Egipto, luego...

No me atrevía a continuar, a decirle que antes de ir a El Cairo, ciudad que ella desconocía porque aún no se había erigido, teníamos que cruzar una puerta donde el capricho de los dioses nos iba a trasladar a una época inimaginable para ella. Me trataría de loco, perdería su amistad, su amor y jamás la volvería a tenerla entre mis brazos.

De nuevo el destino se estaba riendo a mis espaldas, viendo cómo iba a solucionar esa situación que se me estaba haciendo infranqueable.

—¡ Oh, maravilloso! Volveré a ver las extensas zonas regadas por las últimas aguas del Nilo, ¿Dónde iremos después?

Estaba pletórica de alegría. El brillo de sus ojos respaldaba las ráfagas de emoción.

—De donde provengo —dije con alegría en mis palabras por el recuerdo-apenas hay desierto —recordé en ese momento las Bardenas Reales en la ribera de Navarra, un hermoso paraje natural semidesértico, de escasa vegetación—. El resto es un dilatado vergel cuyas montañas entre verdes praderas y ríos, están cubiertas de frondosos árboles donde la vista se pierde en la lejanía, donde la hojarasca en otoño cubre sus suelos para fertilizarlos, donde sus frías y cristalinas aguas también desembocan en el mismo mar que el Nilo.

Levantó las cejas con un gracioso giro de cabeza.

—Entonces, no está tan lejos.

—Oh, sí. Mucho más de lo que te puedas imaginar. Pero...¿estás segura...?

Su semblante se tornó serio. Luego, asintiendo suavemente, dejó asomar una triste sonrisa.

—No quieres que vaya contigo ¿no es así? Lo comprenderé, pero...

Aferré sus manos con rapidez.

—Deseo más que nada en este mundo, llevarte conmigo, que vivas allá donde yo nací. Despertarme cada mañana, sintiendo el calor de tu cuerpo, paseando por aquellas tranquilas calles en cada estación del año. ¿Cómo no iba a desearlo?

Tomó una gran bocanada de aire. Un suspiro pareció aliviarse en aquel aliento. Volvió a extender los brazos, poniendo cara de asombro.

—Entonces…

Dirigí la mirada a *Furia* que paseaba tranquilo por el camino. Con la cabeza en alto, parecía estar al tanto de nuestra conversación.

—¿Sabes dónde he estado durante los setenta días, mientras mi cuerpo yacía postrado en el camastro del santuario?

—Sí… —titubeó—. En algún lugar donde no pueden ir la mayoría de los mortales. Un lugar que está destinado a los dioses, a los faraones que alimentaron Egipto con su sabiduría y… a aquellos a los que Horus toca con su ojo.

Durante unos segundos no supe lo qué decir.

—¡Sí, sí! Eso es.

Me estremecí. Un alivio recorrió todo mi cuerpo. Ella sabía que mi misión estaba relacionada con Horus, y en cierto modo, facilitaba la conversación que estábamos manteniendo. Comprendí que para ella era algo normal porque, con el rango de primera Esposa Real que había llevado durante tantos años, conocería de primera mano el vínculo que existía entre el faraón y lo divino.

—¿De dónde provienes? —preguntó, haciendo una ligera maniobra para llevar la barca hacia la orilla.

—De Navarra —sentí el peso de un orgullo añorado al pronunciar esa palabra en aquella época tan lejana.

—No la conozco. Jamás he oído hablar de ese lugar, pero si es tan hermoso como dices…

—Oh, sí. Toda la península es hermosa… —me costó hablar.

Nos dispusimos a comer un pequeño refrigerio. Íbamos más rápido de lo que imaginaba, gracias a la fuerza de la corriente que descendía por esa época del año. Comenzó a refrescar y nos acurrucamos bajo una manta, al lado de *Furia* que pastaba su merecida ración.

—Sé que algo te preocupa Nafer. ¿Qué ocurre?

Se tenía que notar a gran distancia la turbulencia de pensamientos que cruzaban por mi cabeza.

—En todo esto, tan solo hay un problema. ¿Seguro que estás dispuesta a dejar todo lo que te rodea, y la gente a la que añorarás?

Pellizcó mi brazo bajo la manta.

—Todo vendrá conmigo allá donde vaya, y sí, estoy dispuesta a dejarlo todo. Me voy contigo; comenzaremos una nueva vida. ¿Qué

más puedo desear? ¿Dónde está el problema?

Envolví su mano con la mía, apretándola con suavidad.

—Nuestro viaje no será tan solo en la distancia, sino también en el tiempo —no percibí en el contacto ninguna extraña sensación—. Digamos que unos... 3300 años hacia el futuro.

XVII

Furia había dejado de emitir el suave runruneo de sus relinchos. El tiempo parecía haberse detenido, a no ser por el canto del Nilo que seguía su curso sin que ningún obstáculo se le interpusiera. Yo, me relajé. Disfruté de aquel silencio, de haber soltado el nudo que tenía en la garganta al revelar lo que tanto tiempo había estado reteniendo en mi interior. Nefertiti no me miró. Acariciaba mi mano con la yema del pulgar, dejando que su mirada se perdiera en la panorámica occidental que se extendía ante nosotros. De repente, dejó de acariciarme.

—No lo entiendo muy bien, pero dime, Nafer ¿podré adaptarme a tu vida, a tu tiempo? ¿Se vive como ahora, o es distinto? ¿Estaré preparada? ¿Cuéntame cómo...?

La silencié con un beso en los labios. Estaba nerviosa, muy nerviosa, pero en ese breve espacio de tiempo había asimilado lo que a muchos otros le costaría una eternidad, aun así, no acabarían por creérselo. Jamás había dudado de mis palabras, y ese fue el único y verdadero motivo por el cual no dudaba de mi relato.

—Claro que te lo voy a contar —le dije mientras subíamos a la barca—. La vida en mi tiempo es muy, muy distinta, pero también es placentera. Nada tiene que ver con el ritmo que aquí se vive, con la tranquilidad que se respira ahora, nada. Sin embargo, el sosiego lo puedes encontrar allí donde desees.

«¿Cómo podía comenzar a explicarle un mundo tan distinto, sin

que ello pudiera llegar a bloquearla?».

Le hablé primero de los cambios que sucederían en Egipto con el paso de los años; era una lección que tenía bien aprendida desde la niñez. Le mostré pequeñas pinceladas sobre el desarrollo de las diferentes dinastías, matices de los avances tecnológicos, políticos. Todo ello con cierta sutileza, aun así, no me resultó nada fácil. Nefertiti, como una esponja, absorbía con fluidez toda la conversación que manteníamos mientras la barca se deslizaba por las ocres aguas del Nilo, cargadas del suculento limo para alimentar los campos de cultivo a ambas orillas. Mientras continuaba revelándole el futuro, fue recogiéndose el cabello en un moño. Lenta y sensualmente, dejó mostrar su cuello que parecía desplegar todos los sentidos en cada movimiento que hacía, permitiendo que la esencia de la naturaleza se reflejara en aquel rostro inmaculado, bello y armonioso.

Era arte para mis ojos.

La noche asomó misteriosa, como todas las noches. El sueño llamó a las puertas de la mujer que tenía entre mis brazos para mitigar el cansancio que llevaba acumulado de los últimos días. Llevé la barca a la orilla, la amarré a una raíz que sobresalía del agua y dejé que las aguas del Nilo mecieran los sueños hasta que el alba asomara de las entrañas de *Nut*. Dormí poco esa noche, sin embargo fue suficiente para tener despejada mi mente y recapitular todo lo que había vivido durante los últimos días. Por fin podía hablar con alguien de dónde venía. Todo había cambiado en escasas horas. Sabía que al marcharme, iba a dejar a todos aquellos que amaba en ese otro lado del tiempo, sin embargo, Nefertiti se unía ahora a caminar conmigo por la vía del destino.

Todo había cambiado.

Quedaba ya poco para llegar a Tebas, ocho o diez kilómetros como mucho. El sol aún no se asomaba por el horizonte, pero entregaba las primeras luces en un violáceo amanecer. *Furia*, bailando al ritmo acompasado de las aguas, presentía que estaba cerca de su hogar.

Asomaban las primeras casas de Tebas, cuando Nefertiti, colocándose enfrente, apretó con fuerza mis manos entre las suyas.

—No ha sido un sueño ¿verdad?

Puse cara de interrogación.

—No sé a qué te refieres.

—¡Nafer...!

Reí a carcajadas mientras me pellizcaba el brazo.

—No, no ha sido un sueño, pero presiento que tendremos tiempo más que suficiente para despedirnos de todo esto.

Furia tomó el camino hacia los establos. La ciudad había despertado y se podían escuchar las voces de los tebanos que se preparaban para un nuevo día. El canto de las aves a orillas del Nilo nos acompañó hasta el puerto real, casi a los pies del palacio donde llegaba el aroma de las flores que invadían su inmenso jardín.

—Oh, Neti, ya estamos en casa.

De manera inconsciente, comencé a llamarle con ese nombre a Nefertiti la misma noche que expresó su deseo de unirse a mí. Tan solo acorté su nombre, pronunciando la primera y última silaba, consiguiendo sin querer una frescura y personalidad que bien encajaba con su jovial carácter. A ella le gustaba, a mí también.

Franqueamos la entrada custodiada por cuatro miembros de la guardia real. A lo lejos, pude ver a Kiya que estaba conversando con el Gran Visir Ay, sentados sobre un banco de piedra con las patas esculpidas que semejaban las de león. El Gran Visir, que seguramente estaría esperando a Tut para entregarle algún informe de carácter cotidiano, se puso en pie al ver que nos acercábamos a ellos. Kiya giró la cabeza, y antes de levantarse ya había comenzado a correr para aferrarse a los brazos abiertos que Nefertiti, acelerando el paso, tenía preparados para unirse en un abrazo. Al acercarme a ellas, las lágrimas bañaron sus rostros, expresando una incontenible alegría.

—¡Nafer, Nafer! Te encuentras bien, ya estás aquí. Por todos los dioses que he pensado en vosotros todos los días.

Apretó mis manos con fuerza, después de descargar su tensión en un abrazo que agradecí.

—Oh, Kiya —exclamé con los ojos bien abiertos—, seguro que has hecho un pacto con Sethén para estar cada día más guapa.

Ay se acercó a paso lento, apoyando sus pasos sobre un hermoso bastón en madera de cedro con anillos de bronce y una pluma que representaba a Maat, la diosa de la justicia. Colocó sus manos sobre mis brazos. Jamás había tenido contacto con el Gran Visir; era muy reservado.

—Mi amado faraón se alegrará de veros. Mi dicha está en compañía con sus deseos y pensamientos. También me alegro de teneros entre nosotros —miró a Nefertiti con una reverencia.

El achacoso Gran Visir, casi siempre mostraba una latente humildad con cualquier miembro de la familia real, incluso conmigo. Era un personaje que sabía utilizar muy bien su inteligencia. Rápida y sagazmente, había resuelto comprometidos problemas de estado con sencillez y mano derecha. Por ello, había sabido hacerse un hueco entre las mentes más privilegiadas de Egipto, llegando a ser querido entre la familia real. La conversación tomó un cariz dicharachero, incluso el «primer ministro» Ay, siendo una persona más bien seria y poco acostumbrado a las fiestas y reuniones de ocio, desplegó sus dotes de buen humor entre chistes y anécdotas según el rumbo de la conversación.

Me sorprendió su don de gentes, cuando a lo lejos comencé a escuchar el sonido de una flauta. Kiya y Nefertiti se percataron de mi ausencia en esa reunión, viendo que tan solo tenía oídos para aquella agradable melodía. «Merit», pensé. Me hicieron un gesto con la cabeza para que fuera a saludarla.

Caminé unos metros cuando me detuve en seco. En la interpretación de la canción, doce o catorce notas me transportaron de repente a mi niñez, y a lo largo de mi vida. Esas escasas notas eran prácticamente similares al estribillo de la canción, cuyo título «Fernando», del grupo Abba, había escuchado desde antes que comenzara a andar.

Traspasé las puertas de palacio, y guiado como un lobo hambriento que olfatea su presa, subí las escaleras, escuchando cada vez más cercano el sonido de aquella flauta. Entré sigiloso para no interrumpir la agradable cancioncilla que salía de aquel sutil instrumento, acariciado por las manos de Ankhes. Merit, a su lado, corregía cualquier pequeño fallo, ya fuera la posición correcta entre sus manos o la intensidad con la que expulsaba el aire para hacer las diferentes escalas.

—¡Mi niña!

Me salió del alma aquella expresión. La música se interrumpió.

Me acerqué a ellas antes de que se pudieran levantar. Besé a Merit, tomando su rostro entre mis manos y agradeciendo con la mirada todo lo que estaba haciendo por Ankhes. Antes de girarme,

la esposa real había ceñido mi cintura con sus brazos, hizo que me arrodillase y llevó mi rostro a su vientre.

—¡Lo oyes, Nafer, lo oyes!

Sonreí acurrucado contra su cuerpo. Intuí que de nuevo estaba embarazada, como mucho de un par de meses o poco más.

—¡Oh, sí! —mentí—. Me está acariciando la mejilla con sus piececitos. Seguro que será tan hermosa como su madre.

—Que zalamero eres —dijo, arrugando la nariz—. Te he echado de menos.

—Yo también, y por la que veo te has convertido en toda una excelente flautista.

Acarició la mejilla de Merit, su hermana, que sin saberlo ninguna de las dos, actuaban como tal. Recién nacida Ankhes, fueron separadas para asegurar su propia existencia por falta de recursos y, con los años, unidas por un destino que ya estaba trazado por los dioses.

—Todo, gracias a ella —expresó, asomando una sonrisa—. Siempre que puede está a mi lado. ¡Por cierto, Nafer! —elevó la voz con una mirada escrutadora— ¿dónde has estado todo este tiempo? Todo el mundo me decía que estabas bien, que no me preocupara, pero...

—Es una larga historia, pero sí, no te mentían. He estado en buenas manos, bajo la protección de los dioses y...

No me dio tiempo a terminar la frase. Salió corriendo al encuentro de Nefertiti, que estaba escuchando nuestra conversación desde el dintel de la puerta. Merit se acercó a mi lado; no pudo reprimir las lágrimas al ver aquel maternal encuentro.

—Mi señor... —musitó la compañera de Nemut, secándose las mejillas con un pañuelo que sacó de su cintura.

—No, Merit. No soy tu señor. Para ti siempre seré Nafer, y así es como quiero que me llames.

Ladeó la cabeza con la mirada perdida en el suelo.

—Pero yo pertenezco a la clase...

—¡La más alta! Como tu madre.

Le brillaron los ojos con una chispa de alegría, hasta su expresión adquirió un porte de orgullo.

A lo largo de toda la historia, el escalafón social se había ido formando según la riqueza que cada uno poseía: el rico de pie y el

pobre a sus pies. No siempre se han dado esas circunstancias, pero el mundo funcionaba así. Era algo que en mi interior siempre había odiado.

—De ella quería preguntarte, y de mi padre. ¿Cómo están?

Cualquier noticia que pudiera recibir de sus padres, por somera que fuera, iba a ser de sumo agrado y bien recibida.

—Nafer, Merit. Venir.

Ankhes nos hacía señas con una mano, mientras que con la otra seguía aferrada a la cintura de Nefertiti.

—Sí, sí. Enseguida vamos. Tengo algo de qué hablar con Merit.

Asintiendo, desaparecieron por la puerta. Le narré parte de los acontecimientos desde que me encontré con Menaret, obviando claro está, el momento que la tuve entre mis brazos con apenas un hilo de vida. De su padre, le dije que tenía suerte de haberse criado con un hombre así: trabajador, bonachón, permisivo. Un hombre de pocas palabras y gran corazón.

—Por cierto, ¿Nemut?

Deslizó sus dedos entre los cabellos.

—Ah, está con mi amado faraón y mi señor, el general Horemheb. Se han ido a la ciudad de Avaris a entregar honores al jefe de los arqueros. Sethy es su nombre. Se retira debido a su avanzada edad para mantener ese cargo, y el faraón en persona ha querido ir para brindarle una fiesta de despedida en su honor. Sé que era un gran amigo de mi señor Horemheb, y ha querido que Nemut fuera para conocerlo.

—Se los llevaron.

La voz de una anciana ataviada con una túnica de color ocre, llamó mi atención. Estaba sentada al lado de la puerta, comiendo un racimo de uvas que descansaba sobre sus piernas. Usaba un pequeño punzón para quitar las pepitas.

—¿Cómo, a quien se llevaron?

La mujer terminó de tragar antes de hablar. Su escasa dentadura dificultaba una rápida masticación.

—A Mesamún y su familia. ¿Por qué? Eran buena gente. Una

noche vino la guardia del faraón, que Amón lo proteja, y cargaron todos sus enseres en un pequeño carro tirado por un burro joven y fuerte, pero —hizo un gesto con la mano para que me acercara hasta ella, miró a los lados y bajó la voz—. Apenas se oyó nada, ni tan siquiera opusieron resistencia ¿no es extraño? —Volvió a llevarse un grano de uva a la boca—. Vivo sola y apenas salgo de casa, aunque siempre me han parecido buenas personas...

De repente comprendí lo que ocurría.

—No se preocupe buena señora, tal solo es que se han ido a vivir a otro lugar, y la guardia se limitaba a protegerles por el camino para que nadie les pudiera robar nada.

La anciana asintió, elevando las manos, sonrió y me pidió que me acercara a ella para que nadie más la pudiera oír.

Estábamos solos.

—Aaaah. Ahora lo comprendo. Por Amón, que corren unos tiempos que ya no te puedes fiar de nadie. Más tranquilo se vivía antes...

Sonreí. La anciana fijó su mirada en la casa de Jehuty, murmurando en voz baja alguna oración dedicada a los dioses.

Con el aroma de infusiones aromáticas y tortas recién hechas, recorrí las calles de Tebas cuyas sombras iban desapareciendo con el permiso del dios Ra, el sol que se alzaba magistral hasta el centro de la cúpula celeste. Entré en la casa de la administración. Era hermosa, enorme, reluciente. Un enjambre de escribas me sorteaba con royos de papiro bajo el brazo, cálamos y paletas que guardaban en estuches de tela, madera, o bien de piel, según el grado de escriba al que pertenecían. Parecía la hora punta de entrada a las aulas en un colegio. En cuestión de segundos, los largos pasillos se quedaron vacios y sumidos en el más absoluto silencio. Subí a la segunda planta y, con cierto disimulo, fui mirando por los departamentos asignados a las diferentes funciones. Por todo el edificio estaban repartidos los grandes sectores que prevalecieron en el Egipto faraónico: agricultura, trabajo, finanzas, archivos y justicia. En la penúltima estancia, sentado sobre un pequeño taburete, Jehuty revisaba unos cuántos royos de papiro que colocaba en una estantería. Los escribas, apiñados en el otro lado de la sala, se esmeraban por llevar las cuentas de todo el país con el esmero y educación del que habían sido adoctrinados.

«Jehuty ¿un funcionario de alto nivel?».

Desde el dintel de la puerta lo miré con orgullo hasta que levantó la cabeza y me vio. Nuestras miradas se saludaron durante unos segundos con una diáfana expresión de júbilo.

—¡Señor! Oh, mi señor.

Su voz sorpresiva paralizó a los escribas. Me miraron, y sentados sobre sus esterillas se inclinaron en una graciosa reverencia. Jehuty depositó los papiros sobre una mesa y se acercó rápido hasta la puerta donde me encontraba. Quiso hacer una reverencia, pero se lo impedí.

—¿Acaso te has olvidado de mi nombre? —dije, frunciendo el entrecejo.

—No mi señ..., Nafer. ¿Cómo podía olvidarlo? ¿Dónde has estado? Por Amón que me alegro de verte.

Bajé la voz para no alterar el silencioso ambiente que presidía en aquel pasillo. Supuse que tenía trabajo y no quise molestarlo más.

—¿Cuándo podemos hablar?

En el interior de la estancia, los escribas alargaban el cuello para poder vernos. Jehuty los miró, dedicándoles una sonrisa, acompañada de un ademán para que continuaran con su trabajo.

—Veras, querido amigo —dijo, asiendo mis brazos con el rostro compungido por no poder atenderme—. A lo largo de la mañana tengo que entregar unos informes de carácter urgente. Un alto mandatario de Bubastis viene en persona a recogerlos, y...

—Sí, sí, lo comprendo —asentí— solo quiero saber cómo estáis tú y toda tu familia.

—Oh, tengo tanto que contarte... Habla con Kiya, ella te indicara dónde está ubicada nuestra humilde residencia. Hoy bendeciremos los alimentos con tu presencia.

—Iré acompañado —dije con la alegría de que Nefertiti los pudiera conocer.

Juntó las palmas de las manos a la altura del corazón.

—Al igual que tú, será bienvenido.

No quería dañar sus sentimientos.

Con las indicaciones de Kiya, llegamos el edificio donde se alojaba la servidumbre de palacio. Viviendas de diferentes tamaños se dispersaban en paralelo a las murallas; una de ellas pertenecía a Jehuty. Recién construida, la casa poseía dos plantas con una terraza algo más grande que lo normal. De forma cuadrangular, guardaba la similitud con los hogares de Tebas, a excepción de un pequeño jardín que se extendía en la fachada oriental.

Mesamún estaba esperándonos bajo la sombra de una acacia. Al vernos aparecer, se atusó rápidamente el cabello con las manos mientras sus ojos parecían salírsele de las orbitas sin apartar la mirada de Nefertiti.

—Mi reina, mi gran reina. Que los dioses te bendigan por toda la eternidad, pero...pero...

Fue a postrarse, pero antes de tocar tierra con la rodilla, Nefertiti la asió de los brazos. Con ese gesto y una profunda mirada escondida tras una sonrisa, las dos mujeres simpatizaron como si se conocieran de toda la vida. Unidas por el brazo, recorrieron el jardín para adentrarse en la vivienda. Poeri, el hijo de Jehuty, se había convertido en el escriba predilecto del faraón. No solo Tut requería su presencia en los actos más notables, sino que se habían hecho grandes amigos y sabían divertirse fuera de las actividades protocolarias. También había ido a Avaris con motivo de la jubilación de Sethy, del jefe de los arqueros.

Después de la comida, Jehuty me tomó del brazo para salir al jardín.

—Mi querido amigo Nafer ¿Cómo puedo agradecer todo lo que has hecho por nosotros?

Mientras permanecí ausente de Tebas, Jehuty había adquirido una magistral experiencia desde que ingresó en la casa de administración. Acompañadas del orgullo que le caracterizaba, sus palabras mostraban mayor seguridad y lealtad. Hablaba como un alto dignatario que se desvivía por honrar con su trabajo al faraón.

—Con tu compañía —contesté—. Todo lo que eres y posees es merito tuyo, pero cuéntame ¿qué ha ocurrido en mi ausencia?

Levanté la vista y vi cómo el sol se estaba preparando para ocultarse tras el horizonte. Mi buen amigo relató las andanzas de los últimos meses, poniéndome al corriente de los acontecimientos ocurridos en la casa de la administración.

Cumplí con lo que en un principio pensaba, cuando al poco de cruzar la puerta que me llevó al antiguo Egipto, era una de las tareas que tenía que cumplir: menguar el abuso de impuestos que embestía al pueblo de Egipto. Indudablemente no era esa mi misión, sin embargo, utilice todos los medios posibles a mi alcance, intentando cumplir así un reto personal.

Treinta días fueron suficientes para que Jehuty, cada mañana, observaría por el rabillo del ojo en la posición del escriba, quién frecuentaba con más asiduidad cada uno de los departamentos. Escuchaba con sigilo todos los requerimientos, se fijaba en qué tipo de documentos extraían de todas las estanterías y qué hacían con ellos.

Tenía una prodigiosa memoria que utilizaba para analizar todo sin perder detalle.

Por la tarde, en compañía de Maya, escrutaban y comparaban todos los pormenores acontecidos durante la jornada matutina, sobre todo, los pasos que ejecutaban los más altos funcionarios y los escribas que estaban a su cargo. Pasado ese primer mes, después de que el sol desaparecía tras las montañas de occidente, la casa de la administración se quedaba prácticamente vacía. Con el único sonido del eco que sus pasos emitían el los solitarios pasillos, fueron comprobando las anotaciones realizadas por los altos funcionarios con las suyas propias. El general Horemheb y parte de su *Sombra de Horus*, lograron inmiscuirse en una ardua tarea para obtener datos irrefutables, todos ellos recientes para comparar de manera fehaciente los últimos informes con el trabajo realizado en ese enorme edificio. No fue fácil, pero así se logró comprobar el goteo que existía en la administración, desde la mercancía transportada por el Nilo hasta el último grano de trigo recolectado en la cosecha y almacenado en los graneros de todo el país.

Tres insignes funcionarios de Tebas, dos de Menfis, un mandatario que ejercía sobre el comercio exterior, el guardián jefe de los graneros, el encargado de la recaudación de impuestos y siete escribas, habían sido trasladados apenas veinte días, unos para ser

encarcelados en el destacamento militar de Chel, y otros repartidos para realizar trabajos forzados en las canteras y las minas del Sinaí. A un juez de importante relevancia, le cortaron las orejas, lengua y dos dedos de cada mano, siendo el principal instigador del escamoteo que se filtraba a la sombra de Egipto desde los tiempos del faraón Akhenatón.

En los corrillos de la alta sociedad y los que se formaban en la casa de la administración, con respecto al desmantelamiento sobre el goteo de impuestos, Jehuty había sabido manejar el caso con total transparencia y quedar al margen de semejantes comidillas. Por su discreción e interpretación en un magistral papel de sumiso escriba, no había despertado sospecha alguna. Le fue asignado el rango de encargado en una sección de agricultura por el mismo jefe de departamento. Todo en apenas tres meses; tiempo suficiente para que Jehuty se impregnara del funcionamiento administrativo, aportando pequeñas y valoradas ideas que le hicieron subir en el escalafón laboral.

Seguro que la cosa no quedaría ahí, y sin la ayuda de Maya o del propio faraón por haber sacado a la luz semejante maquinación, conseguiría por meritos propios todo aquello que quisiera proponerse, sin duda, hasta que el orgullo se lo permitiera, ya que daba más importancia a la familia que a los meritos laborales. Por nada que le pudieran ofrecer los más notables mandatarios de la administración, cambiaría a su esposa y sus hijos por un alto cargo que le mantendría ausente de sus obligaciones morales y familiares.

—Me siento orgulloso de ti, Jehuty.

Negó con un ademán de incomprensión.

—Soy yo el que no entra de gozo en mi cuerpo. Gracias a ti, mi familia no pasa hambre y nos espera un futuro halagüeño. Yo soy el que eternamente mostraré gratitud hacia tu persona. Siempre estarás presente en mis oraciones matutinas.

—Tú has hecho posible todo esto —afirmé—. En mi ausencia, pensé que al haberte confinado una misión de este tamaño, tal vez puse tu vida en peligro. Ya sabes que los sedientos de poder y riqueza son capaces de todo con tal de llenar sus arcas, y sí, llegué a preocuparme por ti. Pero…, gracias a los dioses y a tu sabiduría, has hecho que la pobreza deje de ser un enorme problema en la mayoría de los hogares, haciendo bajar los impuestos y permitiendo

que muchas familias tengan con qué comer, sin miedo a que los sabuesos de los recaudadores les quiten el plato de la mesa.

El nuevo encargado de la sección de agricultura no daba importancia a lo que había hecho. Se sentía feliz por los más pobres, por aquellos, que como él en su día, había jornadas en las que apenas probaba bocado para entregárselo a sus hijos. A partir de ahora, la vida iba a cambiar para aquellos que estaban en esas circunstancias, pudiendo, si las cosechas eran favorables, evitar que ningún miembro de la familia pasara hambre.

Por todo ello se sentía feliz, sobre todo, por estar trabajando en la administración al servicio de Egipto, y del faraón.

El primero en sorprenderse de toda esa trama fue el Gran Visir Ay. Entre sus responsabilidades como primer ministro a la cabeza de la administración del país, estaba la recaudación de impuestos en las regiones de labrantío y las cosechas de los campos reales, incluso en lo concerniente a la división del terreno y la cría de animales. Nadie se proclamó la autoría de toda la investigación, siendo Horemheb el portavoz, con la ayuda de un juez que portaba todos los documentos incriminatorios, las dos únicas personas que limpiaron la casa de la administración de semejante inmundicia. Supuestamente detrás de ellos estaban los artífices de una comprometida operación que se mantendrían por siempre en la sombra, bajo las órdenes del faraón. Esbocé una sonrisa, pensando que para los altos mandatarios hubo un gran despliegue de infiltrados a la orden del faraón para desentrañar un desfalco que llevaba años sobre Egipto.

Para ellos así había ocurrido y quedaría en el olvido.

En cuestión de pocos días todo volvió a la normalidad. Se crearon nuevos cargos, anunciando que no correrían tanta suerte como sus antecesores si intentaban llenarse las arcas a costa de Egipto. No verían los últimos días de sus vidas en la prisión de Chel, sino que serían llevados al desierto más lejano, donde los oficiales se encargarían de enterrarlos hasta el cuello y dejarlos al amparo de chacales, serpientes y escorpiones.

«Un tanto desmesurado», pensé. Aunque recordé las palabras de Huni poco antes de nuestra partida: «toda precaución es poca. Una sombra se cierne sobre la familia real y hay que tener los ojos bien abiertos. Protégelos».

Hacía todo lo que podía por protegerlos, incluso antes de salir al jardín con Ankhes o Kiya, me percataba de que la guardia real estaba alerta ante cualquier intrusión o movimiento sospechoso. No me gustaba, no me sentía cómodo, pero ante la responsabilidad de sentirme protector, hacía que recelara de cualquiera que se acercara a ellas. Me senté al lado de Kiya que tenía las piernas metidas en el estanque. Esa tarde hacía calor; apenas corría aire. El silencio se rompía con el canto de algún pájaro a la sombra de los arboles.

—Kiya… bueno… veras… es que…

Metió la mano en el agua, moviéndola lentamente como si estuviera acariciándola con mimo.

—Dime, ¿son tan turbulentos los pensamientos que rondan por tu cabeza, que impiden a tus labios hablar con claridad?

—No, no es eso —las palabras me salieron como un ronco silbido perdido en el desierto—. Sé quién es el padre de Tut.

Kiya asintió lánguidamente sin sorprenderse, pero la habitual sonrisa dibujada en su rostro se esfumó como un suspiro.

—¿Cómo lo has sabido? Nadie…

Mirándola, coloqué una mano en su rodilla. Ya no chapoteaba las piernas en el estanque y la mano que poco antes acariciaba el agua, refrescaba su cuello para aliviar el calor de esa tórrida tarde, o el sofoco que le había producido con mis palabras.

—Nadie del que tengas que preocuparte lo sabe. Kiya, créeme —sobraban esas palabras, pero necesitaba decírselas—. Tú me revelaste que Akhenatón no era su padre, y que tan solo lo educó entre bastidores. Fue su verdadero padre quien instauró en él su fortaleza, y tú la paciencia y sabiduría. Al enterarme, dibujé los dos rostros en mi mente y comparé sus facciones. ¡Y sí!, la similitud afloró con una sonrisa que no pude evitar: su nariz, los labios, pero sobre todo, esa penetrante mirada que compartía con la dulzura de la tuya. Esa mirada que amansa a un león y mueve ejércitos. Esa mirada solo la posee… el general en jefe de los ejércitos egipcios: Horemheb —Kiya dejó asomar una nerviosa mueca entre sus labios, denotando la fuerza del orgullo en su mirada—. Sí, mi querida Kiya,

Horemheb es el padre de tu hijo y me lo reveló una reina. Una gran reina que supo mantener la dignidad de Egipto hasta nuestros días, una gran mujer, una hermosa y fuerte mujer: la reina Hatshepsut.

Por fin sonrió con soltura, relajando la tensión que se percibía en su rostro. Fue como un soplo de aire fresco en la ciénaga que se habían sumido sus pensamientos.

—Claro, claro que sí —dijo con cierta alegría— ¿Quién si no, los dioses y aquellos a los que amparan, podrían conocer mi mayor secreto?

—Aunque… —susurré, acercándome a ella—, también me dijo con un mohín de picardía, que por sus venas corría sangre real.

Asintió, se puso en pie y me invitó a dar un paseo por el jardín. No era la primera vez que me revelaba un secreto, casi siempre acompañado de un tranquilo paseo donde sus palabras brotaban con mayor fluidez.

—Así es —afirmó—. Horemheb es el hermano pequeño del interfecto faraón Akhenatón.

—¿Cómo…?

Me sentí confundido.

Siempre había creído que el general Horemheb era descendiente de una antigua familia aristocrática, sin llegar a estar emparentado con ningún miembro de la familia real. Eso es lo que los egiptólogos habían descubierto a través de los jeroglíficos inscritos en su nombre.

—Horemheb quería tanto a su hermano Akhenatón —comenzó a relatar—, que tuvo que separarse de su familia a la edad de once años. Su carácter, digno de un faraón a tan temprana edad, prorrumpió en grandes trifulcas con su padre Amenhotep, quien fue el que infundió a Akhenatón para que todo Egipto adorara exclusivamente al disco solar Ra, al único dios visible y presente en la bóveda celeste. La visión que Horemheb tenía de todo ello era muy diferente, y fue el detonante para borrarlo de todos los escritos como hijo del faraón. Él insistía en la pacificación con los países extranjeros para asentar una base de buenas relaciones, y permitir que por el Nilo fluyeran exóticas mercancías para engrandecer Egipto, más aún si cabe de lo que ya es. Akhenatón —continuó relatando, mientras entrelazaba tres finas ramas de sicomoro-fue el segundo de los hijos de la pareja real. El día de su nacimiento, unos

astrólogos convencieron a su padre de un hecho insólito en la existencia del universo. Le auguraron que el disco solar Ra era la única divinidad a la que todo el pueblo tenía que adorar, ya que al alba de ese día, justo cuando había aparecido por el horizonte, tres luminosas estrellas que formaban una pirámide, escoltaban al disco solar en el amanecer de una nueva era. Ellos fueron los que proclamaron a Ra como único dios. Akhenatón nació esa misma mañana, y Amenhotep, su padre, inducido por los augures, supo en ese día quien iba a ser el siguiente faraón, el que reinaría bajo la fuerza protectora de Ra, el único dios que resplandecería la grandeza de Egipto. Así se educó Akhenatón.

Nos detuvimos un momento en el camino.

—Pero Horemheb tenía más fuera para gobernar… —me entrometí en el corto silencio que Kiya se había sumido para ordenar sus palabras—. Él tenía que haber sido el faraón.

Kiya se limitó a mirarme, afirmando con lentitud. Pasó su brazo por el mío y me invitó a proseguir con el paseo.

—Ya de muy niño —continuó—, Horemheb sabía lo qué quería para la tierra bañada por el Nilo, y la única que creía en él era su madre, la reina Tiy. El fuerte y decidido carácter que poseía Horemheb, hizo que su padre renegara de él, siendo Tiy la persona que intercedió para que continuara con una educación a la altura del hijo de un faraón. Lo llevó a casa de su mejor amiga, la esposa de un noble dignatario donde fue criado y educado como un hijo más de la familia. Akhenatón y Horemheb se veían a escondidas de su padre, pero supieron forjar el amor como hermanos —Kiya ocultó su rostro entre las manos, guardo un momento de silencio y respiró hondo—. A la muerte de Amenhotep, Horemheb ya había escalado por meritos propios los peldaños del arte militar, llegando a ostentar el cargo de general de las fuerzas tebanas, poco antes de que su hermano Akhenatón subiera al trono. Es su pasión, Nafer. Siempre ha querido proteger Egipto, y su vida la dedica a ello. Intentó por todos los medios que su hermano ahondara con más ahínco en los temas militares y menos en los divinos, pero el faraón estaba aferrado a las ideas que, desde su niñez, los astrólogos y su padre le habían hecho creer y sentir. Solo así, Akhenatón sabía que su hermano era el único que podía proteger las fronteras de Egipto, y lo elevó al rango más alto del aparato militar: general en jefe de

todo el ejército egipcio, desde Nubia hasta el delta del Nilo. Aún recuerdo el día que murió Akhenatón, porque mi amado Horemheb se encerró durante tres días y dos noches para llorar su muerte. Con el tiempo, logró suplir la ausencia de Akhenatón con su hermano pequeño Semenejka, que había heredado la misma fisonomía y carácter que el difunto faraón. Un año mayor que nuestro hijo Tut, desprende toda la bondad de los dioses en su mirada. Es como... un niño necesitado de un mimo especial y perpetuo. Horemheb acude a visitarlo con frecuencia, ya que su salud es débil y siente la necesidad de ampararlo con su presencia. Él adora al general, sobre todo cuando le cuenta la historia de sus antepasados, aquella en la que el faraón Ahmose completó la conquista del bajo Egipto y la expulsión de los hicsos del delta del Nilo, restaurando el gobierno de Tebas sobre todo el territorio de Egipto. También se empeñó en reorganizar la administración, reabriendo canteras, minas y nuevas rutas de comercio. Aquel consanguíneo de Horemheb, marcó un antes y un después en la historia, cimentando la base de un nuevo imperio. Semenejka disfruta cuando su hermano mayor, haciendo aspavientos con las manos y cambiando el tono de voz, emula los principales personajes de su linaje, los faraones que también se bañaron en las aguas del Nilo con los dioses.

Kiya palideció. Sus piernas perdieron todas las fuerzas que la mantenían en pie. Justo pude sujetarla por la cintura, sentándola a la sombra de un frondoso tamarindo.

—¡Kiya! ¿Qué te ocurre...?

—No es nada. El calor...

—¿Cómo que no es nada? Y esas lagrimas, dime ¿por qué lloras, Kiya, qué te ocurre? Siento haber sacado un tema que...

Me silenció, colocándome la mano en la mejilla. Negó con los ojos vidriosos al tiempo que acariciaba mis cabellos.

—No, no es eso, Nafer.

—¿Entonces...?

Levantó la cabeza mientras secaba sus lágrimas con la palma de las manos. Luego sonrió, pero no era fruto de un sentimiento, tan solo pretendía enmascarar su dolor.

—El día que Tut y Horemheb partieron hacia Avaris, tuve un sueño, un mal sueño —recordó con la vista perdida, apretando los labios.

—No tienes por qué preocuparte por eso, solo fue un sueño.

—No —sentenció—. Soñé que los perdía a los dos. Era una mañana radiante y corría un fresco aire humedecido por las aguas del Nilo. Cientos de columnas me cerraban el paso para ir al río, obligándome a encaminar mis pasos hasta una montaña imposible de ascender por ella —dibujaba en el aire con sus manos la interpretación de su sueño—. Quería subir, pero me resbalaba. Las columnas iban encerrándome sin la posibilidad de poder escapar entre ellas. Volví a intentar de nuevo que la montaña me permitiera trepar por ella, pero no lo hizo, incluso las yemas de los dedos me sangraban de tanto escarbar entre las piedras. Fue horrible, Nafer. Las columnas iban a aplastarme contra la pedregosa montaña, cuando esta me engulló. Se hizo el silencio y la luz se apagó. Podía respirar entre sus fauces, sentir que tenía espacio para moverme, pero... pero... —de nuevo rompió a llorar entre suspiros—. Fue ahí cuando presentí que jamás los volvería a ver. Era mi muerte.

Tomé su rostro entre mis manos y la obligué a que fijara la mirada en la mía.

—No digas tonterías —quise quitarle miga al asunto—, simplemente se trata de una mala pesadilla. Cada semana tengo yo una de esas —mentí.

—No temo morir, Nafer —reveló, aún congestionada entre los sollozos—. Temo perderlos, y esto es un augurio que me está preparando para ello. Sé que les voy a perder, lo sé...

No pudo continuar. La atraje hacia mi pecho, envolviendo su cabeza entre mis brazos. Quería que solamente escuchara el canto de los pájaros que jugaban entre los árboles y el latido de mi corazón.

XVIII

Tut, con un leve gesto de cabeza, prescindió del carro que le estaba esperando para ser transportado hasta el templo de Karnak. Justo detrás, descendían por la rampa en paralelo el general Horemheb y Nemut: imponentes, regios. Vestían casi idénticos uniformes: una cota de malla, casco y un faldellín ceñido a la cintura. Nemut caminaba altivo, buscando con la mirada a su amada Merit. La vio casi oculta entre los mandatarios y esbozó una grácil sonrisa apenas perceptible, pero el brillo de sus ojos no podía enmascarar la alegría que sentía por verla. En una hilera de la comitiva, en representación del aparato militar tebano, se hallaba Nakhtmin, jefe militar, que al paso de Horemheb inclinó la cabeza, llevándose la mano al pecho en el sublime gesto de honor. Aún no me había percatado de su presencia hasta que nuestras miradas se cruzaron. Detrás de Nakhtmin se encontraba Sonofer, arrogante, con una soberbia mirada en la que solo elevaba el labio superior derecho.

Después del saludo protocolario entre el faraón y su esposa, nos dirigimos hacia el templo de Karnak. Tras los ritos preparatorios, Tut se introdujo en el Sanctasanctórum de Amón para orar y mostrarle su respeto. Seguí con la mirada a Tut mientras desapareció entre las columnas de la sala hipóstila, camino de su preciada capilla, la del Dios Amón. Ardía en deseos de estrecharlo entre mis brazos, pero el protocolo se interponía como un ancho río

de aguas turbulentas.

Horemheb y Nemut, sin tener la oportunidad de poder saludarlos, desaparecieron entre la multitud. Tampoco puede encontrar con la vista a Kiya y Merit, que poco antes de aquel ajetreo humano se encontraban a mi lado. Ankhes, custodiada por un doble círculo de la guardia real, se despedía de nosotros poco antes de subirse en el carro dorado para ser trasladada hasta las puertas de palacio.

—Neti —le susurré al oído—, acompaña a Ankhes. Me quedo hasta que salga Tut...

Me guiñó un ojo y se introdujo en el círculo, colocándose al lado de la reina. Recorrí la sala hipóstila hasta el final, siempre acompañado por cuatro miembros de la guardia de Horemheb. En el dintel de la puerta de acceso al interior del templo, estaba apostado el Sumo Sacerdote Userhat con buena parte de sus acólitos. Hice un ademán con la mano a la guardia para que se detuvieran, y entonces, comenzó un duelo de miradas entre Userhat y yo. No dije ni una sola palabra mientras llegaba a la puerta. El Sumo Sacerdote intentó hacer un gesto para que me detuviera, pero se quedó tan solo en eso, en un ambiguo gesto un tanto infantil y ridículo.

Entre Userhat y yo nunca había habido una buena relación personal. Jamás había tolerado su prepotencia fuera del entorno real, ya que dentro se comportaba como un sumiso cordero, obediente, siempre enalteciendo cualquier gesto o decisión del faraón. Carecía de personalidad. Sus iras y frustraciones las pagaba con aquellos que le servían, utilizando el azote en más de una ocasión para hacerse respetar, siempre, sin tener una razón que justificara las marcas sobre las espaldas de los jóvenes sacerdotes.

Allí estaba, frente al Sumo Sacerdote apostado bajo el dintel, haciéndole saber con la mirada que no le tenía miedo ni respeto, que su prepotencia era el fruto de una errónea elección que alguien tomó para colocarlo en la cúspide eclesiástica. Al cabo de unos segundos, donde el silencio era lo único que reinaba allí, bajó la cabeza, evitando mostrar la vergüenza en unos coléricos ojos que tantas humillaciones habían visto a lo largo de su vida.

Me quedé esperando a Tut en la antesala plagada de columnas, contigua a la capilla de Amón. Me senté, apoyando la espalda

contra la pared, inmerso en una penumbra silenciosa que comenzó a incitarme a la somnolencia.

—Nafer...

El viento comenzó a entrar por la puerta, levantando una nubecilla de polvo que se elevaba hasta el techo.

—Nafer...

Medio adormilado, volví a sentir el viento que susurraba entre las columnas; cálido y agradable.

—¡Nafer! ¿Quieres entrar de una vez, o es que te has quedado sordo?

Me levanté con rapidez. La voz de Tut despejó todos mis sentidos que llevaban un buen rato adormecidos. Aún llevaba el tocado *Nemes* sobre su cabeza, cubriéndole los hombros. Ciñendo el tocado, resaltaba el *Uraeus*, la cobra que se alzaba para proteger al faraón de todos los males.

Estaba majestuoso.

—Sé por qué estás aquí —manifestó al verme entrar por la puerta, asintiendo lentamente.

—Bueno, eso es fácil. Estoy aquí para estrecharte entre mis brazos y darte la bienvenida personalmente.

Sonrió al tiempo que bostezaba.

—Sí, claro. Perdona, hermano.

Lo noté algo abstraído y distante, perdido en unos pensamientos que solo él estaba fraguando en su interior. Su abrazo estaba cargado de fuerza, de sentimiento transformado en energía. Le despojé con cuidado del *Nemes*, casi como un ritual, colocándolo al lado de la estatuilla de Amón. Lo sujeté por los hombros con un suave zarandeo, mirándole de abajo a arriba. Su cuerpo había adquirido volumen desde la última vez que lo vi. Bajo sus anchos hombros, pletóricos de una latente musculatura, se asomaban unos rígidos pectorales que se elevaban sobre su marcado abdomen.

Ya hacía tiempo que había abandonado un cuerpo impúber para esculpirlo de bellas formas atléticas y varoniles. Ahora poseía el de un adulto forjado en mil batallas, aún así no desdibujaba de su rostro ese halo de preocupación.

—Sé que tienes algo que decirme —dije, guiñándole un ojo—, pero espera, tengo un regalo para ti.

Sus ojos se encendieron como una chispa en mitad de la noche.

Escondí las manos tras la espalda y le invité a que eligiera.

—La que más cerca está de Amón —dijo, agachando levemente la cabeza con un mohín de picardía en su mirada—. Tu mano izquierda.

Extendí los brazos con las manos cerradas en puño. La izquierda casi tocaba la estatuilla de Amón, pero abrí y cerré rápidamente la derecha, viendo en su rostro una sonrisa y un gesto de satisfacción. A continuación, tras unos segundos de silencio, abrí la mano la derecha y seguidamente la izquierda.

No se atrevió a cogerlo; se limitó a observar el interior del anillo y el exterior. Sus ojos me penetraron hasta el fondo del alma. Volvió a mirar el anillo, lo cogió y se lo insertó en el dedo índice de la mano derecha.

—Lo sabía, Nafer, lo sabía. Siempre lo he sabido. Has tenido el privilegio de estar con mi Gran Madre...

En ese momento me hubiera gustado ver mi propio rostro reflejado en un espejo. Lo imaginé desencajado, pero enseguida retomé la situación para evitar que Tut escrutara mis pensamientos.

—Bueno, desde que vine de Edfú he estado con ella todos los días. ¿Qué tiene eso de particular?

Elevó la mano, abriéndola, cerrándola y moviendo los dedos como si el anillo fuera un guante que estuviera amoldando con los movimientos.

—No con ella, mi amado hermano, a la que diariamente venero por su entrega de amor absoluto y compañía, sino a mi otra madre, a la espiritual, a la que cada día me nutre con su fuerza: mi amada Reina Hatshepsut —respiró hondo, queriendo absorber la esencia de su nombre—. Ella fue elegida por los dioses para gobernar Egipto con arrojo y corazón, pero también para llenar de luz la morada de los hijos de Horus: Arum.

Por un momento me quedé lívido, sin habla. Casi siempre lograba pillarme de improviso sin saber cómo responder, enmudeciendo ante sus espontaneas conjeturas. Unas veces actuaba como el adolecente que era, y otras desplegaba todo su sentimiento y sabiduría, procediendo como los mismísimos dioses.

—Así es —hablé sin disimulo—. Ella... te envía este don desde Arum. Me ha dicho que siempre estará unido a ti...

—¡Y a ti! —me cortó con una exclamación. Tras unos segundos

de silencio en esa cámara donde parecía estar desconectada del resto del mundo, me sentí diferente, como si una fuerza penetrara a través de las paredes del santuario y se concentrara en la mirada de Tut—. A ti también está unida. Un día te pregunté quién eras y no supiste contestarme. ¿Sabes ahora por qué siempre te he llamado hermano? Tu presencia aquí no es casual —se giró hacia la estatuilla de Amón—. Como en su día te dije, siempre estás ahí cuando te necesito. Ahuyentas la presión que Egipto ejerce sobre mí, haciéndome ver una realidad que a veces se escapa de mis pensamientos. Juegas conmigo, me hablas con el corazón. A veces revocas mis decisiones y otras las aplaudes ¿comprendes ahora por qué te siento como un hermano? —guardo un momento de silencio —. Eres el hermano nacido en la tierra y enviado por los dioses. La Gran Reina Hatshepsut, mi madre celestial, ha hecho posible que nuestros caminos se unan en un mismo sendero, pero no ahora, sino siempre.

¿Qué podía decir? Todo estaba dicho, y él mejor que nadie conocía el funcionamiento de esa perfecta maquina cuyos engranajes, los dioses, estaban conectados como una sola entidad.

No era un tema superficial que al faraón siempre se le considerara como a un dios en la tierra. El pueblo estaba convencido de que era la representación divina, el poder que ejercía para todo aquello que la mano del hombre no podía ejecutar. Del resto de faraones, desconocía su poder, pero de Tut, estaba convencido que en su gestación intervinieron poderes que van más allá de realidad. Tut jamás fue un muchacho como los demás; estaba tocado por la mano de los dioses.

—Tut, vamos a palacio. Tienes que estar cansado del largo viaje.

Sonrió y asintió. Sus ojos comenzaban a mostrar un halo de abatimiento, aún así, la sonrisa no se desdibujó de su rostro.

—Un momento —me detuvo, asiéndome del brazo—. Sé por qué estás aquí y por qué te siento como un hermano. ¿Quién mejor que tú para poner a salvo a nuestra madre?

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

Sin mover un musculo de su cara, una lágrima comenzó a recorrerle por la mejilla.

«El cansancio le está dejando sin fuerzas y no coordina le realidad en la penumbra de esta cámara».

—Voy a perder a Kiya. Sé que la voy a perder y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Jamás perderás a Kiya —intenté animarlo—. Hace tiempo que no la ves y la echas de menos, eso es todo. No tienes por qué preocuparte.

Me miró con los ojos cada vez más cansados, pero su mano seguía aferrando mi brazo con una fuerza que en esos momentos no parecía poseer.

—No, Nafer. Sé que la voy a perder. Tuve un sueño que no era un sueño. La vi alejarse mientras los dioses me retenían sin poder ir con ella, sin embargo... allí estabas tú, protegiéndola. Por eso los dioses te han hecho venir.

—Dentro de diez días —anunció Horemheb—, seréis testigos de una importante celebración —guardó silencio, mirándonos con rostro sorpresivo y picarón.

—¿De qué se trata —pregunté intrigado.

El general me propino un pequeño empujón con el hombro.

—Mnnn... es una sorpresa, amigo mío. Pero antes... —dejó escapar de sus labios una risilla sardónica y sin disimulo—, antes yo seré testigo de otra celebración, mejor dicho, de dos.

Nefertiti se puso en pie lentamente. Con el rostro casi ruborizado por las cómplices miradas de los asistentes, me tendió la mano e hizo un gesto para que la acompañara. Llamó a la guardia y salimos de palacio.

—¿Qué ocurre, Neti? —me intrigó tan precipitada acción, escuchando de fondo las risas del grupo que se había quedado en el jardín —¿Dónde vamos?

—Ah, nada. No ocurre nada de lo que tengas que preocuparte. Lo que voy a hacer, solo puede realizarse en presencia de Isis.

Fruncí los labios y me dejé llevar. Nos dirigimos a la parte trasera del templo de Karnak, absorbidos por el plantío de arboles que se alimentaban del lago sagrado de Amón. Allí cerca se encontraba el templo dedicado a la diosa Isis, la Gran Maga. Siete columnas flanqueaban la entrada al templo, donde dos sacerdotisas

parecían estar esperándonos con unos aguamaniles de agua perfumada entre sus manos. Tras las rituales abluciones de purificación, penetramos en el templo. Pequeñas columnas se erigían en torno a un estanque, donde sus aguas, provenientes del lago sagrado, se reflejaban ondulantes entre las paredes colmadas de lamparillas donde sus llamas bailaban en una danza sensual y silenciosa.

—Neti —la retuve por el brazo antes de penetrar en otra cámara—, ¿qué hacemos aquí? Pensaba que este templo estaba destinado solo a las sacerdotisas de Isis, y a ciertas mujeres para hacer sus ofrendas —extendí los brazos con la palma de las manos hacia arriba—. Yo soy un hombre y...

Casi, como ignorando mi comentario, entrecerró los ojos con un sutil desdén femenino.

—Chsss —me silenció, colocándome un dedo sobre los labios—. Solo en contadas ocasiones puede un hombre penetrar hasta la capilla de la diosa, y esta, es una de ellas. Lo que voy a hacer es algo que quizá carece de sentido para ti, sin embargo, para mí es algo tan esencial como la fuerza y el amor con la que nos ampara mi amada Isis —guardó un momento de silencio. Deduje a través de su mirada que ese ritual era importante para ella.

—Vamos entonces —dije, sin querer enfriar ese cálido instante de ternura que vi en sus ojos.

—¡No! —ahora me retuvo ella—. Nafer, quiero que sientas lo que yo siento —me llevó una mano a la altura de su corazón. Me recordó al ritmo de un tambor, ejecutando el compás de una danza frenética—. Siempre he querido hacer esto y nunca he tenido la oportunidad. Desde que era una niña, soñaba con la idea de entrar a este sagrado recinto en compañía del hombre al que amaría, pero... en su día... no pudo ser. Mis ilusiones se quedaron atrapadas en los sueños.

En la capilla de Isis, aparte de los alimentos que las sacerdotisas ofrendaban a la diosa, había una bandeja de suculentos manjares, alguna torta de pan y frutas en su mayoría que Nefertiti había ordenado traer para saciar nuestro apetito. Comí con fruición, ya que apenas había probado bocado durante buena parte del día.

Limpiándome la comisura de los labios, sonreí con picardía.

—¿Y esto es lo que no has podido hacer nunca, comer con un

apuesto hombre en presencia de la Gran Maga Isis? Claro, lo comprendo…

Me guiñó un ojo y comenzó a desatar el nudo de una fina cinta que rodeaba su cuello. De ella pendía una bolsita de tela que ocultaba bajo su túnica. La colocó en la repisa que estaba al lado de la imagen de la diosa, y la fue abriendo con esmerada lentitud, como si se tratara de un objeto extremadamente frágil.

Dos anillos y dos brazaletes de diferentes tamaños, emergieron de la oscuridad de la tela que los envolvía. Las cuatro piezas eran de oro pulido, un oro que obligó a mis ojos a abrirse ante su espectacular hermosura en presencia de la no menos bella estatuilla de la Gran Maga.

El anillo pequeño representaba a la diosa Isis, contorsionando su cuerpo en una grácil ejecución de gimnasia artística, arqueada hacia atrás hasta tocarse los pies con las palmas de sus manos. El otro anillo, en la misma ejecución, correspondía al de su esposo, el dios Osiris. Cada brazalete mostraba el cuerpo de dos cobras entrelazándose opuestamente, de tal manera que sus cabezas parecían unirse en una sola.

Neti introdujo un brazalete en su brazo, el otro lo colocó en el mío. Hizo un ademán para que cogiera los anillos y los protegiera entre mis manos. Ofrendó a la diosa Isis una flor de pétalos blancos, y envolvió mis manos entre las suyas. El lenguaje de su mirada hablaba con fluidez, sin embargo era incapaz de traducirlo. Me limité a sonreír ante lo que para mí era el ritual de un juego, sabiendo que para ella, el significado de aquel rito provenía desde su niñez, y por tanto, el momento de poder liberar aquel deseo tanto tiempo encerrado.

Sin apenas darme cuenta, absorto en su mirada, tenía insertado el anillo en el dedo corazón de la mano derecha, ella, en el suyo.

—No es un anillo —comenzó a hablar con lentitud y dulzura, pero con firmeza en cada palabra—, es una alianza. La alianza de tu corazón con el mío, el símbolo de eternidad y fidelidad —guardó un momento de silencio—. No es un anillo, es una línea que no tiene fin, un camino eterno, un río que nunca se detiene. No es un anillo, es un círculo permanente de amor. Nafer, mañana me uniré a ti como esposa; tú, serás mi esposo.

Fue un momento sublime.

—¿Mañana? —fue lo único que acerté a decir. Estaba pletórico de alegría ante aquel hermoso y personal ritual, pero ¿por qué mañana? No lo comprendí en ese momento ni me importó. Tan solo pude ver dibujada en su rostro una alegría contenida durante tanto tiempo, y ello, bien valía entregarme al azar con tal de ver realizado su sueño... y el mío. Antes de que contestara, la abracé para que me sintiera bien cerca. Con ese abrazo quise rubricar el ritual, ese privativo acto de amor que me estaba otorgando en la capilla de Isis.

Quise que se entregara a su propio deseo.

—Sí, Nafer. Mañana estaremos unidos a los ojos de Isis —susurró con los labios pegados a mi piel—. Una nueva vida comenzará para mí. Una nueva vida y... un nuevo mundo.

En ese momento recordé la lánguida, triste y placentera mirada del faraón Akhenatón, allá en Arum, esposo en vida de mi amada Nefertiti. Él sin duda fue feliz. Poseía todo lo que ansiaba: súbditos fieles para sus necesidades, un único dios al que adorar y poder verlo cada mañana en su despertar, sus hijas, y una bella y entregada esposa. Él sí era feliz; Neti necesitaba algo más. Es una indómita aventurera, decidida; una mujer con garra, cuyas uñas fueron limadas para representar a la Gran esposa real del faraón Akhenatón. Por ello, cuando sus obligaciones se lo permitían, navegaba en soledad por la serpenteante figura del Nilo. Quería sentir la intrepidez de sus aguas, uniéndose a ellas en cada amanecer para concebir una ansiada libertad como persona, vetada por imposición en el papel de Gran esposa real.

Solo pretendía sentirse libre.

Guardó silencio. Le concedí esos instantes para que su sollozo, apenas perceptible, eliminara los residuos de tristeza depositados en su corazón.

—Despréndete por unas horas de esta bella mujer, y entrégate conmigo a los seductores encantos de Tebas.

Neti se alejó con Merit. Iban cogidas por el brazo en un lento caminar por las sendas del jardín.

—¿Dónde me llevas?

Nemut rodeó mi cuello con su brazo. Parecía más seguro que nunca, decidido a emprender una noche de juerga por alguna cervecería de Tebas.

—A disfrutar del placer del pueblo, amigo mío. Mañana estaremos unidos ante los ojos de Amón con dos hermosas mujeres, así que estoy henchido de alegría y quiero celebrar contigo tan afortunada dicha.

De camino al pueblo, sonreí al pensar que Nemut y yo nos íbamos de despedida de soltero. No era tradición como en los tiempos de donde venía, sin embargo, parecía que el destino no quería hacerme añorar esas buenas costumbres, sobre todo, la noche anterior a mi matrimonio con la mujer a la que amaba. No iba a celebrarse una ceremonia en la que un sacerdote del templo dijera «os declaro marido y mujer». Era mucho más sencillo que eso. La «novia» se desplazaba hasta el hogar del «novio», pasaban la noche acurrucados bajo la misma sabana, y al día siguiente, ante los ojos de todos los parientes y amigos ya era un matrimonio en toda regla.

Vestidos con un sencillo atuendo, recorrimos las solitarias calles hasta el centro neurálgico de Tebas, donde el fluir de la gente era muy distinto al que se podía ver durante el día. Nemut me fue instruyendo sobre los lugares de diversión que, a esas horas de la tarde, comenzaban a brotar con una actividad cargada de fiesta; descanso merecido de los tebanos tras una dura jornada de trabajo en los campos de labranza. Entramos en una *casa de la cerveza*, y comenzamos a degustar las distintas especialidades de la preciada bebida que elaboraban con miel, frutas, o algún licor que traían de tierras lejanas, a cual más exquisita.

—Soy hombre de una sola mujer —le dije a una bella camarera, mientras me guiñaba un ojo y hacía señas con la cabeza para ir a un lugar algo más reservado.

La hermosa mujer, de unos treinta años, se alejó contoneando sus caderas al tiempo que chasqueaba sus dedos.

—Tú te lo pierdes, hombretón. Seguro que tu hembra no sabe sacarle partido a ese cuerpo —giró la cabeza para mirarme desafiante—. Tú te lo pierdes.

Nemut, arrugando los labios, negó con la cabeza. Extendió los

brazos y elevó sus hombros.

Esa noche pude ver en Tebas a la gente más variopinta: comerciantes nubios, libaneses, sirios, afganos y de otro lugares que venían para vender sus exóticos productos. Las *casas de la cerveza* eran puntos de encuentro de lo mejor y peor que navegaba por el Nilo hasta Tebas, y siempre hipnotizados por la excelente calidad de la cerveza y las esculturales mujeres que se prestaban a realizar sus sueños más recónditos.

La cerveza ingerida por Nemut desplegó todos sus encantos, haciendo que se uniera a nosotros un grupo de esos comerciantes, alargando la velada entre las anécdotas más disparatadas allende las fronteras. Hacía ya un par de horas que había anochecido, cuando Nemut, consciente de su estado con una perpetua sonrisa que no podía borrar de los labios, me hizo señas para salir de aquel garito que hervía en el bullicio.

—Aún no he podido agradecértelo —agachó la cabeza, centrando su mirada en una piedrecilla para darle una patada e intentar que llegara hasta el río. Tres intentos fueron suficientes para atinar en el blanco—, y no sé cómo hacerlo.

No eran palabras lo que salían por su boca, sino balbuceos entrecortados con un hipo persistente y las risas que ello le ocasionaba.

—¿Qué no me has podido agradecer? —pregunté mientras lo sujetaba por la cintura, intentando caminar en línea recta por las desérticas calles de Tebas, aun sabiendo que yo también estaba algo afectado por los efluvios de la espumosa bebida.

Nemut me detuvo en mitad de una estrecha callejuela.

—Nafer, Nafer…Nafer. Si no llega a ser por ti —seguía balbuceando—, ahora mismo estaría vagando por los áridos senderos de Seth —se estremeció al pronunciar esas palabras—. No hubiera conocido a Merit, ni mi amado Horemheb… Bueno, je, je, no puedo hablar. Me prohibió decir nada hasta…— lo sujeté para evitar que daría un traspié con el escalón de una casa—. Caminemos Nafer, porque mi lengua está ágil y parlanchina por la cerveza, y…

—Sí, vámonos. A ver si somos capaces de llegar hasta allí —señalé un pequeño estanque a orillas del río, junto a un embarcadero—. No podemos presentarnos ante nuestras

futuras...esposas, con esta guisa. Parece que nos hemos caído en un enorme barril de cerveza.

Nos entró una risa tonta y contagiosa. La temperatura de la noche se prestaba a permitirnos zambullir en el estanque, cosa que hicimos sin ningún reparo para despejar nuestras embotadas cabezas. Para cuando el aire secó nuestros atuendos, ya estábamos en condiciones de hablar con cierta fluidez y caminar en línea algo más recta.

—Te acompañaré hasta tu hogar —me ofrecí—. Merit estará...

—No, querido amigo. Mañana despertaré con Merit entre mis brazos, pero...voy a tener el gran privilegio de hacerlo en palacio. Así lo ha querido el faraón. Yo...yo...

—Será que te tiene en gran estima, Nemut.

Cogió unos guijarros del suelo y las lanzo con fuerza uno a uno, intentando hacerlos llegar hasta una pequeña esfinge que estaba en mitad de una plaza.

—Yo...iba a asesinarlo —rompió a llorar, llevándose las manos al rostro, queriendo así ocultar una vergüenza que aún le pesaba—. Y ahora me brinda su hospitalidad en una noche tan especial como esta. Nafer, ¿Quién es ese dios llamado Tutankamón? Nafer, mi mano sujetaba la flecha que...

—¡Vale, vale ya! Le silencié—. Aquel no era el Nemut que hoy todos conocemos y tú eres consciente de ello. Todo Egipto sabe que junto a Horemheb, eres la persona más fiel al faraón. Él tan solo quiere agradecer tu lealtad. Así como yo, eres un privilegiado de contar con su compañía, y sabe que daríamos nuestra vida por él. Si, a veces yo también pienso que no solamente es un mortal tocado por los dioses. Es...bueno, es Tut.

Ahí terminó la conversación antes de llegar a palacio. El lenguaje que a continuación clausuró nuestra despedida de soltero, se basó en el contacto. Un brazo por encima del hombro, unas palmadas en la espalda o un pequeño empujón para activar una sonrisa y evadir los confusos pensamientos, se mezclaron con la estrellada cúpula que vigilaba nuestros pasos por aquellas angostas calles donde un clamor silencioso nos acompañaba en esa cálida y solitaria noche.

Neti y Merit también habían tenido su particular fiesta. Rodeadas por unas cuantas lamparillas esparcidas por el suelo,

yacían sentadas junto al tronco de un sicomoro. Los alimentos ingeridos habían sido acompañados por un exquisito vino de la reserva de Tut: un vino dulce y suave para el paladar más exigente.

Al llegar a ellas, sus jocosas y pícaras risotadas resonaron en todo el jardín. Nemut y yo nos miramos. Estábamos un tanto desaliñados, pero no lo suficiente como para provocar semejantes carcajadas.

—¡Eh, vosotros! —Merit extendió el brazo, indicando con su dedo índice el edificio del palacio—, tenéis que cumplir con la tradición. Ya sabéis, pero... os queremos bien despiertos...

No pudo contener un ataque de risa al que Nefertiti se sumó. Nemut quiso hablar, pero tapé su boca con mi mano. Merit tenía razón, así que nos alejamos con el sonido de sus gráciles risas que se fueron convirtiendo en susurros. No quise interrumpir ese momento íntimo entre las dos. Las vi felices, y dejé que ese recuerdo quedara impreso para siempre en sus memorias.

No fue una noche de bodas donde la lujuria y el frenesí fueron los protagonistas bajo la suavidad de las sabanas. Tampoco el sueño nos invadió durante las horas que precedieron al amanecer. Fue una noche de charla, de sentimientos, de emoción, sobre todo por parte de Neti, que allí, viendo las estrellas por el amplio ventanal, lo quiso saber todo sobre el otro lado de la puerta: el tiempo que me vio nacer.

—Una bici... —hacía movimientos con los brazos como si estuviera pedaleando.

En su mente parecía estar imaginándola, asimilando el sencillo mecanismo de una bicicleta y su función. Era curiosa, y eso hizo que hasta el amanecer su rostro fuera moldeándose con todas las expresiones que sus músculos le podían permitir. Las preguntas que fue formulando ante todo aquello que más llamaba su atención, fueron escasas, pero concisas.

No dudé que Neti iba a afrontar su nueva vida con curiosidad, sin miedo, llegando a sentirse como pez en el agua. Tan siquiera le dije que mantuviera en silencio nuestro pequeño secreto, ya que lo

llegó a aceptar como el más recóndito legado de los dioses. Un regalo que se estaba moldeando en su imaginación y había comenzado a tomar forma, tanto que en los momentos que nos encontrábamos solos, ponía en práctica todas las lecciones aprendidas hasta tal punto que daba la impresión de haber vivido en esa época. Todo era impactante, pero unos temas más que otros despertaron en Neti un interés especial: todo lo relacionado con el arte, la moda femenina y por supuesto, la navegación, ya fuese fluvial o marina.

—Dime amado esposo ¿qué necesidad tiene la gente de viajar tan deprisa, sentados a lomos de ese enorme pájaro de metal del que me has hablado?

Como en la mayoría de sus preguntas, siempre lograba sacarme un amplía sonrisa. Preferí omitir los viajes espaciales, pensando que carecerían de sentido para ella.

Cuando una sirvienta trajo el desayuno a la habitación, aún no sabía lo que nos deparaba ese nuevo día, sin embargo, el murmullo lejano de las calles de Tebas reveló los inicios de la algarabía que siempre precedía a una fiesta popular.

Olvidándome por un momento del palacio que bullía en una festividad continua, tomé a Neti de la mano y nos fuimos paseando hasta el pueblo. Sus calles adornadas con flores, olían a incienso mezclado con olíbano, a vino y a provisiones que se dispersaban en abundancia por las principales plazas. Tebas refulgía en una explosión de festividad. Kiya se había encargado de que el pueblo festejara nuestra unión. Pude apreciar en toda su magnitud la mirada que Kiya ofreció a Nefertiti. La sentía como una hermana, una madre, como parte de su propia esencia. Quería regalarle un día especial y que todo el mundo se sintiera como ella: dichosa. La hermosa madre del faraón, supo apreciar el poder de esa mirada. Siempre pensé y allí pude confirmarlo, que entre las dos sobraban las palabras. No solo lucían un físico similar, sino que sus vidas parecían ser paralelas, viajando en la misma frecuencia y con la misma intensidad.

La sorpresa que Horemheb hizo mención el día que llegó de Avaris y Nemut estuvo a punto de revelarme entre los efluvios de la cerveza, se guardó en el más absoluto silencio, pero mereció la pena. El día anterior, el general se presentó en mi habitación,

portando en sus brazos un atuendo que rezumaba el orgullo militar de Egipto. Era un uniforme de gala.

—Nafer, mañana, cuando el imperioso Ra asome su cálido rostro por el horizonte, vendré en tu búsqueda.

—¿Dónde nos vamos? —intenté sonsacarle algo.

Sin girarse, se dirigió a la puerta.

—No preguntes. Mañana será un día grande.

Allí me dejó, con la boca abierta y las ganas de saber de qué se trataba todo ese secretismo. A nadie de palacio parecía importarle, ya que no se hacía mención al respecto. Tal vez se tratara de alguna marcha militar, y Horemheb quería tenerme entre sus filas con la intención de hacerme sentir la poderosa fuerza de Egipto, escuchando el retumbar en los pasos de sus tropas por las pedregosas calles en las cercanías de palacio.

Me giré hacia la cama donde había depositado la vestimenta: un resistente faldellín de piel que ocultaba mis piernas hasta las rodillas. Una coraza, también de piel pero algo más consistente, donde pendían cientos de chapas elaboradas en bronce del tamaño de una moneda mediana. El atuendo se complementaba con un cinturón del cual colgaba una reluciente espada. Sobre el almohadón, un casco de cuero, pero lo que más llamó mi atención, fue el enorme colgante con una cadena de oro que cubría casi toda la coraza. Era el emblema de Horemheb: un enorme halcón con las alas desplegadas y una cobra alzándose sobre su espalda. Las alas me cubrían de hombro a hombro, mientras que sus garras casi me llegaban al ombligo. Revestido de lapislázuli y cornalina, del resto de mi cuerpo parecía emanar el esplendor de un oro pulido y brillante.

Era un uniforme de alto rango.

—

El general entró mientras me colocaba el atuendo militar. No me dijo adónde íbamos y yo tampoco se lo pregunté. Me mordí la lengua en más de una ocasión por querer saber lo que ocurría. Nadie de los más allegados lo sabía cuando se lo preguntaba, o

intentaban esquivarme con otro tema que nada tenía que ver con un día especial. Todo el palacio estaba ya en pie. Corrían de un sitio a otro para ultimar los detalles, haciendo todo lo posible para llegar sin prisas al evento. Neti estaba vestida y maquillada. Su curvilíneo cuerpo lo acariciaba una bella túnica, cuya cintura la ceñía un tahalí de cuentas con forma de escarabajo.

Irradiaba hermosura.

—¡Eh, Nemut! —le llamé desde las escaleras, haciéndole gestos con la mano entre el murmullo de la servidumbre.

Se giró y me sonrió. Llevaba el imponente atavío de un general, realzando aún más sus anchos y musculosos hombros. Me iba a acerar a él, cuando unos cuántos miembros de la guardia especial de Horemheb lo flanquearon, protegiéndolo como si fuera el mismísimo faraón. Me quedé absorto, sin poder reaccionar cuando vi que Nemut me guiñaba un ojo y con un movimiento de cabeza nos invitó a que le siguiéramos. Vi a Tut subirse a su amplio y majestuoso carro. En ese momento pasó por mi lado Ankhes, propinándome un pellizco en el brazo y dibujando una sonrisa en su rostro, que cada día era más bello. El embarazo le acentuaba unas sonrosadas mejillas a su morena piel, eclipsando cualquier maquillaje que pudiera realzar tan gráciles facciones.

A paso relajado, junto con Neti, Kiya y Merit a mi lado, llegamos hasta los extensos campos de entrenamiento militar, junto a las caballerizas.

Un sonoro vitoreo irrumpió en aquella gran explanada cuando el general en jefe de los ejércitos egipcios hizo su aparición. Apenas el clamor duró unos minutos hasta que el faraón Tutankamón, portando la doble corona *Sejemty*, símbolo de poder de las dos tierras del Bajo y Alto Egipto, se dejó ver desde la elevada plataforma preparada para el evento. No hubo un solo soldado que permaneció en pie. Todos de arrodillaron con los brazos extendidos, mostrando un magnánimo respeto hacia su joven y amado faraón. La guardia especial que se encontraba sobre la tribuna, dio tres sonoros golpes con sus lanzas sobre el suelo. Tut, sentado en su trono con aire regio y facciones de orgullo, dedicaba una tenue sonrisa a aquellos hombres que tanto se esmeraban por él y por Egipto. El silencio era abrumador, hasta el suave viento matinal había dejado de susurrar. No se escuchó ni un solo suspiro, ni un

carraspeo, hasta que Horemheb, adelantándose unos pasos hacia el borde de la tarima, llevó la mano a su espada y la mostró con lentitud mientras la alzaba a los cielos.

—¿Dónde está el mejor ejercito, ese que entrega su vida al faraón con las garras de un león?

Sabía cómo alentar a su gente. Al unísono, con una estruendosa aclamación, corearon con los pechos henchidos de orgullo:

—¡En Egipto, en Egipto…!

Sin bajar la espada, levantó el otro brazo.

—¿Y dónde están las tropas a las que todos nuestros enemigos temen, aquellas que cuando ven asomar las puntas de sus lanzas tras las dunas, salen despavoridos por las arenas del desierto?

Los lanceros golpearon sus lanzas contra el suelo; el resto hacía restallar las espadas contra los escudos o levantaban sus arcos en un acto de gallardía.

—¡En Tebas, en Tebas…!

La eufórica masa de guerreros acalló las voces al ver que su general bajaba lentamente los brazos. Barrió con su mirada toda la explanada durante unos segundos, luego se giró y nos miró a todos los que estábamos a su espalda. Dedicó una breve inclinación al faraón y de nuevo se giró para mostrar un altivo porte ante todas sus huestes.

—¡Guerreros de Egipto, hijos de Tebas-anunció con voz firme y potente—. Sethy, el jefe de los arqueros de Egipto, ha decidido que ha llegado el momento de entregar su arco a una nueva generación.

—Ooooh…

Fue un lamento que se escuchó al unísono. Sethy siempre había tenido fama de ser el mejor arquero de todo el país desde hacía varias generaciones. Tuve la oportunidad de hablar con él en dos ocasiones. La primera, en Tebas, en una fiesta en honor a los más consagrados guerreros de Egipto. La segunda vez fue en la ciudad de Ajetatón, poco después de la llegada de Horemheb. Así como el general, poseía un carisma arrollador y una fuerza física que aún se podía apreciar en su tersa musculatura, a pesar de su avanzada edad.

Se decía que lo habían visto luchar con un león y salir victorioso de semejante hazaña, con tan solo unas someras cicatrices que el felino había grabado en su hombro derecho. También se decía que

esa herida era la causa de poseer tanta fuerza en el brazo, llegando a tensar la cuerda de su arco como nadie más lo podía hacer, incluso en ocasiones, doblaba la distancia recorrida por la flecha de sus mejores arqueros.

—Con nosotros —continuó Horemheb, dirigiéndose a sus soldados— se encuentra la persona que va a relevar al jefe de los arqueros; un guerrero leal a su faraón, cuya fuerza se asemeja a la de su antecesor. Hoy será nombrado ante vosotros con la aprobación de nuestro amado faraón Tutankamón. El nuevo jefe de los arqueros de Egipto —guardó un instante de silencio—. ¡Su hijo, el hijo de nuestro valeroso Sethy!-elevó la voz, tensando los músculos de su cuello—. ¡Paramesu!

Entre los presentes que estábamos en aquella tribuna, intenté encontrar con la vista a alguien que correspondía con ese nombre. «Paramesu». Ese nombre no me era del todo desconocido, pero tampoco le ponía rostro. Los vítores de los guerreros arracimados en aquella explanada, se acompañaron del viento fresco que comenzó a ondear los estandartes colocados por todo el recinto.

—Pa-ra-me-su, Pa-ra-me-su...

Coreaban el nombre con la percusión de sus armas de guerra. Nadie salía a recibir las ovaciones que cientos de gargantas exclamaban. Nadie.

Aprovechando el clamor reinante, volví a mirar a todos y cada uno de los presentes en la tarima. Conocía los nombres de todos y nadie correspondía con el de Paramesu. Detuve la vista en Nemut, frunciendo el ceño y haciéndole un gesto con la cabeza para que me ayudara a buscar a dicho personaje. De soslayo, tras una tenue sonrisa y la mirada fija en mis ojos, asintió levemente.

Entonces lo comprendí.

—¿Eres tú? —logré decir entre el estridente clamor. Él asintió sin borrar la sonrisa de sus labios— ¿Hijo de Sethy?

Elevó los hombros, inclinando la cabeza hacia el lado donde se encontraba Horemheb.

—Adoptivo —comentó Nemut con la fuerza del orgullo en su mirada.

Asentí, no sin una confusa expresión de sorpresa en mi rostro. Sethy no tenía hijos, y Horemheb había aprovechado la ocasión de asistir a su retirada como jefe militar, honrando su estima con un

hijo adoptivo de la talla de Nemut. Un buen regalo de despedida para llevar aún más alta su cabeza en los venideros días de una merecida jubilación.

—¡Sí, Paramesu! —gritó el general con fuerza, acallando la euforia de sus militares—. Paramesu es el hijo de Sethy y ahora es el jefe de los arqueros de Egipto al servicio del faraón, de nuestro amado faraón Tutankamón. Seguirá honrando el nombre de Paramesu en el fondo de su corazón, pero a partir de hoy y ante los dioses, los jeroglíficos perpetuarán su existencia con el nombre de... Ramsés.

—Ramsés...Ramsés...Ramsés...

De nuevo el júbilo brotó entre los asistentes. Nemut salió de su fila para ir a reunirse al lado de Horemheb, su general en jefe. En una mano portaba tres flechas y en la otra un imponente arco dorado, regalo de su padre adoptivo Sethy en el día de su jubilación. El suelo comenzó a retumbar bajo mis pies, como si se abrieran las entrañas de la tierra y me engulleran en un mar de turbulentas olas de fuego. Un sudor frío me brotó del cuerpo y a punto estuve de dar un traspié. Los músculos apenas me sujetaban las piernas. Dejé por unos instantes de escuchar el griterío de la explanada, clamando su nombre.

«Ramsés, Ramsés I» Mis conocimientos en historia decían que Ramsés I era un gran amigo de Horemheb, pero pensé que sería cuando este se proclamaría faraón, después de la muerte de Ay. Sin embargo no era así. Su amistad se remontaba desde antes de mi llegada. Era Nemut. Se acababa de convertir en Ramsés I, el primero de la larga estirpe de los Ramésidas, el padre del magnánimo Sethy I y el abuelo de Ramsés II el Grande, el faraón que supo llevar a Egipto al máximo apogeo político y económico.

El curso de la historia se había modificado por mi culpa ¿o tal vez no? Quizás lo que había acontecido estaba escrito en los pliegos del destino. Aparte de cumplir la misión de Horus, aquella por la que según él estaba predestinado incluso el día de mi nacimiento ¿tenía que haber realizado aquel viaje con algún otro propósito?

La historia no se estaba modificando. Yo, pertenecía a ella.

XIX

Horemheb cogió el simbólico arco dorado del jefe de los arqueros y le entregó otro. Era un arco de doble curvatura, robusto, con la cabeza tallada de un halcón en cada punta. Tut se levantó del trono y le entregó tres flechas. Nemut observó el terreno y midió la velocidad del aire. Hincó dos flechas en la tarima de la tribuna, la otra la colocó en su arco, preparada para lanzarla. Tomó aire y lo contuvo en sus pulmones. Tensó la cuerda, y dos segundos fueron suficientes para que la saeta silbara con un agudo sonido, rompiendo el viento hasta perderse en la lejanía. Sin darnos tiempo a reaccionar, un nuevo silbido se escuchó en el azul del cielo, y otro. Había lanzado las tres flechas hasta una diana que apenas era perceptible a nuestra vista. Las tres, impactaron a escasos milímetros la una de la otra.

El silencio se adueñó de aquella enorme llanura hasta que, pasados unos segundos, el bullicio de los allí reunidos se hizo ensordecedor. Levantaban las manos y saltaban de júbilo por estar en presencia del nuevo jefe de los arqueros de Egipto.

—Ramsés... Ramsés... Ramsés...

Entre los vítores, el inexpresivo semblante del Gran Visir Ay escrutaba los rostros de Tut y Kiya. Parecía ver en ellos la misma aprobación que sentían los cientos de militares esparcidos por la planicie. Sonreí a Nemut, ahora Ramsés, con una expresión de satisfacción. Se acercó hasta mí, cerró los ojos con una leve

inclinación de cabeza y me abrazó con fuerza. Lo recibí entre mis brazos para sentir su noble y leal amistad a través del contacto físico; un contacto cargado de la esencia más intensa de sus propios sentimientos. Un abrazo que pude retener entre el cálido ambiente de aquel lugar que bullía con los vítores de todo el ejercito tebano. Fue saludando a cada uno de los allí presentes en la elevada plataforma, arrodillándose ante el trono donde Tut mostraba un rostro altivo. El faraón se puso en pie, colocó sus manos sobre los hombros de Nemut y se dirigió hacia los enfervorizados soldados que fueron acallando las voces hasta el más absoluto silencio.

—Ramsés, hijo de Sethy. Hoy los dioses gravarán tu nombre a fuego en la muralla de honor de los campos celestiales. Hoy el pueblo de Egipto divulgara tu nombre por primera vez, pero será clamado y recordado por todos los tiempos. Desde hoy tus leales soldados hablarán por tu boca y verán por tus ojos. Que los dioses te sean favorables para proteger a tu pueblo de la ira se Seth, y las hordas fronterizas que pretendan mancillar Egipto.

Nemut, Ramsés I, continuaba aún arrodillado ante el faraón. Horemheb entregó un pequeño cofre a Tut, del cual extrajo un colgante de oro con forma de Halcón, lo elevó hacia los cielos y se lo colocó alrededor del cuello.

El día terminó en celebraciones, como era habitual en un evento de semejantes características. Todo volvió a la normalidad. Nemut y Merit se habían trasladado a una hermosa casa cuyo extenso jardín la rodeaba entre arboles, plantas y caminos de paseo. Les asignaron servidumbre y un grupo de guardias para proteger aquel lugar, y sus vidas, afín del rango que ahora ostentaba Ramsés, jefe de arqueros y una nueva inspiración para alentar a aquellos que necesitaban y se servían de un superior para servir a Egipto con todo su arrojo.

Nefertiti era mi alegría, mi compañía incansable, la razón de permanecer allí sin volverme loco, sabiendo que algún día no muy lejano tendría que cruzar de nuevo la puerta del tiempo. Por esas fechas, la instrucción de Neti con respecto a su nueva vida estaba ya

casi culminada. Se divertía con mis aparentes y alocados monólogos sobre el futuro. Unos temas le impactaban más que otros, pero jamás puso en duda la veracidad de mis palabras. Estaba deseosa de emprender ese viaje, y una nueva vida.

Ramsés logró escabullirse por unos días del ajetreo militar, aprovechando para viajar con Merit a visitar sus respectivas familias. El país podía prescindir de él, ya que se hallaba exento de conflictos políticos que pudieran requerir su presencia. Se estaba convirtiendo en un gran estratega para solucionar revueltas estatales, y un buen mediador en los problemas fronterizos.

Kiya, Neti y yo, solíamos frecuentar con asiduidad el hogar de Jehuty y Mesamún, consolidando una amistad que siempre llevaré en lo más profundo de mi ser.

—¡Nafer! —el grito de Kiya resonó en todo el jardín. Estaba asomada en la terraza de la alcoba de Ankhes—. ¡Nafer...!

—¿Qué ocurre? —Aquí, estoy aquí—. Le hice señas con los brazos para que me viera. Estaba con Neti al lado del estanque.

—¡Vete corriendo al gran almacén a buscar al médico; Ankhes está de parto.

Raudo como flecha, fui en su búsqueda. Allí estaba, proveyéndose de plantas para hacer sus preparados medicinales.

A nuestra llegada a la habitación, Merit ya estaba haciendo los preparativos pertinentes, alentándola y respirando con ella en cada contracción.

Fue una niña, tan hermosa como la anterior. Sus grandes ojos abiertos miraban aquel nuevo espacio donde vio por primera vez la luz. Era morena, de bellas facciones como su madre y la mirada de su padre. Tut no se desprendía de ella, parecía poseer una desmesurada necesidad de protegerla, como si la culpabilidad de no haber estado con la otra hija el día de su muerte, carcomiera su angustiado cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

Durante los primeros días de vida de la pequeña princesa, nada ni nadie pudo separar ese triángulo fraternal y amoroso entre Tut, Ankhes y ella. La pareja real sentía la necesidad de transmitir a la niña, algo que les fue vetado con su fenecida hermana, asesinada por la ambición de una trama que se escondía a la sombra de una tenebrosa mente con la intención de derrocar un faraón, y un país que aún no había olvidado las lágrimas derramadas por su reina.

No llegó al mes de vida de la princesa, cuando Tut tuvo que partir. En compañía de Horemheb, las obligaciones demandaron su presencia, pero, sobre todo, decisiones que tan solo podían ser dictaminadas por el faraón. Apenas estarían cuatro o cinco días fuera de Tebas para ultimar asuntos de estado con el nomarca de Lunyt, capital del nomo III del Alto Egipto. Ankhes y su hija no estuvieron un minuto a solas. Durante el día siempre tenían una compañía cercana, por la noche, Kiya pernoctaba con ellas, protegidas bajo la vigilancia de *la sombra de Horus*, la guardia más diestra del general Horemheb.

No hacía mucho que la fuerza de los rayos del dios sol había desaparecido tras las colinas. La purpurea luz de aquel mágico atardecer se reflejaba en las plateadas aguas de un Nilo que ahora descendía relajado, acompañado de un suave viento fresco que hacía mecer los cañaverales.

Estaba en los establos cuando por la puerta vi entrar a Merit, preocupada, con paso enérgico y el rostro descompuesto.

—Merit —me puse en pie, acercándome hasta ella— ¿por qué esa cara? Parece como si hubieras visto al mismísimo Seth salir de las profundidades del desierto.

—Mi seń... Nafer —el jadeo de su respiración entrecortaba las palabras—. Kiya... Kiya no aparece.

Intenté calmarla, colocando las manos sobre sus hombros. Temblaba.

—Tranquilízate Merit. Seguro que estará en el gran almacén. Ya sabes, cuando entra ahí el tiempo no existe para ella.

Negó rápidamente con la cabeza.

—No, ahí no está. Antes de venir aquí ya me he pasado por allí, y no está.

Cavilé, intentando buscar sus preferencias y horarios. A esas horas, o estaba en el gran almacén, o en palacio, pero Merit venía de él y tampoco estaba.

—¿Has mirado en la bodega? Tal vez estaba cansada y se ha quedado dormida.

La hija de Menaret continuaba en estado nervioso. Se sentaba, se ponía de pie. Sus manos no paraban quietas ni un solo segundo.

—¡No, no! También he buscado allí. He recorrido todos aquellos lugares que frecuenta con mayor asiduidad: el palacio, la bodega, el

jardín…

—¿Cuándo has estado con ella por última vez?

Levantó la vista, mordiéndose el labio inferior.

—Al comenzar la tarde. Estábamos en la alcoba de Ankhes y ha dicho que necesitaba airearse un poco, que le dolía la cabeza y quería dar un paseo para espabilarse. Se le veía cansada. Pero… pero no ha regresado, y es que tampoco sé adónde ha ido. Nemut aún está en el cuartel y… sabía que tú estabas aquí…

Ya no sabía cómo apaciguar su nerviosismo.

—Bien, bien, tranquila —la atraje hacia mí en un abrazo. Estaba alterada y sus vidriosos ojos mostraban una doliente preocupación —. Quiero que te quedes en palacio, acompañando a Ankhes. Iré a buscar a tu esposo y la encontraremos ¿queda claro? Necesito que te relajes para que la reina no advierta tu inquietud.

Salí a paso rápido del establo, mientras ella se secaba las lágrimas con un suave pañuelo de lino que siempre llevaba en la manga. Al cruzar la puerta, comencé a correr en dirección al cuartel. Merit me había transmitido toda su preocupación, y el asunto no me daba buena espina. Quise tranquilizarme mientras corría como una flecha disparada por el arco de Nemut, pero no podía. Algo me decía que había problemas, aunque por otro lado también podía ser el fruto de una sobreprotección hacia cualquier miembro de la familia real, sobre todo, la esposa, hija, o la madre del faraón en ausencia de este y del general Horemheb.

La guardia apostada a la entrada del cuartel hizo mención de detenerme, pero aun en mi loca carrera, me reconocieron, haciéndose a un lado por peligro a toparme con ellos y evitar una escena circense.

Nemut se preparaba para ir a su hogar.

—Lo siento Nemut —no me acostumbraba a llamarle Ramsés—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre? —Se alertó— Ankhes y su hija… ¿están bien?

Fue lo primero que se le ocurrió decir, ya que por lo visto veía en mi rostro las mismas facciones de inquietud que cuando asesinaron a la primera hija del faraón.

—Es Kiya. Ha desaparecido y no sabemos dónde está. Me temo…

—¿Has mirado en casa de Jehuty? Ya sabes que le gusta ir de vez en cuando para estar con Mesamún.

Parecía querer tranquilizarme con un tono relajado en sus palabras, aunque cierto nerviosismo se revelaba latente en su mirada.

—A estas horas ya debería estar en palacio. Ha sido Merit quien me ha anunciado que no la ha visto desde primera hora de la tarde. Nemut, prepara a diez de tus mejores hombres para ir en su búsqueda.

No tardó ni cinco minutos cuando se presentaron en la sala.

—Aquí están, Nafer. Son los más diestros para esta misión.

Te lo agradezco, Ramsés —delante de sus hombres me tenía que esforzar por llamarlo así— No os pongáis el atuendo militar; quiero discreción. Vosotros dos —señalé a los que estaba a mi izquierda—, ir por el camino del Nilo hasta la pequeña casa del pescador. Kiya ha desaparecido y no sabemos dónde puede estar, así que tenemos que mirar los alrededores. Puede que se haya quedado dormida, ya que estaba cansada, o tal vez se ha desmayado por algún motivo que desconocemos, aun así no podemos descartar una conspiración contra el faraón, y ha podido caer en manos... Bueno, estar con los ojos bien abiertos. Vosotros cuatro —indiqué a los que estaban cerca de Nemut—. Mirar todos los rincones del templo de Karnak y sus exteriores. Tú y tú, a la zona este de Tebas, a los edificios separados por la muralla del resto del pueblo. Y vosotros dos —me acerqué a ellos—, a los alrededores del palacio, la casa de la administración y todos sus edificios colindantes. Ramsés y yo iremos al pueblo obrero, pero... ante todo que nadie sospeche que se está llevando a cabo una investigación. Ser discretos. Tanto si habido resultados como si no —guardé un momento de silencio, mirando a Nemut y deseando que todo se tratara de un pequeño susto—, nos encontraremos aquí dentro de dos horas. ¿Alguna pregunta?

Todos negaron con un gesto de seguridad. En menos de dos minutos estábamos fuera del cuartel y dispuestos a emprender la búsqueda.

Nemut y yo nos dirigimos a Tebas.

Todavía quedaban unos cuántos antros donde la gente se divertía con una cerveza en la mano, pero todo parecía normal. Recorrimos el dédalo de callejuelas, las inmediaciones del puerto. Nada, ni un solo rastro, ni una sospecha que nos indicase que por

allí hubiera estado Kiya.

Como habíamos acordado, nos reunimos en el cuartel pasadas las dos horas. Nadie pudo aportar una sola pista sobre su paradero. Querían emprender la búsqueda por otros lugares, pero decliné su ofrecimiento. Nemut y yo nos quedamos solos.

—Nafer, ¿qué piensas?

Coloqué una mano sobre su hombro, al tiempo que negaba con una mueca de frustración.

—No lo sé, querido amigo. Mi corazón me dice que está bien, sin embargo, mis negativos y turbulentos pensamientos me indican que está sufriendo. No sé a qué hacer caso. Vete a tu hogar, aunque he dicho a Merit que se quede a dormir con Ankhes. Tranquilo, están bien protegidas.

—Voy dónde tú vayas —se aprestó a decir con serenidad—. Kiya es... es... como... mi hermana mayor. Ella interpreta mis sentimientos con un toque especial. Hace que todo sea fácil... en fin, y es la madre de mi amado faraón. Tengo que ir contigo.

Ante la insistencia no pude reprimir su deseo de colaborar, de aportar todo lo que fuera necesario para encontrar a Kiya.

Asentí.

—Está bien, iremos a la zona dónde viven los nobles...

—¿Tienes alguna pista? —preguntó con ansiedad en su mirada.

—No... qué más quisiera yo. Escucha, Nemut: temiendo lo peor, y me refiero a algún tipo de atentado contra la familia real, ¿Quién se puede aventurar para semejante obra? La gente del pueblo adora a la madre del faraón, y nadie estaría dispuesto para llevar a cabo una trama que haría poner su vida en peligro, sabiendo que caería enseguida en la garras de la guardia real —guardé un instante de silencio, negando con incredulidad—. No, Nemut. Lo de la muerte de la pequeña princesa y la desaparición de Kiya, es una trama pertrechada por aquel o aquellos que te hicieron ver a Tut como el hijo de Sethén, la semilla que hundiría a Egipto en el caos y las tinieblas, y esa trama tiene que venir de gente acostumbrada a moverse en las altas esferas, por tanto, si están bien posicionados, las viviendas de los nobles...

El ahora Ramsés inhaló entrecortadamente aire en sus pulmones, y un atisbo de rabia afloró en su rostro. Apretó los puños, como si en su interior se encontrara el culpable que un día lo utilizó para

intentar crear un nuevo reinado.

—Vamos, Nafer. Tenemos que encontrar a Kiya...

Siempre seguiría arrastrando una controlada culpabilidad, sin embargo, ello era su arma, el motor que le impulsaba para entregarse en cuerpo y alma al faraón, siendo el más acérrimo protector para él y su familia. No tenía ningún reparo en entregar su vida si fuera necesario.

La temperatura era agradable a esas horas de la noche, acompañada de una débil bruma que emergía de las oscuras aguas del Nilo. Apenas se veía a nadie por las calles, salvo algún transeúnte en estado ebrio con ganas de encontrar un lugar para dormir. Incluso el silencio dañaba mis oídos, incrementando una preocupación casi palpable.

Rodeando los establos, se apreciaba a lo lejos la ancha y larga avenida flanqueada por las ostentosas viviendas de los nobles mandatarios de Tebas. Unas más grandes, otras de menor categoría, refulgían en una pomposidad acorde a los cargos de sus propietarios, pero todos querían estar presentes en aquella avenida pavimentada con gruesas lajas de piedra. Fuimos recorriendo la ligera pendiente de la calle que desembocaba en una gran plaza, donde altas murallas la protegían de las embestidas de arena que el desierto arremetía en contadas ocasiones, cumpliendo su misión de protectoras.

Al cabo de dos o tres horas interminables, después de haber inspeccionado cada árbol, piedra o recoveco a ambos lados de la muralla, el claror del dios sol Ra comenzó a asomarse tras el horizonte. La escasa pero agradecida luz que bañaba a Tebas en cada amanecer, hizo que mi vista percibiera los movimientos de una persona que, con cierta dificultad, se arrebujaba en una vieja manta para protegerse del frescor crepuscular.

Parecía perdida; sus movimientos eran lentos y confusos. Al acercarme a la persona para auxiliarla, imaginando que se trataba de alguno de los escasos indigentes que pululaban por Tebas, descubrí el manto con el que ocultaba su cabeza.

Se contrajo. Sus ojos parecían cansados tras una mirada vacía y perdida.

—¡Kiya, Kiya! Soy yo, Nafer. Kiya...

Volví la vista hacia Kiya; estaba protegida por los brazos de Nemut. Giré bruscamente y salí corriendo en persecución de aquel que, despavorido, parecía tener algo que ocultar, algo que podía estar relacionado con la desaparición de la madre del faraón. Por un segundo perdí la noción de dónde estaba, pero el revoloteo de aquel manto hizo que me centrara en una frenética carrera con la intención de apresarlo. Sabía que no iba a ser fácil, ya que mi adversario parecía estar bien entrenado en el ejercicio de correr, pero no me di por vencido. Iba en dirección al pueblo obrero, seguramente con la intención de ocultarse entre el dédalo de sus angostas callejuelas, sin embargo, el espacio al descubierto que lo separaba del pueblo era suficiente para no perderlo de vista e intentar acortar la distancia. Mis músculos iban en concordancia con las ganas que tenía por apresarlo.

Mi desbocado corazón se debatía en una furiosa percusión, haciendo que la adrenalina me mantuviera obcecado en aquel objetivo que parecía no cansarse jamás. En un intento por salvar un obstáculo, mi oponente, en aquella loca carrera, dio un salto carente de precisión. Su pie fue a parar a una pequeña zanja, haciendo que rodara por el suelo donde pude ganarle unos cuantos metros con el mínimo esfuerzo. Se puso en pie e intentó en las primeras zancadas coger la velocidad que le llevó hasta allí, pero ya era demasiado tarde. Me abalancé contra él y tan solo pude desprenderle del manto que lo cubría. Sin embargo, con la fuerte sacudida, hice que perdiera el equilibrio y cayera de bruces junto a un taller de alfarería. Los inservibles cascotes de cerámica esparcidos por el suelo, emitieron un agudo crujido cuando el cuerpo de mi adversario topó contra ellos.

Tiré de su túnica para darle la vuelta, y la tela se rasgó con facilidad. La luz de la mañana aún no brillaba en su máximo apogeo, pero sí lo suficiente para ver algo que me dejó paralizado. Los recuerdos se agolpaban en mi cabeza una y otra vez en decimas de segundo. Solo necesitaba uno de ellos para responder a mi pregunta: «¿dónde le he visto?».

En el costado de aquel musculoso cuerpo había una cicatriz mal curada con forma de media luna. De repente me acordé; jamás la había visto. Fue la descripción de aquel pobre desgraciado que intentó raptar a Tut en aquella pequeña plaza, junto a la casa de

Jehuty y Mesamún. Aún recuerdo las palabras del rechoncho personaje con la punta de mi espada sobre sus riñones: «Era un hombre bien vestido, alto, pero no como tú, delgado, con la cabeza afeitada. ¡Ah! y una cicatriz con forma de media luna en el costado izquierdo».

Por fin lo pude girar, pero antes de verle el rostro recibí un fuerte impacto en la cara que me hizo tambalear. Lo tenía apresado bajo mis piernas y, antes de recibir el segundo golpe, pude descargar un par de puñetazos sobre su cara, haciendo que desistiera en otro intento por zafarse de mí. Agitaba rápidamente la cabeza para despabilarse, tiempo suficiente para atar sus manos a la espalda con un jirón de su propia túnica.

—¡ Sonofer...!

Al pronunciar su nombre se debatió con ferocidad, intentando utilizar las piernas y moviendo el cuerpo como una serpiente entre las garras de un depredador. Lo puse en pie para llevarlo contra el muro de la casa, evitando que alguien nos pudiera ver, sobre todo si iba acompañado por alguno de sus compinches.

—¿Por qué arremetes contra mí? Yo no te he hecho nada... —me reprendió Sonofer, limpiándose con el hombro un hilillo de sangre que corría por la comisura de sus labios—. ¿Sabes quién soy... di, lo sabes? —me miró con desafío—. Soy oficial del ejército tebano. La mano derecha del jefe militar Naktmin.

«Naktmin». Había visto en alguna ocasión a Sonofer con él. Pero... no puede ser. El jefe militar es listo y podría ser capaz de organizar una conspiración, sin embargo, su lealtad hacia el faraón parece ser autentica, aunque...

—¿Dónde ha estado Kiya? —pregunté— ¿Qué has hecho con ella?

Me miró con indiferencia.

—¿Acaso eres su niñera? Ja, ja, ja. No sé de qué me hablas.

Miré alrededor y todo estaba en calma. Con un brusco movimiento logré que cayera al suelo, hundiéndole la cara entre la escasa hierba mientras mi rodilla se clavaba en su hombro.

—Dime ¿Quién está detrás de todo esto? Tú solo eres un maldito sicario a sueldo, alguien que disfruta causando dolor a los demás. Pero... no eres lo suficientemente listo para urdir un complot de esta envergadura. No, no eres tan listo.

Su mirada pasó de la indiferencia a la animadversión.

—Claro... tú. ¿Quién te crees que eres para hablarme así? Tú, que eres el ojito derecho del faraón, el consentido de palacio. ¿Qué sabrás de la vida para hablarme así? —El odio penetró en sus palabras—. Por cierto, Kiya tiene un precioso trasero...

Volvió a reír a carcajadas. Pretendía ponerme nervioso, pero tan solo consiguió hacerme ver que era más ignorante de lo que yo pudriera creer. Apreté un poco más la rodilla contra su hombro. Aguantaba bien el dolor; apenas contrajo el rostro. De la manera más fácil y absurda, se delató por haber espoleado su orgullo. Pensaba que me iba a costar bastante más tiempo saber si estaba mezclado en la conspiración contra el faraón, pero no hizo falta.

—Te salió mal lo de raptar al faraón ¿te acuerdas? Claro que te acuerdas, aunque no me extraña, te rodeas de ineptos como tú —Sabía cómo herir sus sentimientos—. Sin ir más lejos, ese amigo tuyo que tiene una cicatriz en el ojo izquierdo, sí, ese que por orden tuya quiso desembarazarse de mí en la orilla del Nilo. Lo conoces ¿no es así? —cada vez ponía más odio en su tétrica mirada—. Y Hutu, ¿te encargaste tú de matarlo en los calabozos, después de haberlo arrestado tras matar a la hija de Tutankamón? De eso y de cuanto más estarás detrás... Pero ya no me interesa, solo quiero saber quién te da las órdenes. Tal vez... Naktmin.

Lo puse en pie mientras su risa cada vez se iba pareciendo más a la de una hiena.

—¡Naktmin! De ignorantes como ese se rodea el faraón. Solo me valgo de él para mis propósitos. No tardará mucho que aquel al que sirvo se convierta en dueño y señor de este Egipto que ha perdido su identidad. Todos sois los bastardos que adoráis a un faraón que no tenía que haber nacido. Mi señor... mi señor sabrá ponerlo en su sitio— Volvió a reír.

Nos acercamos hasta donde estaban Nemut y Kiya. Esta se aferró a mi cintura al tiempo que entregué mi prisionero a Nemut. Tuvo que contenerse para no ahogar con sus propias manos a aquel que tantas palizas le dio en el campo de entrenamiento, llevando a más de uno de sus compañeros a un estado casi agónico. Ahora el nuevo Ramsés tenía poder suficiente para hacer con él lo que quisiera, pero se contuvo. Sin palabras, deshicimos los pasos por la amplia avenida hasta llegar a un estanque cubierto de arboles. La madre

del faraón bebió agua con fruición hasta saciar una sed que parecía acompañarla desde horas atrás.

—¿Dónde has estado, Kiya? ¿Qué te ha ocurrido?

Mis preguntas de interés por ella y el agua, parecieron reconfortarla. Nos miró indistintamente, negando con la cabeza. Luego se fijó en Sonofer sin denotar en su mirada un atisbo de rencor. Veía que estaba maniatado a la espalda, pero era indiferente para ella. Estaba claro que no lo conocía.

—No lo sé —respondió.

Su angustiado y demacrado rostro se relajaba minuto a minuto, hasta apreciar que su mirada hablaba por sí sola.

—¿Quién?... —me compungí, apretando los labios y mirando de reojo a Sonofer— ¿Quién te ha hecho esto?

Tomó mi mano, apretándola entre las suyas.

—Ahora estoy bien, Nafer. Ya ha pasado todo, aunque... he temido por mi vida.

La abracé. Solo quería que se sintiera protegida entre mis brazos.

—Vamos a palacio —le susurré al oído—. Pareces estar cansada y necesitas...

—No —me interrumpió—, ya no temo por mí. Nafer, Nemut —tampoco se había acostumbrado a llamarle Ramsés. Escuchar: mi vida carece de valor para aquellos que siembran el odio en sus entrañas, sin embargo, la descendencia de Horus está propensa al olvido por culpa de los acólitos de Sethén-hizo una prolongada pausa—. Quieren que la princesa y yo... olvidemos la tierra de Egipto, que nos vallamos.

—¿Qué? —me exasperé, confundido ante sus palabras— ¿Has podido reconocer a alguien?

Negó con un gesto de frustración.

—¿Quién es? —preguntó, señalando a Sonofer.

—Mi señora —habló el sicario, dulcificando su tono de voz—. Ha habido algún malentendido y me han apresado. Eres la madre de mi amado faraón, que Amón le dé larga vida. Te ruego que ordenes a estos dos hombres que te protegen como a una reina, a liberarme...

Kiya frunció los labios y negó.

—No. Su voz no me es familiar.

—Soy inocente —farfulló Sonofer—. Ya os he dicho que nada tengo que ver con todo esto. Solo estaba paseando, como hago todas las mañanas después de orar a los dioses. Te digo, mi venerada madre de nuestro adorado faraón, que ha habido una enorme confusión y que nada tengo que ver con lo que se me acusa. Que Horus te...

Tiré de sus brazos.

—Claro. Tú no hablas, procedes —le increpé—. Eso no quiere decir que no estabas cerca, actuando bajo los requerimientos de alguien. ¡Cállate! No vuelvas a hablar.

Mientras descendíamos la avenida, Kiya me contó lo ocurrido.

—Ayer, como muchos días, me dirigí a orar al templo de Isis —habló con voz entristecida—. Poco antes de llegar, cruzando el pequeño bosque de sicomoros, sentí un fuerte golpe en la cabeza que hizo oscurecer todo lo que me rodeaba —se llevó la mano a la cabeza. Apenas un pequeño bulto asomaba como recuerdo de ese infortunio—. Desperté en una cámara oscura, fría y maloliente. Quise frotarme la cara, pero tenía las manos atadas a la espalda, al igual que los pies. Por lo menos se dignaron a cubrirme con un manta —un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo—. Pude ver a través de unas aberturas en el techo, cómo amanecía, cómo los poderosos brazos del dios Ra tocaban las piedras de esa sala, regándola de calor y bienestar. Entonces... entonces alguien entró y me ayudó a incorporarme. Me sentó en una silla, pero no pude ver su rostro ya que estaba oculto tras un pañuelo que rodeaba su cabeza. Permanecí sentada en esa silla... no sé cuánto tiempo, sin comer ni beber, hasta que escuché una voz penetrante, austera, sin emoción en sus palabras. Giré la cabeza para poner rostro a su voz, pero parecía venir del inframundo ya que no había nadie. Seguramente estaría oculto a mis ojos tras una falsa pared o... no sé, Nafer, no sé.

—¿Pudiste reconocer el timbre de su voz, el acento, las pausas, algo? —preguntó Nemut.

Kiya volvió a negar.

—No, jamás había escuchado a esa persona. Tan solo dijo: «Olvida la tierra de Egipto y llévate contigo a la hija del faraón, o correrá la misma suerte que su hermana. Tendréis que cruzar las fronteras más lejanas y, nunca, digo nunca, volver a aparecer por

esta tierra gobernada por un pusilánime. Me estoy ablandando demasiado, así que, tenéis de plazo un mes. Si pasado ese tiempo permanecéis aquí, no me será muy difícil hacer que la princesita se reúna con su hermana en la pradera de los muertos».

Me volví hacia Sonofer, envuelto en ira y con la intención de sonsacarle todo lo que sabía.

—Como no empieces a hablar todo lo que sepas…

La madre del faraón me retuvo del brazo.

—No, así no —vio la cólera en mis ojos y temió por la vida del sicario—. Deja que Horemheb se ocupe de él. Nafer, Nemut, esa voz me hablaba en serio, con ironía y rabia. Por todos los dioses, mi niña, no, no…

Kiya ocultó el rostro entre sus manos. Aferrada a mi cintura entre las luces del alba, llegamos con paso lento a las puertas de palacio. Nos acompañaba una perceptible ira por no poder poner fin a una conspiración que llevaba entretejiéndose desde hacía mucho tiempo, pero… por fin tenía algo. Sonofer era un personaje, que sin haber cruzado una palabra con él, nunca me había parecido de fiar. Nemut se adelantó para encerrar al prisionero, eso sí, doblando la guardia ante su puerta y no permitir que nadie lo pudiera ver hasta la llegada del general Horemheb.

Después de exponer con todo detalle la conspiración que, desde tiempo atrás se estaba llevando a cabo para aniquilar el actual gobierno del país, un macabro silencio se adueñó de la cámara donde estábamos reunidos. Tut, Ankhes, Horemheb, Kiya, Nemut, Merit, Nefertiti y yo, componíamos aquel conclave para determinar algún tipo de acción que reforzaría la seguridad de cualquier miembro de la familia real.

Nemut expuso la detención de Sonofer. Vi que el general pensaba abstraído. Su mano iba de una mejilla a otra, deteniéndose en la barbilla para masajearla con los dedos.

—Nadie se va a ir de Egipto —irrumpió Horemheb con gran malestar en sus palabras—. Yo me encargaré de reforzar la seguridad para evitar cualquier intromisión…

Fue Kiya la que le silenció con la mirada. A continuación negó con lágrimas en sus ojos.

—No, ya nadie los puede parar. Si no nos vamos, acabaran con todos, y eso... eso no va a ocurrir.

—¡Kiya! ¿Qué estás diciendo? —Horemheb no salía de su asombro—. Si te vas con la princesa, terminaran ordenando a Tut que haga lo mismo. Esto es inconcebible. ¡No, nadie se irá!

El general habló con doble sentimiento; el de ser responsable de la seguridad de Egipto y lo que el corazón le dictaba hacia Kiya, la mujer con la que compartía un hijo: el faraón de una poderosa nación. Cada uno comenzó a aportar sus opiniones, unas personales y otras oficiales. El tema de volver a perder otra hija, hizo que Ankhes sollozara casi imperceptiblemente con la mirada perdida en sus manos, que Tut acariciaba con los dedos como a los pétalos de una rosa. Se podía palpar el miedo reinante en aquel grupo que se debatía ante una situación con escasas esperanzas, salvo Horemheb y Nemut, que aportaban toda profesionalidad para tomar cartas en el asunto y zanjar el tema, exponiendo ideas para llevar a cabo una exhaustiva investigación para arrancar de raíz la conspiración que se cernía contra la familia real. El resto temía en su totalidad por la vida de la madre del faraón y la princesa.

Kiya se sumió en el silencio, mientras escuchaba cada una de las diferentes opiniones. Veía a su amado Horemheb, azorado, con las venas de su cuello hinchadas entre unos músculos endurecidos como el granito. Me miró, y sus palabras se mezclaron con el murmullo confuso que se esparcía por toda la cámara.

—Nafer, ¿qué opinas al respecto?

Nadie le hizo caso y volvió a repetir la pregunta, esta vez alzando la voz. El balbuceo fue enmudeciendo. Todas las miradas se centraron en mí, esperando, como ellos, que aportara una posible solución para apaciguar aquel estado de nerviosismo, aquel complot que quería reventar la estabilidad de Egipto.

—El general y Nemut están en lo cierto —los miré indistintamente—. Egipto no se puede amedrantar ante quienes desean un gobierno por la fuerza, implantando el miedo para cumplir sus ambiciones de poder. Egipto es un país de dioses, y como tal, ellos eligen a aquel que vierte agua sobre las gargantas resecas, alimenta a los desnutridos y embellece las tierras con

monumentos dignos para adorarles —miré a Horemheb—. Instaura la paz a través de sus guerreros más fieles y abre fronteras para expandir el comercio, permitiendo que Egipto sea conocido como la tierra más poderosa en todo el mundo —no sabía qué más decir para ser imparcial, aunque sus aprobadoras miradas me animaban a continuar—. Tan solo el hijo de Horus —miré a Tut— es el único capaz de caminar con Amón para tomar una decisión al respecto, ya que a él le afecta como hijo, y como padre.

Tut había dilatado los labios y contraído sus ojos en una sonrisa imborrable. Se acercó hasta donde yo estaba. Su mirada desprendía una profunda y placentera compasión.

—Has hablado con equidad —Dijo el faraón, asiendo mis brazos con sus fibrosas manos—. Tus palabras no carecen de sentido y son sabias. Sé que Horus te ha encomendado una misión —todos los ojos se centraron en mí—. La corte celestial es poderosa, pero también lo es Seth y todos sus seguidores, sobre todo aquellos que ansían tener la doble corona sobre sus cabezas. Ya he caminado con el Dios de dioses, con Amón —ahora fue Ankhes, la que secando sus lágrimas con un fino pañuelo de lino, sonrió con un gesto ternura—. Me ha llevado ante Horus, rey de reyes y aquel que guía mis pasos para gobernar. Él sabía que esto iba a ocurrir, que tenía que acontecer para el futuro de Egipto y la perpetuidad de la fe hacia los dioses —el eco de la cámara magnificaba las palabras de Tut—. Madre —se acercó a Kiya, acariciando el rostro con sus manos—, te encomiendo a nuestra hija para que la eduques como solo tú sabes. Debéis abandonar Egipto porque así lo desean los dioses...

Nadie le rebatió, ni tan siquiera Horemheb que en su fuero más interno se oponía a esa decisión, sabiendo que el dolor de perder a Kiya le perseguiría hasta el fin de sus días. Con los rasgos compungidos y cargado de una rabiosa frustración, aceptó el deseo del faraón y de los dioses.

Horas antes, Kiya ya había hablado con Tut sobre el tema que a todos nos había reunido en ese lugar. Sin demorar un solo minuto, el faraón se acercó al Sanctasanctórum de Amón para pedir consejo divino.

—¿Adónde iremos? —preguntó Kiya con aplomo y sin un ápice de nerviosismo.

—Tranquila, madre. Nafer ya ha hecho ese viaje, y será vuestro

guía.

El joven faraón siempre lograba impactarme. No dije nada al respecto. No merecía la pena pedir explicaciones de algo a lo ya tenía que estar acostumbrado. Solo él era capaz de hacer lo que hacía, y hablar en el momento exacto con las palabras precisas.

«¿Será la señal de Horus? Si, ha llegado el momento de nuestra partida, del regreso a mi otro mundo. No solo iré con Nefertiti, sino con Kiya y la pequeña princesa».

—¿Cuándo? Pregunté a Tut.

—En siete días, Nafer. En siete días tendrás que mostrar el camino a mi madre.

Al salir de aquella reunión, Neti se aferraba a mi brazo con una imborrable sonrisa. Siempre había creído que Tut sabía más de lo yo que nunca pudiera imaginar, que mis secretos carecían de valor para él. No pude evitar que mi brazo se posara encima de su hombro, atrayéndolo hacia mí, camino del jardín.

—Nafer —el faraón me apartó del grupo y tomamos la vereda que llevaba hasta la muralla occidental—. Aquí nunca le ha faltado nada a mi madre. Quiero que os llevéis todo cuanto os haga falta: oro, piedras preciosas...

—¿Sabes adónde vamos? —le interrumpí.

Extendió los brazos.

—Qué más da. Solo sé que allá donde ellas vayan, estarán protegidas por los dioses. Ellos lo han querido así y no me puedo imponer a su voluntad. Además, ocurra lo ocurra, por lo menos sé que vivirán. Otra muerte en mi familia sería un gran fracaso como persona y como faraón. No puedo permitir eso...

No se molestó en preguntar cuál era nuestro destino; no hacía falta. Corroboré que Tut no solamente estaba tocado por las manos de los dioses, sino que íntimamente era parte de ellos, de una fuerza que le permitía llegar a ver más allá de la propia realidad.

Nos dirigimos a palacio. En su interior, en el lado norte del amplio vestíbulo, oculta por tres columnas de unos cinco metros de altura y decoradas en su totalidad con aspectos referentes a la caza, se ocultaba una puerta perfectamente camuflada. Tut acarició un bajorrelieve que representaba a la diosa Maat. Oprimió con delicadeza lo que parecía ser un colgante que pendía del cuello de la diosa de la justicia, sonó un ligero clic, y un suave chasquido

permitió que la puerta se abriera unos centímetros.

Cuantas veces había estado en esa zona de palacio y jamás supe de la existencia de esa puerta, ni tan siquiera ver a alguien entrar o salir por ella.

—Cuidado, Nafer. Los escalones son estrechos.

El descenso por las escaleras estaba iluminado por lamparillas de aceite que no desprendían humo. Tut precedió mis pasos hasta llegar a una sala, donde el oro, ya fuera en pequeñas placas o estatuas y objetos que estaban perfectamente ordenados en estanterías, refulgía con un brillo que parecía venir de los mismísimos rayos del dios Ra.

—Para Kiya y mi hija, toma cuanto necesites. Quiero una vida sin necesidades para ellas. Para ti… bueno, todo cuanto te pertenece está ahí —señaló unas arcas de madera en color ocre—. Espero que ahora lo aceptes.

Emití una prolongada y nostálgica sonrisa.

—Así que lo has ido guardando…

Desde mi llegada al antiguo Egipto, aquel día que según él salvé su vida de la mordedura de una cobra, tenía la costumbre de recompensarme con oro y joyas: pulseras, brazaletes, pectorales bellamente decorados con incrustaciones de lapislázuli y cornalina, o amatista, turquesa y obsidiana. El oro estaba almacenado en pequeños lingotes de no más de un centímetro de espesor, almacenados en varias pilas de unas veinte barras cada una. Aquello parecía todo el tesoro de Egipto, pero era una ínfima fracción de lo que el país poseía. Lo que tenía ante mis ojos, era una parte del patrimonio familiar. Claro está, yo siempre intentaba convencerle de que no era merecedor de ningún regalo, que ya me sentía pagado por el mero hecho de hacerme sentir como un miembro de su propia familia. Y así era. Ya tenía cuanto quería.

Jamás le había sentado mal mi rechazo, ya que sonreía y disfrutaba cada vez que le daba explicaciones al respecto. Sin embargo, lo iba guardando todo en esos cofres de color ocre, como si intuyera que algún día lo iba a necesitar. Tut siempre había sido diferente a cualquier muchacho de su edad. Encerraba un gran misterio que solo él podía comprender, sin lugar a duda, arropado con el manto de los dioses.

Mi bella esposa apenas dormía. Se refugió durante dos días con sus hijas en el templo de Isis, en una despedida íntima, cargada de sentimientos en una transmisión de amor que solo una madre es capaz de entregar a sus hijos. Acompañadas por cinco sacerdotisas, fraguaron un insoldable e invisible cordón umbilical que las mantendría unidas en resto de sus vidas.

Ideé unos cinturones, tanto normales como cruzados con unos cuántos bolsillos para introducir en ellos el oro y unas cuantas piedras preciosas. Equilibradamente distribuidos por todo el cuerpo, Neti era capaz de portar unos cuantos kilos sin que ello le entorpeciera al caminar. Una bolsa en bandolera nos ayudaría a llevar algo más, entremezclado con algunos víveres por si los pudiéramos necesitar.

—Mañana será el día— dijo Tut, dejándose caer sobre una silla —. Gracias, Nafer, fiel hermano. Gracias a los dioses por haberte permitido venir hasta mí.

Siempre odié las despedidas, y esta más que ninguna. Durante buena parte de la tarde, mantuvimos una charla que nada tenía que ver con los recuerdos de mi presencia allí. Los obvié en aquella distendida conversación que Tut supo guiar con discreción. Sus ojos, al igual que los míos, reflejaban dolor y melancolía, tristeza y alegría. Las horas fueron pasando, donde nuestras miradas hablaron más que las propias palabras. Ankhes y Neti también se sumaron a aquella reunión familiar donde las bromas se mezclaron con las lágrimas de sus ojos, y también de los nuestros.

—Nafer —una retadora mirada en los ojos de Tut me puso en guardia—, no te puedes ir aún.

Se puso en pie, frotándose las manos. Salió al jardín, llamó a los palafreneros e hizo que prepararan su carro lo antes posible. Sonrió, indicando con la cabeza a *Furia*. De nuevo, y por última vez, vi ese brillo en los ojos de Tut que siempre mostraba cuando íbamos a competir, ya fuera con el tiro al arco, como las carreras de caballos.

—Prepárate —me aventuré a decirle—. Esta vez no voy a dejarte ganar.

Prorrumpió en carcajadas. Con los brazos extendidos se limitó a hacer de antemano el gesto de triunfo, enseñando los puños apretados y una imborrable sonrisa en su rostro.

Parecía volar sobre la dura y polvorienta pista. El sonido del

viento que parecía acompañarnos, se mezclaba con las estentóreas palabras para alentar a sus caballos. Fue la última carrera. Por cierto, ganó.

XX

—Nafer —musitó, sujetándome el brazo—. Es ahí, ¿verdad? Es ahí donde viviré el resto de mi vida, o donde...

—¿Por qué dices eso? No te entiendo.

La madre del faraón asintió repetidamente.

—Sí, Nafer. Mi sueño... Las columnas que me acorralan contra la montaña, y esta me engulle entre sus fauces.

Se refería a los tres niveles de terrazas superpuestas, sostenidas por pórticos con pilares y un sinfín de columnas.

—No, no —intenté calmarla—. El interior de la montaña es la puerta que nos cruzará al nuevo mundo.

Su cara de perplejidad era todo un poema. No había tenido tiempo de explicarle adónde íbamos, ya que su fugaz y repentina huida con Horemheb hasta casi esa misma mañana, había desbaratado la posibilidad de ponerle al corriente con respecto a nuestro destino. Apenas tuvimos el tiempo necesario para que Neti pudiera ajustarle les cinturones en su cuerpo, colmando los pequeños bolsillos con un tesoro que le permitiera vivir holgadamente el resto de su vida. Soportaba el peso con destreza, sin un gramo de más que pudiera hacer tambalear sus piernas.

—¿Nuevo... mundo? ¡Nafer! Entonces es verdad...

Su mirada escrutó hasta lo más profundo de mis emociones. Fue una mirada diferente. Quería contárselo todo, pero no supe cómo empezar.

—Tranquila, Kiya. Solo te pido que confiese en mí. No morirás porque estarás bajo la protección de los dioses.

Siempre había tenido una gran fe en los dioses, y yo sabía que con nombrarlos apaciguaría la confusión que en esos momentos acogía en su interior.

Una vez ascendida la rampa, la guardia real se fue distribuyendo por toda la terraza bajo las órdenes del general. Al entrar en la capilla de Hathor, Ankhes, sin saber lo que iba a ocurrir pero estoica en todo momento, entregó la pequeña princesa a los brazos de Kiya. Besó sus diminutos labios, obteniendo como respuesta una sonrisa que siempre permanecería grabada en lo más íntimo de sus recuerdos.

—Solo tú, madre mía —dijo Tut con la cabeza bien alta—. Solo tú sabrás darle ese amor que inunda tu corazón.

El faraón asintió, se acercó a ellas y sin decir una sola palabra las acaparó en un abrazo que se hizo eterno. Luego se dirigió a mí, miró a Nefertiti y alzó la mano, mostrando el anillo que porté en uno de mis dedos desde Arum, regalo de la reina Hatshepsut.

—Vosotros... también os vais —con anterioridad le había anunciado que Neti se venía conmigo—. Es el deseo de Amón, y solo Él sabe el vacio que dejáis en mí, aunque siempre estaréis en mis pensamientos y en este corazón —se golpeó suavemente el pecho.

Besó a Neti en la mejilla y la reverenció como a una reina. Me abrazó, y al sentir su contacto comencé a notar una vibración en el pecho. Era el escarabeo. La misma sensación que tres años atrás percibí en esa misma capilla. Recordé que el pequeño habitáculo tras la puerta era estrecho, así que me quité el amuleto y lo coloque en el cuello de Kiya para que fuera ella la primera en pasar con la princesa entre sus brazos. Deseé que el extraño poder de la piedra azul hiciera compañía a la madre del faraón hasta que Neti y yo nos reuniéramos con ella.

Abrió los ojos y se llevó la mano a la abertura de su túnica, sintiendo el cosquilleo de la vibración que emanaba del escarabeo. En su mirada había algo extraño, muy extraño, como si toda su vida estuviera pasando delante de ella en ese momento. Miró hacia la puerta que aún no se había abierto, intuyendo de alguna forma que ese era el lugar por donde iba entrar al interior de la montaña.

Luego, se volvió para mirarme como nunca lo había hecho. Consiguió estremecerme. Me acerqué a Nemut y al general que estaban en la puerta de la capilla. De nuevo, las miradas hablaron más que las palabras.

—Protégelas —dijo Horemheb—. Te va la vida en ello.

Poco a poco fue dilatando una sonrisa no carente de tristeza.

—Lo haré —aseguré—. Sabes muy bien que lo haré —miré a Nemut, el primer Ramsés de toda una estirpe de ilustres faraones—. Ahí tenéis a Sonofer. No es el cabecilla de toda esta trama, ni sé cuanta gente está detrás de todo esto, sin embargo, sí que es la mano ejecutora de aquellos que desean derrocar este gobierno.

El general apretó los dientes al oírme pronunciar el nombre de Sonofer. Con la vista perdida en la lejanía de Tebas, asintió con rabia. Nemut no pudo hablar; le temblaba el labio inferior. No supe si por exasperación o por tristeza. Una densa y agradable energía nos envolvió a todos y cada uno de los que estábamos allí. No hubo ninguna proyección tridimensional sobre nuestras cabezas, ni ningún clic que accionara un mecanismo. El aire que entraba por el acceso a la capilla y susurraba a nuestras espaldas, cesó. De repente, el estridente crujido de una enorme piedra que rozaba contra otra, llamó toda nuestra atención.

Era la puerta del tiempo que se deslizaba para mostrarnos su interior.

«Ahí estás otra vez, abierta y preparada para fundirnos en un maremágnum de nuevos eventos. Ahí estás para quitarme lo que un día me regalaste. Oh, cuanta gratitud. Me devuelves a mi mundo, pero ya no soy el mismo. Aquí dejo... dejo una parte de mi vida».

Estaba ensimismado, recordando la aventura más loca y gratificante de toda mi existencia. El antiguo Egipto; la pasión que desde mi niñez llevé impresa en cada célula de mi cuerpo. El viaje a Arum y la esencia de la *Heka*: la magia vital que utilizaban todos los egipcios a cualquier hora del día. Ese don, era la energía que parecía haberse perdido con el paso de los años. Yo lo pude vivir en primera persona, y eso, jamás lo podré olvidar.

Portaba como una reliquia aquello por lo que según Horus era el motivo de mi viaje en el tiempo. Aquel férreo material de color negro con forma de pirámide que pude extraer del fragmento desprendido del trono de Amón. Todos me miraban. Parecían estar

esperando una orden para comenzar con aquel ritual. Miré el reducido cubículo, e hice una seña con la mano a Kiya para que penetrara en él. La pequeña princesa sonreía ante aquella singular escena, donde su juguetona risa era el único sonido que se escuchaba en la capilla de Hathor.

Kiya comenzó a avanzar a paso lento, casi ceremonial. Antes de entrar se giró, cerró los ojos e inclinando la cabeza hacia abajo, permaneció así unos segundos para mostrar el respeto y amor que sentía por todos los allí congregados. Penetró con cautela, con una mano sobre la cabecita de la princesa para evitar que se pudiera golpear al entrar. La puerta se cerró tras un instante, y el sonido del viento volvió a penetrar por la entrada de la capilla, como si el recinto hubiera estado aguantando la respiración. En el último momento le entregué una lamparilla para poder ver los escalones que descendían a la derecha, evitando así la fortuita caída que quedó grabada en mi memoria.

Horemheb había desaparecido de la entrada a la capilla para perderse entre la columnata de la primera terraza; solitario y abstraído en un torrente de recuerdos que le pesaban como una enorme losa sobre sus espaldas. Yo también había salido de la capilla, preocupado por mi buen amigo, esposo sentimental de Kiya y padre del faraón Tutankamón.

Le vi caminando por la amplia terraza, con las manos entrelazadas a la espalda y la vista perdida en sus propios pasos. Permanecí con los brazos cruzados, apoyado en una columna, mientras el general paseaba la angustia de haber perdido a la persona que más amaba. Se detuvo y me miró, como atraído por una intuición de sentirse observado por mí. Levanté el brazo con la palma de la mano abierta a modo de saludo, y luego me la llevé al corazón, haciendo una inclinación de cabeza para rendirle el máximo respeto que se puede demostrar a una persona. Él también levantó su brazo, sonrió y se llevó la mano al corazón.

Ese último gesto de honor perdurará por siempre en mi memoria.

—Nafer ¿Nefertiti y tú… os vais? —guardo un instante de silencio— No me puedes hacer esto, ahora no.

Parecía compungido, cargado de una ansiedad que recorría sus entrañas.

—Sí, nos vamos. Tal vez Tut, algún día te pueda explicar por qué.

El primero de los Ramésidas asintió con la vista fija en mis ojos. Merit me besó los labios con dulzura. Algún día no muy lejano se convertirá en la Gran esposa real de Egipto, sentada al lado de su esposo Ramsés y acurrucando en su regazo a un gran futuro faraón, su hijo, Sethy I.

Empecé a ponerme algo nervioso. No supe si debido a esa odiosa despedida, o bien porque la puerta permanecía cerrada. Ya habían pasado unos cuantos minutos cuando caí en la cuenta. Inconscientemente me llevé la mano al pecho.

—Oh, no —farfullé—, el amuleto.

Kiya llevaba colgado de su cuello el escarabeo que le había entregado antes de cruzar la puerta.

«Es la llave que permite abrir la puerta desde este lado, sin embargo, Kiya está en el otro ¿qué puedo hacer…?».

Me debatí en el intento de encontrar una solución. Estaba entre la espada y la pared sin saber qué hacer, de repente, una imagen pasó fugaz ante mí.

—Tut, tengo que ir a palacio. Volveré enseguida.

Mi intención era subirme el carro del faraón y salir hacia Tebas con la velocidad del viento, coger el otro amuleto que Tut guardaba en su habitación y rezar a los dioses para que también sirviera como llave. Tenía fe en mi propósito, aún así, no sabía si el escarabeo de Tut poseía el don para abrir la puerta o carecía de la magia para hacernos cruzar al otro lado. Salí corriendo por la puerta de la capilla para dirigirme al carro. No quería que Kiya estuviera mucho tiempo encerrada en aquella cámara.

—¡Nafer!

La voz del faraón me detuvo en seco. Entré y lo vi con la mano en alto. Fue entonces cuando percibí una vibración en el dedo, justo donde portaba el anillo de Hatshepsut. Me quedé mirando sin saber qué ocurría, cuando de repente, el familiar sonido del ronroneo de la enorme piedra aplacó el silencio de la capilla. El anillo poseía el

mismo efecto que el escarabeo. Mi preocupación se disipó en un instante. Había llegado el momento, el odiado momento de tener que irnos. Tampoco estaba seguro de que iba a volver a mi tiempo, pero ya todo daba lo mismo. Neti venía conmigo y eso era lo único que importaba en ese momento. Quería entrar rápido para no dejar a solas a Kiya y la princesa, pero algo me retenía a hacerlo. Era la nostalgia que ya estaba comenzando a invadir mis sentimientos.

Tut me retuvo, posando una mano sobre mi hombro.

—Siempre estaremos unidos —volvió a mostrar en anillo—, mi fiel hermano.

Asentí. Aquellas palabras me hicieron girar hacia la puerta recién abierta, evitando que vieran en mi rostro una mezcla de ansiedad, alegría por los recuerdos y frustración por no poder quedarme allí. Hice una seña a Neti, un ligero ademán con la cabeza para irnos, pero había algo más en ese gesto. Había un profundo amor por esa mujer que había tomado la decisión de aventurarse en un nuevo mundo, dejando atrás todo por cuanto había luchado y las hijas engendradas en su materno vientre. No podía separarse del cálido abrazo de Ankhes y Merit, mientras con la mano acariciaba el rostro de Tut.

El cubículo parecía haberse ensanchado en sus paredes laterales, permitiendo que mi esposa y yo entráramos sin dificultad. Poco antes de cerrase, alcé la mano, acariciando el anillo con el dedo pulgar. La última visión que tuve de esa capilla, fue la de Tut, percibiendo su blanca dentadura en una sonrisa y una lagrima deslizándose por la mejilla.

Dejé de verlo cuando la pesada puerta de piedra se fue cerrando, pero escuché su voz que sonaba profunda en el cubículo. Fueron las mismas palabras que estaban inscritas en el reverso de mi amuleto:

> *«Tú, fiel hermano, que la luz de Isis te guíe para darme tu vínculo, tu compañía, tu protección. Hathor te recibe, Horus guarda la puerta, luz de mi ascendiente Hatshepsut».*

luego, enfatizando más el tono de su trémula voz, añadió el mensaje inscrito en su escarabeo:

> *«Fiel hermano, la llave de la luz ilumina el octogésimo quinto Sothis. Isis te ha traído hacia mí, como a Osiris de la oscuridad. Horus ha cumplido».*

Sus últimas palabras se fundieron con la jadeante respiración de Nefertiti.

—

La voz de Neti no mostraba temor alguno, solo una leve inquietud.

—No te preocupes —intenté calmarla en aquel reducido espacio —pronto se abrirá y nos reuniremos con Kiya.

Unos dos o tres minutos después, la puerta opuesta se abrió. La oscuridad invadió el eco de nuestras voces.

—Kiya... Kiya.

No escuchamos contestación alguna, ni tan siquiera el jocoso ronroneo de la pequeña que abrigaba entre sus brazos. Extendí una mano para frenar los pasos de Neti, recordando mi precipitada caída al vacío. Con la emoción había olvidado la lamparilla en la capilla, así que descendimos a tientas por los escalones hasta llegar al piso inferior.

—¡Kiya! ¿Dónde estás? ¡Kiya!

La voz de Neti rebotaba dulce y melodiosa entre las paredes de la cámara. Permanecimos en la silenciosa oscuridad, casi aguantando la respiración para intentar escuchar algún sonido de Kiya o de la princesa. Nada, ni un lejano murmullo. Neti no me soltaba la mano; fue entonces cuando la misteriosa luz llenó de vida toda la estancia. Estábamos los dos solos. Ni rastro de Kiya. Levanté la mirada y aquellos jeroglíficos dorados que un día se hicieron legibles para mí, habían desaparecido para convertirse en el ojo de Horus. Parecía estar viéndonos, siguiendo con su azulado iris todos nuestros pasos. La luz se fue tornando blanca, pura y cegadora. Sin soltar la mano de mi esposa, recordé que pronto perderíamos la visión de todo cuanto nos rodeaba, incluso de nosotros mismos debido a la deslumbrante y cálida luminosidad.

La atraje hacia mí en un abrazo, esperando aquel ensordecedor sonido de un viento que penetraba por ninguna parte. No era doloroso, solo resultaba desapacible. Parecíamos estar perdidos en

una estruendosa tormenta de nieve, cuando Neti comenzó a desprenderse de mis brazos, desvaneciéndose en una inconsciencia a merced de esa fuerza que parecía ser el corazón de la montaña. Las piernas me flaqueaban y sabía lo qué iba a ocurrir. Deposité el cuerpo inerte de Nefertiti en el suelo, y perdiendo toda mi voluntad me sumergí en un placentero sueño donde Horus era el protagonista. Allí estaba, colosal, junto a la montaña de Huni con un suave viento que ondeaba sus largos cabellos, recordándome con su potente voz los pasos para cumplimentar la misión por la cual había hecho ese viaje en el tiempo.

Desperté antes que Neti. La calma se había adueñado de la cámara y la cegadora luz fue menguando de intensidad hasta convertirse en una sutil y agradable compañera.

Paseé por la sala hasta que despertó. Se encontraba confusa, pero consciente de dónde estaba.

—Ya pasó todo —le susurré, besándole los labios.

Al querer incorporarla me detuvo, asiéndome el brazo.

—Mi amado esposo, me has hablado tanto de tu mundo... ¿Estaré preparada?

Sonreí sin apartar la mirada de sus hermosos ojos.

—Mi mundo ahora será el tuyo. Vamos Neti —Le extendí la mano—. Creo saber dónde está Kiya.

Nos acercamos a la pequeña abertura que había en la pared. Recordé con nostalgia la primera vez que penetré por esa entrada que accedía al largo y angosto túnel, siempre iluminado por esa luz que no tenía un punto de origen, y sin embargo acompañó cada uno de mis pasos hasta poco antes de llegar al final. Conforme ascendíamos, el techo del pasadizo fue haciéndose cada vez más alto, permitiéndonos caminar con comodidad por aquella rampa. Seguíamos sin tener una referencia de Kiya, como si se hubiera esfumado entre las paredes o hubiese tomado otro camino. Pero no, esa era la única salida. Volvimos a llamarla una y otra vez, pero tan solo escuchamos el eco de nuestras propias voces que recorrían toda la galería.

La cálida luz fue disminuyendo su intensidad hasta dejarnos en la más absoluta oscuridad.

—Ya falta poco, Neti.

Recordé entonces qué ocurrió lo mismo. Poco antes de llegar al

final de aquel corredor, la luz se esfumó como si hubiese sido absorbida por los poros de aquel pétreo intestino de la montaña. Mientras ascendíamos, extendí el brazo para evitar un encontronazo con el muro que se hallaba al final. Por fin, las yemas de mis dedos acariciaron la tosca piedra. Kiya había desaparecido. Tal vez había hecho el mismo camino que nosotros y se encontraba en el exterior. Mi esposa estaba tranquila, pese a saber lo que se iba a encontrar al otro lado de esa pared: un nuevo mundo para ella, donde poco resultaba similar a lo que había vivido.

Nuestros ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, y de nuevo, con una sonrisa que me provocó el recuerdo, percibí la tenue luz que se filtraba por una hendidura; la misma que tiempo atrás me había servido para respirar una bocanada de aire fresco, no porque el túnel estuviera cargado de aire contenido y maloliente, sino por mostrarme un halo de esperanza.

Permanecimos un buen rato allí, sentados, hablando sobre lo primero que nos encontraríamos, pero volví a tener la misma duda: ¿volveríamos a mi época, o tal vez a otra...? Casi no terminé de hacerme la pregunta, cuando escuchamos el tosco sonido del roce de una gran piedra. El ruido hizo que Neti se tensara al tiempo que emitió un pequeño alarido.

La luz del sol inundó buena parte de la larga galería, haciendo que nuestros parpados se cerraran casi en un gesto de dolor. En pocos segundos los pudimos abrir a medias, mirándonos el uno al otro y sintiendo la palpitante sensación de saber lo qué nos depararía ahí afuera.

XXI

—¿Es tu mundo?

Miré en todas las direcciones, pero desde la posición que nos hallábamos era difícil ver algún vestigio de civilización. Levanté la vista para ver si en lo alto de las montañas estaban celando los guardianes de valle, aquellos cuya misión era proteger las tumbas reales de los ladrones que astutamente reptaban entre las piedras para evitar ser descubiertos. Renuncié a la idea de seguir buscando algún guardia, ya que desde el ángulo que estábamos tampoco los podía ver. Estarían más cercanos a las tumbas, como pude comprobar cuando acompañé a Horemheb en alguna ocasión para hacer una inspección de carácter rutinario. Solo algún escorpión deslizándose sigilosamente, o un halcón a la búsqueda de algo con que llenar el buche, proporcionaban el único movimiento que nuestros ojos podían percibir.

—No lo sé —me aventuré a decir por falta de pruebas—. Bajemos la montaña. Quizá desde allí abajo...

No habíamos descendido quince o veinte metros, cuando dos potentes rugidos nos hicieron inmovilizarnos como estatuas. Neti soltó mi mano y comenzó a trepar por la escarpada ladera, asustada ante un sonido que jamás había escuchado. El temor se había reflejado en su rostro.

—¡Sí! —Le grité entre carcajadas ante su reacción—. Sí, estamos en mi mundo.

Al verme relajado sin salir corriendo como ella, se sumó a mis risas en una mezcla de temor y felicidad. Bajamos un poco más, y fue entonces cuando pudimos ver la carretera que conducía a las tumbas del Valle de los Reyes. El sonido de los bocinazos, acrecentado por el eco que producía el estéril valle, correspondía a un autobús cargado de turistas que en ese momento pasaban por debajo de donde nos encontrábamos.

—¡Nafer! He visto... he visto... un... un... ¡un coche!

Solo pude sonreír. Estaba claro que en las clases teóricas sobre el futuro, Neti había sido una ejemplar alumna. Asentí, pero había algo que no encajaba. La sonrisa fue desapareciendo poco a poco de mis labios hasta que de repente supe de qué se trataba.

—Neti, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

Me miró con extrañeza.

—Claro que te entiendo. ¿Por qué lo preguntas, acaso no era un coche?

—Oh, sí —contesté abstraído—. Bueno, no es un coche sino un autobús, pero sí, sí... —guardé un momento de silencio—. Cariño, estás hablando mi idioma natal, el español.

Guardamos silencio. Neti apretó los labios como si sintiera vergüenza al pronunciar una palabra.

—¿Cómo...? —Habló por fin, escondida tras una sonrisa de timidez.

—Bueno, eso es un regalo de... —señalé el hueco en la montaña por donde habíamos salido—. Los dioses son caprichosos —extendí los brazos con un gesto de incomprensión.

Su pronunciación era correcta, sin un deje que se pudiera decir que ese no era su idioma natal. A lo largo de los últimos meses había aprendido muchas palabras en español, aquellas que en el idioma del antiguo Egipto no existían, tales como automóvil, teléfono o bicicleta.

Llegamos a la carretera, y en un fascinado paseo para mi esposa, nos dirigimos hasta las tumbas abiertas por los arqueólogos. Se pegaba a mi cuerpo cuando algún vehículo se acercaba a nosotros, deteniéndose en el lateral de la carretera como un animalillo asustadizo. Se veían turistas, pero Neti no les prestó atención. El impacto por su parte de ver profanadas las moradas eternas de los faraones, no fue el esperado por mí. Sus gestos y palabras, honraban

a aquellos primeros egiptólogos que habían sacado a la luz las bellezas de Egipto. Me sorprendió.

—Nafer, me siento orgullosa. Seguro que los faraones, moradores de estas tumbas, también lo están. La esencia de mi tierra nunca morirá gracias a aquellos que se han encargado de rescatarla de las arenas del desierto. De tus palabras he venido preparada para ver esto, pero no me duele, al contrario, sé que el esplendor de Egipto nunca morirá.

Estaba absorta en sus propios pensamientos a esas horas de mediodía. No escuchaba las voces en diferentes idiomas de todos los que paseaban por el valle, ni se inmutaba de las tres líneas blancas que dibujaban el cielo, fruto de los motores de aviones que surcaban el aire. Parecía estar rezando en honor a las almas de los faraones. Me miró de la manera que solo ella lo sabe hacer, asió mi mano y cerrando los ojos, respiró profundamente una bocanada de aire. Fue entonces cuando volvió a la realidad. Paseó la vista por el entorno, sin parar de apretarme la mano cada vez que algo le impactaba: la indumentaria de los turistas, sus cámaras de fotos colgadas al cuello, los rostros orientales. Pero fue el estilismo en los cabellos de las mujeres y sus vestimentas, donde parecía poner más atención. Siempre le habían atraído las nuevas tendencias de moda.

Todo el peso de oro y joyas que llevábamos encima, parecía haberse aligerado con el viaje en el tiempo. En esos momentos no temí por la seguridad, ya que había muchos turistas en todo el recinto de las tumbas reales, sin embargo, siempre estuve alerta. Nuestra indumentaria pasó casi desapercibida en aquel enjambre de seres humanos, personas que normalmente estaban arracimadas junto al guía de la excursión. Observé sin prisa cuál de esos grupos hablaba el español. Nos acercamos a ellos.

—Oiga, perdone —me dirigí al guía de unas veinte personas de mediana edad. Se acercó hasta nosotros.

—¿Os habéis perdido?

Su sonrisa era amable.

—Bueno, casi —susurré entre dientes—. Hemos realizado un largo paseo y ahora estamos exhaustos. No teníamos que habernos aventurado tanto...En fin, no tenemos dinero para volver a Teb... a Luxor, y habíamos pensado si tal vez sería tan amable...

—No hay problema, de hecho ahora mismo nos dirigimos a

Luxor y en el autobús hay sitio de sobra. Será un placer.

Neti se sentó en el asiento de ventanilla. Mirando a través del cristal, pareció convertirse en un majestuoso halcón que surca los cielos a favor del viento. Jamás olvidaré la infantil expresión en su rostro en ese momento.

Mara nos recibió con su encantadora sonrisa. Habían pasado tres años y aún se acordaba de mí. Era como volver a casa, como despertar de un aletargado y placentero sueño. Allí estaba con mi esposa Nefertiti, la mujer que un día gobernó Egipto a la sombra del faraón Akhenatón. Mis ojos se posaron en el teléfono de la amplia terraza. Recordé el número. Había llegado el momento de marcarlo y escuchar una voz durante tanto tiempo anhelada.

Al descolgar el auricular, no le di tiempo a hablar.

—Hola. ¿Tarik? —No hubo respuesta. Solo escuché el sonido lejano de unas risas infantiles—. ¿Tarik?

—Tú... ¿Eres tú, Fernando? Lo siento...

Su voz sonó con una pronunciación de incredulidad, pero a la vez parecía sentirse culpable por haberme dejado al amparo del destino y no poder hacer nada para remediarlo.

—Sí, viejo amigo. He vuelto y estoy en Luxor.

Neti, agotada, se había quedado dormida en una hamaca de la terraza. Nuestra conversación duró alrededor de una hora, un tiempo que se hizo extremadamente corto pero cargado con un hondo sentimiento. No le hablé de dónde estuve durante esos tres últimos años. Fue algo que quise dejar para cuando estuviera con él, disfrutando en la terraza de su casa con una humeante taza de té entre mis manos. Hizo varios intentos por sonsacarme algo, pero mi conversación siempre derivaba hacia las personas que conocíamos entre los dos: Amer, aquel chaman con apariencia de oso de peluche, Ricardo, Yasmin o sus hijos. Seguiríamos estando en contacto, pero ahora necesitaba más que nada su ayuda para llevar a cabo parte de mi propósito.

Colgué el auricular, arropé a mi exhausta esposa con una manta para protegerla del suave aire nocturno, y posé la vista en un cielo

cargado de estrellas; las mismas que acompañaban mis noches en el antiguo Tebas.

No pude dormir.

Los recuerdos habían invadido mis pensamientos, haciendo acopio de todo lo acontecido durante los últimos tres años. Las imágenes y sonidos bailaban en mi cabeza con añoranza, desde el primer día que posé la vista en un infante Tut, hasta verlo convertido en todo un hombre capaz de regir un país tan bello como enigmático. La visita al Oráculo Huni en la montaña de los dioses, el viaje a Arum, Horus, Hatshepsut, Menaret. Fue el viaje en el tiempo al antiguo Egipto que de antemano estaba preparado por mi propio destino, el último guardián de las espadas y mensajero portador de un engranaje para el equilibrio del universo. Los lugares, rostros, sus voces; todo seguía latente en mi memoria. Era un peón en el tablero del arcano juego de los dioses de Egipto; un privilegiado, no solo por el viaje, sino por haber estado en presencia de Horus, rey de reyes, dios por antonomasia de toda una civilización.

Estaba ansioso por llevar a cabo su propósito. Sentía la irrefutable necesidad de hacerlo, pero aquella noche me había devuelto a una realidad ya olvidada. Estaba en mi mundo, en una época donde la magia carecía de sentido, una magia que era fuerza, la que canalizan los dioses a través de la fe del ser humano. Horus me enseñó que la fe es el cordón umbilical que une la tierra con el universo, el yo profundo con Dios, el alimento que nutre toda la existencia. Uno puede ser agnóstico, pero la fe está ahí, en cada uno de nosotros. Es un impulso, un deseo; algo que nace desde el interior del corazón y fluye por cada célula de nuestro cuerpo.

Ya no era el mismo que un día llegó a Egipto para deleitarse con su antaña grandeza, ni tampoco el afortunado, cuyo boleto premiado permitía vivir in situ en aquella época gloriosa. Me consideraba un hijo de esa tierra y sus antiguas creencias. Ya no era el mismo. Desde el momento que llegué con Neti a mi época, me invadía la necesidad de ponerme en contacto con mi familia. «Cuánto habrán sufrido durante estos tres últimos años». Aún no era el momento. Tenía que terminar con lo que había venido a hacer, entonces, sería la hora de unirme a ellos y explicar todo lo acontecido.

Vivían en una acogedora casa, flanqueada por un extenso jardín amurallado a orillas del Nilo. La vivienda, cuya construcción parecía estar hecha con bloques de piedra, guardaba cierta similitud con las de su época antigua. La familia de Tarik parecía adorar los gustos de los tiempos faraónicos y así lo reflejaban en el lugar donde habitaban, incluyendo una recatada decoración interior con paredes estucadas y algún que otro bajorrelieve y pintura, mostrando los símbolos más destacados del antiguo Egipto, ya fueran construcciones reales o personajes que llegaron a ser relevantes. Entre ellos, en la pared que daba al este, se alzaba el faraón Tutankamón con el cetro *Heka* y el flagelo *Nejej* en sus manos, y la doble corona *Sejenty* sobre su cabeza.

Su madre nos recibió con un fuerte abrazo sin parar de hablar con una perpetua sonrisa dibujada en sus labios. Su abuelo, llamado Masud, un hombre alto y fuerte, apretó nuestras manos con una mirada que desprendía vida, carisma y una fuerte personalidad. Él fue el responsable de que todos sus descendientes hablaran español. El hermano de Tarik, Hasani, un hombre amable e inteligente tras unos ojos llenos de bondad, fue el encargado de satisfacer nuestras necesidades, pero antes de irnos, su abuelo volvió a apretar mis manos entre las suyas.

—Esta es vuestra casa —la voz del Masud era fuerte y vibrante —. Siempre seréis bienvenidos a ella —tomó con delicadeza la mano de Neti, sonrió e inclinó la cabeza hacia abajo—. Quien acaricie las suaves arenas del desierto con las manos del Nilo, se saciará de plenitud por toda la eternidad.

Su cortesía, acompañada de lo que supuse, era un piropo, me inducía a pensar que me encontraba ante todo un galán. Aun a sus años, conservaba un porte digno del más refinado seductor. Recordé cuando Tarik me dijo en cierta ocasión que su abuelo no era un gran orador, pero lo poco que hablaba le salía del corazón. Esa fue la sensación que pude percibir cuando me miró fijamente, alzando la mano desde el dintel de la puerta cuando nos íbamos con Hasani.

No muy lejos de la estación de tren nos introdujimos en un laberinto de angostas y fluidas callejuelas. Una maraña de telas colgadas desde las fachadas, proporcionaba una agradable sombra para pasear entre los tenderetes expuestos a pie de calle. Neti disfrutaba con los ropajes y exóticos productos que se extendían a

cada paso que dábamos, pero, sobre todo, observaba la actuación de la gente, sus rostros, gestos, sus miradas... Parecía querer encontrar en ellos la esencia que le permitiera contactar con cada uno de ellos.

Entramos en una tienda donde el dueño salió del mostrador a recibirnos. Me hizo gracia esa actitud, pero fue a Hasani al que no dejaba de apretar sus manos y reverenciarlo como si de un príncipe se tratara. Hablaban en árabe. El dueño no dejaba de mirarnos de soslayo como si temiera que iríamos a robarle algo. La tienda era una mezcla de joyería, objetos antiguos y souvenirs. De repente, el dueño del local se giró con una sonrisa de oreja a oreja. Miró el receptáculo con la pirámide que siempre llevaba conmigo, pero Hasani se encargó de decirle que era un artículo personal y no estaba en venta.

—Fernando... —hizo un ademán con la mano para que le mostrara al propietario de la tienda lo que quería vender.

A Neti le gustaba el nombre de Fernando, pero decía que en su corazón ya se había alojado el de Nafer, y no lo quería cambiar.

Saqué de la bandolera un pequeño lingote de oro, haciendo que los ojos del dependiente se abrieran como platos. Desconocía el comercio y valor del oro en Egipto, aunque supuse que ese lingote bien valía un buen dinero. Los dos hombres se enzarzaron en una ardua conversación, acompañada de aspavientos para dar mayor importancia a sus palabras. La negociación parecía ir bien, ya que así me lo hacía saber algún que otro disimulado guiño de Hasani, pero fue cuando me acerqué a ellos, mostrándoles algún lingote más, cuando el dueño fue corriendo hacia la puerta para cerrarla y correr las cortinas. Se llevó las dos manos a la cabeza.

—¿Estáis locos? —Hasani nos traducía sus palabras— ¿Cómo se os ha ocurrido andar con todo esto por las calles? Yo no puedo...

Era una pequeña parte de lo que nos habíamos traído del antiguo Egipto. Me encogí de hombros, hice un ademán a Neti y nos dispusimos a salir del local.

—¡No, no! Llegaremos a un acuerdo.

Miré a Hasani. Mostrando una leve sonrisa, asintió suavemente. Parecía ser todo un experto en el arte del comercio y un astuto truhan en el regateo. Logré vender una pequeña parte de la mercancía, ya que el empresario no podía hacer frente a todo lo que

llevaba. La venta tenía que cerrarse ese mismo día, consejo que me dio Hasani para dejarlo zanjado rápidamente y evitar que se corriera la voz. Él confiaba en el empresario, aún así, su intuición no le permitía correr el mínimo riesgo.

Quise regalarle a Hasani un anillo de oro con incrustaciones en amatista como gratitud, pero pidiéndome perdón, rechazó la ofrenda.

—No, gracias. Si mi hermano Tarik se entera que te he cobrado algo... Además es un placer para mí.

—No te preocupes por eso, que nadie se lo va a decir —le aseguré—. Además esto es algo entre tú y yo, y nada tiene que ver con él.

—Oh, no —negó repetidamente—. Tú no lo conoces bien.

Parecía tener un gran respeto hacia su hermano. El favor que nos estaba haciendo nada tenía de lucro; era cortesía familiar. Su abuelo se había encargado desde que eran niños de enseñarles que un negocio se podía tratar con la cabeza o con el corazón, de hacer favores sin obtener nada a cambio, pero ante todo, de ser honrados y hospitalarios. Sin duda, esa influencia obtuvo los frutos deseados.

Por la tarde, tras una opípara comida cargada de anécdotas familiares, el hermano de Tarik nos llevó por una zona cercana al Nilo con la intención de ultimar nuestras compras. La primera de las visitas fue a un almacén dedicado a la compra-venta de automóviles. Adquirimos un *Toyota Land Cruiser* de segunda mano y en perfecto estado. El precio, como de costumbre, fue regateado por Hasani hasta llegar a un mutuo acuerdo. Ropas y otros enseres, completaron las adquisiciones de primera necesidad.

El día siguiente lo aprovechamos para visitar Luxor. Neti se sentía cómoda con su nuevo atuendo: una fresca falda estampada a juego con una blusa de manga corta y unas sandalias planas. Las bermudas, pantalones, camisetas, suéteres, etc., que había comprado con muy buen gusto, sería la siguiente indumentaria a la que se tendría que ir acostumbrando.

Llegamos al templo de Karnak, y acariciando con las yemas de sus dedos el bajorrelieve de la fachada en la sala hipóstila, una lágrima resbaló por su mejilla.

—El tiempo ha conservado bien estas columnas —habló con nostalgia, paseando la mirada por todo el recinto—. ¡Ven! —

Recorrimos parte del templo y sus exteriores—. Aquí estaba el templo de Isis, por allí el cuartel de Horemheb, la avenida de los nobles. El palacio, Nafer —señaló con la mano—. El palacio estaba ahí, el bosque de sicomoros y el pueblo...

Las silenciosas lágrimas, fruto del pesar, se mezclaban con la emoción de ver que tras más de tres mil años, aún se erguían esas maravillas con orgullo para ser contempladas por todo el mundo.

—Nada fue en vano —declaró con deleite—. Los dioses sabían que la magia de esta tierra jamás sería olvidada.

Con fina y pulcra curiosidad, Neti comparaba y diferenciaba una época con la otra. Los avances tecnológicos y la forma de vida eran lo más impactante, pero había algo que le llamaba poderosamente la atención: la mirada de la gente.

—En pocas personas veo una mirada limpia y cargada de felicidad —dijo, mientras paseábamos cerca del Nilo—. ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado tanto?

—El afán de posesión, quizás...

—Siempre lo ha habido, Nafer —negó con la cabeza, al tiempo que su mirada se perdía en el azul del cielo—. No están satisfechos. Como si no se sintieran protegidos por su faraón, por aquel que vela por ellos con la bendición de Horus. Parecen como ovejas perdidas en su propio rebaño.

Neti siempre había tenido una sonrisa y un gesto amable para la gente de su rango, pero también para el más humilde artesano o campesino. Decía que el pueblo poseía más fe y vida en sus miradas, que aquellos que se sentían más cercanos a los dioses. Cuando navegaba en las matutinas aguas del Nilo, hacía paradas en las riberas para charlar con la gente que comenzaba con sus tareas. Siempre se traía algo positivo de esos encuentros y conversaciones. Creía que en la mayoría de esas personas residía la verdadera esencia de los dioses, que sus ojos reflejaban el brillo de la vida y el amor hacia su faraón. Necesitaba estar en contacto con su pueblo para sentirse viva.

Quise partir al día siguiente hacia Edfú, al lugar donde me estaba reservada la primera de las tareas impuestas por Horus, sin embargo, intuí que Neti necesitaba estar algo más tiempo en Luxor. De alguna manera precisaba adjuntar las dos épocas para sentirse conectada con la que nos hallábamos, así que durante dos días

estuvo absorbiendo todo lo que veía y asimilando la nueva forma de vida.

Su actitud resultaba sorprendente. Se había adaptado de tal manera, que parecía ser ella la que pertenecía a este tiempo. Estaba claro que las conversaciones sobre el futuro, mantenidas durante tanto tiempo en el antiguo Egipto, habían preparado a Neti para ser admitida en el nuevo mundo y considerar que el viaje había merecido la pena. Aun sabiendo que los faraones ya no reinaban en esa tierra, opinaba que el pueblo necesitaba creer en uno para aumentar la fe hacia los dioses y reflejar paz en sus miradas, aun así, se sentía feliz de vivir en su nuevo mundo.

Tras tomar un té y compartir las andanzas de Masud en su aventurada vida, nos dispusimos a salir de la casa. Me estrechó entre sus brazos con la fuerza de un león, se giró hacia Neti, y en su mirada pude ver los destellos de una juventud lejana, pero no olvidada. Tomó las delicadas manos de mi esposa entre las suyas, sin apartar la mirada de sus ojos. Se las llevó a los labios y susurró casi entre sollozos, como si estuviera besando las manos de su ser más querido.

—Con tu presencia has inundado de felicidad a este pobre viejo —acto seguido me miró a mí—. Y con la tuya, he vuelto a revivir los momentos más alegres de mi juventud. Fernando, protege a tu esposa como a tu vida misma, y que los dioses siempre estén con vosotros.

Se inclinó. Cerró los ojos y acercó las manos de Neti a su frente. Así permaneció unos segundos, el mismo tiempo que ella también los mantuvo cerrados. Todo parecía ser un ritual, un momento sublime entre dos personas que habían conectado con su interior. Me regocijé ante aquella escena, al tiempo que me estremecí. Al salir de la casa, la gran reina Nefertiti vertió sus lágrimas con un rostro de deleite.

Ya no necesitaba pensar en su mundo para vivir en este. Masud, con su especial don de gentes, se había encargado de conectar a Neti entre los dos mundos.

Land Cruiser a un lado de la carretera. Se bajó y comenzó a observar el terreno con detenimiento.

—Es aquí, Nafer.

Quise encontrar un paralelismo con el pueblo de Menaret, con la explanada, pero mis ojos se negaban a ver una similitud parecida.

—No lo creo. La zona verde que separaba el pueblo del río, apenas era unos cincuenta metros en su zona más ancha —vacilé un instante—. Y aquí… habrá más de doscientos.

—Mira hacia la izquierda —señaló, colocando la otra mano sobre su frente a modo de visera—. La curva del río es la misma. Allí, la ves. Por alguna razón el curso de la corriente es menor, por eso hay más tierra. Aquel islote —señaló el lado derecho-tampoco estaba, señal que aquí el caudal era mucho mayor.

La vi tan convencida que intenté recordar todo lo posible. La anchura del Nilo mediría unos ochocientos metros, sin embargo, en la antigüedad llegó a sobrepasar el kilómetro. Las imágenes se alternaban con un presente que nada tenía que ver con el pueblo de Menaret. Crucé la carretera e intenté encontrar algo que llamara mi atención: un montículo, alguna roca, el horizonte…

Me centré en la zona occidental, allá donde la civilización moderna no había escarbado sus fauces para construir algo. Volví a mirar hacia la árida zona, cercana al Nilo, y algo hizo que una chispa se encendiera dentro de mí.

—¡Si, si! —grité en aquel desierto rocoso, alzando las manos a los cuatro vientos—. Tienes razón.

Salimos de la carretera con el todoterreno y nos introdujimos por un camino cubierto de piedras. Poco antes de llegar a unas vías de tren, aparqué el vehículo a la sombra de cuatro arboles solitarios. Forzando la vista, se podía apreciar cómo algunos cimientos de lo que en su día fue un hermoso pueblo, sobresalían escasos centímetros del terreno arcilloso. Solo algunas casas, aquellas cuya base estaban cimentadas con piedra, fueron las que dejaron un pequeño rastro a nivel del suelo, como si hubieran querido salvarse de la quema del tiempo y mostrar que aún podían ser útiles; y lo fueron.

Entre los dos pudimos reconstruir la avenida principal y las casas más cercanas al río. Lo que supusimos que era la vivienda de Menaret, estaba próxima a las vías de tren. Memoricé el pequeño

jardín que rodeaba la casa, y justo donde me pareció que se encontraba la cocina, allá donde Menaret preparaba sus ungüentos y pócimas medicinales, había un hueco horadado en el suelo de unos dos metros de diámetro por dos de profundidad. Unas viejas estacas, clavadas en la tierra, sujetaban algunas deshilachadas cuerdas que parecían formar parte de la típica cuadricula que usaron para delimitar la zona en aquel trabajo arqueológico. No era la única excavación que habían realizado por allí, ya que se podían apreciar algunas estacas que aún permanecían incrustadas en la tierra, como esperando sentirse útiles para sujetar una nueva cuerda. También se podía distinguir el montículo que descendía hasta el embarcadero, ahora, apenas una ligera pendiente que se cubría con aquel verde tapiz de los cultivos.

Neti parecía inquieta y ansiosa.

—¿Y ahora...?

—En fin —miré a mi alrededor—. Creo que lo más difícil ya está hecho: encontrar el... pueblo.

Me acerqué hasta el todoterreno y cogí un pico y una pala que habíamos comprado en una vieja ferretería, cerca del hostal de Mara. En una tienda de antigüedades adquirí un cartucho de cuero de algo más de metro y medio de largo por quince centímetros de diámetro. Era de un color rojizo y tenía una cinta de piel para llevarlo a la espalda. No sabíamos por dónde comenzar, así que entre los dos intentamos visualizar el terreno tal y como lo recordábamos de la antigüedad.

No fue fácil, ya que a veces nos desviábamos de lo que pudo ser el camino que llevaba hasta la explanada de la capilla de Horus. Tras una lenta y concienzuda meditación, coincidimos en una parcela sin cultivar en forma de triángulo, flanqueada por arbustos y arbolillos que se nutrían de la humedad de las siembras cercanas. Volvimos a hacer cálculos mentales, estrujándonos el cerebro para no errar con el lugar que necesitábamos encontrar. Hinqué la pala en la tierra arcillosa con aire de satisfacción. Neti continuaba escudriñando el horizonte, la inclinación del terreno, el curso del río, incluso el aroma de las flores, intentando encontrar todo cuanto se asemejara al lugar que ella conocía. Tras unos minutos me miró.

—¿Aquí, estás seguro...?

—No al cien por cien, pero si las suposiciones son meramente

correctas y eso es lo que creo —miré hacia el Nilo—, estamos en el lugar de lo que fue la explanada de la capilla. Y además, a este lado de las vías todo está cultivado a excepción de esta parcela ¿por qué? ¿No te parece extraño? —guardé silencio y sonreí—. Coincide con nuestros cálculos...

Sin saber por dónde empezar, hicimos un alto en el camino. Nos sentamos en unas piedras a la sombra de un triste arbolillo, saqué un tentempié de la mochila y nos dispusimos a comer. No tenía hambre, solo quería buscar una escusa para que mis pensamientos ayudaran a centrarme. Miraba el pico y la pala que descansaban en el suelo sin saber muy bien por qué los había comprado. Absorbí el aroma fresco que desprendía el agua del Nilo y cerré los ojos, intentando visualizar entre mis recuerdos la ubicación de la capilla de Horus.

—Ni te muevas...

No fueron las palabras de Neti las que me hicieron abrir los ojos, sino la fuerza con la que su mano atenazaba mi brazo. Estaba tensa, paralizada. La mirada la tenía fija en dos hermosas cobras que reptaban a nuestro lado. Una era negra y la otra plomiza.

—Tranquilízate, no nos van a atacar —quise reducir la tensión que endurecía sus músculos—. Estoy seguro de ello.

Recordé el día que, caminando por la vereda del Nilo a expensas de que unos matones intentaran poner fin a mi existencia, dos cobras como las que estaba viendo en esos momentos fueron las responsables de hacerles huir como alma que lleva el diablo. Sonreí ante esos recuerdos, aunque jamás temí tanto por mi vida como en ese momento. Neti pareció tranquilizarse con mis palabras. Viendo que no hacían ademán de atacarnos, logró esbozar una tímida sonrisa y relajar sus facciones. Como movido por una irrefrenable voluntad, me acerqué hasta ellas. Me senté y extendí una mano, apoyándola en el suelo. Los sedosos cuerpos de los reptiles acariciaban las yemas de mis dedos a la vez que ejecutaban un hipnotizador y sinuoso baile.

De repente se detuvieron, alzaron sus cabezas con la caperuza desplegada y se pusieron en marcha hacia un lugar donde los arbustos parecían estar más poblados. Tras de una piedra, desaparecieron tal y como habían venido. Me quedé unos instantes en cuclillas, pensando si su aparición había sido una mera

casualidad o me estaban indicando algo.

Sonreí mientras Neti seguía subida sobre la piedra.

—Mi querida esposa… Estamos en el lugar correcto. Horus sigue guiando nuestros pasos y, como has visto, sus mascotas han salido a recibirnos.

Nos acercamos hasta los matorrales donde habían desaparecido las cobras. Tras la piedra, un profundo agujero del tamaño de un brazo penetraba en las entrañas de la tierra. Me acerqué, pero solo la oscuridad inundaba aquel orificio horadado en la roca. No sabía qué hacer. Penetré en la maleza para intentar encontrar algo que llamara mi atención, algo que me resultara familiar, sin embargo, la frustración se hacía más latente a cada paso que daba. Sentí que las cobras no habían salido a la superficie para ver quien había invadido su terreno, lo habían hecho impulsadas por una fuerza mayor, por un poder que solo un dios puede otorgar: Horus.

Estaba convencido de ello.

Una exclamación de Neti me paralizó en la búsqueda.

—¡Nafer!, está tan a la vista que pasa desapercibida.

Aparté los arbustos con las manos y allí estaba Neti, en cuclillas, arañando con unas finas ramas lo que parecía ser una piedra. Cubierta por una fina pátina de musgo, la piedra de forma cuadrangular comenzó a mostrar unos pequeños bajorrelieves sobre su superficie.

—¡Dios mío!, estás aquí —acaricié la piedra—. Eres genial —felicité a Neti con un beso en los labios— ¿Cómo lo has sabido?

Se encogió de hombros.

—Has sido tú. Cuando has resbalado con esta esquina —señaló el canto de la piedra—, tu calzado ha pulido la piedra y esto ha salido al descubierto.

Se apreciaba el roce en el musgo, dejando asomar el relieve de un halcón que portaba una cobra entre sus garras. Aún recuerdo las palabras de Menaret la primera vez que vi ese tallado «No la está cazando, la está protegiendo».

La piedra que sobresalía era el dintel de la capilla de Horus.

Sin hacer fuerza, Horus se desprendió de la peana y cayó a mis brazos. Detrás apenas había entrado tierra en la reducida cámara, como si una cortina invisible se hubiese encargado de tamaño propósito. Levanté la cabeza y allí estaba la reina de Egipto, con los ojos impregnados en lágrimas y un semblante pletórico de felicidad.

—Mi amado esposo, Horus está contigo. Siempre lo ha estado.

Supe en ese momento que la efigie no se quedaría en aquel lugar como guardián de la capilla. Ya había cumplido su cometido y ahora tenía que estar con nosotros, allá donde estuviéramos, impregnándonos con su presencia de la grandeza y el poder de Egipto. Neti me pasó una pequeña bandolera. Llevaba agua y dos potentes linternas. También me entregó el cartucho de cuero rojizo. La ayudé a bajar y penetramos en la pequeña cámara; un agradable escalofrió me recorrió por toda la columna vertebral. Los haces de luz de las linternas iluminaron el largo y pedregoso corredor que daba acceso al Sanctasanctórum. Llegamos hasta la rampa, y aún permanecían en vivos colores la representación de la batalla entre Horus y Sethén. El tiempo parecía no haber pasado para esas pinturas.

Recorrimos lentamente la pendiente que descendía hasta la capilla, bañando nuestros ojos con la belleza que se dibujaba en unas paredes que parecían recién pintadas. Doblamos la esquina, y los haces de luz bailaban por todo el recinto hasta detenerse en la réplica en miniatura del templo de Hatshepsut. Sobre ella, el metal de las espadas refulgía con irisados colores; una más que la otra. Estaban rodeadas por algo casi transparente. Me acerqué, y vi de qué se trataba. Era la piel de la enorme cobra que en una de sus mudas había decidido hacerlo alrededor de las espadas. Quizás presintiera una muerte cercana y quiso que así su presencia perduraría con el paso de los años, continuando como fiel guardiana en el recinto donde nació con la única misión de proteger los metales que siempre había estado custodiando. De las paredes del recinto aún pendían las lamparillas que Menaret se encargaba de rellenar con aceite para iluminar el sagrado lugar.

Un sigiloso movimiento me hizo direccionar el haz hasta la esquina de cámara. Allí estaban los dos reptiles que nos habían recibido en el exterior, recogiéndose y formando un círculo con las cabezas apoyadas sobre su cuerpo. Parecían estar sumiéndose en un

profundo sueño.

—Neti, te cedo los honores.

Indiqué con una mano las espadas, mientras le entregaba el cartucho en un acto casi ceremonial. Sin tocar con los pies la réplica del templo, cogió la primera espada sin ningún problema. Con la segunda, apoyó la mano en la terraza inferior y estiró su cuerpo para asirla por la empuñadura. Portaba la piedra que yo mismo inserté en presencia de Menaret.

Neti la acarició antes de introducirla en el cartucho junto a la otra y la alzó como retando al sombrío Sethén.

—Horus —recitó con solemnidad—, Rey de reyes, Padre de todos los faraones. En mi mano porto la espada que engrandeció Egipto, forjada con el metal del trono de Amón. Se la entrego al último guardián —me miró con una ligera inclinación de cabeza—. Al igual que yo, él nació para servirte y cumplir con tus propósitos. Que este nuevo mundo conozca la grandeza de los dioses, el poder que encierra este metal y la manera que entregaste tu vida terrenal para concebir un hermoso imperio.

La introdujo lentamente en el cartucho. Cerró la tapa, anudando dos finas tiras de piel y me lo entregó. Todo parecía pertenecer a un ritual ensayado con anterioridad, sin embargo, Neti sabía hacer que esos momentos fueran mágicos y cargados con una inusitada sutileza. Nos sentamos, apoyando la espalda contra la pared. Nuestras palabras evocaron aquel lugar en su época de esplendor, a Menaret, a Ankhes, la hija de su vientre pero instruida y amada por Nefertiti desde la más tierna niñez. Nuestros cuerpos se unieron en una salvaje y delicada pasión; una entrega de amor en aquel recinto fascinante y milenario, una fusión que envolvía la añoranza de la otra época y el deleite de la actual.

Neti se levantó del suelo con el brío de la fresca juventud, se sacudió el polvo adherido a su ropa y me tendió la mano con una cristalina mirada en sus ojos.

Desde que cruzó la puerta del tiempo parecía haber rejuvenecido por fuera y por dentro.

—¿Cuándo nos vamos? El Templo de los Sabios te espera...

Sin terminar de levantarme, quedé paralizado por sus palabras.

—¿A qué te refieres? —la miré con asombro.

Hizo un ademán de indiferencia, meneó la cabeza y comenzó a

sacudirme la túnica.

—Fue el Oráculo quien me lo dijo. Una mañana, cuando fui a asearte mientras estabas postrado en el camastro, un día antes de tu despertar, Huni se sentó a mi lado y comenzamos a hablar de ti. Te cogió cariño, Nafer. Cada vez que mencionaba tu nombre sus ojos se humedecían sin poder evitarlo; tampoco hizo ademán por ocultar sus sentimientos. Tras un largo silencio me miró fijamente al tiempo que tomó mis manos entre las suyas. «Pronto se irá», me dijo, «aunque siempre estará contigo». No supe interpretar sus palabras porque un llanto ahogaba todos mis sentidos. Ahora las comprendo. Él sabía que tú y yo estaríamos siempre juntos, que el viaje no lo ibas a hacer solo. Jamás lo hubiera permitido —sonrió con cierta picardía—. También dijo: «Cuando recoja las espadas para mostrárselas al mundo, tendrá que ultimar el propósito de los dioses en el Templo de los Sabios, depositando el engranaje que hace mover la maquinaria de la fe. Ese templo es poder de fuerza y sabiduría».

Asentí lentamente.

—Sé dónde tenemos que ir ahora —afirmé—, pero desconozco lo que el destino me tenga preparado…

—Y eso… ¿te preocupa?

—No —aseguré—. Aunque… ahora recuerdo. En una conversación que mantuve con Horus, allá en Arum, habló algo sobre un Templo de los Sabios, sin embargo no lo atribuí al propósito que me había encomendado. Pensé que se trataba de una argumentación respecto a la fe, pero veo que hay algo más. En fin, acabemos con este… juego de los dioses.

Al salir del santuario de Horus la noche había comenzado a acaparar la bóveda celeste. El clima, cálido en comparación con el de la capilla, traía la humedad del Nilo y el olor a tierra fresca. Con unas cuantas ramas entrelazadas hicimos una rejilla para colocarla en la entrada y evitar que la tierra entrara en la capilla. Cubrimos el agujero, y todo quedó tal y como había estado durante cientos de años, solamente asomando aquella piedra que el tiempo se encargaría de cubrirla con una pátina de fino musgo.

Volvimos al todoterreno, oculto tras los arboles en aquel paraje casi desértico. El viaje de vuelta a Luxor lo hicimos sin apenas enterarnos. Kilometro a kilometro, experimentamos el gozo de

haber vuelto a aquel lugar. Aunque Kiya y la princesa seguían invadiendo nuestros pensamientos con total preocupación, sin poder encontrar una lógica a su desaparición, Menaret fue la palabra más repetida en las diferentes conversaciones a bordo del *Land Cruiser*. Menaret esto, Menaret lo otro. Aquella mujer que tanto había ahondado en mi interior y aportado a Nefertiti con la entrega de su hija Ankhes, supo hacerse un hueco en nuestras vidas.

Su recuerdo jamás morirá en nosotros.

—Estaba preocupada por vosotros —dijo, alzando las cejas—. Os esperaba para la hora del almuerzo...

Me acerqué a ella, besando su mejilla con un sonoro beso. Me recordaba a mi madre, siempre queriendo estar pendiente de mis movimientos y preocupándose por mi estado, ya fuera físico o psicológico.

A la mañana siguiente, poco antes del alba, tomamos la carretera con dirección a El Cairo. Neti me obligó en más de una ocasión a detener el vehículo para observar el terreno cercano y el horizonte. Siempre había algo que recordaba su paso por esos parajes. En múltiples trayectos hacia el norte de Egipto, ya fuera por motivos políticos, religiosos o personales, siempre memorizaba desde la cubierta de la barca real toda la belleza que se desplegaba a ambas orillas del Nilo. Como buena fisonomista fue situando a uno y otro lado de la carretera, capillas y estatuas que la mano del hombre había esculpido para honrar a los dioses, algunas ya desaparecidas por el paso de los años.

Tell El Amarna, o la antigua ciudad de Ajetatón, fue la parada oficial del viaje para dedicarle unas horas. Tras cruzar el *Toyota* en un viejo Ferry a la otra orilla del río, Neti no pudo reprimir un halo de felicidad y nostalgia en su rostro. No era fácil, pero a través de su mirada, guiada en todo momento por el dedo índice, supo plasmar la amplia avenida, el puerto con sus pilonos de bienvenida, la zona de los artesanos, el cuartel militar etc.

—¡Nafer, mira allí! El palacio ¿te acuerdas? Bajo la sombra de un sicomoro fue donde te vi por primera vez, aunque Kiya ya me

había hablado de ti...

Asentí con una sonrisa por el recuerdo.

—¿Qué será de Kiya y la princesa? ¿Adónde habrán ido tras cruzar la puerta?

—Siento que están bien —dijo sin apartar la mirada de los vestigios de la ciudad. Me miró y señaló su corazón con la mano—. Están aquí, palpitando junto al mío. Eso es señal de que están bien.

Sentí un impulso irrefrenable de adentrarme en el desierto; un recuerdo que parecía querer tomar vida en lo más profundo de mi ser. A lomos del todoterreno volví a emular las cuantiosas carreras que Tut y yo solíamos hacer por ese mismo paraje. Con las escasas referencias que quedaban de la ciudad, llegamos hasta el punto donde Nemut impactó una flecha en mi espalda. Me llevé la mano a la herida. Aún se apreciaba el desnivel del terreno, la colina donde la guardia estaba apostada sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor, y el lugar donde estaban situados los bultos de paja con la diana en el centro para practicar el tiro con arco.

El silencio y una ligera brisa nos acompañaron en un melancólico paseo que, unidos de la mano, fuimos levantando con nuestros recuerdos cada uno de los edificios que antaño había plasmado el sueño del faraón Akhenatón: la ciudad del sol, de Ra. Un momento en la historia que de no ser por Nefertiti, que supo agarrar las riendas a tiempo, Egipto se habría desbocado en manos de unos cuántos mandatarios, ávidos de un poder que solo el faraón era capaz de controlar. Ella supo mantener la templanza necesaria para evitar un desorden político, económico y religioso.

Tras pasar la noche en un pequeño hostal de Tell El Amarna, un añil amanecer nos sorprendió camino a El Cairo. Neti, desde el asiento del todoterreno, disfrutaba de un paisaje que iba naciendo a nuestro paso, casi siempre con un Nilo que descendía relajado a la derecha de la carretera.

Ya se podía apreciar la pirámide escalonada de Saqqara, y a lo lejos, sus imponentes hermanas de Giza, altivas ante un mundo que las observaba como un regalo de los dioses.

—La primera pirámide... —su voz era un susurro de alegría—. ¿Sabías que fue Imhotep, arquitecto y astrónomo en el reinado del faraón Zoser quien construyó esa maravilla?

Asentí. Ya habíamos hablado en alguna otra ocasión sobre

Imhotep. Neti sentía fascinación por él desde niña. Decía que los dioses le habían regalado grandes dotes para ponerlos al servicio de Egipto, no solamente en la arquitectura, sino interpretando las estrellas y curando a los enfermos.

Accioné el climatizador. Los fulgurantes rayos del sol ya penetraban con fuerza a través del parabrisas del *Toyota*. Aún era temprano, y mientras avanzábamos por la carretera, Neti miraba indistintamente a la pirámide escalonada que se situaba a nuestra izquierda, y a un pueblo a la derecha.

—¡Men-Nefer! Cuántos recuerdos...

Su voz fue un susurro, exhalando lentamente el aire de sus pulmones. Menfis, el corazón del antiguo Egipto, la ciudad más importante del país hasta que Tebas la sucedió como capital. Ahora, donde sus ruinas emergen para ser visitadas por miles de turistas, se encuentra el pueblo de Mit Rahina. Como ocurrió en Tell El Amarna con las ruinas de la ciudad de Ajetatón, no pude reprimir el deseo de acercarme hasta Mit Rahina y conceder a Neti el placer de revivir sus recuerdos. Entre la pobreza del lugar, donde la gente humilde se sentía orgullosa de sus antepasados y su museo, aún se podían sentir los efluvios de lo que en su día fue centro religioso y administrativo del imperio. Nos acercamos a un museo al aire libre, donde en la actualidad los únicos monumentos que se conservaban eran los restos de los templos de Ptah y Hathor, y unas cuantas esfinges, sarcófagos, vasijas y pequeñas estatuas.

Absorbiendo con la mirada en nuestro lento caminar por el jardín donde emergían las reliquias del pasado, entramos en un edificio con una sala rectangular. Tumbada, una imponente estatua de Ramsés II de unos diez metros de largo parecía proteger los vestigios de la grandeza de Menfis. Unas escaleras permitían ascender a un pasillo que rodeaba el edificio para contemplar en toda su grandeza la efigie del faraón.

Neti se quedó perpleja al observar el rostro del coloso.

—¿Nemut?

Sonreí. Las facciones de la estatua se asemejaban a las de mi buen amigo Nemut.

—No, es su nieto: Ramsés II.

Esbozó una melancólica sonrisa, asiéndome el brazo y apoyando su rostro en mi hombro. Conocía la descendencia de Nemut y Merit.

En ese momento supe que durante mucho tiempo había ignorado decir algo a Neti. Algo que podía herir sus sentimientos, aunque no lo podía ocultar mucho más, ya que tarde o temprano lo llegaría a saber. Se trataba de la temprana muerte del faraón Tutankamón. Ese niño-hombre al que adoraba desde su más tierna infancia, el hijo de Kiya, la joven que encontró exhausta en la orilla del Nilo, después de que unos desalmados quisieron abusar de ella.

—Neti, hay algo que quiero decirte. Algo que he ocultado para no herir tu corazón.

—¿De qué se trata?

Aún continuaba con la melancólica sonrisa en sus labios.

—De Tut —dije, mirando el coloso que yacía a nuestros pies—. De la temprana muerte de Tut.

—Lo sé.

Me quedé sin habla. ¿Cómo podía saberlo, si jamás habíamos hablado del tema?

—Cómo...

Me silenció con un beso en los labios.

—No es difícil sacar esa conclusión —hizo un pícaro gesto de indiferencia—. Siempre que hemos hablado sobre la muerte de los personajes más relevantes de Egipto, tú has omitido hablar sobre Tut. Sé que a veces lo has intentado, pero algo te frenaba. Y lo entiendo, era... es tu hermano.

Una pareja de mediana edad nos interrumpió. Querían que les hiciera una foto con el fondo del postrado Ramsés a sus pies. Parecía estar dormido a la espera de que los dioses le concedieran vida en su pétreo organismo, y despertar de una postura aletargada durante más de tres mil años. La pareja reflejaba en su mirada la ilusión de sentirse inmortalizados junto a la enorme estatua de un faraón que supo engalanar las riberas del Nilo.

Tras devolver la cámara fotográfica con un apretón de manos, me dirigí a Neti.

—¿Y solo por eso lo has deducido?

Negó con la cabeza.

—Por eso y, porque desde que cruzamos la puerta, todas las imágenes que he visto en Luxor sobre Tut, muestran un rostro adolescente. Un rostro que jamás llegó a envejecer...

Me quitó un peso de encima.

XXII

Antes de visitarlo, tenía que cumplir con uno de mis propósitos.

Cruzamos el puente en dirección a la avenida de la pirámides, y a unos dos interminables kilómetros, justo al lado de un café colmado de gente que desayunaba en las mesas de la terraza, giré a la derecha para meternos en una tranquila calle que nada tenía que ver con el bullicio de la larga avenida. Aparqué el *Toyota* frente a aquel edificio que me traía buenos recuerdos. De construcción moderna, era toda una institución que carecía de identidad desde el exterior, sin embargo poseía una gran riqueza de información arqueológica en su interior. Fue allí donde se puede decir que comenzó mi gran aventura; el contacto con el profesor Ricardo Williams Heredia: la persona que me mostró el lugar para cruzar la puerta.

Cogí el cartucho con las espadas, la mochila con la pirámide de la que jamás me separaba y fue entonces cuando un ligero nerviosismo, mezcla de ansiedad y alegría, hizo que Neti me mirara de esa forma especial que solo ella sabía hacer. Se había percatado de mi estado anímico.

Nos detuvimos frente a la puerta. Era metálica, con imitación a madera de cedro. Por fuera parecía sencilla, sin embargo, recordé que era una puerta acorazada. Todo un muro de contención que poseía un sistema electrónico de seguridad que la hacía prácticamente infranqueable ante cualquier intrusión no deseada.

No quise llamar al timbre y golpeé con los nudillos. Nada, no hubo respuesta. Pensé que Ricardo no se hallaba en su interior, que tal vez estuviera inmerso en alguna aventura, en su casa de Madrid o profesando alguna de sus amenas clases en la universidad. Volví a golpear, esta vez con más intensidad. Un zumbido eléctrico, seguido de un clic, hizo que la puerta se abriera. En el recibidor, escuchamos unas palabras en árabe. A continuación habló en español.

—Peter, ¿eres tú? Déjalo sobre la mesa de entrada. Gracias.

Su voz era inconfundible. Entreabrí la puerta que daba acceso al taller y allí estaba él, sentado de espaldas a nosotros, frente a una mesa atiborrada de documentos y algunos objetos y figurillas de piedra o metal.

—Ricardo...

Neti observaba con admiración todo el taller. El profesor, que estaba observando algo a través de una enorme lupa con luz, sujeta con un flexo a la mesa, dejo el objeto como si se le hubiera caído de las manos y su espalda se tornó rígida.

—Ricardo, soy yo...

No se giró. Parecía temer que al darse la vuelta se pudiera encontrar con algún fantasma de su pasado.

—He guardado silencio, Nafer.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar ese nombre de sus labios. La reina de Egipto apretó mi mano con un mohín de añoranza en su rostro. Una lánguida tensión se apoderó del local. Casi se podía palpar.

—Gracias... —fue lo único que pude decir.

El profesor fue moviendo su silla giratoria hasta que nuestros ojos se encontraron durante unos segundos. Fue como un ritual antes de que él comenzara a hablar con palabras casi ahogadas, lentas, pero remarcando cada una de las silabas con una vibrante entonación.

—«Ricardo, la espada de Horus llegará a tus manos. Tan solo te pido silencio. Pronto nos veremos. Fernando. Nafer. Un amigo». Por ti he guardado silencio, mi joven amigo. Solo porque tú me lo pediste —hizo una pequeña pausa mientras miraba a Neti—. Poco después de tu partida hacia Luxor, pude descifrar este mensaje que estaba en la parte inferior de uno de los papiros. Me dije una y otra

vez que mis ojos no me estaban engañando, que no era fruto de mi imaginación, que era real. ¿No es así, Fernando? Dime que todo esto es real.

—Claro que sí. Todo es real, profesor. Tan real como que estamos aquí los tres: tú, mi esposa Neti y yo.

—¿Tu esposa? No me dijiste que estuvieras...

—No —le interrumpí—. Es una larga historia.

—¿Nos conocemos? —Ricardo puso cara de perplejidad, como si estuviera buscando en su mente a alguien que se pudiera asemejar con la reina de Egipto—. ¿Te conozco? Tu rostro me es familiar. Pero... en fin. Eres tan bella que seguramente causarás siempre esa sensación.

Neti sonrió ante su agradable y sutil piropo.

—Mi esposo me ha hablado tanto de ti, que es como si ya te conociera.

El profesor se levantó de la silla, se acercó hasta nosotros y plasmó un sonoro beso en cada mejilla de Neti. Me estrechó entre sus brazos y pude sentir la jovial fuerza que recorría por sus músculos. De nuevo observó a Neti, escrutando cada centímetro de su límpido rostro. Con un gesto casi infantil a la vez que intrigante, colocó un dedo debajo de su barbilla, haciendo que elevara unos centímetros la cabeza.

—¡Es increíble! —exclamó con los ojos bien abiertos—. Ya decía que me resultabas familiar. Tu parecido es... sorprendente.

—¿Con quién? —pregunté en ese arcano juego que había iniciado Ricardo, siendo todo un maestro en crear ambientes donde se combinaban el misterio con un halo de tensión.

Se dirigió hasta el fondo de la sala, abriendo la única vitrina que tenía cerrada con llave; Aquella en la que se podía leer una inscripción pirograbada sobre su oscura madera: *Uetyeset-Heru*, «El lugar donde Horus es alabado». Colocó sobre el armario unos objetos para poder acceder a lo que estaba buscando. Era meticuloso en cada movimiento, como si estuviera manipulando un cristal de extrema fragilidad. Por fin sacó lo que parecía ser una caja envuelta en una fina tela, depositándola con esmerado cuidado sobre una mesa.

Lentamente la desenvolvió.

«Por todos los dioses, no puede ser la misma». Estaba lejos para

apreciarla con detalle, incluso Neti se sobresaltó al verla. Nos acercamos hasta la mesa, disimulando un rubor que comenzó a hacerse latente en nuestros rostros; un rubor de incredulidad y admiración.

—Ya perdonareis, pero su parecido es tan grande que no me puedo negar a mostrárosla.

Antes de que el profesor abriera la caja, Neti la acarició como si fuera la suave piel de un bebé. Ricardo contempló esa fusión con una sonrisa. Era la misma caja fabricada en madera de azufaifo con todas las incrustaciones de cristal y aquellos bellos dibujos que representaban al dios Horus y a su madre, la Gran Maga Isis. Era la caja que perteneció a Menaret, la misma que nos hizo entregar a Merit, su hija, con todos aquellos utensilios de medicina que había preparado para ella.

—¿Dónde has conseguido esta maravilla? Preguntó Neti.

El profesor se irguió, quitándose las gafas y mirándonos a través de sus azules ojos con el orgullo de tener ese preciado objeto entre sus pertenencias arqueológicas.

—Bueno, lo mío me costó, pero mereció la pena ¿no es así? —Hizo una pequeña pausa—. Fue en una excavación al norte de Edfú, hará ya veinte... no, veintidós años. Sabía que por allí se libró la disputa entre Horus y Sethén, aclamada por los miles de guerreros de los dos bandos. Cerca de unas vías de tren, una corazonada me impulsó a excavar entre los vestigios de una antigua vivienda egipcia con los cimientos de piedra. Pensé en su momento que se trataba de una familia de buena posición, ya sabéis, no cualquiera se podía permitir el tener unos cimientos así. En fin —meneó la cabeza, mordisqueando la varilla de las gafas—. Primero encontré algún utensilio metálico. Están en el museo y por lo visto debieron pertenecer a alguien que se dedicaba a la medicina. Pero esto —señaló la caja—, esto estaba protegido en un hueco donde no penetró la tierra con el paso de los años. Estaba entre restos de plantas que hicieron el efecto de burbuja, impermeabilizándola de cualquier bicho o agente que pudiera carcomer la madera. Estaba intacta, tal y como la veis aquí, incluso con esta tela que también la protegía.

Neti continuaba acariciando cada incrustación y dibujo de la caja. Coloqué una mano sobre el hombro de Ricardo.

—Estuviste cerca, muy cerca.

Se sobresaltó, apretándome el brazo con fuerza.

—¡De qué! Dime Fernando, acaso...

—Sí —le corté—, pero luego hablaremos de ello.

Se volvió a colocar las gafas sin dejar de mirarme. Asintió levemente y apretó sus labios.

—Bien, bien... Si he esperado tantos años para saberlo, unos minutos no podrán deshacer el encanto —se frotó las manos. Estaba saboreando cada décima de segundo, cada inhalación que respiraba en aquella sala que le había cobijado durante tantos años. Volvió a mirar a Neti—. Ahora comprenderás por qué me resultas tan familiar.

Abrió la caja. Dentro se apreciaba un objeto envuelto en tela de lino. Quitó el envoltorio y apareció un rostro. Neti casi lloró de emoción cuando el profesor lo puso en sus manos.

—¿Quién es? —Se hizo la disimulada—. Sí que es verdad que tengo un parecido... Aunque... bueno, los ojos, el mentón. No, no me parezco tanto...

—Yo diría que sí —fruncí las cejas con una pícara sonrisa—. ¿No serás descendiente de la alta nobleza del antiguo Egipto?

Fue suficiente para romper la tensión que se había creado en torno a la máscara. Los dos sabíamos que era ella, pero no quién la fabricó. Tampoco sabíamos cómo había llegado esa caja de nuevo a las manos de Menaret. El rostro estaba fabricado en caliza policromada, conservando intactos todos los colores. Pensé que quizás fue Tutmosis, el escultor que había hecho celebre el rostro de Nefertiti y que ahora se encontraba en el museo egipcio de Berlín, pero no, no tenía la vida que el escultor acostumbraba a plasmar en sus trabajos. «¿Quién pudo haber sido?».

De repente, como una fugaz ráfaga de imágenes, vino a mi memoria el tímido y bonachón marido de Menaret. Aquel hombre que poseía unas habilidosas manos para la artesanía, disfrutaba con un pedazo de madera entre sus manos y pequeñas herramientas que él mismo elaboraba. Recordé la singular flauta que fabricó para su hija Merit, incluso alguna pequeña talla de madera con representaciones de animales y deidades, que Menaret exponía orgullosa junto a las cremas y ungüentos que guardaba en las estanterías de la cocina. Tuvo que ser él, aunque apenas la vio en

dos o tres ocasiones como para memorizar el rostro de Neti y tallarlo tan a la perfección. Seguro que detrás estaban las manos de Menaret, o mejor dicho, las palabras que iban guiando la mano de su marido en cada milímetro que desgastaba a la madera.

—Pero eso no es todo —continuó Ricardo—. Debajo de la máscara, como si esta fuera un talismán protector, encontré esto.

De una tela de algodón surgió un brillante collar de oro con piedras de lapislázuli, cornalina, amatista y turquesa. En el centro de la pedrería, un *Udyat*: el ojo del dios Horus. Era el collar que Nefertiti regaló a Menaret. Nunca lo vendió, siempre lo tuvo a su lado. Pasó un buen tiempo de penurias económicas, sin embargo, prefirió profesar poco a poco el arte de la medicina y salir a flote por sí sola, a tener que vender algo que le había regalado Nefertiti, la reina que educó a la hija que llevó en su vientre: Ankhes, la reina de Egipto y esposa del faraón Tutankamón.

Hubo un momento de silencio. El tiempo parecía haberse detenido en aquel taller, cada uno sumido en un mutismo ante los recuerdos que provenían de aquel collar que Neti acariciaba entre sus manos.

—Ricardo, tu instinto te guio al lugar exacto, pero... era mi cometido el hacerte entrega de esto que Horus quiere que tengas.

Coloqué el largo cartucho sobre la mesa. Solo una palabra salió de sus labios antes de colocar las manos sobre el cartucho sin atreverse a quitar la tapa y ver su interior:

—¿Horus...?

—Sí. Él quiere que el mundo conozca la verdad sobre estos metales. Quiere que todos sepan cómo se forjó el imperio de los dioses, cómo se abolió el mal para reinar el bien. Horus fue el caudillo de una nueva nación y el padre de todos los faraones. Quiere que el mundo sepa lo qué ocurrió, y por eso, te ha asignado para promulgar sus palabras y mostrar al mundo estas espadas, la suya y la de su hermano Sethén. No me preguntes por qué estás involucrado en todo esto, pero así lo ha querido Horus. En serio, Ricardo, no lo sé. Solo soy un simple mensajero...

El profesor era la única persona que sabía de mi viaje a través del tiempo. Quise que solo él lo supiera y se lo dejé bien claro en el mensaje. Sabía que era el único que podía llegar a comprender lo qué me ocurrió; un viaje que me trasladó al tiempo de los faraones.

La conexión que había tenido con él era escasa, aunque suficiente. Intuí que su vida se había nutrido de complejos y arcanos paradigmas, haciendo que viera más allá del horizonte que miramos la mayoría de los mortales.

Hice los honores de abrir la tapa del cartucho y deslizarlo sobre la mesa, dejando a la vista las dos espadas. Por un momento, la fuerza de sus músculos flaqueó. Se apoyó en la mesa al tiempo que lo pude sujetar de las axilas. Pareció evadirse de sí mismo durante unos segundos, como si se hubiera fusionado con los metales que tenía sobre la mesa y entrar en su universo interior para saborear ese tan ansiado momento.

—Por fin…

Las lágrimas brotaron de sus ojos al tiempo que asía la empuñadura de la espada de Horus. Sus manos fibrosas, expertas en acariciar obras de arte arqueológicas, se deslizaban por la hoja con mimo y suavidad. La otra, a su lado, parecía un metal carente de fuerza, como si se pudiera desmigajar en millones de partículas de un momento a otro. La alzó, sintiendo toda su magnificencia. En ese momento el profesor pareció recobrar toda la energía que hacía un momento se le había esfumado.

—Sabía que la espera iba a merecer la pena —afirmé con satisfacción—, y sí, por fin han llegado a tus manos ¿Qué planes tienes para ellas?

Me miró con la vista perdida sin saber qué decir. Permaneció así unos segundos, hasta que poco a poco fue abriendo sus ojos con una expresión de sorpresa.

—¡El museo! El nuevo museo que se va a levantar a los pies de las pirámides —su voz sonó segura y firme—. Esta espada será la anfitriona, la que reciba al mundo entero y conozcan su poder…

Estaba pletórico de alegría. Habló del proyecto que las autoridades egipcias tenían para aliviar el sobrecargado y vetusto museo actual. Anunció que iba a ser el museo más grande del mundo, que gran parte de él se construirá bajo tierra para respetar el paisaje. En dos ocasiones le ofrecieron el puesto de director, pero él las rehusó, aduciendo que las responsabilidades que conlleva ese trabajo le apartarían de la vida que a él tanto le apasiona: enfrascarse en el estudio de cualquier pieza arqueológica que llegue a sus manos, o el ir y venir a su antojo en cualquier momento y a

cualquier lugar. Prefería sentir la libertad de escoger aquello que a él más le hacía sentirse vivo. Solo quería ser un arqueólogo de campo; un estudioso sin límite de tiempo; impartir clases de historia y perpetuar la memoria de aquellos que la hicieron. No, no podía sentarse tras la mesa de un despacho y ver cómo su vida se consumía entre documentos burocráticos.

Sabiendo Ricardo que durante los tres últimos años había estado en la época de los faraones, no hizo mención al respecto. Ni una pregunta. Supo que no era el momento, que solo tenía que escuchar mientras sentía el tacto del suave metal entre sus manos. Y así fue. Relaté palabra por palabra la conversación que para ese propósito mantuve con Horus en los jardines de Arum.

Así cumplí con el primero de mis cometidos.

Había llegado el momento de irnos, pero el profesor, con un educado gesto de respeto, tomó a Neti de la mano y se dirigieron hasta la mesa al lado de la vitrina. Cogió la caja de madera con la máscara y el collar, y se la entregó.

—Quiero que sea tuyo —se quitó las gafas y comenzó a mordisquear la varilla—. Te pertenece.

Mi corazón comenzó a palpitar con fuerza. El profesor no podía saber que estaba ante la reina de Egipto, Nefertiti. El «te pertenece», intuí que se trataba de un intercambio de regalos, de sentirse con la obligación y entregar algo que para él también tenía un gran valor. No quise desechar de mi mente la idea de que Ricardo parecía saber más de lo que yo imaginaba, pero… quizá había estudiado tanto su rostro a través dibujos, bustos o documentos, que no ponía en duda que estaba ante la reina. Sin embargo, sus disimulados gestos emulaban que tal solo era una mera y graciosa coincidencia. Lo que pensaría al respecto, quedó entre aquellas cuatro paredes que eran parte de su vida, de sus pensamientos.

Neti se sintió abrumada y confusa. No esperaba que de nuevo ese collar pudiera volver a sus manos, como si fuera la herencia que Menaret le tenía preparada para este lado del tiempo.

—No puedo…

El profesor asintió con una sonrisa.

—

Neti entrecerró los ojos, inclinando levemente la cabeza hacia abajo. Por lo visto Ricardo no estaba acostumbrado a ese gesto de gratitud, ya que su rostro se tornó entre una mezcla de incomprensión y orgullo.

—Gracias… Gracias por tu generoso regalo. Intentaré protegerlo y custodiarlo con el mismo esmero que lo has hecho tú. Gracias…

—También tengo algo pata ti —me miró con el semblante relajado.

Las sorpresas siempre habían surtido un extraño efecto en mí. Una súbita elevación de ansiedad, acompañada por un incontrolado hormigueo en todo el cuerpo, a punto estuvo de ocasionar un rubor en mi rostro. Se acercó a un arcón de madera labrada que estaba junto a las estanterías, al fondo del taller, sacó dos rollos envueltos en tela y me los entregó.

—¿Qué es esto? —Acerté a preguntar ante la curiosidad que me asaltaba.

Frunció las cejas, negó y extendió los brazos.

—No lo sé, pero… es para ti —quitó la tela y desenrolló uno de los papiros. Estaban en perfecto estado de conservación—. Junto con los papiros, del cual en uno de ellos recibí tu mensaje a través del tiempo, se hallaban estos dos. No me digas cómo, pero aún parecen recién escritos. Quizá la tela… no lo sé. Pero de lo que si estoy seguro es que van dirigidos a ti en esos extraños signos que son incomprensibles para mí —meneó la cabeza, encogiéndose de hombros—. Solo una pequeña parte está escrita en jeroglíficos, mira —señaló la cabecera de uno de los dos papiros—. «La mano que escribe es el corazón de Huni. Los sentimientos en estas palabras, el fruto de mi vida. Mi legado, en la montaña de los dioses para ser recibido por ti, Nafer. Horemheb, hijo de Horus». ¿Entiendes algo de esta escritura tan extraña, tan…?

Asentí.

Lo miré casi con incredulidad. No podía ser. Horemheb había ido hasta el Oráculo, y de mano de este hizo escribir en el lenguaje de los dioses una carta para mí. Comencé a leer, pero algo me detuvo. No me atreví. Introduje los papiros en una pequeña caja de cartón, cerré los ojos, respiré hondo y decidí que el destino que tanto jugaba conmigo, fuera el responsable de buscar el momento y

el lugar para leerlos. Sabía que era algo de suma importancia, ya que el general no habría ido hasta allí para mandarme sus recuerdos, pero... «¿Cómo llegó a saber que caería en mis manos? Solo Huni tenía conocimiento del mensaje que mandé a Ricardo...».

Neti y el profesor respetaron mi silencio cuando nos dirigíamos hacia la puerta. Necesitaba aire fresco y sentir la luz del sol. ¿Qué sabía Horemheb con respecto a nosotros? ¿Había llegado a saber que hicimos un largo viaje en el futuro y que no encontramos a su amada Kiya?

«Oh Kiya ¿dónde estás...?».

Miré a ambos lados de la calle, como si los dioses hubieran escuchado mi plegaria y la hicieran aparecer con la pequeña princesa en sus brazos. Neti captaba en mi mutismo el dolor de no poder encontrarlas, de la impotencia que se había apoderado de mí por no saber dónde estaban. «Los dioses las protegen», me decía a mi mismo una y otra vez para evitar que mis pensamientos se nublaran por sentirme responsable de su desaparición, por haberle entregado el amuleto para que cruzara la puerta y permitir que esa montaña la engullera para el resto de sus días. No podía dejar de pensar que algo había salido mal, consolándome que tal vez se hubieran quedado en su tiempo.

«Quizás sea eso lo que el general me quiere decir, que había vuelto a sus brazos, que la hija de Tut y Ankhes se está convirtiendo en una bella princesa, que todo ha vuelto a la normalidad y han eliminado la mano negra que intentaba asesinarlos...».

El sol se había convertido en testigo de mis cavilaciones, sujetando con fuerza la caja que contenía los papiros de Horemheb. Comimos en el mismo restaurante que tres años atrás se había convertido para mí en un aula de historia donde el profesor me introdujo en el autentico mundo de Horus, en aquel que me preparó para tener una visión diferente del antiguo Egipto y las divinidades que vivían en el corazón de los egipcios. Aún, detrás de la barra del bar, pegado sobre un enorme espejo, resaltaba esplendido un ojo de Horus que Ricardo les había regalado: un ojo fabricado en cristal de color azul y negro que vigilaba el local desde lo alto, como un sacerdote que bendice la entrada, como un guardián que protege la clientela. Todo seguía igual. La despedida de Ricardo fue un «hasta la próxima», una promesa que di mi palabra de cumplir, un abrazo

cargado de energía, una sonrisa y pocas palabras. Alzó la mano cuando, ya en el todoterreno, nos sumergimos de nuevo en esa jungla de gente y edificios que se bañada por el sempiterno Nilo.

—Si Ricardo hubiera vivido en mi tiempo —comentó Neti, mientras acariciaba la caja que descansaba en su regazo—, habría llegado a ser un gran mandatario, o tal vez un Sumo Sacerdote, o porqué no, un hijo de Horus al mando de la nación, un faraón de penetrante mirada azul, corazón de guerrero y espíritu de protector.

Detenidos ante una pequeña verja que rodeaba el vergel de Tarik, vi a una niña de unos nueve o diez años que, protegiéndose bajo la sombra de un árbol, parecía estar haciendo los deberes escolares en el más absoluto silencio. Mordisqueaba el lápiz o lo hacía golpear con suaves toques contra el cuaderno, utilizando esos movimientos para concentrarse en lo que estaba haciendo.

—¿Zaina...?

Levantó la cabeza y sonrió. La genética de su madre ya despuntaba en unos bellos rasgos egipcios, culminados ante todo por sus grandes ojos color oscuro. Sin dar tiempo a que se levantara del césped donde estudiaba, la puerta de la vivienda se abrió. Era Tarik, con la cabeza totalmente rasurada y envuelto en una hermosa chilaba color azul que le confería cierta majestuosidad. Sin moverse bajo el dintel, se cubrió el rostro con las dos manos y fue deslizándolas por todo el cuero cabelludo.

—Fernando...

Rompió a llorar sin emitir sonido alguno. Las palabras parecieron ahogarse en sus propias lágrimas. Extendí los brazos.

—Tarik, mi pequeño gran amigo.

Abrí la pequeña puerta metálica de la verja y nuestras emociones se fundieron en un prolongado abrazo.

—¡Mamá, mamá! Ha venido. Fernando ha venido.

Zaina corrió hacia la puerta de la casa, hablando un perfecto español. Yasmin salió afuera, casi arrastrada por el brazo de su hija. No ocultó entre las manos sus bellos ojos vidriosos, al contrario, los realzó con una amplia sonrisa que se trazó en un rostro donde esos

tres años le habían dotado de una visible hermosura. Neti no pudo reprimir el llanto que le provocó esa familiar escena.

—Fernando —la voz te Tarik sonaba entrecortada—, perdóname. Te pido que me perdones.

Abracé su pesaroso rostro entre mis manos.

—No tengo nada de qué perdonarte, muy al contrario, tengo que agradecértelo todo. ¿Te has enterado, Tarik? Solo agradecimiento, así que no vuelvas a pedirme perdón. Es un gran honor volver a estar entre vosotros —un momento de silencio permitió aunar los sentimientos desperdigados en el interior de cada uno de nosotros —. Os presento a mi esposa: Neti.

Una lluvia de besos sonaron en aquel jardín, a los que se sumó Abdel Rahîm que en ese momento llegó con un balón entre sus manos. Yasmin aferró a Neti por el brazo, adentrándose en la casa y sin parar de hablar. Tarik volvió a pronunciar la palabra perdón y a querer darme explicaciones, pero le corté antes de que comenzara a sentirse más culpable.

—Cuando te llamé desde Luxor, sé que estuve frío. Frío y algo distante, lo sé. Solo quería saber cómo estabais. De mi ausencia durante todo este tiempo… es una larga historia que comencé con tu ayuda y por ello solo tengo gratitud hacia ti.

—Fernando, no solo mi perdón es por haberte dejado allí al amparo de vete tú a saber, es por…

De nuevo lo silencié, atrayéndolo hacia mí y frotando su rasurada cabeza. En ese momento vi algo que me paralizó, algo que me transportó a mi otro mundo, a ese que sentía añoranza cada minuto que pasaba. Un recuerdo afloró en mi mente, nítido, como si de nuevo estuviera en compañía de mi otra familia, sobre todo, al lado de Nemut el día que se rasuró la cabeza en la ciudad de Ajetatón, poco antes de partir hacia Tebas. Por aquel entonces era mi preso, un reo que llegó a convertirse en faraón: Ramsés, el primero de la larga estirpe ramésida.

Tarik poseía una marca de nacimiento parecida a la que vi en Nemut aquel día cuando se celebró la despedida de la ciudad del sol. Una marca en forma de lágrima. Meneé la cabeza, queriendo quitar de mis pensamientos algo que no tenía sentido, pero… algo hizo que me parara a reflexionar. «No puede ser, es una mera coincidencia. Cualquiera puede tener una marca similar» quise

quitármelo de la cabeza, pero me era imposible. Sin embargo, fue el rostro y templanza del abuelo de Tarik lo que avivaron mis pensamientos. Cuando lo vi, había algo en él que me recordaba a alguien. El primero que se me ocurrió fue Tarik, que por ser su nieto había heredado una genética que me resultaba familiar, pero no era eso. Ahora, ante mi pequeño amigo lo veía claro. Los rasgos que advertía en su abuelo no eran semejantes a él, sino a Nemut. La lágrima era una herencia genética que había perdurado generación tras generación. ¿Por qué no?

Junto con esa herencia genética iría implícito algún recuerdo, algo que a quien la poseyera, sintiera que sus antepasados hubieran engrandecido el poder de Egipto. Aún recuerdo cuando Tarik me dijo en aquel comedor del hotel Youssef, justo a mi llegada a Egipto: «Estoy convencido de que soy descendiente de uno de los cien hijos que tuvo Ramsés II, rey de reyes».

Pensé por aquel entonces que me había topado con un chiflado, con uno de esos que llevan tatuado en el pecho el nombre de algún faraón, intentando convencerse de que era descendiente directo. Pero… Tarik, su abuelo, Nemut. Eran demasiadas coincidencias como para negar algo que se mostraba evidente: una marca de nacimiento con forma de lágrima en el mismo lugar, justo detrás de la oreja derecha, oculta a la vista de todos por la parte superior del lóbulo.

Demasiada coincidencia para no ser verdad. La evidencia me estaba dando la razón, fraguándose ante la quimera de mi vida y delante de mis propios ojos. En esa tierra todo tenía un por qué mientras me iba adentrando en sus profundidades. En esa tierra, y en el tablero que los dioses jugaban en la pradera celestial.

—Toma, Tarik. Es una vieja tradición egipcia —se lo entregué, guiñándole un ojo y usando las mismas palabras que él utilizó tres años atrás—. Que allá donde tus pasos te guíen por los caminos de la luz, mi insignificante ofrenda te acompañe. Dentro hay algo también para Yasmin.

Se ruborizó mientras fue abriendo su regalo. Primero apareció

un anillo de oro que sujetaba una pulida piedra de amatista. El aro estaba adornado con diminutos pero legibles caracteres jeroglíficos. Yasmin lo engarzó en su dedo, elevando la mano como si quisiera mostrárselo a las estrellas.

—Yo... Fernando, Neti... Gracias.

Su timidez le confería un rostro infantil. No sabía dónde esconder una mirada cargada de entusiasmo. Neti la rodeó con sus brazos. Tarik continuó desenvolviendo la tela de lino, lentamente, saboreando cada expectante segundo antes de ver su regalo. Sin duda sabía de qué se trataba.

—¡Ohhhh! Fernando, no tenías... no merezco...

Su exclamación exhaló todo el aire de sus pulmones. Era un par de sandalias de cuero con aplicaciones de oro en forma de motas, salpicada con una bella decoración de flores aplicadas en la parte delantera.

—Pertenecieron al faraón Tutankamón, al igual que ese anillo a su esposa Ankhes-rieron, intentando aceptar la broma—. Es verdad, no me miréis así. Sería incapaz de mentiros con un tema como este. Además, tanto las sandalias como el anillo los portaron el faraón y su esposa en varios actos ceremoniales. Uno de ellos, el día que un valiente y leal guerrero de Tutankamón, llamado Nemut, se convirtió en jefe de los arqueros de todo Egipto. Hasta el viento dejó de susurrar para asistir en silencio a la ceremonia, permitiendo que solo se escuchara el clamor de los miles de guerreros que estaban en aquella extensa explanada. Ese mismo día también cambió de nombre, y fue el general Horemheb quien lo pronunció por primera vez. Su nuevo nombre, fue... Ramsés.

Miraron a Neti. Esta asintió con lentitud mientras las dibujadas sonrisas de sus rostros fueron difuminándose como una nube.

Tarik agitó la cabeza.

—¿Dónde has conseguido esa información? Jamás había oído hablar sobre ello —hizo una pausa, frunciendo el entrecejo y moviendo la cabeza hacia adelante—. ¿Cómo conoces tantos detalles?

Miré a Neti. No podía mentirles. Había llegado el momento de explicarle a Tarik dónde estuve cuando la puerta se cerró tras de mí sin dar señales durante tres años.

—Estuvimos allí. Mi esposa Neti y yo, estuvimos en aquella

ceremonia.

Tarik y Yasmin parecían estatuas silenciosas bajo aquella miríada de estrellas que colmaban la inmensa bóveda celeste. Omitiendo varios detalles, como la verdadera identidad de Neti o el viaje a Arum, y alguno más de carácter personal o sentimental, comencé a resumir la etapa más importante de mi vida: el encuentro con Tut cuando salí del largo y angosto túnel; la vida diaria con la familia real y el viaje a la ciudad de Ajetatón; el encuentro con el general Horemheb o el papel que desempeñó Jehuty para paliar los impuestos. Mi esposa corroboraba ilusionada cada recuerdo, cada momento que se iba despertando en mi memoria con el transcurso de las fechas narradas. Ella relataba incluso pequeños detalles que daban un aire diferente y gracioso, aportando una nueva visión a los hechos acaecidos a ambas orillas del fastuoso Nilo.

Sin emitir palabra, el rostro de Yasmin se contraía y dilataba en cada relato. Su mente parecía negarse a aceptar cuanto estaba escuchando, sin embargo, la luz y el brillo de sus ojos la delataban, inmersa en esas vivencias como si fuera participe de cada una de ellas. Al mencionar el intento de asesinato al faraón Tutankamón por parte de Nemut, Tarik ahogó un sollozo que le hizo humedecer sus ojos, como si de nuevo la herencia genética le hiciera sentir culpable de aquel hecho. Conforme transcurría la velada en la que tan solo las voces de Neti y la mía eran protagonistas, fui observando a mi pequeño amigo como nunca lo había hecho antes. La forma en la que de vez en cuando perdía la mirada en el horizonte, la posición de sus cejas cuando algo le impactaba, la sonrisa que siempre comenzaba elevando el labio superior derecho, pero, sobre todo, las manos. Manos de gran palmar y dedos de nudillos fuertes que desembocaban en unas relucientes uñas de base cuadrada. Eran las manos de un guerrero, la herencia que Nemut le había dejado a través de los tiempos.

Detuve la conversación, permitiendo que el silencio se encargara de asociar mis palabras en sus pensamientos. Si a mí me hubieran contado algo parecido, los habría tachado de locos, pero ellos no. Creyeron cada una de nuestras palabras, inmiscuyéndose con preguntas y sin apreciar en sus rostros un atisbo de incredulidad. Vi a Tarik tan diferente que no pude reprimir el impulso de revelarle

lo que mi intuición estaba elaborando.

—Tarik, hay algo que tengo que decirte…

—¿De qué se trata?

Se puso serio. No, no podía decírselo aún. Ya había tenido demasiadas emociones por un día. ¿Qué estaba pasando? No solo yo estaba implicado en todo ese maremágnum del destino. Tarik ¿Por qué Tarik? Tenía que estar confundido. Sería fruto de mi caprichosa y juguetona mente, haciendo realidad la eterna convicción de Tarik por creer y sentirse descendiente del gran faraón Ramsés. Aún me debatía entre la realidad y la fantasía.

«No te engañes, Fernando».

Había algo que desconocía en todo este asunto, pero Tarik, estaba claro que era una pieza que pertenecía al mismo tablero donde yo estaba, a ese que los dioses jugaban a su antojo y ahora mismo se estarían desternillando por leer mis pensamientos.

Me levanté, fui de nuevo a la habitación y volví con dos mochilas, depositándolas sobre la mesa.

—Tengo que irme por unos días, pero antes quisiera que me ayudaras con esto —abrí una de las mochilas y saqué algún pequeño lingote de oro y unas piedras preciosas—. Es el regalo que Tutankamón me tenía reservado para este lado de la puerta. Él sabía lo qué iba a ocurrir y no quería que viniéramos con las manos vacías. Estoy seguro de ello. Por cierto, tu hermano Hasani es un gran comerciante y nos ha sido de gran ayuda, al igual que toda tu familia.

Tarik pareció no inmutarse con lo que había sobre la mesa, como si fuera una rutina para él estar frente a semejante fortuna todos los días. Negó con la cabeza al tiempo que dejó mostrar su blanca dentadura.

—Sin ningún problema. Por cierto ¿cuándo te vas?

Neti colocó una mano sobre la mía y miró a Tarik.

—Nos vamos —anunció con un halo de excitación—. Nos iremos los dos.

—No hace falta que vengas —dije—. Es un viaje largo y seguramente aburrido. Estarás mejor aquí, en compañía de Yasmin y…

—Lo sé —los miró con una sonrisa—, pero tengo que ir contigo. Necesito estar a tu lado cuando cumplas el designio de Horus.

Asentí. De nuevo en sus caras noté una mueca de incomprensión.

—Hay asuntos que no puedo explicar, quizás porque no sepa cómo hacerlo. Mi salto en el tiempo no fue casual, pero sí personal. Mi vida siempre ha estado gobernada por esta tierra. No me digáis cómo, pero siempre ha sido así —guardé un momento se silencio—. Nos iremos mañana. Quiero terminar con todo esto cuanto antes y dejar satisfecho a Horus —miré hacia el firmamento y guiñé un ojo —. ¡Ah! Se me olvidaba. Neti carece de todo tipo de documentación. Quizás aquí no le haga falta si no nos detiene la policía, y aun así... pero para ir a mi tierra, el avión...

Tarik comenzó a reír.

—Déjalo todo de mi cuenta. Mañana por la mañana, antes de iros, solo necesito unas fotografías de Neti y sus huellas dactilares. Será cuestión de media hora. Luego os podréis marchar sin ningún problema, y a la vuelta, todo estará solucionado.

—Pero... ¿cómo...?

—Tranquilo, Fernando. Tengo unos cuantos amigos que acelerarán el proceso para que Neti sea ciudadana egipcia. ¿Qué te parece... mi hermana, mi hermanita pequeña? En cuanto a esto —señaló las mochilas—, dime cuánto quieres vender. Te aseguro que sacaré el mejor precio del mercado.

Jamás dudé de su valía como comerciante y negociador, al igual que de su honradez. Tarik era protagonista indiscutible en el camino de mi destino, la única persona a la cual podía depositar aquel tesoro en sus manos, sabiendo que estaba bajo la protección de los dioses. En las últimas horas había llegado a pensar que mi pequeño amigo egipcio era un acólito de Horus, un leal servidor con el cometido de guiar mis pasos y al mismo tiempo ser un buen amigo.

Coloqué mis manos sobre sus hombros, lo miré y asentí.

—Estoy seguro de ello, aunque no sé como lo vas a... Bueno, mejor me callo y lo dejo en tus manos. Tan solo nos quedaremos alguna pieza de recuerdo, el resto, lo puedes vender.

—Cuando regreséis estará la documentación de Neti y una cuenta a tu nombre en el banco internacional de Egipto.

Se retiraron a su habitación. Neti advirtió que deseaba quedarme en aquella terraza, a su lado, escuchando el hipnotizador

murmullo que las aguas del Nilo vertían en mis oídos. La conversación que habíamos mantenido aquella noche nos transportó a los tiempos de la grandeza de Egipto, permitiendo que los henchidos recuerdos de esa época se encargaran de rubricar el mutismo en el que Neti y yo nos habíamos sumido sobre las mullidas hamacas en aquella terraza, testigo de transmitir nuestros íntimos secretos a Tarik y Yasmin.

Dormí poco, suficiente para descansar un cuerpo ametrallado por un enjambre de emociones donde mis sueños se veían alterados, como en otras noches, por recuerdos que se agolpaban de las dos épocas, de mis dos familias. Ardía en deseo de hablar con mi madre; escuchar su voz y romper el lamento de una preocupación por no dar señales de vida durante tres años; saber de mi padre, mis hermanas. Volver a ser el alumno de mi abuela ante sus siempre sabios consejos, incluso apoyar mi rostro en su regazo y dejar que sus manos acaricien mis cabellos.

Aún no podía. Sentía la obligación de liberarme de una responsabilidad impuesta por Horus, antes de reencontrarme con la vida que dejé. Era el cometido por el cual debía mi existencia, pero no lo concebía como una obligación, sino como un regalo. Me regía por las leyes de los obreros de Amón, por Osiris, Isis, por su hijo Horus; ese incansable capataz que construyó Arum para albergar la esencia de Egipto y controlar el enorme poder del ser Humano: la fe, esa que mantiene el equilibrio universal; esa fuerza canalizada por las pirámides horizontales, los campos que recogen su energía y la lanzan a través de las pirámides verticales hacia el firmamento donde los dioses se encargan de administrarla.

El engranaje de la maquinaria universal no podía parar y, como mis antecesores, tenía que desempeñar la misma labor que ellos hicieron, cada uno en su tiempo.

XXIII

Toyota, cuando me entregó la bandolera que deposité en sus manos tres años atrás en la capilla de Hathor del templo de Hatshepsut. Un guiño de ojo y un abrazo, fueron suficientes para poner rumbo a mi siguiente destino: el monasterio de Santa Catalina en el monte Sinaí. Podíamos haber hecho el viaje en un avión de la compañía Air Sinaí con destino a Sharm El Sheikh, ciudad situada en el extremo meridional de la península del Sinaí, sin embargo, decidí ir con el todoterreno para impregnarnos de la agreste y pétrea belleza donde Moisés recibió las tablas de la ley.

Una autopista de 130 kilómetros nos llevó desde El Cairo hasta Suez, ciudad que aproveché para llenar el depósito del *Land Cruiser* y dos bidones de reserva, imprescindible si la mayor parte de la ruta la teníamos que hacer por el desierto. Algún pequeño refrigerio, agua y por supuesto, la pirámide metálica que jamás me separaba de ella, indicaba que todo estaba preparado para adentrarnos en la península bañada por el mar rojo.

Cruzamos el túnel Ahmed Hamdi bajo el canal, percibiendo la árida visión que se extendía ante nosotros. El *Toyota* parecía disfrutar por aquellas carreteras bañadas de arena, acompañados por el aire salino del golfo de Suez que fue compañero infatigable en buena parte del trayecto. Comenzamos a ver escarpadas montañas que emergían a nuestra izquierda. Ahí comenzaba la serpenteante carretera, pasando por el oasis Wadi Firan que

marcaba la ruta de Santa Catalina.

Neti disfrutaba de aquella aridez, de las rocas desprendidas en las laderas junto a las palmeras y las sombras que estas nos proporcionaban cada vez que hacíamos un alto en el camino. Sonreía cuando veía pequeños rebaños de ovejas junto al pastor, o algún burro que parecía no inmutarse con nuestra presencia. Gozaba de aquel silencio y soledad.

—Para un momento, allí.

Me indicó con el dedo uno de los escasos vergeles del oasis, alfombrado de blanca arena donde emergían una veintena de palmeras protegidas por una alta pared rocosa. Faltaba poco para llegar al monasterio.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó—. ¿Sabes dónde tienes que ir, lo qué hacer?

Asentí.

—Sí a dónde tenemos que ir, pero lo qué hacer… —quedé pensativo, recordando las palabras del Oráculo—. Huni me dijo que todo estaba preparado para mi llegada. Luego, añadió: «Allá donde todas las religiones convergen en una sola unidad, donde las manos de Ra no acarician el Templo de los Sabios, golpearas con los nudillos de tu mano cinco veces el postigo. Sabrán que has llegado y te guiaran al lugar donde pocos han sido los privilegiados de estar, donde las palabras de Dios ante los profetas han sido esculpidas en los corazones de sus sirvientes».

—¿Qué significa?

Miré el mapa que descansaba en mis rodillas y calculé dónde nos hallábamos.

—El lugar adonde nos dirigimos, al Monasterio de Santa Catalina. Allí las divergencias en los fieles no existen; todas las religiones son una misma. Es un santuario cuya atmosfera está invadida por una profunda espiritualidad y paz, un amurallamiento que encierra la esencia de la sencillez. Así ha sido desde el siglo III donde anacoretas y ascetas se cobijaban en estas montañas para dedicarse en pleno al ejercicio espiritual —miré el horizonte, volví a consultar el mapa y señalé con la mano la lejanía de las montañas —. Por allí queda, ya estamos cerca.

Retomé la carretera, pensando en el Templo de los Sabios. Allí es donde según Huni culminaré el propósito de los dioses.

—¡Allí...!

Neti señaló el recinto amurallado del monasterio. Enclavado a la sombra de la montaña, se podía apreciar la poderosa fortificación que le permitió permanecer al margen de las grandes invasiones. El sol irradiaba un púrpura intenso tras las montañas, mezclado con un vivo azul turquesa que vestía el cielo, dejando que los últimos coletazos del día se llenaran de una belleza casi hipnotizadora, mística. El viento traía en sus suaves embestidas la tenue frescura del anochecer.

Aparqué el todoterreno al lado de unas tiendas de souvenirs. Aún había gente que adquiría los últimos recuerdos: camisetas, postales, abalorios o réplicas en miniatura del monasterio. Algunos rostros empapados de agotamiento indicaban que habían madrugado para ver el vello amanecer en lo alto de la montaña, junto a la capilla de la Santa Trinidad; todo un espectáculo que combina silencio, paz, luz y armonía.

Cogí la mochila y la bandolera que portaba la pirámide. Caminamos con el viento de cara que penetraba en la amplia garganta donde se encontraba el monasterio. Algún turista regazado aceleraba el paso para encontrarse con su grupo, bien para ir al hotel, o tomar el autobús y embarcarse hacia un nuevo destino. En el paseo nos fuimos quedando solos, disfrutando de aquella serenidad que desprendían las montañas bajo la bóveda celeste que se iba moteando de estrellas. Sentí que algo penetraba dentro de mí, algo familiar y cercano, algo que ya había experimentado antes en compañía de los que fueron reyes de Egipto. Sentí que alguien invadía y acariciaba mis pensamientos, mi vida. Sentí en toda su plenitud al que fue hombre para transmutarse en dios, a Horus, como en Arum, pasando su mano sobre mi hombro y escuchando las carcajadas que le provocaban mi torpeza y estupor. Lo sentí tan cerca que me dejé absorber por su abrazo.

Fue un momento sublime.

Conforme nos acercábamos al monasterio, noté que la pirámide comenzó a emitir una suave vibración. También Neti la notó, y supo que había empezado la última fase de la misión; aquella por la que se encontraba conmigo en aquel desértico paraje lleno de vida y poder en el corazón de las escarpadas montañas que nos rodeaban.

Allí estaba el monasterio de Santa Catalina, o monasterio de la

transfiguración, o también llamado monasterio de la zarza ardiente. Sus paredes, que se levantaban desde los ocho metros en la parte sur hasta los treinta y cinco en la norte, se alzaban como un reducto infranqueable a esas horas donde la luz escaseaba. Junto a la pequeña puerta de entrada, sentado en una silla detrás de una destartalada mesa, un beduino parecía dormir el sueño de su infancia, despreocupado y con las manos colgándole a punto de rozar el suelo. El sonido de nuestras pisadas entre la arenisca lo desveló, haciendo que se levantara. Por el atuendo no parecía militar, sino un portero al custodio de aquella pequeña puerta. Se aproximó hasta nosotros y, mezclando un incomprensible árabe con aspavientos insolentes, nos invitó a abandonar aquel lugar.

Me acerqué hasta él que se interponía ante la puerta. No estaba dispuesto a que nadie frenase mi camino, sobre todo si ello iba a dificultar lo que había ido a hacer allí. Con los brazos estirados y las palmas abiertas, se empecinaba en obstaculizar mi lento caminar. Temí que se pusiera a gritar y con ello alertara a más gente, haciendo que todo el encanto de aquella noche se desmoronara como un castillo de naipes. Mi única intención era la de llegar hasta la puerta, solamente eso. Continué avanzando. Él retrocedió hasta que su espalda rozó el postigo.

—Sé que no me entiendes, pero eso da igual. Solo quiero llamar ¿No tendrás la intención de cabrear a Horus...?

Continuó con los brazos estirados, colocando sus manos contra mi pecho. Bajó los brazos y en su rostro se dibujo un gesto de perplejidad.

—¿Hoooruuus?

Asentí. Por su cara de incomprensión parecía no entender cuál era mi intención; si tal vez era un despistado turista que había perdido el autobús, o un fanático con la intención de pernoctar dentro del monasterio para absorber su energía. Golpeé varias veces con un dedo mi pecho. Luego cerré el puño, haciendo ademán de golpear la puerta. El pobre hombre no sabía lo que hacer. Miró a los lados de soslayo, ladeó la cabeza y clavó su mirada en los ojos de Nefertiti. A continuación se llevó una mano al pecho y dejó mostrar una amplia sonrisa.

—Dios grande —afirmó el beduino en un español apenas entendible—. Horus grande...

Extendió una mano y me señaló la puerta. Me acerqué y cerré el puño. Entendí que me permitía llamar a la puerta. No supe por qué, pero la palabra Horus hizo un efecto en él que me sorprendió. Movió la cabeza, aún con el brazo extendido, casi rogándome para que golpeara en la madera. Sin dilación, los nudillos de mis dedos aporrearon con fuerza en la pequeña puerta.

Silencio. El beduino se sentó en su silla, ajeno a lo que pudiera ocurrir. Durante unos segundos que parecieron minutos no se escucho tan siquiera el aire que penetraba por aquella enorme garganta entre las montañas. Nada. Iba a volver a golpear de nuevo cuando se oyó que alguien manipulaba el viejo cerrojo de la puerta. Una vuelta de llave, otra, otra. Por fin, tras el chirrido de unos goznes oxidados se asomó el rostro de un monje sonriente, ataviado con una sotana negra hasta los pies. Era joven, no pasaría de los veinte años, dejando asomar una poblada barba que le cubría buena parte del rostro.

Me acerqué hasta él para saludarlo. Llevaba un candil que apenas iluminaba tres metros a la redonda. Lo levantó. Su agradable sonrisa se fue borrando lentamente, como si nuestra presencia allí le resultara incomoda. Vi que le temblaba la mano que sujetaba el farol, haciendo que la llama bailara hasta casi extinguirse. Bajó la vista y frotó sus ojos con una manga de la sotana. De nuevo volvió a mirarme; esta vez con un rostro donde se mezclaba un halo de incomprensión y pánico. Comenzó a asentir lentamente sin apartar la mirada de mis ojos, perlando su frente con diminutas gotas de un sudor que brillaba a la luz del farol.

—. ¡Dimitrios,!...

No entendí nada. El joven monje volvió a repetir las mismas e incomprensibles palabras para mí. Deduje que era griego. A los pocos segundos vino otro monje, y otro, y otro. Ocho o nueve personas con sotana negra y larguísimas barbas se arracimaron en torno al que llevaba el candil. Uno alargó la mano y me rozó la cara, como si estuviera delante de un fantasma que se hubiera materializado delante de él. Me sentí ridículo, sin saber qué decir ni cómo actuar. Desde atrás, un monje de mediana edad se fue abriendo paso hasta situarse frente a mí. Su rostro, al contrario que el resto de los monjes, era sonriente y diáfano.

—Hola, me llamo Fernando.

Estaba esperando una reacción por parte del monje, pero él solo se limitó a sonreír. Tenía que golpear cinco veces la pequeña puerta del monasterio, cinco veces, pero Huni no dijo nada más ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Cómo iba a hacer entrega de la pirámide sin saber a quién? De nuevo insistí.

—Hola, soy Fernando, y ella es Neti.

El monje que se había colocado frente a mí negó con la cabeza. Volví a repetir mi nombre y negó otra vez. Parecía entenderme, pero faltaba algo: una palabra, un gesto, algo que me conectara con ese monje. Su rostro dibujaba una expresión de satisfacción, pero su mirada me indicaba que faltaba algo para conectar con él. Miré al resto de los monjes sin saber qué decir, esperando que alguno de ellos entendiera algo de lo que estaba pasando allí. Ninguno hizo ademan por sacarme de aquella extraña y burlesca situación, haciéndome sentir aún más ridículo de lo que aparentaba estar. Unos me miraban con una imborrable sonrisa en sus labios, otros, dejaban asomar una extraña expresión, mezcla de apatía y desconfianza. Pero todos intentaban arracimarse en torno al monje que parecía ser el superior del monasterio.

—Esto es absurdo —protesté, negando con la cabeza.

Neti fue la encargada de romper aquel silencio.

—Di tu nombre.

La miré, me encogí de hombros y asentí.

—Hola otra vez. Ella es Neti, yo... Nafer.

Esta vez asintió. Sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos y una lágrima le resbaló por la mejilla. Abrió los brazos y nos rodeó a Neti y a mí en un abrazo insoldable. Se giró hacia el resto de los monjes, les habló con cierta parsimonia y logró que se fueran dispersando poco a poco hasta dejarnos a solas.

—Lo sé desde que os he visto, pero necesitaba escuchar tu nombre. Quería saber cómo sonaba en tus labios.

Su voz era armoniosa, de baja intensidad pero con fuerza en cada palabra. De rostro pícaro y bonachón sin apenas arrugas en su tez, estatura media y anchos hombros, el monje fijó su mirada en la pirámide que colgaba de mi hombro. Juntó sus manos y miró hacia el oscuro y estrellado firmamento. Luego cerró los ojos, haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

Como no sabía cuál era el protocolo a seguir, me descolgué la

bandolera para entregársela. Él negó con una mueca socarrona.

—No, no me la entregues. Serás tú mismo… Seguirme.

Cruzamos la pequeña puerta, cerca de la torre de Klébe. Los lugares sagrados emergían en cada esquina; lugares cargados de una fe que casi se podía respirar. El suelo de adoquines en las estrechas calles, pulido por los pies de los monjes y miles de turistas, brillaba a la luz del farol que se perdía entre los muros que protegían el monasterio. Allí estaba el pozo de Moisés donde el profeta vio por primera vez a Séfora, la que sería su futura esposa, también la Zarza Sagrada: un enorme arbusto de hoja perenne; la iglesia de Santa Catalina, construida en granito y que albergaba la capilla de la Zarza Ardiente, edificada en el mismo lugar donde se cree que el profeta vio arder el arbusto sin consumirse y escuchó la voz de Dios. La mezquita Fatimí, y otros edificios que albergaban el recuerdo de los tiempos, se dispersaban en un mezcolanza de arquitecturas religiosas que emergían hacia los cielos desde aquel reducto a los pies del monte sagrado.

El padre Dimitrios hablaba con Neti mientras yo observaba cada rincón del fortificado recinto. Todo parecía contener una atmosfera de profunda paz y espiritualidad, donde parecía que el propio monasterio inhalaba sencillez, silencio y la santidad con la que ahí se permitía vivir.

El monje nos llevó a las cocinas para brindarnos con una cena, rica en frutas y tortas de cereales. Durante algo más de dos horas, sentados en unas desgastadas pero cómodas sillas de madera, nos habló del monasterio como el padre que admira a su hijo y no tiene más que alabanzas para él. Aquello pareció evocarle en los recuerdos toda su vida religiosa, una vida que relató de manera escueta y la plasmó con un brillo especial en unos ojos que irradiaban juventud en cada palabra, en cada sonrisa que emitía cuando un nuevo evento hacía presencia en su memoria.

Dimitrios nació en el seno de una humilde familia de Thira, capital de la bella isla griega de Santorini, donde el azul y blanco de sus casas se combinan cada día con un hipnótico y purpúreo atardecer. Creció amparado bajo la fe ortodoxa, siendo su filosofía un juego que fue amasando y dando forma hasta conseguir que en su mente percibiera la llamada monástica y la entrega por completo al ofrecimiento de dicha fe. Tomó los hábitos como el regalo más

valioso de toda su vida, siendo la tonsura el primero de sus grados clericales, el cual le fue conferido por la mano del obispo. Se consagró como hierodiácono, y al año siguiente le fue otorgado el titulo candidato a doctor en teología. Su verdadera pasión fue el estudio de las religiones proféticas: islamismo, judaísmo y cristianismo, así como las religiones politeístas, de las cuales destacan el hinduismo y el budismo. Sintiendo un especial interés por la antropología de la religión, estudió los fenómenos religiosos en las distintas sociedades y grupos humanos, profundizando en creencias, actividades y experiencias religiosas desde el punto de vista psicológico.

Le propusieron ser archimandrita para dar el paso a obispo de la iglesia ortodoxa, sin embargo, prefirió ser ratón de campo y continuar con sus investigaciones, a encasillarse como león en las altas esferas eclesiásticas y renunciar a su libertad. Había llegado su hora. Retiró a un lado los libros, aquellos que le habían proporcionado tanta sabiduría y se lanzó a un mundo que solo conocía a través de las escrituras. Visitó al Patriarca de la iglesia católica ortodoxa, Bartolomé I, al Papa de la iglesia ortodoxa copta, Shenouda III y al Papa de la iglesia católica, Juan Pablo II, con quien siempre mantuvo una estrecha y especial amistad. Al igual que el Pontífice, Dimitrios disfrutaba de La poesía y el teatro, dos de sus grandes aficiones junto con el deporte, la naturaleza y todo aquello que enriqueciera la mente y el espíritu.

Durante unos diez años viajó por Europa, Asia, América y África. Su último destino lo ubicó en la península del Sinaí, en el monasterio de Santa Catalina, el Sanctasanctórum donde según él obtuvo las respuestas a sus múltiples preguntas.

Guardó silencio sin revelar aquello a lo que Neti y yo estábamos ansiosos por escuchar, aquello que le confirió tanta paz interior, que desde entonces dejó de formularse preguntas relacionadas con la divinidad. Entendimos que ese gran secreto era lo que le recargaba de vida, alcanzando por fin el premio deseado después de tantos años de dedicación.

—Mañana vendréis conmigo al Templo de los Sabios. ¡Por Dios que es increíble! —Se levantó de la silla y me observó de frente y los dos perfiles—. Ahora ir a descansar.

La primera vez que escuché «el Templo de los Sabios» fue en

boca de Horus, ahora es el monje quien lo citaba. El extenso círculo se estaba cerrando.

—Perdona, Dimitrios —quise que en mi mirada viera sinceridad, lo mismo que yo esperaba de él— ¿Qué es el Templo de los Sabios?

Cogió un pequeño cuenco de madera con agua fresca y se lo llevó a los labios. Bebió un trago y nos miró.

—Dispensar mi torpeza. La emoción de teneros aquí esta noche... En fin, no tengo escusa, pero sabréis disculpar mi celeridad.

Fue Neti, quien abrigando una mano del monje entre las suyas, supo apaciguar su «vergüenza».

—Es para nosotros un gran honor estar aquí, en tu presencia, ser bien recibidos, comer los manjares que nos has ofrecido y escuchar tus sabias palabras. Somos nosotros quien te tenemos que pedir disculpas por irrumpir a estas horas en vuestra organizada vida...

Dimitrios besó la frente de Neti. Fue como el beso de un padre a la hija que nunca tuvo. Con una profunda inhalación, relajó el entrecejo fruncido.

—Oh, sí. Claro que es organizada, por eso sois recibidos como el agua fresca en el desierto. No obstante, mañana sabréis el porqué de mi premura, pero es necesario que ahora sepáis algo. Solo el tiempo es el único que conoce todos los detalles. Yo... me limito a nutrir esta vieja mente con las Escrituras Sagradas, aquellas que han sido escritas por quienes me precedieron —guardó silencio.

—Hablaremos mañana —me anticipé, mirando al monje— pareces cansado y te estamos robando horas de sueño...

Juntó las manos y se las frotó, acariciándolas con fuerza. Luego dejó asomar una sonrisa y meneó la cabeza lentamente.

—Hoy no creo que el sueño sea mi leal compañero, quizás... mañana, pero hoy no. En cuanto a tu pregunta, es mi obligación darte respuesta —tomó aire y fijó la vista en la mesa—. Mucho, mucho antes de que el emperador Justiniano construyera nuestra hermosa iglesia cercada por una gran muralla, Santa Elena levantó una capilla en el lugar de la zarza en honor de la Virgen María, y una fortaleza para el abrigo de los anacoretas. Pero fue Moisés quien dijo al mundo que esta montaña es sagrada, y claro, tenía sus razones —emitió una graciosa risilla—. Fue él quien después de hablar con Dios se introdujo en las entrañas de esta montaña y allí permaneció durante tres noches. Al salir, dijo a su hermano Aarón

que en aquel lugar se conservaría la esencia de la fe y la sabiduría de la humanidad. Desde entonces, el patriarca lo bautizó como «el Templo de los Sabios».

—Horus —hablé en voz alta, recordando la conversación que mantuve con él en Arum.

Al mencionar el nombre del hombre-dios, Dimitrios colocó sus manos sobre las mías, con fuerza, con extremada fuerza.

—Fue Horus quien condujo a Moisés hasta aquí, hasta esta montaña. Al igual que a él… Horus también os ha traído a vosotros.

El nítido amanecer que surgía tras las montañas, comenzó a inundar de luces y sombras las calles de todo el recinto amurallado. Tras una visita guiada por el padre Dimitrios, llegamos a la capilla de la Zarza Ardiente, situada detrás del ábside de la basílica. Los monjes, en nuestro lento caminar, se detenían para saludarnos. Unos se limitaban a sonreír, otros movían enérgicamente la cabeza mientras estrechaban nuestras manos, y algunos nos envolvían en un abrazo como si fuéramos parte de la congregación. Nos resultó extraño, pero a la vez nos hizo sentir cercanos con aquel lugar, con la energía que desprendía cada piedra que pisábamos.

En la capilla nos detuvimos ante una desnuda pared situada a la izquierda de la entrada. Tiró de una argolla y una parte de la pared se abrió, soportada por unas silenciosas bisagras. No se diría que era una puerta, sino más bien el acceso a un pasadizo. Medía un metro de alto por unos dos de ancho. Me agaché y solo pude ver la oscura pared de piedra a ambos lados y una garganta que parecía penetrar hasta el centro de la tierra.

—Es la roca de Moisés —anunció Dimitrios—. Bueno, nosotros la llamamos así desde hace cientos de años, pero esto está desde el inicio de los tiempos. La capilla en la que nos encontramos —alzó las manos —, oculta entre sus paredes la roca saliente por donde se accede al Templo de los Sabios. Por aquí entró el patriarca moisés, pero también Abraham, Ismael, Isaac, Jesús de Nazaret, Mahoma y otros profetas que nacieron para extender la voluntad de Dios. Algún faraón o el mismísimo Horus también absorbieron la esencia

de esta morada…

De la oscura gruta emanaba un olor dulzón. No era el aire rancio contenido en un lugar cerrado y húmedo, típico de una cueva, sino fresco, como si en su interior hubiera un jardín que purificara el sombrío ambiente.

—Abraham… Jesús… Mahoma… —musité, mientras observaba las escaleras que descendían en la oscuridad.

—Oh, sí —Dimitrios asintió con la cabeza—. Eran hermanos de fe. Todos nacieron con el mismo y único propósito: servir a Dios. Poseían la sabiduría eterna, la celestial. Eran los guías de la humanidad que a través de sus palabras condujeron al mundo hacia la fe. Eran parte de Dios y parte del hombre. Pero no solo Dios se sirve de las palabras… —miró la pirámide que colgaba de mi hombro—. También lo físico forma parte del equilibrio —hizo un gesto con la mano—. Retiraros hacia atrás.

Neti y yo nos colocamos al lado de un banco de madera, situado en la parte trasera de la capilla. Tiró de otra argolla que sobresalía de la pared y se escuchó el sonido de un mecanismo que se accionó a nuestros pies. Durante cuatro o cinco segundos no ocurrió nada, de repente, como si un enorme engranaje hubiera entrado en acción, el suelo empezó a temblar. Buena parte del enlosado de madera comenzó a moverse. Era una plancha que descendió unos centímetros, deslizándose a la derecha de donde estábamos para ocultarse bajo el resto del piso de la capilla. Ello hizo que asomaran unas escaleras de piedra que descendían hasta una plataforma, justo debajo de la puerta que con anterioridad había movido Dimitrios.

Nos hizo una seña con la mano para descender.

Neti se interpuso en mi camino, antes de colocar un pie sobre el primero de los peldaños. Cerró los ojos y aspiró lentamente una bocanada de aire, se acercó al monje y habló con él unas palabras que no llegué a escuchar. Salió de la capilla, y al poco regresó con un pequeño balde de agua entre sus manos. Se acercó hasta mí, y como un ritual, comenzó a despojarme de la chilaba que cubría mi cuerpo. Me quedé desnudo. Los dos parecían saber algo que yo desconocía, como si aquella ridícula situación fuera parte de la misión impuesta por Horus. Neti metió las manos en la jofaina y comenzó a mojar mi cuerpo, luego ella se humedeció los pies, brazos, y el rostro. Me miró fijamente y habló con lentitud:

—Nuestros cuerpos ya están purificados para entrar en este templo. Ahí —señaló hacia la oscuridad-hay algo con mucho poder. Dime Dimitrios, aquí fue donde encontraste las respuestas a todas tus preguntas, donde los dioses te mostraron lo que estabas buscando ¿no es así?

El monje asintió.

—Si —guardó un momento de silencio, como si los recuerdos lo transportaron de nuevo a esa época de su vida—. Así es. Aquí se halla todo cuanto uno quiere saber. Todo está escrito desde el principio de los tiempos. No hay preguntas ni respuestas. Todo es existencia; todo es fe, todo es vida... Yo solo soy un servidor que atiende la voluntad de Dios, un pastor que pretende conducir su pequeño rebaño hasta los pastos más frondosos. Así lo ha querido el Omnipotente, como contigo y otros muchos que han entrado a este templo —me miró con una tímida sonrisa—. Tú eres parte importante de este engranaje. Eres el portador de algo que preserva el equilibrio. Has sido elegido para entrar en Arum y estar en presencia de Horus, de aquel que sirve a Amón, al Dios donde su poder penetra en todos los confines del universo. Cuánto te envidio mi querido Nafer.

Habló sin tapujos, con total trasparencia. Por un momento sentí estar en presencia de Huni, porque parecían ser dos personajes conectados a través del tiempo y con la misión de servir al único propósito. Yo era esa persona que los relacionaba, que los unía para abrirme el camino por el cual todos éramos uno, y cada uno era parte de ese juego celestial. Lo miré fijamente durante un instante, escrutando los secretos de su rostro pacifico y bonachón.

—¿Qué sabes de Arum?

Dimitrios no pudo contener una tímida risita sin dejar de mirarme.

—Ya te he dicho que todo está escrito, pero... descendamos hacia el templo. Tú mismo lo comprenderás —se detuvo ante Neti —. ¿Quién eres Tú? Sabía que Nafer no vendría solo, que le acompañaba una mujer. Eres parte de él y él es parte de ti, pero...

—Su esposa, soy su esposa.

Dimitrios asintió con un gesto un tanto infantil. Se adelantó en la plataforma y accionó un interruptor colocado en la pared rocosa. Una larga hilera de bombillas se encendió. De luz tenue pero

suficiente, iluminaron la garganta que descendía hasta casi perderse de vista. Unos tres metros de ancho por otros tres de alto, aquel pasadizo no parecía haber sido trabajado por la mano del hombre, sino más bien el pulido desgaste del agua contra una piedra cuando la acaricia durante cientos de años.

La pendiente era suave, apenas perceptible gracias a sus estrechos y largos escalones que se apeaban en la oscuridad. Nada más comenzar a descender, no muy lejos a la izquierda, vi una luz diferente a la que iluminaba el pasadizo. Era una luz blanca, acompañada del eco de algún carraspeo de garganta y el tecleo de una máquina de escribir, incluso a alguien que hablaba en voz baja. Descendimos acompañados por el eco de nuestras pisadas, intentando averiguar si aquel pasadizo tenía un final, quedándome con la incertidumbre de querer saberlo. El monje esbozó una ligera mueca de picardía, cuando se detuvo junto a la puerta donde salía esa luz. Nos hizo un gesto con la mano para entrar.

—Aquí es donde nace la historia, donde desciframos la escritura de miles de sabios a través de todos los tiempos.

Siete monjes de diferentes edades trabajaban en enormes mesas de madera. Al vernos aparecer por la puerta, dejaron sus tareas y se acercaron hasta nosotros para saludarnos con efusivos abrazos y apretones de manos. Hablaban en griego mientras hacían gestos con las manos alrededor de mi cara, como si estuvieran perfilando el contorno de mi rostro en un lienzo invisible. Resultaba cómico y curioso, pero enseguida Dimitrios les instó a continuar con sus labores. Obedecieron sin remilgos.

La sala era enorme. Mediría unos ocho metros de alto y el perímetro era como el de una cancha de balonmano. Estaba repleta de estanterías de madera que soportaban miles de manuscritos: en papiro, pergamino, papel, ostracon o finas planchas de madera. En cada una de las mesas donde trabajaban los monjes, pude observar una pantalla de ordenador y un teclado. Todas estaban conectadas a una supercomputadora IBM que se encontraba en una pequeña sala acristalada. Al fondo poseían un laboratorio repleto de probetas, pipetas de cristal y unos cuántos aparatos para el estudio de la composición de los diferentes materiales con los que trabajaban. Desde agitadores magnéticos, balanzas de precisión o microscopios digitales, hasta un espectrofotómetro de infrarrojos, capaz de

mostrar los enlaces moleculares de un compuesto con luz infrarroja, ideal para análisis y caracterización de los materiales que abarrotaban las estanterías. Como colofón, no podía faltar lo necesario para realizar la prueba de carbono 14. Dicho laboratorio estaba bajo una cúpula natural de techo rocoso, soportada con cuatro columnas en cuyos capiteles se podía apreciar la decoración de signos y figurillas con reminiscencia católica, musulmana, judía y egipcia.

Recorrimos todo ese recinto, sin prisa. Dimitrios iba hablando con Neti mientras yo me perdía en cada estantería, rozando con las yemas de los dedos cada pergamino, cada objeto que poseía un valor incalculable, no económico, sino como herencia conferida por la huella de la humanidad.

—Estamos en la única sala donde se trabaja para el estudio y catalogación de todo cuanto podéis ver, pero como esta, hay otras tres. Venir —abrió una puerta. Tras ella, un pasillo de unos cinco metros de longitud y tenuemente iluminado, daba acceso a otra puerta de madera maciza que él se encargó de abrir. Accionó un interruptor, y una miríada de lámparas parpadearon para llenar de vida aquel enorme espacio—. Esta es mi favorita. Aquí disfruto mis horas de asueto sin percibir el paso del tiempo.

El recinto era exacto al anterior en dimensiones. Desde donde nos hallábamos, mi cabeza casi rozaba el techo, ya que la nueva sala se encontraba en un piso inferior y la observábamos desde una plataforma a unos seis metros de altura. Desde allí aún parecía más imponente de lo que era. Repleto de estanterías a diferentes alturas, daba la impresión de estar en la cima de una montaña y ver los tejados de una enorme ciudad. Me quedé pensativo, solo imaginando lo qué pudiera acoger cada estante, sobre todo, viendo lo que había en la estancia anterior. Unas escaleras con pasamanos descendían hasta la única mesa que se encontraba en todo el lugar, donde unos pergaminos descansaban al lado de una quesera de cristal que contenía unas pastas que se elaboraban en el mismo monasterio. Junto a la mesa, una silla forrada con terciopelo azul.

El gesto de Dimitrios nos invitó a descender.

Justo enfrente se podía apreciar en una pintura a Tolomeo II, entregando dos pergaminos y un libro a Zenódoto de Éfeso y a Calímaco. En un principio solo observé la pintura sin darle mayor

importancia; entre los pasillos, Dimitrios disfrutaba con la presencia de Neti. Hablaban en voz baja para no profanar el silencio que nos envolvía, mientras, yo me iba deslizando entre las avenidas de aquel gran museo repleto de tomos decorosamente etiquetados, paseando mi vista entre papiros, pergaminos y telas compactas que guardaban celosamente las palabras escritas por un sinfín de autores que eran parte de la historia intelectual.

Comencé a leer las etiquetas. Herófilo de Calcedonia: filósofo que atribuyó la inteligencia al cerebro y no al corazón; Timócaris y Aristilo: astrónomos; Hiparco de Nicea: gran maestro de la trigonometría y defensor de la visión geocéntrica del universo; Galeno, Apolonio de Rodas o, Arquímedes, el más notable matemático y científico de la antigüedad; Poetas, literatos etc. Las estanterías rebosaban de sabiduría concentrada en los documentos que contenían. No entraba en mi gozo. Fue entonces cuando lo comprendí.

—¡Dimitrios, Neti! —mis palabras parecían difuminarse entre los pasillos. No obtuve respuesta—. ¡Dimitrios, Neti! —volví a llamarles, pero parecían haberse evaporado.

Me acerqué hasta la mesa donde los había dejado. No había nadie. Volví a llamarlos, pero mis ojos se fueron directamente a la pintura que había visto con anterioridad. No estaba preocupado por ellos, porque al igual que yo, seguramente andarían paseando entre aquel imponente enjambre de edificios de madera. Continué observando la pintura, de repente, una mano se posó en mi hombro.

—Nafer, nos tenías preocupados ¿Por qué gritabas?

Neti parecía alterada, pero se fue tranquilizando cuando la levanté en volandas y le di un sonoro beso en los labios.

—Dimitrios, dime ¿Esto es lo que yo creo que es? Sí, claro que sí —indiqué con la mano la pintura—. Tolomeo II entrega los dos pergaminos y el libro a Zenódoto de Éfeso, primer bibliotecario de la biblioteca de Alejandría y a Calímaco, poeta y ayudante que se prestó en la catalogación de todo lo que iba llegando hasta allí. ¿Esto es lo que se salvó de la quema?

Miró a Neti y asintió. Luego su mirada se centró en el cuadro.

—Como tú bien dices, todo esto es lo que se salvó de la quema. Gracias a la rápida intervención de todos los que estaban en ese momento en la biblioteca, que por cierto fueron unos cuántos,

apenas ardió un cinco por ciento de todo lo que había —con el brazo extendido y la palma de la mano abierta, como si fuera un torero brindando su toro al público, abarcó en un gracioso gesto todo el recinto—. Aquí y en la siguiente sala, está el resto.

—¡Santo cielo! Estamos... —levanté los brazos a media altura e intenté que mis pies se movieran con la soltura del claqué al estilo de Fred Astaire. Solo en mi imaginación los pasos adquirieron cierta destreza, aunque torpemente logré despegarlos del inmaculado suelo—. ¡Estamos frente al legado de la Biblioteca de Alejandría!

De repente, el entusiasmo me recordó de dónde venía. Fue como volver a tener un pedazo de aquella época ante mí, junto a Neti, recordando las horas que pasé con Jehuty en la casa de la administración entre estanterías y documentos que se guardaban con meticuloso afán para la gerencia de Egipto.

Comprendí por qué se llamaba el «Templo de los Sabios».

—No solo esto es sabiduría —Dimitrios pareció leerme el pensamiento—. Todo lo que vemos aquí procedió de la mente de sus autores. Muchos de ellos sabios, otros, tal vez visionarios que llegaron a ser los padres de las actuales ciencias, y otros, poetas que escribieron sus propios sentimientos infundados por una inspiración —nuestro anfitrión se sentó en la silla con las manos entrelazadas —. Hay una enorme sabiduría que nace con esa inspiración: sed de algo, un deseo, un impulso. Fueron los grandes profetas quienes dominaron ese don con sus palabras, el don de la sabiduría, el don de la fe.

En un gesto rápido se restregó el rostro con las manos. Quiso disimular un picor o un sueño necesitado, pero vi con claridad que solo pretendía borrar una lágrima que no había comenzado a resbalar por su mejilla.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la fe? —pregunté, intentando encontrar una similitud fehaciente.

Negó primero con la cabeza, mostrando una mueca de apatía. A continuación asintió.

—Habrás oído que la fe mueve montañas ¿cierto? Pues bien, la fe no solo mueve montañas, mueve el universo. Es la energía más pura, la que mantiene el perfecto equilibrio. Sin ella no existirían las fuerzas divinas y la humanidad se adentraría en el caos, en la destrucción total —se puso en pie y cogió un viejo tomo de la

estantería. Lo colocó sobre la mesa y posó su mano encima, con suavidad—. Todo niño que nace tiene el don de la fe, implícito al don del saber. Conforme va creciendo tiene más inquietud por aprender, por hacerse más fuerte en su interior. La sabiduría, sea del grado que fuere, alimenta la fe en ese crecimiento y consigue crear impulsos desde aquí —se golpeó suavemente el pecho a la altura del corazón, con la palma de la mano abierta.

Neti disfrutaba con cada palabra de Dimitrios. Acarició con los dedos la tapa del libro y habló con solemnidad, como si estuviera en la corte del faraón ante todos sus súbditos.

—Eso que tu llamas fe es el *ka*, y solo lo otorga Amón. Él es el único que tiene el dominio para concederlo.

—Tienes razón, mi reina.

—¡Dimitrios…! —languidecí al tiempo que las palabras se ahogaron en mi garganta.

El monje hizo un gesto con la mano para que me callara. La realidad es que no pude hablar.

—Sí, sé quién eres —la miró con respeto—. Mientras paseábamos por los pasillos de la biblioteca, tus propias palabras te han delatado. Tienen poder y mando en cada una de ellas, al mismo tiempo, la ternura y comprensión con que seguridad has tratado a tu pueblo. En la época de la que venís… no ha podido haber otra mujer con una belleza y sabiduría tan particular como la tuya, como la de una reina. Pero… lo has corroborado con el ritual de ablución a la entrada al Templo de los Sabios. Solo alguien de un rango como el tuyo en los tiempos de los faraones puede efectuar un acto de purificación con agua como tú lo has hecho. En silencio, cada gesto era una invocación a los diferentes dioses para permitir vuestra entrada en el templo. Gracias mi reina. Gracias por mostrarme un ritual que solo conocía a través de las escrituras.

Neti sonrió.

El estupor ante ese monje de apariencia sencilla, detuvo las palabras que querían salir de mi interior. Sabía perfectamente quien éramos mucho antes de llegar al monasterio. «Todo está escrito», recordé sus palabras. Ya poco me impactaba después de todo lo que había vivido durante los tres últimos años, pero el efecto sorpresa seguía cautivándome, respetando ese ser infantil e inmaduro que aún habita dentro de mí. Neti fue dilatando lentamente la comisura

de sus labios. No apartó la mirada de Dimitrios, que parecían fundirse en una perpetua contemplación.

—Mi nombre es Nefertiti.

Dimitrios asintió, acariciándole el dorso de la mano.

—Lo sé, lo sé. Y si, tienes razón, como te he dicho antes, lo que tú llamas *ka*, es fe. El principio universal e inmortal de la vida; la fuerza vital del espíritu humano. Es lo mismo, al igual que tu primer esposo el faraón Akhenatón abolió a Amón para adorar a Atón, según él el único y verdadero dios, pero eran el mismo. Dios ha tenido, tiene y tendrá muchos nombres, pero seguirá siendo siempre Él. Y si, en cada nacimiento nos otorga el don de la fe y el saber. En este templo siempre ha ido unido desde el principio de los tiempos. No podría existir lo uno sin lo otro. Es… como el leer y el escribir. Son dos actos diferentes pero uno no puede ir sin el otro. El escribir es la sabiduría y el leer es la fe. Son diferentes, pero unidos entre sí.

—¿Qué los une? —pregunté.

Frunció los labios.

—Mi querido amigo —colocó una mano en mi espalda—. Los sentimientos, pensamientos y la palabra, eso los une. Son parte de la sabiduría y cualquiera de ellos alimenta la fe, y sin ella, no tendrían la fuerza para la creación. Son la conexión que nos vincula con Dios. Así ha sido siempre. Los profetas que Dios ha elegido desde que la humanidad comenzó a tambalear el equilibrio universal, han sido como tú, privilegiados por estar en presencia de su mensajero: Horus, el hijo de Dios.

Parecía que con cada palabra se cargaba de energía. Poseía el don de la oración, de atraparte con su férrea voluntad y permitir que te lleve hacia su mundo de conocimiento divino. Cada minuto que pasaba me recordaba más al Oráculo Huni.

Las otras dos salas contenían aparte de documentos, miles de objetos y figuras que habían pertenecido a la humanidad desde el inicio de los tiempos. En su gran mayoría, utilizados para ritos religiosos. Todos ellos fabricados en madera, barro, cerámica, oro, plata y diferentes metales, destacando el bronce, hacían que aquella vetusta cámara se convirtiera en el mayor de los santuarios, albergando símbolos que habían sido adorados casi desde los albores de la humanidad.

Mientras paseábamos por las diferentes galerías, detuve un momento a Dimitrios al tiempo que rozaba una de las estanterías con los dedos de mi mano.

—Dime ¿cómo se puede conservar todo esto en perfecto estado, desde pergaminos que tienen miles de años hasta estos metales que parecen haber sido pulidos esta misma mañana? Según tengo entendido, los archivos secretos del Vaticano poseen unas cámaras acorazadas, pero no solo para evitar una intrusión no deseada, sino para mantener un microclima capaz de preservar toda la documentación que en ellas se conserva.

Se llevó el dedo índice a la sien, con la vista perdida en el fondo del enorme recinto.

—Esa misma pregunta me hice hace… bueno, ya ni me acuerdo. Desde siempre, la única luz que iluminaba el templo era la que provenía de antorchas o lamparillas, pero los tiempos cambian y con ellos aparecen las nuevas técnicas —alzó una mano, señalando las lámparas—. A comienzos de los años setenta se colocó toda esta legión de bombillas. Son especiales, ya que no emiten calor que pueda deteriorar ninguna de las reliquias que veis, y a la vez, nos regala con esta luz tan acogedora. El microclima del que hablas, aquí ha sido siempre el mismo. Desde que yo lo conozco, jamás ha variado una centésima la temperatura, ni la humedad. La naturaleza divina se encarga de preservar este santo lugar.

Volví a pasar los dedos por la estantería.

—No hay polvo…

Dimitrios prorrumpió con una sonora carcajada.

—En cierta ocasión, Karol, mi querido amigo Juan Pablo II, dijo que este lugar es tan magnánimo que ni el polvo se atreve a penetrar para amancillar las santas reliquias que cobija.

Neti colocó una mano en el brazo de Dimitrios.

—Profetas… háblanos de ellos.

Una chispa de alegría se asomó en sus ojos. Disfrutaba hablando del mundo religioso y los personajes que lo componían.

—Oh, sí. Los profetas, los mensajeros de Dios. Por supuesto —el ufano monje estaba en su salsa. Apremió a deslizar dos dedos sobre su frente y se los llevó a los labios—. Son intermediarios; portavoces entre Dios y la humanidad. Ha habido tantos…: Adán, Noé Abraham, Isaac, Ismael, Buda, Krishna, Moisés, Jesucristo,

Mahoma —guardo un momento de silencio—. Fueron elegidos por Dios para ser maestros de la palabra divina. Mostraron al mundo la sabiduría celestial para crear un dogma: la verdad de Dios. Luego os mostraré algo, ahora, continuemos.

De la última sala, unas escaleras ascendían al otro lado del recinto por donde habíamos entrado. Allí alcanzamos tras un corredor de unos seis metros, una puerta que nos llevó de nuevo al ancho pasadizo; aquella enorme garganta que había comenzado en las paredes ocultas de la capilla. Ya no había escaleras. En su lugar, una suave pendiente continuaba penetrando sin llegar a verse el fondo. Cuando nuestras voces no rebotaban en las paredes, produciendo un ligero eco, el encanto de un misterioso silencio nos envolvía en cada paso que dábamos.

Mientras descendía la rampa, el recuerdo de la carta de Horemheb me llegó como una exhalación ¿Qué contenía? ¿Por qué se había molestado en ir hasta la montaña del Oráculo y pedirle que me escribiera en el lenguaje de los dioses? En ese momento ardía en deseos de tener los papiros en mis manos y leerlos, de imaginar los gestos del general y rememorar sus palabras en mis recuerdos. Sentí una desgarradora y ansiosa añoranza por saber que jamás los volvería a ver.

Neti me sacó de aquel ensueño.

—Mira, Nafer. ¡Horus!.

Señaló con la mano una roca saliente que estaba a nuestra derecha. Era como un dado de unos dos metros de lado con los cantos redondeados. De color ocre, contrastaba con la piedra oscura que vestía las entrañas de esa montaña. La rampa terminaba ahí, justo donde la piedra saliente mostraba en una de sus caras la imagen de Horus. La oscuridad impedía ver lo que había más allá.

La imagen no estaba representada como un halcón o el ojo de Horus, ni tan siquiera como un cuerpo de hombre con cabeza de halcón, portando la doble corona. Ninguna de las típicas representaciones que estaba acostumbrado a ver se plasmaba sobre la piedra. El fino bajorrelieve mostraba a un hombre alto y fuerte, con la llave de la vida en una mano y el báculo de Thot en la otra. De su espalda, unas alas desplegadas de Halcón parecían querer arrancarlo de la piedra para surcar hasta los confines del universo. Era Horus, sin duda. Pero nada de ello me llamó la atención. Fue su

rostro. Era el mismo que pertenecía al coloso que había visto en Arum, con su larga melena sujetada a la frente por una fina tira de cuero. Era el dios celeste, creador de la civilización egipcia. Fue mi anfitrión en aquella enorme pirámide, y aquel que por fin reveló mis incertidumbres, dejándome bien claro el por qué de mi epopeya a través del tiempo.

Bajo sus alas protegía una cobra que se alzaba erguida y mostraba su singular belleza, resaltando toda su esbeltez con unos ojos verde esmeralda que parecían vigilar con recelo a todo aquel que llegaba hasta allí.

Prendado ante aquella imagen y los recuerdos que me evocó, escuché el suave sonido de un interruptor. Dimitrios lo había accionado y unas cuantas lámparas fueron cobrando vida como un tímido amanecer de primavera. El lugar era espectacular y parecía inmaculado, conservando el mismo aroma fresco que nos había acompañado hasta allí. Una enorme galería de unos seis metros de ancho por siete de alto, penetraba en línea recta hasta perderse en la distancia. Sin apenas moverme del sitio, dirigí la mirada a la roca ocre que sobresalía de la pared. En otra de las caras de aquel enorme dado volví a ver de nuevo el rostro de Horus, pero ahora poseía un aspecto diferente. Su musculoso torso estaba protegido por una coraza, sujeta a un faldellín que le cubría hasta las rodillas. Las alas eran más grandes, dándole un aspecto de poder y protección ante algo invisible, algo que parecía amedrantar con sus hipnóticos ojos color azul. Con el brazo en alto sujetaba una espada a modo triunfal. El bajorrelieve coloreado refulgía una fuerza cautivadora, como un colosal guerrero que se alzaba en la cabeza de una hueste para presentar batalla.

La espada era la misma con la que luchó contra su hermano Sethén, la que unificó un pueblo y nació una nueva civilización, la que entregué al profesor Ricardo para mostrarla al mundo entero por orden de Horus, el artífice que la fabricó con sus propias manos.

—¿Sabes quién es? —preguntó Dimitrios con una perspicaz sonrisa y los ojos ocultándose entre sus parpados.

Lo miré con interrogación.

—Sí, claro. Horus. Jamás podría olvidar ese rostro.

El monje continuaba con la sonrisa en sus labios, pero ahora había añadido un toque de misterio en su mirada.

—Horus es ese —señaló con el dedo la primera imagen que habíamos visto—. El dios y padre de Egipto, de todos los faraones y la civilización que nació con su divinidad. Este —levantó las dos manos para indicar la segunda imagen—, este para que nos entendamos, también es Horus, sin embargo, fuera de la tierra del Nilo cambia su nombre. Sigue actuando igual, bajo el amparo de Amón, o lo que es lo mismo de Jehovah, Él, Alá, Elohim, Adonaí, Odín, Kyrios, Pater o tantos otros… En fin —tomó una gran bocanada de aire—, este mensajero de Dios no es otro que… Gabriel.

Hubo un momento de silencio. Neti se acercó para observar más de cerca la segunda imagen de la roca. Ella por supuesto desconocía a quién se refería Dimitrios, yo sin embargo, no. Aún así era inevitable la pregunta que le iba a formular:

—¿Gabriel… el Arcángel Gabriel?

Apenas hizo una mueca de asentimiento. Frunció los labios con una mirada infantil, casi ingenua, pero su voz seguía siendo firme.

—Cada una de las religiones, incluso con algún otro nombre, lo mencionan en sus escritos desde que hay constancia de ellos. Según el Talmud, dijo a Noé que salvase a dos animales de cada especie en su arca, antes de la gran inundación, o quién habló a Abraham para detener el sacrificio de su hijo Isaac. En el cristianismo anunció a María que daría a luz a un niño y pondría por nombre Jesús. Según el Islam, Mahoma solía meditar con frecuencia en la cueva de Hira, lugar donde se le apareció Gabriel y le mostró la palabra de Dios. El profeta la memorizó, recitándola incansablemente, y tras su muerte, se recopiló por escrito en el Corán. Como veréis, Horus Gabriel no tuvo mucho tiempo libre.

Todo estaba predestinado y unido entre sí. El juego de los dioses parecía acoplarse en todas las civilizaciones, siendo los mismos personajes con diferentes nombres según el lugar, incluso la época. Diferentes piezas en un mismo tablero con igual propósito: mantener el equilibrio.

—Continuemos.

Dimitrios no parecía tener prisa, pero tampoco quería detenerse. Su caminar era relajado, como el guía de una cueva que va enseñando a los visitantes las maravillas que la naturaleza ha ido creando con el paso de los años. Quizá fuera interesante para un

grupo de turistas, pero no para mí. Con la mano en la bandolera que portaba la pirámide, sentía la imperiosa necesidad de culminar mi misión, de saber hasta dónde tenía que llegar para encontrarme cara a cara con mi propio destino.

Rodeándome la cintura con una mano, Neti podía apreciar la inquietud que recorría mi cuerpo. Ella era la energía que sustentaba mi propio equilibrio.

A unos treinta metros a la izquierda de aquel largo túnel, se abría un pasillo iluminado que penetraba hasta una cámara con forma redondeada, de unos diez metros de diámetro. Dimitrios nos invitó a entrar. Por un momento pensé que era allí donde tenía que hacer fuera lo que fuese con la pirámide, pero no, lo que había dentro, supuse que nada tenía que ver con lo que llevaba en la bandolera. Todo estaba ordenado de manera sencilla: había algún manto, calzas, sayones, gruesos cinturones de cuero, camisas. También unas cotas de malla, cascos y espadas que descansaban de pie, apoyadas contra la pared. Lanzas, mazas, escudos y oriflamas que aún parecían ondear sin viento, completaban un extenso ajuar digno de cualquier castillo medieval. Siete camas bordeaban el perímetro; todas ellas con un jergón de paja y una cocedra rellena de plumas. En la pared, colgaban siete mantos blancos con una cruz roja dibujada en el centro.

—Esta fue sede de los caballeros de la Orden del Temple —comenzó a hablar Dimitrios con las manos entrelazadas—. Ellos se encargaron durante varios cientos de años de proteger el Templo de los Sabios, de preservar en tiempos difíciles todo lo que aquí se conserva.

—¿Cientos de años? —me aventuré a preguntar, recordando que la Orden existió durante aproximadamente doscientos años.

—Oh, sí. Ya lo creo —asintió con orgullo—. Jamás murieron sus principios y aún hoy en día siguen latentes. Ahora son entidades, organismos; siempre con la misma pauta que fueron creados, pero... eso es otra historia. Siempre hubo siete caballeros. Aquí dormían, vivían y siempre conservaron su modo de vida, aún con el paso de los tiempos. Como veis —señaló los enseres que había en la cámara—, todo sigue tal y como lo dejaron el último día, allá por el siglo XVIII, conservando los símbolos de aquellos que les precedieron. Generación tras generación vivieron con un único propósito: evitar

que nadie se interpusiera entre Dios y el hombre, la fe y el universo.

De repente recordé las palabras de Menaret, la guardiana de la espada de Horus: «Soy guardiana y protectora de la espada que determinó la civilización de nuestro pueblo». Cumpliendo durante generaciones un propósito similar, se entregaban en cuerpo y alma a velar por aquel objeto que perteneció a un dios.

Volvimos a la gran galería. Cada veinte o treinta metros a derecha o izquierda, penetraba otro pasillo iluminado hasta una nueva estancia. No pude ver qué contenían ni Dimitrios se prestó a mostrárnoslas, suponiendo que quizás estaban vacías o carecían de interés. Aunque mi curiosidad ardía en deseos de entrar en cada una de las salas, reprimí el ansia y dejé que todo transcurriera como estaba previsto; si es que lo estaba.

Aprovechando los conocimientos religiosos de nuestro anfitrión, Neti no solo absorbía cada una de sus palabras, sino debatía las costumbres de cada cultura que este le iba aleccionando. Como una versada antropóloga, se interesaba por todo aquello que abarcaba los fenómenos del ser humano como parte de una sociedad, interesándose en especial por los cambios religiosos en Egipto, y la evolución que este ha tenido hasta los tiempos actuales. Yo sin embargo, caminaba sumido en un mutismo interior, un silencio donde Kiya y la princesa estaban constantemente en mis pensamientos. «¿Por qué no estaba con ellas?» Mi consuelo era pensar que Horus las devolvió a su propio tiempo, protegiéndolas en todo momento de aquellos que intentaban atentar contra sus vidas. Reforzaba el alivio de mi pena con un protector no menos competente: Horemheb. Esposo de Kiya y abuelo de la princesa, sería capaz de enfrentarse contra un batallón si fuera necesario, como una leona que protege sus cachorros ante una manada de hienas. Ante algo tan evidente como el poder divino y sus designios, solo podía reconfortarme al pensar en la carta del general.

«Ahí está la respuesta, en la carta». Pensé, mientras avanzábamos lentamente por el túnel. Quise imaginar que Kiya y la princesa no habían cruzado la línea del tiempo, que por algún motivo se habían quedado allí y Horemheb quería hacérmelo saber. Sonreí con la certeza de que las piezas de aquel rompecabezas estaban comenzando a encajar.

Débilmente escuche algo a lo lejos. Voces masculinas parecían

estar cantando una plegaria, en susurros, como la voz del viento que se cuela entre los árboles. Solo susurros que llegaban a mis oídos como una mezcla de canto gregoriano, mantra y rezo musulmán. Poco a poco iba alcanzando más fuerza hasta apoderarse del silencio que nos rodeaba. Dimitrios se interpuso en la entrada del pasillo que daba acceso a una nueva cámara. Las voces que salían de ella, ya habían adquirido un tono uniforme y pausado.

—Nafer, lo que oyes es un canto en tu honor. Ahora comprenderás por qué —hizo una pausa—. Llevamos años haciéndolo, pero... tienes que verlo tú mismo.

Diez metros de pasillo separaban el túnel de la cámara. Al entrar en ella vi siete asientos de madera apoyados contra la pared. Seis de ellos ocupados por monjes ortodoxos que aún seguían cantando, cada uno en un estilo diferente pero armónico, logrando un conjunto de voces que se fusionaban en una extraña y original melodía. Dimitrios se sentó en la silla vacía. La sala estaba iluminada por lámparas de aceite que colgaban del techo, irradiando un entorno que me era familiar, como si hubiera estado en esa cámara no hace mucho tiempo. La observé con detenimiento, quitando en mi imaginación unos objetos y colocando otros, dando como resultado una cámara que me obligó a sonreír por los recuerdos.

«La morada de Huni». Era como la misma sala que nos juntábamos Menaret, Temai, el Oráculo y yo. Era redonda, con columnas que decoraban una pared perforada para almacenar pergaminos. Aunque esta estaba cerrada completamente, formando un círculo perfecto, recordé el amplio acceso que se abría para salir al enorme vergel que Huni cuidaba con esmero. El extenso ventanal estaría situado tras los asientos de los monjes ortodoxos.

Nuestro anfitrión se unió a los canticos, aportando una nueva voz y consiguiendo que la melodía se convirtiera en una perfecta fusión de sonidos. Miré con recelo a Dimitrios después de contar lentamente con la mirada asiento tras asiento.

—Siete... —exclamé, mientras Neti caminaba hacia la derecha de la sala.

Los canticos cesaron. Dimitrios se levantó y miró al resto de monjes que permanecían sentados. Ya les conocía; los había visto en la superficie, incluso alguno de ellos me abrazó con cierta efusión.

Se acercó hasta mí y habló en voz baja:

—Ya te dije que los caballeros de la Orden aún siguen latentes. Pero... todo esto existe desde mucho, muchísimo tiempo atrás. La Orden es relativamente reciente. En su fundación, los tiempos habían cambiado y se dio un nuevo enfoque para preservar la fe, pero había demasiadas guerras entre religiones como para llevar a cabo el propósito para el que fueron concebidos. Aquí, desde el inicio de «Los Siete», se sigue respetando el verdadero dogma de su instauración. Fue Huni quien...

¿Huni, el Oráculo? —le interrumpí.

Asintió, entrecerrando los ojos.

—Sé que te puede parecer extraño, pero así es. Huni encargó al general Horemheb que siete miembros de su guardia, pertenecientes a los llamados «Sombra de Horus», fueran los primeros protectores de este santo lugar. Nosotros seguimos respetando la decisión del Oráculo. Como ves —extendió los brazos—, debajo de estas sencillas sotanas hay algo más que unos simples monjes dedicados a la oración.

—¡Nafer! —exclamó Neti, casi oculta en la oscuridad.

Me dirigí hacia ella. Estaba al fondo de la cámara, pero Dimitrios alzó una mano para detenerme.

—Espera...

Quería hablar pero no le salían las palabras. Advertí en su inocente mirada que guardaba un secreto, algo que tenía que ver conmigo pero no se atrevía a decir.

—Dime, Dimitrios ¿Qué ocurre?

Se giró y cogió una lámpara de aceite que estaba en una pequeña mesa junto a la pared. La levantó para iluminar el espacio donde se encontraba Neti. No había nada que llamara mi atención, salvo una estatua que descansaba sobre un viejo pedestal de madera. Miré a mi esposa y la vi llorar en silencio. Eso me alertó. Le cogí la lámpara a Dimitrios y me acerqué a ella. Lo que vi, me dejó helado como el corazón de un iceberg.

Lo miré frente a frente y me estremecí. Era mi rostro, como si

estuviera frente a un espejo y contemplara unos rasgos estáticos, pero con vida. Solo Tutmosis era capaz de plasmar ese efecto en sus obras de arte, cargando de energía en cada golpe de cincel hasta conseguir la más pura perfección: el sentimiento plasmado en piedra. El silencio se adueño de la cámara. Nadie hablaba, ni siquiera se escuchaba el suave susurro de una respiración. Posé los dedos sobre el busto y fui recorriéndolo lentamente, como el invidente que usa esa destreza para dibujar una imagen en su interior. Me detuve justo antes de rozar el pedestal. Allí, en escritura jeroglífica había una sencilla inscripción: «Nafer: mensajero de Horus». Los jeroglíficos dorados resaltaban sobre un color tostado que el escultor utilizó para dar el tono moreno a la piel.

El día que vi a Kiya en el taller de Tutmosis, sirviendo como modelo para hacer el busto de Nefertiti, supe que aquel hombre poseía un don para ese trabajo. Miraba a Kiya durante unos segundos, cerraba los ojos, y al cabo de un rato los abría y moldeaba en el busto cada rasgo que había memorizado. Ese fue el don que utilizó para hacer la escultura que tenía frente a mí. Gravó en su memoria cada uno de mis rasgos, incluyendo el color de mi piel, los ojos o el cabello, incluso una diminuta cicatriz que tenía en el entrecejo, fruto de una fortuita caída en los inicios de mi pubertad.

No sé cuánto tiempo permanecí frente a mi gemelo de piedra caliza, pero fue gratificante. Bajo los jeroglíficos había otro tipo de escritura, la de los dioses, la que utilizaba Huni. Era una misiva personal. Él sabía que yo iba a llegar hasta allí y era el único que podía descifrar aquellos caracteres. Leía de la misma manera que los jeroglíficos egipcios o el español; no tenía que hacer ningún esfuerzo para interpretarlos. El mensaje citaba:

«Estás en el Templo de los Sabios. Caminaré junto a ti, como lo hacíamos por los jardines de mi morada. Aquellos que te cobijan son la «Sombra» de mi amado Horus, los guardianes de la fe. Por siempre, caminaré junto a ti».

Comencé a llorar sin lágrimas. «Viejo truhan», pensé. Aún poseía el don para ahondar en lo más profundo de mi ser. Lo recordé con total transparencia, como si acabara de estar con él.

—Huni… Huni —musité al tiempo que asentía.

Dimitrios tocó mi hombro.

—Él estuvo aquí. Vino con el general Horemheb y los siete primeros guardias de la *Sombra*. Desde entonces permanecemos ocultos, en la oscuridad, evitando que la tiniebla invada este santo lugar. El Oráculo trajo este busto con él, lo colocó aquí donde lo ves y dijo:

Dimitrios se calló y comenzó a hablar el monje que estaba a la izquierda de los siete asientos.

—«Este. cuyo rostro veis, es Nafer, mensajero de la fe».

Luego habló el siguiente, el que estaba sentado a su izquierda.

—«Portará la pirámide del trono de Amón».

Comenzó a hablar el siguiente monje. Este, con una profunda voz de tenor.

—«Aquella que será introducida en el cofre de Isis para mantener el equilibrio del universo».

Sin apenas hacer una pausa, continuó el otro.

—«La existencia del hombre, y la unión de lo divino con lo terrenal».

Ahora le tocó al más joven de los siete.

—«Vendrá en compañía de una mujer».

La frase no se interrumpía, solo cambiaba de voz.

—«Ella aportará la fuerza para culminar su viaje».

Dimitrios, que era el último, guardó un momento de silencio y consumó ese rito oral que Huni les había dejado como una tarea a través de los tiempos.

—«Al anochecer, cinco veces golpeará el postigo de entrada al Templo de los Sabios» —tomó aire en una lenta y placida inspiración—. Estas palabras se han ido transmitiendo de generación en generación, hasta hoy. Nadie sabía quién ni cuando las íbamos a pronunciar, así que, en nombre de todos —inclinó la cabeza hacia abajo y cerró los ojos—, damos las gracias a Huni por tenerte entre nosotros y ser los portavoces de su mensaje.

Al igual que Dimitrios, los seis monjes inclinaron la cabeza y se sumieron en un profundo silencio. Pasaron unos segundos y, al unisonó, comenzaron a susurrar lo que parecía ser una oración. No supe lo que decían. Solo cuando terminaron la plegaria, fue Neti quien habló en voz baja, respetando el silencio de la sala.

—Cofre de Isis… En el templo dedicado a su honor, donde yo le

pedía protección para mi pueblo, había unas inscripciones en la pared de su santuario. Hablaban del cofre de Isis, de la palabra de Amón, de un poder irrefutable que albergaba el don de la sabiduría para alimentar el *Ka*, lo que vosotros llamáis fe —fue mirando uno a uno a los monjes hasta detenerse en Dimitrios—. Todo sigue igual. No estoy tan lejos de mi mundo como yo pensaba.

Estaba henchido de placer por estar allí, por haber leído aquel mensaje de Huni y sentirme de nuevo conectado a él. Pero… aún había algo que no acababa de comprender en su esencia, algo de lo que había hablado con Dimitrios pero no me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Sabiduría y fe van unidos —expresé con voz baja—, algo que hasta ahora jamás me pudiera haber parado a pensar. Dios necesita nuestra fe para mantener el equilibrio en el universo, en el propio ser humano. Pero ¿por qué? La humanidad lleva revuelta desde el principio de los tiempos. Batallas, guerras absurdas que fomentan el odio y persisten generación tras generación, como si estuviera en la memoria de nuestros genes. Jamás ha habido un equilibrio para que todo el mundo viva en paz.

Conforme hablaba, Dimitrios no dejaba de sonreír, como si mis palabras fueran demasiado manidas para sus oídos.

—¡Oh, te aseguro que sí. Siempre ha habido épocas en las que la armonía eclipsaba por completo al desconcierto, pero los radicalismos confunden sus propias religiones. Distorsionan la autentica fe, pariendo de sus entrañas las nuevas cruzadas con armas capaces de aniquilar a la humanidad en un abrir y cerrar de ojos. El mundo está dividido y pierde su equilibrio…

Los seis monjes se habían puesto en pie y hablaban con Nefertiti. Le contaban la historia de los templarios, los descendientes de *la Sombra de Horus*, aquellos que la reina conocía la existencia desde su creación al mando del general Horemheb. No solo eran informadores, sino protectores. Siempre habían velado por algo sublime: antes por el equilibrio de Egipto. Ahora por el del mundo y el universo.

Aún había algo que necesitaba saber. Dimitrios se percató de mi ansiedad y se dirigió al pequeño grupo.

—Ha llegado el momento de separarnos —clavó su mirada en los ojos de Neti—. A partir de aquí, solo nosotros podemos

continuar el camino. Un camino en el que tendrá que finalizar solo, sin mi compañía. Pero... estará en buenas manos.

Neti asintió. Él se acercó y colocó una mano sobre mi espalda, invitándome a salir al largo corredor que parecía no tener fin. Había grabado en mi memoria, una a una las siete voces de los monjes con el mensaje del Oráculo. Sin comenzar a caminar a través de sus oscuras paredes, me detuvo, escrutándome con unos ojos cargados de bondad.

—Dime... —le insté.

Él me silenció.

—Piensa bien lo que quieres saber.

Negué con la cabeza.

—No solo quiero, lo necesito. Horus me dijo en Arum que había nacido para culminar este proyecto. La reina Hatshepsut me reveló la condición de último guardián y mensajero portador. Dime, ¿por qué yo?

—¿No lo sabes?

Se mordió el labio inferior. Su mirada parecía perderse en la profundidad del largo túnel, cuando comenzamos a caminar a paso lento.

—No, no lo sé y necesito saberlo. Al principio de esta aventura pensé que todo era un regalo de los dioses. He vivido durante tres años en el antiguo Egipto; conocí a personas que jamás podré olvidar aunque viva mil vidas y, por si fuera poco, la persona que amo como nunca lo he hecho ha dejado su vida anterior y sus hijas para unirse a mí en este evento que Horus nos ha preparado. ¿Por qué yo?

—Quién mejor que un padre para iluminar el camino de la vida de un hijo. ¿Quién si no?

Percibí una enorme confusión en mi interior.

—Un padre... ¿mi padre?

No se dignó a mirarme ante una pregunta de vital importancia. Quise detenerle, pero continuó avanzando en su lento caminar.

—¿Recuerdas los nombres en las paredes de la pirámide de Arum? Eran mensajeros, al igual que tú. Pero... ninguno como tú. Su misión consistía en mantener la energía de Dios sobre la tierra para preservar el equilibrio. Cada uno ha cumplido una tarea diferente, y hasta ahora lo han hecho bien. La que te ha impuesto

Horus es diferente. En este sagrado lugar reside la palabra de Dios, su obra sobre la piedra, el principio de su trabajo para mantener el equilibrio en todos los hombres y mujeres del universo.

—¿Universo? —no quise profundizar en el tema. Mi interés era algo más personal.

—Sí, universo. Pero aquí reside la esencia de su inicio. No falta mucho para que esté concluido el conocimiento, la creación —juntó las palmas de sus manos. Mientras las elevaba, se rozó la frente con los pulgares. Ese gesto de respeto duró apenas tres segundos, pero... fue su rostro el que reflejó una obediencia imperturbable—. Dios aún no ha revelado sus últimas palabras. Por eso estás aquí, para colocar la piedra angular en una base ya cimentada por toda la humanidad a lo largo de la historia. Solo puede hacerlo un guardián, aquel que ha estado en contacto con Gabriel, con Horus, y sus genes naveguen por su cuerpo —detuvo su caminar y lentamente me miró. Fue una mirada relajada, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima—. Eres descendiente directo de Horus, de Moahdyi, su hijo, el primer guardián de la espada.

XXIV

En ese mismo momento tuve la sensación de volver a nacer.

No pensé en mis padres. Solo tuve recuerdos para una persona: Menaret. Y entonces comprendí el por qué en su día de aquellos pensamientos ocultos por un velo. Ella habló que solo los descendientes de Horus habían sido siempre los guardianes. En Arum, Hatshepsut me anunció que yo era el último guardián, y fue entonces cuando la imagen de Menaret apareció en mis recuerdos, borrosa, impidiéndome en esos momentos ver la realidad, saber que por mis venas corría su sangre. La añoré más que nunca.

—Menaret... mi... antepasado.

—Sí, Menaret fue la guardiana que tú conociste. Tras ella, su hijo le relevó en ese cargo. Era un hermano gemelo de Merit, que con ocho años se fue a un pequeño pueblo al norte para ayudar a su tía viuda en las tareas del campo. Con veinte años regresó por petición de Menaret para prepararse como el siguiente guardián.

Nunca supe que Menaret hubiese tenido un hijo, el siguiente guardián que velaría la espada de Horus. Recordé aquella extraña sensación cuando la tuve entre mis brazos, en un agujero en mitad del desierto y cubiertos por una manta para protegernos de la embestida de arena, del *aliento de Seth*. La sensación fue maternal y agradable. Ahora comprendí por qué. Todo encajaba. Las últimas piezas del rompecabezas se iban alineando gracias a Dimitrios. Con apenas un par de frases, ese monje... o lo que fuese, respondió a esa

pregunta fantasma que me formulé desde el mismo día que pisé Arum: ¿Por qué yo?

Continuamos por el túnel. Dimitrios dejó que el silencio me acompañara en aquel debate interno, sumido en los recuerdos de Menaret cada vez más vivos. Era carne de su carne y sangre de su sangre. «Soy su descendiente». Sentí más orgullo por ella que por el mismísimo Horus. Del dios-hombre percibí una fuerza intensa, como la que me hizo sentir cuando estuve en su presencia. De Menaret, el sentimiento. Por fin pude dar sentido a mi propia identidad. Descendía de Menaret, de su hijo, de un guardián de la espada que liberó a Egipto de la confusión y el caos.

Fue en ese momento, caminando al lado de Dimitrios, cuando por primera vez me consideré guardián; el último guardián. Quizá la palabra último se refería a la cadena genética, ya que en mi fuero interno otorgué ese merecido título al profesor Ricardo Williams Heredia, el aventurero que dedicó buena parte de su vida a la búsqueda de la espada.

—Aquí me quedo yo —anunció Dimitrios—. Ahora, el camino lo tienes que hacer tú solo —me dio un apretón de manos y un fuerte abrazo. Aquello sonaba a despedida—. Todo irá bien.

Sin darme cuenta ya habíamos llegado al final del largo corredor. El techo y las paredes se habían ido estrechando hasta tener una altura y anchura de unos dos metros y medio. Bruscamente, el pasadizo giraba a la derecha. Estaba oscuro, sin la luz que nos había acompañado hasta allí. Me dispuse a entrar pero Dimitrios me retuvo.

—Cógela —encendió una antorcha que descansaba en la esquina —. Tendrás que guiarte como se ha hecho siempre, a la antigua usanza. Se tomó la decisión de hacerlo así por respeto a aquellos que nos precedieron, a los que velaron como nosotros de este santo lugar.

La cálida luz que brotaba de la antorcha, apaciguaba todo el temor de las oscuras paredes que parecían engullirme. Por fin iba a culminar aquella tarea. Todo estaba a punto de concluir, de hacer el último movimiento en el tablero de mi destino, pero aún tenía algo que hacer y desconocía cómo. Fui mirando las paredes por si alguna inscripción me ayudaba a dar el siguiente paso, pero nada, estaban completamente lisas, sin ningún tipo de escritura o dibujo que me

pudiera servir de guía para saber cómo actuar.

Iba a paso lento, pero tuve que detenerme. Sentí que algo invadía aquel lugar, algo parecido a lo que viví en la capilla de Hathor del templo de Hatshepsut, justo antes de cruzar la puerta que me llevaría al antiguo Egipto. Duró apenas unos segundos, dejándome en un estado eufórico por fuera a la vez que relajado en mi interior. Me senté. El corazón golpeaba mi pecho a un ritmo frenético, sin motivo aparente, ya que mis pensamientos parecían navegar por un mar en calma donde controlaba cada uno de ellos.

Sin ganas de ponerme en pie y continuar, dediqué ese tiempo a pensar en las últimas horas en compañía de Neti y Dimitrios. Estaba allí para culminar una empresa de vital importancia en el gobierno de los dioses, y no les iba a defraudar. Tenía que cumplir con mi objetivo, henchido de orgullo por saber de quién descendía, por haber vivido una aventura cargada de vida y emoción, pero, sobre todo, por dar respuesta a una pregunta que se había apoderado de mí durante largo tiempo: ¿por qué yo? Volví a pensar en la fe, tal y cómo me la había presentado ese excéntrico y avispado monje. Pensé en Horus, en el equilibrio universal, en Huni y todos aquellos que de una forma u otra hacían funcionar la maquinaria de Amón. Pero me volvieron a invadir con fuerza los recuerdos de Menaret. Al igual que Kiya, era una mujer enérgica, decidida y con una trasparente energía de sentimiento en su mirada «¿Porqué yo?».

Jamás volví a hacerme esa pregunta.

Me levanté, cogí la antorcha que dejé apoyada contra la pared y continué. Había caminado ochenta, tal vez cien metros cuando vi que el pasadizo llegaba a su fin. Una docena de escaleras descendía hasta una base que no pude distinguir su dimensión. Levanté la antorcha y entrecerré los ojos para hacer un cálculo, pero fue imposible. Delante de mí la luz se perdía como tragada por la oscuridad. No había techo, o eso fue lo que supuse, ya que la pared donde me encontraba se inclinaba y ascendía hasta perderla de vista. Me pareció escuchar el sonido de un objeto cayéndose al suelo.

—¿Hay alguien? —primero susurré, luego grité.

Por un momento me estremecí con mi propia voz. Había sonado grave, muy grave, pero lo que llamó mi atención fue la distancia donde rebotaron las palabras. El lugar parecía ser inmenso, vacío,

como si fuesen las profundidades del mismísimo averno. Bajé las escaleras con cuidado, mirando y remirando todo aquello que me permitía ver la luz de la antorcha. En vez de ir hacia adelante y penetrar en el vacío, giré a la izquierda y dejé que la pared fuera mi guía.

Tras un buen rato caminando con la antorcha en la mano derecha, y con la otra, acariciando la pared mientras caminaba, volví de nuevo a la escalinata donde había comenzado. Era una inmensa base cuadrada. Decidí ir hacia el centro de esa base cuando escuché un ruido metálico, combinado con el roce de unas piedras. Algo se estaba moviendo y no podía ver lo que era. Empecé a caminar hacia la oscuridad, dejando que el escalofriante espectro de ese gran vacío rozara mi cuerpo a cada paso que daba.

La llama que me alumbraba comenzó a titilar, como si de repente hubiera entrado una corriente de aire. Los sonidos continuaban aumentando conforme me acercaba al centro. Solo eran ruidos dispares, algo parecido a los engranajes de una vieja y gran maquinaria que aún optaba por sentirse útil. Tenía que estar hundida en la roca, porque pude sentir una ligera vibración bajo mis pies. De repente, todo se iluminó.

Ridículamente me quedé paralizado, como un muñeco al que se le habían agotado las pilas, con un pie hacia adelante, la mano en alto sujetando la antorcha y manifestando un rostro cargado de admiración.

—¡Arum! Dios mío, es... es, Arum.

No había estanques ni jardines que los cobijaba, ni nacían de ellos los arcos de piedra que se desplegaban para formar un entrelazado simétrico. Faltaban también los jeroglíficos, pero había algo que sin duda era similar al Arum que yo conocí: la inmensa columna de unos cinco metros de diámetro que brotaba desde el centro de la pirámide y moría en su vértice.

La luz, que como en otras ocasiones no tenía un punto de origen, iluminaba todo con la claridad de una hermosa mañana a orillas del Nilo. Si existiera un plano de cada pirámide, la de Arum y esta, seguro que sus medidas coincidirían milimétricamente. Todo en ellas dos guardaba una estrecha relación de acogimiento: la emanación de una energía que obligaba irremediablemente a la conexión con el yo más intenso.

Los sonidos que había escuchado salían del interior de la columna. Un pequeño agujero en el suelo me permitió colocar la antorcha. Pensé que quizá ese era su propósito, cerca de la columna, porque el resto de la superficie estaba completamente lisa. La pequeña pirámide que había llevado en todo momento desde que crucé la puerta del tiempo, ya no pendía en la bandolera colgada de mi hombro. Ahora la sujetaba con fuerza entre mis brazos, como si no me quisiera desprender de ella, pero sabía que lo tenía que hacer. Ese singular objeto era parte de mi vida, de emociones que jamás pensé que pudieran existir, de experimentar una magia que solo parecía pertenecer a los cuentos de hadas y, sin embargo, era el fruto de una forma de vida, de su sencillez, de la inmensa fe con la que vivía el pueblo de Egipto hacia su faraón y los dioses. Por todo eso me costaba desprenderme de esa pequeña pirámide. Por todo eso y cada recuerdo que tenía implícito un sentimiento personificado. Esa pirámide era una parte de mí.

Giré lentamente la cabeza para buscar algún indicio, algo que me ayudara a completar aquella misión, pero nada. Solo escuchaba el incesante ronroneo que emanaba de la columna, así que opté por relajarme y esperar nuevos acontecimientos que precisaran mi intervención. No podía hacer otra cosa y ello me defraudaba, aun sabiendo que el siguiente movimiento en ese tablero lo tenía que hacer una fuerza divina. Me senté al lado de la antorcha sin saber si aquello pudiera durar unos segundos, minutos, o tal vez horas. En aquel espacio me sentía conectado con el Arum que vi, con Horus, con su hijo Moahdyi, la reina Hatshepsut, incluso con el Oráculo Huni, que lo presentía como si estuviera sentado a mi lado y esperando que llegara el momento para verme actuar, como el padre que con su sola presencia anima y apoya a ese hijo que va a aparecer en escena por primera vez en el teatro del colegio.

Cuando nada parecía que iba a ocurrir, me levanté. Me acerqué hasta la columna para depositar la pequeña pirámide a sus pies, y fue entonces cuando aquello comenzó a cobrar vida. La columna se quebró con un ruido ensordecedor, como si no aguantara el peso que había soportado durante cientos o miles de años. Pensé que se iba a desmoronar sobre mí, pero solo fue una hendidura vertical de unos cinco metros de altura, donde justamente me entraba la palma de la mano. Impulsado por la curiosidad, rodeé la vértebra de esa

gran pirámide: el pilar que parecía sostenerla desde el inicio de los tiempos. Pude contemplar con asombro que no solamente había ocasionado una hendidura, sino dos.

—Y ahora...

Pensé en voz alta. Necesitaba escuchar mis propias palabras para no sentirme solo. Aunque allí no había nadie, sabía que no lo estaba.

La columna aún ronroneaba en su interior. Me acerqué más a ella y levanté la cabeza para admirarla desde la perspectiva que me ofrecía estar bajo ella. De nuevo volvió a crujir, esta vez con un ruido más intenso. Sobre mi cabeza se había abierto una grieta horizontal que unía las otras dos. Aquello me asustó y me retiré hacia atrás, sujetando aún con más fuerza la pequeña pirámide entre mis brazos. Escuché otro crujido fuerte, y otro, y otro...

Con los brazos agarrotados contra la bandolera, solo pude contemplar la escena que estaba ocurriendo ante mí.

El ruido había cesado mientras la luz aumentaba gradualmente de intensidad. Aquel inmenso espacio en el interior de la pirámide, había eclosionado como un capullo de flor, abriéndose y dejando mostrar unas paredes cargadas de diminutas motas luminiscentes, como si miles de luciérnagas salieran de las paredes para exhibirse en una cálida noche de verano.

La pirámide estaba viva.

Tras disfrutar durante unos segundos de aquel espectáculo luminoso, una corriente de aire fresco acarició mi espalda. Me giré, quedando frente a frente con el gigantesco pilar. De las grietas emanaba un aire dulzón; el mismo que inundaba todo el Templo de los Sabios desde la entrada en la capilla de la Zarza Ardiente. Fue entonces cuando sentí un seísmo bajo mis pies, una sacudida que hizo resquebrajar y desprender por completo, junto a las otras tres grietas, esa porción de la columna por donde salía el aroma de un inmenso jardín de flores.

Era una puerta.

Comenzó a moverse. Parecía deslizarse por una balsa de aceite, lenta, pesada, sin embargo apenas parecía rozar el suelo mientras se desplazaba. Con medio metro de espesor, aquella puerta se asemejaba a la de una cámara acorazada con forma semicircular. Continué de pie, pero algo había cambiado; percibí a través de ese

aroma la misma paz interior que experimenté en el viaje hacia Arum; un estado de despierta somnolencia que activaba cada uno de mis sentidos a flor de piel. Algo me hacía sentir conectado a la gran columna, algo invisible y cargado de una fuerza diferente a cualquier otra que hasta entonces había experimentado.

Al abrirse lo suficiente para ver su interior, la luz que inundaba toda la pirámide y procedía de ninguna parte, se fue concentrando alrededor de la columna, impidiendo que pudiera ver sus oscuras entrañas. La luz fue elevándose hacia el vértice de la pirámide, dejando que toda la estructura se sumiera en una confusa oscuridad. Por un momento pensé que algo no había ido bien, que quizá no estaba preparado para cumplir con la misión que me había impuesto Horus, pero solo fue un ligero y fugaz pensamiento que disuadí con un meneo de cabeza.

La puerta ya se había desplazado por completo. Estaba a oscuras y en silencio, con la bandolera sujeta bajo mi brazo, incluso la antorcha se había apagado como si estuviera aliada con la fuerza que abrazaba cada rincón de la pirámide. Fui a tientas hasta la columna, entré en ella a través de la puerta recién abierta y pegué mi espalda contra la pared. La temperatura de esta era cálida y suave al tacto. Sumido en la más profunda oscuridad, ansiaba que todo aquello terminara. Pero... no había hecho más que empezar.

No me atrevía a ir hacia el centro. Aunque no sentía desconfianza del entorno que me rodeaba, preferí continuar pegado a la pared y esperar que todo aquel proceso llegara a su fin. Era más por respeto que por temeridad. El tiempo parecía haberse detenido cuando, en lo alto del interior de ese inmenso pilar, brotó la misma luz que hasta hacía poco había iluminado la gran pirámide. Fue descendiendo e iluminando gradualmente la pared. Era extraño porque yo aún permanecía a oscuras. De extremada blancura, parecía estar elaborada de materia, deteniéndose y avanzando a su antojo como una nube controlada por cambios de temperatura. De repente se abalanzó hacia el suelo. Fue tan rápido que apenas me dio tiempo a parpadear. Invadió con tal potencia el círculo donde me encontraba, que tuve que cerrar los ojos para evitar el dolor que me producía su claridad.

Aun con los parpados cerrados, la luminosidad me permitía ver un objeto en el interior de la columna.

Me sentía confundido, pero poco a poco la luz fue menguando de intensidad. Abrí los ojos, y el objeto pareció cobrar vida ante mí. No pude definir el material, pero era brillante: oro, plata, o algún otro metal donde rebotaba la luz con destellos resplandecientes. De metro y medio de largo, por uno de ancho y uno de alto, aquel cajón cuadrangular tenía algo sobre su superficie superior que no pude distinguir con claridad. Aún había demasiada luz, pero parecía una figura. Algo me atraía hacia aquel objeto; curiosidad tal vez, o el afán por culminar lo que había ido a hacer allí.

Me acerqué con prudencia. La pequeña pirámide que no se desprendía de mis manos, comenzó a vibrar con una intensidad que fue aumentando según me acercaba. El entorno se hizo cada vez más visible a mis ojos y, lo que pude ver, me dejó casi paralizado.

Me hallaba ante el cofre de Isis.

De las que me eran familiares, pude descifrar que en ellas se escribía un mensaje muy similar. Palabras como fe, equilibrio, universo o Dios, se mezclaban con un nombre que se repetía en todo los escritos: Moisés.

Mientras observaba detenidamente la base, la neblina ya había alcanzado un espesor de unos diez centímetros sobre el suelo, pero había algo raro; solo se esparcía por el interior de la columna. No salía hacia afuera de aquel círculo donde se encontraba el cofre, como si alguna ley divina le tuviera vetado el paso hacia el exterior. La pequeña pirámide continuaba vibrando. La dejé que pendiera de mi hombro en la bandolera y coloqué las dos manos sobre el cofre metálico para sentir de qué estaba hecho. Jamás había visto un material que irradiase ese tipo de energía, de... vida. Era agradable al tacto, como si mi mano estuviera rozando las tranquilas aguas de un estanque. Mis dedos se ensañaban con deleite en acariciar cada relieve, esquina... Era un hermoso cofre, una verdadera obra de arte donde se exponía a hombres, mujeres y niños, plantas, animales de mar, tierra y aire. Todo ello mezclado con ríos que parecían descender desde las nubes, me hallaba ante una representación del mundo, de la humanidad.

—¡Nafer!

Escuché la voz de mi esposa. Miré hacia el exterior de la columna pero todo estaba sumido en la oscuridad.

—¡Nafer!

—¡Aquí, en la columna! —Quise gritar pero mi voz apenas era audible, incluso para mis propios oídos.

Ella volvió a llamarme repetidamente, pero esta vez sus palabras sonaban como un difuso eco dentro de mí cabeza. De nuevo el silencio inundó todo en interior de la pirámide. No podía dejar de tocar con mis manos el cofre, no quería. Estaba ligado a él a través de su fuerza, de algo vivo que estaba adueñándose del interior de la columna y no lo podía ver, solo sentir. Fue un involuntario pensamiento el que me incitó a dar el siguiente paso.

Coloqué las manos bajo el perfil de la tapa, y sin apenas hacer fuerza, logré levantarla hasta que quedó en vertical. Estaba unida al cofre por unas bisagras con forma de cruz egipcia. Miré en su interior. En el centro había un hueco con forma de pirámide invertida; era el receptáculo para lo que llevaba en la bandolera. Iba a abrir la tapa de cuero para sacarla, cuando me detuve. A ambos lados del recipiente para la pequeña pirámide, había unas lajas de piedra de unos tres centímetros de grosor cada una. En total, doce losas que descansaban verticalmente dentro del cofre.

Introduje la mano lentamente. Fui tocando cada una de ellas, con suavidad, como si se tratara del cristal más frágil que pudiera existir. La pequeña pirámide continuaba vibrando; parecía querer salir de la bandolera y ser colocada en su sitio, pero eso iba a esperar. Antes necesitaba saber qué eran esas lajas de piedra.

Al azar, fui levantando una con extremado cuidado. Cuál fue mi sorpresa, cuando pude ver los caracteres que estaban impresos en ella. Conocía cada uno de ellos: era la escritura de los dioses.

Cada laja medía unos ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho. Parecía haber sido seccionada por un hachazo en la roca a la que pertenecía, ya que presentaba una forma un tanto irregular. No estaba pulida, pero sus cantos mostraban una redondez un tanto abrupta, intentando querer evitar con ello que las pétreas aristas pudieran herir las manos de quien las manipulara. La coloqué verticalmente, apoyada contra la tapa del cofre. Era del color de la arena del desierto, con alguna beta grisácea y azulada que la

naturaleza dibujó de forma caprichosa. Los caracteres resaltaban por un negro… casi indescriptible. No habían sido impresos con pintura ni nada que se le pareciera. Sus líneas eran perfectas y resaltaban como si estuvieran hechas en relieve, pero no, no sobresalían. Eran parte de la roca.

Al leerlos, un súbito acaloramiento me invadió desde los pies hasta la garganta. Me ahogaba. El oxigeno pareció haberse agotado a mi alrededor, sin embargo, todo volvió a la normalidad cuando supe que el lugar no tenía la culpa de lo que me ocurría. Era yo. Por un momento me evadí y los músculos comenzaron a agarrotarse hasta casi tomar el control por sí solos. Fue un instante. De nuevo, una bocanada de aire fresco penetró en mis pulmones y retomé la situación.

Lo que tenía ante mí, era la revelación de Dios.

XXV

«Venera a aquellos quienes me representan. Los que te han donado la vida, alimentado, educado y sacrificado por ti. Hónralos porque son tus padres. No levantes la mano contra ellos ni les faltes el respeto, porque son parte de ti, y tú, parte de ellos. No permitas que envejezcan en soledad, ni los abandones cuando te reclamen para colmarlos de gozo con tu sola presencia. Hónralos como me honras a mí».

Era el cuarto de los diez mandamientos que Dios entregó a Moisés en lo alto del monte Sinaí. Era la palabra impresa en la roca por el fuego de Dios. Era… parte del creador.

Alcé la vista para regodearme con aquel lugar, más bien para respirar una ínfima parte de su esencia. No era el provisional santuario construido por los israelitas en el desierto durante el éxodo de Egipto, hasta que se hubiera edificado el Templo de Jerusalén por el rey Salomón. No, tampoco era el tabernáculo que describen las escrituras sagradas, pero sin duda, si que era el santuario terrenal para acoger la palabra de Dios hacia el hombre, la alianza que se fraguó con los cimientos de la fe en la humanidad.

«El cofre de Isis, es… el Arca de la Alianza».

Sonreí. Eché un vistazo de nuevo sobre la tapa del cofre. Siempre se había dicho que las figuras aladas que descansaban sobre el arca eran dos querubines: dos ángeles considerados los guardianes de la gloria de Dios. Bien pudieran serlo o así

representarlo, pero lo que veían mis ojos, era la imagen de Isis, Gran Maga y Reina de los dioses.

Miré el resto de las tablas de piedra depositadas en el cofre. Volví a contar y eran doce las que había, no diez, ni tampoco dos tablas donde supuestamente figuraban los diez mandamientos. Doce tablas, doce mandamientos, o tal vez no. Quizás fueran diez y las otras dos nada tenían que ver con el decálogo. No lo quise saber. Mi curiosidad se había debilitado hasta tal extremo que, por el mero hecho de estar allí, sin duda alguna ya era un acontecimiento sumamente extraordinario.

No quise tentar a la suerte.

Deposité la tabla en su lugar, aun con más cuidado que cuando la cogí. Acaricié el resto, dibujando olas con mis dedos mientras iba pasando de una a otra. Me detuve en las dos últimas. Algo me incitaba poderosamente a extraerlas y ver su contenido, algo que era más fuerte que mi férrea voluntad. Entonces, mientras me debatía en aquella lucha interna a punto de sucumbir a mis propios principios, una imagen se proyectó dentro de mí. Era Horus. Asentía con una cautivadora sonrisa, alargando los brazos e indicando con las manos el cofre que tenía ante mí.

—He llegado hasta aquí, «Padre». Ahora, por fin culminaré la obra que me encomendaste.

Un hormigueo me recorrió la columna vertebral. Le había llamado padre. Ese era el padre al que se había referido Dimitrios, y en ese momento fue cuando así lo sentí.

Voluntariamente había cerrado los ojos. Casi le podía estrechar la mano, abrazarlo y sentir la fuerza de sus poderosos brazos, pero... solo era una imagen que se había proyectado en mi interior, una imagen que había irrumpido en mis sueños desde la niñez, y que ahora, tenía que estar ahí, haciendo que sintiera el orgullo de mi estirpe.

Y así fue.

Temblé al recordar las palabras de Dimitrios: «Eres descendiente directo de Horus, de Moahdyi, su hijo, el primer guardián de la espada».

Abrí los ojos. Al ver lo que tenía ante mí intuí que de una manera u otra había estado allí. Entre mis manos se hallaban las dos últimas lajas de piedra. Pertenecían a la misma roca que la

tabla del cuarto mandamiento, con sus betas grisáceas y azuladas, sin embargo no había un solo signo de escritura impreso en ellas. Estaban… en blanco. Las miré una y otra vez. Con todo el conocimiento que poseía en esos momentos, intenté encontrar una razón de por qué estaban en blanco, por qué todo el mundo conocía las tablas de Moisés con sus diez mandamientos, y nadie sabía nada acerca de esas dos lajas.

Entonces lo comprendí. Dimitrios, durante el largo paseo por el túnel había estado preparándome para encontrar lo que tenía delante. Encontrarlo y comprender su significado. Él sabía que iba a sacar las dos últimas tablas que estaban en blanco. Lo sabía y por eso me había adelantado la respuesta a una pregunta inevitable: ¿por qué no hay nada escrito en ellas? Fue un juego de palabras que pasé por alto, sintiéndome confuso al revelarme quienes eran mis antepasados. Sin embargo, entre ellas estaba la respuesta: «Dios aún no ha revelado sus últimas palabras». Había mezclado las frases para dar una respuesta a mi incertidumbre, sabiendo que mi mente se iba a centrar en asimilar la descendencia de Horus, y así fue. Al conocer que era heredero genético del coloso que conocí en Arum, todos mis pensamientos se dedicaron a reavivar una pequeña llama que había comenzado a arder dentro de mí, pero en el fondo, me estaba adiestrando para encontrar entre sus palabras, las respuestas a las preguntas que yo mismo me iba a formular.

—¡Nafer!

De nuevo la voz de Neti, angustiada. Quise gritar para hacerme oír, pero de mi garganta apenas se escuchaba un leve murmullo.

—¡Naaafeeeer!

Ahora parecía desgarrar su garganta al pronunciar mi nombre. Volvió a llamarme una y otra vez, sintiéndola cada vez más cerca. Yo permanecía con las manos sobre la pequeña pirámide, como si estuviera soldado a ella. Un fugaz pensamiento me despabiló la cabeza. Ella gritaba y yo sin embargo estaba en paz, una paz cargada de un extraño poder. Algo estaba fallando en todo aquello. No podía estar tan impasible mientras ella estaba sufriendo. Volvió

a llamarme. Ahora sus palabras parecían poseer un tono diferente, un timbre que emanaba de su garganta con una fuerza vigorosa, a la vez que dulce y cautivadora.

—¡Nafer, dame la mano!

La potente luz impedía que viera nada a mi alrededor. Moví la cabeza hacia ambos lados, intentando localizarla por el rabillo del ojo, pero nada, ni tan siquiera podía ver mis manos que permanecían aferradas al arca. Ya no poseía esa paz interior que se había apoderado de mí. Comencé a ponerme nervioso, incluso pude notar como el sudor se pegaba a mi ropa. Cerré los ojos, entonces los vi. Estaban delante, al otro lado de la tapa. Horus parecía alentar a Neti que tendía las manos hacia mí.

—¡Ya ha terminado, mi amado esposo —gritaba ella—. Ahora, dame la mano.

Horus también me la tendió. Poco a poco fui despegando las manos del arca, sintiendo a la vez un escalofrió casi agradable. Comencé a cerrar la tapa y todo se sumió en una oscuridad repentina. En ese momento, perdí todo control sobre mí y caí de bruces al suelo.

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente. Al abrir los ojos, estaba de nuevo acompañado por la vaporosa luz que iluminaba todo el interior de la columna. Pero estaba solo. Ni rastro de mi esposa. Me incorporé temblando, con los músculos flácidos y debilitados, pero pronto comencé a notar cómo la fuerza penetraba en cada uno de ellos, haciendo que sintiera una extraña vigorosidad que me colmaba de plenitud.

La neblina que hasta ahora había cubierto mis pies, fue introduciéndose en el arca a través de los relieves que la adornaban.

Todo allí dentro poseía vida.

Decidí salir. Todo había terminado. Fue entonces cuando asumí no solo mis tres últimos años de vida, sino todos. A partir de ese instante, Horus se hizo un hueco en mi corazón, no como el dios adorado por los egipcios durante miles de años, sino como hombre. Físicamente había estado junto a él en Arum, compartiendo durante unos días algo más que una amistad, sin embargo, de una manera u otra siempre había estado conmigo desde el día en que nací. Por mucho más que todo eso, y sentir que por mis venas corría la sangre del que un día unificó la tierra de Egipto, de nuevo sentí a Horus

como un padre, el hijo de muchos padres y el padre de muchos hijos que habían existido hasta llegar a mí.

La luz desapareció en el interior del enorme pilar. Durante unos segundos me quedé invadido por la oscuridad. Solo unos segundos, y de nuevo se iluminó toda la pirámide. La puerta semicircular que se había desprendido de la columna, comenzó a desplazarse hacia ella con un movimiento lento y calculado, deslizándose hasta encajar en su lugar. Las grietas que poco antes habían hecho crujir el suelo, comenzaron a sellarse, fundiendo y solidificando cada grano de piedra hasta convertirse todo en uno con el resto de la columna.

La luz de la antorcha se encendió por sí sola. Me senté a su lado, ocultando el rostro entre mis manos. Me lo había merecido y dediqué en ese momento un tiempo de asueto, un tiempo que me permitió volver a mi propia realidad. El Arca de la Alianza que descansaba en ese singular tabernáculo era algo más que un simple objeto donde se guardaban celosamente las tablas de Moisés, era parte de un poderoso mecanismo que los dioses utilizaban para preservar el equilibrio.

Pude experimentar su enorme fuerza y poder.

Cuando Huni o Dimitrios hablaban de ello me estaban instruyendo, preparando y concienciando para llegar hasta allí. Sentí en mis entrañas el conocimiento divino, el don del saber y el poder de la fe. Mi nacimiento era un movimiento en ese tablero, y el cumplir con mi propósito, otro. Pero… vendrían más como yo, de la misma manera que aquellos que me precedieron para cumplir tareas parecidas. Solo hay algo que me diferenciaba de todos ellos: los genes de Horus recorriendo mi cuerpo; una herencia que siempre tendré que saber llevar con orgullo. Cogí la antorcha y me dispuse a desandar el recorrido. Al otro lado del oscuro y silencioso corredor, Dimitrios y la hermosa reina de Egipto me esperaban con una confusa sonrisa en unos rostros, donde se marcaba un sufrimiento compungido. Aceleré el paso para llegar hasta ellos y sentirlos entre mis brazos.

—Mi amado esposo ¿Estás… bien?

Sus lágrimas humedecían mi pecho en un abrazo donde pude acariciarle la suave piel a través de la túnica. Asintiendo, palmeé la espalda de Dimitrios y tomé el rostro de Neti entre mis manos.

—Eh, eh, claro que estoy bien —intenté tranquilizarla—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Atusándole el cabello, volví a apoyar su cabeza contra mi pecho. Miré a Dimitrios, fruncí el entrecejo y le hice un ademán para saber el por qué de esa preocupación. Su mirada la dirigió hacia la esquina donde poco antes descansaba la antorcha. Había dos mantas; una más gruesa que la otra.

—No se ha movido de aquí —habló el monje, encogiéndose de hombros—. Sabía que no podía penetrar más allá de esta entrada, pero tampoco quería separarse de ella. Aquí ha dormido.

No comprendí a qué se refería. Sonreí.

—¿Qué dices? Apenas he estado hora y media en el interior de ese recinto. Tal vez... dos horas, no lo sé.

Neti me miró con sus húmedos y cristalinos ojos. Negó al tiempo que un suspiro entrecortado llenaba de aire sus pulmones.

—Dos días —reveló con voz melodiosa—, con sus dos noches.

Intenté organizar minuto a minuto en mi memoria el tiempo que había transcurrido desde que penetré en el interior de la gran pirámide. Era imposible. A no ser que la pérdida de consciencia fuera la culpable, creando una laguna vacía en mis últimos recuerdos, era imposible.

—¿Dos días? Repetí sin hallar una explicación.

Me cogió una mano y la resguardó entre las suyas.

—Soñé que algo te ocurría. En mis sueños quería entrar para ayudarte, pero una puerta invisible en esta entrada me cerraba el paso. Era algo más que un sueño, Nafer. Tendía mis manos para asirte porque te hundías en una densa nube, pero tú te limitabas a sonreír y no podía hacer nada. Fue la primera noche.

Me quedé perplejo ante su declaración. Ella estuvo allí en sus sueños y yo la pude ver como la estaba viendo ahora.

—Solo ha sido un sueño...

—No —me interrumpió—. Sé lo que es un sueño y te aseguro que esa vivencia no lo fue. En el lecho de muerte del faraón Akhenatón, durante un momento que me quedé a solas con él y sentí una poderosa presencia a mi lado, la misma que percibí cuando te tendía mis manos en esa cámara redonda. Nafer, sé lo que digo. Solo pretendía que la nube blanca no te llevara al inframundo, que te quedaras conmigo...

No pudo continuar. Las palabras de aliento poco servirían para calmar su silencioso llanto, así que la miré, asentí y besé sus labios que me recibieron cálidos y deseosos de ternura.

—Fue Horus —revelé—. La presencia que estuvo a tu lado fue Horus, y sí, te vi. Os vi a los dos que me tendíais las manos. Pero no recuerdo nada más. Lo siguiente fue que desperté abatido, sin fuerza, pero poco a poco aquel lugar me fue entregando la energía perdida.

Comprendí entonces las palabras que dijeron el quinto y sexto monje al revelar el mensaje de Huni: «Vendrá en compañía de una mujer. Ella aportará la fuerza para culminar su viaje». Si Neti no llega a estar conmigo en aquel lugar, tal vez me hubiera dejado abandonar a mi mismo con aquel colosal poder que desprendía el Arca. Sentí que mi vida se volatilizaba con aquella energía, pero ella me tendió la mano para hacerme ver la realidad y volver a este mundo. No solo me acompañaba para culminar el viaje, sino para salvar mi vida, para darme su fuerza y no permitir que sucumbiera con el éxtasis que se alojaba en el interior de la columna. Horus también sabía lo qué me iba a ocurrir, por eso permitió que Nefertiti, la reina de Egipto, mi esposa, cruzara la puerta conmigo para ser partícipe de su misión. Él lo sabía.

Miré a Dimitrios. Sus ojos también se habían humedecido.

—Y... y...

No podía hablar. En su rostro vi que me quería hacer mil preguntas, pero sus labios temblaban unidos el uno contra el otro.

—Sí, mi querido Dimitrios. Todo ha terminado y he cumplido la misión de mi amado Horus. Por cierto, la undécima y doceava tablilla siguen en blanco.

Asintió durante unos segundos, abstraído en sus propios pensamientos, sonrió y nos invitó a abandonar aquel lugar, recorriendo el enorme pasadizo que nos llevara de vuelta al monasterio. Durante el paseo comenzó a hablar con una alegría deseosa por brotar de su interior, levantó el brazo y colocó una mano sobre mi hombro.

—Se escribirán, ya lo creo. Cuando la humanidad complete esta fase, se escribirán. Poco falta para culminar la obra de Dios, su creación; entonces, Él será quien a fuego escriba los dos últimos mandamientos de su ley. La ley que rige el equilibrio y dota de vida

la propia existencia del ser humano, las plantas y animales. Así lo escribió Abraham en su lecho de muerte, mucho antes del encuentro de Moisés con Dios. Todo está escrito, joven amigo —me palmeó la espalda—. Todo está escrito.

En el ascenso por el corredor, Dimitrios pareció rejuvenecer treinta años. Yo había culminado mi misión, pero él… él se transformó en esos escasos minutos en un hombre diferente. En su mirada revelaba que había encontrado la respuesta a la incertidumbre de aquello que aún estaba por escribirse, conectando con lo supremo y lo divino, con aquello que la humanidad ha estado entregando desde el inicio de los tiempos: la fe, la sabiduría, el motor del universo y, según él, la fuerza vital que nos conecta con los arcanos poderes del resto de los mortales… y con Dios.

Dimitrios había vuelto a nacer.

Me detuve ante la entrada que accedía a la cámara donde reposaba el antiguo saber: las letras impresas por cientos de filólogos y filósofos que habían dedicado en vida para regalarnos su legado. Todo estaba ahí: la fe unida al conocimiento y el conocimiento unido a la fe. Volví a recorrer los pasillos repletos de estanterías. Mis pies acariciaban el mismo suelo que tiempo atrás lo habían hecho profetas como Cristo y Mahoma, humildes mensajeros de Dios para crear un dogma de vida y fe.

Allí, en el Templo de los Sabios, uno podía nacer, vivir y morir, y sentirse afortunado por ello.

XXVI

Toyota. Tras una necesitada ducha, un agradecido y opíparo desayuno y dos nuevas chilabas que los monjes nos habían regalado, mi buen amigo nos acompañó desde el monasterio hasta el lugar donde había aparcado el todoterreno, junto a las tiendas de recuerdos que ya se afanaban para preparar un nuevo día. El amanecer allí era hermoso y cautivador. El cielo jugaba con colores que iban desde el pálido azul hasta el turquesa, mezclado con los violáceos de las montañas en el horizonte y los ocres de las piedras y la arena que inundaban el extenso terreno en diferentes tonalidades.

—Es su forma de daros las gracias y despedirse —comentó Dimitrios, mientras caminábamos por la solitaria carretera.

Nos detuvimos a escuchar. Desde el jardín del monasterio se oían las voces de los monjes que entonaban un hermoso cántico, acompasado por el repique de las viejas campanas, cuya percusión hechizaba hasta los pájaros que sobrevolaban entre ellas.

Ya todo quedó atrás, pero solo en la distancia, nunca en el olvido.

Nuestra primera intención era ir al extremo meridional de la península del Sinaí, a visitar la ciudad de Sharm el-Sheikh, pero había algo que nos incitaba a regresar a El Cairo. Neti hablaba con tierna añoranza de Yasmin y sus hijos, yo, de Tarik y las andanzas que me llevaron con él hasta el templo de Hatshepsut, tres años

atrás. Sin darnos cuenta, hablábamos de ellos como parte de nuestra familia, y supe que a partir de entonces así iba a ser. Yo evoqué los recuerdos del otro Egipto, ella, de sus hijas, de las últimas horas que pasaron juntas y terminaron de convencerle para venirse conmigo en el largo viaje del tiempo.

El Oráculo Huni también lo sabía. Sabía que cuando depositara el pequeño fragmento en forma de pirámide del trono de Amón en el Arca de la Alianza, iba a ocurrir algo. Por eso mi esposa Nefertiti tenía que estar ahí para evitarlo. El amor que me prodigaba era el arma más poderosa que ella tenía para evitar un final inesperado. Sin ella allí y la compañía de Horus, quizá no estaríamos al volante camino de El Cairo.

Huni también lo sabía.

La última hora antes de avistar la caótica ciudad bañada por el Nilo, nuestras palabras fueron en recuerdo de Kiya y la princesa. Quise convencerla que en la carta de Horemheb íbamos a tener noticias de ellas, pero no estaba tan segura. Presentía que les había ocurrido algo, sin embargo, se consoló cuando le dije que Horus las tendría bajo su amparo en aquel juego que habían iniciado los dioses.

Me costó, pero al fin la pude convencer.

Tras enfilar la recta que nos adentraba en la ciudad, fui recordando una a una todas las calles hasta detener el *Toyota* frente a la casa de Tarik. Apagué el motor. Neti estaba ansiosa por salir, pero la retuve. Antes quise besarla y abrazarla en la intimidad de aquel pequeño espacio, e inhalar el suave y dulce aroma que desprendía su piel.

El jardín que bordeaba la casa estaba desierto. Abdel Rahîm y Zaina aún estarían en la escuela. Llamé a la puerta con el estridente sonido de los nudillos, marcando un ritmo armónico mientras la golpeaba. Pasaron unos segundos. Estábamos inquietos, pero a la vez un remanso de tranquilidad nos arropaba por saber que todo había terminado, que a partir de ese momento una nueva vida comenzaba entre los dos. La puerta se abrió y el rostro de Tarik pareció iluminarse de una alegría contenida desde tiempo atrás. Se abalanzó para aferrarse en un abrazo casi insoldable. Sin mirarnos a la cara por tener la cabeza hundida entre nuestros cuerpos, escuché cómo un afligido llanto brotaba de su garganta.

—Perdóname, por favor… Perdóname —intentó hablar con claridad, pero balbucía entre suspiros cada una de sus palabras.

Acaparé su rostro entre mis manos.

—Eh, eh, Tarik. Creo que quedó bien claro que nada tengo que perdonarte, y si así fuera, cosa que desconozco el motivo y poco me importa, te libero de esa carga… fantasma que llevas sobre tu espalda y quedas perdonado. ¿Por qué esa insistencia? —Lo zarandeé con suavidad como a un chiquillo—. Bueno, ya vale ¿de acuerdo…?

—Perdóname.

Volvió a insistir al tiempo que abría la puerta y se perdía en el interior de su casa. Entramos tras él. Yasmin se presentó a recibirnos con exclamaciones de alegría. A esas primeras horas de la tarde, cuando el sol de septiembre aún castigaba con sus rayos, el interior de la casa de Tarik estaba en una tenue penumbra, conservando así una frescura natural.

Mi vista aún no se había acostumbrado al cambio de luz.

Vi dos figuras que se levantaban de las sillas. Estaban junto a la pared donde mi pequeño amigo había dibujado aquel enorme pilono, confiriendo a la principal sala un aire de antiguo Egipto. Mis pupilas poco tardaron en habituarse con el lugar. Entonces, mi corazón dio un vuelco y comenzó a latir con la fuerza de un toro bravo en una embestida.

—¡Mamá… papá…!

Estaban allí y no podía dar crédito a lo que veía. Ansiaba tanto verlos, que pensé por un momento que eran amigos de Tarik y mi vista estaba jugando con una confusa realidad. Pero no, eran ellos. Había pensado llamarles cuando todo hubiera terminado, desde allí, desde la casa de Tarik en el relax de aquellas paredes para encontrar las palabras adecuadas. Era difícil ¿qué les podía decir? «Hola, soy Fernando y he estado tres años en el antiguo Egipto con el faraón Tutankamón y toda su familia». No. Había ensayado en más de una ocasión las primeras palabras que iba a decir cuando alguien de mi familia descolgaría el teléfono, allí, en Burlada. Palabras que se mezclaban entre sí sin poder encontrar una frase que tuviera sentido.

Ya no hacía falta. Ahora estaban conmigo. Miré a Tarik, y entonces deduje su cansina insistencia a que le perdonara. No solo

no le tenía que perdonar, sino que de nuevo agradecer. Me había ahorrado el enorme sufrimiento de llamar a mi familia y decirles que estaba vivo, que todo había sido un capricho de los dioses, un juego que había durado tres años y que volvía a casa, eso sí, casado por el antiguo rito egipcio con la reina Nefertiti.

—¡Hijo mío!

Su voz y esa expresión tan habitual en ella me desgarraron el alma. Claro que era suyo, y ella mía, mi madre. Era ese vínculo que quedó unido desde que mi vida comenzó en su vientre materno. Corrí hacia sus brazos abiertos. Mi padre se unió al abrazo y permanecimos en esa silenciosa fusión durante unos segundos.

De soslayo, vi a otra persona que estaba a los pies de la escalera que accedía al piso superior.

—¡Abuela, tú...!

—Fernando.

La cogí en volandas. Volvió a repetir mi nombre, una y otra vez. Era ella. El tono de su voz mostraba la personalidad que siempre le había acompañado. Estaba hermosa, como siempre. Vestía una falda que ocultaba sus rodillas, dejando mostrar unas piernas que siempre había mantenido torneadas. A pesar de su edad, el fantasma senil apenas se fijaba en ella. Con su corto pelo blanco, peinado como siempre a la última moda, desprendía una belleza que irradiaba energía a todo el que estuviera a su alrededor. Ninguno de los dos conseguíamos hablar con los labios, solo con la mirada.

Me giré para localizar a Neti y hacer la pertinente presentación. Aún permanecía abrazada a Yasmin, y aquello se había convertido en un valle de lágrimas, risas, nerviosismo, y una agradable incertidumbre que se podía respirar en cada esquina de esa habitación.

—Neti...

Se soltó de Yasmin y le acarició el rostro con una mueca de satisfacción. Me miró, pero rápidamente cambió su mirada hacia mi abuela. Continuaba con la más hermosa de sus sonrisas, sin que sus ojos se fijaran en ninguna otra persona. Era una escena extraña, pero había oído hablar tanto de mi familia que parecía haberse quedado sin saber cómo reaccionar. De nuevo la llamé para sacarla de ese estado de extraña timidez. Su sonrisa comenzó a apagarse lentamente, abriendo los ojos como si un espectro hubiera entrado

de repente en la sala. Algo no cuadraba. Conocía perfectamente a las dos, y ninguna de ellas había reaccionado así jamás en una situación similar. Estaban a unos dos metros de distancia, yo, en medio. Sus cuerpos permanecían estáticos, sus rostros impasibles y el único vestigio de vitalidad eran las lagrimas que descendían lentamente por sus mejillas.

Hubo un movimiento en mi abuela que me alertó. La musculatura de sus piernas había perdido fuerza, y su vigoroso y altanero cuerpo comenzó a ladearse hacia un lado. No tuve que hacer mucho esfuerzo para asirla por la cintura y sujetarla. Neti también se movió con rapidez, pero detuvo el impulso al ver que ya estaba entre mis brazos.

—¡Abuela! ¿Estás Bien?

Quise sentarla, pero bastó un ademán para indicarme que la dejara de pie. Tarik estaba enseñando a mis padres el dibujo del pilono pintado sobre la pared; solo Yasmin se percató de lo que estaba ocurriendo. Mi abuela volvió a fusionarse en la mirada con Neti. Mantenían un lenguaje visual, ese que dominan las mujeres cuando entrelazan sus ojos y solo ellas son capaces de entenderlo. Sonreí por mi ingenuidad en ese terreno. La voz de Tarik inundaba la habitación con sus explicaciones, siempre acompañada de exagerados movimientos con las manos. Fue mi abuela la que comenzó a hablar, con seguridad, pero a la vez con cierto temor en su fonética.

—Nefer... Nefer... ¿Titi?

Todos se giraron al escuchar el nombre de mi esposa. Miré con un atisbo de complicidad a Tarik y Yasmin, pensando que ellos hubieran descubierto la verdadera identidad de Neti y se la habían transmitido a mi familia. Pero no, sus rostros de perplejidad me revelaban que desconocían la verdad. El interés de mi abuela por el antiguo Egipto, era fruto de las innumerables charlas que había mantenido con ella desde mi niñez. Sabía escucharme cada vez que le hablaba de cada uno de los faraones, reinas, sacerdotes, ritos, costumbres, o la situación geográfica de las ciudades más importantes. Siempre estaba ahí, compartiendo mi ansiedad por esa tierra, incluso cuando mantenía conversaciones, intercalaba pequeñas pinceladas de la sempiterna civilización a ambas orillas del Nilo. Yo sonreía cuando la escuchaba hablar así entre adultos,

ella, me guiñaba un ojo para indicarme que se había aprendido bien la lección.

«Pero… ¿cómo ha podido conocerla?».

Siempre ha sido una buena fisonomista, sin embargo, la situación que se estaba viviendo en ese momento era casi insostenible. Aunque guardaba un enorme parecido, la única referencia que tenía sobre ella era una fotografía del famoso busto de Nefertiti que se hallaba enmarcada sobre la cama de mi habitación, aun así…

Mientras dejaba que mi imaginación volara sobre las hipótesis más absurdas, Neti se acercó hasta mi abuela y comenzó a acariciarle el rostro con suavidad. La escena me conmovió. De repente, se unieron en un abrazo bajo el amparo de todas las miradas que, perplejas, las observaban sin parpadear. Escuché que Neti susurraba algo. Repetía la misma palabra pero no la podía entender. Fue cuando separó los labios que se escondían en el rostro de mi abuela, cuando la palabra se hizo entendible a oídos de todos.

—Kiya… ¡Kiya, Kiya…!

El suelo parecía estar abriéndose bajo mis pies, engulléndome en un abismo de caos y confusión sin que nada ni nadie pudieran hacer algo para sacarme de aquel estado. El aire se esfumó y mis pulmones se colapsaron como si me hubieran arrojado al agua, atado a los pies por una tonelada de cemento que descendía hasta el mismísimo averno. Quise tomar aire; no pude. No, no era yo quien me hundía, era el mundo que se abalanzaba contra mí. De nuevo el fantasma de las incertidumbres golpeaba con insistencia, se reía y me zarandeaba como las olas del mar en una agitada tormenta de invierno.

Necesitaba respirar.

Escabulléndome de aquella sala donde mi vida había ejecutado un brusco giro, subí las escaleras que llevaban a la terraza, apoyé las manos sobre la balaustrada y la visión del Nilo me trajo una bocanada de aire fresco. Volví a respirar, una y otra vez, inhalando profundamente el fresco y húmedo aroma que desprendía sus aguas.

En la soledad, me relajé. Escuché unos pasos que se acercaban.

—Hijo mío…

Me giré. Mi madre parecía llevar una enorme losa sobre su espalda. La abracé. No sabía lo que estaba pasando, pero no quería verla sufrir. Nos sentamos.

—Tengo que hablar contigo, hijo. Lo tenía que haber hecho hace tanto tiempo, pero no podía…

—Claro que no podías, madre. He estado tres años ausente, y no sabíais nada de mí durante todo ese tiempo. Cuánto has tenido que sufrir…

Me miró consternada.

—Siempre lo hemos sabido.

Aislando los sentimientos que sentía por mi madre, volví a la realidad. El nombre con el que Neti había llamado a mi abuela, creaba lagunas confusas como jamás las había tenido, ni tan siquiera las que se produjeron cuando crucé la puerta para ir al antiguo Egipto. Por momentos pensé que todo lo que estaba ocurriendo ese día era un sueño. Solo por momentos, porque sabía que era una realidad, un nuevo reto al que me tenía que enfrentar. El juego aún no había terminado.

—Necesito saber qué es todo esto, qué está pasando. Neti es mi esposa y quería presentárosla. Madre, estoy casado, pero ¿por qué ella ha llamado a la abuela, Kiya? ¿Qué ocurre?

—Yo…

Quiso hablar, pero en ese momento entraron todos. Yasmin tenía entre sus manos una bandeja cargada de pastas, Tarik, otra con unos cuántos vasos de té. Corría un suave viento templado y agradable, y de fondo se escuchaba el ronroneo de una motonave surcando las aguas del Nilo. Fue mi abuela la que habló cuando todos se sentaron.

—Yo le contestaré. Es mi obligación y deseaba hacerlo desde el día que naciste, Fernando, pero no podía.

—Abuela…

—Escúchame —me interrumpió—. Mi nombre es Nefer-Mînâ-Nut-Kiya. Fue Nefertiti quien me lo puso, ya que yo no recordaba tan siquiera mi nombre. Nefer, según ella, porque cuando me encontró a orillas del Nilo con la cara manchada de barro y la ropa hecha jirones, vio pureza y belleza en el interior de mis ojos; Mînâ o

Menes, en honor al primer faraón de la primera dinastía; Nut, también por ese mismo día que me vio por primera vez. Estaba de rodillas, encorvada y con los brazos recogidos en mi vientre. Esta mujer —acarició el brazo de Nefertiti— vio que únicamente estaba al amparo de la diosa Nut, diosa del cielo, creadora del universo y de los astros; y Kiya, por el recuerdo de la mejor amiga de su infancia, que con doce años tuvo que dejar Tebas para trasladarse con su familia al norte de Egipto.

—Nefer-Mînâ-Nut-Kiya —pronunció Neti con la entonación del antiguo Egipto. Le instó con un gesto de la mano a que prosiguiera con la conversación.

Todas las miradas se centraron en... mi abuela.

—Sí, soy Kiya, Fernando, y tu madre es la princesa, hija del faraón Tutankamón y de la reina Ankhes —levantó la mano para que nadie le interrumpiera—. Sois descendientes directos de Horus, el hombre que entregó su vida por Egipto, se convirtió en dios y nació el padre de todos los faraones. En realidad, soy tu bisabuela. Quise conservar mi nombre egipcio en este tiempo, pero en mi tierra, resultaría extraño y difícil de pronunciarlo. Fer-mînâ era un nombre más común. Pasaría desapercibido y sin embargo, guardaría las raíces que me conectaban con mi otro mundo. Con el tiempo logré recordar el nombre de mi niñez, que era María, pero Fermina era la identidad con la que todos me conocían. Así lo hice.

«Sabe mi descendencia».

Conforme hablaba, comencé a observar un cierto paralelismo entre mi «abuela» y la Kiya que conocí en su juventud. «Claro, ahora lo comprendo», me dije. La primera vez que la vi había algo en su rostro que me era familiar, que sus rasgos no me eran del todo desconocidos. Luego, al saber que fue ella quien posó ante el escultor Tutmosis para hacer el busto de Nefertiti, y los cientos de veces que había visto la fotografía de ese busto desde mi niñez, relacioné un hecho con el otro y mis dudas se disiparon. Pero en realidad no era nada de eso. Había algo en sus gestos, algo que me resultaba familiar pero imposible de asimilar. Ahora lo veía con claridad.

Sus facciones habían envejecido. Jamás se me habría pasado por la imaginación llegar a compararlas, pero sin duda, era ella. Todos estábamos inmersos en una reunión que se auguraba prometedora.

No teníamos prisa, y la terraza de Tarik nos brindaba el escenario más apto para una tertulia de tal envergadura. ¿Qué podía esperarme ya? Hasta tres años atrás mi vida había sido normal, con pocos altibajos y seguro de mi propia identidad. Mi ansia por viajar a Egipto, un amuleto y un inesperado giro, habían sido suficientes para enfocar mi vida desde otro punto de vista, pero ahora...

El clima era idóneo, y bajo el cenador no faltaron los manjares que, como buenos anfitriones, Tarik y Yasmin iban depositando sobre una mesa de piedra con forma circular.

El rompecabezas aún no estaba completado. Me dirigí a mi abuela Fermina.

—No eres egipcia. Naciste en este tiempo ¿no es así? ¿Cómo me diste un escarabeo igual al de Tut, si...?

Me miró y asintió con una disimulada sonrisa.

—Fue el Oráculo Huni —contestó—. El día que Tut cumplió cinco años, él se presentó en palacio. Llevaba entre sus manos una cajita de piedra negra, extraña pero hermosa. En su interior había dos amuletos con forma de escarabeo, exactamente iguales. Uno se lo regaló a Tut y el otro a mí. No era la primera vez que lo tenía en mi mano. Por el gesto de su rostro, Huni también lo sabía. Nos dijo que pertenecieron a la reina Hatshepsut, que ella misma los había elaborado con sus propias manos. Ese mismo día el mío desapareció, a los años lo volví a ver. Pendía de tu cuello. Era el día que fuiste a Edfú para encontrarte de nuevo con Menaret para ir a visitar al Oráculo.

—¡Lo recuerdo! —exclamé—. Aún recuerdo la expresión de tu rostro cuando lo viste —sonreí—. Fue en el establo, la mañana que estaba preparando a *Furia* para el viaje... pero, si te lo dio Huni en el pasado ¿cómo lograste cruzar desde este al otro tiempo?

Cogió un vaso de té y dio un largo y lento sorbo, evocando en cada gota los recuerdos de su pasado.

—Mi padre, tu tatarabuelo, era conservador de arte y un fanático aventurero. No estaba mucho en casa, pero cuando venía llenaba de luz aquel hogar con todas las historias y anécdotas que contaba. Mi madre lo adoraba. Yo vivía con ahínco cada una de sus vivencias. A la edad de trece años decidió llevarme con él. Llevaba pidiéndoselo desde los diez años, ya que en mi interior el único deseo que ardía era estar a su lado en cualquier lugar del mundo,

fuera cual fuese. Sus últimos viajes habían sido a Egipto, y allí fuimos. Mucho antes de nacer yo, en su primer viaje a El Cairo, conoció a un guía de turistas que además pintaba hermosas acuarelas. Era un gran soñador y un acérrimo amante del arte, sobre todo del antiguo Egipto. No solo compartieron una afición, sino que entre ellos se forjó una amistad insoldable. Su nombre era Howard Carter. Juntos conocieron a lord Carnarvon y Lady Evelyn Herbert, su hija-hizo una pausa, con la mirada perdida en los ojos de Neti—. Era un tedioso día otoñal del año 1922 cuando Howard y mi padre fueron al Valle de los Reyes. Aprovechando la escasez de visitantes, Carter indagó al lado de la tumba violada de Ramsés VI. Fue entonces cuando algo llamó su atención. Era un pequeño objeto de color azul y brillaba con intensidad. Estaba junto a los restos del campamento que había trabajado en dicha tumba, lo cogió, limpió el polvo acumulado y sus ojos se impregnaron de una radiante felicidad. Con el objeto entre las manos, miró a mi padre y se lo entregó: «Para ti, mi querido amigo. Aquí mismo comenzaremos la próxima excavación. Este pequeño objeto... en fin, tengo una corazonada». Mi padre no lo quiso aceptar, pero él insistió tanto que no pudo rechazar semejante regalo. Justo debajo, encontró la tumba de mi hijo Tutankamón. Sé que todo esto es una paradoja. He vivido con ello gran parte de mi vida, pero así lo han querido los dioses.

Neti no pudo reprimir un llanto ahogado. Estaba como todos, inmersa en la historia que Kiya nos estaba contando. Aun así, decidió hablar.

—Era el escarabeo, Kiya, era el escarabeo...

Mi abuela asintió.

—Sí. A los años, mi padre me lo regaló. «Este amuleto te protegerá de los malos espíritus», dijo sonriendo, al tiempo que lo anudaba a mi cuello. Cierto día fuimos de excursión al templo de Hatshepsut. Mientras mi padre charlaba con unos viejos amigos, no pude reprimir un irrefrenable deseo de investigarlo todo por mi cuenta. Me introduje en la capilla de la diosa Hathor; había algo que me incitaba a hacerlo... Lo siguiente que recuerdo es el hermoso rostro de Nefertiti a orillas del río, limpiando mi cara con un paño húmedo. He vivido una vida intensa, muy intensa.

—Abue... Kiya —quise pronunciar de nuevo ese nombre; lo

necesitaba—. Cuando te di el colgante en la capilla de Hathor para cruzar la puerta, con mi madre entre tus brazos, sabías lo que estaba ocurriendo ¿no es así? Lo vi en tus ojos...

—Lo que viste, fue temor y confusión. Temor por emprender de nuevo ese viaje que permanecía impreso en mi subconsciente, sabiendo todo lo que dejaba atrás, y confusión por todo a lo que me tendría que enfrentar al cruzar la puerta. Fue el Oráculo quien calmó la tempestad que se agitaba en mi interior.

—¿El Oráculo, cuando?

—El día anterior —contestó—. Tras navegar con Horemheb por las aguas del Nilo, Huni nos estaba esperando en el puerto. Habló con mi esposo, y luego se dirigió a mí. Estuvimos paseando los dos por los jardines de palacio. Era una noche cálida, y el viento susurraba una canción de despedida entre las hojas de los árboles y los muros que nos rodeaban. Me dijo: «Confía en mí, los dioses te protegerán. Educa con humildad al hijo de la hija de tu hijo. Muéstrale tus valores. De ellos, se nutrirá para estar en presencia de Horus y llevar a cabo el designio de Amón. Antes de cruzar la puerta, él te entregará lo que yo un día te regalé». También me habló de Menaret, tu bisabuela materna y madre de Ankhes; de la espada de Horus y sus guardianes. Solo sus descendientes han tenido el privilegio de preservar ese metal, por eso, sé que por vuestras venas corre la sangre del hombre-dios: Horus —nos miró a mi madre y a mí—. Sí, Fernando. Escuché, creí y memoricé cada una de las palabras del Oráculo. Aquel ser extraño poseía el don de la verdad.

—Huni —musité—. Huni era algo más que un Oráculo; estoy seguro de ello. Sin duda, el mejor acólito que Amón ha podido tener en la tierra.

—El desconcierto se apoderó de mí —prosiguió Kiya—, pero dijo que algún día entendería sus palabras. En la capilla de Hathor, cuando me entregaste el escarabeo, te sentí. Sentí a ese hijo que aún no había nacido. No me digas cómo, pero fue un extraño y cercano sentimiento que me recorrió todo el cuerpo, sobre todo, el corazón, que anhelaba por salirse de mi pecho en aquella reducida cámara. Todo me dio vueltas y no pude hablarte, no podía. Entonces recordé las palabras del Oráculo y supe que los dioses me protegerían. También supe que aquel viaje lo íbamos a hacer las dos solas, tu

madre entre mis brazos, y yo.

—No era la primera vez que estuviste allí y tú lo sabías. Por lo menos no de manera consciente —recordé algo—. Me dijiste que habías tenido un sueño en el que podías ver cómo una montaña decorada con columnas te engullía...

—Uno, no —me corrigió—. Varios sueños, pero nunca supe cómo interpretarlos. Con el tiempo y tras volver a mi nuevo mundo, recordé uno por uno todos los sueños. Querían decirme algo pero yo no los sabía entender. Me hablaban, me mostraban imágenes incoherentes, sin sentido en aquel tiempo que había abrigado como si fuera el mío propio desde el día que nací. Por alguna razón los dioses lo quisieron así, y así fue.

«Kiya... Kiya...» Mientras pronunciaba ese nombre en mi interior, observé que aún desprendía fuego en su mirada, como siempre.

—¿Dónde apareciste tras cruzar la puerta? —Quise saberlo todo.

—Al igual que tú y Nefertiti, en el Valle de los Reyes —miró a Tarik, y entre los dos hubo un mohín de complicidad—. Era una soleada tarde y el viento comenzaba...

—¡Tarik! —Interrumpí de inmediato a Kiya. Algo no me cuadraba. Fue esa mirada entre los dos; una mirada que me hizo recordar la insistencia a que le perdonara. Intuí que él sabía algo al respecto—. Desde que regresé, pareces vivir con la conciencia intranquila. Cada vez que hablaba contigo me pedías perdón sin motivo aparente. Tú, ¿sabías algo de todo esto?

En su tez morena se podía apreciar un rubor.

—Sí y no —contestó, como si se hubiera desprendido de una enorme responsabilidad que le estaba atenazando la garganta—. Kiya... es... mi... madrina.

Me puse en pie, escudriñando las miradas de todos los presentes.

—¿Tú madrina? ¿Qué quieres decir?

Iba a hablar mi abuela, pero Tarik la detuvo con un gesto.

—Lo único que yo sabía, era que tenía que ir al aeropuerto a buscarte. Te conocía solo por fotografías. Debía abordarte, convencerte para ser tu guía y dejar que el destino siguiera su curso. No sabía nada más. Ahora mismo me estoy enterando, al igual que tú, de todo este... En fin, por eso te he estado pidiendo perdón. Kiya me recalcó que fueras tú el que tomaras la iniciativa

en todo.

—¿Y lo de Amer y Ricardo? —protesté—. Cuanta coincidencia, ¿no?

Mi pequeño amigo egipcio hizo un gesto para que me sentara.

—Fernando. Todo, absolutamente todo, fue aconteciendo de forma inesperada. Creo recordar que fue al día siguiente de tu llegada a El Cairo cuando quisiste visitar el museo de antigüedades egipcias. Cuando saliste nos fimos a comer, y fue allí donde me hablaste de algo que te ocurría desde niño y no sabías por qué. Era relacionado a tus sueños, que solo te acordabas de ellos el día de tu cumpleaños.

Abrí los ojos como platos, y sonreí.

—Es verdad, lo recuerdo.

—Pues bien. Fue entonces cuando te sugerí la visita a mi amigo Amer, al chaman que le encantan todas esas historias exotéricas.

—Entonces...

—No, Fernando. Fue pura casualidad. Y luego el profesor Ricardo, el viaje a Luxor, el templo de la reina Hatshepsut... todo fue por pura casualidad. Al tercer día ya me había olvidado que tenía que ser tu guía. Te empecé a coger aprecio y me sumergí en tu mundo. Hiciste que viera las cosas bajo un prisma diferente, y eso me divertía. Luego... luego gracias a ti me reencontré con Yasmin —la miró mientras asentía—. Después de lo que estoy escuchando esta tarde, yo también creo que los dioses estaban detrás de aquel encuentro que cambió mi vida, ya lo creo.

Le miré con cierto recelo.

—Seguro que no eres taxista y...

—Jamás te he mentido —se puso serio— y nunca lo haré. Ahora no soy taxista pero durante un tiempo lo fui, al igual que también me dediqué a ser guía en las pirámides de Giza. Sí, como habrás podido comprobar, provengo de una familia cuya posición económica es bastante solvente. Pero cuando vine a estudiar a El Cairo, me hice la promesa de sufragar por mi mismo le estancia y manutención en esta ciudad, y así lo hice. Mi madre estaba en contra, pero fue mi abuelo quien la convenció. El me educó con esos valores. Le dijo a ella que así percibiría la vida desde la necesidad, y eso me ayudaría siempre. Tenía razón —asintió, enarcando las cejas—. Hará unos cincuenta años —miró a mi padre.

Este, bajó la cabeza con un gesto de disimulo—, que toda mi familia se dedica al comercio.

—Sí, lo sé —aseguré—. Por cierto, tu hermano Hasani nos brindó una extraordinaria ayuda.

—Es lo menos que podía hacer —de nuevo volvió a mirar a mi padre.

Un momento de silencio bastó para saber que aún rondaba por ahí la sombra de la complicidad. Fui yo quien rompió ese mutismo.

—Papá ¿hay algo que tenga que saber?

—Ya lo creo, hijo, pero... aún no es mi turno.

Entre mi padre y yo siempre había habido una excelente y cercana relación. Compartía los juegos en mi niñez, tumbados en el suelo alrededor de un puzle, un libro, o ante el reto de hacer funcionar un juguete después de haberlo desmontado para ver su mecanismo. La adolescencia fue algo más tensa, pero el tiempo me hizo comprender que sus sabias palabras no eran el aguijón de una avispa, sino parte de una educación que sentía, como buen padre, la obligación de transmitirme.

—¿Cómo que no es tu turno?

No era tan alto como yo, pero imponía bastante más que si lo fuera. Suspiró y colocó su enorme mano en mi rodilla.

—Fernando, hijo ¿sabes cuál es mi profesión?

—Sí, claro. Eres viajante y has representado a varias empresas del sector textil. ¿A qué viene esa pregunta?

—Al caso que Tarik ha sacado a relucir, y a que sepas qué nos une en realidad —miró de reojo a Kiya, esperando ver rechazo o aprobación en su mirada. Hubo un sutil asentimiento en ella—. Desde que eras niño siempre me habrás visto viajar de un sitio para otro, y sí, como tú bien has dicho, soy viajante. Comercio con el sector textil... mobiliario, decoración y arte, tanto moderno como antiguo. La familia de Tarik está asociada a la nuestra desde hace muchos años.

Como siempre no se andaba con rodeos y sus palabras eran directas. Fruncí el entrecejo, intentando encontrar una explicación a todo cuanto estaba escuchando. Miré a todos los presentes y asentían, cada uno a su manera. Solo Neti permanecía como yo, sin entender lo que estaba ocurriendo allí.

Me sentí confuso, hasta tal punto que todo parecía fruto de mi

imaginación.

—Sois mis padres, tú, mi abuela, Tarik, Yasmin —guardé un momento de silencio mientras paseaba mi mirada entre sus ojos—. Sabéis lo qué me ocurrió hace tres años, ahora; es como si no os conociera. No he podido vivir durante un cuarto de siglo al margen de todo esto. Decirme que no, que tan solo se trata de una broma.

—No hijo, no es una broma —prosiguió mi padre—. Antes de concebirte ya sabíamos que ibas a ser un niño, más alto que yo, de complexión atlética y moreno de piel. Incluso la existencia algún día de esa cicatriz que tienes en el entrecejo. Tu abuela no dejaba de sonreír camino del hospital para coserte la herida. Fue un día grande para ella, incluso para tu madre. Corroboraban lo que Kiya venía diciendo desde tiempo atrás. Desde ese día jamás puse en tela de juicio cada palabra que salía por su boca, Dios me valga...

Hubo un jolgorio de risas, mezcladas con las voces de los hijos de Yasmin que jugaban en el jardín. Yo no pude reír.

Cuando la carcajada fue perdiendo fuerza para convertirse en un susurro, fui yo quien comenzó a sonreír. Como una nana que me acompañaba desde la niñez, Kiya tarareó el estribillo de la canción «Fernando» del grupo Abba. Lo hacía de la misma manera que Ankhes lo interpretaba con su flauta, lenta, melodiosa, resaltando ciertas notas con precisión mientras la balada se esparcía por todo el palacio y buena parte de los jardines. Fue Merit quien le enseñó a tocar, intentando apaciguar en ella la depresión a la que se sumió por la muerte de su primera hija.

Con la melodía que salía de sus labios, la tempestad de mis pensamientos también se fue calmando.

—Si... —apenas pude hablar—. Si lleváis tantos años asociados... yo... entonces...

—Fue tu abuela quien así lo quiso —interrumpió mi padre—. Ante todo y sobre todo, tu formación tenía que ser humilde en todos los aspectos. Kiya proviene como tú bien sabes, de ese pequeño pueblecito de la montaña navarra que tanto te gusta, donde parte de tu vida se ha forjado entre sus verdes prados, el mugido de las vacas y el canto del gallo por las mañanas —hubo una sonrisa de añoranza en el rostro de mi abuela—. Después de su viaje en el tiempo, pasó junto a tu madre una temporada en ese pueblo y luego decidió trasladarse a Burlada. Vio en ese municipio un lugar

tranquilo, alegre, cercano a la ciudad de Pamplona y propicio para tu educación, claro, primero tenías que nacer.

Inhalé una enorme bocanada de aire. Miré a Kiya, percibiendo cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¿Por qué, abuela?

—Porque así tenía que ser —contestó sin dilación.

Un hormigueo de orgullo y satisfacción recorrió todo mi cuerpo. Desde el día que nací, jamás me había separado de mi… bisabuela, ni tan siquiera durante los tres años que había permanecido alejado del resto de mi familia. Siempre había estado allí, velando mi vida, ayudándome a verlo todo con un enfoque diferente. Entonces entendí por qué. El Oráculo fue quien le dijo cómo tenía que ser mi educación, y ella lo cumplió con total rigurosidad.

Decidió que mi vida no fuera lujosa, creciendo en un entorno donde los valores tenía que concebirlos por mí mismo, estudiando en una sencilla escuela, rodeado de buenos amigos y haciendo que mi niñez y pubertad llegaran a ser unos buenos cimientos para el resto de mi vida. Miré a Tarik. En cierto modo nuestras vidas se habían fraguado bajo un mismo criterio.

Con mi pequeño amigo egipcio al lado de su esposa Yasmin, recordé lo que había dicho.

—¿Alguien me puede explicar —mantuve de nuevo la mirada con un Tarik tan asombrado como yo— qué significa eso de que es tu… madrina?

—Lo soy —afirmó Kiya con seguridad—, al igual que tuya desde el día en que nacisteis.

En ese instante los niños reclamaron la presencia de Yasmin. Fue un momento de distensión, un merecido lapso para asimilar con calma las palabras que aún flotaban en el aire. Todos habían buscado un motivo para levantarse de sus asientos y hacer frente a una faena que los mantendría ocupados: preparar la cena, acondicionar la terraza, o simplemente dedicar unos minutos a conversaciones que poco o nada tenían que ver con lo que hasta ahora nos había acompañado.

Fue un momento en el que todos necesitaron para aclarar sus pensamientos, inhalar el aire sin entrecortar su respiración y calmar la tensión que se había apoderado de todos los presentes en la terraza.

El incesante trasiego por las escaleras, colmaba de actividad las últimas luces del día que se perdían en el horizonte. El aire que acariciaba los reflejos de la noche sobre el Nilo, hacía danzar las llamas de las pequeñas lamparillas que Tarik fue encendiendo una a una, dando un aspecto cálido y agradable a la terraza recién transformada. Desde allí escuchaba las risas de todos los que estaban en el piso inferior. Neti estaba totalmente integrada con mi familia, como si ya los conociera de toda la vida. Jugué con Abdel Rahîm y Zaina, ofreciéndome a sus requerimientos para mostrarles algún pequeño y sencillo truco de magia, volviendo a iluminar unos rostros de inocencia con total satisfacción. Aún se acordaban.

Me acerqué a Tarik.

—Puedes entregarme los papiros que te confié.

Me hizo una seña para que le acompañara a la habitación. Ya dentro, abrió un baúl que descansaba al lado de la cama, junto a un armario de madera tallada con una exquisita decoración árabe. En su interior, pude apreciar una pequeña parte del tesoro que Neti y yo nos habíamos traído del antiguo Egipto: alguna lámina de oro y unas cuantas piedras preciosas. Me quedé pensativo. Junto a todo ello, una carpeta de piel guardaba unos cuántos documentos.

—Como veras, he hecho lo que me pediste —dijo Tarik, sentándose en la cama—. Esta es la documentación que legaliza a Neti como ciudadana egipcia, incluso el pasaporte para poder viajar donde queráis.

—Pero... cómo...

—Ya te dije que tengo buenos e influyentes amigos. Todo es legal, así que no tendréis ningún problema.

Me limité a observarlo con una sonrisa. No quise formularle ninguna pregunta, total, tampoco quería saber las respuestas. Supe que tamaño cometido lo había puesto en buenas manos. «Es Tarik», pensé, mientras lo envolvía entre mis brazos.

—Y... ¿todo esto? —pregunté, señalando el oro y las joyas.

—Mira —me mostró unos papeles—. He vendido una parte, pero he querido que conservarais un legado de la antigüedad. Como veras —indicó varias cifras sobre el papel—, sois propietarios de una gran cantidad que os permitirá vivir el resto de vuestras vidas sin ningún problema económico. De momento el Banco Egipcio se hace cargo de ese importe, luego, podrás hacer con él lo que más te

convenga. Tu padre te ayudará. Él sabe mejor que nadie cómo funciona el mundo financiero, te lo aseguro. Mi familia confía en tu padre desde hace años, y si algo sé con total seguridad, es que serían incapaces de poner el negocio en otras manos que no fueran las de él.

Al respecto, no quise hacer ninguna pregunta. Había empezado a cogerle gusto a las actividades de mi familia, ocultas durante veinticinco años a unos ojos tan ingenuos como los míos. Volví a mirar en el interior del baúl. En una esquina, sobre una tela doblada a modo de almohadilla, estaba de pie la caja de cartón con los papiros que había ido a buscar, envueltos en su tela original.

Tarik me dejó a solas.

Abrí la caja con lentitud, depositándola en la cama tras sacar los papiros. Casi era un momento mágico. Por fin iba a leer la carta de Horemheb. Todo el tiempo pensé que me la escribía para decirme que estaba con Kiya, un mensaje para apaciguar la preocupación que sentí desde que crucé la puerta y no la vi al otro lado. Pero ya no se trataría de eso.

Desprendí los papiros de la tela; era increíble, pero aún conservaban la humedad correcta para evitar su deterioro a través de los años, como si la misma tela estuviera impregnada con algún producto para mantenerlos en tan perfecto estado. Leí el encabezado del primer papiro. Era lo único que estaba escrito en caracteres jeroglíficos, el resto, era la escritura de los dioses que Huni utilizaba para los oráculos: «La mano que escribe es el corazón de Huni. Los sentimientos en estas palabras, el fruto de mi vida. Mi legado, en la montaña de los dioses para ser recibido por ti, Nafer. Horemheb, hijo de Horus».

Detuve la lectura un momento. Necesitaba continuar, pero en mi memoria aparecieron imágenes que me absorbían toda la concentración. Recuerdos y más recuerdos se agolpaban unos contra otros, y en casi todos, el general los protagonizaba de una manera u otra, a veces mostrando la soberbia de su rango ante fieles guerreros que acataban sus ordenes sin dilación, otras, manifestando el carisma que poseía, rodeado de la gente a la que amaba. Pero fueron los largos paseos que dábamos los dos por los márgenes del Nilo, donde pude conocer a un Horemheb en su máxima expresión, sin tapujos; apenas ocultando los sentimientos

más profundos, pero dejando asomar la verdadera personalidad que manaba de su interior como un manantial en medio del desierto.

Volví a desenrollar el papiro; lo leí. Luego el segundo. Los releí, y un remanso de paz se apoderó de mí. Al otro lado de la habitación donde me encontraba, el murmullo de las voces de toda mi familia se convirtió en una dulce y necesitada melodía para mis oídos. De nuevo y por tercera vez los volví a leer, memorizando cada uno de los signos, cada trazo que Huni depositó sobre el papiro, plasmando las palabras que salían de Horemheb.

Lloré en solitario, en silencio, con las manos ocultando mi rostro mientras las lágrimas vertían una incontrolada plenitud.

—La vida me ha entregado placeres sin yo pedírselos. Tantos y tantos que ya he perdido la cuenta. Entre ellos, una familia apenas separada por unos pocos miles de kilómetros. Solo es distancia, no en sentimientos —miró a Tarik—. Si, Fernando. Tenemos un fluido contacto entre las dos familias desde hace muchos años.

—Entonces ¿todos esos viajes que hacías —pregunté, enarcando una ceja— no eran a Benidorm, Salou, Málaga, o a otro destino costero?

El ambiente de complicidad desató un murmullo de risas. Kiya negó.

—No, hijo mío. No te digo que alguna vez... —levantó la cabeza, entrecerrando un ojo—. Pero no. La gran mayoría de mis viajes eran aquí, y ahora sabrás por qué —se quitó las gafas y jugó con ellas entre sus manos—. Al cruzar la puerta hicimos el mismo viaje, incluso salimos por el mismo sitio. Tras andar aquel largo y angosto pasadizo aparecimos en el Valle de los Reyes, solo que... cada uno en su tiempo.

—Claro, ahora lo entiendo —asentí con lentitud.

—Yo aparecí a finales de los años cincuenta —prosiguió—, tú, ahora. Cuando estuvimos en el antiguo Egipto, el tiempo corría de la misma manera, como dos mundos paralelos en el espacio-tiempo donde cada minuto tiene sesenta segundos. Por eso no estaba allí a la espera de veros salir de la montaña, porque estaba en otro

tiempo. Como tantas otras cosas en un principio, no lo entendí, pero fue Huni quien me lo dijo aquella noche mientras paseábamos por los jardines de palacio. Me reveló que a donde iba era un nuevo mundo, pero que el tiempo se encargaría de asentar cada cosa en su sitio. Que no temiera, porque los dioses se iban a encargar de iluminar los oscuros túneles de mi existencia. Pues bien —envolvió una mano de mi madre entre las suyas—, salimos completamente exhaustas, sin apenas fuerzas para mantenerme en pie con tu madre entre mis brazos. Bajé como pude la colina, resbalando entre la arena y las pequeñas piedras con los pies descalzos. Al llegar abajo, la sombra de una roca nos cobijó durante un rato. Quise ponerme en pie, pero no pude. Las fuerzas me habían abandonado.

Neti se acercó a mi abuela.

—Cuánto tuviste que haber sufrido, y tú, también —acarició con ternura el rostro de mi madre.

—No sufrí porque no tenía fuerzas para ello —continuó Kiya—. Pero entonces, cuando estuve a punto de desmayarme bajo aquel sol inquisidor, alguien nos cogió entre sus fuertes brazos y nos instaló en el asiento de una vieja camioneta, nos dio agua fresca de una cantimplora y la vida pareció regresar a nosotras. Apenas le podía ver. Mis ojos estaban hinchados y llorosos, pero gracias a él hoy estamos aquí. Su nombre es... Masud.

—¡Masud! —exclamé, poniéndome en pie. Solo había una persona que conocía con ese nombre—. Tarik, ¿tu abuelo?

Asintió, apretando los labios. Kiya parecía ir relajándose poco a poco, sintiéndose liberada de un secreto que me había estado ocultando durante toda la vida. Aquel día era el «día de las revelaciones», ansiado por mi abuela durante tanto tiempo y con el único temor de saber cómo iba a reaccionar yo.

A través de mi mirada, ella comprendió que yo estaba asimilando bien lo que el destino había puesto en mi camino. De hecho, desde la niñez me estuvo preparando para ello.

—Tres días con sus tres noches, la fiebre me mantuvo postrada en una cama bajo los cuidados de la familia de Masud. Su esposa Adira y él habían hecho de padres para la pequeña princesa hasta que pude despertar. Como tú bien sabes —me miró con ojos de añoranza—, llevaba conmigo oro y joyas, al igual que tú y Nefertiti. Tras aquellos tres días que me debatí en la inconsciencia,

continuaban allí, en una caja de madera junto a mi cama. El resto, te lo puedes imaginar.

—No, me niego a imaginarlo —reprendí como un niño al que dejan de narrar un cuento por la mitad—. Quiero saberlo de ti.

Se encogió de hombros y su rostro se relajó con los ojos cerrados, suspirando como si no le quedara otro remedio que continuar. Fue un gesto cargado de picardía. Sonrió.

—Masud había sido siempre un incansable trabajador. Siendo un muchacho con apenas doce años, hacía de peón para sacar la tierra que los arqueólogos horadaban en el Valle de los Reyes y sus alrededores, o vendía a los turistas las estatuillas de madera que él mismo tallaba con sus manos. Todas ellas eran un fiel reflejo de las figuras que se alzan en el templo de Karnak. De su familia, heredó la buena mano para dedicarse al comercio, lo justo para que no les faltara una hogaza de pan en la mesa. Eran momentos difíciles. Siempre sacaba tiempo para todo, cuidando la huerta, la pequeña granja o sentándose junto a sus hijos para ayudarles con los estudios. Masud nunca había ido a la escuela, pero aprendió todo lo imprescindible para sobrevivir en un mundo de necesidad.

—También es un excelente pintor —Añadió Tarik, orgulloso.

—Ya lo creo —confirmó Kiya—. Pero esa afición le llegó en el otoño de su vida. Como iba contando, quise agradecer todo lo que habían hecho por nosotras con una pequeña parte de las riquezas que había traído conmigo, pero se negaron a aceptarlas. Me sentí con la obligación de gratificar sus favores, y para no ofenderles, tuve que ingeniármelas para corresponder a esa familia con parte del tesoro que ellos se habían encargado de custodiar. Utilicé los expertos y humildes servicios de Masud con el comercio. Allí nació nuestra unión empresarial.

—Y también aprendió durante ese tiempo el español —Tarik me miró, asintiendo repetidamente con la cabeza—. De ahí su interés porque yo también lo aprendiera. Aunque ya lo hablaba porque él me fue enseñando desde niño, quiso que acudiera a una academia para perfeccionarlo.

Asentí, frunciendo los labios. Recordé el día que me lo contó; fue ahí mismo, en esa terraza, el día anterior a nuestra partida hacia Luxor, hacia la aventura más emocionante de cien vidas si las pudiera vivir.

—Yo empecé a enseñarle las primeras palabras —prosiguió mi abuela—, y por cierto, tenía una gran facilidad para asimilar e interpretar el idioma. Al principio no nos entendíamos, pero terminé aprendiendo árabe y él español. Convivimos con esa familia durante algunos meses. Le propuse invertir parte del oro y las joyas para crear un negocio rentable para los dos. Sin pensarlo dos veces, utilizó sus dotes comerciales y pronto comenzamos a obtener fértiles beneficios. Así comenzó lo que hoy en día es una insoldable relación, tanto comercial como personal. Masud fue quien me llamó cuando aparecisteis en su casa. Lloraba de alegría, diciendo que de nuevo el destino había llamado a su puerta.

—¿Sabía algo de lo nuestro? Pregunté.

—Lo sabía todo, absolutamente todo. Yo le tenía informado, y me alegré cuando dijo que estabais en su casa. Calculé que por estas fechas vuestra presencia se haría latente de un momento a otro, pero no de qué manera. Por teléfono me uní a él en ese gozo. Por cierto, hermana mía —se dirigió a Nefertiti—. Masud supo que tú pertenecías al antiguo Egipto y que por tus venas corría la sangre real. Hermana mía, cuánto te he echado de menos. Tenía el presentimiento de que nos volveríamos a ver, pero no estaba segura. Intuí que habías cruzado la puerta con Nafer y el destino nos volvería a unir de nuevo, aunque no tenía la certeza de que ello ocurriera. Por eso a nadie comenté que tú también ibas a venir, junto a tu esposo. He vivido con ello durante todo este tiempo, pero ha merecido la pena.

Todos los allí reunidos conocían nuestra unión matrimonial, pero ese último comentario fue suficiente para encender una chispa y que una explosión de alegría emergiera en aquella terraza. En ese momento, Neti sintió la emotiva unión que le ligaba a su nueva familia.

Tras un largo rato, Kiya continuó con el relato que nos tenía a todos absorbidos.

—Como he dicho antes, estuvimos unos cuantos meses en el hogar de Masud. Llamé por teléfono a España y me enteré que mis padres habían fallecido; mi madre por una enfermedad que acabó con ella en cuestión de días, mi padre, por pena. Ya no tenía a nadie en esta vida, salvo a la pequeña princesa que he amado cada día de mi vida, y a toda la familia de Masud que se estaban haciendo un

hueco en mi corazón. Regresé a Navarra. Vivimos en el pueblo que me vio nacer durante unos años, sin embargo, nuestra presencia allí se veía interrumpida por los múltiples viajes que hacíamos a Egipto. Y aquí acaba, por fin, lo que tanto te ansiaba contar, mi bien amado Fernando.

El silencio inundó a todos los presentes con una sensación de nostalgia y alegría, excepto a mí.

—Aún no ha acabado esto —comenté bajo los rostros de sorpresa que me miraban con un gesto de incomprensión—, aún no. Neti, cuando nos despedimos de la familia de Tarik y te acomodaste en el asiento del *Toyota* ¿recuerdas lo qué me dijiste?

Se quedó un momento pensativa.

—¿Con respecto a...?

—A Masud.

—Sí, claro que me acuerdo. Te dije que había algo en él que me resultaba familiar.

Kiya sonrió.

—Yo también pensé lo mismo —reveló Kiya, apuntando con el dedo a Tarik—. Tenía... no sé qué. Su sonrisa, algo... pero mi estado de salud no era el más optimo y me sentía confundida. Aunque siempre me resultó familiar, lo fui achacando al cariño que le tomaba día a día. Pero sí, había algo cercano en él.

—Abuela, han pasado muchos años para ti, pero quiero que hagas memoria de algo.

Levantó una mano, encogiéndose de hombros.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que recuerdes el día anterior a nuestra partida hacia Tebas desde la ciudad de Ajetatón. Había una gran fiesta por toda la ciudad. En el banquete, os pedí algo a ti y a Horemheb. ¿Recuerdas?

Siempre había tenido una excelente memoria, pero era tarea difícil tener que remontarse tantos años para ella y un momento en concreto. Alzó la mirada hacia el cielo tachonado de estrellas, como si en una de ellas pudiera encontrar la respuesta.

—No, lo siento.

Junté mis manos, llevándome el dedo índice a los labios y ejecutando un suave martilleo contra ellos.

—Bien, voy a intentar refrescar tu memoria. Horemheb te regaló

una cinta de oro para el pelo con finísimas incrustaciones de lapislázuli. La estrenaste para esa fiesta.

Asintió con una sugerente sonrisa en sus labios.

—Aún la conservo. Jamás me desprendería de ella… Tú estabas sentado a mi lado. Sí, lo recuerdo.

Íbamos por buen camino.

—Cuando comenzó la música y las bailarinas empezaron a danzar frente a nosotros, os hice una petición a los dos. Sin decir una palabra, asentisteis y yo me dirigí a los calabozos.

La inspiración del recuerdo se hizo latente en el sonriente rostro de Kiya.

—¡Sí, sí! Nos pediste permiso para ir junto a Nemut. Querías hacer un cambio… en su imagen, que por cierto, con el resultado se le veía muy atractivo.

—Cuando terminé de rasurar su cabello —me acerqué algo más a ella, agradeciendo con esa cercanía el esfuerzo por recordar ese momento en concreto—, entraste en el calabozo y recuerdo que sonreías al verle con su nuevo aspecto.

—Oh, sí, ya lo creo. Estaba tan guapo… Además tenía buena mano para maquillarse. Doy fe de ello.

Habíamos llegado al momento que yo quería.

—Mientras le aceitaba el cuero cabelludo, te mostré algo que tenía detrás del lóbulo de su oreja ¿lo recuerdas?

Mi abuela asintió lentamente. La escena pareció refrescarse en su memoria. Miré a Tarik. Tensando todo su cuerpo, parecía haberse puesto en guardia como un felino a punto de saltar sobre su presa. Estaba gracioso. Le hice un ademán con la mano para que se acercara hasta nosotros. Titubeó un momento, su frente se perló de sudor y el nerviosismo le marcó el reflejó en un rostro a punto de descomponerse. A paso lento fue recorriendo el corto espacio que nos separaba, acompañado de una mirada que denotaba desconfianza.

—Si me permites… —acerqué mi mano hasta su oreja—. Tranquilo, no te voy a hacer mucho daño.

Sonrió tímidamente. Kiya se puso en pie, colocándose las gafas y estirando el cuello lentamente. Levanté el lóbulo de la oreja de Tarik, mientras vi de soslayo que mi abuela abría como platos sus hermosos ojos en un rostro congelado por la sorpresa.

—¡No puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser? —dijo mi pequeño amigo con un gesto brusco e incontrolado hacia atrás.

Era la primera vez que pude observar el temor en sus facciones. Claro, no tenía la más remota idea de qué estábamos hablando, pero intuía algo que tenía que ver con todo lo que se estaba desvelando ese día en la terraza de su propia casa.

—Estoy convencido de que soy descendiente de uno de los cien hijos que tuvo Ramsés II —anuncié con la mirada, apuntando hacia el Nilo.

—Fernando... no tiene gracia —se enfadó Tarik, logrando así mi propósito de sacarlo de su estado de confusión.

—Y no la tiene, mi querido amigo —confesé—. Esas palabras que me dijiste el mismo día que te conocí, en el comedor del hotel que regenta tu primo Abdellatif, llevan unos cuántos días rondando por mi cabeza. Este día ha sido especial para mí, un tanto raro pero especial. Aún estoy asimilándolo todo y no es nada fácil, te lo aseguro. Por eso comprendo que sientas cierto temor, pero sin duda, a partir de este día tu convencimiento va a rubricar lo que has estado sintiendo durante toda tu vida.

—Me estás asustando —inquirió a la defensiva.

—Pues no te asustes, ya que lo que voy a decir te llenará más de orgullo que de temor. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te entregué las sandalias de Tutankamón?

—Si... y no —titubeó, meneando la cabeza—. Estaba confuso por vuestra presencia, pero nos dijiste que las sandalias y el anillo que nos regalaste, las utilizó Tutankamón y su esposa Ankhes en una... celebración o algo así. ¡Ah! También algo referente a Ramsés, pero...

—Intenta recordarlo.

Alzó la vista, permaneció un momento pensativo y luego barrio en una amplia panorámica el horizonte que se extendía desde la terraza.

—Lo siento, Fernando. Cuando hablabas apenas te escuchaba. Te tenía frente a mí y eso era lo que más me importaba en esos momentos. Te dejé hace tres años al amparo del destino, y te lo aseguro, no ha habido un solo día durante ese tiempo que no pensara en ti.

Agacho la cabeza. Al levantarla, su mirada penetró de orgullo en lo más profundo de mi ser.

—No te preocupes, pequeño egipcio, yo te lo recordaré —logré que sonriera, ciñendo su entrecejo—. Fue la celebración que el general Horemheb le dedicó a un buen amigo mío. Ese día le anunciaron su nuevo cargo militar al servicio del faraón. Le proclamaron como jefe de los arqueros de todo Egipto, y su nombre era Nemut.

—Ahora lo recuerdo, sí, Nemut. Claro, cómo no —chasqueó los dedos—. Y ese mismo día le cambiaron el nombre por el de Ramsés ¿No es así? El faraón Tutankamón le otorgó el titulo de... ¿jefe de los arqueros?

Asentí, aguantándome la risa de verle tan contento por haber recordado aquella conversación.

—Sí —me puse serio—. Fue un gran amigo para mí, y hoy, es un gran orgullo poder estar frente a su descendiente. Sí, Tarik, posees la mima marca tras la oreja que él tenía.

—Cualquiera la puede tener, es una simple marca de nacimiento...

—No, cualquiera no —le interrumpí—. Tiene el mismo tamaño y forma, y está situada en el mismo lugar que la de él. No es una casualidad —quiso hablar pero no le dejé—. Además, aunque tú no hayas heredado su físico, hay alguien de tu misma familia que sí lo ha hecho: tu abuelo Masud.

Se quedó petrificado. No podía apartar los ojos de los míos pero no me miraba. Neti y Kiya comenzaron a asentir mientras asociaban los recuerdos de ambos rostros y gestos que tenían en común. Tarik no volvió a hablar una sola palabra durante toda la noche, pero yo tenía que continuar. Aquel día, aún no había acabado.

Cuando todos terminaron de expresar sus diferentes comentarios al respecto, una dulce calma irrumpió para fermentar en cada uno sus propias cavilaciones. Tras unos segundos de silencio, todas las miradas se centraron en mí como si supieran que aún faltaba algo por explicar en aquella mágica noche. Me levanté, fui hasta la habitación y regresé con los papiros que Horemheb me escribió. Sin dar tiempo a que nadie hablara, me dispuse a relatarles lo que el general quería que supiéramos:

Mis primeras palabras las dedico a mi esposa Kiya, porque sé que estarás con ella para cumplir la promesa que me hiciste de protegerla. Así lo confío. Mi amada esposa y madre del hijo que nos une, jamás te volveré a ver en esta orilla de la vida, pero vivo contigo cada día; cada noche acaricio tu piel, escucho tus risas, y los paseos a tu lado por la vereda del Nilo se convierten en la fuerza que me alimenta cada día. Ansío la noche para entrar en el mundo de los sueños y sentirte de nuevo. Cuando Amón lo decida, nos uniremos eternamente en la pradera de los dioses.

Por la hija de mi hijo, el hijo de la hija de mi hijo y su esposa Nefertiti, y por ti, mi amada y eterna esposa, levanto los brazos desde la montaña sagrada del Oráculo para que mis palabras sean leídas por los dioses a través del tiempo de los tiempos. Solo ellos manejan los designios de Amón, y Huni vierte de su mano los sagrados signos que guardarán celosamente la esencia de mis palabras.

Nafer, en el decimoquinto día del mes de *Hut-hor* de la estación de *Ajet*, del séptimo año de mi reinado, promulgo a los siete vientos que añoro tu presencia junto a mí, no solo como un hijo, uniéndote a tu hermano, el que apacigua mi ira y alienta a los dioses para amansar la fiera de Seth que se cierne sobre Egipto, sino como los ojos del halcón que desde las alturas otearían el horizonte y verías lo que mis ojos no podrían percibir.

Eres la sangre de mi sangre que navega por el tiempo, y el motivo por el cual estoy aquí, en la montaña de los dioses junto a Huni y mi hijo Tutankamón, para relatarte lo acontecido tras el día que Horus abrió la puerta,y sobre su espalda, volasteis por el universo de Amón.

Junto a esa puerta hablamos de la mano ejecutora que se cernía contra la familia real: Sonofer. Él solo fue un sicario para intentar acabar con la vida del faraón y toda su familia, pero tras su arresto, surgieron otros con el mismo fin; todos fueron abatidos por la guardia real. Mantuve a Sonofer en el calabozo durante años, pero era tal el temor que le infería su líder, que él mismo intentó acabar con su propia vida en más de una ocasión. Logré mantenerlo con vida, ocultándolo en la prisión de Chel para evitar que las manos del artífice pudieran atenazar su garganta. Se volvió loco, riéndose y balbuceando que el faraón tarde o temprano moriría de la manera

más cruel.

Mi hijo estaba expuesto en cualquier momento a un trágico desenlace. Él lo sabía y era consciente de ello, pero yo no. No podía perderlo, ya que era lo único que me quedaba en esta vida, así que, aprovechando la muerte tras una larga enfermedad de su amigo el escriba Poeri, hijo de Jehuty, supervisor de la doble casa del oro y plata, fingimos el fallecimiento repentino de Tut. El pueblo lloró ante el sarcófago de Poeri, creyendo que en su interior se encontraba el cuerpo del faraón Tutankamón. Su tumba se engalanó de riquezas, propias de un hijo de Horus. Solo del escriba Poeri, el verdadero huésped de la cámara mortuoria, se introdujeron diferentes bastones que lo acompañaron con su enfermedad en la última etapa de su vida. Así lo deseó su padre.

Tras la supuesta muerte del faraón, el gran visir Ay ocupó su puesto. Mientras tanto, y por un periodo de casi dos años, Tut se recluyó con el Oráculo Huni en la montaña de los dioses, lugar idóneo para seguir el culto a Amón y cambiar por completo su aspecto, dejándose crecer los cabellos y endureciendo físicamente su aspecto. Casi yo mismo no lo pude reconocer cuando regresó. Es mi mejor consejero, y aún su mano acaricia las fértiles tierras de Egipto con el beneplácito de los dioses. Nadie, salvo el Oráculo y yo, sabe que bajo su nuevo aspecto se oculta el faraón Tutankamón, hijo de Horus y padre de las tierras del Nilo.

En el tercer año del reinado del faraón Ay, Sonofer fue invadido por las fiebres de Seth. Ante mi guardia personal de La sombre de Horus, y por mayor temor hacia los dioses que a su líder, viendo que la vida se le estaba escapando de su maltrecho cuerpo, por fin habló. El dirigente de tan ardua trama desde el principio, no era otra que la persona a la que yo estaba entregando todos mis servicios: el anterior Gran Visir que ocupó el trono del faraón de Egipto, Ay. Seth se lo llevó tras una agónica noche a las profundidades del desierto para penetrar directamente en las fauces de la devoradora *Ammit,* sin darle opción de estar presente en el juicio de Osiris y entrar en el reino celestial de los campos de Yaru.

Ay había designado a Nakhtmin como sucesor al trono, pero fue el pueblo tras mis victorias contra los hititas y el legado que Tutankamón dejó para nombrarme heredero legal de la corona, lo que me convirtió en el siguiente Hijo de Horus, portador de la

corona del Bajo y Alto Egipto sobre mi cabeza.

Solo ansío que Amón cruce de nuevo nuestros caminos.

Nadie hablaba, nadie miraba a nadie. De repente, Kiya se colocó las gafas, se levantó, apoyándose en los reposabrazos del sillón y se acercó hasta donde yo estaba, con la vista clavada en mi pecho. Introdujo la mano por la abertura de mi chilaba, y una amplia sonrisa provocó que las lágrimas se dispersaran por la comisura de sus labios.

—Ha regresado, Fernando. El círculo… se ha cerrado.

Entre sus manos se hallaba el escarabeo. Lo dejó con suavidad sobre mi piel y noté cómo comenzaba a vibrar. Un recuerdo voló hasta la pirámide de Keops, dentro de aquella cámara en compañía de Tarik donde sentí por primera vez la vibración del escarabeo sobre mi pecho.

—¿Cómo puede ser posible? —le pregunté—. Yo te lo di en el pasado para que cruzaras la puerta… luego… me lo entregaste en el presente para que yo iniciara esta aventura. ¿Dónde ha permanecido todo este tiempo? No tiene sentido.

Me detuve a pensar en lo que había dicho.

Después de todo lo acontecido durante los últimos tres años, y haber escuchado en la terraza de Tarik los secretos más arcanos que cada uno poseía en lo más profundo de su ser, esa observación carecía por peso propio de toda lógica vinculada a mí, y a los dioses. Kiya acarició mi cabello, me abrazó y plasmó un largo y silencioso beso en mi mejilla. Luego me susurró al oído:

—¿Hay algo que lo tenga?

Mientras permanecíamos abrazados, una nueva vibración se apoderó de mi mano. Emanaba del anillo. Entonces, fue cuando sentí que mi hermano Tut estaba vivo. Mi abuela Kiya, también lo sintió.

Epílogo

«Escríbelo todo. Que cada palabra te lleve de nuevo a las sensaciones que has experimentado, a los caminos que te veían llegar y a las personas que has amado. Escríbelo todo». Estas palabras me dijo Tarik, paseando una mañana a la sombra que proyectaban las eternas pirámides de Giza. Hoy he concluido lo que un día me costó empezar, pero mi pequeño amigo tenía razón; he revivido cada sensación, como si de nuevo los dioses me hubieran permitido volver al resplandor de un Egipto en toda su grandeza, tanto arquitectónica como humana.

Estoy en compañía de Neti, en este hermoso dosel natural donde ella ha elegido para despertase cada mañana, bajo el azul del cielo y el verde que se disipa en el horizonte.

Ha aprendido a desenvolverse en esta sociedad, asimilando con rapidez una nueva forma de vida que le resulta excitante. Se ha animado a conducir con un nuevo *Toyota*, mostrando entre risas la emoción de una jovencita que maneja por primera vez el volante entre sus manos. Los viajes en avión los asemeja como vuelos a espaldas de enormes halcones del dios Horus; la tecnología, a la magia de Isis; los desastres naturales y el mal, a las perversas fuerzas del imbatido Seth. Osiris, Anubis, Ptah, Bes, Geb, Sobek, Thot y otros tantos, componen el único panteón de dioses a los que Neti recurre y relaciona con todo lo que ve a su alrededor. La mezcla entre sus dos mundos le confiere una forma de ver la vida

de manera diferente, apreciando pequeños detalles que se nos escapan al resto de los mortales. Todo en ella la convierte en una mujer sensible, dinámica, con la capacidad de disfrutar de todo cuanto le rodea.

A lo largo del año, son numerosos los vuelos que efectuamos desde Pamplona con escala en Madrid o Barcelona, destino a Luxor o El Cairo, pero también a otros lugares. Neti se ha convertido en una incansable viajera, una adicta al conocimiento de las diferentes culturas y religiones que se esparcen por el mundo. En ese aspecto, el monje Dimitrios fue quien le encendió la llama de la antropología. Le instruyo con pequeñas pinceladas, todas ellas, abriendo un extenso abanico de posibilidades para indagar en todo cuanto abarca el ser humano en sus diferentes culturas. También el Monasterio de Santa Catalina, a los pies del monte Sinaí, es destino obligatorio donde acudimos para empaparnos con la compañía de Dimitrios, y la fuerza que emana del Templo de los Sabios.

Pero... siempre hay algo que le atrae poderosamente por necesidad: los paseos en barca o canoa. Ya sea un lago, embalse, o el Cantábrico y Mediterráneo, Neti se desliza por sus aguas como acostumbraba a hacerlo por las del Nilo, a primera hora de la mañana, fusionándose con el amanecer en los primeros rayos de Ra. Me he convertido en un asiduo navegante a su lado; una experiencia que nos regala la intimidad entre el chapoteo de los remos al hundirse en el agua y el susurro del viento acariciando las velas.

Egipto se ha convertido en nuestro segundo hogar. Ya sea por placer o negocio, necesitamos ver el brillo del sol sobre las aguas del Nilo, la arena caliente bajo nuestros pies y los monumentos que han retado al tiempo como un imbatible y acorazado coloso ante el azote de la arenisca. Necesitamos que nuestro subconsciente vague por los tiempos faraónicos, mientras vemos y acariciamos los bajorrelieves que nos muestran parte de una vida que vivimos.

Masud y Kiya, como presidentes de la empresa que antaño crearon entre los dos, mantuvieron una larga y placentera reunión bajo la sombra de una acacia en un restaurante de Luxor. Tal reunión no tenía otra finalidad que cambiar de nombre a dicha empresa. A partir de ese día, «HUNI» figuraría en el membrete de todos los documentos y facturas que poseyera la compañía. Fue una

decisión del agrado de todos nosotros, y digo nosotros, porque Neti y yo somos los nuevos socios que ha adquirido la firma familiar, dedicada al comercio.

Con mi abuela al frente del matriarcado empresarial, que cada día parece recargarse de vida, era imposible negarse a su requerimiento de entrar a formar parte en lo que ella llama «mi gran familia». Su mayor deleite es reunirnos a todos en la casa de Masud, un día cada tres meses y una semana al año, coincidiendo con aquello que ella tanto amaba en la antigüedad: el desbordamiento del Nilo a su paso por Tebas, y el momento en que su hijo Tutankamón fue concebido en el templo de Karnak. Aún hoy en día cuenta cómo su esposo Horemheb estuvo nervioso durante buena parte de aquella noche. Narra que una luna llena penetraba entre las rendijas de la cámara, acompañada por el sonido del viento que se colaba con un suave siseo. El general no soltó la espada de su mano, ni pego ojo durante toda la noche, confundiendo el susurro de la brisa con el canto hipnotizador de una cobra deslizándose entre sus pies.

Sonrío cada vez que lo imagino con el temor en su rostro ante un reptil, pero ante sus soldados, era capaz de mover montañas sin tan siquiera pestañear.

Jamás me he olvidado del profesor Ricardo. Siempre que el tiempo me lo permite estoy junto a él, aprendiendo con sus experiencias de toda una vida dedicada al arcano mundo del antiguo Egipto. A veces le acompaño a hurgar en las entrañas de la tierra para que esta le desvele cualquier indicio, por mínimo que sea. Solo necesita tener un motivo para continuar con su modo de vida. Cuando lo veo arrodillado en la cuadricula de una excavación, con su pequeña paleta y una áspera brocha para ir retirando la tierra centímetro a centímetro, pienso que él también ha sido una importante pieza en el juego de los dioses, en ese que ellos utilizan a su antojo para manipular los hilos del universo.

Su inquietud y curiosidad, me obligan a enseñarle el idioma del antiguo Egipto. Una alumna y compañera en las andanzas arqueológicas del profesor Ricardo, mi buena amiga Mercedes, a la que cariñosamente llamamos Semíramis, se apunta a las clases particulares que se imparten en el taller. Ponen voz a los jeroglíficos que tantas veces han visto a lo largo de su vida. Han aprendido a

cambiar el español, idioma con el que traducían los caracteres, por una nueva fonética, cantarina y agradable para alguien que nunca la ha escuchado.

La antigua lengua egipcia jamás morirá.

Neti también se apunta a esos encuentros, manteniendo entre los cuatro un lenguaje perdido a través de los tiempos, incluso se afana en las labores de campo con los trabajos arqueológicos, aunque últimamente, sus bellas redondeces le impiden la agilidad de ciertos movimientos.

El embarazo, que concluirá a mediados de septiembre, la hace aún más hermosa de lo que es, regalándole esas pinceladas de belleza maternal.

En cada uno de sus partos tuvo una hija, este, será el de su primer hijo.